MCD 2022-L5

LAS TARDES

DE LA GRANJA

LAS VELADAS

DE LA QUINTA

JT 1246

MCD 2022-L5

LAS
VELADAS DE LA QUINTA.

LAS

VELADAS DE LA QUINTA.

NOVELAS É HISTORIAS MORALES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA PUEDAN INSTRUIR Á SUS HIJOS,

JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO,

POR LA

CONDESA DE GENLIS.

NUEVAMENTE ARREGLADAS AL CASTELLANO.

BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORAL LA MARAVILLA,

calle de Aviñó, número 20.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,

NÚMERO 12.

MCD 2022-L5

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro,
callejon entre los números 21 y 23.—1864.

JOSÉ MARIA TEJERO · BIBLIOTECA

PRÓLOGO.

No intento ofrecer este libro á mis lectores como una novedad; ántes bien he adoptado la forma generalmente empleada en toda obra recreativa, con especialidad si está escrita por mujeres, porque la juzgo más interesante que otra cualquiera. Los preceptos dialogados sin acontecimientos ni anécdotas resultan desabridos, y las historias narradas sin interrupciones ni diálogos son harto oscuras para los niños.

La serie de novelitas que componen esta coleccion no ha sido formada por mera casualidad. Antes de pensar en el *plan novelesco*, esto es, en los acontecimientos y situaciones, tenia combinado el *plan de ideas,* ó sea el órden en que debia presentarlas para ilustrar por grados la mente y elevar el ánimo de la juventud, en cuanto me consideraba capaz.

Dispuesto de este modo el enlace, restábame sólo formar una combinacion fácil al par que entretenida; necesitaba inventar caractéres, incidentes secundarios y situaciones que me ayudaran á evidenciar las verdades que pretendia asentar. El objeto principal que me proponia era hacer cuanto á mi alcance se hallara para inspirar á los jóvenes las inclinaciones sencillas, la vida pacífica y tranquila del campo, y para conseguirlo era precisa más de una historia, más de una conversacion, por cuyo motivo insisto en ellas con preferencia.

Todo asunto moral puede tratarse con amenidad, y los libros del mismo género dejan de ser útiles cuando se hacen cansados.

Querer persuadir sin agradar ni conmover, sin buscar y aprovecharse de cuantos medios sean capaces de fijar la atencion de los que se desea corregir y entretener, es la más extraña inconsecuencia. Siempre que se hable

MCD 2022-L5

al corazon podemos asegurar que serémos escuchados. ¿Por qué, pues, se han de proscribir de las obras morales los afectos y la imaginacion? El raciocinio severo y frio jamas corregirá la humanidad, sino los eficaces ejemplos, los cuadros creados exclusivamente para interesar, para grabarse de un modo indeleble en la memoria: en una palabra, *la moral puesta en accion.*

Las obras que más han influido en las costumbres tienen por regla general esa misma forma amena é interesante, y á ella debe atribuirse con especialidad todo el bien que han producido. Hasta los mismos que rehusan corregirse ó ilustrarse las leen por puro entretenimiento, instruyéndose y enmendándose sin apercibirlo. Estos son los libros verdaderamente útiles; los demas moralistas se parecen á aquellos sugetos que dan buenos consejos para manifestar la rectitud y solidez de su juicio, aun cuando están convencidos de que á nadie han de enmendar ni persuadir porque serán oidos con tanta distraccion como tedio.

No faltan quienes propenden á tener por frívola toda obra recreativa: ¡desgraciado el libro que les interese! Por muy moral que sea nunca le admitirán sino como una *linda bagatela,* porque no estiman otros libros que los que les fatigan, dando el renombre de *filósofo* al autor que no entienden.

Una de las cosas que más ha contribuido á desacreditar los libros de amena moral es la multitud de obras perniciosas que circulan con el título de *Novelas* y *cuentos morales*, las cuales podrian compararse á esas pócimas que pregonan los curanderos como remedios infalibles, tanto más nocivas, cuanto que autorizadas con nombres conocidos se toman con mayor confianza.

Estos libros han originado el desprecio del género cuando sólo debian producir el de las obras que llevaban un título supuesto, pues á los títulos verdaderos y exactamente ajustados al pensamiento y fin de la obra deben su gloria Fenelon, Richardson, Addison y otros.

Si yo imaginara preciso el talento de estos grandes varones para cultivar con alguna esperanza de buen éxito el género que crearon, jamas pensara en escribir, porque ningun otro era de mi agrado; mas opiné que con un corazon sensible y mediano discernimiento podrian inventarse narraciones tiernas é instructivas, y no pretendí hacer una obra de mérito superior, sino ofrecer á las buenas madres reflexiones lógicas y á los hijos útiles lecciones, citando entre ellas varios rasgos históricos, á fin de apoyar en ejemplos las verdades morales.

Deseosa de inspirar á los jóvenes aficion al estudio y á las artes, entro en detalles á mi parecer interesantes, y procuro hablarles de todo para que adquieran esas nociones generales tan raras en la infancia, cuidando espe-

cialmente de atraer su curiosidad con objetos dignos de excitarla y satisfacerla.

No exagero diciendo que sólo para componer el cuento *Encantos del arte y de la naturaleza* me he visto precisada á leer y hojear más de cien volúmenes, como se puede observar por las citas; de suerte que no existe amor propio en un trabajo para el cual no se requiere talento ni instruccion, sino que está reducido á leer y componer extractos cortos y sencillos. Lo que sí prueba, es paciencia y buena voluntad; séame lícito congratularme de poseer una y otra, y ojalá este libro obtenga la aprobacion de las madres de familia que retiradas del bullicio observan ese género de vida tranquilo y sosegado, cuyos encantos he bosquejado imperfectamente.

LA AUTORA.

Fanor combatiendo á los mónstruos.

MCD 2022-L5

LAS

VELADAS DE LA QUINTA.

Pronto el marques de Clemira á partir para el ejército, despedíase de su esposa, suegra é hijos. Abrazada á él la marquesa parecia querer dilatar una separacion tan dolorosa; los niños lloraban viendo el llanto de su madre, y Cesarito, el mayor de sus tres hijos, sentado sobre las rodillas de su padre y quejándose de ser muy niño aun para acompañarle, colmábale de caricias. Por fin, llegó el momento fijado, y el marques, haciendo un doloroso esfuerzo, se levantó, cubrió de besos á los niños, estrechó la mano de su suegra la baronesa, y con César en los brazos dirigióse á la puerta, á donde le habia precedido su esposa para darle el último á Dios. Ya allí, el niño inclinóse al oído diciéndole:

—Papá, ¿quiere V. llevarme á la guerra?

Contemplóle el marques un momento con delicia, é hizo ademan de entregarlo á su esposa; mas César se negó con tal obstinacion, que tuvieron que desasirle por fuerza del collarin del uniforme de su padre, quien conmovido abrazó de nuevo á su familia y se alejó apresuradamente.

Transida de dolor la señora de Clemira se encerró con su madre en su gabinete, y como eran las ocho de la noche envió los niños á dormir.

Toda la casa estaba revuelta y alborotada, porque debia la marquesa marchar al dia siguiente á una hacienda que poseia en Borgoña; y como no llevaba consigo sino parte de la familia, dejando la restante en Paris, así los criados que iban como los que quedaban todos murmuraban y decian:

—¡Qué locura, irse á encerrar en una quinta deshabitada y marchar en el rigor del invierno, en vez de quedarse en Paris, en donde la señora ha-

llaria más consuelo y distraccion! ¿Cómo es posible que tres criaturas, la mayor de nueve años y medio, puedan resistir la fatiga de semejante viaje? ¡Andar setenta leguas en el mes de enero!... ¿Es acaso preciso meterse á ermitañas y huir al cabo del mundo porque un marido va á campaña?

Tales eran las reflexiones que hacia Victoria, una de las criadas de la marquesa, miéntras componia los cofres, dirigiendo sus razones al mayordomo señor Dorel, que sentia en igual grado no poder ir á Borgoña y separarse de Victoria. Por otro lado las dos hijas de la marquesa, Carolina y Pulqueria, oian las mismas quejas, porque Julieta, que las desnudaba, no podia encubrir su pesar: jamas habia salido de Paris y tenia un odio invencible á todo lo que olia á provincia. Carolina y Pulqueria oian, pues, con atencion las declamaciones de Julieta, y especialmente Pulqueria, que naturalmente era muy curiosa, defecto disculpable en su edad, pues sólo tenia siete años; fuera de esto prometia bellas prendas, y aunque más viva que su hermanita, que contaba diez y ocho meses más que ella, se granjeaba el afecto de todos por su ingenuidad y buen corazon.

César era el más juicioso de los tres hijos de la señora de Clemira; bien que contaba ya casi diez años, edad en que se comienza á salir de la niñez; y en efecto César dominaba ya en cierto modo sus pasiones. No siempre se tiene igual aplicacion, pero cuando César no se hallaba bien dispuesto, sabía vencerse y superar estos disgustos momentáneos. Naturalmente era inclinado al estudio y deseaba instruirse; ademas era sensible, dócil, sincero y valeroso; amaba en extremo á sus padres y hermanitas, era respetuoso con sus maestros, particularmente con el cura Fremont, su ayo, aunque se mostraba severo y regañon, sobretodo desde que se indicó el proyecto del viaje á Borgoña, porque echaba de ménos á Paris, los diarios y las partidas de ajedrez, que hacia diez años constituian su principal diversion.

En fin aquella noche toda la familia se acostó haciendo tristes reflexiones. Amaneció el dia siguiente, y á las siete y media despertaron á los niños, los vistieron, y despues de almorzar de priesa, á las ocho y media la abuela, la madre, el capellan, César, Carolina y Pulqueria entraron en un coche y emprendieron el camino de Borgoña.

Á medio dia se hizo alto para comer: la señora de Clemira, que no habia dormido la noche antecedente, se echó sobre una cama, y los demas se quedaron en un cuarto inmediato sentados al rededor de la chimenea. Entre tanto que los criados disponen la mesa, el señor Fremont atiza el fuego sin hablar palabra y los niños se acercan á su abuela la baronesa Delby. Empiezan á hablar y á dirigirla preguntas, porque durante el camino el abatimiento y tristeza de su madre habia reprimido su curiosidad.

—¿Por qué vamos á Borgoña? preguntó Pulqueria.

—Hija mia, respondió la baronesa, cuando un militar marcha á campaña se ve precisado á hacer muchos gastos, y si su mujer es prudente debe por medio de una sabia economía precaver el desórden que estos gastos extraordinarios podrian causar en la hacienda, y este es el motivo porque tu mamá sale de Paris.

—¡Ah! ya lo comprendo, interrumpió Pulqueria; pero dicen que la quinta á donde vamos es tan fea, tan triste... Mamá se morirá de tristeza, y esto es lo que temo...

—Pues bien puedes tranquilizarte, porque tu madre se complace tanto en cumplir con sus deberes, que seguramente no habrá en esta ocasion morada que la sea más grata que Champcery.

—Ya lo entiendo, dijo César; algunas veces cuando estudio, preferiria jugar, pero pensando que todos me apreciarán si decoro bien mi leccion y que cumplo con mi deber, recobro nuevo aliento y aplicacion.

—Ademas, preguntó la baronesa, despues que has jugado, brincado y corrido, ¿tienes pensamientos agradables?

—No, señora, respondió César; me siento muy cansado y nada más.

—Y ¿cuando has estudiado bien?

—¡Oh, entónces sí que estoy contento! Porque pienso que el señor Fremont se lo dirá á mamá, que me hará muchos cariños, y todos me alabarán.

—Nunca olvides eso, hijo mio, dijo la baronesa; es poco grato el recuerdo de los gustos pasados; pero siempre nos acordamos con satisfaccion de las buenas acciones que hemos practicado.

Al decir esto se levantó para ir á comer; á los postres la señora de Clemira se presentó en la mesa, y media hora despues prosiguieron el viaje.

A los pocos dias llegaron á Champcery, quinta medio derruida, rodeada de lagunas, lo que unido á lo riguroso de la estacion, nieves y escarchas, aumentaba su aspecto triste y montaraz; pero lo que más desagradó á los niños fueron sus toscos muebles.

—¡Jesus, decia Carolina, la sillería es de baqueta negra! ¡Qué chimeneas tan grandes! ¡Qué vidrios tan pequeños!

—Hijos mios, dijo la baronesa, en mi tiempo se pasaban ocho meses del año en quintas semejantes, y se disfrutaban en ellas más diversiones, gusto y alegría que ahora en las suntuosas casas de campo que habeis visto en los contornos de Paris, donde no se halla placer ni libertad, consiguiéndose sólo arruinar á un mismo tiempo la salud y los caudales.

A pesar de tan juiciosas reflexiones Carolina y Pulqueria suspiraban al

acordarse de Paris: el señor Fremont, naturalmente friolento, se quejaba continuamente del frio que penetraba en las habitaciones, porque á la verdad las puertas y ventanas ajustaban muy mal; y para colmo de desgracias le atacó un fuerte constipado, con lo que se exasperó, colmando esto su tristeza y mal humor. Pero nada igualaba al desconsuelo de las dos criadas, Victoria y Julieta; aquella sobretodo estaba desesperada, y como no se atrevia á explicar el verdadero motivo de su pena, especialmente delante de las niñas, arbitró medio para trabar conversacion y quejarse, diciendo, la primera mañana que les amaneció en Champcery, que por temor á los ladrones no habia cerrado los ojos.

—¡Cómo ladrones! exclamó Pulqueria.

—¿Piensa V., señorita, que estamos aquí muy seguras? ¡En una quinta solitaria, cercada de bosques y con tan poca gente! ¡Aun si la señora hubiese hecho venir toda la servidumbre que se ha quedado en Paris!

—Y ademas, añadió Julieta, que en esta tierra hay más lobos que ladrones.

—¡Lobos! dijo asustada Carolina.

—Sí, señora, y lobos hambrientos.

—¡Ay Dios mio!

—Sólo el pensarlo hace estremecer, y cuentan unas cosas de ellos... Como todas esas lagunas están heladas, acuden por la noche á docenas al rededor de la casa.

—¿Tan cerca de nosotras?

—Sí, señora; discurra V. si por desgracia dejaran abierta alguna ventana del cuarto bajo, ¿qué seria de nosotras?

—Á bien que no se dejan las ventanas abiertas de noche en este tiempo.

—Pero puede suceder...

—¡Jesus, qué mala tierra es la Borgoña!

Esta conversacion impresionó mucho á las niñas que atemorizadas y tristes lloraban amargamente acordándose de Paris. Cuando entraron en la estancia de su madre esta conoció en sus rostros que estaban desazonadas, y habiendo instado á Carolina, le refirió toda la conversacion de Victoria y Julieta. Facilísimo le fue á la marquesa hacerlas comprender que era tan extravagante como infundado el miedo á los lobos y ladrones.

—Pero, añadió, ¿no os habia yo prohibido toda especie de conversacion con las criadas?

—Mamá, hasta que mi aya cayó mala con tercianas jamas habíamos hablado con ellas; pero desde que Julieta nos viste y desnuda...

—Y ¿por qué Julieta os vista habeis de imitarla en sus bachillerías?...

—Es que las más veces no habla con nosotras, sino con Victoria.

—Si no dieseis oídos á estas y otras razones, ó las escuchaseis con indiferencia y menosprecio, no proferirian delante de vosotras tales simplezas; mas, si por el contrario, tomais gusto á ese trato os viciaréis el juicio y el corazon.

—Pero, mamá, muchas veces nos ha dicho V. que todos somos hermanos y...

—Y es muy cierto; debemos amarlos, socorrerlos, servirlos en cuanto nos sea posible. El nacimiento y la nobleza sólo son ventajas imaginarias; pero la educacion forma entre los hombres la verdadera diferencia. Una persona juiciosa é instruida no admitirá en su trato á otra ignorante, grosera, imprudente y llena de necias preocupaciones, ni tendrá conversaciones familiares con las criadas, á no ser para favorecerlas en algo que la pidan, en cuyo caso debemos proteger á los que nos sirven, cuando nos consultan sobre cualquier asunto ó nos fian sus intereses...

—Pero á una criada buena, ¿no se la podria considerar como á amiga, aunque fuese ignorante y no tuviese la mejor educacion?

—Dime, Carolina, ¿qué entiendes por considerar á una persona como amiga?

—Quererla de todo corazon.

—La de Merival, que tú conoces, quiere á su hija, que sólo tiene dos años, de todo corazon, y no por esto es su amiga.

—Ahora lo entiendo; para llamar á una persona amiga es menester que haya algo más que cariño.

—Seguramente; es preciso que haya confianza; por eso una criada no puede ser amiga, ni se puede esperar de ella consejo alguno sano, ni conversacion instructiva y agradable, aun en asuntos indiferentes. No seria, pues, razonable la demasiada confianza con ella. Se la debe estimar cuando es honrada y buena; pero no tenerla por amiga: finalmente, tal intimidad seria ridícula á mi edad, pero es peligrosa en la vuestra: bien podeis conocerlo, pues solas dos conversaciones con Julieta y Victoria han sido causa de infundiros temores disparatados, murmurando ademas de mis disposiciones en vez de aprobar los justos motivos que me las han dictado. Así, evitad cuidadosamente para lo sucesivo todo género de familiaridad con criados y gente que no haya recibido educacion; pero al mismo tiempo séd con ellos moderados y benignos; tenedles lástima cuando los veais obrar necia ó inconsideradamente, y decíos: si yo no tuviera padres tan prudentes y cuidadosos poseeria todos los defectos que en estos pobres observo y quizá mayores todavía.

—Pero, mamá, he oido decir que mi tia, que es tan buena y juiciosa, trata con Rosalía, una de sus criadas, como si fuese su amiga.

—Es muy cierto, pero tampoco Rosalía es una criada cualquiera; está muy bien educada, y si sus padres por su pobreza no pudieron proporcionarla maestros y conocimientos extensos, por lo ménos la dieron excelentes ejemplos y buenos principios. Ademas, cuando Rosalía á los diez y siete años entró á servir en casa de mi cuñada, la pidió libros, y como tenia talento y buen modo de pensar, en breve se instruyó, con lo que obtuvo el cariño y confianza de su ama, que admiraba en ella su juicio y lealtad, su devocion, amor al trabajo y á la lectura.

—Morel, el lacayo de mi hermano, tiene las mismas inclinaciones de Rosalía. El señor Fremont dice que sabe leer y escribir muy bien; siempre lleva algun libro en la faltriquera, y sobretodo es buen cristiano.

—Y tambien veis que le distingo de los demas criados, y no prohibo á César que hable con él; pero estos ejemplos son tan raros que sólo se pueden considerar como excepciones de la regla comun.

Corregidas las niñas con estas advertencias procuraron no conversar con Victoria y Julieta, é insensiblemente se convencieron de que hasta en el rigor del invierno no dejan de hallarse diversiones en el campo. Ellas y César se acostumbraron al frio, y este, sobretodo, se complacia en correr por los jardines, en hacer bolas de nieve y correr patines. Excitadas Carolina y Pulqueria con el ejemplo de su hermano, aunque con gran temor al principio, probaron si podrian resbalar como él, pero á pocos dias se acostumbraron y como César corrian con seguridad, llevándose una á otra en un trineo que resbalando con rapidez por encima del hielo no las costaba trabajo gobernarle; las caidas frecuentes, bien que nunca peligrosas, sólo servian para acrecentar la alegría, porque se levantaban riendo á carcajadas.

Su madre solia tomar parte en estas diversiones, pues aunque la faltaba su alegría natural, la igualdad de su carácter atenuaba la tristeza interior que la dominaba; jamas se la veia afligirse, llorar, ni dar muestras de sentimiento, porque cuando conocia que este la dominaba, se retiraba á su habitacion, de donde salia á poco rato con semblante tranquilo y sereno.

Una vez que, como otras muchas, se separó sin decir nada á la familia, viendo Carolina que tardaba la fué á buscar, y no hallándola en su cuarto, la pareció que hablaba en una pieza inmediata, cuya puerta estaba entornada: entra poco á poco, y la ve arrodillada y llorando que decia:

—¡Dios mio! concededme más valor y resignacion.

Al oirlo Carolina, arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al cielo exclamó, sollozando:

—¡Oh Dios mio, oid las súplicas de mamá!

A esta exclamacion vuelve la cabeza su madre, se levanta extendiendo los brazos á su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un divan, despues de un corto intervalo de silencio la dijo, así:

—Es preciso explicarte lo que has visto. Há dias que habrás reparado que no estoy tan abatida ni tan triste como cuando llegámos aquí, si bien subsiste siempre la misma causa; me hallo separada de tu padre y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo cual busco en la religion el consuelo que me es tan preciso, y mi pesar se ha mitigado; siempre que ruego á Dios conozco que cobro ánimo y renace en mi pecho la esperanza. Dios habla á mi alma, me eleva, me fortifica y todo lo espero de su divina proteccion.

—¡Oh mamá mia! replicó Carolina abrazándola; permítame V. que la acompañe siempre que quiera rogar á Dios por papá, para que yo tambien le pida de todo corazon...

—Sí, hija mia, te lo prometo; pero nunca olvides que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible la felicidad.

Cada dia que pasaba en Champcery hacíase su estancia más agradable á los moradores. Merced á bien combinadas restauraciones ni el frio incomodaba, ni echaban de ménos á Paris; los niños hallaban frecuentes distracciones, y el capellan, que encontraba su habitacion abrigada y tuvo ademas la suerte de hacer conocimiento con el cura del pueblo, tan afable como virtuoso y mediano jugador de ajedrez, que concurria á hacerle la partida, recobró insensiblemente su buen humor habitual.

Convínose tambien que para variar las diversiones de las veladas la baronesa y la marquesa de Clemira contarian de cuando en cuando alguna historia de sobremesa, esto es, desde las ocho y media hasta las nueve y media: promesa que regocijó á los niños, quienes instaron á su madre á que lo verificase aquella noche misma. Sentáronse todos al rededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto á la marquesa, y esta atrayéndose la vista y atencion de todos comenzó á contar la historia siguiente:

VELADA PRIMERA.

DELFINA Ó LA CURACION FELIZ.

Delfina, hija única y heredera rica, era de ilustre nacimiento, agraciada, y no carecia de talento y buen corazon. Su madre Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero á causa de su natural debilidad é inconstancia no dirigia como debiera su educacion. No obstante, á los nueve años ya tenia Delfina varios maestros, aunque con poco fruto, porque sólo era aficionada al baile: todo lo demas lo emprendia con suma repugnancia, y las más veces abreviaba las lecciones quejándose de estar cansada ó de que la dolia la cabeza.

—No quiero que se la violente, solia decir su madre; es muy delicada de complexion, y enfermaria si se la obligase á estudiar demasiado. A bien que no la faltará un buen casamiento, aun cuando sus talentos no sean superiores, y es inútil molestarla.

Al llegar aquí la señora de Clemira César se encogió de hombros, é interrumpiéndola dijo:

—Seguramente esa señora no tendria mucho juicio. ¿Acaso porque una persona sea rica no debe procurar instruirse y ser amable?

—Ademas, siguió su madre, el hombre poco escrupuloso, casándose sólo por las riquezas, no podrá tener amor ni confianza en su mujer si no la encuentra talentos y virtudes suficientes; y por lo tanto no será feliz una casada si no posee prendas que la hagan amable. En una palabra, los bienes que resultan de una buena educacion, de la igualdad y docilidad de genio, de la instruccion y de los talentos hacen apreciable nuestra sociedad, y nos proporcionan un manantial inagotable de placeres y alegrías: en vez de que las personas mal educadas, siempre molestas á todos, experimentan cuantos disgustos producen necesariamente la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazon. Y esta fue la causa de que Delfina, adulada y mimada, era no obstante la niña más desgraciada

de Paris. Cada dia se maleaba visiblemente su natural bondad, viciándose su caprichoso carácter; volvióse vana é indócil; la menor contrariedad la era insoportable, y no contentándose con desobedecer, ansiaba mandar; daba órdenes, tratando á los criados con soberbia; era causa de que los riñesen á menudo, y á veces se complacia en hablar con ellos; unas veces desdeñosa, otras familiar, equivocaba la arrogancia con la rectitud, y la bajeza con la indulgencia y bondad; fastidiada de adulaciones no podia pasarse sin ellas; cansada de sus muñecas y juguetes, envidiaba los que otras tenian, porque carecia igualmente de equidad y moderacion.

—¡Oh qué retrato tan feo! exclamó Pulqueria.

—Pero es copia al natural de una niña mal criada, replicó su madre; y muchas á veinte años se le parecen...

—¿Á veinte años?

—Sí, hija mia, porque cuando la crianza desde sus principios ha sido mala, se desarrollan y envejecen con nosotros los vicios de la niñez; veréis algun dia en el mundo infinitas personas aniñadas, que á pesar del tiempo conservan todos los vicios de la primera edad, lo cual las convierte en irrision y plaga de la sociedad.

Pero volviendo á Delfina, cuanto peor era su educacion, tanto más se la debia compadecer; como no podia dominarse reunia todos los defectos por incompatibles que fuesen; por el más leve motivo se encolerizaba, y despues se arrepentia de su injusticia y flaqueza; lloraba, conocia sus yerros, pero carecia de valor para enmendarlos. Gozaba ademas de poca salud, porque siendo antojadiza, sólo comia golosinas y continuamente padecia dolor de estómago ó indigestiones; bien es verdad que á esto contribuia Melita, mandando que la apretasen el corsé todo lo posible; y Delfina aguantaba el suplicio de estar en prensa, de suerte que apénas podia respirar, sólo por la ridícula vanidad de ser citada como la señorita de talle más delgado y bien hecho. He dicho que era sumamente delicada: raras veces se paseaba á pié, y jamas en invierno; incomodábanle el aire, sol, frio y polvo; y para deciros de una vez hasta donde llegaban sus extravagancias, cuando iba en coche temblaba que se rompiese, y sólo con ver una araña ó un raton la daba congoja.

En vez de irse mejorando su salud conforme iba creciendo, cada dia estaba más achacosa, tanto que alarmada su madre mandó llamar un médico, quien dijo no ser cosa de cuidado; pero que debian darla cuantas diversiones y gustos apeteciese. Con esto no habia juguetes ni regalos que no la hiciesen; lograba cuanto apetecia; su madre la llevaba á teatros y á bailes, pero nada bastaba á desarraigar el tedio y tristeza de que estaba poseida; y

como conseguia cuanto se la antojaba, al cabo del dia solia tener diez ó doce antojos á cuál más extravagantes. Sirva este de ejemplo. Un dia de gala que fué á Versalles quiso que Leonardo, el peluquero de la reina, peinase á su muñeca; y como la manifestasen lo ridículo de su pretension, se enfureció, hizo pedazos la muñeca, lloró de rabia y la dió un accidente. Cada dia se la aumentaba el mal humor, la cólera y los caprichos, tanto que, con justa causa, era generalmente aborrecida: todo la entristecia y desesperaba, y comprendió á su costa que nuestros defectos son aun más perjudiciales para nosotros que molestos á los que los sufren. En conclusion, la desgraciada Delfina, insoportable á cuantos la conocian, se iba extenuando en términos de peligrar su vida. A esta sazon contaba diez años; varios médicos que se consultaron manifestaron que su enfermedad era mortal.

Desesperada Melita con tan triste nueva recurrió á un famoso médico aleman, llamado el doctor Steinhausse, quien visitó á la niña, la observó prolijamente, y hecho cargo de su dolencia dijo: que aseguraba su curacion si se la entregaban á su arbitrio. No dudó Melita, viendo el deplorable estado de su hija, en acceder á los deseos del médico.

—Pero, señora, añadió el doctor, si V. me la entrega ha de ser con condicion de que dispondré de ella como juzgue conveniente, pues sólo con entera y cabal independencia me encargo de su curacion; es preciso que V. consienta en que me la lleve á mi quinta.

—¡Cómo! ¿á mi hija?

—Sí, señora, porque comienza á resentirse del pecho, y el primer remedio que ordenaré será hacerla pasar ocho meses en un establo (*).

—Pero ¿no pudiera hacerse ese establo en mi casa?

—No, señora; no me comprometo á curarla sino en mi casa, y bajo la direccion de mi esposa.

—Pero á lo ménos permitirá V. que su aya y una criada vayan con ella.

—Tampoco; y ademas, si V. me la entrega por ocho meses, es preciso que se conforme á no verla en todo este tiempo, porque repito que deseo ser dueño absoluto de la niña y gobernarla sin contradicciones.

Esta proposicion desagradó mucho á Melita, que añadió serla imposible vivir separada de su hija tanto tiempo; denostó al doctor de ridículo y cruel, pero este, sin resentirse de sus quejas y firme en su resolucion, se despidió. Sosegada despues Melita discurrió que todos los médicos unánimemente la habian desahuciado, y solo el doctor aleman respondia de su vida. Hizo

(*) Este remedio es muy conocido y se ha usado varias veces con feliz éxito.

llamarle otra vez á toda prisa, y aunque no con pocas lágrimas, se determinó á entregarle su hija con las condiciones que exigia. Imposible es pintaros la ira y sentimiento de Delfina cuando supo que debia ir en un coche sola con la señora Steinhausse, esposa del doctor, que fué por ella para llevarla á su quinta. No quisieron al pronto decirla que iba á estar ocho meses fuera de Paris, ni hacer mencion del establo en que debia vivir; pero á pesar de esta reserva fue su enojo y desesperacion tan grande, que tuvieron que meterla por fuerza en el coche de la señora Steinhausse, la cual tomándola en brazos y sentándola sobre sus rodillas ordenó al cochero marchar sin dilacion.

—¡Pobre Delfina, interrumpió Pulqueria enternecida, cuánta lástima la tengo! ¡Separada de su madre por ocho meses!

—Su sentimiento era natural, pero todo exceso es reprensible; debemos buscar en la mente y la religion auxilios para preservarnos de caer en la desesperacion. Y lo que hacia más culpable á Delfina era su enojo y desden para con la señora Steinhausse, pues añadiendo la insolencia al desprecio, á nada de lo que la preguntaba respondia.

Á las seis de la tarde llegaron á la casa del doctor, situada en el valle de Montmorency, á cinco leguas de Paris. Figuráos, hijos mios, la indignacion de la imperiosa y vana Delfina cuando la llevaron á la habitacion que la destinaban.

—¿A dónde me llevan VV? exclamó. ¡Qué asco! ¡A mí en un establo! ¡Qué olor tan malo! Sacadme de aquí...

—Señorita, replicó con dulzura la señora Steinhausse, este olor es muy sano, y para V. en extremo conveniente.

—¡Qué disparate! Vámonos, vuelvo á decir... y llévenme al cuarto en donde he de dormir.

—Ya está V. en él.

—Y ¿aquí he de dormir yo?

—¿Por qué no? Aquella es su cama de V., y esta la mia.

—¿Yo dormir aquí, en un establo, y en una cama semejante?

—Y ¿qué tiene de malo la cama? ¿no es un buen catre?

—V. se burla.

—No, señora, la hablo á V. muy de veras: este olor que tanto la disgusta es saludable y á propósito para la situacion en que se halla, y la hará recobrar la salud; por esta causa mi esposo ha determinado que pase V. en este sitio la mayor parte del tiempo que debe morar aquí.

Bien hubiera podido la esposa del médico seguir hablando, porque Delfina no se hallaba en estado de interrumpirla. Sofocada de cólera la infeliz

criatura cayó sobre su lecho sin poder proferir una palabra. En lo amoratado del rostro é hinchazon de garganta conoció la señora Steinhausse que se ahogaba, por lo que la quitó el collar y aflojó el corsé. Cobró Delfina la respiracion, y comenzó á dar tales chillidos que hubieran asustado á cualquiera de ménos serenidad que la señora Steinhausse, quien la observaba en silencio, y al cabo de un cuarto de hora, viendo que Delfina no se calmaba, la dijo:

—Yo, señorita, me he encargado de curar una niña enferma, pero no una loca. Volveré cuando este arrebato se haya pasado del todo. Buenas noches.

—Y ¿me deja V. sola?

—No, por cierto; una de mis criadas se quedará con V.

—¡Cómo! ¿Una criada?

—Sí, una excelente muchacha, muy pacífica, de muy buena índole... Catana... Catana (*).

Á la voz de su ama Catana acudió corriendo; la señora Steinhausse sale del establo y queda Delfina sola con la criada, robusta y fornida alemana, que no entendia una palabra de frances.

Luego que Delfina la vió entrar se arrojó á la puerta para escaparse, pero Catana se lo impidió cerrando con llave y guardándosela en la faltriquera. Irritada Delfina la exigió la llave, y como Catana no podia responderla, porque no la entendia, se echó á reir de la cólera de Delfina, y despues de haber contemplado un instante aquella figurilla tan extravagante y risible, se sentó con gran sosiego, y sacando su calceta se puso á trabajar. Esta calma acrecentó la cólera de Delfina: con la cara como una ascua y echando chispas por los ojos, se acercó á la criada y la dijo mil improperios; sorprendida Catana levanta la cabeza, la mira, encoge los hombros y prosigue su labor. Ciega de cólera la orgullosa Delfina con este desprecio, furiosa y fuera de sí, no encuentra términos suficientes á su rabia. Estaba al lado de la criada, que sentada y atendiendo á su labor no la podia ver. Arrebatada de ira se hace un paso atras, levanta el brazo y sacude un fuerte bofeton en el grueso y fresco carrillo de Catana.

Este insulto imprevisto incomodó á la alemana, quien, quitándose una liga, agarró á Delfina y la ató fuertemente las manos á la espalda. Por más que esta gritaba y forcejeaba no la valió, y tuvo que permanecer en esta postura. Entónces comprendió que es necedad rebelarse contra la fuerza: rabiando en su interior dejó de dar gritos, y sentándose en una silla

(*) Contraccion de Catalina.

esperó con impaciencia que la señora Steinhausse volviese, persuadida de que despediria á la flemática y silenciosa Catana.

Á este punto de su historia llegaba la señora de Clemira cuando la baronesa avisó que eran las nueve y media. Sintieron infinito los niños irse á la cama sin terminar la historia de Delfina, que el dia siguiente fue el asunto de sus conversaciones, y por la noche despues de cenar prosiguió su madre en estos términos:

VELADA SEGUNDA.

Dejámos á Delfina atadas las manos, sola con Catana y esperando á la señora Steinhausse, que por fin llegó, conduciendo de la mano á Enriqueta su hija, la más amable criatura del mundo, de hasta doce años. Luego que Delfina la vió entrar se fué á ella y mostrándola sus manos atadas se quejó amargamente de lo que llamaba insolencia de Catana, omitiendo lo del bofeton. Volviéndose la señora Steinhausse á su criada la preguntó, y esta con admiracion de Delfina, que la creia muda, respondió en aleman, disculpándose en dos palabras; entónces la señora Steinhausse reprendió á Delfina su exceso.

—Ya ve V., señorita, la dijo, á lo que nos exponen su altivez y violencia: ha abusado V. indignamente de la superioridad que su nacimiento la da sobre esta muchacha, y ella se ha visto precisada á faltar á las consideraciones que la debia. Si V. quiere que sus inferiores nunca la pierdan el respeto, trátelos con dulzura y humanidad.

Diciendo esto desataba las manos de Delfina, que la escuchaba sorprendida de oir un lenguaje tan nuevo.

Más avergonzada que corregida con esta sabia leccion, conoció no obstante cuán merecida la tenia; pero llena de impresiones de adulacion y lisonja, no estaba aun en estado de apreciar la razon y la verdad. La señora Steinhausse presentó su hija á Delfina, quien la recibió con extremada frial-

dad. De allí á poco cenaron y á las diez de la noche Catana la desnudó ayudándola á acostarse en su catre, y como estaba muy cansada convenció-se de que era posible dormir en mala cama y en un establo.

Á la mañana siguiente, tan luego como despertó, fué el doctor á verla, y la ordenó pasear hora y media ántes de almorzar. Este precepto la desagradó; se hizo la remolona, pero al fin tuvo que obedecer. La acompañaron á una hermosa y extensa huerta, y á pesar de ser la época más benigna del año, fines de abril, Delfina se quejó del frio, del aire y aseguró que tenia un pié malo. Todo el tiempo que duró el paseo estuvo llorando, pero al fin se paseó. Volviéronla á su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito, cosa que en más de un año no habia logrado. Despues del almuerzo abrió la caja que contenia sus joyas, persuadida de que haciendo ostentacion de tales riquezas delante de la señora Steinhausse y de Enriqueta la guardarian más respeto y consideracion.

Con tal propósito saca llena de vanidad un hermoso collar de perlas y se le prende al cuello, se pone unos pendientes de esmeraldas y acomoda en el peinado una estrella y una mariposa de brillantes. Despues se fué á sentar muy séria en frente de Enriqueta, que estaba bordando junto á su madre. Al movimiento que hizo Delfina al acercarse levantó Enriqueta la vista, la miró con indiferencia y continuó bordando. Admirada Delfina del poco efecto que producia su adorno y empeñada en fijar la atencion de Enriqueta, ofrecióle pastillas, presentándola una caja magnífica de cristal de roca, con cerco guarnecido de brillantes. Tomó Enriqueta una, sin hacer caso de la caja. Entónces la preguntó Delfina qué la parecia.

—Imagino, dijo Enriqueta, que debe pesar demasiado; una de paja seria mas cómoda.

—¿De paja?

—Seguramente; como la mia por ejemplo: vea V. qué bonita es.

—Pero ¿sabe V. el precio de la mia?

—¿Qué importa el precio cuando se trata de la comodidad?

—Y ¿la hermosura de la labor?

—Es cierto que la de V. es más rica: adornaria mejor una joyería; pero la mia es ménos incómoda.

—¿Con que V. no hace caso del primor en las cosas?

—Cuando las hace engorrosas é incómodas, no.

—¿No agradan á V. los diamantes?

—Me parece que cuando somos niñas nos sienta mucho mejor una guirnalda de flores que una piocha de brillantes.

—Y cuando la juventud ha pasado, añadió su madre, ningun adorno puede disimular su ausencia.

Al oir esto Delfina quedóse pensativa; experimentaba cierta tristeza que jamas habia tenido. Sin embargo, no atreviéndose á manifestar su despecho, porque el respeto que la causaba la señora Steinhausse era bastante para obligarla á reprimirse, tomó el partido de callar. Al cabo de breves minutos la señora Steinhausse la dijo:

—Ya que á V. tanto la gustan las cajas, la mostraré algunas muy bonitas.

—¡Ah! sí, dijo Enriqueta; mamá las tiene primorosas, y entre otras algunas *dendritas*...

—¿Qué son dendritas? interrumpió Delfina.

—Se da este nombre, replicó Enriqueta, á ciertas piedras que por casualidad y juego de la naturaleza llevan impresa la semejanza de algun animal ó planta (*) (1).

Calló Enriqueta tras esta corta explicacion y Delfina volvióse á quedar triste y pensativa. Entónces reflexionó por primera vez en su vida.

—Enriqueta, se decia, es hija de un médico; no tiene diamantes ni joyas; no la veo jugar con muñecas; siempre está ocupada y trabajando sin cesar. Pues ¿en qué consiste que está tan alegre y contenta? ¿Por qué parece feliz, y yo paso mi vida melancólica y triste?

Estas reflexiones la hacian suspirar frecuentemente, pero sin embargo no estaba tan triste como en Paris. La conversacion de la señora Steinhausse y su hija la interesaba excitando su curiosidad. No podia ménos de venerar á la primera y experimentaba ya una inclinacion conocida á la segunda.

Por la tarde se la antojó pedir sus muñecas y juguetes. La señora Steinhausse la dijo que se habian quedado olvidados en Paris; pero que dentro de tres ó cuatro dias se los traerian. No obstante el respeto que profesaba á la señora Steinhausse, iba á manifestar su disgusto, cuando Enriqueta la propuso que si gustaba iria á buscar con qué divertirla aquella tarde. En efecto, salió del establo y de allí á poco volvió con Catana, que traia dos libros: el uno contenia la coleccion de estampas de todos los trajes turcos y el otro la de los trajes rusos. Enriqueta enseñaba las estampas con tanta gracia y las explicaba tan bien, que Delfina pasó la tarde divertida. Antes de acostarse abrazó á la señora Steinhausse y á su hija, diciendo á esta:

—Espero que mañana me enseñará V. otras cosas.

Aquella noche se acostó de mejor humor y durmió perfectamente; al despertar llamó á Enriqueta, quien acudió presurosa, y viendo que Delfina la esperaba con los brazos abiertos, saltó con ligereza sobre su cama y la abrazó. Vistióse Delfina corriendo y no se hizo de rogar para ir á paseo.

(*) Las notas se hallarán al fin de la obra.

Trabó á Enriqueta de la mano y salió alegremente del establo. Llegadas á la huerta, viendo correr á Enriqueta y admirada de su gracia y agilidad, la entraron ganas de imitarla. De allí á poco atisbó Enriqueta una hermosa mariposa de color de rosa y negra, y propuso á su compañera cogerla. Al punto comienzan la batida: Enriqueta como la más ágil se adelanta y se encarga de cortar el paso á la mariposa en caso que Delfina la deje escapar. En efecto, acercándose esta demasiado aprisa al arbusto en que se habia posado, se la escapó. La persiguen vivamente; y al fin despues de mil vueltas y revueltas se para en un rosal. Esta vez ya se acerca Delfina con más cuidado, con los brazos extendidos, el cuerpo hácia adelante, avanza despacio un pié y despues otro... Ya por fin casi toca al rosal: palpitándola el corazon y deteniendo el aliento por no menear las hojas, alarga temblando la mano y cree que va á pillarla. Pero ¡qué desgracia! la mariposa se escapa de entre los dedos de Delfina, dejando en ellos los despojos de su fuga.

Suspira Delfina al ver en su mano parte del polvillo que coloraba las alitas de la mariposa. Cansada, mas no desanimada, quiere seguir persiguiéndola. Huyendo el insecto de una parte á otra, insensiblemente las conduce hasta la otra parte de una zanja que separaba el jardin de un campo. Enriqueta salva al instante la zanja; Delfina, que no sabe saltar, no puede imitarla, y en tanto que se aflige, Enriqueta alcanza su presa. Delfina la oye gritar *victoria*, y la ve venir con la mariposa entre los dedos, que en vano se agita y pugna para escaparse.

—¡Oh qué caza tan bonita! exclamó Pulqueria. ¡Qué deseos tengo de que venga la primavera para hacer lo mismo!

—Segun eso, dijo la baronesa, ya desearias que hubiera pasado el invierno.

—¡Ah! sí, señora; veríamos mariposas de color de rosa.

—Pero entónces no podriais correr patines sobre el hielo, andar con los trineos, ni hacer chozas de nieve.

—Verdad es, y me será sensible carecer de esas diversiones.

—No las echaréis ménos despues que las disfruteis toda la estacion que las ofrece. Las cosas están sabiamente ordenadas; si todo el año se viese el campo verde, lleno de flores y mariposas de color de rosa, nos serian indiferentes por su continuacion. Acordáos, hijos mios, que para ser dichosos es necesario estimar más los bienes que se poseen que los que se esperan. Reprimid, pues, vuestra impaciencia y limitad vuestros deseos, porque si careceis de moderacion, de nada disfrutaréis con gusto. El impaciente deseo de ver llegar la primavera os haria parecer el invierno áspero y riguroso; pensando en las producciones del otoño hallaréis insípidas las

del verano, y así ninguna estacion os será agradable. Con tan desarreglada disposicion del ánimo, no se pueden apreciar ni las diversiones sobre el hielo en el invierno, ni las cacerías de mariposas en el verano.

—Ya he comprendido, abuelita mia, lo que V. dice, y prometo en adelante esperar las primaveras sin impaciencia.

—Mamá, dijo César, algunas veces he visto mariposas en el jardin de mi tio en Neuilly, y no podia cogerlas, porque nunca vuelan en derechura.

—En efecto, replicó la señora de Clemira, tienen un modo de volar extraordinario; siempre van de arriba abajo, y de derecha á izquierda, á causa de que sus alas no baten el aire sino una despues de otra, y acaso con fuerza alternativamente desigual. Este modo de volar les es muy ventajoso en cuanto las liberta de los pájaros que las persiguen, porque volando estos en línea recta el vuelo de las mariposas se desvia de esta direccion.

—¿En dónde, dijo Carolina, se hallan las mariposas más bonitas?

—No es en Europa, replicó la señora de Clemira; las mariposas de la China, las de América, y en esta las del rio de las Amazonas, son las más notables por su tamaño, vivos colores y esbeltas formas (2). Los chinos envian al palacio del emperador las más bellas que encuentran y sirven para su adorno. Emplean para cogerlas una pequeña red de seda. Dicen que hay chinas bastante prolijas para estudiar la cria de esos insectos (3): cogen las orugas cuando han llegado al término de hilar, encierran muchas juntas en una caja, en que ponen palitos atravesados, y cuando las oyen agitar las alas las sueltan en un espacioso escaparate lleno de flores.

Al oir esto los tres niños pidieron á una voz permiso para imitar á las damas chinas criando mariposas, haciendo redecitas de seda y fabricando escaparates pequeñitos, etc. Su madre se obligó á proporcionarles este recreo suministrándoles los materiales necesarios, con condicion de que los habian de emplear solos y que no se les ayudaria sino con advertencias y consejos, convenio que aceptaron los niños en extremo complacidos.

Y rogando con instancia á su madre que prosiguiese la historia de Delfina, lo hizo de este modo:

—Dejámos á Enriqueta y Delfina en el jardin. Cerca de las nueve, la señora Steinhausse dió licencia á las dos amigas para almorzar en el cuarto de su hija, donde Delfina sólo vió objetos que la eran absolutamente nuevos, como flores secas bajo fanales, conchas y mariposas, que formaban preciosos dibujos; Enriqueta satisfacia á sus preguntas con su acostumbrada complacencia: la enseñó todo muy detenidamente diciendo que las conchas se dividian en tres clases (4), las cuales formaban veinte y siete especies, que

comprendian todas las conchas conocidas. Escuchaba Delfina á Enriqueta con tanta curiosidad como admiracion, y la decia:

—¡Cuántas cosas sabe V.!

—Nada sé aun, replicó Enriqueta; sólo tengo algunas nociones confusas y superficiales, pero anhelo vivamente instruirme, y soy apasionada á la lectura.

—¡Pasion á los libros! Eso si que es cosa rara.

—¿Cómo cosa rara? Yo, al contrario, imagínole un recreo muy general.

—No era esa mi opinion.

—¿Quiere V. que la preste libros?

—Con mucho gusto, pues me entretendré miéntras me traen la muñeca.

—Pues bien, voy á darla á V. las *Conversaciones de Emilia* y el *Amigo de los niños*.

Al acabar de decir esto, tomó el *Amigo de los niños* y diósele á Delfina, que lo recibió con bastante indiferencia: de allí á poco la acompañó la señora Steinhausse al establo, en donde dejándola con Catana la ofreció volver dentro de dos ó tres horas.

Viendo la marquesa que eran las diez, se levantó; y aunque los niños interesados en la historia de Delfina desearon prolongar la velada, no hubo remedio y se fuéron á acostar.

Al dia siguiente Carolina y Pulqueria suplicaron á Victoria las enseñase á hacer punto de malla, con el objeto de labrar la red que les serviria en abril para coger todas las mariposas de Champcery. César por su parte se informaba detenidamente del modo de confeccionar con economía un sólido escaparatito de cristal. Morel, su lacayo, le dió sobre el particular las noticias que deseaba. El señor Fremont le regaló el *Espectáculo de la naturaleza*, siendo la lectura de esta obra el recreo de la tarde. Estas diversiones en nada aminoraron el deseo de saber el fin de la historia de Delfina, y llegada la hora continuó la marquesa de este modo:

VELADA TERCERA.

Sola en su establo con Catana, y careciendo de juguetes, trató Delfina de buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra la tristeza; abrióle casi maquinalmente y se puso á leer: á poco la interesó y fijó su atencion comprendiendo con extrañeza que la lectura puede suplir otras diversiones. Embebida en estas reflexiones oyó llamar á la puerta del establo. Catana fué á abrir, y Delfina vió entrar una labradora anciana, guiada por una muchacha de quince á diez y seis años, que la preguntó si era la hija del doctor Steinhausse.

—No, respondió Delfina, pero no tardará en venir.

Entónces la anciana suplicó que la permitiese esperar á Enriqueta.

—Porque, añadió, me es preciso hablarla.

En este instante reparó Delfina que la aldeana era ciega, y preguntóla si venia con intento de consultar al doctor.

—Sí, señorita, respondió, pero nunca me atreveria á dar este paso, si no fuera porque la señorita Enriqueta me ha enviado á buscar.

—¿Cómo?

Á esta pregunta satisfizo la buena vieja, refiriendo que moraba en Franconville y hacia tres años que estaba ciega, lo cual la entristecia, no tanto por sí misma, como á causa de que su nieta Aguedita, la que la guiaba, era amada en extremo por un rico labrador del lugar, pero que rehusaba casarse con él porque decia que, una vez casada y corriendo á su cargo los quehaceres de la casa, no podria cuidar á su abuelita ciega, hacerla compañía, servirla y guiarla á todas partes, y que no juzgaba prudente fiar este cuidado á una criada.

Á esto añadió Agueda que era muy natural su resolucion, porque huérfana de padre y madre desde pequeñita su abuela la habia criado.

—Y esta es la causa, terminó la abuela, porque esta hija de mi alma no quiere abandonarme. La señorita Enriqueta lo supo, y me envió á buscar á fin de que consulte á su padre, que ha curado á no sé cuántos que no veian gota.

Al terminar esas palabras llegó Enriqueta, abrazó con el mayor afecto á la abuela y á la nieta, les dirigió varias preguntas con afabilidad escuchando sus respuestas con ternura; y despues, tomando á la buena vieja por la mano, la dijo:

—Venga V. á ver á papá, que acaba de llegar de Paris.

Y obligándola á apoyarse en su brazo y tomando con la otra mano la de la nieta salió del establo.

Esta escena causó grande impresion en Delfina; jamas la habia parecido Enriqueta tan amable y encantadora; acordábase con gozo de su conversacion con las dos aldeanas y sobretodo de la expresion de su semblante. Este recuerdo representándosela con los más graciosos coloridos, aumentaba la inclinacion que la profesaba inspirándola un extraordinario deseo de imitarla.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Enriqueta enajenada de alegría.

—¡Qué dichosa soy, dijo á Delfina, en haber tenido el pensamiento de que esta buena mujer viniese! Mi padre asegura que la curará: de aquí á ocho dias la hará la operacion de las cataratas, y me ha prometido que hasta que esté perfectamente curada no saldrá de casa. ¡Imagínese V. cuán grande es mi gozo! Luego que esta mujer vea, su nieta podrá casarse con el labrador que la pretende; puesto que la abuela no necesitará quien la guie; de este modo el cariño que la profesa Agueda no la costará el sacrificio del casamiento más ventajoso que puede hacer.

—¡Ah querida Enriqueta mia, exclamó Delfina enternecida, veo en efecto cuán dichosa es V. y conozco que lo merece!

El doctor y su esposa, que entraron á este tiempo, interrumpieron la conversacion. El doctor preguntó á la enferma cómo se hallaba.

—Mucho mejor, respondió esta; algo cansada de haber corrido, aunque el cansancio no me entristece como me sucedia en Paris cuando volvia de los bailes ó de la ópera.

—No lo extraño, dijo el doctor sonriéndose: las fatigas de Paris causan calenturas, y las del campo abren el apetito, hacen dormir bien, y producen los colores que ve V. en Enriqueta.

Despues de esas palabras tomóla el pulso, y la mandó seguir el mismo régimen hasta nueva órden.

Aquel mismo dia recibió Delfina carta de su madre, y mostrósela á Enriqueta, quien salió de prisa, y volviendo con recado de escribir, la dijo:

—Aquí tiene V. con qué responder á su señora madre.

Al oirla Delfina se puso colorada, y bajando los ojos respondió:

—Pero ¡si no sé escribir!

—¡Cómo! replicó Enriqueta. ¿Nada, nada?

—Formo algunas letras grandes y nada más.

Pesarosa Enriqueta de ver á Delfina avergonzada, la dijo:

—No es extraño que enferma há ya dos años no haya V. aprendido á escribir; pero ahora que está V. buena, puede con facilidad recuperar lo perdido.

—Mucho me alegraria de que alguno se dignara enseñarme.

—Mi letra no es muy mala, y, si V. gusta, yo la enseñaré.

Respondióle Delfina con un estrecho abrazo y convinieron en dar principio desde el dia siguiente.

Ya empezaba Delfina á avergonzarse de su ignorancia. Queria y admiraba á Enriqueta, y esta se servia de su ascendiente para inducirla á estar ocupada é instruirse: ofreciala tan buen ejemplo con la satisfaccion que mostraba, que Delfina no podia resistir al deseo de imitarla. Ademas, hallaba en su trato y en el de su madre un encanto que cada dia la interesaba más: á veces la señora Steinhausse la explicaba algo de botánica, de mineralogía (5), ó un pasaje histórico; otras la hablaba de Alemania, de los establecimientos útiles y curiosidades que se hallan en Viena, de las magníficas colecciones de pinturas que se ven en Dresde y en Dusseldorf, de diversos y hermosos jardines, y entre ellos el de Neuwaldeck ó de Ornback en Austria, el de Swetsingue, á cuatro leguas de Manheim, que contiene una hermosa casa de baños, magníficas ruinas de un castillo, un templo de Apolo, una soberbia mezquita, y un sin número de árboles raros: la describia los bellos jardines de Reinsberg en Prusia, y el hermoso templo de la Amistad, que se halla en los jardines de *Sans-souci*. Este inapreciable monumento es de mármol y encierra el mausoleo de la margrave de Bareith, hermana del rey; sostiénenle unas magníficas columnas, en las que se leen los venerados nombres de los más célebres amigos de la antigüedad, tales como Teseo y Piritoo, Oréstes y Pílades, Epaminóndas y Pelópidas, Ciceron y Atico, etc., héroes verdaderamente dignos de vivir para siempre en la memoria de los hombres, porque supieron ser á la vez magnánimos y sensibles, y sólo debieron su dicha, gloria y fama á la virtud y al poder de la amistad.

Escuchaba Delfina estas narraciones con suma atencion: cada dia iba tomando más afecto á la señora Steinhausse; empezaba á conocer el precio de sus consejos, rogándola á veces se los diese, deseando complacerla, á la par que experimentaba gran satisfaccion cuando conocia que aprobaba su conducta.

Entre tanto Enriqueta y por consiguiente Delfina veian con satisfaccion aproximarse el dia en que se debia hacer la operacion de las cataratas á la

buena anciana. Simon, el rico labrador, más enamorado que nunca de Agueda, habia suplicado á la señora Steinhausse y á Enriqueta que favorecieran sus aspiraciones. La negativa de Agueda era evidente prueba del grande afecto que profesaba á su abuela, contribuyendo esto á hacerla más preciosa y amable á sus ojos. La señora Steinhausse habló con Agueda, quien la confesó que estimaba á Simon.

—Sin embargo, interrumpió Pulqueria, espero que no consentirá en casarse á ménos que su abuela recobre la vista.

—*¿Lo esperas*, preguntó su madre, ó lo juzgas por tí misma?

—No, por cierto, mamá, porque entónces diria: *estoy cierta*.

A esto la baronesa tendió una mano á la niña, que levantándose fué á abrazarla corriendo, como tambien á su madre, quien prosiguió su historia diciendo:

—Agueda prometió positivamente casarse con Simon si el doctor curaba á su abuela, y con tal que esta viviese en su compañía. Simon aceptó estas condiciones con júbilo, y tierno apasionado de Agueda, dudoso entre la esperanza y el temor, aguardaba con tanta inquietud como impaciencia el término de la operacion. Llegó en fin el dia tan deseado; Delfina pidió y obtuvo permiso para presenciarla. Despues de comer fué Enriqueta en busca de la pobre ciega para guiarla al gabinete de su padre. Penetrada de agradecimiento la pobre mujer no sabia como dar las gracias á su jóven protectora, y apretándola afectuosamente la mano, la decia que si Dios la volvia la vista tendria tanto gusto en verla á ella como á su nieta. Cuando entraron en el cuarto mandó el doctor guardar silencio; sentóse la abuela pidiendo que su nieta y Enriqueta lo hiciesen á su lado. Simon el labrador, pálido y temblando, estaba en pié arrimado á una mesa. Agueda tapándose la cara con su delantal para no ver la operacion estrechaba una mano de su abuela, regándola con sus lágrimas. La señora Steinhausse y Delfina, sentadas á poca distancia en frente de ellas, contemplaban enternecidas tan interesante escena. Comienza el doctor la operacion; la buena mujer la sufrió con valor... De improviso dice el doctor:

—Ya está.

Al punto exclama la anciana:

—¡Dios mio, ya no soy ciega! ¡Agueda, hija mia, vuelvo á verte! Y la señorita Enriqueta ¿dónde está?

Agueda deshecha en llanto se arroja en sus brazos. Enriqueta fuera de sí de alegría llega corriendo á abrazarla, y el labrador cae á los piés de Agueda exclamando:

—¡Ya es mia!

Enajenada Delfina al ver este tierno espectáculo se precipita en brazos de Enriqueta, y sólo con sus lágrimas puede expresar los dulces afectos que inundan su alma.

—Seguramente, interrumpió César llorando, ahora será Delfina tan buena como Enriqueta.

—Tienes razon, dijo su madre.

Acabó de conocer Delfina que la nobleza, los diamantes y las joyas no labran nuestra dicha, y que únicamente la bondad puede hacernos felices en esta vida. Testigo de la pura satisfaccion que gozaba Enriqueta y del tierno agradecimiento que la abuela, Agueda y Simon la manifestaban, leyendo en los ojos del doctor y de su esposa cuán felices se consideraban por tener una hija tan digna de su amor, envidiaba Delfina la suerte de Enriqueta, y al mismo tiempo sentia arraigarse en su corazon su amistad hácia ella. Pasado el primer instante de alborozo y enternecimiento pidió el doctor á la abuela que señalase el dia del casamiento de su nieta. Se dispuso que Simon casaria con Agueda de allí á tres semanas.

El doctor y su esposa se encargaron del ajuar y galas de Agueda, y Enriqueta solicitó permiso para regalarla una pieza de indiana que su madre la habia dado el dia ántes. En todo lo restante del dia no oyó Delfina sino alabanzas de Enriqueta; la pobre anciana la llamaba su amable protectora, y siempre que daba gracias al doctor añadia:

—Pero principalmente debo mi dicha á la señorita Enriqueta; ella es la que me hizo venir y que se me recibiese en esta casa; de este modo se informa de los que pasan trabajos, los descubre, envíalos á buscar y los hace felices.

Miéntras tanto Agueda besaba las manos de Enriqueta; Simon no podia hablar, pero levantaba los ojos al cielo y sus miradas expresaban el más vivo agradecimiento. Los criados colmaban de bendiciones á su señorita y referian otros muchos actos de beneficencia que habia practicado. La señora Steinhausse y su esposo se felicitaban de la bondad y virtud de su hija. Recibia Enriqueta estas alabanzas con modestia y ternura y todas las referia á su madre:

—Si no fuera por V., la decia, por su tierno esmero y cuidado no disfrutaria yo de esta satisfaccion. ¡Ah mamá! acabe V. de corregir mis defectos para que sea más digna de V. y pueda contribuir mejor á su felicidad.

Delfina se aprovechaba de cuanto oia, y por la noche, cuando se vió sola con la señora Steinhausse, dándola un abrazo y mirándola con ternura la dijo:

—¡Ah señora! ¿Cómo es posible que me haya V. podido sufrir hasta aho-

ra, siendo tan distinta de Enriqueta? ¡Qué odiosa la debo de haber parecido!

—Mucho tenemos adelantado cuando conocemos nuestras faltas; ademas que de poco tiempo á esta parte es V. mejor, y todos notan mudanza tan repentina.

—Pero ¡qué léjos estoy de parecerme á la amable Enriqueta! Ayer mismo, ¿no tuve dos ó tres impaciencias que V. notó, y que la mortificaron? ¿No hablé desabridamente á Mariana y quise que riñese V. á Catana? Pero á propósito de Catana: debo pedirla perdon de la bofetada que la dí cuando vine. ¡Pobrecilla! ¿Cómo pude maltratarla siendo tan buena?... Haga V. que venga para manifestarla mi pesar por haberla ofendido.

Al punto llamó la señora Steinhausse á Catana, que se presentó. Suplicó Delfina á su ama que la sirviese de intérprete; y acercándose á ella la pidió perdon del modo más expresivo, diciéndola al concluir con suma gracia:

—Y en fin, querida Catana mia, si me perdonas, me has de permitir que te dé un beso en el mismo carrillo en que te dí con tanta vileza el bofeton.

Enternecida Catana no se atrevia á acercarse por respeto; pero Delfina arrojándose á ella la abrazó y besó porque conocia que sólo de este modo podia satisfacerla de la afrenta. Catana salió del establo enjugándose las lágrimas y diciendo en aleman que Delfina era una señorita muy cariñosa. Luego que se fué, sacó Delfina de un armario un poco de muselina, diciendo que deseaba regalársela á Catana.

—Y ¿por qué, preguntó la señora Steinhausse, no se la dió V. ántes?

—Porque hubiera podido imaginarse que con eso intentaba satisfacerla del bofeton, y entónces esta fineza en vez de serla agradable la ofendiera, pues no se satisface una ofensa con dinero. ¿No era probable que Catana no me perdonase si imaginara que este regalo era una satisfaccion?

—Tiene V. razon, dijo la señora Steinhausse. ¡Eso es pensar con delicadeza! Conserve V. esos sentimientos, pues con ellos parecerá mayor su generosidad, y dará más realce á sus acciones.

Al acabar esas palabras la señora Steinhausse trajeron á Delfina una carta de su madre, en que la preguntaba los juguetes ó qué era lo que debian remitirla. Despues de leerla, suspiró Delfina, y rogando á la señora Steinhausse escribiese la contestacion, dictó del modo siguiente:

«Mi querida mamá: agradezco á V. en el alma su cariñosa solicitud, y puesto que me pregunta lo que debe remitirme, la diré que ya no deseo juguetes, y tendria especial satisfaccion en que me ayudase V. á llevar á cabo una buena obra.

«Es el caso que hay aquí una anciana labradora, buena, pobre y cuya sola familia la constituye una nieta próxima á casarse con un labrador rico; mucho es el cariño de esta hácia su abuela, mas como al fin el marido es el dueño, tal vez no la facilite lo necesario para atender á la anciana. Yo, que la he cobrado afecto, no tanto por su sencilla bondad, cuanto porque es madre, título en extremo recomendable para mí, desearia que nada faltase á su bienestar. He consultado á la señora Steinhausse, quien me respondió que con una pension de cincuenta escudos lograria mi deseo, y como pienso que el importe de mis juguetes se elevaria á mayor cantidad, suplico á V. que el dinero que en ellos debia emplear lo destine á facilitarme la antedicha pension. Tambien me agradaria regalarla una pieza de indiana para que estrene un vestido en la boda de su nieta.

«Mi salud se va restableciendo, y el único pesar que tengo es hallarme tan léjos de V. y no poderla abrazar; pero tanto por la noche como por la mañana saludo á su retrato, y esto me consuela en algun tanto. Por lo demas, estoy muy contenta, y no desearia salir de aquí, si la tuviese á V. á mi lado.

«Diga V. á mi aya que la estoy criando un tordo, á pesar de que escribió á la señora Steinhausse que yo atormentaria á Enriqueta. No la guardo rencor, porque no sabe el cambio que en mí se ha verificado; pero lo sentí, porque para atormentar á esta amable niña seria preciso tener muy mal corazon.

«A Dios, queridísima mamá; pronto espero el sin igual placer de abrazarla. Entre tanto reciba mil cariñosos besos de su amante y respetuosa hija.—DELFINA.»

A los dos dias recibió Delfina la respuesta de su madre en los términos más cariñosos, y en vez de una pension de cincuenta escudos para la anciana labradora, una escritura de trescientas libras, sin olvidar el vestido nuevo para el dia de la boda. Alborozada Delfina llevó al instante el regalo á la abuela, que con este aumento de fortuna se consideró del todo feliz. Su agradecimiento y el de Agueda, las alabanzas de la señora Steinhausse y las tiernas caricias de Enriqueta hicieron disfrutar á Delfina una satisfaccion de que hasta entónces ni siquiera remotamente imaginara, porque para conocer el valor de una satisfaccion tan pura es menester experimentarlo. Aquella noche preguntó Delfina á la señora Steinhausse cuánto le habria costado á su madre la pension de trescientas libras.

—Sobre mil escudos, respondió la señora Steinhausse, porque esta renta sólo es vitalicia.

—¡Cómo! replicó Delfina. ¿Se puede con mil escudos asegurar la manu-

tencion á una persona que nada posee?... ¡Mil escudos! Justamente ese es el precio de mi piocha de diamantes.

—Dígame V., señorita, preguntó la señora Steinhausse: ¿está V. contenta con su piocha?

—No por cierto, respondió Delfina, pues más me gusta una rosa; y cuando pienso que con mil escudos se puede sacar para siempre de miseria á un desdichado, no comprendo cómo hay quien tenga la locura de comprar diamantes, y abomino aquella piocha tan cara, tan pesada y que tanto me incomoda cuando me la pongo.

Dos dias despues de esta conversacion se celebró la boda de Agueda y Simon en casa del doctor. Se pusieron las mesas en el jardin, á la sombra de unos nogales, sobre una hermosa alfombra de césped esmaltado de sérpoles y violetas: unos treinta labradores de las cercanías, que fueron convidados, se sentaron á las mesas, y la señora Steinhausse cuidó de la de los novios. Acabada la comida bailóse en el jardin hasta la noche, y Delfina participando de la comun alegría decia:

—Nunca me han divertido gran cosa los bailes de Paris; pero de aquí en adelante me fastidiarán.

Es cierto que las verdaderas diversiones sólo se hallan en el campo, y cuando una vez se disfruta de ellas, todas las que las ciudades pueden ofrecer parecen tan insípidas como molestas y atronadoras.

Llegó el mes de julio, y entónces le pareció á Delfina el campo mucho más delicioso: daba largos paseos sola por los prados y huertas, y en las noches de luna con la señora Steinhausse y Enriqueta. Ademas, como ya la era agradable la ocupacion, no permanecia un instante ociosa; leia, escribia, hacia labor, aprendia de Enriqueta á dibujar flores y á secar plantas, de cuyos nombres y virtudes se informaba minuciosamente; invertia en buenas obras el dinero que Melita la enviaba todos los meses para alfileres. Adorada de cuantos la trataban, y contenta de sí misma, cada dia se figuraba que iba en aumento su felicidad: ya no se hallaba en su rostro la languidez y abatimiento que por tanto tiempo alteraron su hermosura; sus ojos estaban llenos de viveza y expresion, habia recobrado las gracias de la juventud, y sabiendo igualmente andar bien, correr y saltar, adquirió en cuatro meses más gracia y donosura que pudieran enseñarle en cuatro años los maestros de baile.

Á principios de agosto la dijo el doctor que podia abandonar el establo, y al punto la acompañaron á un lindo cuartito preparado de intento para ella. Grande fue el gozo que experimentó Delfina al entrar en esta habitacion, cuyas vistas eran tan agradables como oportuna su distribucion; las

ventanas daban á un valle de amena vista, y la limpieza que reinaba tanto en la estancia como en los muebles la encantaba.

—Explíqueme V., decia á la señora Steinhausse, ¿por qué este cuartito me parece tan hermoso, y por qué me disgustaba tanto el que habitaba en Paris, no obstante ser mayor y más adornado?

—Primeramente la habitacion de V. en Paris daba á un reducido jardinillo cercado de altas paredes; ademas, ántes de venir aquí, sólo habia V. disfrutado de los falsos placeres que ofrecen la vanidad, el lujo y el gran mundo que como sólo existen en la imaginacion, con facilidad nos cansan, y en efecto la disgustaban; y no conociendo los verdaderos y sólidos se consumia de tristeza: tal era su situacion. Habia V. vivido con demasiada abundancia para poder apreciar las conveniencias y goces que una decente medianía proporciona; de nada disfrutaba con gusto, porque nada la quedaba que desear. Las cosas más gratas se nos hacen insípidas y enfadosas si no nos valemos de la razon para usar moderadamente de ellas; pondré un ejemplo: la agradan á V. flores, y la he visto buscar violetas con particular predileccion y gusto. ¿Por qué, pues, tanta inclinacion á esta flor, que observo en V. como en todos los niños? La razon es que la violeta está oculta entre sus hojas; que es ménos comun que el tomillo, y hay que buscarla. Si se encontrasen en los campos con suma abundancia, y las hallase V. á cada paso, dejaria de apreciarlas, no haciendo de ellas más caso que del césped. Las producciones del arte son sin duda inferiores á las de la naturaleza; es, pues, más fácil que aquellas nos fastidien; no obstante tienen su mérito, ofrecen varios placeres, que sólo se disfrutan cuando se usan con moderacion. Si V. llena su casa de rica porcelana, en breve se disgustará V. de ella; si va V. todos los dias al teatro, en vez de recrearla la será enfadoso; si se detiene V. mucho en la comida, si en ella sólo saborea manjares exquisitos, llegará tiempo en que coma sin apetito, y por consiguiente sin gusto. Lo mismo sucede con todas las cosas de que abusamos: queriendo satisfacer completamente nuestros deseos, los destruimos. Acuérdese V., pues, que el exceso de las cosas supérfluas léjos de contribuir á nuestra dicha, la aniquila enteramente; piense V. que el lujo sólo deslumbra á los necios, y ningun goce duradero produce goces. Nada más incómodo existe que la magnificencia; los pendientes de diamantes desgarran las orejas; un vestido cargado de oro abruma el cuerpo y despelleja las manos; las joyas y los adornos preciosos imponen mil sujeciones, porque se siente romper un par de vueltas de encaje, ó hacer pedazos una caja primorosa. Si ayer hubiese V. llevado una saya guarnecida de encajes no cogiera tantas rosas silvestres entre los zarzales, en donde se dejó la mitad del vestido, ni

volviera tan alegre y contenta de su paseo. La magnificencia en los muebles no es ménos engorrosa; yo por mí desearia cien veces más habitar en el establo que V. acaba de dejar, que en aquellas brillantes habitaciones, en donde me veria precisada á moverme con la mayor precaucion por temor de romper algun cristal, echar á perder algun rico dorado, ó derribar un primoroso velador cubierto de costosas piezas de china y porcelana. ¡Cuánto compadezco á los que así se hacen esclavos de las riquezas! La vanidad que los ciega podria, bien dirigida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideracion á que aspiran. En vez de ostentar tanto fausto, ¿por qué no practican obras de beneficencia?

—Es cierto, interrumpió Delfina, y se harian amar generalmente. Pero ¿es posible que haya quien no encuentre placer en hacer bien? ¿Existirá acaso alguna alma tan cruel que sea insensible á la felicidad ajena?

—Esa inhumana dureza, replicó la señora Steinhausse, no es natural; pero á todo el que da rienda suelta á sus caprichos gastando el dinero en vanas superfluidades, se le apoca el espíritu, el corazon se le endurece, y al fin acaba por corromperse del todo.

—¡Ah! exclamó Delfina, cualesquiera que sean mis riquezas jamas me corromperán; procuraré ser moderada, me acordaré de la tristeza y tédio que he experimentado en medio de la mayor abundancia; tendré presente que me ha sido preciso pasar cuatro meses en un establo para saber apreciar alguna de las cosas de que estaba fastidiada; y sobretodo jamas olvidaré que existen pobres desdichados, y que el gozo que se disfruta socorriéndolos es el mayor y más puro que se puede experimentar en la vida.

Esta conversacion se concluyó con las más tiernas manifestaciones de agradecimiento de Delfina á la señora Steinhausse, que en efecto adquirió derecho á ellas por enseñarla á raciocinar y sentir.

Aun permaneció Delfina dos meses más en casa del doctor, en los que acabó de perfeccionar su carácter y fortificar su salud. En fin, á principios del mes de octubre tuvo el consuelo de ver á su madre. Melita la recibió con la alegría que se deja imaginar: apénas podia conocerla; habia crecido y engruesado mucho en poco tiempo y tenia bellísimos colores. Como dudando Melita de lo que estaba viendo, la contemplaba, estrechábala entre sus brazos, iba á hablarla, y sólo con lágrimas daba á entender el extremo de su regocijo. Algun tiempo estuvo contemplando la señora Steinhausse escena tan tierna, y al fin tomando la palabra dijo á Melita:

—V., señora, me la ha entregado casi muerta, y se la devuelvo sana, robusta, y lo que es más, buena, dócil, compasiva, razonable y digna de hacer dichosa á su madre. No obstante, es tan jóven, y está tan poco perfec-

cionada, que á ménos de ciertas precauciones es de temer que tenga alguna recaida, y si V. desea precaverla aquí está el régimen que debe seguir; no es riguroso, pero sí necesario.

—Prometo á V., dijo Melita, que le seguiré puntualmente; démele V.

Tomó un papel que le presentaba la señora Steinhausse, y abriéndolo leyó en voz alta lo que sigue:

RECETA DEL DOCTOR STEINHAUSSE PARA LA SEÑORITA DELFINA.

Deberá pasar seis meses en el campo; concurrirá pocas veces á los teatros; paseará bastante á pié, aun en el invierno; sus almuerzos y meriendas serán pan solo, excepto en tiempo de fruta; usará vestidos sencillos, porque son los más cómodos y ligeros.

Para preservarla de la melancolía deben proporcionársele libros instructivos y curiosos; no se la permitirá estar ociosa un instante; y si experimentase por casualidad algun acceso se le recordará la historia de la abuela de Agueda, y el bien que hizo á esta pobre anciana. Siguiendo este método conservará la salud, alegría y dicha de que en la actualidad disfruta.

Melita aprobó el régimen; aseguró que lo seguiria exactamente, y manifestó el más vivo agradecimiento á la señora Steinhausse. Al año siguiente compró una casa en el valle de Monmorency, inmediata á la del doctor, á quien conservó Delfina siempre el cariño y respeto que le debia, y la amistad más tierna para Enriqueta. Se hizo en extremo amabilísima, adquirió instruccion y talentos, y se vió admirada y querida de cuantos la conocian. Su madre la proporcionó un esposo digno de ella, y fueron felices hasta su muerte.

Cesó de hablar la señora de Clemira, y exclamó Pulqueria:

—¿Se acabó ya la historia?... ¡Qué lástima!

—Si Melita, dijo Carolina, hubiese sido tan juiciosa como la señora Steinhausse, nunca fuera Delfina perezosa, caprichosa y mala. ¡Ah cuánto vale una buena madre!...

Y diciendo estas palabras besó la mano á la marquesa.

—Mamá, dijo Pulqueria, no he querido interrumpir á V. en lo más interesante de su historia; pero desearia preguntarla una cosa. ¿Á qué enfermedad de la vista se llama catarata?

—Á una nube ó tela blanca que impide ver cuando se forma en los ojos (6).

Levantóse la marquesa, y aunque era más tarde que otras noches, á los niños parecióles breve la velada; se fuéron á acostar con cierta repugnancia, y toda la noche soñaron con Delfina.

Al dia siguiente Morel dijo á César que sumada la cuenta de lo que costaria todo lo que era preciso comprar para hacer el escaparate de vidrio destinado á las mariposas, ascenderia el gasto á siete ú ocho luises.

—Es un recreo demasiado caro, dijo César; otros podrémos buscar más baratos: hablaré á mis hermanas para desvanecerles esta idea.

En efecto fué al instante á la estancia de las niñas.

—Vengo, las dijo, á ofreceros una ocasion de hacer ver á mamá que no nos contó en balde la historia de Delfina.

—¿Por qué, hermanito?

—Porque podrémos demostrarla que hemos aprovechado las razones de la señora Steinhausse. ¿Os acordais que dijo que no era justo satisfacer todos nuestros deseos?

—Sí, ya me acuerdo.

—Pues bien: el escaparate para las mariposas costaria ocho luises.

—¿Ocho luises?

—Nada ménos; y con esta cantidad podríamos hacer alguna buena obra.

—¿Se podria señalar una pension con ocho luises?

—No, porque seria insignificante su rédito; pero con ellos se podria remediar alguna pobre familia.

—En ese caso, abandonemos el proyectado escaparate; no obstante, á saberlo, no hubiera trabajado tanto en aprender el punto de malla.

—Y ¿qué importa? ¡Tendrémos tantas diversiones!... Harémos como Enriqueta: secarémos flores y plantas; aprenderémos botánica y agricultura.

—Y pedirémos á mamá dinero para hacer buenas obras.

—Mamá no es tan rica como Melita, y ya sabeis que está aquí para ahorrar: no puede dar pensiones; pero es caritativa con los pobres.

—Era menester que procurásemos hallar alguna buena vieja muy pobre, y si fuera ciega ¡qué alegria! llamaríamos un cirujano de Autun para que la hiciese la operacion de la catarata.

—Seguramente; pero debemos procurar que nuestras diversiones no sean costosas, pues no es regular que mamá nos dé al mismo tiempo dinero para nuestros caprichos y para las cataratas.

—Es verdad que no se puede lograr todo.

Despues de esta consulta fuéron los niños á ver á su madre, y comunicáronla la resolucion adoptada. La marquesa los abrazó, alabando la bondad de sus corazones.

—Conservad, les dijo, hijos mios, ese modo de pensar, pues con él asegurariéis vuestra felicidad y la mia; y para premiaros prometo buscar la ocasion de gastar como deseais los ocho luises que costaria el escaparate.

—Ah, mamá, replicó Pulqueria, añada V. á esto una historia todas las noches, y no *de cuando en cuando*, como ofreció V. al principio.

—Consiento, con tal que no me deis motivos de queja; porque el que durante el dia no sea bueno, por la noche no asistirá á la velada.

—Mamá, ese es demasiado rigor.

—Ni tu hermano ni tu hermana se quejan.

—Porque temen ménos que yo, que soy la más pequeña, y por consiguiente tengo ménos juicio.

—Por lo mismo no exijo tanto de tí.

—Verdad es, mamá; conozco lo equitativa que es V., pero no por eso dejo de temer que algunas noches tendré que irme á la cama sin velada.

Aquella misma mañana fué César á pasear por el campo con el señor Fremont, y llegando cerca de una choza, repararon que un muchacho pegaba á otro mayor que él, quien se contentaba con evitar los golpes sin devolverlos. Acercándosele César le preguntó si era su hermano el muchacho que le maltrataba.

—No, señor, respondió; es un vecino nuestro.

—Muy malo debe de ser, replicó César. Y ¿por qué cuando te pega no le das tú tambien?

—Señor, no puedo, porque soy más fuerte que él (*).

César miró al señor Fremont, y le dijo en voz baja:

(*) La autora ha tenido la satisfaccion de oir esta respuesta á un niño de ocho años.

—Vea V. un niño generoso; es menester informarnos si su familia es pobre.

—¿Cuántos años tienes? preguntó el señor Fremont al muchacho.

—Ocho.

—¿Cómo te llamas?

—Agustin, para servir á V.

—¿Tienes padres?

—Sí, señor, á Dios gracias, y á más mi hermanito *Colás*, que sólo tiene cinco años. Mire V., ahí en frente está nuestra casa.

—¡Ah señor Fremont! dijo César, déme V. el gusto de que entrémos en esa choza.

Accedió el señor Fremont, y Agustinico los condujo á ella.

El abate habló con Magdalena su madre, que le hizo un grande elogio del niño, quien jamas la daba la menor pesadumbre, y era tan dócil y aplicado que el señor cura le profesaba especial cariño, y se habia tomado el trabajo de enseñarle á leer.

En efecto, Agustinico hablaba demasiado bien para ser hijo de un aldeano, y su rostro era tan simpático que llamaba la atencion de todos. Refirió Magdalena algunas acciones suyas muy bellas; alabó mucho el cariño que manifestaba á su hermanito Colás, aunque este solia ser inquieto y revoltoso.

César hizo prometer á Agustinico que le iria á ver á la quinta; y saliendo de la choza continuaron su paseo. Luego que el señor Fremont se vió solo con César:

—¿Ha comprendido V. bien, le dijo, todo el valor de la respuesta de ese muchacho cuando le estaba pegando el otro? *Yo no puedo darle porque soy más fuerte que él.*

—Sí, señor, respondió César: se compadecia de su debilidad.

—Justamente, replicó el señor Fremont, y en atencion á ella disculpaba su cólera y arrogancia.

—Agustin se parece á Turco, el perro de presa de casa, que con tanta cachaza tolera que la perrita de mamá le muerda.

—Esta generosidad es virtud tan natural que se encuentra entre las naciones ménos civilizadas, y algunas veces en las clases más ínfimas. Léese en la *Historia general de los viajes* (*) que en el Malabar es más seguro caminar escoltado por un solo niño nairo (**), que por los más famosos guerreros de la misma tribu; porque los salteadores del país sólo acometen á los

(*) Compendio por de L' Harpe, tomo V., pág. 130.

(**) La tribu de los nairos es en el Malabar la de los nobles ó guerreros.

caminantes que van armados, y por el contrario respetan como sagrados á los indefensos y á los niños. Juzgue V., pues, por estos ejemplos cuán vil é infame es el hombre que carece de una virtud tan natural que la poseen un muchacho sin educacion, los animales y hasta los bandidos. Con razon se reputa por un mónstruo al que abusa de sus fuerzas oprimiendo á otro más débil; porque, en efecto, se le debe considerar como un asesino.

—¡Asesino!

—Seguramente; dígame V.: si un hombre armado con una espada riñese con otro que sólo tuviese un palo, ¿no seria un asesino?

—Sin duda, porque se debe pelear con armas iguales.

—Y si yo riñese con V. á cachetes, ¿seria igual la pelea?

—No por cierto, porque uno de V. valdria por veinte mios.

—V. no me podria herir, y á mí me seria fácil matarle, por lo que riñendo con V. de este modo me conduciria como un asesino, pues empleaba toda mi fuerza contra quien era más débil que yo.

—Es evidente.

—Y ¿qué juicio formaria V. de una persona rica y de valimiento en la córte, que teniendo por su clase cierto dominio sobre individuos de menor esfera, emplease esta especie de superioridad para oprimirlos?

—Pienso que esta persona seria tan vil y cruel como la que riñese con un indefenso.

—Cuando V. sea hombre, ¿no cometerá una accion vil y cobarde si trata con dureza á los que dependan de su arbitrio, como su mujer, sus hijos y sus criados?

—Es cierto; conozco que asistiéndonos la fuerza ó el poder faltamos á la generosidad y á la humanidad si no somos benignos, pacíficos é indulgentes.

—Cuando se manda, pues, es menester ordenar sólo cosas justas, tratando de hacer felices á los que nos están subordinados; sin esto la autoridad es tiranía, y nada hay más vil y aborrecible que un tirano.

Divertidos en esta conversacion llegaron á la quinta el señor Fremont y su discípulo á tiempo de sentarse á la mesa. Encontraron un caballero de las cercanías, desconocido para ellos, al que la marquesa habia convidado á comer. Este sugeto, llamado el señor de la Paliniere, de hasta cincuenta y cinco años, era muy feo; tenia una verruga en la nariz, las cejas largas y pobladas, y una peluca negra y redonda, que semejaba un gorro de dormir, tapándole casi toda la frente; era ademas tartamudo, y en extremo distraido. Fue tanto lo que chocó á Pulqueria su persona y traje, que no cesaba de mirarle: no decia palabra el señor de la Paliniere que no la hiciese reir, si

bien el temor de enojar á su madre la obligaba á reprimirse, y durante la comida no se excedió.

Acabada esta, y sabedor el capellan de que su vecino jugaba al ajedrez, le propuso una partida. El señor Fremont, que se consideraba mediano jugador, dió á entender al convidado serlo grande, y en consecuencia el señor de la Paliniere pidió con modestia una torre. La baronesa y la marquesa se sentaron á trabajar al otro extremo del salon, y Pulqueria se acomodó junto al ayo, para tener en frente al de la peluca, y considerarle á su satisfaccion. Empieza el juego, y los dos contrincantes parecian guardar igual atencion y silencio, cuando de improviso el señor de la Paliniere con la mayor cachaza derriba y revuelve todas las piezas. Creyendo el señor Fremont que era distraccion echóse á reir, diciendo:

—¿Qué hace V.?

—Nos hemos equivocado, respondió el señor de la Paliniere; soy yo quien debe dar la torre; volvámos á empezar.

Al oir esto el señor Fremont se quedó suspenso, y Pulqueria soltó una carcajada.

Comiénzase de nuevo la partida: el capellan se ve obligado á recibir la ventaja que al principio diera á su contrario, quien en diez jugadas le da *mate* (*). Confundido el señor Fremont repitió varias veces que su antagonista era jugador de primera fuerza; mas él sostenia que ni á la segunda llegaba.

Durante este altercado Pulqueria se reia maliciosamente, diciendo que segun eso no jugaba el señor Fremont tan bien como pensaba, expresion que acompañó con algunas chanzas impertinentes. Ocupada su madre en la labor no parecia haber reparado en ello; mas cuando el señor de la Paliniere se despidió acercóse Pulqueria á su madre, y preguntó á la baronesa si contaria aquella noche alguna historia.

—¿Qué te importa, respondió la baronesa, si no la has de oir?

—Y ¿por qué, abuelita?

—Una niña burlona é impertinente no merece ser admitida en nuestras veladas.

—Pues ¿qué he hecho yo?

—Escúchame, Pulqueria, la dijo su madre: si yo procurase remedar ó zaherir á una persona, ¿procederia bien? No por cierto, seria grosera y desatenta, dando motivo para creer que no tenia buen corazon y carecia de

(*) Voz propia del ajedrez, y significa cuando el rey está sin recurso para ponerse á cubierto de los ataques del contrario.

discernimiento. Si pretendiese enfadar á un superior, á una persona destinada á inspirarme respeto y veneracion por su edad y experiencia, me haria más culpable todavía. Esto supuesto, díme ahora: ¿debes acatar al amigo de tus padres y al hombre que está encargado de la educacion de tu hermano? No sólo debes respetar al señor Fremont, sino que si posees buen corazon, has de apreciarle.

—Sí, señora, respondió Pulqueria llorando, le respeto y le amo.

—Y no obstante acabas de burlarte de él, dándole motivos de enojo. Aun cuando en realidad pretendiera el título de perfecto jugador de ajedrez, y esta pretension fuese infundada, ¿deberias poner en evidencia tan pequeño defecto? ¿Puede un buen corazon divertirse con los errores ajenos? ¿Cabe tanta malignidad en un espíritu recto?... Sobretodo cuando tiene por objeto una persona á quien debemos estimar.

—¡Oh mamá! exclamó Pulqueria anegada en llanto. Ahora conozco la inconveniencia de mi risa; pero fue sin mala intencion.

—En efecto, mamá, añadió Carolina enternecida, yo estaba delante, y no juzgo que mi hermana llevase ánimo de incomodar al señor Fremont.

—¿Es posible, Carolina, interrumpió la señora de Clemira mirándola atentamente; es posible, hija mia, que pensases eso?

A esas palabras Carolina se ruborizó y bajando la vista enmudeció.

—Y tú, Pulqueria, continuó la marquesa, ¿estás convencida de haberte reido sin intencion? ¿No te complacias en ver abochornado al señor Fremont? ¿Nada dijiste con ánimo de picarle?... Reflexiónalo bien, y responde.

—Mamá... bien sabe V. que soy incapaz de mentir.

—Así lo creo.

—Mamá...

—Vamos: ¿qué dices?

—No merezco asistir á las veladas.

—Pero mereces siempre mi cariño, puesto que confiesas tu falta con sinceridad.

—Pero, mamá, ¿me destierra V. de la tertulia para siempre?

—No, sólo por ocho dias.

—¡Ay Dios mio!... Pero ¿me perdona V.?

—Sí, porque estoy segura de que tu culpa no es intencional.

—En efecto, mamá, solamente ha sido falta de reflexion.

—Así lo creo, y el arrepentimiento que muestras me hace esperar que no volverás á incurrir en otra semejante. Ahora, prosiguió la marquesa, ven acá, Carolina; tengo tambien que reprenderte: no há mucho que por disculpar á tu hermana dijiste lo que no pensabas.

—Mamá... lo confieso... pero...

—El motivo que te impelió á faltar á la verdad merece sin duda indulgencia; no obstante, nada puede autorizarnos á mentir. ¿Juzgarias lícito por servir á tu hermana no ejecutar un mandato mio sabiendo que me ofenderías gravemente?

—No, señora.

—Pues no sólo me ofendiste, sino, lo que es peor, á Dios.

—Es verdad, los Mandamientos de la ley de Dios prohiben la mentira.

—Ademas, debes considerar que nunca puede ser verdaderamente útil la mentira; tarde ó temprano se descubre, y deshonra al que la usó, en vez de que la verdad, al mismo tiempo que nos hace estimables, captando la confianza general, nos sirve hasta en ocasiones en que se podria creer peligrosa ó nociva.

—Esas reflexiones tan justas, dijo la baronesa, me hacen recordar un caso histórico muy interesante.

—Abuelita mia, dijo Pulqueria, si V. le guarda para la noche, yo no lo oiré.

—Pues bien, respondió la baronesa, voy á referirle ahora mismo.

Al oir esto Pulqueria se arrojó á los brazos de su abuela, que la retuvo en ellos, sentándola sobre sus rodillas: César y Carolina se acercaron, y la baronesa habló de este modo:

—El lance que deseais saber se halla en la historia de los árabes. Hegiag, célebre guerrero árabe, pero cruel y feroz, condenó á muerte á varios prisioneros de guerra, y habiendo obtenido uno de ellos que Hegiag le escuchase un instante, díjole así:

—Deberias, señor, perdonarme, porque un dia que Abderraman proferia contra tí imprecaciones, le reconvine diciéndole que obraba mal, y desde entónces me malquisté con él.

Hegiag le preguntó si presentaria testigos de este hecho, y el oficial nombró á un prisionero condenado tambien á muerte: mandó Hegiag á este que dijese si era cierto; y habiéndole respondido que sí, concedió el perdon al primero. Despues preguntó al que sirviera de testigo si imitó á su compañero tomando su partido contra Abderraman; pero este, continuando con la verdad, le respondió que no. Esta magnanimidad y noble franqueza admiró á Hegiag, quien á pesar de su ferocidad dijo:

—Pues bien, si te diese la vida y la libertad, ¿continuarias siendo enemigo mio?

—No, señor, dijo el cautivo.

—Basta, respondió Hegiag; te creo con sólo que lo afirmes: me es imposi-

ble dudar de tu veracidad viendo que prefieres la muerte á la mentira; conserva una vida que estimas en ménos que el honor y la verdad, y recibe la libertad como justa recompensa de tu virtud.

Ya veis, hijos mios, prosiguió la baronesa, que la verdad, como tu madre dice, es útil aun en las circunstancias en que parece deberia perjudicarnos. ¿No pensasteis que en tal ocasion se acrecentaria el furor de un hombre despótico y sanguinario? Y sin embargo posee tal fuerza la verdad, que en vez de irritar al tirano, le aplaca y desarma.

—Y ademas, dijo Pulqueria, el que llegue á lograr fama de verídico, con sólo decir una cosa se le cree como si lo jurase.

—Es cierto, las protestas de nada sirven: sólo un *sí* ó un *no* de un sugeto veraz logra más crédito que todos los juramentos que hiciera otro de cuya sinceridad se dudase. Y en prueba de ello, ya os acordaréis de lo que os referí acerca de la gloriosa prueba de estimacion que los atenienses dieron á Xenocrátes. En fin, no se posee tan recomendable cualidad sin la verdadera virtud; por eso todos los hombres grandes se hicieron notar por su amor á la verdad, entre otros Xenocrátes, filósofo esclarecido, y de quien acabamos de hablar, y Epaminóndas, aquel héroe tan virtuoso, cuya máxima fundamental era no mentir ni aun en chanza.

El señor Fremont, que llegó entónces, interrumpió la conversacion preguntando á la marquesa si consentia en ver á Agustinico, que acababa de llegar con su madre. La señora de Clemira, á quien César refiriera el lance del paseo, respondió que les conoceria con gusto; por lo cual entró este con Magdalena, su madre, que ofreció á la marquesa una cestilla de huevos frescos. Todos agasajaron á Agustinico. La marquesa, que tomó informes de la situacion de Magdalena, sabiendo que era pobre y que su marido estaba aun convaleciente de una grave enfermedad, la dió gustosa, á ruegos de César, cuatro luises, mitad de la cantidad reservada para una buena obra: ademas, hizo prometer á Agustinico que vendria á jugar con César todos los dias. Pidió Agustin permiso para traer consigo de cuando en cuando á su hermanito Nicolas, porque decia que Colás se moriria de tristeza si se quedase solo en casa. Todos alabaron el fraternal cariño de Agustin, y se le otorgó lo que solicitaba.

Acercábase la hora de la velada; y viendo César y Carolina el sentimiento de su hermanita por no poder asistir á ella, suplicaron á la abuelita que no contase cuento ni historia alguna en los ocho dias que durase la penitencia de Pulqueria, prefiriendo diferir una distraccion que tanto les agradaba al pesar de que su hermana no participase de ella. Aplaudió la baronesa su conducta, y decidióse que cesarian las veladas por los ocho dias.

En cuyo tiempo, una tarde que la marquesa departia con sus hijos, la dijo Carolina:

—Mamá, V. nos prohibe todo trato con los criados, porque dice V. que carecen de educacion, y sin embargo nos permite hablar con los aldeanos, y aun V. misma parece conversar á gusto con Felipe, Mónica y Magdalena.

—Es cierto, respondió su madre, y voy á explicaros esta aparente contradiccion. Los criados no tienen educacion, mas la costumbre de oir hablar á sus amos hace su lenguaje ménos tosco y grosero que el de los aldeanos, si bien por otra parte no es ménos defectuoso, porque el vicio principal que las personas sensatas encuentran en él, consiste más bien en la bajeza de las expresiones y puerilidad de las ideas, que no en las palabras. No temo que oyendo hablar á los aldeanos imiteis su lenguaje tosco, porque es demasiado distinto del vuestro para que os podais acostumbrar á él; por el contrario, seria muy posible que en vuestra edad no conocieseis los defectos del de los criados, y por consiguiente los imitaseis sin apercibiros. Ademas, poseen en general todos los criados vicios y faltas anexos á la posicion en que viven. Es muy difícil que un hombre sea virtuoso cuando careciendo de educacion no es laborioso, ó lleva una vida ociosa. Un lacayo, por ejemplo, no invierte en su obligacion todo el dia; de las cuatro partes pasa tres sin ocuparse en nada, y como carece de medios para emplear el tiempo, no sabiendo leer ni hablar, se divierte bebiendo y jugando; sus costumbres se corrompen, y en breve se hace vicioso. Estos son los resultados de la ignorancia y de la ociosidad. Por el contrario, el aldeano, siempre laborioso y activo, viviendo léjos de las ciudades y malos ejemplos, conserva las costumbres puras y sencillas, y las virtudes naturales, cuyo principio existe en el fondo del corazon. Confieso que me agrada hablar con ellos: su sencillez y franqueza me encantan, sus expresiones suelen ser ridículas, mas nunca bajas; su modo de expresarse original y raro me recuerda el gracejo é ingenuidad de nuestros autores antiguos: en una palabra, gusto de tratarlos y examinarlos, porque son aplicados, virtuosos, verídicos y nada exagerados. Dias pasados, cuando el tio Felipe al ver correr á Carolina exclamaba: ¡Qué traviesa es! mi orgullo de madre se daba por más satisfecho que cuando oia en Paris la frase tan comun: Es un portento. Ademas, hijos mios, no creais que os hablo en general: todos estos juicios admiten excepciones; se pueden hallar labradores viciados, y criados virtuosos. Teneis la prueba en Morel, lacayo de César; vuestra abuelita os contará dentro de pocos dias una historia interesante, que os manifestará más claramente que en todas las clases pueden hallarse las más sublimes virtudes.

—Y ¿V. sabe tambien esa historia?

—Sí; nos la refirió un conocido nuestro que trató particularmente á los personajes de ella.

—¡Qué deseos tengo de oirla!

—Y yo tambien.

—Y yo.

—De aquí á cuatro dias lo lograréis.

—Dentro de cuatro dias, ¡cuánto tiempo!

Pasaron en fin los cuatro dias tan largos. ¡Con cuánto gozo vieron llegar el de la velada, y con qué alegria é impaciencia se esperó la noche!... A las ocho y cuarto, despues de cenar, cada cual ocupó su puesto, y la baronesa empezó la historia siguiente:

VELADA CUARTA.

EL CALDERERO, Ó EL MÚTUO AGRADECIMIENTO.

El rey de Inglaterra Jacobo II se vió obligado á abandonar su reino viniendo á refugiarse á Francia, donde Luis XVI le dió asilo en San German, y con él se establecieron algunos vasallos leales que le habian seguido. La señora de Varonne, cuya historia voy á referiros, pertenecia á una familia irlandesa; miéntras existió su marido ocupó una decente posicion; mas habiendo enviudado, hallándose sin amparo ni parientes, no pudo obtener de la córte parte de la pension que gozaba el difunto. Sin embargo, escribió á los ministros, presentó varios memoriales, á los que contestaban: *que se haria presente al rey su pretension*, con lo que alimentó esperanzas cerca de dos años. Pero al cabo de este tiempo, habiendo renovado sus instancias, se las negaron tan absolutamente, que no pudo dudar ya de su suerte. Hallábase en la más deplorable situacion; en el espacio trascurrido desde la muerte de su esposo habíase visto precisada á vender para subsistir cuantos objetos de valor poseia. Su amor al retiro, piedad y disgustos la retraian de la

sociedad, y especialmente desde su viudez rompió toda relacion. Carecia, pues, de amigos, de fortuna, de esperanza, y sin recursos de ninguna especie, rodeábala la miseria más espantosa, acrecentando tan precaria situacion su avanzada edad, pues contaba cincuenta años, y quebrantada salud. En este apuro recurrió al verdadero Dispensador de los consuelos y gracias, al que podia aliviar su suerte, ó darla el valor y resignacion necesarios para sufrir con paciencia todo el rigor de ella; postrada pidió á Dios con confianza, y conociendo que la tranquilidad renacia en su pecho, contempló con serenidad su espantoso estado.

Si es preciso, decia, que perezca esta frágil existencia, ¿qué importa que la aniquile el último extremo de la miseria, ó una enfermedad? ¿Qué importa morir debajo de un dosel ó sobre una estera? ¿Acaso será mi muerte más dolorosa, porque no tengo separacion alguna que sentir? No por cierto; pues así no necesitaré ni exhortaciones ni valor; no tendré sacrificios que hacer; abandonada del universo entero, sólo pensaré en el Criador, considerándole pronto á recibirme y premiarme, y esperaré la muerte como el más precioso de sus dones.

—¡Qué valor! interrumpió Carolina. ¿Es posible morir sin echar ménos la vida?

—Considera, hija mia, dijo la baronesa, que la señora de Varonne no era madre. Ademas, que la religion puede darnos esa resignacion sublime, y ya os dije que la señora de Varonne poseia la más verdadera y sólida piedad (7); pero volvamos á nuestra historia.

Al tiempo que así discurria entró en su estancia Ambrosio su lacayo; preciso es que le conozcamos, y así os le pintaré. Ambrosio contaba á la sazon cuarenta años, llevando veinte al servicio de la señora de Varonne; no sabia leer ni escribir, era de carácter áspero, taciturno y regañon; siempre parecia mirar con desprecio á sus compañeros y con desagrado á sus amos. Su semblante continuamente mal humorado y su modo de hablar siempre rudo eran causa de que se agradecieran poco sus servicios. Sin embargo, su puntualidad, buena conducta y lealtad le granjearon la opinion de hombre de bien y excelente criado; pero á pesar de no manifestar sino estas prendas, poseia otras virtudes más sublimes: debajo de un exterior tan tosco ocultaba el corazon más noble y sensible.

Algun tiempo despues de la muerte de su esposo la señora de Varonne despidió á los criados, y sólo conservó á su servicio la cocinera, otra criada y Ambrosio; mas llegó tiempo en que era preciso despedirlos tambien. Ambrosio, como dije ántes, entró en su habitacion, era invierno y traia leña para la chimenea, cuando su ama le dijo:

—Ambrosio, tengo que hablarte.

El tono enternecido con que pronunció estas palabras sorprendió á Ambrosio; deja en el suelo las astillas que traia, y mirando á su ama dice:

—Señora, ¿qué manda V.?

—¿Sabes cuánto debo á la cocinera?

—Nada, señora; ni á María, ni á mí; ayer nos pagó V. la mesada.

—Tanto mejor, ya no me acordaba. Pues es menester, Ambrosio, que digas á la cocinera y á María que ya no las necesito, y tú tambien puedes buscar otra colocacion.

—¡Otra colocacion! Eso no, yo moriré sirviendo á V.; no, señora, yo no la abandono, suceda lo que suceda.

—Ambrosio, no conoces mi situacion.

—Señora, V. no conoce á Ambrosio... ¿Qué importa que la cercenen á V. su pension, y no pueda pagar los criados? Despida V. á los otros en hora buena; pero yo no merezco que V. me eche de su casa. No tengo el alma venal, y...

—Pero Ambrosio, ¡si estoy enteramente arruinada! He vendido cuanto poseia, y me rehusan la pension.

—Rehusan á V. su pension...: No puede ser, no lo creo...

—Pues es cierto.

—¡Válgame Dios!

—Veneremos y adoremos los decretos de la Providencia, sujetándonos á ellos sin murmurar. Cree, Ambrosio, que experimento un gran consuelo en mi desgracia, resignándome á ella de todo corazon. ¡Habrá en el mundo tantas personas, tantas familias virtuosas que se hallen en la misma situacion!... Yo al ménos no tengo hijos, padeceré sola, y será menor mi padecimiento.

—No, no, exclamó Ambrosio sollozando, V. no padecerá; tengo brazos y sé trabajar.

—¡Ay Ambrosio mio! interrumpió enternecida la señora de Varonne; jamas he dudado de tu lealtad... pero no abusaré de ella. Sólo te pido por último servicio que me busques una buhardilla; aun me queda dinero para subsistir dos ó tres meses, procuraré trabajar; proporcióname en San German algunos parroquianos; esto es cuanto únicamente puedes hacer por mí.

Durante este discurso, Ambrosio, de pié en frente de su ama, la miraba callando, pero así que acabó de hablar, arrojándose á sus piés exclamó:

—¡Oh! señora, juro á V. servirla hasta la muerte... y de mejor gana, con más respeto y obediencia que nunca. Há veinte años que V. me mantiene, viste, da de comer y proporciona una vida quieta y sosegada; muchas

veces abusé de su bondad y paciencia; pero perdóneme V. las faltas con que mi mal genio haya podido ofenderla, y esté segura que procuraré enmendarme; sólo le pido á Dios vida para ello.

Al acabar esas palabras Ambrosio bañado en lágrimas se levantó y salió de la estancia apresuradamente sin esperar respuesta.

Bien podeis juzgar cuán grande y vivo seria el agradecimiento de la señora de Varonne. Conoció en esta ocasion que no existen males cuya amargura no atenue tan suave sentimiento.

Al cabo de un instante volvió Ambrosio con un bolsillo, y poniéndole sobre la chimenea dijo:

—Gracias á Dios, gracias á V., señora, y á mi amo que esté en gloria, aquí hallará treinta luises; V. me los dió, y son suyos.

—¡Ambrosio, el fruto de tus ahorros de veinte años!

—Cuando V. era rica, me daba dinero; ahora que carece de ello, se lo vuelvo; para eso sirven los intereses. Bien conozco que tan corta cantidad no puede sacarla de apuros, mas para eso cuento con que soy hijo de un calderero y no olvidé mi primer oficio, porque en los ratos desocupados y cuando V. me daba permiso para salir á paseo me iba á casa de Nicolas, un paisano mio que es calderero, y por entretenerme trabajaba. Ahora trabajaré de veras, y ¡con qué ánimo!

—Eso es demasiado, exclamó la señora de Varonne. Ambrosio, virtuoso Ambrosio, ¡en qué triste estado te ha colocado la suerte!

—Contento estoy con él, si mi señora puede acostumbrarse á la mudanza de su situacion.

—Tu lealtad, Ambrosio, alivia todas mis penas. Pero ¿cómo permitiré que padezcas por mí?

—¿Padecer por trabajar y más siendo á V. útil mi trabajo? No, señora; yo por mi parte estaré muy contento. Desde mañana me dedico al trabajo. Nicolas, que es amigo, me suministrará obra. Goza en San German fama de hábil, y justamente necesita un oficial; yo soy robusto, puedo trabajar por dos, y no hay cuidado.

No hallando ya la señora de Varonne expresiones capaces de manifestar su admiracion y agradecimiento, sólo respondia con lágrimas.

Al dia siguiente despidió á la cocinera y á la criada. Ambrosio alquiló en San German un cuarto tercero reducido, pero decente y con buenas luces; acomodó en él los pocos muebles que restaban á su ama, y la condujo á su nueva habitacion. En ella halló la señora de Varonne una buena cama, un sillon bastante cómodo, una mesita con tintero y papel, sobre la cual estaban colocados los libros en un estante, un armario grande que contenia su

ropa blanca, sus vestidos, hilo para coser, un cubierto de plata, porque se negó Ambrosio á que comiese con uno de estaño, y el bolsillo que encerraba los treinta luises. En un rincon y detras de una cortina estaba la alfarería que debia servir para guisar y comer.

—Esto es, dijo Ambrosio, lo que he podido hallar ménos malo por el precio que V. me manifestó podia pagar de alquiler. No hay más que un cuarto, pero la criada dormirá en un colchon que está debajo de la cama de V.

—¡Cómo! ¿qué dices de criada? interrumpió su ama.

—Pues ¿puede V. pasar sin una criada que guise, haga los mandados y la vista?

—Pero ¡Ambrosio!

—¡Oh! esa no la costará mucho; es una muchacha de trece años, que por la comida la servirá. Por lo que á mí toca, ya me arreglé con Nicolas. Le dije que me hallaba sin colocacion y que era menester que me diese trabajo. Él está bien acomodado, es buen hombre, y me tendrá en su casa, situada cerca de aquí, me dará la comida y veinte sueldos de jornal. En San German se vive con poco; por lo que podrá V. ir pasando con los veinte sueldos, tanto mejor cuanto que tiene algunas provisiones y dinero. No quise hablar de esto delante de Susana la criada: ahora voy á buscarla.

Y salió volviendo á poco con una muchacha muy aseada que presentó á la señora de Varonne, diciendo:

—Esta es la criada de quien hablé á V. Sus padres son pobres, pero muy honrados; tienen seis hijos, y la señora hará una obra de caridad en recibirla á su servicio.

Despues de este preámbulo Ambrosio exhortó con entereza á Susana á portarse bien, y despidiéndose de su ama fuése á casa de su amigo Nicolas.

¿Quién será capaz de expresar lo que pasaba en el alma de la señora de Varonne?... Semejante proceder no sólo la penetraba de admiracion y agradecimiento, sino que no podia acabar de comprender la repentina mudanza que notaba en el genio y modales de Ambrosio. Este hombre, á quien conoció siempre tosco y regañon, desde que era su bienhechor no parecia el mismo, pues unia la delicadeza al buen proceder y el esmero al heroismo, hallando en su corazon el miramiento y respeto que se debe á los desdichados, sabiendo que la verdadera generosidad debe ser modesta, y que es preciso excusar toda humillacion al desdichado á quien se socorre. Al dia siguiente de haber tomado posesion de su nuevo domicilio no vió la señora de Varonne á Ambrosio, porque estaba trabajando; pero por la noche fué á visitarla. Rogóla que alejase á Susana, y cuando se hallaron solos sacó de

la faltriquera veinte sueldos envueltos en un papel, y poniéndolos sobre la mesa, dijo:

—Este es mi jornal.

Y sin esperar respuesta llamó á Susana y se retiró.

¡Con qué tranquilidad dormiria aquella noche habiendo empleado de tal modo el dia, y con qué satisfaccion despertaria al siguiente! Por el gozo que experimentamos haciendo alguna buena obra podemos juzgar el que causará accion tan heróica.

Exacto Ambrosio en desempeñar la sublime mision que se impusiera, sólo tomaba al cabo del mes el dinero necesario para pagar la lavandera, zapatos, etc., y aun esa corta cantidad se la pedia á su ama, de quien la recibia como un regalo. En vano procuró esta persuadirle á que se reservase parte del jornal, porque Ambrosio, ó hacia que no lo oia, ó manifestaba tal sentimiento que la obligaba á callar.

Con la esperanza de proporcionarle algun descanso, la señora de Varonne trabajaba sin cesar, y Susana, que tambien la ayudaba, iba á vender lo que hacian; pero cuando su ama ponderaba á Ambrosio el producto que sacaba de las ventas, este sólo respondia: tanto mejor; y al punto hablaba de otra cosa.

El tiempo nada varió de tal conducta; por espacio de cuatro años no faltó un punto á ella. Pero llegó el dia en que la señora de Varonne debia sentir el pesar más cruel y doloroso. Una noche, que como de costumbre le esperaba, vió entrar á la criada de Nicolas, que venia á decirla que Ambrosio estaba malo y se habia visto precisado á quedarse en cama; la señora de Varonne la rogó acompañarla á casa de Nicolas, mandando al mismo tiempo á Susana á buscar un médico. Como no la conocia Nicolas se admiró al verla en su casa, y más cuando le dijo que deseaba ver á Ambrosio.

—Señora, respondió Nicolas, es imposible.

—¿Por qué?

—Es menester subir por una escalera de mano.

—¡Es posible! ¡Ah pobre Ambrosio!... ¡Vamos por Dios, vamos á verle pronto!

—Señora, vuelvo á decir que se expone V. á romperse la cabeza, y ademas no podrá estar de pié en el cuarto porque es un camaranchon tan malo...

La señora de Varonne no pudo reprimir el llanto, y rogando á Nicolas la ayudase, subió, no sin gran trabajo, y halló al pobre Ambrosio acostado en un jergon.

—¡Ay Ambrosio, exclamó al verle, en qué estado te encuentro! Y ¡me

decias que te agradaba tanto la habitacion y que estabas tan cómodo!

No se hallaba Ambrosio en estado de responderla, porque hacia ya una hora que deliraba, lo cual causó el más amargo sentimiento á la señora de Varonne. Vino en fin Susana con un médico, que al entrar admiróse de ver cerca del jergon de un pobre calderero una señora cuyo traje decente y noble aspecto anunciaba un distinguido nacimiento, manifestando el mayor desconsuelo. Acercóse al enfermo, examinóle con cuidado, y dijo que le habian llamado tarde: discurrid cuál quedaria la señora de Varonne al oir tan fatal sentencia.

—El pobre Ambrosio, dijo Nicolas, se tiene la culpa; há ocho dias que andaba malo, yo le dije mil veces que no trabajase, pero no hubo forma de convencerle, y esta mañana se quedó en cama porque no podia tenerse en pié. Para entrar en casa se cargó con más obra de la que podia, y se ha matado á fuerza de tanto trabajar.

Cada palabra de estas era un puñal que atravesaba el corazon sensible y agradecido de la señora de Varonne, quien llorando amargamente se acercó al médico, y juntando las manos le suplicó no abandonase á Ambrosio. El médico era caritativo y ademas cuanto veia avivaba en gran manera su curiosidad, por lo que condescendió en pasar parte de la noche al lado del enfermo. Envió á buscar la señora de Varonne á su casa colchones, mantas y ropa limpia; ella misma hizo la cama, ayudándola Susana, y el médico y Nicolas pasaron á ella á Ambrosio, acabada cuya faena se recostó en un banquillo de madera y soltó las riendas al llanto. A las cuatro de la mañana se retiró el médico despues de sangrar al enfermo, prometiendo volver al medio dia. Bien podeis imaginaros que la señora de Varonne no se apartó de Ambrosio un instante: cuarenta y ocho horas pasó á su cabecera, sin darla el facultativo la menor esperanza. En fin, al tercer dia dijo que notaba mejoría, y aquella misma noche aseguró que respondia de la vida de Ambrosio.

Á este punto de su narracion llegaba la baronesa, cuando temiendo su hija que tan largo discurso la fatigase, la interrumpió, suplicándola dejase lo restante para el dia siguiente.

—Y ¿lo deja V? exclamó Carolina. ¡Es tan temprano aun!

—¿No reparas que há un cuarto de hora que tu abuela está ronca y ha tosido varias veces?

—¡Mamá!...

—Un corazon sensible deberia tener siempre el temor de abusar de la bondad que se nos muestra.

—Mamá, conozco que hice mal.

—Siendo así, creo que no volverás á incurrir en semejante falta, y que

otra vez no dudarás en preferir á tus deseos, no sólo el agradecimiento, sino tambien cualquiera regla de buena educacion.

Con esta leccioncita fuéronse á acostar, y al dia siguiente prosiguió la baronesa su narracion de este modo:

VELADA QUINTA.

No podré pintaros el gozo y alegría que experimentó la señora de Varonne al ver que Ambrosio estaba fuera de peligro; queria continuar velándole la noche siguiente, pero él, que ya habia recobrado el conocimiento y hablaba, no lo permitió, por lo que regresó á su casa rendida de cansancio. Al dia siguiente fué á verla el médico manifestándola un afecto sincerísimo; y como ella le estaba tan agradecida por el esmero y cuidado con que asistiera á Ambrosio, no pudo ménos de responder á sus preguntas, refiriéndole su historia. Tres dias despues el médico, que no residia en San German, tuvo precision de volver á Paris, dejando á la señora de Varonne con cabal salud y á Ambrosio convaleciente. Entre tanto aquella se hallaba en la situacion más crítica y miserable: en ocho dias habia gastado con Ambrosio el poco dinero que poseia, de manera que sólo le restaba para mantenerse cuatro ó cinco; pero como ni en otros tantos podria el enfermo hallarse en estado de trabajar, estremecíase pensando que la necesidad le obligaria á ello ántes del total restablecimiento, á riesgo de una fatal recaida. Entónces fue cuando acabó de conocer lo horroroso de su situacion; entónces se reprendia de haber aceptado los socorros del generoso Ambrosio.

—Sin mí, exclamaba, seria feliz; sin su lealtad el trabajo le mantendria con decencia, y no perdiera el sosiego, la felicidad... costándole quizá la vida... Y ¿me moriré sin pagarle? ¡Pagarle!... ¡infeliz de mí! Aun cuando me fuese posible disponerlo todo á mi antojo, ¿podria acaso desempeñarme jamas con él? Solo Dios es capaz de pagar deuda tan sagrada. Solo Dios podrá recompensar dignamente virtud tan sublime.

Una tarde, que estaba abismada en estas dolorosas reflexiones, entró Susana y la dijo que una señora muy hermosa solicitaba hablarla.

—Seguramente está equivocada, respondió su ama.

—No, no, replicó Susana; yo he visto que desde su coche, y ¡vaya qué coche! con seis caballos... esa dama preguntaba por la señora de Varonne, que vive en casa del señor Daviet, en el piso tercero. Yo estaba en la puerta de la calle, y respondí: Señora, aquí vive; y entónces me dijo:

—¿Querrás hacerme el favor de decirla que me permita hablarla cuatro palabras?

Y vine corriendo.

No habia acabado Susana, cuando llamaron á la puerta, y se presentó una dama en extremo hermosa, que se acercó con timidez y ternura. Mandó la señora de Varonne retirar á Susana, y cuando se hallaron solas, tomando la incógnita la palabra, dijo:

—Tengo sumo gusto, señora, en participar á V. que el rey acaba de saber su situacion, la cual le ha impulsado á reparar la injusticia de la fortuna para con V...

—¡Oh Ambrosio! exclamó la señora de Varonne juntando las manos y elevándolas al cielo con la expresion del más vivo agradecimiento y alegría.

No pudo la incógnita contener su llanto al oir esta exclamacion; acercóse á la señora de Varonne, y tomándola afectuosamente la mano añadió:

—Venga V., señora, venga V. al nuevo alojamiento que la está destinado.

—¡Ah! cómo podria yo expresar... pero si me atreviera... la pediria un favor... Señora, tengo un bienhechor, permítame V. que ántes de todo le dé esa noticia.

—Haga V. lo que guste, respondió la incógnita, y por no incomodarla no la acompañaré á su casa sino que iré á esperarla en ella, acompañándola ántes hasta su coche, que espera á la puerta.

—¡Mi coche!

—Sí, señora, no perdamos tiempo; venga V.

Diciendo esto dió el brazo á la señora de Varonne, que apénas podia sostenerse, y bajaron la escalera.

Al llegar á la puerta dijo á un lacayo que esperaba: Llama á los criados de esta señora.

Parecióla un sueño cuanto pasaba, y su admiracion creció de punto al ver un lacayo con librea cenicienta hacer arrimar un coche sencillo, aunque cómodo, y decir: Este es el coche de la señora.

Entónces la incógnita, mandándole abrir la portezuela ayudó á la señora de Varonne á entrar en él, y se alejó en el suyo. Preguntó el nuevo lacayo á su ama dónde deseaba ir, la cual le indicó temblando la morada de Nicolas el calderero. Bien podeis discurrir, hijos mios, la viva emocion que experimentaria la señora de Varonne al ver esta casa. Tira del cordon, pára el coche, abre ella misma la portezuela, y apoyada en el brazo del lacayo entra en la tienda de Nicolas. El primer objeto que se ofrece á su vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

Al contemplarle su ama ocupado en aquella faena experimentó un delicioso enternecimiento; trabajaba para ella, y ella le iba á librar para siempre de tan penosa tarea, de la miseria y cansancio. Disfrutaba en toda su pureza de la dicha mayor y más bien fundada que causa el agradecimiento en las almas generosas y sensibles.

—¡Ambrosio! exclamó enajenada. Ven, sígueme... deja ese trabajo que no volverás á tomar; tu suerte cambió... Ven, pues, no tardes.

En vano Ambrosio sorprendido pregunta qué es aquello; en vano ruega que al ménos le dé tiempo para ponerse su mejor vestido. No se hallaba su ama en estado de escucharle, ni de responderle. Le ase de un brazo, empújale y le obliga á entrar en el coche. Preguntóla entónces el lacayo si se dirigia á su casa, y estremeciéndose al oirle, respondió mirando á Ambrosio:

—Sí, sí, vamos á nuestra casa.

En el tiempo que tardaron en llegar la señora de Varonne informó á Ambrosio de la visita que la hizo la desconocida, escuchándola aquel con una alegría mezclada de temor y duda. Apénas se atrevia á creer dicha tan extraordinaria como impensada. En fin, observa que el coche pára á la puerta de una linda casita en el bosque de San German. Ambos se apean, entrando en una sala, en la que encuentran á la dama incógnita que los esperaba, y adelantándose á recibir á la señora de Varonne, la presenta un papel.

—Esto es, señora, la dijo, lo que el rey se ha dignado mandarme entregue á V.; es la órden de una pension de diez mil libras, y ademas concede á V. la facultad de asegurar la mitad de ella á la persona de su agrado.

—¡Ah, cuánta bondad! exclamó la señora de Varonne. La persona que nombro, es este hombre virtuoso y honrado, verdaderamente digno de la proteccion y favores del soberano.

Ambrosio, que hasta entónces se ocultara detras de su ama, se avergonzó, retiróse algunos pasos quitándose el gorro, y á pesar del exceso de su alegría se ruborizaba al oirse alabar de este modo. Sentia ademas estar delante de aquella señora por primera vez sin peluca, con el delantal de cuero

Le agarra de un brazo y sale con el.

y vestido sucio, y hubiera deseado tener el de los dias de fiesta. La dama se le acercó.

—No huya V., Ambrosio, le dijo; no huya V., y permítame que le contemple un instante.

—Pero ¡válgame Dios! señora, murmuró Ambrosio bajando la cabeza y dando vueltas al gorro; yo nada he hecho que no sea natural, y me parece que no existe motivo de admiracion. Entónces su ama le interrumpió para referir con igual expresion y viveza cuanto le debia. Al terminar levantó los ojos al cielo con ternura la desconocida, y exhalando un suspiro exclamó:

—Por fin, despues de contemplar tantos ingratos tengo el placer de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos... A Dios, señora, continuó; esta casa y cuanto existe en ella os pertenece; dentro de un instante entregarán á V. la mitad de su pension.

Disponíase á salir, cuando la señora de Varonne, corriendo á ella bañada en llanto, se arrojó á sus piés. La incógnita la levantó, abrazóla afectuosamente y retiróse. Pocos momentos despues volvieron á abrir la puerta y entró el médico á quien Ambrosio debia la vida.

—¡Ah! bien me lo pensaba, dijo César, que ese buen médico seria el que se lo contó todo á la dama.

En efecto, replicó la baronesa, y tambien la señora de Varonne lo adivinó cuando lo vió entrar. Despues de manifestarle su agradecimiento hízole algunas preguntas relativas á la desconocida y supo que se llamaba la señora de P.*** que residia en Versalles, en donde tenia mucho valimiento.

—Há ya diez años, respondió, que la asisto, y conociendo su beneficencia creí ciertamente proporcionarla una gran satisfaccion participándola la situacion de V. En efecto, así que la informé compró esta casita y obtuvo del rey la pension, cuya órden ha entregado á V.

Acercábase la hora de cenar, y entró un lacayo anunciando que la cena estaba pronta. La señora de Varonne suplicó al médico los acompañase á cenar, y apoyándose en el brazo de Ambrosio pasaron al comedor; é insistiendo para que Ambrosio se colocara á su lado, rehusólo este, diciendo que no era prudente sentarse con su ama á la mesa.

—Pues qué, replicó, mi bienhechor y amigo, ¿acaso no es mi igual?

Obedeció sin replicar el modesto y generoso Ambrosio; y la señora de Varonne disfrutó en aquella feliz noche todas las sensaciones puras y deliciosas que originan en un corazon sensible el agradecimiento y la inexplicable dicha de manifestar la extension de un sentimiento tan virtuoso y grato.

Gracias á su ama, al dia siguiente Ambrosio se vió vestido conforme á su nueva fortuna, y su estancia se adornó con cuidado y aseo; la cual com-

partió con él durante su vida cuanto poseia, y jamas recibió ni vió dinero, sin acordarse conmovida del tiempo en que el leal Ambrosio la daba cada noche sus veinte sueldos diciendo: Este es mi jornal.

Esta historia, hijos mios, continuó la baronesa, prueba, como decíamos, que no existe estado ni clase en que no se hallen las virtudes más heróicas; y tambien que si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses seríamos siempre virtuosos. Raras veces sucede que una accion heróica esté oculta, pues es imposible que una conducta sublime no se divulgue tarde ó temprano, y logre gran recompensa.

De este modo concluyó la quinta velada de Champcery. La señora de Clemira se levantó, y cada cual retiróse satisfecho en extremo de la historia de la señora de Varonne y de la virtud del buen Ambrosio.

Estaba concluyendo el mes de febrero y el frio todavía era excesivo; no obstante, la marquesa prometió á César dar un paseo con él la mañana siguiente, llevándole al bosque de Faulin, segun se lo concediera á ruego suyo. Carolina y Pulqueria estaban resfriadas, y no pudieron acompañarles. Á las diez en punto la marquesa y su hijo salieron á pié, siguiéndoles un coche, porque teniendo que andar tres cuartos de legua, era menester volverse en él para no atrasar la comida, que siempre se verificaba al medio dia. Como era el dia más frígido de todo el invierno, César se quejó un poco al principio; mas al cabo de un cuarto de hora dijo que era más soportable.

—Sin embargo, respondió su madre, tan intenso es ahora como cuando salimos de casa, pero te has acostumbrado á él, y no lo sientes tanto; lo mismo sucede con todos los males físicos, pues fácilmente nos habituamos á ellos cuando no son mortales: la costumbre nos familiariza con los objetos más espantosos, formidables y peligrosos. Todavía hace más: nos connaturaliza con el dolor, ó por mejor decir embota y destruye lo más vivo de él; es muy provechoso convencernos de esta verdad, á fin de sufrir con valor y paciencia los dolores anexos á la humana naturaleza.

—Pero, dijo César interrumpiéndola, vense algunas personas de tan delicada complexion que no pueden habituarse á padecer. Me acuerdo de haberla á V. oido decir que la señora de B.** cuando perdió sus bienes jamas pudo acostumbrarse á la pobreza y á vivir en la aldea.

—Es cierto, mas no sucede con frecuencia; por tanto debe considerarse como una excepcion en la que sólo se hallan comprendidas las almas pusi-

lánimes. Ademas que esta cobardía no es natural, pues deriva de la mala educacion.

— Segun eso, mamá, las personas que se consideran muy desdichadas, no lo son tanto como juzgan.

— Querrás decir que padecen ménos de lo que imaginamos; pero por eso mismo son más dignas de nuestra compasion y socorros. El infeliz que se resigna con valor á su suerte, y sufre sin quejarse, es tan digno de respeto como interesante. Por lo cual, sólo un alma vil é insensible podrá no compadecer al desdichado, que á fuerza de sufrir ha llegado á ser insensible al dolor: virtuosa resignacion y fortaleza que al admirarlas, prestan á nuestra compasion más viveza y actividad. Tambien es natural compadecernos de los males que toleraríamos con facilidad. Tan sublime sentimiento es comun á todos los pechos nobles, segun nos lo demuestran infinitas pruebas. Yo, por ejemplo, sostengo la luz cuando me sangran, y no puedo sin trastornarme ver sangrar á otro. Tu padre se rompió un brazo, y le curaron sin quejarse; y casi se desmayó el dia que le sucedió la misma desgracia á Cristóbal, el ayuda de cámara de tu tio.

— Ya lo comprendo, dijo César; yo caigo, me hiero y lastimo sin afligirme, y no puedo ver correr la sangre de otro sin experimentar un verdadero dolor.

— Bien ves, pues, que no es siempre natural preferirnos á los demas, y que el egoista que todo lo refiere á sí y nada le mueve sino lo que directamente le toca, sólo puede ser un ente vil y corrompido.

Con esta conversacion llegaron á un llano cubierto de nieve, que atravesaba un arroyo helado, el cual César atravesó varias veces deslizándose, echando luego á correr hácia un bosquecito inmediato; entra en él, y desaparece á vista de su madre. En breve salió clamando con fuerza corriendo hácia ella:

— Ah, venga V., venga V. ¡Por Dios apriesa! Puede ser que no estén muertos.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué has visto?

— ¡Dios mio, qué desgracia! Dos pobres muchachos ateridos de frio.

La marquesa apresuró el paso. César penetrado de dolor y compasion la guió cerca de unas zarzas, donde estaban los dos niños tendidos de modo que ocultaban los rostros. La marquesa se acerca, y repara que el mayor está en camisa, y cubriendo al otro con su cuerpo.

— ¡Cielos! exclamó, sin duda son dos hermanos, y este se ha despojado con la mayor abnegacion de sus vestidos para abrigar al menor. ¡Niño generoso!... ¡Dios quiera que aun sea tiempo!...

Y se adelanta, dando órden á sus criados de que coloquen en el coche á los dos niños. Al punto César se quita el frac y abriga con él al desnudo. Entónces Morel, lacayo de César, levántale diciendo:

—Muy tieso está; me parece que habrá muerto.

Y al moverle descúbrele el rostro. César le mira, y exclama llorando:

—¡Dios mio! Es Agustinico, y Nicolasito su hermano.

Este incidente acrecentó tambien la caridad y ternura de su madre, mezclando sus lágrimas con las de César. Su corazon se despedazaba al ver la muerte retratada en la cara del generoso Agustin, y sobretodo representándose la desesperacion que con su pérdida experimentaria la desgraciada madre. Entre tanto Morel y otro lacayo los tomaron en brazos, asegurando que estaban muertos.

—No importa, dijo su ama, ponedlos en el coche; sube con ellos, Morel, procura calentarlos poco á poco, y llévalos á casa lo más presto que puedas. Tu compañero se quedará con nosotros, y volverémos á pié.

Obedeciendo Morel á su ama, entró en el coche con los dos muchachos, y al punto marchó, desapareciendo al cabo de algunos minutos. Apresuraron el paso cuanto pudieron, entrando en la alameda de la quinta en extremo cansados y sobretodo impacientes por saber de Agustin y de su hermanito, cuando á la mitad de ella salió al encuentro de la marquesa el señor Fremont y sus dos hijas, que empezaron á exclamar que Agustin y Colás vivian. Esta noticia excitó en César lágrimas de alegría, corriendo á abrazar á sus hermanitas. Entran todos apresuradamente en la casa, y la marquesa, acompañada de sus hijos, se encaminó á la estancia en donde estaban Agustin y Colás. Encontrólos algo animados, pero aun no podian hablar, y dispuso que llamasen á su madre, quien llegó á tiempo que Nicolasito empezaba á abrir los ojos y á pronunciar algunas palabras. Al cabo de una hora dió señales Agustin de recobrar el habla, conoció á su madre, y balbuciendo llamó á su hermanito. En fin, aquella noche llegó un médico que se envió á llamar, quien dijo que, aunque los niños se hallaban de bastante gravedad, los creia con todo fuera de peligro. Magdalena se consoló algun tanto, y preguntándola la marquesa la causa de aquel triste suceso, la refirió que sus dos hijos salieron á las ocho de la mañana de su casa para recoger leña en el monte, pero que habiéndose alejado más de lo que acostumbraban, y viendo que no volvian, á las nueve y media envió á su marido á buscarlos, y que este, equivocado por las pisadas de otros muchachos, se dirigió por otro sendero distinto del que conducia al sitio donde habian encontrado á sus dos hijos.

César y sus hermanas no se apartaron en toda la noche de Agustin; toda

la familia profesaba grande afecto á tan amable criatura, y nadie se acostó hasta las doce para enterarse del efecto de los remedios que le prodigaban; velándole toda la noche algunos criados. Al amanecer ya estaba César á la puerta del cuarto, y supo con grande alegría que los dos hermanitos se hallaban casi enteramente restablecidos, que hablaban y parecian ya despejados. Despues de comer levantóse Agustin, César obtuvo permiso de entrar á verle, y le abrazó con indecible alegría; en fin, al dia siguiente pudo Agustin contar las circunstancias de su aventura.

VELADA SEXTA.

Toda la familia se colocó al rededor de Agustin, quien sentado entre su madre y hermanito, fue todo el asunto de la velada. Refirió del modo más ingénuo é interesante que Colás en vez de recoger leña se sentó, y que de allí á poco le penetró el frio tanto, que le privó de sentido, y que entónces procuró, aunque en vano, calentarle con su aliento y frotarle con las manos; en fin, viéndole amoratado y sin movimiento empezó á dar voces, llamando repetidas veces á sus padres, y que no respondiéndole nadie se echó á llorar; que sus lágrimas bañaban el rostro de Colás y se helaban al instante, lo que le hacia llorar más; que sin embargo, no desanimándose, procuró levantar á Colás y llevárselo á cuestas, pero que ya entumecido con el frio no pudo, y cayó á su lado, en cuyo apuro por último recurso se quitó la ropa para tapar á Colás, quien en aquel instante fijó la vista en él y desvió el vestido como si se lo tratara de volver... Luego, prosiguió, *sobrecogióme una especie de sueño, despues ya casi no sentia nada, y caí sobre Colás: esto es lo que pasó, señora, y no me puedo acordar de otra cosa.*

No bien acabó su relacion Agustin, cuando César levantándose se arrojó á él y le abrazó. Mucho extrañó Agustin la demostracion, porque creyendo que su accion era natural, no comprendia de qué se admiraban. De allí á poco su madre le llevó á acostar, y cuando se alejaron dijo la marquesa:

—Este suceso, hijo mio, esta accion heróica de una criatura es la mayor prueba de lo que ayer te decia, que no es tan natural como se piensa preferirnos á los demas. Agustin se despoja de toda su ropa, porque siente ménos el frio que padece que el que ve padecer á su hermano... ¡Qué admirable sentimiento es el de la compasion, puesto que produce semejantes virtudes, y que léjos de apocar el ánimo, le eleva, hace olvidar los peligros, despreciar la muerte y el dolor!... Nunca, pues, deseches tan dulce sentimiento. Conserva esa compasion solícita y tierna, propia del corazon humano, y que sólo la pierde corrompiéndose.

Al acabar estas palabras levantóse para retirarse, pero César la detuvo diciéndola que le apenaba pensar que dentro de dos dias Agustin se volveria á su casa.

—Pues bien, por complacerte suplicaré á sus padres que me le dejen, me encargaré de él, y se educará contigo.

Esta promesa regocijó á César, que exclamó:

—Yo le enseñaré cuanto sé.

—Pero, dijo Pulqueria, ¿cómo es posible que sus padres consientan en separarse de un hijo tan querido?

—No dudo que lo hagan, respondió la marquesa, prefiriendo á su propia satisfaccion el bienestar de su hijo, pues los padres que no piensan así, no aprecian á sus hijos.

En efecto, al dia siguiente habló la marquesa á los padres de Agustin, quienes convinieron en ello gozosos y agradecidos. Agustin lloró mucho cuando supo que iba á dejar á sus padres y á Colasito; si bien agradeció el cariño que le manifestaba César, demostrando deseos de instruirse y de conocer, como él decia, tantas cosas buenas que sabia el señorito César.

De tal modo ocupó el suceso de Agustin á los niños tres ó cuatro dias, que olvidaron las veladas; pero al fin recordaron á su madre que les habia prometido una historia.

—Admirasteis, les dijo, la nobleza y virtud de Ambrosio; os imaginais sin duda que no es posible encontrar más generosa lealtad y elevacion de ánimo, y para desengañaros os contaré una historia en la que hallaréis el ejemplo de una conducta todavía más sublime. Oisteis que suelo hablar mal de las criadas en general, porque en efecto son malas comunmente. Pero hállanse algunas de gran juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera titularse el heroismo de la lealtad, la cual casi presencié.

VELADA SÉPTIMA.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD.

HISTORIA VERDADERA.

Existe un reducido pueblo en una de las provincias septentrionales de Francia, en el cual el honor y la virtud sirven de norma y son causa de que sus dichosos moradores disfruten de una felicidad tan pura como inalterable...

—¡Oh mamá, qué país tan hermoso!... ¿Cómo se llama?

—Se llama S.**

—Y ¿ha estado V. alguna vez en él?

—Estuve siendo niña, y tuve el gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí ví á los labradores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota la rudeza y grosería de los de otras partes. Allí ví las madres tiernas y cuidadosas, los hijos agradecidos y obedientes, las jóvenes modestas; allí, en fin, la ambicion y la envidia son vicios desconocidos, y sólo se encuentran la concordia, union, pureza de costumbres, y virtudes, que constituian y labraban la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El señor de ese pueblo estaba casado con una señora de gran juicio, alma benéfica y talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo, se entregaba á las labores de su sexo y cuidaba de las flores. A su cargo corrian las colmenas (8), criando tambien gusanos de seda. Encargada ademas del gobierno de su casa, dedicábase á él con esmero, no omitiendo la más mínima atencion que consideraba obligacion de la mujer, pues todas son interesantes sobretodo viviendo en un lugar. Visitaba su corral, palomar y lechería, y hallaba en esas tareas diversion, instruccion y medios para disfrutar comodidades, á pesar de su corta renta.

—¿Instruccion, mamá? interrumpió Carolina; ¿qué instruccion podia ser?

—Una muy sólida. Ya sabes que la historia natural es ciencia bastante dilatada, que abraza gran número de cosas, y no las ménos útiles y curiosas, cuya inteligencia se adquiere naturalmente y sin estudio, pues con sólo vivir en el campo y ocuparse de la casa se puede conseguir. La experiencia y los objetos instruyen mejor que los libros, que generalmente sólo nos dejan los nombres impresos, al contrario de los hechos que nos presentan ideas grabándolas para siempre en la memoria. Conocí una señora en Paris que despues de estudiar un año historia natural no seria capaz de distinguir las flores de un manzano de las de un cerezo. El que no ha vivido en el campo es por lo regular ignorante en varios asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la naturaleza en Paris, en dónde solo se ven las frutas y berzas en el mercado ó en las mesas, y tal cual flor en macetas? No se posee en las ciudades una idea cabal de la labranza y faenas del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solo por los que no las han disfrutado. Por esto dice uno de nuestros mejores escritores: Cuanto apetecemos fuera de lo que la naturaleza nos presenta, es penoso y no existe cosa agradable sino lo que ella misma nos ofrece (*).

—Pero, mamá, dijo Pulqueria, se ven bastantes personas que no pueden vivir mas que en Paris y en el gran mundo; es probable que en ello encontrarán diversion.

—Porque están en continua agitacion, en cierto delirio que las impide no sólo pensar, sino tambien sentir: no es posible en semejante estado felicidad alguna, porque tal situacion es efecto de la imaginacion desarreglada, que entrega nuestro corazon á las pasiones más violentas é impetuosas.

—¿Qué es pasion, mamá?

—Considerar cualquier cosa ú objeto con preferencia exclusiva, lo que equivale á entregarse á un deseo desordenado.

—Pero, mamá, se ven pasiones razonables y legítimas. Podrá alguna vez no ser ese exceso criminal, pero siempre será imprudente.

—Toda pasion, sea la que fuere, nos priva de la razon, y por consiguiente nos extravia más ó ménos segun las circunstancias.

—Mamá, ¿podemos vivir sin pasiones?

—Seguramente, pues son obra nuestra: como sólo se arraigan poco á poco, fácil nos seria destruirlas en sus principios. Cuando conocemos que una inclinacion nos domina, es menester al punto vencerla, y...

—Pero ¿en qué se conoce una pasion en sus principios?

(*) El conde de Buffon.

—Se conoce cuando nos sentimos inclinados á preferir un objeto, una diversion ó un goce á cualquiera de nuestras obligaciones.

—Con que segun eso, dijo Pulqueria, estoy llena de pasiones, porque si pudiera á menudo dejaria mis lecciones por irme á pasear, á jugar con la muñeca, el canario, la perrita, ó...

—Eso solamente prueba que algunas veces te fastidia el estudio, lo que á tu edad no es extraño; pero si en vez de tu canario, tu perra, etc., te dieran otras diversiones, no los echarias ménos, por cuyo motivo no tienes aun pasion por estas cosas, porque no hay en tí verdadera preferencia hácia ellas, siendo sólo inconstante, alborotada y perezosa, y nada más.

—¡Ah! ya lo entiendo, es preciso un principio de preferencia y ademas un deseo deliberado de faltar á nuestras obligaciones.

—Así es.

—Si por casualidad siendo ya grande me dedicara al estudio con preferencia á otra diversion, ¿deberia vencer esta inclinacion?

—No por cierto, porque seria muy fundada.

—Pues bien, mamá, vea V. ya una pasion lícita.

—No por cierto; no es lo mismo mera preferencia que pasion.

—Es verdad; se me habia olvidado que la pasion es causa de olvidar las obligaciones precisas.

—Si el deseo de aprender é instruirnos fuese causa del descuido en las obligaciones y deberes sociales, entónces seria vituperable la inclinacion por legítima que fuera, pues la más útil y pura en llegando á ser pasion deja de ser virtuosa. Las pasiones nos ciegan, nos avasallan y nos hacen injustos y extravagantes.

—¡Eso es malo! Pues, cuando V. dice: quiero á mi Pulqueria con pasion, ¿es un modo de hablar?

—Y cuando digo: la quiero como una loca, ¿desearias que lo fuese?

—No por cierto, mamá, yo no quisiera que se volviese V. loca.

—Por lo tanto fácilmente comprenderás por lo dicho que es incompatible tener una pasion y juicio, y que no existe pasion que no raye en una especie de locura. Decir: amo como una loca, amo con pasion, son frases del todo sinónimas. ¿No serias cruel si deseases que te quisiera con pasion? Si así sucediera, perderia yo el juicio y la virtud, y tú nada adelantarias en mi ternura. Si me pidiesen la vida para salvar la de cualquiera de vosotros tres, sacrificaria sin vacilar esta vida que vosotros haceis tan feliz. Ejecutaria por vosotros cuanto la pasion puede inspirar de más heróico; pero no faltaré por vuestro respeto á ninguna de mis obligaciones, esto es, que mi afecto sólo puede elevarme, aunque nunca extraviarme ó envilecerme.

¿Podriais acaso, hijos mios, exigir de mí otros sentimientos?

—¡Ah! no por cierto, mamá mia, exclamaron á un tiempo los niños arrojándose en los brazos de su madre, la que apretándolos tiernamente contra su pecho no pudo contener sus lágrimas al sentir correr por sus manos las de Pulqueria.

Despues de un breve silencio causado por el enternecimiento se volvió á la conversacion.

—Mamá, dijo César, aun tengo una pregunta que hacer á V. acerca de las pasiones. Cuando por desgracia nos abandonamos á una pasion violenta, ¿se puede destruir?

—Sin duda, porque podemos alcanzar victoria de nosotros mismos cuando la deseamos de corazon. Pero en el caso de que hablas el esfuerzo es demasiado penoso. Con facilidad nos preservamos de las pasiones; mas una vez arraigadas cuesta mucho vencerlas.

—¿Cuáles son los medios para preservarnos de ellas?

—Se logra acostumbrándonos desde luego á consultar la razon y venciéndonos en todo lo que la contraría, pensando á menudo que estamos continuamente á la vista de nuestro Criador, de ese Criador soberanamente sabio, á quien todo exceso desagrada; y en fin, que con los auxilios de la religion, el dominio sobre nosotros mismos, y la aficion al trabajo y al estudio, quedamos al abrigo de pasiones violentas.

—Mamá, puesto que todo exceso, sea cual fuere, es vituperable, ¿es de admirar la conducta del señor Lagaraye, aquel hombre extraordinario, de quien nos dijo el señor Fremont que se retiró del mundo, convirtiendo su quinta en hospital para los pobres enfermos, asistiéndolos toda su vida?

—Se debe admirar esa conducta, y reputarla como un modelo de perfeccion.

—Pues el señor Lagaraye llevaba la caridad hasta la pasion.

—Comunmente sólo se llaman pasiones aquellos sentimientos interesados que tienen por principio nuestra propia satisfaccion; tales son la inclinacion que nos arrastra hácia ciertos objetos, el atráctivo que hallamos en la posesion de otros (*), el placer que disfrutamos en ciertas diversiones (**), ó en fin varios vicios á los cuales con bastante impropiedad se da el nombre de pasion, como por ejemplo la cólera. Pero el amor á la humanidad es el más desinteresado y puro de todos los sentimientos, y tanto más sublime cuanto es más general é indeterminado. Enajenarse de todos sus bienes á fa-

(*) Como la avaricia, que se deleita en amontonar riquezas.

(**) Tal es la pasion del juego.

vor de una persona que se ama, es hacer una accion noble y laudable, porque este sacrificio siempre es meritorio; pero dar cuanto se posee á unos desdichados por quienes ningun sentimiento particular nos interesa, excepto el de la compasion; dedicar á su servicio la vida; privarse por ellos de toda conveniencia y comodidad; ratarlos como hijos queridos tan sólo porque padecen y son infelices, este es el objeto de una virtud verdaderamente heróica y divina. Llevada la beneficencia á este extremo, puede muy bien llamarse pasion; pero es una pasion que se distingue de todas las demas, porque es de todo punto desinteresada, puesto que sólo produce acciones sublimes y solo Dios puede inspirarla; porque sin la religion es imposible alcanzar tan admirable grado de perfeccion.

—Mamá, si el señor Lagaraye hubiese tenido hijos ¿pudiera dar su hacienda á los pobres?

—No; porque ántes de todo se deben cumplir las obligaciones que nos impone la naturaleza pudiendo sólo desprenderse de lo sobrante. Ademas, obligado á educar sus hijos, se hubiera visto en la imposibilidad de dedicarse al servicio de los pobres.

—Mamá, interrumpió Carolina, ya que ha tenido V. la complacencia de responder á todas nuestras preguntas, espero que proseguirá la historia de la señora de S.**

—Con el mayor gusto, pero no recuerdo dónde estábamos.

—Decia V. que era feliz por su beneficencia; que vivia gustosa en el campo, leia, trabajaba, tenia colmenas, gusanos de seda... y cuidaba de las flores...

—Pues esta señora, contenta con su suerte, pasaba una vida tan inocente como tranquila.

Sus cortos bienes no la permitian disponer de grandes cantidades para el socorro de los desgraciados; pero aun con tan escasos elementos encontraba el medio de hacer buenas obras. En el lugar carecíase de facultativos, y ella, que conocia la botánica, la historia de las plantas y el *Aviso al pueblo*, aun cuando sin ejercer la medicina por ser ciencia que necesita gran práctica, visitaba los enfermos, impedia emplear medicamentos peligrosos prescribiéndoles otros inofensivos: les llevaba caldo, vino generoso, ropa limpia, consolándoles con su presencia, consejos y afabilidad, demostrándole la experiencia que aunque con cortos medios se puede hacer mucho bien; y que cuando se practica cuanto se puede, disfrútase de toda la felicidad que la beneficencia puede proporcionar.

Hacia doce años que servia á esta señora una criada llamada Mariana, apreciable por su grandísima honradez, abnegacion y afecto á su ama, cu-

yas virtudes y vida ejemplar imitaba. Bien es verdad que jamas estuvo en Paris, y que nada habia corrompido ni alterado su buen corazon y natural bondad: su señora la profesaba extremado cariño y su mayor deseo era hacerla feliz. Mariana, de mayor edad que su ama, se lisonjeaba de acabar sus dias sirviéndola; pero la divina Providencia lo dispuso de otro modo. Cayó enferma la señora de S.**, y aunque leve en sus principios, su enfermedad se hizo mortal. Consideró la muerte no sólo sin horror, sino con la serenidad propia de un alma virtuosa y penetrada de las verdades de la religion; y al mismo tiempo que cuantos la conocian se entregaban al justo dolor que les inspiraba la certeza en que estaban de perderla, ella manifestaba una tranquilidad inalterable. El régimen acertado que seguia exactamente la prolongó la vida algunos meses, sufriendo con tal valor que ni siquiera hizo cama; muy al contrario, pues paseaba, leia, hacia venir como siempre varias niñas del lugar, á las que se complacia en instruir, y conversaba con su querida Mariana. El párroco la visitaba á menudo, y jamas observó mudanza en su excelente carácter.

Una hermosa mañana de mayo levantóse al amanecer, y acompañada de Mariana fué al campo. Así que llegaron á un cerro desde el cual se descubria una llanura deliciosa, recostóse sobre la yerba, sentándose Mariana á su lado. A poco rato se levantó, y apoyándose en la criada la dijo:

—¡Cuánto me agrada este sitio! ¡Qué hermosa campiña! Mira, Mariana, mira aquel hermoso prado en que tantas veces hemos paseado; en él encontrámos un dia á la pobre abuela Verónica agobiada con un grandísimo haz de leña y trayendo en la mano una pesada cesta llena de manzanas: tú la quitaste el haz, y yo, á pesar de su resistencia, la tomé la cesta, acompañándola á su choza. ¿Te acuerdas de nuestra alegría, de su agradecimiento y del almuerzo que nos presentó?... Vuelve la vista á la derecha: aquella es la arboleda del estanque adonde en nuestra juventud íbamos tantas veces á pescar, algunas en compañía de Marta é Isabelita, y hacíamos cestas de mimbres, que colmábamos de violetas, alelíes y avellanas... ¿No reparas allí abajo una cabaña? Es la de Francisca. ¿Te acuerdas que hiciste en dos dias el vestido de novia que la regalé?... Un poco más allá, á la izquierda, descubro la entrada del bosque que en los dias festivos y las hermosas noches de estío era mi escuela. ¡Qué ratos tan deliciosos he pasado allí rodeada de las niñas del lugar! ¿Te acuerdas de los cuentos que con tanta gracia nos referia Margarita, y de los romances que Honorina cantaba tan bien? Aquí cada objeto me trae á la memoria aquellos venturosos dias... Y ¡qué gratos me son en la situacion presente!

Al proferir esas palabras la señora de S.** volvió Mariana la cabeza

para ocultar el llanto que no podia reprimir... Despues de un instante de silencio, la enferma juntando las manos y elevándolas al cielo:

—¡Oh Dios mio! exclamó, tú á quien imagino ver por entre esas brillantes nubes que adornan los cielos; tú que me oyes y lees en mi corazon, yo te doy gracias como á mi Criador, mi Padre y mi Bienhechor; te doy gracias porque me has librado de las persecuciones del odio, de los horrores de la envidia, del contagio de los malos ejemplos y de la seduccion de consejos peligrosos. Nada ha podido alterar mi razon ni corromper mi alma. No conozco la córte ni la ciudad; sé que existen aduladores ambiciosos, filósofos falsos y hombres envilecidos por la ambicion ó pervertidos por el orgullo, y he llorado sus errores, turbando este sentimiento con frecuencia el gozo de mis reflexiones; tuve lástima de los perversos, y he vivido siempre léjos de ellos. Exenta de pasiones violentas, de diversiones falsas y tumultuosas, pasé la vida en feliz oscuridad, siendo mi dicha tanto más pura cuanto que carecia de envidiosos; la inocencia, la paz, la amistad fiel, los tiernos afectos de la humanidad ocupaban las horas de mi vida; he poseido los verdaderos bienes, y en este tremendo instante en que la memoria de lo pasado es el mayor tormento del perverso, gratos recuerdos se presentan á mi mente, y considero con sumo gozo que sólo á la virtud debo la pura felicidad que disfruto. ¡Oh buen Dios, cuán grande es tu bondad! Mandándonos que aborrezcamos y huyamos del vicio, nos enseñas el único medio de ser felices en la tierra, prometiéndonos ademas despues de esta frágil vida una inmortal recompensa.

Al acabar se dejó caer en los brazos de Mariana; la vehemencia con que se expresara extenuó sus fuerzas. Mariana la miró, y al verla pálida, inmóvil y con los ojos cerrados, prorumpió en dolorosos gemidos. Su ama volvió á abrir los ojos, y apretándola tiernamente la mano, dijo:

—¿Á qué viene esa afliccion? Pues qué, Mariana, tú cuya piedad es tan sincera, ¿acaso no estás resignada?... Ya nos juntarémos, hija mia, para no separarnos jamas... Sírvate de consuelo presenciar mi tranquilidad... Espero que siempre tendrás un asilo en casa de mi esposo. ¡Infeliz! Ojalá pudiera dejarte otra cosa. Ademas, muero tambien con otro pesar; es menester que te lo confie...

Aquí Mariana contempló atentamente á su ama, y la atencion con que se preparaba á escucharla suspendió sus lágrimas.

—Bien sabes, continuó, que existe en el lugar una maestra que enseña á leer á las niñas. La mayor parte de los vecinos pueden pagarla; pero hay bastantes pobres que no se hallan en estado de dar el corto estipendio que exige por su trabajo. Si yo hubiese vivido algunos años más hubiera reunido

el dinero necesario, cien escudos, para señalar una corta renta á esta maestra, á fin de que enseñase de balde á las niñas más pobres del lugar. Pero como Dios no se ha dignado concederme esta satisfaccion, me someto á su voluntad.

Al oirla Mariana, como enajenada, cogió la mano de su ama y exclamó:

— ¡Oh señora mia!...

No pudo proseguir porque el llanto la embargaba la voz, y levantándose la señora de S.** apoyada en su brazo dió la vuelta al lugar.

Pocos dias sobrevivió á esta conversacion. Llegando su abatimiento y debilidad al último extremo tuvo que hacer cama. Mariana, entregada al más acerbo dolor, no se apartó un instante de su cabecera; todos los criados de la casa lloraban amargamente. El patio estaba siempre lleno de la gente del lugar, que acudia á saber cómo estaba su señora y bienhechora, y no se apartaba de la casa sino para dirigirse á la iglesia á suplicar á Dios la conservacion de una vida tan pura y preciosa. Finalmente, siempre tranquila y resignada vió la señora de S.** acercarse su última hora con aquella entereza que sola la religion puede dar, y Mariana recibió su último suspiro.

— ¡Ay Dios mio, exclamó Pulqueria llorando, qué será de la pobre Mariana!

— Las vigilias, el cansancio y la pesadumbre causaron una funesta alteracion en su salud y cayó gravemente enferma; pero apénas estuvo convaleciente cuando resolvió marcharse de S.** Dispuesto ya su viaje encaminóse á la iglesia en donde estaba enterrada su ama, lloró sobre su sepulcro, y despues se fué á Charleville, su patria, con gran sentimiento del cura y vecinos de S.** No se oyó por espacio de dos años hablar de ella; pero trascurrido este tiempo recibió el cura de su parte una cajita con cien escudos, y una carta concebida en estos términos:

«Charleville, 24 de setiembre de 1775.

«Señor cura: remito á V. por fin los cien escudos que mi querida y digna señora deseaba enviar, como V. sabe, en sus últimos instantes. Gracias á Dios, su postrera voluntad y la buena obra que habia proyectado tendrán efecto. Si me hubiese quedado algun dinero más yo misma hubiera sido la portadora de los cien escudos de mi ama, pero ni siquiera me ha quedado con qué costear la mitad del viaje. Con todo, estoy tan contenta cuanto puedo estarlo despues de haberla perdido, y me siento aliviada de un peso terrible que me oprimia dia y noche. Suplico á V., señor cura, que funde lo más pronto que pueda la pequeña renta á esa maestra. Me servirá de mucho consuelo que pueda enseñar á leer *gratis* á las niñas pobres, y que todas las

madres del lugar, y aun del contorno, que no pueden pagarla la envien sus hijas. Espero que todas esas inocentes y sus familias rogarán á Dios por mi ama y su bienhechora, y que V., señor cura, les manifestará cuanto la deben. Ahora únicamente pido á Dios me conceda medios para volver á S.** Cuando vea la escuela de caridad fundada por mi querida señora nada me quedará que desear en este mundo.

«Soy de V. con el mayor respeto, señor cura, su más humilde criada,

MARIANA RAMBOUR.»

Quedó el cura atónito leyendo esta carta; su alma era de aquellas que saben apreciar la grandeza de una accion loable y generosa, y al dia siguiente, despues de la misa mayor, la leyó en público. Su contenido hizo verter lágrimas á los vecinos, y el mismo párroco, no pudiendo contener las suyas, tuvo que interrumpir varias veces la lectura.

—Bien lo creo, dijo César. ¡Yo tambien hubiera llorado á hallarme allí!... Pero, mamá, ¿se ha verificado la fundacion?

—Seguramente. El cura ha puesto á rédito los cien escudos, fruto de las vigilias y trabajos de Mariana durante dos años, los cuales producen una renta para la maestra de niñas que actualmente enseña gratis á todas las pobres de S.**

Ahora decidme, hijos mios, si esta accion no equivale á la de Ambrosio.

—Yo, respondió César, la prefiero, porque la compasion le movió á obrar naturalmente, sin contar que el agradecimiento de la señora de Varonne le iba recompensando al mismo tiempo.

—Es muy cierto; en vez de que la sola veneracion que Mariana profesaba á su ama la movió á todos los sacrificios que Ambrosio hiciera para mantener á la suya. La conducta de este es digna de admiracion; pero la de aquella es superior á todo elogio. Finalmente, para comprender su mérito debeis calcular si la accion de Mariana la hizo por su ama ya difunta, ¿qué no hubiera sido capaz de emprender por darla la vida? Pero ¿creeis, hijos mios, que la historia de Mariana se ha acabado?

—Pues qué ¿todavía falta algo, mamá?

—¿No echais de ver que falta el desenlace? ¿No hemos convenido en que es imposible que una accion heróica tarde ó temprano no sea recompensada?

—¡Ah! tanto mejor. Verémos á Mariana premiada. ¡Qué alegría! Y ¿qué falta, mamá?

—Falta que Mariana, despues de haber dado cuanto poseia, emprendió de nuevo el trabajo, si bien no con tanto ardor, porque sólo trabajaba para

mantenerse. Poco despues murió uno de sus parientes, que estimulado por la virtud de Mariana la dejó doscientas sesenta libras de renta. Con esta corta herencia y trabajando, se halló Mariana rica en un país libre de toda contribucion, y que produce cuanto es necesario á la vida; pero sólo gastó para ella lo puramente indispensable, á fin de socorrer más eficazmente á los pobres...

—Pues qué, mamá, interrumpió Carolina como pesarosa, doscientas sesenta libras de renta ¿componen todo el premio de la virtuosa Mariana?

—Pero has de considerar que una persona de la clase de Mariana, con su trabajo y doscientas sesenta libras de renta es más rica en Charleville, que con veinte y cinco mil en la córte una madre de familia. En general, toda fortuna superior á nuestra clase no nos puede hacer dichosos.

—¿Por qué razon? dijo César.

—Supon que tu lacayo Morel saque mañana dos millones á la lotería...

—Morel será completamente feliz; si tiene buen corazon, hará mucho bien y buenas obras.

—Aun suponiendo que no se le trastornara la cabeza, que no se hiciera vano, orgulloso é insensato, no por eso dejaria de ser desgraciado; Morel sabe leer y escribir, tiene excelentes sentimientos, es de los más instruidos en su clase; pero ¿qué figura representaria en el gran mundo? ¿A qué mofa no se veria expuesto? ¿Cómo podria cumplir con el trato social? ¿Cuál seria su conversacion y porte? ¿Podria cuidar de su hacienda? ¿conocer si un administrador es inteligente, hombre de bien ó no?... Morel desearia casarse, no buscando seguramente una hija de mercader, ni una labradora; elegiria una mujer amable y bien educada en la apariencia, la cual sólo se casaria con él por su dinero; por consiguiente no seria digna de su estimacion, y le serviria de tormento: ya ves que Morel con cien mil libras de renta seria igualmente infeliz y despreciado. Supon, por el contrario, que no sacara más que doce mil libras. Con ellas compraria algunas tierras, se casaria con una labradora honrada y laboriosa, que llevase en dote alguna hacienda. Querido y respetado de su mujer, viviendo con comodidad, estimado de sus vecinos, porque, repito, es bueno, caritativo y tiene más instruccion de la que se halla regularmente en su clase; Morel seria el más feliz de los hombres.

—Verdad es, mamá; pero si Morel sacando los dos millones no quisiese habitar en ciudad, ni salir de su clase y emplease la mayor parte de su fortuna en hacer buenas obras, nadie se burlaria de él y seria dichoso.

—Morel es muy hombre de bien, y en lo que supones le conviertes en filósofo ó héroe; no creo que sea ni uno ni otro: es menester para seguir su

idea que su mujer é hijos sean tambien filósofos, sin lo cual no les agradará que pudiendo Morel conservar setenta mil libras de renta, sólo se quede con tres ó cuatro mil, y el infeliz no oirá en su familia sino quejas.

—Pues bien, ¿hay más de que no se case?

—Y ¿si lo desea?

—Supongamos que no lo desee.

—Nunca tendrá hijos. ¡Si supierais de qué goce le privais!

—¡Ah mamá mia!... Démosle una buena madre, y será feliz.

—¡Amable criatura!... Pero bien está, sea así; te concedo lo que dices. Supongo contigo que Morel tenga una tierna madre, y que con ella se retire á un lugarcito; que no conserve sino dos ó tres mil libras de renta, y dé lo restante á los pobres; aun así no le faltarán pesadumbres.

—¿Cuáles?

—No puede Morel conocer á los hombres, ni estar impuesto en los negocios; algun tramposo diestro y sagaz se apoderará de su confianza con pretexto de aconsejarle y dirigir sus miras benéficas. Morel se verá burlado y arruinado por tales gentes; al paso que procurará hacer bien, y sólo conseguirá enriquecer á astutos y perversos.

—Pero ¿si se fia de gente buena y de juicio?

—El número por desgracia es muy corto. Por todo, considerad cuantas suposiciones extraordinarias, y aun extravagantes, hemos tenido que hacer para convenir en que Morel pueda ser feliz si el dia de mañana se hallase con cien mil libras de renta.

—No tiene réplica; ahora conozco que para hacer bien no basta ser bueno; es menester ademas tener talento é instruccion: comprendo tambien por lo mismo que cualquiera que sale de su clase debe ser infeliz.

—Sin duda, tratándose de personas como Morel y Mariana, de personas, en fin, cuya educacion no sea completa, porque con virtudes, instruccion, conocimientos y discernimiento del mundo y de los hombres, se puede ser feliz en cualquier esfera, y no estar mal colocado en ninguna.

—Luego ¿tan ventajosa es una buena educacion?

—Sí, porque acostumbra á todo, ofrece mil recursos en la adversidad, preserva del orgullo y vanidad que suelen inspirar con tanta frecuencia los favores de la fortuna. Repara la desigualdad de condiciones; da cualidades y dotes agradables que granjean el afecto y las simpatías; hace grata la soledad, y ayuda á brillar en el gran mundo; perfecciona el entendimiento, forma el corazon y desarrolla el genio. Juzgad por esto, hijos mios, cuán grande es el reconocimiento que toda persona bien educada debe á los que contribuyeron á su educacion.

—Y sobretodo, á su padre, á su madre...

—Sin duda; y asimismo cuánto se debe amar y respetar á los maestros en quienes los padres han delegado parte de su autoridad.

Y dicho esto, la marquesa se puso en pié, abrazó á sus hijos, encargándoles que fuéran á acostarse.

VELADA OCTAVA.

Aquella noche, á la hora de la tertulia, la marquesa de Clemira dijo á Pulqueria:

—He oido esta tarde vuestra conversacion acerca de Mariana Rambour. ¿Por qué te pones colorada, Pulqueria?

—Mamá...

—Si sientes que yo oiga lo que hablas procura no hacerlo otra vez tan alto y cerca de mí.

—¡Ah! mamá, nunca tendré nada oculto para V.

—¿Por qué, pues, te has puesto colorada? Vaya ¿qué respondes?

—Es porque á pesar de las reflexiones que V. nos hizo ayer, he sostenido que la accion de Mariana no estaba bastante premiada, y ahora comprendo que hice mal en tener opinion contraria á la de V.

—En efecto, debes creer que no es de valor cuando difiere de la mia. Cuando no quedes convencida de la verdad de los principios en que procuro instruirte, me debes exponer tus dudas; siempre estoy pronta á oiros y responderos. Por tanto, cuando no seas de mi parecer, apruebo que me lo digas, y no sólo lo apruebo, sino que te lo mando. Pero diciéndolo á otros faltas al amor y respeto que me debes. Ademas, si no me has comprendido bien, no podré patentizarte tu error ignorando la crítica á que sujetas mis discursos.

—La crítica... ¡Oh mamá, qué expresion!

—Quizá es demasiado fuerte. Pero en fin, ¿no eres de parecer que Ma-

riana no fue recompensada segun sus merecimientos, y que diferíamos en opiniones? ¿Quieres ahora escucharme?

—Con el mayor gusto, y procuraré comprender bien lo que V. diga para pensar como V.

—Lo que te desazona es el temor de que Mariana no sea completamente feliz... ¿No es así?

—Eso mismo, mamá.

—Lo que constituye la dicha de una persona piadosa, sencilla y laboriosa, cuya virtud llegue al heroismo más sublime, no es el dinero, porque la satisfaccion que causa una buena accion no consiste en la cantidad, sino en la intencion con que se da. Un buen corazon queda satisfecho cuando socorre á los pobres segun sus medios. El rico benéfico da con fausto; el que es benéfico tambien, pero con ménos caudal, da con más gusto, porque aquel sólo se privó de vanas superfluidades, y este sacrificio tan brillante como poco penoso le granjea la estimacion general. Es feliz sin duda, y digno de serlo. Pero el pobre benéfico goza de superior felicidad. Figuráos á Mariana Rambour con sus doscientas sesenta libras de renta obrando solamente por Dios y su conciencia, trabajando todo el dia para llevar la noche á casa de un enfermo ó de una madre de familia la corta cantidad que ganó, y debe suministrar caldo para aquel pobre, ó pan para cuatro ó cinco criaturas. Seguidla despues y la veréis volver á su casa humedecidos los ojos con las tiernas lágrimas que vierte. Entrad con ella; su cena quizá será unas sopas, pero se dirá á sí misma: *El plato de que hoy me privo proporciona pan á cinco desdichados...* Esta reflexion llena su ánimo de deliciosa satisfaccion. La presenta el agradecimiento de la pobre madre de familia y se figura que la está oyendo; aun la parece estar contemplando las pobres criaturas arrojarse con ansia sobre el alimento que en vano pedian hacia ya dos dias. ¡Oh cuánto debe estimar Mariana con semejantes recuerdos la frugalidad de sus comidas!... Acabada la cena ¡ con qué confianza dirigirá sus preces á Dios, á aquel Sér soberanamente bueno que ha dicho: *Guardáos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que las vean, pues si así lo haceis no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo* (*). No cupo á Mariana la felicidad y gloria de sustraer á la miseria gran número de infelices, porque no pudo formar ningun establecimiento de beneficencia permanente; pero en secreto contribuyó para que se instituyeran. No codició las alabanzas ni aprobacion de los hombres; sólo tuvo por norte la religion y la humanidad; sus reflexiones, el recuerdo de lo que hi-

(*) Evangelio de san Math., cap. V.

zo, y sobretodo las cosas de que se privara, son para ella un manantial inagotable de felicidad. En una palabra: disfruta en la tierra parte de la inmortal felicidad de los bienaventurados en el cielo; está contenta de sí misma, y segura de que Dios la aprueba y protege. Por lo dicho podréis comprender que si Mariana tuviera suficientes medios para socorrer á los pobres sin cercenar algo de lo que la era necesario, no le causaran sus limosnas tanta satisfaccion, puesto que el mérito en este caso fuera menor; podeis juzgarlo por vosotros mismos. El otro dia te enviaron una cestita de manzanas, que repartiste con tus hermanos. Cuando anteayer Magdalena te trajo un corderito blanco, se lo diste á tu hermana, porque manifestó deseo de tenerlo. ¿Cuál de estas dos acciones te ha satisfecho más?

— Dar el cordero á mi hermanita.

— No obstante sentias desprenderte de él.

— Sí, señora; pero por lo mismo inferia el placer que tendria mi hermana. Carolina, me decia, no cabrá en sí de gozo si la llevo el corderito; con esto me figuraba su sorpresa y alegría, y me complacia más que conservarle. Pedí á mi aya una cinta de color de rosa, adorné con ella el corderito, y fuí corriendo á buscar á mi hermana; miéntras tanto el corazon me palpitaba con tanta fuerza... pero era de alegría, estaba tan contenta...

— Ese dulce sentimiento es el que se experimenta al hacer un sacrificio generoso: cuánto más grande es este, tanto mayor es la satisfaccion; y por la alegría que experimentabas, figurándote la que proporcionarias á tu hermana con el regalo del corderito, puedes juzgar del placer que se experimenta socorriendo á una familia infeliz, próxima á perecer de hambre y miseria.

— Bien lo conozco, mamá. Pero ¿cuándo nos dará V. el gusto de ir á socorrer á los desgraciados?

— El invierno que viene, cuando estemos en Paris, si de aquí á entónces os portais bien.

— Oh mamá, esta recompensa nos complace más que otra cualquiera... Pero no hallándose en Champcery quien sea tan en extremo miserable, ¿cómo es posible que se encuentre en Paris, una ciudad tan hermosa, y donde hay tanta gente rica?

— Esa es la causa de hallarse infinitos; tales son los funestos efectos del lujo ó de la vanidad más despreciable, queriendo lucir con loca magnificencia en vez de procurar distinguirse por la virtud: esa manía con que sólo se logra hacerse aborrecible á todos, sin producir placer verdadero, es precisamente la causa porque se encuentran más desdichados, más infelices en las grandes ciudades que en las pobres aldeas.

—Solo eso deberia disgustarnos de las ciudades y hacer apetecible la vida del campo. Pero mamá, ¿cómo se conocerán esos infelices de que V. habla, pues ya veo que no son los más dignos de lástima los que mendigan, sino los enfermos que no pueden salir, ó permanecen en sus casas?

—¡Ay hija mia! Paris está lleno, ni apénas se hallará una calle en que no existan infinitos.

—¡Oh Dios mio, es posible! Se pasa continuamente por delante de sus puertas, y los tenemos por vecinos... Ah mamá, ¿cree V. que los haya en nuestra calle en Paris?... Si así fuera no podria dormir. ¿Cómo entregarme tranquilamente al sueño pensando que quizá en la casa inmediata estará un pobre enfermo acostado sobre un poco de paja?

—Conserva esa humanidad, hija mia, y cuando tengas dinero, si te inclinas á emplearlo en superfluidades, acuérdate de la piadosa reflexion que acabas de hacer; díte á tí misma: con el dinero que emplearia en esta bagatela, de la que dentro de dos dias ya no haré caso, puedo quizá salvar la vida de alguna criatura moribunda y de su afligida madre.

—¡Ah! Nunca emplearé el dinero en bagatelas.

—No hagas esa promesa, porque probablemente no la cumplirás. Ceñirse á lo único necesario, y dar lo demas á los pobres, es efecto de una virtud impropia de vuestra edad. Contentáos con saber que esa virtud existe, y que ella sola proporciona la única felicidad verdadera que se halla en este mundo. Acostumbráos desde ahora á meditar sobre la vanidad de los juguetes y chucherías, que en vuestra edad son el objeto de todos los deseos. Considerad que el placer que producen sólo es momentáneo, tan falso como efímero, cuando por el contrario la sola narracion de una bella accion os conmueve, admira y hace verter lágrimas... ¿Qué seria, pues, si vosotros mismos la ejecutaseis?... Considerad de cuando en cuando la multitud de infelices que carecen de pan, al tiempo que arrojais ó desperdiciais el que se os da para merendar; los que padecen el rigor del frio por carencia de vestidos, cuando haceis pedazos los vuestros para vestir una muñeca. Estas reflexiones, abriendo vuestros corazones á la compasion, os harán tambien ser económicos, y sin economía no es dable la generosidad: por consiguiente acostumbráos desde luego á no desperdiciar cosa alguna; imponéos de tiempo en tiempo cortas privaciones; dominaos pensando que sola la virtud nos puede distinguir, haciéndonos estimables, felices y queridos; por fin, tened presentes estas conversaciones y las historias de nuestras veladas, con lo cual insensiblemente vuestras almas se elevarán, se perfeccionará vuestro discernimiento, seréis verdaderamente benéficos y la delicia y gloria de vuestra madre...

—Desde ahora desearia yo hacerla á V. feliz, querida mamá. Pero ¿es posible que no sea yo bastante buena para sacrificar á los pobres mis caprichos?

—No es regular en tu edad ni en la juventud una reflexion bastante sólida para llegar al punto de perfeccion que dices. Hasta ahora nada has visto, todo es nuevo para ti, todo te agrada; pero cuando sepas ocuparte con solidez, la mayor parte de las frioleras que ahora te seducen é incitan, te parecerán insípidas; sólo apreciarás lo que interesa al corazon, y nada le satisface tanto como la práctica de la beneficencia. Tampoco estamos obligados á dar á los pobres cuanto nos sobra. El Evangelio manda que hagamos limosnas (*), pero no que nos despojemos del todo para otros. Es cierto que el que se penetrase á fondo del espíritu del Evangelio, daria á los pobres cuanto posee; pero la religion no exige que sacrifiquemos á la humanidad todas las conveniencias de la vida, y sí sólo que enfrenemos nuestros caprichos, para que así podamos expiar nuestros deseos desordenados con acciones de bondad y beneficencia.

—Ya lo comprendo, dijo César. El que es medianamente bueno da algo de lo que le sobra; el bueno y compasivo da mas de la mitad, y el perfecto lo da todo.

—Tu definicion es bastante exacta.

—Pero, mamá, acaba V. de decir que no es posible la generosidad sin la economía.

—Ciertamente. Lo que se prodiga ó pierde es un verdadero robo que se hace á los pobres, y tanto más culpable esta negligencia, cuanto que ninguna satisfaccion proporciona. Por ejemplo: aquí tienes, Pulqueria, la lista que me presenta tu aya de cuánto has perdido en el trascurso de este año; una capa de tafetan negro, seis pañuelos de mano, cuatro pares de guantes, dos dedales, tres alfileteros llenos de agujas y un par de tijeras, todo lo cual forma una cantidad de cuarenta francos que he dado para reponerlo. Si fueras más cuidadosa, tendria yo esos cuarenta francos más para emplear ó en vuestras diversiones, ó en alguna buena obra, y es preciso que trates de corregirte de ese defecto, pues de lo contrario se me hará más costoso á medida que seas mayor, y en corroboracion de lo que acabo de decirte, os contaré mañana una historia que espero os interesará.

—Y ¿por qué no ahora, mamá? Todavía es temprano.

—Porque aun no he acabado la que empecé ayer.

—¿Cuál? clamaron á un tiempo los tres niños, ¿la de Mariana Rambour...?

—No dije que estuviese concluida: siempre me interrumpís, y con vues-

(*) *Dá al que te pida, y no huyas del que te pide prestado.* Evangelio de san Math., cap. V.

tras preguntas no pude finalizarla. He procurado haceros comprender que en general las personas sin educacion son dignas de lástima cuando un suceso imprevisto mejora al parecer su suerte. Imagino que estará convencida Pulqueria de que Mariana Rambour debia ser feliz con doscientas sesenta libras de renta; pero no he dicho que esta corta herencia fuese el único premio que el cielo reservaba á su virtud. Os recordé aquella máxima: *Jamas una accion heróica queda sin premio aun en este mundo.* Sobre esto notasteis la cortedad de una renta de doscientas sesenta libras, sin informaros si podria alcanzar otra recompensa.

—Ahora comprendo que no se debe precipitar el juicio, y que ántes de dar parecer debemos enterarnos de las cosas. En castigo mereceríamos que nos privase V. de lo restante de la historia de Mariana, aunque nos causaria gran pesar.

—¡No lo temais, hijos mios! Me basta que formeis la resolucion de juzgar en lo sucesivo con ménos precipitacion y ligereza.

Pero volviendo á Mariana, supo en su retiro que el cura de S.** leyera su carta en público; léjos de alegrarse, lo sintió infinito, y le escribió sobre este particular diciéndole: Me ha sido muy sensible que publicase V. una accion de que sólo deseaba tuviesen conocimiento Dios y V.

Á pesar de lo sincero de su sentimiento todo Charleville supo la historia de Mariana. Las personas más distinguidas de la ciudad desearon conocerla y llevarla á sus casas. Varios procuraron por todos los medios imaginables obligarla á recibir socorros, que en su situacion debian serla necesarios. Pero Mariana rehusó constantemente, respondiendo siempre que nada la hacia falta y que estaba contenta con su suerte. Finalmente, el cura de S.** hizo un viaje á Paris, en donde habló varias veces de Mariana Rambour; contó su interesante historia á una señora, á quien entregó varias cartas de Mariana y una copia del auto de fundacion que llevó á cabo, las cuales pasaron á manos de un literato amigo para que los insertase en una obra curiosa que iba á dar al público.

—Pues qué ¿la vida de Mariana Rambour está impresa? ¡Cuánto me alegro de que Mariana alcance reputacion!

—Ya ves que á pesar de su modestia sale ya de la oscuridad que tanto amaba; pero escucha lo restante...

—Esto es lo mejor; el corazon me palpita.

—Existe un jóven príncipe, poco más ó ménos de tu edad, César; sólo cuenta nueve años, y ya su carácter hace concebir la esperanza de que se distinguirá tanto por sus virtudes y beneficencia como por su augusto nacimiento: tiene singular predileccion por las historias útiles, las escucha con

ansia, impresionan profundamente su corazon, y quedan grabadas en su memoria. Un dia el sugeto encargado de su educacion le refirió la historia de Mariana Rambour, y al concluirla exclamó el príncipe llorando: ¡Ah, y cuánto siento ser tan niño!

—¿Por qué, señor? le preguntaron.

—Señalaria una pension á esa virtuosa mujer...

—Pero tiene V. A. un padre que le ama tiernamente.

—¿Le parece á V. que se la pida?

—Sin duda, y eso le producirá mayor alegría.

Sin esperar á más el príncipe, enajenado, fuera de sí se levanta, sale corriendo, atraviesa una galería, baja con precipitacion dos escaleras, llega á la sala de billar, en la que se hallaban ocho ó diez personas, pero sólo repara en su padre, y á pesar de su natural encogimiento se arroja en sus brazos, diciéndole con voz trémula:

—Papá, tengo que pedir á V. una gracia.

Le conduce á una estancia contigua, y allí expuso su peticion del modo más tierno. Recibió en premio de su sensibilidad los cariñosos abrazos de su padre, que estrechándole contra su pecho le dijo:

—Voy á ordenar que se extienda en tu nombre el libramiento de una pension de seiscientas libras para Mariana Rambour.

—Ahora sí, interrumpió Pulqueria, que estoy contenta. ¡Oh qué príncipe tan bueno, y qué contento estaria!

—Él mismo quiso escribir á Mariana para comunicarla esta noticia; y oid su carta:

«Saint-Leu, agosto 2 de 1782.

«Me congratulo, señora, de haber oido referir la accion verificada por V. á consecuencia de su lealtad hácia la señora de S.**, y tengo un especial placer en manifestarla cuánta es mi admiracion. Procuraban demostrarme cuán bella es la virtud, cuán digna de aprecio, y para ello me contaron su interesante historia. Debo á V. una leccion que jamas olvidaré, recordándola siempre con enternecimiento. Reciba V., señora, el libramiento de una pension de seiscientas libras que la envio, como prueba de mi admiracion y del vivo y tierno interes con que contribuiré toda mi vida á su felicidad.

«Incluyo el pago de doscientas libras por el primer trimestre de dicha pension, que empieza á correr desde primero de julio pasado.»

Juzgad, hijos mios, del efecto que esta carta produciria en el corazon sensible de Mariana, tanto mayor cuanto la órden que la acompañaba estaba concebida en los términos más honoríficos y lisonjeros. Mariana en el dia se halla rica para su clase y goza de la estimacion debida á su virtud.

MCD 2022-L5

—¡Ah mamá, qué historia tan bonita!.. ¡Cuánto estimo á este jóven príncipe que ya es tan bueno!

—Creo que no os agradará ménos la velada de mañana ; pero ya debemos concluir esta.

—Una palabra, mamá: ¿qué título lleva la historia que nos va V. á contar mañana?

—*Eglantina, ó la indolente corregida.*

—¡Eglantina! ¡Qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Ese no es un gran defecto.

—Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entre tanto vámonos á acostar.

Estas pocas palabras de la marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ansia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente:

VELADA NOVENA.

EGLANTINA, Ó LA INDOLENTE CORREGIDA.

Doraliza, esposa de un director de rentas, gozaba de cuantiosa fortuna; pero poseia demasiado talento y buen corazon para inclinarse al fausto y anhelar distinguirse con vana magnificencia. Sabia que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es aun más en los que no están obligados á brillar por razon de su clase. Ni en su adorno se notaban joyas, ni en su casa más que sencillez y comodidad: no daba fiestas, pero hacia buenas obras, y sus riquezas, léjos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las personas sensatas, la granjeaban las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Aunque enemiga de ostentacion y con suficientes recursos para entretener la soledad, no por eso huia la sociedad y conversacion; pero

deseosa de rodearse de personas verdaderamente estimables por su talento y buen corazon, no otorgaba ridículas preferencias, ni marcaba sus visitas en sugetos de tal ó cual categoría, sino que al contrario, despreciando el fausto y posicion, constituian su primer título de recomendacion las buenas cualidades ó el mérito, de cualquiera clase que fuesen.

Tenia Doraliza una sola hija; esta niña de edad de seis años manifestaba buen corazon; era humilde, obediente, sincera, inteligente, de buena memoria, pero muy indolente, por lo cual carecia de actividad y aplicacion. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa.

—Con que la indolencia, interrumpió Carolina, ¿produce todos esos defectos?

—Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Cierta flojedad que causa tédio para todo lo que pueda fatigar, aunque levemente al espíritu ó al cuerpo. Con tal disposicion no se corre, salta, baila ni juega al volante, porque esas diversiones fatigan. Se huye del estudio, por no tomar el trabajo de aplicarse. No se reflexiona ni piensa, viviéndose sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina, hija de Doraliza. Decoraba sus lecciones con docilidad, pero á nada atendia de cuanto la enseñaban, resultando de esto no sacar provecho alguno de las lecciones. Por otra parte, su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenia con las cosas. En todos los rincones de la casa se hallaban pañuelos, guantes, tijeras y muñecas de Eglantina. Preferia perder á arreglar y guardar las cosas de su uso, y en su habitacion reinaba el mayor desórden y ningun aseo. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y juguetes, se fatigaba y disgustaba en extremo empleando en tan desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido dedicar útilmente, ó en diversiones.

Todas las mañanas era preciso reñirla para obligarla á levantarse; otro sermon sobre el entorpecimiento y languidez con que se sentaba más de una hora despues de levantada, y que se manifestaba por sus repetidos bostezos; otro sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina queria sentarse en vez de andar, y se quejaba del frio ó del calor. Lo mismo sucedia con las lecciones; nunca las daba sin llorar, ó poco ménos, y las diversiones no la alegraban, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oir reprensiones por esos descuidos.

Poseia Doraliza el talento necesario para dar una excelente educacion, pero carecia de experiencia, porque como la de Eglantina era la primera de que se encargara, y en todas las cosas hay que pagar con faltas el apren-

dizaje, en esta ocasion cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que resultarian del defecto dominante de su hija, el más dificultoso de destruir. Se lisonjeó que la edad y la razon despertarian en ella la actividad de que carecia, contentándose con reñirla de vez en cuando en lugar de castigarla, y no conoció su error sino cuando era imposible remediarle.

—¿Opina V., mamá, que si hubiesen impuesto á Eglantina penitencias se corregiria?

—Raras veces se necesita recurrir á medios violentos para corregir los niños activos y sensibles, porque todo lo toman con viveza; lo más mínimo os conmueve, una palabra basta para castigaros; pero los genios indolentes y frios difícilmente se alteran; es menester darles algun castigo para sacarlos de su entorpecimiento habitual.

—Mamá, ¿qué penitencias hubiera V. impuesto á Eglantina?

—Las más rigorosas, y sin embargo suaves. Cuando no quisiera correr ó andar á buen paso, alargaria el paseo una hora más. Cuando decorase una leccion de mala gana, se la obligaria á dar otra vez, y así en todo. Para evitarse este doble trabajo se hubiera aplicado, empleando cierta actividad aparente, que con el tiempo llegaria á ser verdadera, é insensiblemente hubiera mudado de genio.

No siguió este método Doraliza, y la pesó con el tiempo; mas viendo que la negligencia de Eglantina aumentaba ocurrióla formar un diario, en el que cada noche anotaba cuanto Eglantina habia desperdiciado durante el dia, y su precio, como los libros rotos ó desencuadernados, los vestidos nuevos manchados é inservibles, los pedazos de pan arrojados por los rincones, el papel, plumas y lápices gastados inútilmente, y los juguetes hechos pedazos, lo cual unido á las cosas perdidas compuso al cabo de un mes la cantidad de noventa y dos libras.

—¡Oh Dios mio! exclamó Pulqueria, es increible. Yo, gracias á Dios, en todo el año no he perdido sino el valor de cuarenta libras.

—Es cierto, pero no cuentas más que lo perdido, y no lo echado á perder ó desperdiciado. Ademas, yo no soy rica, no usas muselinas bordadas ni encajes, y por consiguiente no puedes perder sino cosas comunes: tus alhajas son alfileteros de paja y cajas de bergamota, y todos tus juguetes no valen seis libras.

—Mamá, tanto mejor; me parezco á Enriqueta la hija de la señora Steinhausse, porque conozco que los adornos me molestarian. Un hermoso delantal guarnecido de encajes me incomodaria, porque deseo, como Delfina, coger rosas sin temor de las espinas.

—Ese deseo es natural. Pero hazte cargo que Enriqueta, tan inclinada á las cosas sencillas como tú, era más juiciosa porque nada perdia. Y que proporcionado á mi caudal me ocasionas un gasto tan grande perdiendo tu dedal de marfil y tijeras inglesas, etc., como Eglantina á su madre perdiendo su dedal de oro y sus tijeras esmaltadas.

—Pero, mamá, ¿por qué no criaba Doraliza á su hija con ménos ostentacion? Dándola todas esas bagatelas tan caras no empleaba bien sus riquezas.

—Doraliza era muy rica y casi nada gastaba para ella misma, por lo que podia lícitamente emplear algunas superfluidades en su hija.

—Pero ¿no era eso inspirarla gusto á todas esas frioleras?

—No, porque si las hubiese guardado para sí en vez de dárselas, entónces podia haber sucedido lo que dices.

—Mamá, decia Eglantina á Doraliza, ¿por qué no lleva V. mas que un reloj de oro sencillo con un cordoncito de seda?

—Hija mia, respondia Doraliza, porque un reloj liso es más cómodo, y por consiguiente le prefiero á otro magnífico.

—Pero, mamá, replicaba Eglantina, ¡el que V. me ha dado está guarnecido de brillantes y con una cadena de oro!

—Eso es porque á tu edad se carece de juicio y reflexion; todo lo que brilla seduce; sólo se tienen aficiones pueriles. Se apetecen las perlas, los diamantes, los juguetes y las joyas. Así cuando te doy esas frioleras te trato como niña.

Hablando Doraliza de este modo decia la verdad pura. En efecto, toda persona que á cierta edad tiene aun gusto á esas vanas superfluidades no tiene más juicio ni discernimiento que una criatura de seis años. Pero volvamos á nuestra historia.

Al cabo de un año enseñó Doraliza á su hija la cuenta de cuanto habia perdido ó disipado en el discurso de él; la suma ascendia á mil y doscientas libras. Poca mella hizo este cálculo en Eglantina, que sólo contaba siete años. Creyendo su madre que la harian más fuerza cuando llegase á conocer el valor del dinero, continuó siempre su diario con la misma exactitud, ayudándola en esta tarea el aya que todas las noches entregaba á Doraliza la relacion circunstanciada de los desperdicios que notaba. Guardaba Doraliza estos papelillos en una gaveta, sin juntarlos al diario que por su parte escribia; y en breve tiempo las cuentas de la aya se acumularon de tal modo que hubiera sido menester bastante tiempo para sumar las cantidades que representaban. Lo cual visto por Doraliza determinó irlos guardando hasta que Eglantina tuviese más edad.

Entre tanto el tiempo trascurria y el diario de Doraliza manifestaba claramente que la indolencia de Eglantina en vez de menguar acrecentaba. En solos cuatro meses perdió en el bosque de Bolonia, donde iba á pasearse, por valor de sesenta luises en alhajas: ya una sortija, un pomito de agua de olor, ó un medallon, sin contar los pañuelos y guantes olvidados entre el césped. Ademas, todos los dias rompia un abanico, el muelle real y el cristal del reloj, ó le desarreglaba la repeticion, y era preciso estar pagando continuamente al relojero. En tiempo de invierno el gasto acrecia. Eglantina, como todos los indolentes, era en exceso friolenta; arrastraba la ropa en la ceniza de la chimenea, se quemaba los trajes, las batas, el manguito, lo cual debian renovar todos los meses. Cuando se presentaban los maestros casi siempre se quejaba de jaqueca que la impedia dar leccion. Entregaba una tarjeta al maestro (*) y se iba.

—Pues qué, mamá, dijo César, ¿no eran verdaderos los dolores de cabeza?

—No. Eglantina los fingia sólo por no dar leccion.

—Pero ¡eso es mentir!

—Esas consecuencias acarrea la indolencia, que á primera vista parece un defecto tan leve; y así no hay vicio, por pequeño que sea, que si llega á dominar no ocasione los más fatales resultados... Sincera Eglantina por naturaleza, y con el deseo de ahorrarse trabajo, su indolencia la convirtió en embustera, aunque costándola disgusto y remordimientos; de este modo llegó á los diez años, y su madre le dió nuevos maestros.

Fastidiada del clave y no adelantando gran cosa, confesó que la desagradaba este instrumento y que aprenderia de buena gana á tocar el arpa. Consintió Doraliza en que abandonase el clave, aunque hacia cinco años que aprendia, y la dió un maestro de arpa. Así, lo que se habia pagado al maestro de clave, lo que costó la música, el clave, el piano, la afinacion de estos instrumentos, todo era dinero perdido, puesto que Eglantina nada sabia, y lo dejaba enteramente; de modo que Doraliza apuntó en el diario este gasto, que ascendia á ocho mil libras. Eglantina tomó leccion de arpa un año; su maestro la dejó aburrido de su poca aplicacion. Entónces aprendió la guitarra con igual éxito que el arpa, dejándola por fin del mismo modo que el arpa y el clave.

Aprendia Eglantina ademas dibujo, geografía, inglés, italiano, baile, canto, para lo cual la acompañaba un músico con el violin, y caligrafía, cu-

(*) Método con que se paga por lecciones á los maestros, dándoles una tarjeta con un sello: esta costumbre es general en Francia.

yos profesores costaban veinte luises al mes; no por esto sabia más la indolente niña, y el gasto que ocasionaba ya no conocia límites. Cada dos ó tres meses la música, libros, mapas sucios y hechos pedazos debian renovarse; no cuidaba del arpa dejándola expuesta á la humedad con las ventanas abiertas, y era preciso encordarla casi todos los dias; gastaba en cuerdas, en lápices, en papel, etc., cuatro veces más de lo que gastaria una persona cuidadosa.

Como su excesiva pereza la hacia enemiga de toda sujecion, era en extremo descuidada. En dos años fue preciso mudar dos veces los muebles de su cuarto; se despeinaba sobre las sillas, llenándolas de polvos y pomada, y esparciendo por el suelo los alfileres; sus vestidos estaban siempre llenos de manchas de lápiz, tinta y gotas de cera. Este desaseo perjudicaba á la más bonita figura del mundo; se eternizaba en el tocador, porque todo lo hacia con suma lentitud, y no por eso se peinaba ni vestia bien, porque miraba sin ver, obraba sin pensar, y no tenia gusto ni gracia para cosa alguna. No sujetándose á llevar guantes, tenia las manos ásperas y amoratadas, los piés feos, y andaba muy mal, porque siempre llevaba los zapatos en chancleta.

Tal era Eglantina á los trece años; Doraliza se esmeró en formarla una selecta y bonita biblioteca con la esperanza de que se aficionaria á la lectura. Por obedecer á su madre leia miéntras se peinaba, ó por las tardes; es decir, tenia un libro abierto, porque leia con tan poca atencion, que era imposible adquiriese la menor instruccion, siendo á los diez y seis años tan ignorante, á pesar de que nada se omitiera para su educacion, que ni sabia historia, ni geografía, ni aun ortografía; ni podia hacer un extracto, ni escribir una carta, y aunque habia tenido diez años maestro de aritmética, cualquier niño de ocho contaba mejor que ella. En este tiempo el vizconde de Arzelle se hizo presentar en casa de Doraliza; contaba veinte y tres años, siendo tan distinguido por sus talentos, virtudes y reputacion, como por su nacimiento, bienes y mérito personal. Manifestó el más vivo deseo de agradar á Doraliza y merecer su amistad; supo apreciar su sencillez, dulzura é igualdad: tambien agradaban á esta su modo, tono noble y natural, y conversacion sólida, variada y amena; la habia visto varias veces en casa de una parienta, visitándola despues en la suya sin conseguir ver á Eglantina. En fin, un dia convidó Doraliza al vizconde á cenar, y á las nueve de la noche salió Eglantina á la sala. Aquel dia habia su madre asistido á su tocador: no llevaba cosa particular en su adorno; pero á lo ménos no se presentaba desgreñada, ni con las orejas llenas de polvos y pomada, y se habia lavado las manos. El vizconde la examinó con grande atencion: al pronto le pareció hermosísima, de allí á poco observó que carecia de gracia, y al cabo de un cuar-

to de hora no la miró más, olvidando que se hallaba en su presencia.

No obstante, continuaba visitando á Doraliza. Un dia que estaban solos la habló con cierta confianza que la dió pié para preguntarle si pensaba en casarse.

—Sí, señora, respondió el vizconde; pero aunque mis padres dejan enteramente á mi albedrío esta eleccion, conozco que me será difícil determinarme; no lo efectuaré por interes ó ambicion: una pasion ciega no me obligará á hacer locuras; deseo casarme, no para ser más rico ó estimado, sino más feliz; por tanto será preciso que encuentre una persona perfectamente educada que reuna la virtud á la hermosura y talento; que sus padres merezcan mi aprecio y respeto, y que su madre posea todas las prendas que en V. se hallan, para que pueda ser el mentor y guia de mi esposa.

Varias personas que entraron interrumpieron esta conversacion. Pocos dias despues supo Doraliza que el vizconde habia encargado á un criado se informase con sigilo acerca de Eglantina, y que ademas él en persona se dirigió á varios maestros de esta, que al punto le dijeron la verdad, por lo cual se enteró de que la jóven no aprovechara la educacion esmerada y costosa que su madre la diera. Desde entónces el vizconde cesó de frecuentar su casa, concluyendo por retirarse del todo. Convencida Doraliza de que seria esposo de su hija si esta fuera más aplicada, sintió en extremo que no se verificara un casamiento tan lucido como ventajoso, pues el solo mérito personal del vizconde le hacia preferible á otro cualquiera.

Pero aun debia pasar mayores penas. Cada dia más indolente Eglantina la daba nuevas pesadumbres. Á los diez y siete años conservaba aun todos los maestros que ya no son precisos á los catorce, y no se ocupaba en nada. Sin embargo, como su corazon era bueno y amaba á su madre, procuraba á veces vencer su natural dejadez, y entónces todos se admiraban de la inteligencia y disposiciones que mostraba, renaciendo en el amante corazon de Doraliza el gozo y la esperanza; pero esta mutacion duraba poco, porque al cabo de cinco ó seis dias volvia Eglantina á su negligencia; conocia confusamente lo mal que se portaba, y este conocimiento, en vez de excitarla á repararlo, la desalentaba. Acostumbrada ademas á no reflexionar nunca, no veia lo ingrata que era correspondiendo tan mal á las solicitudes de una madre tan tierna, y cuando esta la manifestaba los perjuicios que le acarreaba este vicio, escuchábala con más disgusto que arrepentimiento, contentándose con decir: Es verdad que ocasiono muchos gastos inútiles, pero á bien que esto no arruina una fortuna tan considerable como la de mi padre: ademas, soy jóven, dicen que hermosa, y bien puedo pasarme sin instruccion ni conocimientos. Lo cual equivalia á decir: puedo dispensarme de mostrar

reconocimiento á mi madre, y hacerla feliz siendo á la par amable y amada. Así se discurre cuando falta la reflexion.

No teniendo Eglantina afan por agradar ni merecer la aprobacion de los que la rodeaban, claro es que no gozaba de consideracion en su casa; así los criados como los amigos siempre la consideraban como á una niña. Era tan poco afectuosa, tan insípida y falta de raciocinio; decia con frecuencia cosas tan fuera de lugar, que generalmente su sociedad llegaba á ser pesada y tastidiosa. El menor obstáculo se la hacia insoportable, aunque ella se oponia á todo: las costumbres admitidas en sociedad la parecian tiránicas; la incomodaba la cortesía, y no se hallaba á su gusto sino entre personas subalternas y sin educacion. Léjos de procurarse los consejos de que necesitaba, temíalos, porque comprendia que la faltaba valor para seguirlos.

Las reflexiones de su madre la producian disgusto y mal humor sin que pudiese vencerle ni disimularle, porque acostumbrada á ceder á las impresiones que recibia, sin imperio sobre sí, preferia agravar sus yerros á tomarse la molestia de buscar medios de repararlos.

Con la edad fué adquiriendo nuevos defectos, sin perder los de la niñez; cumplió en fin los diez y ocho años, época feliz para ella, puesto que se debian despedir todos los maestros. Aquel mismo dia por la mañana entró su madre en su estancia con un libro, que puso sobre una mesa, y sentándose al lado de su hija la dijo:

—Hoy cumples diez y ocho años, y á esta edad comunmente la educacion está perfeccionada. Hice por tí hasta el dia cuanto me fue posible, y aquí verás la prueba; este es el diario de que varias veces te he hablado, el cual contiene cuanto has perdido desde tu niñez, y los gastos inútiles que me has ocasionado, como tambien notas de tu aya; y sumadas estas diferentes cantidades ascienden á ciento y tres mil libras...

—¡Ah mamá, exclamó Eglantina, es posible!

—Muy posible, replicó su madre, y comprenderás que no incluyo los gastos necesarios, ni el de los maestros que han logrado hacerte aprender algo. Por ejemplo: escribes bastante bien y lees música regularmente; no he incluido estos dos maestros en mi diario, aunque los conservé más tiempo que el que se debia si te aplicaras. Entre los gastos inútiles figuran los maestros de instrumentos, dibujo, geografía, historia, blason, aritmética, etc., sin olvidar la maestra que por espacio de dos años te enseñó á bordar, y la prodigiosa cantidad de seda, brichos, lentejuelas, cintas, rasos y terciopelos que has gastado, sin hacer cosa de provecho...

—Pero ¡ciento y tres mil libras!.. ¡Es increible!

—Fácilmente lo creerás si recuerdas mis palabras; á saber, que todo

gasto, por pequeño que sea, si es continuo se hace exorbitante, y por consiguiente ruinoso; un ejemplo te lo patentizará: tienes dos relojes: desde la edad de ocho años hasta ahora cada quince dias se han llevado al relojero ó al joyero, ya para echarles cristales, esferas nuevas, ó hacerles componer la repeticion, ya para hacerles poner manos, diamantes, etc. Todos los meses se han gastado en composturas de esos relojes lo ménos siete ú ocho libras, subiendo en varios á tres ó cuatro luises; de modo que al cabo de diez años suma solo ese renglon ciento ocho luises. Es sensible desperdiciar así el dinero, sobretodo considerando que se podria emplear mucho mejor. Ciento tres mil libras desperdiciadas por tí, hija mia, constituirian la felicidad de veinte familias desdichadas.

Esta última reflexion hizo verter lágrimas á Eglantina; tomó una mano de su madre, y apretándola entre las suyas exclamó:

—¡Oh cuán culpada soy!... Pero, querida mamá, aunque sin talento y sin instruccion, conservo los elementos de lo que me han enseñado.

—No lo dudo, y si te aplicaras y estudiaras de veras, podias recuperar parte del tiempo y dinero perdidos; pero era precisa en adelante tanta perseverancia y actividad como inconstancia y pereza has mostrado hasta ahora.

Eglantina suspiró y se quedó suspensa.

—Bien sé, prosiguió Doraliza, que tus riquezas y las alabanzas que prodigan á tu hermosura te persuaden que necesitas ménos los talentos y habilidad que otras personas; mas aunque poseas estas ventajas, las más efímeras y ménos estimables de todas, ¿es acaso motivo suficiente para despreciar la instruccion y á los que la poseen? ¿Es acaso la hermosura la que nos hace amables? Convéncete, hija mia, de que si no la acompaña el talento á nadie agrada. ¿Son las riquezas quienes nos hacen felices? ¿No te ves morir de tristeza, siempre descontenta de los otros y de tí misma?... Ademas, ¿conoces acaso el estado de los negocios de tu padre? Y ¿si se arruinase?...

Estas palabras avivaron la atencion de Eglantina, que se quedó mirando á su madre como aterrada. Dejó de hablar Doraliza alzando los ojos al cielo, y al cabo de un rato de profundo silencio, viendo que Eglantina no hablaba, tomó la palabra mudando de conversacion, y trascurrido un cuarto de hora se fué, dejando á su hija llena de tristeza y sobresalto.

No eran infundados los temores de Eglantina. Mondor, su padre, tan insaciable como Doraliza moderada, no habia podido contentarse con doscientas mil libras de renta; para aumentarlas se habia metido en empresas arriesgadas, y estaba próximo á su ruina. No estaba del todo cierta Doraliza de esta desdicha, pero sospechaba alguna cosa, y esto era lo que habia querido dar á entender á su hija. Mondor, que conocia su situacion, con la

esperanza de conservar el crédito trataba de encubrir el mal estado de sus cosas, cuando varias quiebras de sus corresponsales patentizaron sus alcances. No era Mondor capaz de tolerar con valor los infortunios; cayó enfermo, y no pudieron librarle de la muerte los cuidados de Doraliza y Eglantina: murió detestando su ambicion y codicia, funestas causas de su ruina y muerte.

Ocupóse en seguida Doraliza en satisfacer á los acreedores; mas observando que los bienes del difunto no alcanzaban á cubrir los débitos, cedió por seis años la renta de una posesion que habia heredado de sus padres: ni esta, ni los diamantes de Eglantina se hallaban sujetos á los procedimientos judiciales, pero no vacilaron en tal sacrificio por salvar el buen nombre del finado.

Arregladas las cosas, sólo quedaba á Doraliza para vivir en estos seis años algunas alhajas, las cuales vendió, sacando de ellas veinte mil libras.

—Es preciso, dijo Doraliza á su hija, buscar donde se pueda vivir seis años con la cantidad que nos queda. Mi intencion es irnos á Suiza hasta que recobre la posesion, cuyas rentas he cedido.

—¡Oh madre mia, exclamó dolorosamente Eglantina, veinte mil libras! ¿Esto es lo que ha quedado á V.?... ¡Qué cruel reflexion para mí, cuando me acuerdo todo lo que he desperdiciado!

—No pienses en ello, dijo su madre abrazándola; si yo hubiese previsto las desgracias que nos aguardaban, nunca lo hubieras sabido porque he quemado aquel diario, y cuanto contenia se ha borrado para siempre de mi memoria.

—¡Ah! replicó Eglantina arrojándose á los piés de su madre; mi arrepentimiento es demasiado sincero para que pueda olvidar jamas estas culpas que V. con tanta generosidad me perdona... El deseo y la esperanza de recuperarlas y de contribuir á su felicidad pueden sólo en adelante hacerme amar la vida. ¡Oh mamá! conozco que una hija digna de V. podria aliviarla en sus trabajos: yo, pues, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan; necesita V. una amiga, yo quiero serlo, y para obtener este precioso título estoy pronta á los mayores esfuerzos.

En tanto que Eglantina, bañada en lágrimas y abrazada á sus rodillas, decia esto, Doraliza la contemplaba fuera de sí de gozo; la levantó, la tomó en sus brazos, y estrechándola contra su pecho:

—Me haces sentir en este instante, dijo, todo el gozo que puede caber en el corazon de una madre: no llores ya mi desgracia.

Al pronunciar estas palabras no podia Doraliza contener sus lágrimas, las más dulces que derramara en su vida.

La noche siguiente á esta conversacion se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza, y como amaneció al dia siguiente con calentura, envió Doraliza á buscar un médico, el que despues de haber examinado atentamente á la enferma, declaró que todos los síntomas eran de viruelas: no se engañaba. Declaróse la enfermedad con el peor carácter, no ocultando el médico que las viruelas eran confluentes y de las más malignas. Oprimida Doraliza de dolor, no se apartó ni un punto de la cabecera de su hija, y pasó cuatro dias en medio de las más crueles inquietudes. En los arrebatos de un furioso delirio Eglantina hablaba con su madre sin conocerla, estaba en sus brazos y la llamaba, exclamando dolorosamente:

—¡Mi madre me abandona!... ¡Lo merezco!... ¡No he contribuido á su felicidad!... ¡Muero sin recibir su bendicion! ¡Oh Dios mio, perdonadme!

Estas razones interrumpidas con suspiros y sollozos traspasaban el corazon de Doraliza, quien en vano la respondia y bañaba con sus lágrimas; Eglantina no la oia y continuaba sus lamentos y quejas. Creciendo por instantes la enfermedad, cargó sobretodo al rostro, y á pocos dias la cubrió los ojos, privándola enteramente de la vista. No dió cuidado al principio este accidente, asaz comun en las viruelas; pero despues se agravó tanto, que el médico entró en cuidado y no pudo ménos de advertir á Doraliza que tal vez Eglantina quedase ciega.

—¡Oh Dios mio, exclamó la afligida madre, ciega mi hija!...

Á este punto de su narracion llegaba la marquesa de Clemira, cuando la baronesa, mirando su reloj, se levantó: en vano pidieron los niños se prolongase la velada, pues fue preciso irse á acostar.

VELADA DÉCIMA.

La noche siguiente la marquesa prosiguió la historia de Eglantina en estos términos:

—Al cabo de algunos dias, y despues de crueles sufrimientos, mejoró la enferma. Sus ojos cuyo uso habia estado á punto de perder, se abrieron de nuevo, y al ver el rostro de su madre exhaló un grito de alegría:

—¡Justo Dios, exclamó, es mi madre!...

El llanto la embarga la voz, y estrechando entre sus brazos á Doraliza, impidióle entónces expresar lo sumo de su ternura. El médico la aseguró que á nadie debia la salvacion sino á Doraliza.

—¡Oh madre mia, cuánto estimo ahora la vida!... ¡Ah cuán sensible me fuera perderla ántes de haber podido manifestar á V. mi amor y agradecimiento!... Deseo vivir para hacerla á V. feliz, y sólo lográndolo puedo alcanzarlo.

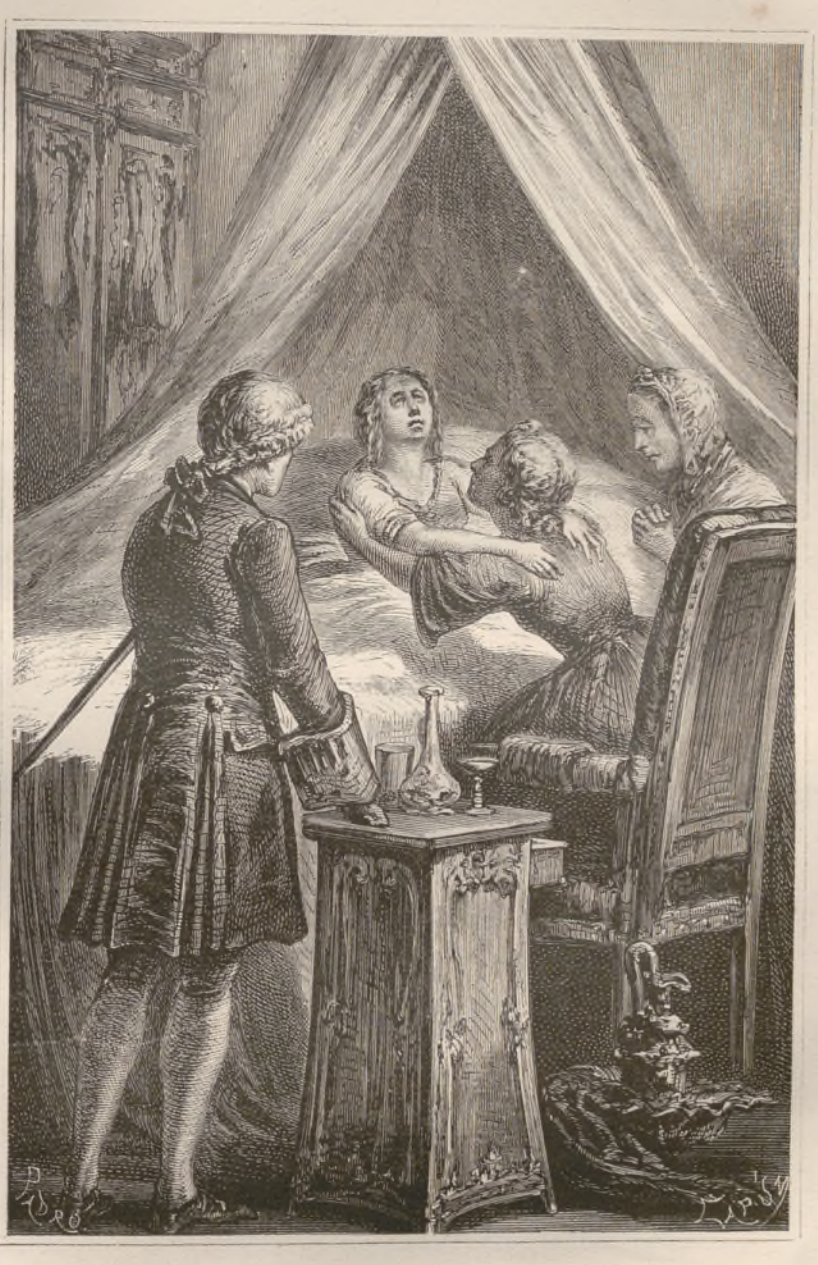
Hablaba Eglantina con tanto calor y vehemencia que, temiendo el médico los efectos de una conmocion tan violenta, la interrumpió, cortando la conversacion, que hubiera podido aumentar la calentura.

Desde aquel dia la enfermedad fué cediendo, pero el médico declaró que la dejaria muy desfigurada. En efecto, perdió Eglantina su hermosura, y aunque no quedó señalada de las viruelas, apénas era conocida; habia perdido el cabello más hermoso del mundo, aquella tez tan blanca y delicada que tanto la realzaba. Sabiendo cuanto se habia desfigurado no tuvo deseos de mirarse al espejo; pero la primera vez que se levantó, no pudo ménos de verse. Su madre la daba el brazo, y al irla á sentar en un sillon pasó por frente de un espejo. Fijando en él la vista enternecióse, y parándose dijo:

—¿Es esta aquella belleza que tanto se alababa há quince dias?

—¡Qué desgraciada serias, replicó su madre, si hubieses tenido la locura de estimar en mucho esa efímera hermosura, que en un instante se puede perder y que precisamente en el corto espacio de algunos años se ha de acabar!

—Mamá, interrumpió Carolina, me parece que Doraliza exageraba para



Al ver el rostro de su madre, exhaló un grito.

consolar á Eglantina; pues á pesar de no ser jóven puede conservarse la hermosura.

—No, la hermosura no puede hallarse sino en una persona jóven.

—Sin embargo, la señora de Palmis, que todos dicen es tan hermosa, no es ya jóven; tiene treinta y seis años.

—Por eso no es ya bonita, sino que se conoce que lo ha sido. Es cierto que todos dicen que está más hermosa que nunca y que representa solos diez y ocho años. Cuando era de esa edad muchas mujeres criticaban su figura; ahora todas convienen en alabarla, únicamente porque conocen que ya no es lo que ha sido. Las jóvenes saben muy bien que las gracias de la juventud son siempre preferidas á cualquiera hermosura de treinta y seis años, y las mujeres que se acercan á los cuarenta, prefieren la hermosura de treinta y seis años á la de veinte. Esta es la causa por que tantos sostienen que la señora de Palmis es más hermosa que la condesa Rosalía. Aquella ya ha pasado; á nadie hace mala obra; la otra empieza á brillar y excita la ridícula envidia de las mujeres bastante limitadas y locas para reputar la belleza como la más preciosa de todas las ventajas. Yo nunca he visto mujer que pasados los treinta años fuese tan bonita como á los diez y ocho, sin los auxilios del arte, esto es, sin arreboles, sin adornos, y sin la ilusion de las luces...

—Ahora conozco, dijo Carolina, que Doraliza no exageraba, y que tenia mucha razon en decir que sola una persona loca puede apreciar una ventaja tan vana que se disfruta tan poco tiempo. Pero háganos V. el favor de proseguir la historia, pues me imagino que Eglantina se ha corregido y que labrará la dicha de su madre.

—En efecto, replicó la marquesa, aleccionada Eglantina por la desgracia y por el agradecimiento, venció sus defectos y se hizo tan juiciosa, tan activa y tan digna de ser amada, cuanto habia sido indolente, perezosa, inconstante y vana. Cuando estuvo del todo buena, partió con su madre á Suiza. Tomaron el camino de Ginebra, pasando por Leon y el Fuerte de la Exclusa entre Chatillon y Coulonges, sitio muy notable por su extraña situacion. Se detuvieron en Bellegarde para ver lo que las gentes del país llaman la *desaparicion del Ródano*. Este es un sitio cerca del puente de Luze, en donde en efecto se oculta el Ródano entre breñas y cuevas, y despues vuelve á salir, precipitándose en otros peñascos. Este paraje, circundado de montañas, de enormes cimas y de peñascos cubiertos de ovas siempre verdes, es suficiente para disgustar á cualquiera de jardines á la inglesa, que en vano han intentado imitar semejantes efectos. Despues de haber estado algunos dias en Ginebra recorrió Doraliza las hermosas riberas del lago, con la intencion de

buscar una casa donde establecerse, y resolvió hacerlo en Morges, bonita ciudad entre Ginebra y Lausanne y que goza de la más bella situacion. Alquiló una casita en tan ameno sitio: las ventanas daban por un lado sobre unas campiñas vistosas y fértiles, y por el otro se descubria todo el lago de Ginebra y las altísimas montañas cubiertas de nieve que cierran el horizonte.

Es imposible formarse una idea de estas montañas; los efectos de luz que en un dia se suceden, las hacen presentar mil aspectos diferentes. Al amanecer todas las rocas, las más empinadas crestas son de color de rosa y los hielos que las cubren semejan nubes trasparentes. Á medida que el sol se eleva adquiere tintas más oscuras, y aparecen sucesivamente cenicientas, moradas, azules y pardas. Al ponerse el sol se doran, y créese ver enormes masas de topacios que deslumbran la vista con la brillantez de sus colores. Estas mismas variedades presenta el lago. Cuando está tranquilo, sus ondas limpias y puras reflejan el color de los cielos; mas cuando se agita parécese á la mar: produce el mismo ruido imponente y majestuoso. Sucesivamente apacible ó turbulento, atrae, encanta, fascina la vista haciendo gozar de un espectáculo siempre nuevo.

No podia Eglantina cansarse de contemplar aquellas vistas tan hermosas.

—¡Qué mal me pareceria ahora, decia, lo que hasta aquí he admirado! ¡Con qué indiferencia volveré á ver las cercanías de Paris, sus monótonas llanuras y sus jardines tan alabados! Ya desprecio *los rios artificiales, los peñascos y las montañas.*

—Si hubieses estado en Italia, añadió Doraliza, no te parecerian mejor *las ruinas.*

—Me parece que los poetas no debieran celebrar las maravillas de la naturaleza, ni los pintores dibujar países sin haber visto la Italia y la Suiza.

—Soy de tu parecer, Anteuil y Charenton pueden inspirar algunos versos buenos, pero no las ideas sublimes que hacen las obras inmortales. Luis Bakhuysen, famoso pintor holandes, se expuso muchas veces en el mar alborotado con violentas borrascas para observar el movimiento de las olas, el choque y los naufragios de las embarcaciones zozobradas contra los escollos, y el trabajo y sobresalto de los marineros atemorizados. El célebre Rugendas, pintor de batallas, presenció el cerco, bombardeo, toma y saqueo de Augsbourg. Varias veces arrostró la muerte para considerar de cerca los efectos de las balas y bombas y los horrores de un asalto. Se le ha visto dibujar en lo más sangriento de ellos y sacar sus diseños con el mismo primor que si los hubiese pintado en su taller. Van-der-Meulen siguió á Luis XIV en todas sus conquistas, dibujando las ciudades fortificadas y sus cercanías,

las diversas marchas del ejército, los campamentos y las escaramuzas, á fin de componer los cuadros que despues formaron de la historia de este monarca. Esta es la actividad y el valor que proporciona el noble deseo de sobresalir; pero cuando se prefieren á esta gloria verdadera los aplausos momentáneos, no es precisa gran instruccion ni talento.

Escuchaba Eglantina á su madre con una satisfaccion que nunca habia experimentado: insensible en otro tiempo á lo ameno de su conversacion, su indolencia y distraccion la impedian complacerse en ella; pero las desgracias habian producido en su carácter una modificacion tan súbita como admirable. Habia cambiado enteramente de genio; discurria con viveza, teniendo un gusto indecible en conversar con su madre: y deseando recompensarla de las pesadumbres que la causara por su indolencia, se atareaba y lo que al principio la fue molesto á poco la sirvió de distraccion. La lectura, la música y el dibujo la ocupaban del todo. Como se aplicaba, léjos de fastidiarla el estudio y el trabajo, la interesaban y la servian de recreo. Á los principios sólo la impulsó á aplicarse el deseo de complacer á su madre, y demostrarla de este modo su agradecimiento; pero despues, admirada y sorprendida de la rapidez de sus progresos, estudió por su propio gusto, y á fuerza de aficion, paciencia y aplicacion consiguió recuperar el tiempo que habia perdido. Adquirió conocimientos sólidos y luces muy superiores, y cada dia se la hacia más grato su nuevo domicilio.

Como dos personas pueden con mil escudos al año vivir en Morges con bastante decencia, no echaban de ménos la pérdida de sus bienes; tenian una casa muy cómoda, y principalmente el estudio de Eglantina era precioso. Desde su bufete descubria el lago y las montañas, y hallaba que esta vista era más agradable que la del Sena y de los baluartes. Comia mejor que en el tiempo de su mayor opulencia; las exquisitas frutas, la caza y ricas leches de la Suiza, y los excelentes pescados del lago de Ginebra nada las dejaban que desear en este particular, ademas de que Morges, sus cercanías y Lausanne las brindaban los recursos de buena sociedad que podian apetecer.

En aquel feliz país, que el lujo aun no ha podido corromper, se encuentra la sencillez de las costumbres más puras; y las mujeres son igualmente amables, instruidas y virtuosas. Doraliza y su hija iban á menudo á Lausanne, donde hicieron conocimiento con una jóven viuda llamada Isabel, que reunia á una extremada belleza muchas habilidades, un talento fino y cultivado, un corazon sensible y todas las prendas más recomendables. Se hizo muy amiga de las dos; iba á menudo con ellas á Morges, ó á las excursiones que hacian en las inmediaciones de Ginebra. Unas veces se

paseaban por las dilatadas riberas del lago, otras reuniéndose en Morges una sociedad selecta de doce ó quince personas, se disponia un concierto ó baile campestre debajo de una verde enramada con guirnaldas de flores naturales. Eglantina era el principal adorno de estas fiestas con su gracia, alegría y habilidades. No era ya hermosa, pero agradaba más que cuando se admiraba en ella lo perfecto de sus facciones y hermosos colores. Conservaba siempre un talle esbelto y airoso, habia adquirido las gracias y el despejo, sin las cuales de nada sirve esta ventaja; no se vestia con magnificencia, pero se adornaba con gusto. Si bien no causaba admiracion, á medida que se iba observando más agradaba su figura. Su semblante estaba lleno de expresion; en una palabra, no poseia ya aquella hermosura que deslumbra. Tenia otra mejor, las gracias que atraen y fijan la voluntad.

Cerca de diez y ocho meses habria que habitaba Doraliza en Morges sin resolverse á dejar su casa para recorrer la Suiza como pensara al principio. No obstante, deseando que su hija conociera aquel país tan celebrado, se determinó por fin á ausentarse de su casita y de la compañía de la amable Isabel. Marchó con Eglantina á fines de junio, y encaminóse primeramente á Berna, ciudad hermosa por la simetría y belleza de su situacion. Las calles son anchurosas, por medio de las cuales corre un arroyuelo de agua cristalina. A los dos lados hay hermosos pórticos enlosados, con tiendas lujosamente adornadas. Los paseos de Berna son deliciosos, y el malecon que domina el Aar ofrece por todos lados una vista admirable.

Estuvo Doraliza algunos dias en Berna, y despues de haber visitado á Indelbank, lugar en donde hay magníficos sepulcros (9), partió de Berna, y dirigióse hácia las neveras de Grindelwald, que distan veinte leguas.

De las neveras más notables de los Alpes es la de Grindelwald, cerca del lugar de este nombre. En lo más alto de la montaña se encuentra un espacioso lago de agua helada. El peñasco que le sirve de estanque es de mármol negro con vetas blancas, y el declive ofrece hermosos matices. Las aguas sobrantes del lago al caer sobre este plano inclinado forman lo que se llaman las *neveras*, conjunto de carámbanos piramidales que cubren la cuesta. Nada se puede comparar á la hermosura de este magnífico anfiteatro, cubierto de torres ú obeliscos, parecidos de puro cristal, que se elevan á más de cuarenta piés. Este espectáculo es admirable, sobretodo en el verano, cuando el sol hiere el grupo de pirámides. Entónces todas empiezan á humear, y su resplandor es irresistible. El valle está cerrado por dos montañas cubiertas de yerba y de un bosque de pinos.

Despues de haber visto Doraliza y su hija estas maravillas continuaron

el viaje por Suiza, y deseando conocer al autor del poema de *Abel* fuéron á Zurich. Allí vieron á este gran poeta, tanto más apreciable cuanto que debe la mayor parte de su gloria á la sensibilidad de su alma y pureza de sus costumbres. Si no hubiese sido inclinado al campo, si no hubiese habitado la comarca más deliciosa del mundo, siendo tan buen padre y esposo, no hubiera compuesto los bellos idilios, en que la virtud se presenta ataviada con tan hermosos coloridos y bajo un aspecto tan seductor. ¿Por qué causa esta clase de obras tan sencillas tienen tan grande atractivo? ¿Por qué se han traducido en todas las lenguas? Porque el autor sentia cuanto expresaba y habia visto lo que pintaba. Gesner acompañó á Doraliza miéntras estuvo en Zurich. Cuando paseaban por las deliciosas riberas del lago de Zurich, del Sil, y del Limmat, Gesner enseñaba á Doraliza los sitios amenos que habia dibujado ó descrito en sus versos, y Doraliza admiró sobretodo el bosquecillo de parras, en donde Gesner compuso el delicioso idilio de *Mirtilo*.

Doraliza y Eglantina pasaron ocho dias en su compañía. Le contemplaron en medio de su familia y ocupaciones, y vieron siempre en él un sabio feliz, un verdadero filósofo y un digno pintor de la naturaleza.

Despues de una ausencia de dos meses Doraliza y su hija volvieron con sumo contento á la casita de Morges. Isabel aumentó su satisfaccion yendo á pasar con ellas gran parte del invierno. La primavera renovó los placeres, las fiestas y los paseos. Dos años hacia que Doraliza abandonara Paris. Eglantina iba á cumplir veinte; era la delicia de su madre, y no conocia la felicidad sino desde que moraba en Morges.

Una tarde que Eglantina y Doraliza se paseaban por las riberas del lago encontraron á un jóven vestido de negro, que paseándose lentamente parecia sepultado en tristes reflexiones. Al pasar junto á Doraliza levantó los ojos, quedó sorprendido, y se acercó. Entónces Doraliza conoció con admiracion que era el vizconde de Arzelle. Despues de los primeros cumplidos el vizconde la refirió haberle sucedido la mayor de las desgracias perdiendo á un padre querido; y añadió que, siéndole por este motivo odioso vivir en Paris, habia resuelto viajar; que pensaba estar dos meses en Suiza y pasar despues á Italia. Concluida la relacion, viendo Doraliza que anochecia, dió la vuelta á su casa. El vizconde la pidió permiso para acompañarla y la dió el brazo. En este instante se acordó que Doraliza tenia una hija, y vió que la acompañaba: la saludó, pero no pudo verla, porque iba al otro lado de su madre, y ademas con la oscuridad no hubiera podido distinguir sus facciones. Llegados que fueron á la puerta de la casa, llamó y una criada bajó á abrir. Entraron en el patio, y el vizconde dijo á Doraliza con enternecimiento:

—¿Es esta, señora, la casa de V?

Al decir esto se acordó de las inmensas riquezas de que en otro tiempo gozaba Doraliza, del buen uso que de ellas hacia, y de que su pobreza provenia de pagar las deudas de su marido. Subieron la escalera, entraron en un gabinete adornado con muy bonitos dibujos y alhajado con gusto.

—¿No es precioso este gabinete? dijo Doraliza. Pues todo lo que contiene es obra de mi hija. Ella ha bordado todo esto y ha dibujado esos países.

No pudo ménos el vizconde al oirlo de manifestar una admiracion que semejaba incredulidad: al mismo tiempo miró á Eglantina, y sorprendido de la mudanza que advirtió en ella, se quedó contemplándola atentamente sin poderla conocer. Eglantina se sonrió ruborizándose, y esta sonrisa hermoseó tanto su rostro que el vizconde manifestó nueva admiracion. Al principio habia mirado á Eglantina con curiosidad, pero ya la contemplaba con aficion. Notó que habia crecido, admiró su esbelto talle, la nobleza de su porte, la expresion de su fisonomía, y conoció que las gracias que habia adquirido valian mil veces más que la hermosura que perdiera. Su admiracion creció al oirla: no podia creer que fuese aquella misma persona que le habia parecido en otro tiempo tan insípida y poco amable; no concebia en solos tres años tan notable y extraordinaria mudanza. Al despedirse de Doraliza la suplicó le permitiese volverla á ver, y pasó en su casa gran parte del siguiente dia. Aquella noche oyó el vizconde cantar á Eglantina, acompañándose con el arpa, y le parecia estar soñando, acordándose que aquella señorita tan amable era la misma Eglantina, con quien á pesar de su riqueza y hermosura no se habia querido casar por parecerle entónces tan presumida como ignorante.

Como el vizconde vivia en Lausanne, oia con gusto que todos alababan á Eglantina, quien se habia granjeado los corazones por sus gracias, su talento y sobretodo por su dulzura, igualdad de genio y grande amor á su madre, prefiriendo el vizconde el trato de Isabel, por ser la que más la elogiaba, á otro cualquiera. Dos meses llevaba pasados el vizconde en Suiza, y no hablaba ya del viaje de Italia. Pasaba en casa de Doraliza todo el tiempo que esta le concedia. Tímido y receloso con Eglantina apénas se atrevia á hablarla, si bien la escuchaba, observando sus acciones con una atencion de que nada podia distraerle, y manifestando á Doraliza la veneracion y afecto del hijo más amante. Estuvo aun un mes en Lausanne; en fin, conociendo ya perfectamente á Eglantina, tanto por su fama como por el estudio que de su genio hiciera, dejó de encubrir sus miras que la razon aprobaba. Se explicó con Doraliza, y la pidió su hija.

—V. la merece, respondió Doraliza; cuando era hermosa y rica la ha re-

husado, y ahora que ha perdido uno y otro la quiere. El mérito, la instruccion y la virtud podian sólo inspirar á V. una pasion verdadera, por lo que debo creer será esta eterna en V. No obstante, como es posible alucinarnos, exijo que medite V. ántes de contraer un empeño que debe decidir de su felicidad y la de mi hija. Deseo que viaje V. por espacio de seis meses. Si al cabo piensa del mismo modo, puede volver y Eglantina será suya.

Á esto respondió el vizconde arrojándose á sus piés, suplicándola no dilatase su dicha. Pero ella firme en su resolucion no se dejó ablandar por sus ruegos y promesas, y el vizconde desesperado tuvo que partir al dia siguiente. No pudiendo separarse del país en que habitaba Eglantina, anduvo vagando por Suiza, y así trascurrió el tiempo de su destierro. Cumplidos los seis meses volvió á Morges: cuando llegó, Doraliza estaba sola en su gabinete con su hija. De improviso se abre la puerta, entra el vizconde y se precipita á los piés de Doraliza. Entónces por la primera vez habla de su amor delante de Eglantina; solicita su mano y protesta que nunca la separará de su madre. Eglantina añade que sólo con semejante condicion puede determinarse á trocar una suerte que colmaba los deseos de su corazon; y el vizconde la asegura que un sentimiento tan natural la hace más digna á sus ojos. Aquella noche misma Doraliza, la más dichosa de las madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y de allí á tres dias, colmados los deseos del vizconde, casó con la amable Eglantina.

—¡Ah mamá, dijo Carolina, qué historia tan bonita! Vamos, de aquí en adelante prometo á V. no perder pañuelos, ni guantes, ni arrojar la merienda en el jardin; prometo tambien ser cuidadosa y aplicada, para no ser sosa y necia, y sobretodo para no dar á V. pesadumbres.

—Y si en adelante te dijesen que eres hermosa, acuérdate tambien, hija mia, de la historia de Eglantina. Considera que la hermosura por sí sola es un mérito tan vano como efímero, y que sólo las prendas del corazon y del entendimiento nos hacen dignas de estimacion y capaces de inspirar un amor verdadero.

Con esta reflexion se concluyó la décima velada.

La marquesa, al despedirse de sus hijos, les prometió llevarles á comer al dia siguiente á casa del señor de la Palinière.

—Allí veréis, añadió, hermosas medallas, porque á pesar de su peluca redonda y aire distraido, el señor de la Palinière tiene mucho talento é instruccion.

—Mamá, ¿qué son medallas?

—Mañana os lo explicaré.

Al otro dia por la mañana renovaron los niños sus preguntas sobre las medallas, porque sabiendo que iban á ver el gabinete numismático del señor de la Palinière, deseaban tener siquiera una idea de lo que habian de examinar. Su madre les leyó un extracto tomado de la obra titulada *Ciencia de las medallas*. Terminada la lectura, preguntaron de nuevo acerca de lo que acababan de oir y cuyo sentido desconocian.

—¿Qué es, decian, una divisa, un emblema?

—Una divisa ó emblema es una especie de alegoría, cierto símbolo que debe explicar el carácter ó situacion de la persona que le eligió. Por ejemplo, la señora de M.***, á quien conoceis, es sencilla, modesta, no es amiga de tertulias, ni desea agradar á sus amigos, ni muestra todas las dotes de su imaginacion sino en el escogido círculo de la intimidad. Así, ha adoptado por divisa una violeta medio oculta entre yerba, y por *alma* (*) estas palabras: *Es preciso buscarme.*

—¡Ah! interrumpió César; es muy bonita esa divisa.

—Veamos si comprendeis esta del mismo modo: un hombre célebre tomó por divisa un ramillete de flores de lis y rosas, con estas palabras: *Todo por ellos y por ellas.* ¿Qué significa?

—Comprendo la mitad, dice César. Las flores de lis son el emblema del rey y de la patria; pero las rosas...

—Las rosas, interrumpe Pulqueria, son las damas; me atreveria á apostarlo.

—No está mal adivinado para vuestra edad, dice la marquesa, si es que no os ha ayudado la memoria sin advertirlo, porque ya hablé de ella delante de vosotros ántes de ahora. Pero en fin, ya que entre los dos la explicasteis perfectamente, debeis comprender que es bonita.

—Es verdad, mamá... Sin embargo, me parece que *todo por las damas* como *todo por el rey*, es demasiado decir. Por su madre, esposa ó hermanas, en hora buena; pero por todas las mujeres, lo encuentro exagerado.

—Esa especie de exageracion se llama *galantería*, y no se toma en rigor; por consiguiente no es ridícula, toda vez que el uso la autoriza. Pero volviendo á la divisa no puede negarse que reune al mérito de la precision el de lo ingenioso y delicado.

—Y ¿por qué es ingeniosa, mamá?

—Porque es clara, se entiende con facilidad, aunque sólo se explica á medias.

(*) En las divisas se llama *el cuerpo* el objeto que representan, y *el alma* el mote ó palabras que las rodean.

—¿Cómo?

—Solamente dice: *Todo por ellos y por ellas.* Si se explicara por completo, diria: *Nada hay que no pueda hacer, ni peligros que no me atreva á arrostrar para servir al rey y á la patria, y merecer los elogios de la gracia y la belleza.*

—Esa divisa seria un poco larga. Me gusta más: *Todo por ellos y por ellas.*

—Tienes razon; explicarse con detalles tan supérfluos es pesado y enfadoso, lo contrario de lo ingenioso y delicado.

—Mamá, ¿no puede pecarse por demasiada agudeza de ingenio?

—Cuando se llega á ser oscuro, desaparece la agudeza, convirtiéndose en lo que se llama *enredoso*, *alambicado*; es decir, que se carece de razon y gusto. Todo pensamiento que carezca de precision y claridad sólo tiene una agudeza falsa, y no puede agradar mas que á las imaginaciones superficiales.

Al acabar la marquesa estas palabras, vinieron á advertirla que los caballos estaban enganchados. César se despidió de Agustinico, conmovido al verle alejarse, porque empezaba á amarle sinceramente, y aprovechaba todas las ocasiones en que podia probarle su reconocimiento; César tambien correspondia al cariño de Agustin, y en los ratos de recreo se complacia en repetirle las lecciones de su preceptor. Cuando la familia estuvo en el carruaje, César hizo el elogio de Agustin celebrando calorosamente su bondad, aplicacion y deseo de instruirse.

—Espero, dijo la baronesa, que te complacerá mucho asociarle á tus estudios, y que sus buenas cualidades te estimularán al mismo tiempo para que procures tener atencion, ser reflexivo y aplicado como él, sin lo cual podria algun dia parecerse su historia á la del cardenal Ossat.

—Abuelita, ¿quiere V. contarnos esa historia?

—Con mucho gusto. Arnaldo Ossat, natural de Cassagnabère, pueblo inmediato á Auch, é hijo de padres pobres, se encontró sin padre, madre ni bienes á la edad de nueve años; le criaron con el hijo del señor del pueblo, al cual adelantó tanto en los estudios, que llegó á convertirse en su preceptor.

—¡Ah! espero que Agustin no lo será mio. Pero, abuelita, ¿ese mismo Ossat fue cardenal?

—Sí. Estudió leyes con Cujás, famoso jurisconsulto, y siguió el foro en Paris haciéndose distinguir; los protectores que su mérito le granjeó proporcionáronle un cargo honroso en la magistratura. Pablo de Foix, arzobispo de Tolosa, nombrado por Enrique III embajador en Roma, confirió á Ossat el empleo de secretario de la embajada. Despues de la muerte del arzobispo, Arnaldo quedó encargado de los negocios de Francia, y á su celo debió En-

rique el Grande su absolucion y reconciliacion con la córte romana, recibiendo en recompensa de sus servicios el capelo cardenalicio. Murió en Roma, en 1604, á la edad de sesenta y siete años, y poseemos un gran número de cartas suyas muy apreciadas. Ya veis, hijos mios, qué fortuna pueden alcanzar el mérito y el talento, y de cuánto esplendor llegan á rodear á un sugeto; mas para hacer tan brillante carrera, no basta el talento, es preciso que le acompañe la virtud.

—Ya veo, abuelita, que el que quiera elevarse y alcanzar renombre debe ántes ser virtuoso é instruido. Y sin embargo, existen muchos malvados con grandes fortunas.

—Es cierto, pero no gozan de ellas, porque los bienes mal adquiridos siempre se poseen con inquietud; se teme con justicia perderlos, y este temor todo lo acibara. Tambien acontece que el talento sin la virtud alcanza fortuna; pero no produce gloria.

Los niños hallaron justísimas tales reflexiones, y distraidos con la conversacion llegaron á la quinta del señor de la Palinière.

Despues de comer vieron una hermosa coleccion de medallas, algunos preciosos cuadros de la escuela italiana, y gran número de estampas, con lo cual pasó el dia como un sueño.

El señor de la Palinière tenia talento é instruccion; á primera vista no llamaba la atencion más que por la singularidad de su fisonomía y por su distraccion; pero ganaba infinitamente cuando se le conocia, porque iba demostrando originalidad, viveza, y una conversacion amena y sólida. Tanto instó á la baronesa y á la señora de Clemira para que pasasen algunos dias en su casa, que al fin consintieron, en cuyo tiempo les contó varias particularidades de su vida, y pareciéndoles interesantes, manifestaron sentimiento de que los niños no hubiesen podido oirlas. El señor de la Palinière á quien hablaron anteriormente de las *veladas*, les ofreció contar su historia entera á los niños si consentian en pasar dos dias más en su casa. La proposicion fue aceptada, y el señor de la Palinière prometió invertir en ella lo ménos dos ó tres veladas. Entre tanto que llegaba la primera, Pulqueria preguntó á su madre si la historia del señor de la Palinière era triste ó alegre.

—¡Oh! contestó esta. El señor de la Palinière ha tenido grandes pasiones.

—Entónces no habrá sido dichoso.

—Vosotros juzgaréis.

—Y ¿qué pasiones ha tenido?

—Amor y celos.

—Me parece original; sin embargo, no sé bien qué es amor.

—Se ha convenido en calificar de *amor* á todo cariño intenso: por ejemplo, á la ternura de una madre se la llama *amor maternal.*

—Tambien se dirá *amor filial.*

Esta observacion valió á Pulqueria dos cariñosos ósculos, y en seguida anudando la conversacion prosiguió su madre:

—Así, se entiende por *amor* un verdadero y tierno afecto, más tierno que la amistad, tal como el *amor maternal*, el *amor filial.*

—Ya lo comprendo, mamá. Y ¿cuando se dice *amor* sin añadir más?

—Se expresa el afecto de un hombre á una mujer, aunque suele emplearse para designar una afeccion loca y descabellada.

—¡Cómo! ¿No puede un hombre amar razonablemente á una mujer?

—No es eso. Cuando se dice que un hombre tiene *amor* ó está *enamorado*, se quiere expresar que ama demasiado, que ama con pasion.

—¡Ah! ya. Y la sola palabra amor ¿lo explica así?

—Sí; en vez de que el amor maternal, el amor conyugal, son afectos vivos, tiernos, pero que dejan libre el ejercicio de la razon.

—Pues no se debe tener amor.

—Ya dijímos que era preciso evitar las pasiones.

—Sí, porque perturban la razon.

—Y por consiguiente pueden hacernos olvidar nuestros deberes.

—Es decir, que una mujer debe tener amor conyugal y no amor; ó lo que es lo mismo, no debe amar apasionadamente.

—Debes comprender que se puede ser virtuoso hasta en el caso de abrigar una pasion extravagante, siempre que el objeto de ella sea un esposo ó un hijo; se puede asimismo ser dichoso, hasta razonable, cuando los sentimientos son legítimos, porque no debe condenarse el exceso sino en caso de que se olviden los deberes. Pero es cierto tambien que con dificultad se dará una pasion que no influya de algun modo en nuestra conducta; por eso son peligrosas todas las pasiones.

—Mamá, ¿existe amor que no sea legítimo?

—Sí, una persona de bajo nacimiento, de mala educacion, sin principios ni honestidad, es susceptible de esa especie de extravío que consiste en adquirir un sentimiento apasionado por un hombre, por ejemplo, que no sea su esposo.

—¡Oh Dios mio! Eso es horrible, porque al casarse se promete á Dios amar al esposo con toda el alma.

—Se promete serle fiel, es decir, no preferir á nadie, y consagrarle la vida: así, aun cuando este fuese injusto y tiránico, el vínculo existe; si malvado, tan odioso que no se pudiera amarle, siempre estaria la esposa

obligada por un juramento, y no podria, sin ser criminal, conceder á otro los sentimientos de que aquel se hiciera indigno.

—Es muy justo, porque el casamiento compromete por toda la vida á no amar jamas á otro hombre. Pero, mamá, ¿cómo es posible que existan mujeres que no lo comprendan así?

—Ya te lo he dicho: porque no tienen religion, ni principios, ni rubor; bastante las castigan el desprecio público y los remordimientos de su conciencia; el arrepentimiento sigue de cerca al extravío, tanto más cuanto que el amor es la más frágil de todas las pasiones, y cuando no está autorizado por el deber y basado en la estimacion, ni siquiera merece el nombre de sentimiento, pues sólo es una locura que envilece, causada por el desarreglo de la imaginacion y la corrupcion del alma.

—¡Ah qué malo es eso! Mamá, y ¿qué es un marido celoso?

—Un marido que duda de la honradez, de la virtud de su esposa, es decir, que teme pueda amar á otro hombre tanto como á él.

—Y ¿puede suceder que una mujer virtuosa tenga un marido celoso?

—Sí, porque cualquier hombre puede ser injusto.

—¡Oh! si yo tuviera un marido celoso, me ofenderia.

—Harias mal; indudablemente es triste verse despreciada por el que debemos amar, pero en esta desgracia se encuentra un gran consuelo. Una mujer honrada, con dulzura, talento y prudencia puede estar convencida de obtener tarde ó temprano la confianza y estimacion de su esposo.

Despues de esta explicacion todavía siguió Pulqueria haciendo preguntas á su madre sobre otros asuntos, y llegada la noche, de sobre mesa, el señor de la Palinière, rodeado de toda la familia de la marquesa de Clemira, tomó la palabra y refirió la historia siguiente:

VELADA UNDÉCIMA.

HISTORIA DEL SEÑOR DE LA PALINIÈRE

La distraccion de que se me moteja y la peluca que uso datan de época muy reciente. Hijo único de buena familia, era en mi infancia bien parecido, al ménos en concepto de mi madre que me encontraba el defecto de ser *demasiado bonito para hombre*, defecto en verdad que sola ella notara. Su cariño y blandura en la educacion, unidos á lo bien que me aprovechaba de tal condescendencia y bondad, me convirtieron en el muchacho más malo que podia darse, y á los nueve años era voluntarioso, desaplicado, turbulento é importuno, haciendo veinte preguntas seguidas sin escuchar una respuesta. Léjos de instruirme, pasaba el tiempo tocando el tambor y la trompetilla, y viendo que ningun preceptor podia aguantarme y que ya se habian despedido tres, adoptó mi madre el partido de ponerme en un colegio, cuando ya contaba once años. A pesar de mi travesura tenia buen fondo, y la separacion me fue sensible; pero la pena se disipó en breve al hallarme en una casa grande, bien dispuesta y entre otros niños que, á causa de llegar en la hora de recreo, me parecieron alegres y divertidos. Corria, saltaba, asegurando agradarme el colegio, y concluí por hacerme amigo de otro escolar dos años mayor que yo, llamado Sinclair, que simpatizó conmigo por su franqueza y jovialidad, si bien era tan instruido y razonable como yo ignorante y aturdido.

Pero al dia siguiente cambié de parecer respecto al colegio: era preciso asistir á clase, sufrir un exámen prévio, descubrir públicamente que apénas sabia leer: mi ignorancia produjo una rechifla general, y un muchacho, que se hallaba á mi lado, soltó una carcajada tan impertinente á mi parecer, que irritado levanté la mano y le arrojé al suelo á puñetazos. Asiéronme al punto, me expulsaron del puesto que ocupaba, y á pesar de mis gritos y resistencia llevároнme á una habitacion oscurísima donde me encerraron, noticiándome que permaneceria en ella ocho dias, sin recibir otro alimento que sopa, pan y agua, y terminada tan terrible sentencia,

cerraron dejándome reflexionar sobre las funestas consecuencias de un puñetazo, si bien conmovido porque al salir de la clase pasé por delante de Sinclair, quien me dirigió una ojeada de interes y compasion.

Paseándome á tientas por mi encierro observé que era espacioso y no tenia otra salida, y entónces comencé á repasar en mi imaginacion todas las circunstancias de mi desgracia. Conocia mi ignorancia, veíame profundamente humillado, me arrepentia de no haber aprovechado mejor las lecciones de los tres preceptores que mi carácter obligara á abandonarme, y exclamaba:

—¡Oh madre mia! ¡Si estuvieras aquí, no permitirias que me trataran con tanto rigor! ¡Ay! si hubieras dejado al primer preceptor, al segundo ó al tercero imponerme algunas veces cortas correcciones como lo deseaban, quizá sabria leer de corrido, no pegaria puñetazos con tanta facilidad, ni estaria aquí.

En medio de estas tristes reflexiones recordaba la mirada de Sinclair y este recuerdo me conmovia: lo que más me apenaba era que él presenciara mi humillacion, arrebato y castigo, haciéndoseme insoportable la idea de que me despreciara.

Concluia este monólogo cuando oí abrir la puerta y apareció mi amigo Sinclair con una linterna en la mano, diciendo:

—Ven; estás perdonado.

—¡Perdonado! le interrumpí arrojándome á su cuello llorando; sin duda te lo debo á tí; habrás intercedido, y esto me causa mayor gozo.

—Sólo se te exije, añadió, que pidas perdon al ofendido.

—¡Pedir perdon á ese burlon insolente!

—Convengo en que hizo mal en burlarse de tí, fue impolítico y descortés; pero tú has sido injusto é inhumano.

—Yo no le causé mal alguno.

—Porque careces de fuerza; pero le hiciste un cardenal en el brazo.

—¡Un cardenal en el brazo!.. ¿Lo enseñó?

—Se lo mandaron.

—No debia obedecer, ni quejarse. Es un cobarde, y no le pediré perdon.

—No se trata de su carácter, sino de tu falta, que ha sido grave y debes repararla.

—Prefiero permanecer encerrado á someterme á una humillacion.

—¿Qué entiendes por humillacion?

Esta pregunta de Sinclair me desconcertó y no supe qué responder; guardé silencio, y él continuó:

—Una humillacion es atraerse el menosprecio fundado, el castigo me-

recido; es ejecutar una accion contra su conciencia, es decir, contra la justicia y la verdad; disculpándote con el que ultrajaste, serás equitativo; este paso nada tiene de humillante.

—Pero creerán que le pido perdon para no estar encerrado.

—Y ¿qué te importa? El menosprecio debe ser fundado para que humille al que es objeto de él. Yo te propongo una accion conforme á la justicia y á la urbanidad; tanto peor para los que la reprochen; el ridículo de que quieran cubrirte recaerá sobre ellos á los ojos de toda persona sensata, y sólo debes apreciar la opinion de estas.

—Bueno, dije; guíame; haré lo que quieras.

Al decir esto Sinclair me abrazó y salímos del cuarto oscuro, dí mis disculpas, y se me perdonó, pero no pasó mucho tiempo sin hacerme acreedor á nuevos castigos; desaplicado, aturdido, alborotador y respondon, concité contra mí la aversion de mis maestros y de la mayor parte de los compañeros; y sin la constante amistad de Sinclair, el escolar más querido y adelantado de la casa, me hubieran seguramente despedido ántes de terminar el curso.

Así trascurrieron dos años, al cabo de los cuales Sinclair salió del colegio y entró en el ejército. Poco despues tuve la desgracia de perder á mi madre. Esta pérdida me causó infinito dolor, porque recordaba con amargura que no recibiera de mí mas que pesadumbres.

—¡Ay! exclamaba; ha muerto bendiciendo á su hijo, á este hijo ingrato que la causó infinitas inquietudes, pudiendo hacerla dichosa. ¡Qué remordimiento para mí! Me dió la vida, me adoraba, y yo nada hice por ella. ¡Oh madre mia! ¡Ya no existes!... ¡ya no podré enmendar mis errores! No tengo madre, y no puedo decir: *al ménos la hice feliz miéntras vivió.* ¡El cielo me ha negado este consuelo tan necesario!

Estas reflexiones me hacian derramar abundantes lágrimas, impresionándome de tal modo que caí en una especie de consuncion, inspirando sérios temores por mi vida. El señor Dorival, mi tio y tutor, me sacó del colegio llevándome á una de sus posesiones en el Franco-Condado. Para distraerme, me hizo viajar por aquella hermosa provincia, visitando todas las curiosidades de la naturaleza. Allí pasé tres años, al cabo de los cuales, cuando tocaba al décimo séptimo de mi edad, mi tio me facilitó la entrada en la carrera militar.

Habia continuado con él mis estudios; pero desaplicado por naturaleza no hice grandes progresos, y siempre me parecia lo más enfadoso del mundo. Mi carácter corria parejas en cuanto á perfeccion con mi mente. Lo que en mi niñez se llamaba travesura, convirtióse en un vicio que causó más

adelante el tormento de mi vida. Era arrebatado, violento y á veces hasta furioso, en cuyos ridículos accesos de cólera perdia totalmente la razon, decia mil extravagancias, hasta el extremo de tartamudear, siendo capaz de cometer los más terribles excesos. Mi tio era el único sugeto que podia contenerme y dominarme; le estimaba entrañablemente, y jamas falté á las consideraciones que le debia. Su excesiva indulgencia me hizo contraer tan funesta costumbre que hubiera podido desarraigar usando de la autoridad que sobre mí tenia, pero cuando se le quejaban de mis arrebatos, se contentaba con responder:

—Ese ardor juvenil pasará; os aseguro que en el fondo es el mejor muchacho del mundo.

En fin, partí á reunirme con mi regimiento acompañado de una especie de ayo, al cual me confió mi tio y que debia estar á mi lado un año. Al cabo de seis semanas reñí agriamente con mi mentor; despedí el lacayo que me dió mi tio, tomé otro criado, y durante quince dias figuréme ser el hombre más feliz que puede imaginarse. Ruiseñor (apodo con el cual era conocido mi criado) era mozo, listo y simpático; otorguéle mi confianza, y le encargué de los gastos; en ménos de dos meses me encontré con cuatro mil francos de deudas ó sea la cantidad que se me entregó para medio año. Comprendí que Ruiseñor era un bribon, pero era preciso pagar. Pedí prestado, acrecenté las deudas y despedí á Ruiseñor, que al irse me robó cuantas alhajas poseia.

Poco despues de esta aventura tuve una disputa con uno de mis compañeros. Me batí recibiendo dos estocadas que me obligaron á guardar cama más de dos meses, en cuyo tiempo hice sérias reflexiones sobre mi aturdimiento, empezando á conocer que para ser dichoso es preciso oir la razon, saberse dominar, reprimir los primeros ímpetus, y sobreponerse á los defectos. Pasé un año de guarnicion, y luego se declaró la guerra. Partí para Alemania y halléme en varias acciones, donde demostré tanto celo como poca capacidad. Queria batirme siempre, sin molestarme en aprender el plan estratégico; así es que mi carrera militar, segun luego se verá, fue tambien poco brillante.

Entre tanto se ocupaba mi tio en establecerme. Contaba yo veintiun años, y pensó en casarme, eligiéndome una esposa que hubiera labrado la felicidad de mi vida, si yo no fuera el más iracundo é injusto de todos los hombres. Julia, que así se llamaba, contaba entónces diez y siete años. A la frescura de su edad reunia facciones correctas y fisonomía llena de dulzura é ingenuidad; habia en su mirada una calma, una serenidad inalterable, y jamas noté en su rostro la más leve expresion de desden, mal hu-

mor, despecho ó impaciencia. Sólo con verla una vez se la conocia como si se hubiera pasado toda la vida á su lado; sus ojos reflejaban su bella alma, belleza propia de un ángel. Tenia la imaginacion exacta y penetrante, discernimiento superior á su edad, moderacion en sus deseos, y carácter firme y prudente. A los conocimientos que poseia se juntaban la inclinacion á la lectura y el odio á la ociosidad. Sus maneras eran nobles, sencillas, naturales; el sonido de su voz llegaba al corazon; hablaba con lentitud, pero ese modo de expresarse sin afectacion, era un encanto mayor, haciéndola todavía más interesante el aire de dulzura y modestia que resaltaba en su persona. Tal era Julia, la esposa que mi tio me destinó. Con tantas perfecciones bien se podia prescindir de su rica hacienda. Al hacerme dueño de su mano, me entregó mi tio todo mi patrimonio, de suerte que á los veintiun años me encontré dueño de un caudal considerable y esposo de una mujer encantadora: sólo en mí consistia ser feliz. Amaba locamente á mi esposa, y esperaba gozar de una ventura inalterable, ilusion que se desvaneció en breve.

Pasé en Paris el invierno siguiente á mi matrimonio, donde volví á encontrar á Sinclair mi antiguo amigo de colegio, y estreché más la amistad con él. Sinclair poseia todas las cualidades que en su niñez anunciaba. Se habia distinguido de un modo brillantísimo en la guerra; en la edad en que generalmente no se muestra mas que ardor y buena voluntad, él manifestaba talentos superiores, prudencia y firmeza. Tenia envidiosos, pero no detractores. Su sencillez y modestia desarmaban las malas voluntades, y era tan generalmente querido que el que no elogiara su conducta y talento hubiera pasado por enemigo suyo.

Julia á su vez era amiga de una viuda moza, deuda suya, llamada Isabel, tan distinguida por su reputacion como por sus virtudes y oportunidades. Contempladme, pues, unido á la mujer que amaba sobre todas, querido de un tio á quien miraba como padre, reuniendo en mi casa una escogida sociedad, encontrando en un amigo tan jóven como yo toda la prudencia de la edad madura y los consejos de un mentor, gozando de todos los bienes á los cuales da tanta importancia la vanidad, disfrutando, en fin, de cuanta felicidad pueden procurar el más virtuoso amor, la amistad basada en la estimacion, la mocedad, la fortuna, la salud... ¿Qué me faltaba? Una sola cualidad, cuya falta hace inútiles todos los goces; una buena educacion.

Los dos primeros meses de matrimonio fueron de dicha no interrumpida, pero en breve menguó sensiblemente. El extremado cariño que profesaba á mi esposa crecia sin cesar y me dictó cuantas injusticias y origina-

lidades caben en un sentimiento que destruye la prudencia y el reposo. Queria ser amado como yo amaba, con exceso. Julia me consagraba el afecto más tierno y verdadero; pero era demasiado sensata, teniendo suficiente imperio sobre sí misma, para no entregarse á una pasion que pudiera alterar su razon y turbar su tranquilidad.

Al principio aventuré algunas quejas mesuradas, luego me puse de mal humor, y por fin manifestéme triste, descontentadizo y suspicaz. Sentia en el fondo de mi alma una secreta aversion hácia las personas á quienes parecia apreciar mi esposa, y especialmente hácia Isabel, su particular amiga. Sin embargo, aun conservaba la suficiente razon para condenarme esas excentricidades y las disimulaba con cuidado. Un dia en que me hallaba de peor humor que de ordinario, pasé á la habitacion de mi esposa, donde me dijeron que estaba con su amiga Isabel; abrí la puerta y entré bruscamente. Las dos amigas hablaban animadamente, y en el momento en que yo aparecí, callaron. Observé que mi esposa se ruborizó, y que Isabel parecia turbada. Bastaba para provocar úno de los más violentos accesos de cólera que sufrí jamas. Intenté primero reprimirme y burlarme ingeniosamente del desconcierto que causaba. Ignoro lo que dije en aquel momento. Sólo me acuerdo de que tartamudeé á las mil maravillas y de que me flaquearon las piernas, lo cual unido al tono de zumba que pretendí tomar, me colocaba en completo ridículo, de tal modo que mi esposa, mirándome sorprendida, no pudo reprimir una sonrisa, sonrisa que me exasperó, pues la consideré como un insulto imperdonable; y perdiendo todo respeto humano, á pesar de la presencia de Isabel, me entregué sin consideraciones y con la mayor ligereza á todas las extravagancias que la cólera puede inspirar. Isabel se levantó y salió. Cuando me hallé solo con Julia me sentí intimidado, cesé de hablar y empecé á cruzar á paso largo la habitacion. Despues de un momento de silencio tomó Julia la palabra:

—Me lo advirtieron ántes de mi matrimonio, exclamó, y no pude creerlo.

Y mirándome con los ojos henchidos de lágrimas, añadió:

—¡Desgraciado! ¡cuánto te compadezco!.. Pero consuélate: ¡la ternura, las consideraciones, la indulgencia de tu esposa llegarán, no lo dudes, á corregir ese defecto cruel!

Estas palabras fueron dichas con tal sencillez, con tanta sensibilidad, que me penetraron hasta el fondo del alma. Comprendí hasta qué punto habia sido insensato y culpable, y me precipité llorando á los piés del ángel consolador que me tendia los brazos perdonándome aun ántes de que lo solicitara.

MCD 2022-L5

Cuando mi esposa me vió en estado de oir explicaciones, díjome que en el momento de entrar yo en su habitacion, Isabel la confiaba un secreto.

—No me preguntes, añadió, qué secreto es ese, porque no perteneciéndome, no podria comunicártele; bástete saber que algun dia llegará á tu noticia con toda seguridad.

Esta explicacion, léjos de satisfacerme, me causó un secreto despecho que oculté con trabajo. Sin embargo, como verdaderamente estaba humillado por el arrebato de que me habia dejado llevar, disimulé mi pena, y afecté darme por satisfecho. En tal situacion, teniendo necesidad de quejarme, busqué á Sinclair y le abrí mi pecho. Reprendióme, aprobó á mi esposa, y elogió su prudencia y firmeza.

—Pero, le dije, ¿puedo yo soportar esa reserva, cuando nada la oculto?

—Lo sé, respondió Sinclair sonriendo; serias capaz de confiarla hasta los secretos de tu más íntimo amigo.

—Lo confieso, Sinclair; por ella venderia tu confianza, y no creo que pueda apreciar más á Isabel que yo á tí.

—No, pero conoce sus deberes y tú jamas reflexionas sobre los tuyos. Tú sólo posees virtudes naturales; ella principios sólidos é invariables. Tú sientes por ella una pasion extravagante; su afecto hácia tí es profundo, sério y digno de un alma elevada...

—Entiendo; nunca me amará tanto como yo la amo. No soy á sus ojos mas que un insensato. ¿Te lo ha dicho quizá?

Pronuncié estas palabras muy conmovido. Por toda respuesta Sinclair se encogió de hombros, y me dejó. Quedé petrificado, maldiciendo el amor, la amistad, descontento de todo cuanto amaba y aun de mí mismo, y considerándome el hombre más desdichado del mundo.

No osando encolerizarme, me amohiné; pero la igualdad, la dulzura de Julia triunfaron al fin de mi mal humor. Tuvímos otra explicacion, en la que hablé de Isabel. Mi esposa me ofreció no volverla á ver, puesto que yo la manifestaba cierta aversion.

—Siempre la estimaré, dijo; nada en el mundo me hará divulgar el secreto que me confió; pero no hay inclinacion que no me halle dispuesta á sacrificarte.

Este discurso me conmovió desvaneciendo mi rencor contra Isabel. Corrí á su casa para suplicarla que olvidara mi arrebato, y la presenté en triunfo á presencia de mi esposa, que no la habia visto desde la ridícula escena que interrumpió su conversacion. El resto del invierno trascurrió tranquilamente, y en la primavera partí para mi regimiento. Terminada la campaña volví á Paris acompañado de Sinclair que se me reunió en el ca-

mino. A una legua de la capital encontró su carruaje; un criado le dió un billete que leyó de prisa, y despidiéndose de mí, montó en el coche y alejóse. Discurrí acerca de este incidente sencillísimo en la apariencia, aunque me causó una especie de turbacion involuntaria de que no podia darme razon, cuya causa temia profundizar. Hasta entónces sólo imaginé que Sinclair se ocupaba en adelantar en su carrera y fortuna, y estaba seguro de que aquel billete era de una dama. Sinclair pareció conmovido al leerlo, y observé al propio tiempo que mi presencia le contrariaba... Estaba persuadido de que amaba, pero ¿por qué hacer un misterio? Si este afecto no era criminal, ¿por qué ocultarlo á su amigo íntimo? Luego recordé mil detalles que en vano procuraba alejar de mi memoria... el entusiasmo con que hablaba siempre de mi esposa... Me estremecia, ardia mi cabeza, y no tenia fuerza para alejar aquella horrible duda que me desgarraba el pecho. Encontraba un placer funesto en dar curso á los celos de que intenté triunfar un momento... y en esta disposicion de ánimo llegué á Paris.

Mi esposa no pudo salir á recibirme; á causa de una gran irritacion en la garganta, el médico la prohibió salir. Su vista disipó en breve mis fatales impresiones. Al contemplarla, al oirla sentia renacer la calma en mi corazon, reprochándome las odiosas sospechas que alimentara, y apénas podia concebir cómo habia sido capaz de formarlas.

No veia sin embargo á Sinclair con el mismo agrado cuando nos acompañaba, y no eran tanto los celos la causa de mi disgusto como el temor de que él pudiera comprender que su presencia me contrariaba, porque ¡originalidad inconcebible! aunque me inspiraba la más injuriosa desconfianza, le estimaba demasiado y temia que me sospechara capaz de ello. Algunas veces le miraba como un rival, pero generalmente le consideraba como un censor cuya estimacion y aprobacion eran precisas á la felicidad de mi vida. Todas estas agitaciones influian sobremanera en mi carácter. Cuando nos entregamos á las pasiones, las ideas se perturban cayendo en una especie de delirio que arrebata completamente el uso de la razon. Más incapaz que nunca de reflexionar, no sólo no pensaba en dominar mis defectos, sino que ni aun me cuidaba de ocultarlos, entregándome á mi natural impetuosidad. Susceptible y quisquilloso como todo el que carece de educacion, y exacerbado ademas por secretos celos (único vicio que no me atrevia á demostrar), siempre estaba picado, exaltado ó colérico, sin que por lo regular se pudiese atinar el motivo. La angelical dulzura de Julia no era á mis ojos mas que hipocresía. Su lentitud en la diccion me parecia afectada y me exasperaba. Arrepentido de mis errores, decíame luego que era imposible que nadie me amara. Entónces se apoderaban de mí el desaliento, la desesperacion, y

me acusaba de labrar la desgracia de una persona á quien adoraba. Me representaba á Julia con todos sus encantos, ofrecíase á mi imaginacion con tan bellas apariencias, que no podia concebir cómo tenia la crueldad de afligirla. Recordaba mi dureza, mis excesos, y vertia lágrimas de arrepentimiento: prometia vencerme, y al cabo de tres dias volvia á mis extravíos. Desgraciado en casa, tanto más cuanto que lo era por culpa mia, traté de buscar distracciones. Adquirí nuevas relaciones, me presenté en las altas sociedades. Ya no daba cenas á mis amigos íntimos, sino que reunia en mi casa una ó dos veces por semana numerosos convidados. Aboné palcos en todos los teatros. Los bailes de la Ópera, las primeras representaciones me atraian, y en esta vana disipacion del tiempo no hallaba la dicha que huia de mí. No conseguí mas que derrochar mi caudal y quebrantar mi salud.

Sinclair me hizo algunas observaciones sobre este nuevo género de vida, diciendo:

—Vas á hacerte jugador; te vas á entregar á la más funesta y ménos disculpable de todas las pasiones. ¿Reflexionas lo que es un jugador?

—No lo he profundizado. Me basta saber que se puede ser jugador y caballero.

—Sí, perdiendo siempre: es decir, arruinándose, porque ese es el destino de todo jugador feliz ó desgraciado. En esa extraña carrera no basta para conservar su honor retirarse despojado; es preciso ademas no adquirir ganancias.

—¡Cómo! ¿Piensas que un jugador afortunado no puede pasar por caballero?

—Ese título será muy cuestionable. ¡Cuántos enemigos se alzan y reunen contra él!... La madre á cuyo hijo único arruine le acusará de tahur; el padre de familia, cuando hable de él á sus hijos, lo hará con desprecio. En medio de esta animadversion general, ¿quién le defenderá? ¿quién abogará por él? ¡Sus amigos! ¿Los tiene acaso el jugador que todos los dias está á pique de arruinar á los que da tan sagrado título?

—¡Cómo! Sinclair, ¿nunca has encontrado jugadores dignos de estimacion?

—Sí tal; y si la experiencia no me demostrara que existen, confieso que mi razon no podria concebirlo. Los hombres ocupados únicamente de los medios de acrecentar su hacienda, miran como preocupacion cuanto se conforma á la delicadeza. Cuando sólo se piensa en ganar dinero, es muy difícil conservar la nobleza de sentimientos. En esos sugetos la probidad está reducida estrictamente á no robar, y esa especie de probidad no es la que da derecho á la consideracion. ¿Qué se debe opinar de un hombre que sólo

cifra su dicha en el infortunio de los demas, y no puede ser dichoso sino con la desgracia ajena?

—Sinclair, le interrumpí, te aconsejo no mostrarte tan intolerante con los jugadores, porque en el siglo en que vivímos te granjearias infinitos enemigos.

—Ese temor, replicó, en ninguna ocasion me impedirá decir la verdad claramente y con nobleza.

Las palabras de Sinclair me impresionaron hondamente. Sin embargo, arrastrado por la moda y el ejemplo, no tardé en olvidar sus consejos, y tanto por debilidad como por ocio, me hice jugador.

Pero son más de las diez, y justo será que interrumpa aquí la narracion de las locuras de mi mocedad, dejando para la próxima velada el resto de mis aventuras.

En efecto, á la siguiente noche el señor de la Palinière prosiguió su historia en estos términos:

VELADA DUODÉCIMA.

La inclinacion al juego me proporcionó numerosas amistades. Frecuentaba las casas en que estaba seguro de encontrar mayor reunion de jugadores. Una noche en el banquete del embajador de***, gané tres mil luises á un jóven llamado el marques de Clainville; no le conocia, pero su figura me interesó; ví que estaba desesperado porque perdia tan crecida cantidad, y como aun no me hallaba en esa situacion de jugador consumado en que no se conoce más que el dinero, deseaba encontrar un medio para perdonársela; él lo conoció, y no queriendo por delicadeza aprovechar mi buen deseo, levantóse de la mesa, y acercándose, me dijo en voz baja y con acento conmovido que al dia siguiente sin falta seria pagado. En seguida salió, dejándome una impresion de tristeza que acrecentó mi adversa suer-

te, pues perdí dos mil luises, retirándome á las seis de la mañana extenuado de cansancio y descontento de mí mismo y de la noche.

Al dia siguiente recibí los tres mil luises que ganara al marques de Clainville, y cuatro dias despues se me presentó mi tio diciendo que necesitaba hablarme de un negocio importante, por lo cual pasámos á otra habitacion.

—Estoy desesperado, dijo, y tú eres la causa.

—¡Cómo!

—Sabes que Elbene es mi amigo íntimo há treinta años; no tiene más que una hija á quien adora, y que iba á casarse; autorizada por su padre, correspondia al marques de Clainville, á quien destinaba su mano; ya mediaban presentes y palabras.

—Y ¿qué?

—El marques de Clainville perdió tres mil luises que tú le ganaste; Elbene no entrega su hija á un jugador y retira su palabra; pero no es esto todo: el padre de ese desgraciado, humillado con esta aventura, ha obtenido una órden de arresto, y hoy mismo parte el desgraciado para Saumur, donde aseguran que estará encerrado dos años.

—¡Cielos! ¡Pobre mozo! ¡Perder á un tiempo el cariño paternal, el amor de su prometida y la libertad! Cuánto siento haber sido la causa, aunque inocente, de su desgracia. Pero ¿podia preverla?

—No, porque siempre se ignoran los asuntos de las personas á quienes apénas se conoce, y así no se sabe cuando arriesgan fuertes sumas si podrán ó no pagar sin perderse ó arruinarse; todos los jugadores son tan extravagantes como inhumanos, porque jugar fuerte con un hombre que no puede absolutamente pagar, es locura; y contra uno que al satisfacer ha de arruinar á su esposa y á sus hijos, es una barbarie. Un jugador, por lo regular, no piensa ni reflexiona sino cuando está en desgracia; entónces suele tener algunas ráfagas de razon; se reprocha su pasion, teme su ruina, la de su familia; pero si la avaricia no cerrase su corazon á los afectos más naturales, ¡cuántas y cuán aflictivas consideraciones se presentarian á su imaginacion cuando gana!

—No prosiga V., tio mio, le interrumpí; ahí, sobre esa mesa están los tres mil luises del desgraciado Clainville; voy á devolvérselos. Pero ¿debo acusarme de una desventura de que apénas soy causa indirecta? Como no obligué á jugar á Clainville, ¿podia rehusarle el dinero?

—No. Pero ¿no sabias que entregándote al juego por precision causarias mil aventuras de esta clase? Este es el principal motivo que hace odiosa la pasion del juego.

—Basta, querido tio. V. ilumina mi mente. Fui jugador un momento, porque no discurrí, pero ahora no tendria disculpa si no me corrigiese de tan funesto vicio.

En efecto, la aventura de Clainville y las reflexiones de mi tio me impresionaron hondamente.

Aquel mismo dia salí en busca del padre de Clainville para ofrecerle los tres mil luises que tuve la desgracia de ganar á su hijo. Esta proposicion fue recibida con desden; parecióme que suponian fingida mi generosidad, y hasta casi se me acusó de afectar un desinteres ficticio.

Humillado con tal injusticia, levantéme bruscamente diciendo:

—Puesto que es V. inflexible, y nada puede obligarle á revocar esa cruel sentencia que priva á su hijo de la libertad, no crea V. que me aprovecharé de ese dinero que aborrezco; voy á llevarle á la Consergería: ha causado una desgracia; que á los desgraciados consuele.

Y al acabar estas palabras salí sin escuchar respuesta, y me dirigí á la Consergería, donde me presentaron la lista de los presos, y entregué los tres mil luises para que se distribuyeran entre los más dignos de compasion.

Renunciando al juego, era preciso tambien renunciar á las amistades nuevas que contrajera en el espacio de tres meses. Volví afanoso á mi olvidada esposa, quien me recibió con tal ternura é indulgencia que me la hicieron mil veces más adorable que nunca.

En los primeros momentos de esta especie de reconciliacion la confesé todos mis errores y caprichos, sin ocultarla mis ridículos celos respecto á Sinclair. Julia pareció tan sorprendida como afligida de tan extraña confesion; y temiendo volviese á caer en semejante debilidad, aconsejóme que no invitase á Sinclair á frecuentar la casa tan á menudo como ántes.

Prudente era el consejo, pero no le seguí; juzgábame curado, é intenté probar. Busqué á Sinclair dándole explicaciones, y como me apreciaba, persuadióse con facilidad de que yo habia entrado en razon: ademas, si bien tenia penetracion para haber comprendido mis celos, carecia de pruebas y estaba convencido de que fueron momentáneos y pasajeros. Para reanudar nuestra amistad juzgó prudente hacerme una confidencia, que, por desgracia, produjo un efecto diametralmente opuesto al que esperaba, diciéndome que él tambien amaba en secreto.

—Mi amada, añadió, exigióme el juramento de guardar el secreto, por que á ello la obligan razones importantísimas de familia. Aunque suplicándola há más de un año, sólo hace tres dias que me concedió el permiso de abrirte mi corazon, pero callando su nombre.

Pronunciadas estas palabras franca y naturalmente, tal vez restablecieran para siempre mi tranquilidad; pero Sinclair deseaba mostrarme confianza, inspirarme seguridad, y ocultar que mis celos le eran conocidos, y esto le daba cierto aire de contrariedad y turbacion que aumentó mi desconfianza.

Diciéndome que mis ofensivos recelos no le eran extraños, y que para disiparlos me confiaba su secreta inclinacion, hubiera hablado con claridad y sin reticencias, lo cual me persuadiria; mas por exceso de delicadeza trató de evitarme un bochorno, aparentó ignorar mis sospechas y fue ambiguo en su narracion. No se atrevia á mirarme temeroso de que en sus ojos leyera su pensamiento, y percibiendo aquella turbacion, acrecieron mis celos imaginando en él un nuevo engaño. Es una verdad que hasta el más sencillo disimulo es peligroso, y lo más acertado, no emplear jamas rodeos, ardides ni sutilezas, sino mostrarse en todas circunstancias recto y sincero.

Juzgué prudente á mi vez imitar á Sinclair ocultándole lo que por mí pasaba y observar con atencion su conducta; pero el pesar y la necesidad de expansion tornáronme indiscreto. Confié mis celos á innumerables personas. Un marido que se queja parece asistirle siempre razon y decir ménos de lo que sabe. Así menoscababa la reputacion de mi esposa, dando á la maledicencia un pretexto plausible para mancharla. Era injusto, insensato, inconsecuente y me ponia en ridículo.

Como observaba á Sinclair con demasiada prevencion, crecieron mis sospechas. No pudiendo resistir el pesar que me devoraba, y enterado de que detenian á Sinclair en Paris ciertos negocios, partí con Julia á una quinta que poseíamos cerca de Marly. Isabel la siguió, y mi tio deseó ser tambien de la expedicion. Los celos que me consumian trocaron de tal suerte mi carácter que nada me interesaba de cuanto veia. Mi esposa contaba cinco meses de embarazo y esta circunstancia, que colmaba de gozo á Julia, apénas conmovia mi corazon á pesar de mis ardientes deseos de llegar á la paternidad; la cual sólo hablaba de proyectos referentes á su hijo, prometiendo criarle y educarle por sí misma.

Hacia quince dias que estábamos en el campo, cuando una mañana pasé á la habitacion de mi esposa. Desgraciadamente acababa de salir con su amiga Isabel, y al decirme la doncella que estaban en el jardin, resolví esperarla, á cuyo efecto entré en su gabinete, donde me senté, entregándome á mi sombría meditacion. Al cabo de un cuarto de hora, cansado ya de aguardar, me levanté. Con el movimiento cayó uno de los almohadones del sofá y ví en una de sus esquinas una carterita. Fue lo bastante para excitar

en mi imaginacion mil sospechas confusas. Apoderéme de la cartera, la guardé en el bolsillo, y al punto huí á mi estancia, donde me encerré.

Estaba sofocado; una horrible opresion me ahogaba, y mis temblorosas manos apénas podian sostener la fatal cartera, la cual coloqué encima de una mesa, exclamando en la mayor desesperacion:

—¿Qué he hecho? ¡Una accion que no podria disculpar en otro!... ¡Cómo! Una simple oblea en una carta es para todo caballero sagrada y respetable. Y ¿yo osaré violentar una cerradura?... ¿Hasta ese punto pueden conducir las pasiones?

Estremecíme á esta reflexion, y estaba para volver á su sitio la cartera sin abrirla, cuando la pasion me dominó. Pesaroso de ceder y harto débil para resistir, tomo la cartera con furor: hago saltar la cerradura, se abre... ¡Dios santo! ¿Qué veo?... ¡Un retrato!...

Mi corazon palpita con violencia, y se apodera de mí un temblor general... Frenético, delirante, contemplo estremeciéndome la funesta pintura... ¡Ah!... ¡no puedo desconocerla!... ¡Desgraciado! ¡es Sinclair!...

—¡Pérfida! exclamé: ¡vas á morir!

—¡Estoy segura de que es inocente! interrumpe Pulqueria; pero si la mató V., no acabe de contar la historia.

A cuyas palabras el señor de la Paliniére sonrie y responde:

—Tranquilícense VV.; si es inocente, el cielo la protegerá y sufriré yo únicamente. Pero oigan el desenlace de tan triste narracion.

En el primer arrebato de furor perdí la razon y el respeto de lo que me debia á mí mismo; Julia apareció ante mi vista como un mónstruo que no debia permanecer á mi lado. Me abrasaba el deseo de perderla, de deshonrarla, de publicar su deshonra y mi desgracia. Empecé por escribir un billete á Sinclair, concebido en estos términos:

«Por fin he adquirido la certeza de que es V. el más pérfido y vil de los hombres. No imagine V. que logró engañarme; há más de un año que sé á qué atenerme. Espero á V. esta noche á las ocho detras de la Cartuja, con dos pistolas. Tengo la eleccion de armas; V. puede elegir los testigos.»

Escritas estas líneas salgo furioso del gabinete, y topo á un criado que se pára al observarme descompuesto y desencajado. Le entrego el billete con órden de llevarle al punto á su destino, y añado con voz tonante:

—Dirás á la señora que parto ahora mismo; que no la volveré á ver, y que dentro de algunos dias irá á un convento.

Pido caballos en aquel instante, y miéntras los preparan corro al aposento de mi tio, que estaba solo y retrocede espantado al verme. Le conté la

aventura en dos palabras, asegurándole que ántes de este infeliz descubrimiento hacia largo tiempo que estaba convencido de la perfidia de Julia. Dudaba todavía mi tio y exhortóme para que no diera escándalo ni tomase resolucion alguna hasta que lo reflexionase, porque, añadió, todas las resoluciones formadas en los primeros accesos de cólera son siempre imprudentes, y traen consigo pesares y arrepentimiento; ademas, las mayores apariencias son por lo general engañosas, y cuanto más se vive se adquiere mayor experiencia.

Pero era predicar en desierto: no le escuchaba, entregado á la desesperacion y meditando terribles proyectos de venganza. Hallábame abismado en una sombría y profunda abstraccion, cuando al ruido de abrirse la puerta levanté la cabeza y ví aparecer á Julia.

—¡Salga V. de aquí, señora, exclamé como un loco, ó tema mi furor!

Asustado mi tio, me estrecha entre sus brazos, en cuyo instante Julia se adelanta y le dice:

—Déjele V.; nada temo.

No puedo explicar la impresion que causaron en mi pecho estas pocas palabras. El sonido de aquella voz angelical infiltró en mi alma la duda y los remordimientos, mi furor se desvaneció, y la miré temblando. Cierta majestad difundida en toda su persona prestaba á su rostro un no sé qué de imponente y altivo que hacia su belleza más atractiva que nunca; su continente tranquilo, sereno y severo acabó de intimidarme sorprendiéndome. La extrañeza me petrificó, quedé inmóvil, y la contemplaba fijamente sin acertar á proferir una palabra.

Al cabo de un rato de silencio Julia mirando á su alrededor vió sobre una mesa la cartera abierta y rota que yo arrojara al entrar en el cuarto de mi tio, y acercándose con frialdad y tomándola dijo:

—¿Esta es la causa del estado en que te veo, y del ultraje que me has inferido?

—¡Ah!... Julia, exclamé. ¿Seria posible? ¿Eres inocente?

—¡Cruel! ¿Por qué me condenas sin oirme?

—Mas ¿no es de Sinclair ese retrato?

—Sí, pero no me pertenece.

—¿Será cierto?

—Sinclair está casado há seis meses. Esta cartera es de su esposa, y esa mujer es Isabel.

Justificacion tan clara y precisa nada dejaba que desear y destruia por completo mis celos; pero me consideraba tan culpable, que me confundió hasta el punto de superar el pesar á la alegría. Ya no podia disfrutar la

dicha de tener una compañera tan tierna como virtuosa, porque no la merecia.

Miéntras que mi tio llorando estrechaba á mi esposa en sus brazos, humillado y consternado permanecia yo en pié, inmóvil: en mi arrepentimiento no cabia ternura, y mi perdon era imposible. Julia vertió algunas lágrimas abrazando á mi tio, y acercándoseme con rostro severo refirió la historia de Isabel, y dijo que amaba á Sinclair hacia dos años, que careciendo de fortuna y esperando una cuantiosa herencia de un tio que quería casarla con un deudo suyo, resolvió ocultarle su inclinacion hácia Sinclair; pero que dueña de sus acciones é instada por este, consintió al fin en darle su mano á condicion de que el enlace permaneceria oculto el tiempo preciso para preparar al tio, cuyo consentimiento esperaba alcanzar.

—En efecto, continuó, há dos meses que el tio de Isabel se inclina insensiblemente á lo que desea su sobrina, y esta se hallaba ya decidida á confesarle su casamiento dentro de seis semanas, época en que el hombre que lo supedita y al cual destinaba á Isabel, debe ausentarse; pero el escándalo que acabas de dar echa por tierra estos proyectos. Isabel dejó esta cartera en mi gabinete; no encontrándola, y sabiendo por el criado lo que me enviabas á decir, adivinó la verdad. Conozco á mi tio, me ha dicho, y estoy persuadida de que el descubrimiento de mi matrimonio en este instante le enemistará conmigo; pero no vacilo en sacrificar al honor y reposo de mi amiga el caudal que podia esperar. Vé á justificarte con tu esposo, que yo voy en busca del mio y á enterarle de este acontecimiento.

Al acabar mi esposa esta relacion recordé el billete que escribiera á Sinclair. Hacia una hora que, ocupado sólo de Julia, olvidaba al universo entero; y el exceso de mi turbacion confundia y embrollaba mis ideas, si bien se me traslucia la mortal ofensa que infiriera á Sinclair.

—¡Cielos! exclamé, y ¡Sinclair que habrá recibido el billete!

Esta reflexion me anonadó, vinieron á mi memoria todas las expresiones injuriosas de la carta, y su recuerdo me producia mayor confusion, mayores remordimientos. Al punto le escribí de nuevo; imploraba su indulgencia, su piedad, y le suplicaba que olvidara el extravío que estaba expiando con mi arrepentimiento y desesperacion. Acostéme aquella noche sin obtener contestacion; mas al dia siguiente, ántes de levantarme, recibí una carta de Sinclair: la abrí temblando y leí lo siguiente:

«Es cierto que fuí amigo de V., pero V. nunca lo fue mio, toda vez que, segun propia confesion, pudo sospechar en mí la más baja de las perfidias, y creerme, siquiera por un momento, *el más vil de los hombres*... Confieso que adiviné sus celos, pero imaginé que su corazon los desechaba conser-

vándome su estimacion. No veia en V. más que un hombre caprichoso, susceptible, de una prevencion extravagante, pero incapaz de dudar de la probidad de un amigo. Tal era la opinion que de V. formaba; al romperla destruye V. igualmente la amistad en que estaba fundada. ¡Dirá V. que las apariencias eran demasiado graves en esta ocasion!.. Y ¡qué! en el fondo de su corazon ¿no me calumniaba V. ya mil veces ántes de este acontecimiento? ¿Se debe juzgar por apariencias cuando se trata del honor de una señora, de la probidad de un amigo? Decidido á que no nos volvamos á ver, debo aclarar en esta carta cuantas dudas se le ocurran á V. sobre la conducta de su esposa. Yo no la confié secreto alguno. Isabel, que la conoce, al confiarla el suyo, la aseguró con verdad que yo ignoraba esta confidencia, y que sólo la sabria cuando á V. se le revelase. Temiendo Isabel por otra parte la indiscrecion de V. y que yo le abriese mi corazon, me exigió palabra de no hablarle del particular; y para empeñarme más, me protestó que estaba decidida á no confiar el secreto, ni aun á Julia: hasta ayer no me refirió su inocente artificio. Despues de esta explicacion que pone á V. de manifiesto el exceso de su injusticia, puede V. comprender cuán triste es desengañarse por sus propias faltas. ¡La razon y los consejos de la amistad no hallaron eco en su alma! ¡Que al ménos le ilumine la experiencia!... Y piense sobretodo que la incesante desconfianza de los sugetos á quienes se estima, y alimentar en secreto contra ellos indignas sospechas, es un suplicio insoportable, el tormento de los débiles y el castigo de los malvados.

«A Dios; pierde V. un amigo fiel, y yo una ilusion que fue demasiado querida para no sentirla siempre... ¡Qué vínculos ha roto V!... ¡Desgraciado! ¡de qué ventura se ha privado!... Mucha compasion le tengo... Pero el mal no es absolutamente irreparable: pronto va V. á ser padre. Todavía podrá encontrar ventura.»

No bien acabé de leer esta carta, cuando entró mi tio diciendo:

—Levántate, tu esposa pregunta por tí; ha pasado una noche cruel; la escena de ayer la causó tal trastorno, que en el estado en que se halla puede acarrear consecuencias funestísimas.

—¡Cielos!... Es preciso enviar á Paris en busca de auxilios.

—Ya dí mis órdenes al efecto. Tu esposa al despertar supo desgraciadamente una noticia que la produjo el más acerbo pesar. Recibió una carta de Isabel que nada contiene de interesante; pero sabiendo que la traia un criado de su amiga deseó hablarle, y este la dijo que Isabel habia visto á su tio para participarle su casamiento, y que este habia reñido con ella para siempre. Esta noticia la afectó y con tanto más motivo cuanto que tú eres la causa.

Con el corazon transido de dolor me vestí de prisa, y fuí á la estancia de mi esposa, á la que hallé con calentura. El médico llegó y dijo que estaba de peligro. En efecto, aquella misma noche se malogró el fruto de nuestra union. Inconsolable por este acontecimiento no pudo disimular su afliccion, y exclamó deshecha en llanto:

—¡Mira, mira lo que me cuestas!

Este cruel reproche, el primero que me habia dirigido, completó mi desgracia; me horroricé de mí mismo, y caí en una cruel desesperacion.

Cuando se restableció, volvímos á Paris. En vano trataba Julia de ocultarme su profunda tristeza; lloraba á su hijo y á su amiga, porque Sinclair, inflexible, rehusando volverme á ver, se llevó á su esposa á una posesion situada en el Poitou, y Julia tuvo en breve un nuevo objeto de pesar que la afectó tanto como los otros. Nadie ignoraba mis celos; se supo, contó y comentó de mil modos la historia de la cartera. El matrimonio de Sinclair no pudo justificar á Julia á los ojos del mundo, y se deducia por el escándalo que yo dí y por mi rompimiento con Sinclair que Julia era culpable. Ella lo comprendió fácilmente en el modo con que la recibieron en las sociedades, pues vió perdida casi la consideracion de que anteriormente gozaba. Demasiado sensible para consolarse, encerró en el fondo de su corazon tan cruel dolor. Comprendí cuanto debia sufrir y su aborrecimiento hácia mí, causa única de sus penas: creyéndome objeto de su resentimiento y aversion, nada hacia por consolarla y atribuia á su virtud la dulzura que me demostraba. Estas reflexiones me desesperaban agriando cada dia más mi carácter impetuoso, y volvíme sombrío, feroz y de todo punto insoportable.

Tan triste situacion duró algunos meses. En fin, observando que la salud de Julia decaia visiblemente, y que iba á sucumbir al peso de sus dolencias, tomé el partido de volverla su libertad y separarme de ella. Se lo anuncié asegurándola que esta resolucion era invariable. Sin embargo, debo confesarlo, á pesar de la certidumbre que tenia de su aborrecimiento, me lisonjeaba de que esta manifestacion la sorprenderia; y de seguro al más ligero movimiento de afecto por su parte me hubiera visto caer á sus piés renunciando á un proyecto que me desgarraba el corazon. Pero me escuchó tranquila, y tomando á su vez la palabra dijo:

—Mi reputacion está ya manchada, y el nuevo escándalo que tratas de dar confirmará las injustas sospechas del público; pero si mi presencia en tu casa es un obstáculo para tu dicha, pronta estoy á abandonarla; me queda la inocencia y tendré valor para someterme á mi destino.

—¡Ah cruel! exclamé llorando: ¡con qué frialdad hablas de abandonarme!

—¡Tú lo propones!

—¡Pero yo te adoro y tú me aborreces!

—¿De qué me sirve ese amor?

—Te he hecho desgraciada; fui injusto, extravagante, insensato; y sin embargo, Julia, si me aborreces, es vengarte bien cruelmente. Confieso que no encuentro suplicio comparable al de tu aborrecimiento.

—No, yo no te aborrezco.

Estas palabras que significaban no te amo me trasportaron de furor, y entreguéme al más terrible arrebato. Creí notar espanto en los ojos de Julia, y caí á sus piés, cuando una lágrima, un suspiro trocaran mi suerte; pero Julia conservó su imperturbable frialdad. Me levanté bruscamente, anduve algunos pasos, y deteniéndome exclamé con voz sofocada:

—¡A Dios para siempre!

Demudóse Julia é hizo un movimiento como para detenerme, y cayó en un sillon próxima á desmayarse, ademan que tomé por espanto.

—¡Te horrorizas de mí! exclamé. Debo librarte de un objeto odioso.

Y me lancé á la puerta desesperado, con la muerte en el corazon. Mi tio estaba ausente, y sin amigos que me aconsejaran seguí libremente mi primer impulso. Desatinado dirigíme á casa de los padres de Julia, á quienes manifesté mi resolucion, añadiendo que ella deseaba la separacion y que estaba dispuesto á devolverla sus bienes. Sus objeciones fueron vanas. Anuncié que partia al campo por dos dias, y que al regresar deseaba encontrarme solo en casa; y escribiendo á Julia todo lo ocurrido, salí aquella misma tarde. Tan agitado estaba que ni podia medir la extension de la desgracia á que me condenaba, y, lo que es aun más inconcebible, amando á Julia más que nunca y convencido de que me seria imposible recobrar su ternura, encontraba cierta satisfaccion en el extravagante escándalo de un rompimiento. No podia resolverme á una separacion amistosa, sino que deseaba conmoverla, afligirla, obligándola á salir de aquel estado de indiferencia, más cruel que el odio; y esperando que este paso reanimaria su antiguo afecto, causábame una indecible satisfaccion la idea de su turbacion, de su sorpresa y dolor al abandonar aquella casa acompañada de sus padres.

Dejé en Paris un hombre de confianza con órden de observar todos sus pasos y noticiármelos: sólo pudo decirme que permaneció en su gabinete, y salió con sus padres por una puerta secreta.

A este punto de su historia llegaba el señor de la Palinière, cuando dieron las diez. La velada concluyó, y la siguiente noche prosiguió en estos términos:

VELADA DÉCIMA TERCERA.

Quedámos en el momento de mi separacion de Julia. El mismo dia en que sus padres se la llevaron, recibí una carta concebida en estos términos:

«He seguido las órdenes de V.; salgo de su casa siempre dispuesta á volver si V. me llama. En cuanto al ofrecimiento de volverme los bienes demasiado considerables para mi situacion, me atrevo á esperar de su bondad que no lo reiterará, pues de lo contrario me causaria otro pesar. Dígnese V., pues, conservar la mitad de un caudal que ningun valor tendria á mis ojos si no lo compartiese con V.»

Este billete me sugirió un sin número de reflexiones. El contraste de la conducta de Julia con la mia me afectó hondamente. Comprendí cuán preferible es á la pasion un sentimiento fundado en el deber por sus resultados.

—Adoro á Julia, exclamaba, causo el tormento de su vida, y ¡puedo resolverme á dejarla para siempre! Ella me amaba sin exageracion, pero se dedicaba constantemente á hacerme dichoso. Pronta siempre á sacrificarme sus placeres, inclinaciones y voluntad, yo la buscaba errores imaginarios, cuando me perdonaba agravios reales, y cuando el exceso de mi injusticia me enajena su corazon, su indulgencia y generosidad sobreviven á su ternura. Aun juzga deberme procederes nobles y generosos. ¡Ah!... lo comprendo. El verdadero afecto es el que la razon aprueba y fortifica la virtud.

Estas reflexiones me atormentaban, siendo víctima del más amargo arrepentimiento. Pensaba temblando en el último escándalo que acababa de dar; é indudablemente no hubiera vacilado en arrojarme á los piés de Julia y confesarla que no podia vivir sin ella, á no retenerme una delicadeza fundadísima. Habia sido pródigo y jugador, y lo que era más malo, tenia un mayordomo que poseia en grado superlativo el arte de embrollar las

cuentas, lo cual, en su cargo, prueba hasta la evidencia falta de inteligencia ó probidad. En lugar de despedirle, le dije que nunca me hablara de negocios: órden que no se hizo repetir, porque no sin designio era confuso en sus cuentas.

Seis meses hacia que me importunaba para exponerme el mal estado de mis negocios, sin que yo accediera á oirle; mas al leer el billete de Julia, pensé en obtener mi perdon, y deseé saber la situacion en que me hallaba.

Volví á Paris y no pude ver sin emocion aquella casa de donde habia arrojado á mi esposa. Mandé buscar al mayordomo pidiéndole cuenta del dote de mi esposa, lo cual le sorprendió y manifestó que le parecia imposible devolvérsele, porque quedaria completamente arruinado. Entónces comprendí mi desgracia, que me desesperaba tanto más cuanto que imposibilitaba mi rehabilitacion, pues Julia podria atribuir á interes lo que sólo era cariño.

Sin embargo, la restituí sus bienes, pagué mis deudas, y coloqué á vitalicio los escasos restos de mi caudal; mi tio intentó auxiliarme, pero yo rehusé.

Vendí cuanto poseia, y miéntras yo me sepultaba en una modesta habitacion junto al Luxemburgo, Julia se retiró á un convento, enviándome la siguiente carta:

«Ya que me obliga V. á tomar lo que llama *mis bienes*, tratándome como á una extraña, séame lícito imitarle. Al dejar su casa temí ofenderle dejando los diamantes y joyas que me regaló. V. deseaba que los conservase y le obedecí. Mas desconociendo V. tal delicadeza, renuncio á dones inútiles conservados sólo por deferencia. Los he vendido en ochenta mil francos, que envio á su notario como débito que le pertenece y no aceptaré aunque V. se empeñe en ello. Dos meses há que moro en el convento de ***, donde permaneceré hasta que V. me saque de él. Poseo una heredad en Flándes: si le es á V. agradable, le seguiré allí contenta.»

¿Cómo describir lo que pasó por mí?

—¡Oh Julia! exclamé. ¿Será posible? ¡Me perdonas cuando te he ultrajado! Pero ¿puedo aceptar tu perdon? No: vale más morir que envilecerse. Podrás acusarme de extravagante, pero no de vil.

Llorando y hondamente conmovido, escribíla estas líneas:

«Admiro la nobleza y elevacion de su alma, aunque no me extraña su generosidad. Concibo cuán grato es para la virtud realizar lo más sublime que puede inspirar la ternura; pero no abusaré de ello. Sea V. feliz y olvídeme. Aun cuando es V. más razonable que yo, mi corazon no era indigno de V.»

Acompañaban á la carta los ochenta mil francos, acerca de los cuales la decia que, procediendo de regalos hechos por mí, la pertenecian y no me era lícito aceptarlos.

Consumaba con este billete el más doloroso sacrificio, renunciando á la dicha de vivir con Julia, como ella me ofrecia. Inmolaba al honor la felicidad, y no dudando que mi esposa sabria apreciarlo, renació en mí la esperanza de excitar su compasion y sus recuerdos; me la pintaba afligida, enternecida, y me consideraba ménos infeliz.

Hacia unos quince dias que ocupaba la nueva habitacion en el Luxemburgo, cuando recibí una órden del gobierno para que al punto me incorporara á mi regimiento, que se hallaba á doscientas leguas de Paris. A pesar mio conservaba la loca esperanza de que no habia perdido á Julia para siempre; y aunque conocí que no debia retroceder, lisonjeábame de que algun acontecimiento me devolveria una dicha á la cual no renuncié de buena voluntad. En fin, no podia resolverme á salir de Paris y á poner entre Julia y yo un espacio de doscientas leguas. Escribí al ministro solicitando próroga; me la negó, y presenté mi dimision. Así abandoné el servicio á los veinticinco años, decidiendo mi carácter áspero y violento en todas las circunstancias más importantes de mi vida. Esta extravagancia me acarreó sensibles consecuencias, pues enemistándome con mi tio, ya asaz descontento desde mi separacion sin consultarle, encontréme abandonado de cuantos me eran queridos.

Entónces no comprendí el horror de mi situacion porque me absorbia una idea que me impedia discurrir. Deseaba ver á Julia, imaginando que si pudiera encontrar medio de presentarme de pronto á ella recobraria parte de los derechos que en otro tiempo poseia sobre su corazon. Pero yo no podia llamarla al locutorio: ¿qué pretexto tomar? ¿qué decirla? ¿cómo verla, si tampoco salia nunca? Serviame un criado que era amigo de un primo de la tornera. Hablé con él, y obtuve una carta para su prima, en la cual me recomendaba como amigo suyo, mayordomo de una señora de provincia, que deseaba colocar una hija en el convento. Me embocé en la capa, púseme un sombrero de ancha falda, y á la caida de la tarde dirigíme al convento, encontrando en la tornera cuanto podia desear; es decir, la persona más charlatana y confiada que viera en mi vida. Primero la hice algunas preguntas vagas, y despues deseé saber si existian en el convento muchas pensionistas.

—Sí, respondió la tornera; y hasta tenemos casadas.

El corazon me latió con violencia; y la tornera, inclinándose hácia mi oído, aunque estábamos solos, me dijo en tono confidencial y sonriendo:

—Aquí está encerrada la hermosa señora de la Palinière, de quien seguramente habrá V. oido hablar.

—En efecto... sé que... es bella.

—¡Ah! ¡bella... es verdad! ¡qué lástima!... En fin, debemos esperar que Dios la concederá la gracia de arrepentirse.

—¡Arrepentirse!... ¿De qué?

—¡Ah! bien se ve que llega V. de provincia. ¡Cómo! ¿No sabe V...?

—He oido decir que tuvo un marido caprichoso, injusto...

—¡Ah! sí; un verdadero bruto, un estúpido, segun dicen; pero eso no excusa la mala conducta de una mujer... Esta, segun voces que corren, habita en el convento por fuerza, y sólo porque temia una órden de arresto...

—¿Una órden de arresto? ¡Cielos!

—¡Motivos habia para obtenerla!... Lo cierto es que no se atreve á salir ni á recibir á nadie, excepto á sus más inmediatos parientes... ¡Lleva una vida muy mala! Ya comprenderá V. que ni las madres ni las hermanas quieren verla; las pensionistas no la miran siquiera... La huyen como si estuviera apestada. Seamos indulgentes, pero en lugar de tocar el clave todo el dia deberia hacer penitencia... ¡Oh! ¡está fresca como una rosa, y engruesa que tiene que ver! ¡Qué endurecimiento!

—Y ¿no está triste?

—Nada absolutamente, y su doncella dice que nunca la ha visto tan tranquila ni tan contenta; sin embargo, creo que llegará dia en que reflexionará y se convertirá, porque no tiene mal corazon. Es caritativa, generosa... Y con todo... recobró sus bienes y deja en la indigencia á su marido. Me dirán que es un loco, un calavera que se arruinó no se sabe cómo, y que ahora mismo ha recibido la afrenta de que le despidan del servicio; pero un marido es siempre un marido. El pobre la escribió hará cosa de un mes, pidiéndola algunos socorros, y se los rehusó: es demasiada dureza... Sé estos detalles de buena tinta; no crea V. que hablo á bulto. Há quince años que estoy en esta santa casa, y nadie podrá decir que tengo mala lengua ¡gracias á Dios!

La tornera tuvo tiempo de hacer su elogio, porque abismado yo en la más sombría meditacion no pensaba en interrumpirla, y aun seguia hablando cuando la llamaron. Salió, y entró al cabo de un momento.

—Era, dijo, una parienta de la novicia que profesará mañana. ¡Oh! es una bienaventurada... ¡Una vocacion!... ¡Da cincuenta mil francos al convento! Deberia V. venir mañana á ver la ceremonia; será soberbia; asistirán todas las pensionistas: presentará un magnífico golpe de vista la iglesia.

—¿A qué hora se verificará la ceremonia?

—A eso de las tres de la tarde. La novicia es hermosa como un ángel; no tiene más que veinte años... Si no fuera porque perdió en pocos meses á su padre y á un doncel á quien amaba, quizá no oyera las sugestiones de la gracia... ¡Qué grande es la Providencia!... El padre espiró primero, hará unos diez y ocho meses; cinco meses despues, el mozo que estaba encerrado en Saumur, tambien murió de pesar, segun dicen...

—¿Cómo se llamaba ese jóven? la interrumpí con inexplicable turbacion.

—El marques de Clainville, replicó la tornera; y la novicia se llama la señorita Elbene.

A estas palabras sentí desgarrárseme el corazon; me levanté de repente exhalando una imprecacion que amedrentó á la tornera, y salí desatinado.

Al llegar á mi casa desploméme en un sillon consternado. Cayó la venda de mis ojos, pues ya no podia hacerme ilusiones, comprendiendo el exceso de mi desventura y hasta qué punto habia desdorado la reputacion de mi esposa mi extravagante conducta; conocí que la inocente víctima de mi locura no podia perdonarme arrebatarla el bien más precioso que posee la mujer, y que el injusto desprecio con que la miraban debia reanimar de continuo su resentimiento contra mí. De manera que no podia atribuir su generoso proceder sino á la sublime virtud que la adornaba.

En fin, era evidente, segun la relacion de la tornera, que Julia, consolada por el testimonio de su conciencia, habia tomado su partido; que estaba resignada á su suerte, y que sólo podia estarlo habiéndome olvidado.

—¡Dios mio! exclamé: ¡en qué horrible abismo me han precipitado las pasiones!... Dominando el amor y los celos, teniendo valor para vencer mi impetuosidad, mi pereza y aficion al juego, poseeria un caudal considerable, no tendria que acusarme de la muerte de un mozo, y no seria la causa primera del sacrificio que su desventurada prometida va á consumar mañana. Seria el consuelo de la vejez de ese buen tio, mi protector, que con tanta justicia sólo considera en mí un ingrato, un malvado, y no renunciaria cobardemente á servir á mi rey y á mi patria. Léjos de ser objeto del desprecio y de la censura pública, todos me apreciarian y poseeria la ternura de una mujer virtuosa y el afecto de un fiel amigo, disfrutando por último la dicha de ser padre... ¡Ah desgraciado! ¡De qué inmensos bienes me he privado!

Y al terminar esas palabras miré á mi alrededor azorado de la soledad y abandono en que me encontraba.

Entónces oí pasos precipitados, la puerta se abre con estrépito, un hombre aparece y corre hácia mí... Levántome desatinado, y me encuentro en los brazos de Sinclair que me estrecha contra su pecho: no podia contener las lágrimas, veia correr las suyas, y mil encontrados afectos me agitaban, predominando la más dolorosa confusion.

—Amigo mio, dijo Sinclair, estaba en el Poitou; ha llegado tarde á mi noticia la falta que te hacian los consuelos de la amistad, y ademas deseaba asegurarme seis meses de libertad para consagrártelos. Llego ahora de Fontainebleau para que me concedieran licencia, y puedes disponer de mí.

—¡Oh Sinclair! exclamé. No soy digno de disfrutar los consuelos que me ofreces; desaparezca para siempre el título de amigo... Nada puedes hacer por mí.

—¡Bah! replicó abrazándome. Conozco tu corazon tan sensible como noble. Si sólo te ofreciera compasion, estaria persuadido de no consolarte, en cuyo caso te compadeceria, procurando serte útil en secreto, y no me verias; pero la amistad me impulsa á tí, y me persuado que acertaré á mitigar tus pesares.

Tanta generosidad, léjos de humillarme, me hacia superior á mí mismo. Sinclair, al volverme su amistad, me volvia mi estimacion. Desahogué el pecho con tan fiel amigo, disfrutando un consuelo que me faltaba hacia largo tiempo, el de hablar sin disfraz de mis faltas y penas, y esta triste narracion fue interrumpida frecuentemente por mis lágrimas.

—¿De qué sirven el talento, exclamó Sinclair, la índole y sensibilidad sin principios sólidos? Principios invariables que sólo puede proporcionar la educacion ó experiencia. El que no se aprovechó de las lecciones de sus padres y maestros, no puede instruirse más que á su costa, ni ilumina su entendimiento sino con sus faltas y desgracias.

Aconsejóme que saliera de Paris por algun tiempo y viajara.

—Yo te acompañaré, continuó; marchemos á Italia sin dilacion alguna.

—Me entrego á tu albedrío, respondí; dispon de la suerte de un infortunado que sin tí sucumbiria al peso de sus dolores.

Aprovechando esta disposicion me exigió palabra de que partiríamos dentro de dos dias.

La víspera del dia señalado quise visitar el sitio donde conocí á Julia. Era el jardin del Palacio Real; pero no atreviéndome á comparecer en público de dia, fuí por la noche. Habia música y mucha gente. Me interné en lo más sombrío y me senté al pié de un árbol. A poco vinieron dos hombres á sentarse al otro lado. Uno de ellos, á quien reconocí en el acento, se llamaba Dainval; era un jóven fátuo, presuntuoso, sin talento, moral ni

principios; reunia al mal tono de una perpétua ironía la pretension de pensar filosóficamente; de todo se burlaba, y decidia doctoralmente, considerando como preocupaciones ó fábulas los sentimientos más sagrados, las acciones más honrosas, y se juzgaba profundo calumniando la virtud.

Tal era Dainval, aquel ente despreciable á quien creí mi amigo hasta mi ruina, y cuyos consejos perniciosos y malos ejemplos seguí con demasiada frecuencia.

Iba á levantarme cuando le oí pronunciar mi nombre, lo cual me obligó á fijar la atencion.

—¡Es seguro! decia Dainval. Esta misma noche ha partido con Sinclair, con direccion á Italia.

—¡Cómo! ¿Hicieron las paces? ¿Son otra vez amigos?

—¡Más que nunca!... Generosidad de una parte, arrepentimiento de la otra, enternecimiento, llanto, perdon... ¡La escena fue altamente patética!

—Pero segun eso serán falsos los rumores...

—¿De qué?... ¿de su rivalidad?

—Es claro: ¿cómo pudiera Sinclair aceptar con tanto interes la amistad de quien engañara?

—No blasono de razonar, sino de ver las cosas como son... Sinclair, siempre enamorado de Julia, trata de arreglar el matrimonio, á fin de que la mujer salga de su triste prision.

—Y ¿para qué ese viaje á Italia?

—Porque es preciso dar tiempo para olvidar la historia de la cartera.

—Sin embargo, varias personas sensatas sostienen todavía que la cartera pertenecia á Isabel.

—¡Cá!... Es una historia forjada para encubrir el lance. El hecho es que ese pobre la Palinière sabia perfectamente á qué atenerse, porque hacia un año que lo contaba á todo el que queria oirlo.

—¿Qué especie de sugeto es la Palinière?

—Un torpe, sin talento, recursos, ni carácter. Al lanzarse al mundo tropezó conmigo y se colocó bajo mi direccion. Pronto conocí que nada seria... Cabeza mal organizada, preocupaciones rancias, ideas mezquinas... sin sentido comun... pródigo, disipador, y consternándose cuando un acreedor se le presentaba: jugador, blasonando en el juego de generosidad y grandeza de ánimo; dejándose ganar con fullerías se arruinó como un necio.

—¿Le has vuelto á ver despues de su derrota?

—No; y como quemé todas nuestras cuentas, no pienso hablarle del particular.

—¿Te debia mucho?

—Sí, bastante; pero tarde será cuando me suceda lo mismo con otro. Era lo mejor que podia hacer, y te suplico no lo divulgues.

Esta última falsedad de Dainval me acabó de exasperar.

—¡Impostor! exclamé. Aquí estoy para pagarle á V. cuanto le debo; salga V., y quedarémos en paz.

—No le esperaba á V. ahora, respondió con forzada risa. Y en cuanto á la proposicion de darnos de estocadas, no es extraña en V. que nada tiene que perder; pero en mi es diferente, pues me resta todavía un año para acabar de arruinarme; así, para que el partido sea igual, podemos aplazarle para cuando V. regrese de Italia.

Y se alejó precipitadamente sin esperar respuesta, impidiéndome seguirle la indignacion que me causó su cobarde bajeza.

—Y ¡ese es, exclamaba yo, el hombre amable, aquel cuyos consejos seguí tan ciegamente!... ¡Qué horrible perversidad!... ¡Qué alma tan baja y corrompida!... ¡Qué repugnante es el vicio cuando se presenta sin disfraz!

Al dia siguiente nos pusímos en camino, pero ni los consejos de Sinclair, ni la distraccion de un largo viaje pudieron aminorar mis pesares. Vueltos á Paris, Sinclair se despidió de mí para incorporarse á su regimiento, y al mismo tiempo yo partí para Holanda, donde vino Sinclair á reunírseme al cabo de seis meses. Entónces me aconsejó emprender algunas especulaciones comerciales, y aun me prestó los primeros fondos. La fortuna me secundó y al fin columbré la posibilidad de recobrar la dicha que perdiera. El deseo de poner á los piés de Julia el fruto de mis afanes me prestaba tanta actividad como perseverancia. Llegué á vencer mi natural apatía, sobreponiéndome al disgusto y tédio que me inspiraba el género de vida á que estaba dedicado, y las horas que no empleaba en los negocios las consagraba á la lectura y á la meditacion. En breve me pareció agradable el estudio, mi mente se iluminaba, mis ideas se dilataban, la calma renacia en mi pecho, el estudio y la reflexion me iban sacando por grados del entorpecimiento moral en que viviera. La religion acabó de perfeccionar mi razon, de elevar mi alma y de sustraerme al tiránico imperio de las pasiones. Esta revolucion de carácter y sentimientos no modificó mis proyectos. Ya no abrigaba por Julia aquella pasion impetuosa cuyo insensato exceso nos hizo á entrambos tan desgraciados; la amaba más blanda, sólida y desinteresadamente.

Cinco años pasé en Holanda, en los cuales fui afortunado, y llegué á fuerza de economía y trabajo á restablecer mi fortuna. Entónces sólo pensé en regresar á mi patria, saboreando con delicia la ventura que henchiria mi pecho cuando pudiera decir á Julia: Soy digno ya de tí, y vuelvo para consagrarte mi vida.

Dichoso con esta esperanza partí de Holanda... ¡Ay cuán léjos estaba de presentir el terrible golpe que me aguardaba!... Escribí á Sinclair para que previniese á Julia de mi regreso. En Brusélas recibí una carta en que me participaba que mi esposa tenia cuartanas, si bien asegurándome que no eran peligrosas, y que ya se hallaba casi restablecida. Los demas detalles contribuyeron á tranquilizarme y proseguí mi camino fluctuando entre el temor de hallar á Julia más sorprendida que gozosa con mi vuelta. Sólo me faltaban veinte leguas para llegar á Paris cuando encontré á Sinclair, quien se apea de su carruaje, abre la portezuela del mio y le abrazo; pero al contemplar la emocion que se reflejaba en su dolorido semblante, un secreto terror me estremece, y ni me atrevo á preguntar, ni él tiene valor para explicarse... Todo lo espero, y mi corazon se oprime presintiendo una desgracia. Sin proferir una sola palabra Sinclair me conduce á su coche, sube conmigo y al punto observo que nos alejámos del camino.

—¿Dónde me llevas? exclamé con involuntario terror. ¡Quiero verla!

—¡Desgraciado!

—¿Por qué te detienes?... ¡Prosigue! ¡Acaba de asesinarme!

Por toda respuesta Sinclair me abraza sin añadir una sílaba.

—En fin, continué, ¿cuál es mi suerte? ¿Es su odio ó su pérdida lo que vienes á anunciarme?... ¡Habla, amigo mio; mi vida está entre tus manos!

El tono suplicante de que acompañé estas palabras explicaba bien mi pensamiento. Sinclair me miró entre afligido y compasivo, diciendo:

—¡Puedo callar, pero no engañarte!

Sinclair guardó silencio: yo no me atreví á preguntar más, y durante el camino permanecímos en un profundo silencio, interrumpido solamente por mis suspiros y sollozos. Sinclair me condujo á una casa de campo, donde me confirmó mi desventura. ¡Ay! ¡Todo lo perdí!... Julia no existia; su muerte me arrebataba, no sólo la perspectiva de felicidad, sino tambien el medio de reparar mis faltas y expiar mis extravíos.

El resto de mi historia ofrece pocos detalles interesantes. Consolado por el tiempo y la religion consagré mis dias á los amigos, al estudio y á la humanidad. Alcancé el perdon de mi tio, y mi más precioso consuelo fue dedicarme á hacerle dichoso, llenando sin esfuerzos los deberes sagrados que la naturaleza y el reconocimiento me imponian para con él, y si bien contaba una edad bastante avanzada, el cielo me le conservó todavía diez años más. Cuando tuve el dolor de perderle compré esta posesion y me retiré á ella; Sinclair me prometió visitarme todos los años, y desde há cuatro que habito esta provincia, nunca han trascurrido diez y ocho meses sin vernos.

Hoy cuenta Sinclair cincuenta y ocho años, ha hecho una carre-

ra brillantísima, obteniendo toda la dicha y satisfacciones que merece. Yo tambien en mi oscura mediania podria ser feliz si no fuera por el recuerdo amargo y cruel de las penas que sufrí por mi culpa, y de los errores de mi mocedad.

Al terminar estas frases el señor de la Palinière exhaló un profundo suspiro. Despues de un momento de silencio la baronesa y su hija le dieron gracias por su complacencia, levantáronse é imitándolas los niños se retiraron á descansar.

Cuando la marquesa se halló sola con sus hijos les preguntó qué fruto habian sacado de las últimas veladas, añadiendo:

—¿No os prueba la historia del señor de la Palinière cuán peligrosas son las pasiones?

—Oh! sí, mamá, respondió César; y veo que, como V. nos dice con bastante frecuencia, no debemos apasionarnos sino por la gloria.

—Sí, replicó su madre; por todo lo virtuoso, grande y heróico.

—Y ¿qué es una accion heróica?

—Una accion útil y generosa, no exigida por el deber. Como los deberes del hombre honrado son muy latos, para una alma buena existen pocas acciones á las que se pueda dar verdaderamente el título de heróicas; pero desde el momento en que una accion nos cuesta un gran sacrificio y que podríamos no ejecutarla sin ser por esto despreciables, bien se puede calificar de heróica. Por ejemplo: la persona acomodada que da limosna no ejecuta mas que una buena accion, porque mereceria el desprecio si gastara cuanto tenia en cosas supérfluas. El varon que en la guerra muestra fortaleza y serenidad, no es un héroe; si se portara de otro modo se deshonraria; así, para juzgar con acierto una accion, observad ántes si no perjudica al prójimo ni á la equidad, porque la verdadera grandeza es inseparable de la justicia y calcularéis en seguida lo que ha debido costar; y en fin, examinad si es posible no hacerla sin perjudicar á la reputacion.

—¡Ah! ya entiendo, mamá; si una accion está conforme con la justicia, si cuesta un gran sacrificio, si se puede prescindir de hacerla sin que nos acarree desprecio, es heróica.

MCD 2022-L5

—Esa es la definicion asaz exacta; no la olvideis, y tenedla presente sobretodo cuando leais la historia, porque encontraréis muchos juicios erróneos. Numerosos historiadores emplean con harta frecuencia su admiracion tan mal como su crítica. Un lector juicioso no debe jamas juzgar á ciegas por ellos; debe examinar maduramente si aprueban ó condenan con razon.

—Mamá, ¿se encuentran muchas acciones heróicas en la historia?

—Sí; y por lo general no son las más ensalzadas por los historiadores.

—¿Quiere V. referirnos algun rasgo heróico?

—De buena gana, y le tomaré de la historia de los turcos.

El emperador Achmet I sucedió á Mahomet III. Ocupó el trono el año 1602, cuando sólo contaba quince años: era la primera vez que reinaba en Turquía un príncipe tan mozo. A los pocos meses murió el gran visir, y Achmet no quiso elegir ninguno de los que le rodeaban para desempeñar este importante cargo. Murat, bajá del Cairo, era un anciano prudente y experimentado. En medio de las turbulencias del último reinado supo mantener las provincias de Africa en paz, y entregó los impuestos al erario sin vejar á los pueblos ni enriquecerse. No conocia á su nuevo señor y estaba léjos de prever su elevacion, no imaginándose que pudieran tener más valor los servicios de un vasallo fiel que las intrigas de la córte. Sin embargo, cuando ménos lo esperaba recibió los sellos y la órden de presentarse al punto en Constantinopla. Esta eleccion de Achmet anunciaba desde luego al imperio un príncipe bondadoso y amante de sus vasallos.

Pocos años despues rompiéronse las hostilidades con Persia, á pesar de las observaciones de Murat que fue encargado del mando del ejército y nombró teniente suyo á Nasuf, jóven activo, emprendedor y muy opulento merced á varios gobiernos que desempeñara. El gran visir partió al frente de las tropas, y en lugar de apresurar la marcha iba con la mayor lentitud. Esta falta de actividad hizo nacer en el pérfido Nasuf el deseo de suplantar á su bienhechor y amigo. Escribió secretamente á la Puerta, ofreciendo al emperador sesenta mil zequíes para gastos de la campaña si S. A. se dignaba nombrarle gran visir en lugar de Murat. El sultan, que estimaba y agradecia el celo de su primer ministro, se indignó de la ingratitud de Nasuf, y envió la carta á Murat diciéndole que dejaba á su albedrío la suerte de su teniente, y le permitia degradarle, conservarle ó mandarle estrangular. Al punto Murat ordena á Nasuf que se presente en su tienda, y le muestra la carta del emperador. Nasuf se imagina leer la sentencia irrevocable de su muerte. Sin embargo, trató de justificarse, ó más bien de humillarse á la súplica, cuando Murat le interrumpió diciendo:

—Cometiste una perfidia, pero posees grandes dotes militares y te con-

sidero en efecto digno de mandar el ejército; así, pues, desde este momento te entrego el cargo y los sellos del imperio, harto pesados para mi edad. Sé fiel al emperador, y ¡que la victoria siga tus pasos!

En aquel momento manda reunir las tropas y le proclama sucesor suyo, yendo á acabar sus dias en un ameno retiro. La Providencia no permitió que Nasuf disfrutase largo tiempo del fruto de su traicion. Ocupó el visirato, casó con una hija del emperador, pero habiendo abusado de su favor, fue condenado á muerte por Achmet.

—¡Mamá, exclamó César, cuánto me agrada Murat! ¡Esa sí que es una accion heróica!

—Examínala segun lo que os previne.

—En primer lugar, *no perjudica al prójimo ni á la justicia.*

—No: Nasuf merecia el castigo, pero como sólo ofendió á Murat, este era dueño de perdonarle.

—*Debió costar mucho* á Murat vencer un resentimiento tan fundado. Pudo, *sin hacerse despreciable*, no ceder su puesto y aun privar á Nasuf de su empleo.

—En lugar de esto, conociendo que Nasuf por sus dotes militares y edad era más capaz que él de mandar el ejército, sacrifica sin vacilar su resentimiento al bien público, y se despoja en favor de un ingrato: así, pues, ya veis que esta es una accion verdaderamente heróica.

—Me alegro, mamá, de tener reglas fijas para juzgar las acciones; es muy bueno poder decir, sólo con reflexionar algunos momentos: esto es heróico, ó esto no lo es.

—Mamá, dice Carolina, permítame V. que la haga una pregunta relativa á la historia del señor de la Palinière, porque encuentro una cosa que me causa pena. Considero natural que este señor con un carácter tan violento y extravagante se atrajese grandes desgracias; pero la hermosa Julia, que era tan buena, tan prudente, debió ser dichosa.

—¿Opinas, no es cierto, que la virtud unida á una prudencia perfecta deberia preservarla de todas las penas que sufrió?

—¡Oh! sí, mamá, y seria justísimo.

—Y lo es en efecto.

—Sin embargo, Julia prueba lo contrario.

—Nada de eso. En primer lugar, ¿os imaginais que nunca pudiera ser tan digna de lástima como su esposo?

—No, porque carecia de remordimientos.

—La inocencia infunde resignacion; así Julia encontraba en la pureza de su alma todos los consuelos de que necesitaba, debidos á la virtud, y ya

es bastante. Pero sufrió tambien grandes pesares, debidos á su escasa experiencia.

—Pero, mamá, su conducta fue siempre irreprochable.

—Sí, mas cometió faltas, imprudencias...

—¿Julia cometió imprudencias?...

—Ya sabeis que fue educada por una tierna madre, que la faltó por desgracia á los diez y seis años; que se casó á los diez y siete; que los principios que la inculcaran grabáronse profundamente en su corazon; que era de carácter igual y cumplia siempre con exactitud sus deberes, pero carecia de experiencia, de guia, y cometió faltas; esas desgracias eran casi inevitables.

—¡Ay mamá! y ¿qué faltas cometió Julia?

—En primer lugar, siendo tan jóven, teniendo un esposo suspicaz, violento y celoso, no debió admitir una confidencia que debia ocultarle. Pero esta no es la mayor: cometió otras más graves. Cuando se convenció de que su esposo cobró aversion á Isabel, debió dejar de tratarla hasta el momento en que se publicara su matrimonio. Esto no era sacrificarle su amiga, sino privarse del placer de verla durante algunos meses; y este proceder, inspirando al señor de la Palinière reconocimiento, hubiera desvanecido sus temores de no ser amado.

—Es verdad que si Julia obrara así no sucediera el acontecimiento de la cartera, y conservaria su dicha y su reputacion. Pero, mamá, ¿creo que ofreció á su esposo no ver más á Isabel...?

—Sí, lo ofreció; pero no era bastante: en este caso una oferta no es más que un cumplimiento; estaba convencida de que no la aceptaria su esposo. Era preciso manifestar una resolucion y sostenerla con firmeza, con tanto más motivo cuanto que el sacrificio era penoso: tratábase de una corta ausencia y no de un rompimiento.

—Efectivamente esa es una falta, y no comprendo ahora cómo Julia pudo cometerla. Y ¿la segunda, mamá?

—Es de la misma índole, pero ménos disculpable todavía: fue no cerrar la puerta á Sinclair despues de la formal manifestacion de celos del señor de la Palinière. Cierto que él se creia curado; pero ¿no conocia Julia su carácter ligero, extravagante, visionario? Ademas, ¿qué confianza podia inspirarla una curacion tan súbita? ¿Cómo ignoraba que una mujer se perjudica admitiendo á un sugeto de quien su marido está celoso, sobretodo cuando hace tan poco tiempo que estos celos se disiparon? Julia siguió viendo á Sinclair porque tenia la certeza de que las sospechas de su esposo se desvanecerian cuando supiera el casamiento de su amigo. Pero ¿por qué no espe-

rar la declaracion de este casamiento? Suspendiendo ver á Sinclair hasta esa época, redoblaba la estimacion y ternura de su marido, miéntras que, por el contrario, arriesgaba todavía turbar su reposo, y se exponia á escenas ridículas y poco gratas recibiéndole ántes de que todo estuviese bien esclarecido.

—¡Oh! es cierto. En esta ocasion cometió una grave imprudencia.

—Y ahora os ruego examineis qué funestas consecuencias y cuántos pesares puede originar una imprudencia.

—Verdad es que causa espanto.

—Tanto más cuanto que es imposible que una jóven de diez y ocho ó diez y nueve años pueda ser más razonable que Julia.

—Pero, mamá, ¿podria suceder que una jóven no cometiera imprudencias?

—Seguramente si no posee un guia ilustrado, una amiga cuya experiencia le ofrezca consejos saludables y la preserve de los inconvenientes que resultan de las acciones irreflexivas y del poco conocimiento del mundo.

—¡Ah! si la pobre Julia hubiera tenido madre, exclamó Pulqueria, de seguro no cometiera esas imprudencias. Su verdadera desgracia fue perderla; esta dió orígen á las otras.

—Tienes razon, replica la marquesa; porque Julia con una alma tan bella, con tan buen discernimiento, la hubiese consultado siempre, y seguido sus consejos. Y ¿qué consejos pueden ser dictados con mayor interes y dados con más reflexion que los de una buena madre?

—Mamá, nosotras nunca cometerémos imprudencias y así serémos felices.

A cuyas palabras saltan los tres niños al cuello de su madre y la cubren de besos que les devuelve. De este modo concluian siempre sus conversaciones.

La marquesa pasó dos dias más en casa del señor de la Palinière, y despues regresó á su quinta de Champcery.

Al otro dia no hubo tertulia por la noche, porque el señor Fremont se habia quejado de la poca aplicacion de César aquella mañana. Afligido César con este castigo se amohinó, y acostóse sin pedir perdon al ayo, contentándose con darle las buenas noches. Media hora habria que se habia acostado, cuando la marquesa entró en su alcoba diciendo:

—¿Duermes, hijo mio?

—No, señora, aun no, respondió César como afligido.

—No lo extraño, y si es verdad, como no lo dudo, que tienes buen corazon, es imposible que puedas pasar la noche con sosiego. ¿Cómo te has acostado, hijo mio, resentido contra un hombre á quien debes amar tanto?

¡Le has permitido que saliera de tu cuarto sin procurar que te perdonase, cuando tardarias en verle doce horas! ¡Ah César! Escucha un caso que he leido esta mañana. El duque de Borgoña, padre del difunto rey, siendo muy niño riñó un dia con uno de sus ayudas de cámara; pero luego que se hubo acostado dijo al tal, que dormia en una alcoba inmediata: Perdóneme V. lo que le dije esta tarde para que me pueda dormir. Juzga tú, hijo mio, si hubiera sido capaz de acostarse sin haber pedido perdon á su ayo. Sin embargo, este príncipe sólo contaba entónces siete años, y tú has cumplido diez.

—¡Ah mamá! bien sabia yo tambien que no podria dormir... pero permita V. que me levante y vaya al punto á pedirle perdon.

—Con el mayor gusto: vamos, hijo mio.

Al decir estas palabras la señora de Clemira le dió una bata, y él se la pone de prisa, salta de la cama, y acompañado de su madre se encamina al cuarto del capellan, llama á la puerta, y el señor Fremont ya en gorro de dormir abre y da muestras de admiracion al ver á César, quien se le acerca, y con los ojos arrasados en lágrimas le pide perdon en los términos más humildes y expresivos.

En vez de responderle su ayo, se dirigió á la marquesa diciendo:

—V., señora, es demasiado buena, pero me basta que lo quiera; yo procuraré olvidar lo que ha pasado.

Al oir esto César manifestó al ayo extrañar no le hubiese dirigido la palabra. Pero este le replicó:

—Ninguna respuesta tengo que dar á V. Esta visita, y cuanto V. me ha dicho, lo debo únicamente á su señora mamá.

—Aseguro á V. que mi madre no me ha aconsejado levantarme y venir aquí.

—Pero dígame V.: ¿estaria aquí si la señora no le hubiera demostrado su mal proceder para conmigo?

A esta pregunta César bajó los ojos y echó á llorar.

—Crea V., continuó el señor Fremont, que sin excitacion ni consejo de nadie hubiese venido; crea V., vuelvo á decir, que le hubiera recibido amistosamente, aunque siempre era su culpa muy grande en haber permitido que saliera de su estancia sin manifestarse arrepentido. Pero, no obstante, repito que por su señora madre le perdono de buena gana, no imponiéndole penitencia por el mal humor y enfado que ha mostrado.

—Pues bien, dijo César, yo mismo me la impongo. Prometo no asistir durante quince dias á la velada, que es el mayor sacrificio que puedo hacer; pero no me trate V. ¡por Dios! con tan cruel indiferencia, y sufriré resignado mi castigo

Al acabar esas palabras, el ayo con semblante cariñoso le abrió los brazos, y César se arrojó á ellos llorando de alegría por haber alcanzado su perdon, y mucho más por haber llevado á cabo una accion que le reconciliaba consigo mismo.

—Ya ves, hijo mio, dijo la marquesa, lo que cuesta dilatar la enmienda de nuestros yerros; no sólo se agravan y no se halla indulgencia, sino que tambien es preciso dar pasos extraordinarios para repararlos y hacer sacrificios penosos. Si al acostarte hubieses pedido perdon, el señor Fremont te lo hubiera concedido y no estarias privado por quince dias de la velada.

Como los tres niños se habian impuesto la pena de renunciar á las veladas siempre que pudieran no asistir á ellas, Carolina y Pulqueria hallaron que César se habia impuesto una penitencia demasiado larga, y le reconvinieron acerca de los inconvenientes del mal humor, dándole excelentes consejos sobre este particular, de los que César prometió aprovecharse.

Iba ya entrando la primavera; corrian los últimos dias del mes de marzo; los paseos eran más amenos y comenzaba el campo á cubrirse de flores. Agustin, que conocia perfectamente las cercanías de Champcery, guiaba todos los dias á los tres niños á parajes en donde encontraban flores para hermosos ramilletes. No daban aun sombra los bosques, disfrutándose en ellos, lo mismo que en los prados, del aire templado que reina en los primeros dias de abril, y en tanto que los árboles desnudos de hojas traian á la memoria los rigores del invierno, el cielo puro y sin nubes y el campo cubierto de flores anunciaban la llegada de la primavera y sus delicias.

César y sus hermanas poseian un jardinito donde se divertian mucho. Estaba dividido en dos partes: en la una tenian la hortaliza y en la otra las flores. En un rincon del jardin habia un pozo, esto es, una cuba enterrada, con su correspondiente brocal para precaver las caidas, y una polea para sacar el agua con que se llenaba diariamente. Ayudados de Agustin, los niños sacaban el agua y cultivaban su jardin. Tenian cubos, carretillas é instrumentos proporcionados á sus fuerzas. Estéban, el hortelano de la casa, dirigia sus operaciones abasteciéndoles de plantas y semillas.

—¡Qué ganas tengo, decia Carolina regando un jacinto, de que esté florido! ¡Qué gusto tendré en cogerlas para ofrecerlas á mamá!

—Pero esperarás, hermanita, á que yo pueda ofrecerla al mismo tiempo un ramillete de alhelíes.

—Y yo una ensalada.

El dia doce de abril fue un gran dia; la penitencia de César habia terminado. Los niños se levantan diciendo: Nuestras veladas se empezarán esta noche; y en el jardin se encontró con que llenar una cesta de ensalada,

jacintos, alhelíes y violetas. La cesta adornada con cintas se llevó en triunfo, y repartió entre la mamá y la abuelita. Las flores se pusieron con cuidado en jarros para que no se marchitaran. La ensalada se comió al medio dia, y nunca ensalada supo mejor, ni se alabó tanto como aquella. Por la tarde preparó la baronesa una historia, la cual contó de esta manera:

VELADA DÉCIMA CUARTA.

EUGENIA Y LEONCIO, Ó EL VESTIDO DE BAILE.

La señora de Palmene, jóven todavía y viuda desde algunos años, se dedicaba á la educacion de una hija única que tenia, objeto de toda su ternura y esmero. Su esposo al morir dejó muchas deudas, que ella no habia podido pagar sino yéndose de Paris y retirándose á unas haciendas que poseia en Turena, á una legua de Loches. El castillo es antiguo y muy espacioso; sus puentes levadizos, fosos y torreones recuerdan los siglos memorables de los Duguesclin, de los Bayard, tiempos famosos de la caballería, y que se deberian echar de ménos si la lealtad y esfuerzo de algunos valerosos caballeros pudiesen servir de policía y leyes. Por dentro el castillo correspondia á su exterior. Todo traia á la memoria la noble sencillez de nuestros antepasados. No se encontraban molduras doradas ni la ridícula profusion de porcelanas, figuras de china y demas adornos de que están llenas nuestras casas modernas; en lugar de estas superfluidades se veian hermosas tapicerías, que representaban los sucesos más memorables de la historia. Habia espaciosas galerías adornadas con retratos de familia, descubriéndose por sus ventanas y las de las salas, por un lado un bosque espacioso, y por el otro las amenas riberas del Indre. En este sitio fue donde Eugenia (que así se llamaba la hija de la señora de Palmene) pasó la niñez y los primeros años de su mocedad. Allí donde se aficionó á las diversiones del campo, á la vida quieta y retirada. En los hermosos dias de primavera

y verano daba con su madre largos paseos, y en lo fuerte del calor buscaban la sombra y el fresco en la espesura del bosque, corriendo unas veces, otras cogiendo yerbas, cuyos nombres y virtudes la explicaba su madre. Las más veces daba allí sus lecciones, y por la tarde iban á pasearse por las amenas riberas del rio. Cuando Eugenia llegó á los ocho años se hizo más sedentaria. Mil ocupaciones la obligaban á estar en casa; pero se levantaba á el amanecer y se iba á almorzar al parque ó al campo, y por la tarde daba con su madre un paseo de una ó dos leguas. Tenia por compañera en sus diversiones á la hija de su aya, llamada Valentina, cuatro años mayor que Eugenia. Era de buena índole, muy aplicada y de buen corazon. Asistia á las lecciones que daban á Eugenia, y tanto se aprovechó de ellas, que siempre la consideró, no como criada, sino como amiga. Entre tanto Eugenia llegó á los diez y seis años, y su natural era tan bueno, como sensible su alma. Reunia á la alegría y á las gracias ingénuas de la edad, claro talento, discrecion, dulzura inalterable y la igualdad de genio más perfecta. Su ternura y el agradecimiento que á su madre profesaba eran ilimitados, no teniendo otro pensamiento que agradarla. Aprendia las lecciones de memoria para decorárselas, se excedia en ellas para manifestarla su aplicacion, y por último, en sus labores y dibujos sólo la guiaba el deseo de ejecutarlos con la mayor perfeccion para adornar el gabinete de su querida mamá. Cultivaba con afan la música para distraerla; y con el ansia de granjearse su cariño no habia ocupacion, por penosa que fuese, que no emprendiera con el mayor gusto, considerando sus estudios como otras tantas diversiones.

Para acabar de perfeccionar la educacion de Eugenia tomó su madre la resolucion de ir á pasar dos años en Paris. Se separó de su agradable soledad hácia fines de setiembre, y luego que llegó á Paris alquiló una casa, en la que Eugenia echó ménos muchas veces las deliciosas riberas del Indre y del Loire. La señora de Palmene volvió á ver con sumo gusto varias personas que tratara en otro tiempo. Entre estas distinguió particularmente á un antiguo amigo de su esposo, llamado el conde de Amilly, digno en efecto de esta preferencia por su mérito y virtudes. Viudo hacia largo tiempo, sólo tenia un hijo de diez y ocho años, del que se acababa de separar por dos. Este mozo, llamado Leoncio, habia ido á Italia, y debia seguir viajando por el Norte.

El conde de Amilly iba todas las noches á cenar con la señora de Palmene. Cuando á las diez y media Eugenia se iba á acostar, el conde se deshacia en elogios de ella. Admiraba igualmente su talento, modestia, reserva, y cierto aire de dulzura y franqueza, que realzaba indeciblemente todas sus

acciones. Despues solia hablar de su hijo, encomiando sus conocimientos, su genio y buen corazon. La señora de Palmene escuchaba con deleite el elogio de Eugenia; y como oia pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio acabó por tenerle inclinacion; y en estas conversaciones se olvidó varias veces la hora que era. El conde de Amilly continuó las visitas con la misma frecuencia, pero sin explicarse más. Solamente un dia dijo:

—Mi hijo será rico, pues yo lo soy; pero ántes de partir con él mis riquezas, le quiero enseñar á usar de ellas. Á su vuelta tendrá veinte años. Le casaré dándole una mujer amable, cuyas gracias, ejemplo y dulzura puedan hacerle cumplir con gusto todas sus obligaciones y amar la virtud.

Bien conocia la señora de Palmene que este retrato se parecia al de Eugenia; pero considerando la gran distancia que existia entre su caudal y el del conde, no podia persuadirse de que este pensase realmente en su hija.

Dos años habian trascurrido ya que estaba en Paris, y Eugenia frisaba con los diez y ocho. Una noche, al entrar el conde de Amilly á ver á esta señora, la solicitó permiso para presentarla á su hijo, que acababa de llegar, y concedido, entró un mozo de aspecto noble, que acercándose á ella, la hizo su cumplido de un modo afectuoso y tímido, que daba nuevo realce á su gracia natural. El conde y su hijo se quedaron á cenar. Leoncio habló poco; pero miró mucho á Eugenia, y no dijo una palabra en que no manifestase el vivo deseo que tenia de agradar á su madre. Al dia siguiente volvieron, y la señora de Palmene dijo sin rodeos al conde que se habia hecho una ley irrevocable de no recibir en su casa á ningun sugeto de la edad de Leoncio.

—Pero, señora, respondió el conde, es menester no obstante que examine V. si puede convenirla...

—¿Cómo? ¿Qué quiere V. decir?

—Pues qué, ¿no conoce V. que mi dicha y la de mi hijo dependen de eso?... Tómese V. tiempo para conocerle, y si tiene la fortuna de agradarla, se verán colmados nuestros deseos.

No podia decirlo más claro. Manifestó la señora de Palmene al conde el agradecimiento que sus ofrecimientos la inspiraban. No se empeñó positivamente hasta haber hablado á Eugenia y tomado algunos informes acerca del carácter de Leoncio. Todo lo que la dijeron acerca de este sólo sirvió para acrecentar el deseo que tenia de adoptarle por hijo; é instándola nuevamente el conde á que le diese una respuesta positiva, no vaciló en dársela. Arreglado todo se firmó el contrato matrimonial; al dia siguiente Leoncio obtuvo gozosísimo la mano de la amable Eugenia, partiendo todos al punto á una hermosa posesion que tenia el conde á diez leguas de Paris, convenidos en no volver á la ciudad hasta fines del otoño.

MCD 2022-L5

La señora de Palmene estuvo tres meses con sus hijos, al cabo de cuyo tiempo se vió precisada á dejarlos, porque deseando establecerse para siempre en Paris, la era forzoso hacer un viaje á Turena para arreglar sus cosas. Aunque debia volver ántes del invierno, tuvo que apelar Eugenia á toda su razon para tolerar esta dolorosa separacion. Su pesadumbre y melancolía despues que su madre partió, la hicieron aun más estimable á los ojos de Leoncio. Encontraba cierta satisfaccion contemplándola en aquel estado de abatimiento y de tristeza, diciendo al ver correr sus lágrimas:

—¡Qué grande será de aquí á algun tiempo el amor que me profesará este corazon tan sensible y agradecido!

Sin embargo, Eugenia, por temor de afligir á Leoncio, trataba de ocultarle su pesadumbre; pero desahogaba su pena con Valentina, la muchacha que habia sido su compañera en la niñez. El consuelo mayor de Eugenia era hablar de su madre y escribirla todos los dias largas cartas, que contenian todos los detalles de sus sentimientos, ocupaciones y recreos.

Ya habia cerca de dos meses que estaba ausente; en este espacio de tiempo no hizo Eugenia ni un solo viaje á Paris en compañía de su suegro y marido, anhelando la vuelta de su madre. Era Eugenia el único objeto de todos los pensamientos de Leoncio, la cual cada dia le queria más. Iban con frecuencia á pasearse por los bosques y campos; Eugenia hacia preguntas á Leoncio acerca de sus viajes, y se instruia escuchándole. Otras veces, sentados en el márgen de un arroyo, solia Eugenia cantar algun romance; su voz suave y armoniosa atraia los pastores y labradores. Los unos dejaban sus faenas, los otros desamparaban sus rebaños, y todos acudian á oirla. Una tarde reparó Eugenia entre aquel auditorio campestre en un anciano que aun no habia visto. Su aspecto era tan venerable y sus canas tan largas y blancas, que Eugenia entró en deseo de saber su nombre. Supo que se llamaba Jerónimo, y que contaba setenta y cinco años; que mantenia á una hermana paralítica, y que era abuelo de cinco huérfanos á quienes sustentaba con su trabajo. La asignacion de Eugenia para sus gastos era muy limitada, pues aunque su suegro poseyese bienes cuantiosos, y queria que su hijo y su nuera tuviesen arreglo y economía, teniendo la prudencia y valor de no repartir sus riquezas con ellos.

—Cuando conozca, les decia, que sabeis emplear bien el dinero, haremos bolsa comun; dentro de cinco años, por ejemplo, si de aquí á entónces estoy contento de vuestra conducta, me despojaré con sumo gusto á favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré á un insensato y á un disipador mis riquezas, fruto de mi aplicacion y afanes, y de que puedo disponer á mi gusto.

—¡Ah padre mio! respondia Leoncio, si me ha concedido V. á Eugenia, ¿qué más puede darme?

Eugenia tampoco deseaba mayor pension que la que tenia. Cuando hay juicio y economía con poco dinero se hace mucho. Por lo tanto, siempre tenia algun dinero con que satisfacer su generosidad y beneficencia. Pensando continuamente en el pobre anciano Jerónimo, al acostarse dijo á Valentina que la enviaria á llevarle algun socorro. Al dia siguiente por la mañana el conde de Amilly fué, como acostumbraba, á desayunarse al cuarto de su nuera.

—Aquí tengo, la dijo, un billete para el baile de máscaras. Dentro de quince dias hay en Paris una soberbia funcion, y te han convidado. Quiero, hija mia, que vayas á ella; necesitas un vestido de baile y aquí lo traigo.

Al decir eso dejó encima de la mesa un bolsillo con sesenta luises. Luego que se fué, llamó Eugenia á Valentina, y enseñándola el regalo que acababa de hacerla su suegro, la dijo:

—Con cincuenta luises me podré hacer un vestido bastante hermoso, y así voy á tomar de esta cantidad diez para dárselos al pobre Jerónimo; tú, Valentina, irás á informarte al lugar de si es cierto lo que me han dicho de este anciano, y siéndolo, yo misma iré á llevarle este socorro.

Por la tarde volvió Valentina del lugar, y dijo á su ama que, no sólo se habia informado en casa del cura y en la de varios aldeanos, sino que tambien habia ido á la del buen viejo; que habia visto á su hermana paralítica, que la estaba cuidando la mayor de los nietos de Jerónimo, niña de edad de doce años; que la enferma estaba en un cuartito bastante aseado, en una cama mediana; que el pobre viejo dormia en el portal sobre un poco de paja; y que finalmente Jerónimo era el vecino más honrado y más infeliz de todo el lugar como tambien el mejor hermano y abuelo.

—Vamos, dijo Eugenia, aquí tengo el bolsillo; llevémosle al punto diez luises.

Al acabar estas palabras trabó del brazo á Valentina, y salió con ella, haciendo decir á Leoncio, que estaba jugando, que iba á pasearse hácia la isleta de los Alamos, á ver segar. Llegaron al campo en donde Jerónimo trabajaba regularmente hasta puesto el sol. Viendo que por ninguna parte parecia, preguntan dónde está, y les dicen que, rendido de calor y cansancio, habia ido á descansar un rato á la sombra, y estaba durmiendo á la orilla del arroyo junto á la cerca de los escaramujos. Eugenia y Valentina se encaminan hácia aquel lado; al cabo de un instante descubren á lo léjos un anciano dormido y rodeado de sus nietos. Se acercan poco á poco por no despertarle, y se detienen á alguna distancia para contemplar el espectáculo

más interesante y tierno. El pobre anciano dormia profundamente: una pulida niña de ocho á nueve años ataba con gran tiento su delantal á las ramas de los escaramujos para hacer un toldo que le resguardase del ardor del sol; uno de sus hermanos la ayudaba, en tanto que los otros dos con unas ramitas de álamo, puestos de rodillas cada uno á un lado del abuelo, espantaban las moscas y mosquitos que se acercaban á su rostro. Cuando la niña vió á Eugenia la hizo seña con la mano que no metiese ruido. Eugenia se sonrió, y acercándose de puntillas abrazó á la chiquita, y la dijo en voz baja:

—Tengo que hablar con tu abuelo luego que despierte. Véte allá á jugar con tus hermanitos y volverás cuando yo te llame.

La chica puso alguna repugnancia en apartarse, como tambien los chicos, que no quisieron irse hasta que Eugenia y Valentina les prometieron que espantarian con cuidado las moscas como ellos hacian.

Hecho el convenio tomaron las ramas de álamo, y sentándose á ambos lados del abuelo, en un instante desaparecieron los niños. Entónces Eugenia, sacando de la faltriquera el bolsillo, le puso sobre sus rodillas para sacar los diez luises. Despues, temiendo hacer demasiado ruido al contar el dinero, se paró, y, echando la vista sobre el anciano, le miraba enternecida.

—¡Con qué descanso duerme, dijo, pobre viejo!... ¡Qué presencia tan venerable! Setenta y cinco años, ¡qué edad!... En este largo espacio de años ¡qué fatigas no habrá tolerado! Y aun ahora que le van faltando las fuerzas se ve obligado á trabajar sin tregua.

Al decir esto rodaron las lágrimas por las mejillas de Eugenia.

—Piense V., señora, la dijo Valentina, en la alegría que le va V. á proporcionar con esos diez luises.

—Esta corta cantidad, replicó Eugenia, no puede labrar su felicidad. ¡Oh qué grato me seria asegurar la tranquilidad de los dias que le restan por vivir! ¡Con qué placer despertaria! Diez luises sólo serán un alivio momentáneo, pero cincuenta le remediarian del todo. ¡Cincuenta luises!... ¡El precio de mi vestido!... Y ¿qué satisfaccion me proporcionará? Apénas lo repararán; veré ciento mejores que el mio. ¿Crees acaso, Valentina, que cuando esté con un vestido con flecos de oro pareceré más hermosa á Leoncio? Hoy mismo le he parecido tan bien, y no obstante sólo tengo puesto una bata blanca y algunas flores que él me dió esta mañana. Valentina mia, con diez luises podré hacerme un vestido nuevo, sencillo á la verdad, pero que me sentará mejor que otro mucho más costoso; algunas flores y gasas son más propias de mi edad. ¿Qué te parece?

—Yo, señora, confieso á V. que celebraria verla bien compuesta.

—¡Ah Valentina, repara en este anciano y abandonarás esa idea tan vana! Figúrate, pues, la satisfaccion que yo tendria en librar de la miseria á este buen padre de familia... Valentina, ¡con qué contento cenaria esta noche rodeado de sus nietos! ¡Con qué gozo tan puro los abrazaria, y recibiria sus caricias!... Y yo mañana por la mañana lo podria escribir á mi madre... ¡Oh madre mia! ¡cuán feliz serias al leer mi carta!

—Pero, señora, será V. notada por la única de la funcion que vaya vestida tan sencillamente, lo cual podrá desagradar al señor conde... y puede ser que á mi amo tambien.

—Sin embargo, son tan buenos y benéficos... Vamos, Valentina, consultaré á Leoncio. Nada debo hacer sin su consentimiento. Pero desviémonos de aquí, porque la vista de este buen viejo me causa tales tentaciones que no las podria resistir. Ven, vamos á buscar á Leoncio y despues volverémos.

Iba Eugenia á levantarse, cuando oyó moverse las hojas á la espalda, y volviendo la cabeza vió á Leoncio, quien saliendo de entre las zarzas se arrojó en sus brazos. Á poco que Eugenia saliera de casa hizo él lo mismo, yéndola á buscar; y sabiendo que Eugenia andaba en busca de Jerónimo, no dudó que seria para socorrerle. Leoncio, pues, siguiéndola, habia estado escondido detras de la cerca para escuchar la conversacion de Eugenia y del anciano, y aunque Eugenia hablaba en voz baja, como el espacio que los separaba era corto, no habia perdido ni una sola palabra de cuanto dijera.

—¡Oh adorada Eugenia! exclamó arrojándose en sus brazos... Todo lo he oido. Pensando en los medios de asegurar la felicidad de este anciano labras tambien la mia, puesto que la conversacion que acabo de oir me revela hasta qué grado mereces ser querida.

Todavía la estaba hablando Leoncio cuando Jerónimo despertó. Al punto Eugenia se desase de entre los brazos de Leoncio, y se acerca al anciano. Este la mira con admiracion, y por respeto trata de levantarse. Eugenia le insta á que se esté quieto. Él lo rehusa, añadiendo:

—Tengo que ir á trabajar.

—No, responde Eugenia, descanse V. hoy.

—Y ¿mi jornal?

—Yo lo abonaré... Tome V. este bolsillo; ojalá le sirva de igual satisfaccion á la que yo experimento al entregárselo.

Al decir esto Eugenia, enternecida y con cierto género de respeto, se inclina y pone en las manos temblonas de Jerónimo la bolsa, que contenia cincuenta luises. Leoncio de pié en frente de Eugenia la contempla como arrobado. Jamas le habia parecido tan hermosa, ni en su corazon causado una impresion tan tierna y profunda.

MCD 2022-L5

Entre tanto el anciano mira y vuelve á mirar con pasmo el bolsillo puesto sobre sus rodillas. En su vida habia visto una suma tan fuerte. Restrégase los ojos, teme aun estar dormido, ó juzga que está soñando. Eugenia disfruta deliciosamente contemplando la admiracion de aquel pobre hombre. En fin, Jerónimo, juntando las manos y alzándolas al cielo:

—Pero, Dios mio, exclamó con voz trémula, ¿qué he hecho yo para merecer recompensa tan grande?

A cuyo punto levantó la cabeza, y mirando á Eugenia con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Ah señora, continuó, Dios quiera para recompensarla á V. darla hijos que se la parezcan!

No pudo continuar; las lágrimas le embargaron la voz. Á este tiempo sus nietos volvieron corriendo. Eugenia le suplicó escondiese el bolsillo y á nadie dijese lo que habia pasado hasta que se lo permitiera. Luego volvió Eugenia á abrazar á Simonita, y despues de haberse despedido del buen anciano se encaminó con Leoncio hácia su casa. No quiso participar á su suegro lo sucedido hasta despues de haber ido á la funcion arriba dicha, por temor de que el conde no la regalase otro vestido de baile. Llegó en fin el dia de este. El conde se quedó en el campo, y Eugenia, acompañada de una deuda suya y de su marido, fué á Paris. Sola ella atrajo y se llevó la atencion de todos en el baile, no sólo por su hermosura, sino tambien por la graciosa sencillez de su traje, que la distinguia de todas las demas; no habia en su adorno oro, perlas ni diamantes; no la incomodaba el vestido, y así alcanzó los premios del baile y de la hermosura. El dulce recuerdo del anciano aumentaba su alegría y su gracia natural; y considerando á menudo la loca y excesiva magnificencia de las jóvenes de su edad, exclamaba:

—¡Cuánta lástima me causan! ¡No conocen la verdadera alegría!

Al amanecer se retiró del baile con Leoncio y se volvieron á la quinta. Este deseaba que su padre la viese vestida, y no veia la hora de referirle el suceso de Gerónimo. Como le conocia bien, disfrutaba de antemano con el gozo que le causaria la narracion. En efecto, el conde la oyó con alegría y enternecimiento. Dió repetidos abrazos á la amable Eugenia, y desde aquel instante la estimó más que si fuese hija suya. Leoncio y Eugenia fuéron al dia siguiente á ver á Jerónimo: díjole Leoncio que tomaba á su cargo la colocacion de sus dos nietos Simonita y su hermanito mayor; la primera la pusieron en Paris en casa de una costurera, y al segundo en la de un ebanista; y para completar la dicha del buen anciano, el conde le regaló una vaca y una fanega de tierra inmediata á su choza.

MCD 2022-L5

La dichosa madre de Eugenia, que ya venia de camino de vuelta de la Turena, recibió en él la carta que contenia estos pormenores.

No es posible, hijos mios, que en vuestra edad podais comprender el gozo que causaria semejante carta en el tierno corazon de una buena madre. En fin, la sensible y hermosa Eugenia se encontró en los brazos de su madre, quien acabó sus dias en compañía de una hija tan digna de su amor. Siempre fue Eugenia la delicia de su madre, esposo y familia; su corazon y la estimacion pública la daban la justa recompensa debida á sus virtudes y conducta. Y para colmo de dichas oyó el cielo las oraciones del buen Jerónimo, dándola hijos que se la parecieron y que la proporcionaron toda la felicidad que ella habia hecho sentir á su buena madre.

Aquí calló la baronesa y la marquesa dijo:

—Hijos mios, ¿os ha gustado esa historia?

—Muchísimo; y yo procuraré parecerme con el tiempo á la amable Eugenia.

—Y yo tambien, porque hizo feliz á su madre.

—Y yo, dijo César, imitaré á Leoncio... Pero ahora que le nombro, permítame V., mamá, que la pregunte una cosa. Leoncio escondido detras de la cerca escuchaba lo que hablaba su esposa: ¿no es una indiscrecion?

—Me alegro de que pienses así; tu reparo es muy justo, porque aunque es cierto que Leoncio estaba persuadido de que Eugenia no hablaria sino cosas relativas al anciano, con todo, siempre hizo mal en ocultarse para oir la conversacion. Cuando una accion es mala en sí, no debemos hacerla por fuertes que sean las razones que tengamos para ello. Procuraré, hijos mios, haceros conocer lo que es bueno y lo que es malo; y cuando hayais adquirido este precioso conocimiento, sé fijamente que amaréis la virtud, porque no hay cosa más amable que ella, y aborreceréis el vicio; entónces, si quereis ser felices y estimados, debeis decir: nunca haré una mala accion, sea el que fuese el motivo, la intencion y las circunstancias que puedan disculparme para conmigo mismo.

Diciendo esto se levantó la marquesa y cada uno se fué á su cuarto. No pensaba la señora de Clemira cuando se acostó en la pena cruel que la esperaba á la mañana siguiente. Las noticias que en los dos meses últimos recibiera de Paris y del ejército la persuadian á que se haria la paz ántes de abrirse la campaña. Pero ¡cuál fue su dolor cuando á las ocho de la mañana recibió cartas que la participaban que los dos ejércitos estaban á la vista y que se daria la batalla sin remedio!

Luego que los niños supieron la noticia acompañaron á su madre en su pena é inquietud: olvidáronse los juegos, se acabaron las diversiones, y las

horas de recreo se pasaron entre la afliccion y el llanto. Quince dias duró tan cruel situacion. En fin, el dia último de abril, estando los niños oyendo leer al capellan un capítulo del Evangelio, de improviso oyeron ruido de voces interrumpidas y gritos confusos, entre los cuales conocen la voz de la marquesa, y al instante se arrojan á la puerta trémulos y despavoridos, y al abrir se hallan en los brazos de su madre, que á voces les dice:

—Hemos ganado la victoria y vuestro padre está bueno.

Al oir esta nueva los niños, bañados en llanto, se abrazan á un tiempo á su madre, y sin hablar, con sus lágrimas manifestaban el gozo que les embargaba. Apoyada la marquesa en su madre y estrechando á sus hijos contra el pecho, presentaba á la familia, que habia acudido al oir la noticia, el más tierno espectáculo.

Tras un breve silencio, interrumpido por las lágrimas que hacia verter el gozo, se sentó la marquesa en medio de su feliz familia y leyó en alta voz las cartas que acababa de recibir. Las noticias detalladas que contenian dieron nuevo pábulo á la alegría, pues por ellas se podia creer que la paz seria el fruto de la victoria.

La tranquilidad y la dicha hicieron renacer en la quinta la alegría, los juegos y las diversiones. Este dia tan feliz era justamente el señalado para plantar el *Mayo*. Se determinó que esta funcion tuviese lugar en la plaza de la quinta, y se aguardó con impaciencia la hora en que debia comenzar. Al levantarse de la mesa se oyeron los instrumentos del lugar; al punto bajaron corriendo los niños á la plazuela, en donde estaban ya los músicos y toda la gente moza de la aldea: los mozos en chupas blancas adornadas con cintas se pusieron al rededor del Mayo tendido en el suelo, y teniendo en la mano las cuerdas con que le habian de levantar cuando se diera la señal de plantarle. Á este tiempo se acercaron las mozas, cada cual con una cesta de flores para adornar el Mayo: una le pone un ramillete, otra una guirnalda, quedando en un momento el árbol cubierto de mil clases de flores, y lleno de coronas de violetas, narcisos y anémonas. Hecho esto, los dos labradores más antiguos del pueblo se acercaron con mucha gravedad, cada uno con su botella en la mano, y regaron con víno el pié del árbol. Despues de esta ceremonia brindaron á la salud del señor; César, segun costumbre, hizo las veces de su padre, y por consiguiente correspondió á los brindis tomando con gran gravedad un vaso medio lleno, y despues de haberlos saludado se lo bebió con mucha gracia. Al punto empinaron el Mayo, y seguidamente, trabándose los mozos y mozas de las manos, bailaron en rueda, y cantando coplas en alabanza del florido mes de mayo. César, Carolina y Pulqueria se mezclaron en el baile, y repetian los estribillos de las coplas con

mucha algazara. Despues de la rueda se ejecutó la danza de las *saltadoras* (*) y se dió fin á la funcion jugando al marro.

Como era César más ágil y robusto de lo que se podia esperar de su edad, lució muchísimo en este juego, porque sus lances proporcionan la ocasion de manifestar ligereza en alcanzar á los contrarios; habilidad y maña engañando al que persigue; buena fe condenándose á sí propio en los lances dudosos; y finalmente, valor y generosidad, exponiendo su libertad para darla á los prisioneros de su bando. Para completar el júbilo de este dia no faltaba mas que una velada, pero la marquesa la prometió para el dia inmediato; y ántes de acostarse se dispuso que á la mañana siguiente todos se levantarian al rayar el alba para dar un buen paseo por el campo. En efecto, apénas empezó á amanecer cuando se vistieron los niños, y al punto salieron con su madre de la quinta, sin más comitiva que el fiel Morel.

Al cabo de una hora de paseo se acordaron los niños de que aun no habian almorzado: distaban de la quinta tres cuartos de legua, y el hambre los apretaba; por cuyo motivo se resolvió buscar alguna choza en donde hubiese leche. Morel dijo que cerca habia una, y al punto siguieron los niños con prisa y alegría el camino que les indicaba. A la media hora llegaron á la choza en donde extrañaron encontrar bullicio y regocijo, y unos treinta labradores, todos con sus vestidos de fiesta. Aquella misma mañana se habia casado una hija del dueño de la casa; acababan de llegar de la iglesia y estaban preparando la comida. La marquesa y sus hijos entraron en el huerto y se sentaron sobre el césped. Acudió la novia con un tarro de nata de leche y rico pan casero. Carolina (despues de permitírselo su madre con una seña) se quitó una cruz de oro que traia al cuello, y la puso al de la novia á tiempo que se inclinaba para presentarla el tarro. La muchacha se puso colorada, y mirando á la marquesa rehusaba admitir el regalo; pero esta la dijo:

—Mariquita, no aflijas á Carolina desairando esa corta expresion, y vé á decir á tu padre que para el domingo convido á toda la gente de la boda á comer en mi casa.

Loca de contento é impaciente por enseñar la cruz de oro á todos, echó á correr sin acordarse de dar las gracias á Carolina. No tardó en volver con su padre, y despues de mil expresiones de agradecimiento regresaron á la choza.

—Mamá, dijo entónces Carolina, me parezco á V. en lo que me agra-

(*) Baile rústico muy comun en Borgoña.

Hizo entrar al czar en una salita llena de muchachos.

dan los aldeanos... ¡Qué graciosa es Mariquita! ¡Qué modesta! Y ¡qué bonita está cuando se pone colorada!... La leche que nos ha dado era muy buena... y el pan tambien... ¡Qué alegría tan grande han recibido con el convite de V. Creo seguramente que bendecirán mil veces la casualidad que nos condujo á su casa.

—Este suceso me recuerda un caso que he leido en la historia de Rusia.

—Ah mamá, cuéntenosle V.

—Con el mayor gusto: es como sigue.

El czar Iwan (*) se disfrazaba algunas veces para saber con certeza lo que el pueblo opinaba de su gobierno. Un dia que se paseaba solo por los alrededores de Moscow llegó á una aldea, y fingiendo hallarse fatigado pidió le hospedasen; iba cubierto de andrajos, y toda su traza anunciaba la mayor miseria; y lo que hubiera debido excitar la compasion y obligar á recibirle, sólo sirvió para que se lo negasen. Lleno de indignacion por la dureza de aquellos perversos habitantes iba á abandonar la aldea, cuando divisó una casa á la cual no habia llegado. Era el hogar más pobre y reducido de la aldea. Acercóse el emperador y llamó á la puerta; al instante salió un hombre á preguntar al forastero lo que queria.

—Me estoy muriendo de hambre y cansancio, respondió el czar. ¿Puede V. recogerme por esta noche?

—¡Ay! dijo el aldeano cogiéndole por la mano, mala será para V., porque me encuentra en un lance harto crítico; mi mujer está enferma, y sus quejidos le impedirán descansar; pero venga V., que á lo ménos se libertará del frio, y partirémos mi cena.

Hizo entrar el aldeano al czar en una salita llena de muchachos; en una misma cuna dos dormian profundamente, una niña de tres años dormia tambien sobre una estera, inmediata á sus hermanos, miéntras que sus dos hermanas mayores, la una de seis y la otra de siete, estaban de rodillas rogando á Dios que sacase con bien á su madre, la cual ocupaba el cuarto inmediato y cuyos clamores se oian distintamente.

—Estése V. aquí, dijo el buen hombre al emperador; voy á buscarle qué cenar.

Salió en efecto, y dentro de un instante volvió, trayendo meloja, pan y huevos.

—Hé aquí, le dijo, cuanto tenemos; cene V. con mis hijas, que yo voy á cuidar de mi mujer.

(*) Por los años 1550.

—La buena accion que V. ejecuta recibiéndome tan bien, dijo el czar, le hará feliz; no dude que el cielo recompensará su caridad.

—Oh amigo, replicó el aldeano, pida V. á Dios que mi mujer salga con felicidad, que es cuanto tengo que desear.

—Con que ¿V. se tiene por feliz?

—¡Feliz! Júzguelo V.: tengo cinco hijos que se crian bien, una mujer á quien amo, un padre y una madre que se mantienen buenos, y mi trabajo basta para atender á la subsistencia de todos.

—Y ¿los padres de V. viven aquí?

—Sí, señor, allá dentro están con mi mujer.

—¡Es tan chica esta cabaña!

—¡Bastante grande es, puesto que todos cabemos en ella!

Y se entró á ver á su mujer, la cual dió á luz felizmente un niño una hora despues. Enajenado el huésped de gozo llevó su hijo al czar, y dijo:

—Vea V. el sexto que Dios me da; Dios me lo conserve como los otros. ¡Vea V., añadió, qué robusto y qué hermoso!

El czar tomó en brazos al niño, y contemplándole con ternura dijo:

—Yo entiendo algo de fisonomía, y la de este niño es de buen augurio; apostaré que hace una gran fortuna.

El aldeano se sonrió y las dos niñas se acercaron á besar al recien nacido, que se llevó la abuela. Las dos niñas la siguieron, y el aldeano extendiendo en el suelo un poco de paja, convidó al huésped á acostarse con él, quedándose dormido al punto en el más pacífico sueño.

Un candil alumbraba escasamente la pieza. El czar incorporándose tendió la vista al rededor y consideró con atencion al aldeano y á sus tres hijos dormidos. Reinaba en la casa un profundo silencio.

—¡Qué tranquilidad, decia el emperador, qué calma! ¡Hombre sencillo y virtuoso! ¡con qué paz duerme sobre esta estera! Los remordimientos, las sospechas, los proyectos ambiciosos no turban su sosiego; su sueño es delicioso, porque es el sueño de la inocencia.

Estas reflexiones ocuparon al emperador toda la noche... Cuando amaneció despertó el aldeano, y despidiéndose de él, le dijo:

—Vuelvo á Moscow, allí conozco á un hombre benéfico, á quien hablaré de V.; estoy seguro de que le obligaré á servir de padrino á su hijo recien nacido, y déme V. palabra de esperar para la ceremonia del bautismo; á las tres de la tarde á lo más estaré aquí.

El aldeano no hizo gran caso de la promesa; pero por complacer consintió en lo que deseaba el forastero, y con esta seguridad partió el czar inmediatamente.

Pasadas las tres, y viendo el aldeano que no volvia su huésped, se dispuso para llevar á su hijo á la iglesia. Ya iban á salir de casa cuando se oyó de repente un gran ruido de caballos y coches. Asómase el buen hombre á la ventana, ve el camino lleno de tropa y de soberbias carrozas, y reconociendo la guardia del emperador, llama inmediatamente á su familia para que viesen pasar al czar; salen todos en tropel y se colocan delante de la casilla: muchos coches desfilaron, y al fin paró la carroza del czar delante. La guardia hace alto desviando el tropel de aldeanos atraidos por la esperanza de ver á su soberano. Abren la portezuela de la carroza, baja el czar, ve á su huésped, se dirige á él y le dice:

—Te prometí un padrino, y vengo á cumplir mi promesa; dáme á tu hijo, y sígueme á la iglesia.

Inmóvil el aldeano y sorprendido al oir estas palabras, mira al czar con un pasmo igual á su alegría y contempla como aturdido su magnífico vestido, las brillantes pedrerías de que estaba cubierto y la lucida córte que le rodeaba. Entre este pomposo aparato no pudo conocer al pobre andrajoso con quien habia pasado la noche sobre la estera. El emperador gozaba considerando su incertidumbre y el exceso de su admiracion.

—Tú cumpliste ayer, le dijo, con las obligaciones que impone la religion y la humanidad, y hoy vengo yo á pagar la más grata deuda de un soberano, que es recompensar la virtud; te dejaré en un estado que honras y del cual envidio la inocencia y la tranquilidad; pero te daré los bienes que te faltan; tendrás numerosos rebaños, buenos campos y una casa en que puedas ejercer la hospitalidad; finalmente, me encargo del niño que ví nacer anoche, porque te acordarás, añadió sonriéndose, que te dije que haria gran fortuna.

Penetrado el buen hombre de agradecimiento y bañado en lágrimas, no dió otra respuesta que traer el niño y ponerle á los piés de su soberano. Enternecido el czar tomóle en brazos y le tuvo en la pila del bautismo; y no queriéndole privar de su madre, le volvió á su cabaña, diciendo que se le llevaria cuando no la necesitara. Cumplió el czar fielmente sus promesas; se encargó de la educacion del niño, le crió en su palacio, hizo su fortuna, y colmó de beneficios al buen aldeano y á su virtuosa familia.

—¡Qué pesadumbre, dijo César, tendrian los demas aldeanos, cuando supieron que el que habian despedido era su soberano!

—Este cruel recuerdo fue la justa pena de su delito; la vergüenza y los remordimientos son consecuencias precisas de una mala accion.

—Pues ¿cómo los malvados, dijo Pulqueria, no se hacen estos cargos?

—Porque un mal corazon ahoga y mata todas las luces naturales de la razon.

—¡Qué infelices son los malos!

—Por eso en las obras de Sadi, poeta persa, se halla esta oracion en boca de un sabio: ¡Gran Dios! ten lástima de los malos, porque por los buenos hiciste todo lo posible haciéndolos lo que son.

Levantóse la marquesa, y saliendo de la huerta tomaron todos el camino de la quinta, hablando del czar Iwan.

—Mamá, dijo Pulqueria, desearia que V. nos contara un caso histórico las veces que tenemos el gusto de venir con V. á paseo.

—Sí por Dios, mamá, cuéntenosle V., exclamaron César y Carolina.

—Ya entiendo vuestra intencion; es preciso que para contentaros haya historia por la mañana y novela por la noche. Me parece que teneis mucha confianza en mi memoria.

—Y más en la bondad de V., mamá, y tenemos razon.

—Ya veo que será preciso no desmentir ese buen concepto.

Con esta conversacion llegaron á las puertas de la quinta: la marquesa se fué á su cuarto con sus hijas, y César con el señor Fremont al suyo. Despues de comer tenia la marquesa que escribir varias cartas, por lo que dejó á sus hijos en la sala en compañía del capellan, pues era la hora señalada para el descanso. Luego que acabó sus cartas volvió, y encontró á sus dos hijas juntas en un rincon y leyendo.

—¿Qué libro es ese? les preguntó.

—Nos le ha prestado Julieta.

—¿Es Julieta quien debe dirigir vuestras lecturas? Ademas, ¿es bien hecho tomar libros prestados sin mi consentimiento?

—Eso mismo he dicho yo á las señoritas, dijo el capellan, que estaba jugando al ajedrez al otro extremo de la sala con el cura; pero no han hecho caso. Su hermano tiene más juicio; nos vé jugar, y al mismo tiempo lee el *Diario de Paris*.

—Pero en fin, dijo la marquesa, sepamos qué libro es ese.

—Mamá... es... *El príncipe Percinet y la princesa Graciosa*.

—¡Un cuento de hadas! ¿Cómo es posible que semejante lectura os agrade?

—Mamá, conozco que hago mal, pero confieso que los cuentos me gustan.

—¿Por qué causa?

—Porque me divierte lo que es maravilloso y extraordinario; las metamórfosis, los palacios de cristal, de oro y plata me encantan.

—Pero ¿no conoces que todo es ficcion?

—Sí, señora, bien sé que son cuentos.

—¿Cómo, pues, ese convencimiento no te los hace parecer insípidos?

—Por eso me gustan mil veces más las historias que V. nos cuenta; estaria oyéndolas noche y dia. Por el contrario, conozco que estos cuentos me fastidiarian pronto.

—Y mucho más cuando con leer libros útiles y de instruccion podrias disfrutar más completamente de la diversion que te causa lo maravilloso.

—¿De qué modo?

—Tu ignorancia sola te persuade que los prodigios y maravillas no se hallan sino en los cuentos. La naturaleza y las artes ofrecen fenómenos todavía más admirables que las aventuras más raras de *El príncipe Percinet*.

—Pero, mamá, me parece casi imposible.

—Al contrario; y en prueba de ello te ofrezco narrar un cuento más singular é increible que cuantos has oido hasta ahora, siendo todas sus maravillas ciertas.

Á esto César, dejando la partida de ajedrez y el *Diario de Paris*, se acercó á su madre diciendo:

—¿Será posible, mamá?

—Vosotros lo veréis. Yo no haré más que inventar personajes y situaciones.

—Pero ¿todo lo maravilloso será cierto?

—Sí, todo lo que os parecerá prodigio y encantamiento será efecto de la naturaleza, habrá sucedido, y quizá existirá actualmente.

—Parece increible.

—Pero, mamá, yo creo que no habrá en el cuento de V. palacios de cristal, ni columnas de diamantes.

—Ya que lo deseas, habrá en mi cuento palacios de cristal y columnas de diamantes. Aun pondré más; pondré toda una ciudad de plata.

—Y ¿sin hablar de hechiceros ni de mágia?

—Sin hechiceros ni mágia se hará todo eso y mucho más.

—Apénas puedo creerlo.

—¡Ah mamá, qué deseos tengo de oirlo!

—Necesito para componerlo lo ménos tres semanas; porque me es preciso volver á leer varias obras de historia natural y viajes.

—Pues qué, ¿en esos libros instructivos se hallan cosas más maravillosas que las de Percinet? Siendo así, ¿cómo hay quien lea todavía los cuentos de hadas?

—Porque para entenderlos se necesitan conocimientos preliminares que cuestan algun estudio.

MCD 2022-L5

—Pero ¿podrémos sin conocimientos preliminares comprender el cuento de V.?

—Sí, porque no me valdré de términos científicos; os diré los efectos sin explicar las causas. Y así os aseguro que si no lo hubiese prevenido, os pareceria mi cuento todo encantos y hechicerías.

—Y ¿será menester aguardar tres semanas?

—Y en todo este tiempo no habrá veladas por las noches, ni casos de historia por la mañana.

—¡Cómo, válgame Dios!

—Si lo considerais, hijas mias, aun es poco castigo para vuestra desobediencia. ¿No os tengo dicho que no leais libro alguno excepto los que vuestra abuelita y yo os demos?

—Es verdad.

Para consolarse en lo posible de la privacion de las veladas, pasaron los niños aquel dia el tiempo de asueto en su jardin. Al ponerse el sol bajó con ellos su madre, y Pulqueria, haciéndola admirar un arriate lleno de jacintos, exclamó:

—¡Todas estas flores son mias! ¡Oh mamá mia! ¡Qué feliz me ha hecho V. dándome este pedacito de tierra! Si me acordara continuamente de no desobedecerla, seria mi dicha completa. V. que es buena como aquel sabio que rogaba á Dios por los malos, ruéguele me dé juicio, me quite la curiosidad, y que ninguno de mis jacintos se me muera.

—¿Con que no te cansas de tu jardin?

—Al contrario, cada dia me gusta más.

—No lo extraño; los placeres sencillos é inocentes son los únicos que duran. Los palacios cansan, cansa el trono mismo; pero nadie se fastidia de un jardin que cultiva con sus propias manos. Rogado Diocleciano por su antiguo colega Maximiano á fin de que volviesen á ocupar el trono imperial que habian abandonado algunos años ántes, le respondió lo siguiente: *Amigo mio, ven á ver las famosas lechugas que he plantado en mis jardines de Salona.*

—Pues ¿qué hubiera dicho si hubiese tenido mis jacintos?

—Sin embargo, guárdate de no apasionarte demasiado por tus flores; nada se debe apreciar con preferencia exclusiva; en nada conviene el exceso.

—Pues qué, mamá, la aficion á las flores ¿podria llegar á ser pasion?

—No hay cosa de que el hombre no abuse cuando no oye la voz de la razon, y deja de refrenar sus caprichos. ¿Podrás creer que hay personas tan locas que pagan trescientos ó cuatrocientos luises por una cebolla de tulipan ó jacinto?

MCD 2022-L5

—¡Qué locura!

—He visto en Harlem, ciudad de Holanda, varias cebollas de jacintos que habian costado lo que te he dicho (10).

—Pero ¿por qué causa puede valer tanto una flor?

—Por la nimia delicadeza de los apasionados: se esmeran, por ejemplo, en buscar los colores más raros; quieren que un jacinto para ser perfecto tenga en solo un tallo quince, veinte ó más florones; que los florones sean grandes, cortos, unidos, de hojas largas, etc.

—Segun eso cuentan los florones y miden las hojas. Más niños que yo son los tales aficionados. Sus flores, á pesar de ser tan caras, no tienen más aroma que las mias; para conocer su hermosura es preciso mirarlas de muy cerca; y así, tanto estimo yo mis jacintos como ellos las más hermosas platabandas de Harlem.

—Y tienes razon.

Á este tiempo avisaron á la marquesa que habia entrado en la quinta un coche. Era el señor y la señora de Luzane con su hija Sidonia, de edad de quince años. No los conocia aun la marquesa á pesar de ser vecinos, porque pasaban el invierno en Autum. Creyendo por el mes de abril que ya habrian llegado fué á verlos, y no los encontró; por cuya razon iban á pagar la visita. El señor de Luzane tenia cuarenta años y buena presencia; pero envanecido de ella y de haber hecho en su mocedad algunos viajes á Paris, despreciaba á los provincianos, trataba con despego á su mujer y á su hija con indiferencia, creyéndose muy superior á todos. Se consolaba de la desgracia de verse precisado á vivir entre inferiores, con la idea de que á lo ménos la superioridad de su mérito era clara y generalmente conocida. Nunca habia frecuentado el gran mundo, por lo cual unia á una total ignorancia de sus usos y costumbres la ridícula pretension de saberlos; creíase muy cortés, y se habia formado un diccionario de frases recogidas en algunas novelas y cuentos morales, cuyos autores, creyendo pintar en ellas escenas del gran mundo, no han hecho más que copiar las de la jente sin principios ni honor. Este género de erudicion daba al señor de Luzane cierto tono libre y confiado, cierta jerigonza ridícula, y unos modales desagradables é impolíticos. Al contrario, su mujer ninguno de estos defectos tenia; era buena, sencilla y amable, la cual, aunque se veia despreciada de su esposo le amaba en extremo, y obligada á confesar su mal genio y corazon, su amor la hacia apreciar como gracias todas sus necias afectaciones. Sidonia, su hija, dócil, modesta, ingénua y sensible, hablaba poco, respondia con timidez y se ponia colorada á cada paso. Pero su encogimiento no era grosero, ni su reserva adusta, y en cualquiera

concurrencia su porte, su modo, persona y razones hubieran agradado á todos.

Acompañada de sus tres hijos la marquesa entró en la sala, en donde encontró á los señores Luzane y su hija. El señor Luzane, que pretendia agradar á una dama de Paris, manifestó desde luego toda su fatuidad y extravagancia. Despues de los primeros cumplidos, dirigiéndose á la marquesa, dijo:

—Señora, no imagino que podamos tener el gusto de que V. pase aquí el invierno próximo.

—Espero, sin embargo, no volver á Paris sino de este otoño que viene en un año.

—¡ V. lo espera, señora ! ¡ Oh, esa frase es muy política !

—Me agrada mucho el campo...

—Sin embargo, es preciso confesar que cuando se ha vivido en la capital no se puede tolerar el trato de las provincias, porque solo en Paris se vive decentemente. Pero, señora, á propósito: ¿cómo esta Verglan?

—¿ Es mi hermano por quien V. pregunta ?

—Sí, señora. ¡ Oh, le conozco infinito ! ¡ Qué deliciosas meriendas hemos tenido juntos !... Entónces era algo calavera... El lance que tuvo con Bleinville dió mucho que decir ; despues se casó, lo cual sienta las cabezas.

—Está muy contento ; su esposa es muy amable...

Reparando en aquel punto el señor Luzane en Carolina y Pulqueria, exclamó:

—Estas hermosuras no son comunes. ¡ Qué facciones ! ¡qué talles ! ¡qué ojos ! Ciertamente estos ojos no merecen enterrarse en una provincia; seria un hurto, una traicion privar de ellos á la capital.

—¿Qué edad tiene esta señorita? preguntó la marquesa.

—La señora lo sabe, respondióle con frialdad; á mí siempre se me olvida.

Conociendo la marquesa que aludia á su esposa, empezó á hablarla, haciéndola un elogio de Sidonia, que su madre escuchó con sumo gusto, en tanto que su esposo, entre distraido y caviloso, registraba algunos libros que estaban sobre la chimenea. De repente, acercándose á la marquesa la dijo:

—¿ Qué piensa V., señora, de nuestro vecino el viejo la Palinière? ¿ Es posible que ese hombre haya pasado toda su mocedad en Paris ? Tal es el efecto que causa la provincia; en ella se pierden aquel barniz y aquellas gracias que sólo se hallan y conservan en la córte ó en la capital. Y V., señora, debe confesar que la parecerémos muy poco civilizados.

Estas palabras dichas con un tono de suficiencia iban á caza de una expresion lisonjera, pero no la lograron; sólo dijo la marquesa lo que debia, haciendo justicia al mérito y talentos del señor de la Palinière. Despues habló de cosas indiferentes, y al cabo de un cuarto de hora el señor Luzane hizo una seña á su esposa y se acabó la visita. En el camino la señora de Luzane y su hija dijeron que la marquesa de Clemira era muy amable; pero su esposo las hizo callar, respondiendo desabridamente que la marquesa no tenia ingenio, discernimiento, ni finura.

—¡Válgame Dios, exclamó César, qué singular y raro es este caballero!

—Y ¿por qué razon?

—No puedo explicar lo que siento; solamente digo que me hace reir el acordarme de él. Sus modales, su sonrisa y sus gestos tienen un no sé qué de violento y extraordinario... parece que estudia lo que dice y hace.

—Eso se llama no tener naturalidad.

—El señor Luzane tiene pretensiones infundadas de parecer instruido y culto, y nada hay más ridículo que esta idea. No ha vivido nunca en el gran mundo é intenta dar á entender que conoce sus usos y que conserva sus modales. Ha leido algunos libros, en los cuales ha creido encontrar una pintura verídica del mundo y de sus costumbres, y bajo la palabra de sus autores, muy ignorantes en este particular, se ha llenado de todas las ridiculeces que habeis notado. Hablemos ahora de su señora é hija. ¿Qué os han parecido?

—Me ha parecido muy amable y Sidonia muy preciosa.

—Tienes razon, son muy atentas, prudentes y sencillas; estas son prendas apreciadas en todas partes.

—He hablado con Sidonia y me ha respondido con tanta complacencia como dulzura. ¿Qué seria si la hubiesen dado buena educacion?

—Pero díme: ¿qué entiendes por buena educacion?

—Mamá... la nuestra.

—Te agradezco la lisonja, pero no deseo un elogio, sino una definicion.

—Una buena educacion... es tener muchas habilidades. Sidonia, segun me ha dicho, no sabe música ni dibujo; nunca ha tenido maestro de baile...

—¿Te acuerdas de haber oido hablar de la señora Flora, actriz de la ópera?

—Sí, señora. ¿No es aquella que mi tia no quiso que fuése á la funcion que dió?

—La misma. Y aquella aria que cantaron tan mal, la señora Flora la hubiera cantado perfectamente.

—Es verdad; pero no es persona decente.

—Sin embargo, la señora Flora canta divinamente, toca muy bien varios instrumentos, baila mejor; en fin, tiene muchas habilidades; por tanto, segun tu definicion, ha tenido una educacion perfecta.

—¡Oh, no por cierto! pues no es persona decente.

—Ya conocerás ahora que no siempre una educacion brillante se debe llamar buena.

—Es verdad, mamá.

—¿No te he repetido mil veces que no aprecies las cosas que no son verdaderamente importantes? Las habilidades nos ofrecen mil recreos agradables; cuantas más se poseen, más adorno se tiene, más gracias y medios de agradar á todos y de contentarse á sí propios; pero las gracias y habilidades no pueden sin la virtud hacernos dichosos.

—No ciertamente, dijo César, puesto que para serlo se ha de lograr ser querido y estimado... El baile, el dibujo y la música no nos hacen estimables ni amados.

—¿Con que no son sino pasatiempos frívolos?

—Pero ménos frívolos que la hermosura y las gracias exteriores; porque ademas de las infinitas diversiones que las habilidades nos proporcionan, cuesta trabajo adquirirlas; y se debe suponer, con razon, que una jóven que tiene muchas, ha sido dócil y capaz de aplicacion y perseverancia: consideradas así siempre merecen algun aprecio.

—Y ¿la instruccion?

—Todo lo que puede ilustrar el entendimiento y enriquecer la imaginacion debe perfeccionar nuestra razon y hacernos virtuosos; la lectura, la jeografía, las lenguas, y la geometría, etc. son conocimientos que ilustran el entendimiento; por consiguiente la erudicion y las ciencias no son cosas frívolas.

—Es muy cierto, porque son causa de que nos consideren, por lo cual son muy superiores á los talentos puramente de diversion.

—Es cierto, y sólo las cualidades del alma son superiores á la ciencia y á la instruccion.

—Decidme ahora, hijos mios: si conocieseis á una señorita sin habilidades, no sabiendo mas idiomas que el suyo, y sin elementos de ciencia alguna, aunque apasionada á la lectura y al trabajo, nunca ociosa, y ademas modesta, buena, siempre igual; agasajadora, ingénua y prudente; desconfiada de sí propia, deseando y pidiendo consejos, y reuniendo la prudencia y la discrecion con la franqueza; dime, Pulqueria: ¿dirias que no habia tenido buena educacion?

—¡Ah mamá! Ya confieso mi error. Si como lo creo Sidonia es

todo eso, aseguro á V. que ahora opino que su educacion ha sido excelente.

—Y es así, puesto que el objeto principal de los padres es reprimir los defectos de su hijo y perfeccionar su carácter. Si lo hace bueno, virtuoso y sociable, ha desempeñado dignamente las sublimes funciones de su cargo.

—Ya lo he comprendido; pero, mamá, si ademas de la virtud y buen carácter proporcionara al hijo habilidades é instruccion, entónces la educacion seria perfecta; y esto me parece muy asequible.

—Es cierto, y espero que algun dia seréis vosotros la mejor prueba. Aun podria citaros varias personas jóvenes que reunen las prendas del corazon con toda clase de conocimientos y habilidades, sin contar á Delfina, Eglantina y la amable Eugenia.

—¡Ah mamá! No olvidaré en la vida esta conversacion, acordándome siempre de que sólo se deben apreciar las cosas esenciales; y en adelante no equivocaré las educaciones aparentes con las sólidas y buenas, esto es, las que forman sugetos buenos y virtuosos.

—Tambien debes conocer que una madre amante y celosa puede en una aldea, sin riquezas y sin maestros, con solo el auxilio de su discernimiento y vigilancia, dar á su hija una buena educacion, pues para lograrlo no necesita mas que cariño, paciencia y algunos libros escogidos.

Aquel dia miéntras cenaban se escaparon á los niños algunas burlas contra el señor Luzane, las cuales reprendió su madre severamente, diciendo:

—¿Qué es esto? Yo creia que me habiais concedido una gran prueba de vuestra confianza; pero ya veo que lo que atribuia á cariño sólo procede de malignidad.

—Mamá ¡por Dios!

—Es natural que me consulteis, deis cuenta de vuestros pensamientos, de los efectos que os causan los objetos, para que así aprendais á conocer cuando juzgais mal ó bien. Por tanto, apruebo que me digais claramente lo que opinais de las personas que nos visitan, con tal que las observaciones no recaigan sobre frioleras; si en la conversacion se dice algo que os parezca contrario á las reglas de buena crianza, siempre aprobaré que me comuniqueis los reparos que hayais hecho. Esta franqueza la consideraré como confianza; pero cuando la useis con otro, ya no será sino indiscrecion ó murmuracion.

—Mamá, es verdad, hemos faltado.

—Y gravemente. La murmuracion, vicio odioso en cualquiera, en la mocedad es todavía más ridículo, repugnante y aborrecible. No digo en

vuestra edad, pero hasta los diez y ocho ó veinte años, ¿quién es capaz de juzgar y decidir cuando se trata de censurar las acciones de otros? En esa edad nadie ha conseguido todavía buen concepto. Y ¿cómo lo alcanzara quien haga patente su ligereza, indiscrecion y malignidad? Los jóvenes son los que necesitan la indulgencia de todos. Y ¿quién la tendrá con el inconsiderado y de mala intencion? El que se acostumbra á murmurar pierde todas las gracias de su edad, patentizando que carece de discernimiento, juicio y buenos principios.

Esta reprension afligió mucho á los niños, y sobretodo cuando oyeron á su madre que esta falta atrasaria las veladas.

—Y ¿cuánto tiempo? preguntaron desconsolados.

—Voy á comenzar el cuento maravilloso que os prometí.

—Y ¿cuándo se acabe tendrémos veladas?

—No; se empezarán quince dias despues.

—¡Qué dilacion tan larga!

—Debiais deplorar, no este atraso, sino lo que le ha motivado; porque ya sabeis que si no os conformais se doblará la penitencia.

—¡No nos quejamos, mamá! Conocemos que V. es la justicia personificada; lo que más nos aflige es el arrepentimiento.

Esto costó lágrimas; pero la ternura maternal las enjugó, y las blandas caricias de tan buena madre suavizaron aquel castigo tan amargo.

La marquesa principió á componer su obrita, como lo habia ofrecido, y el quince de junio manifestó que el cuento estaba concluido y copiado. Esta noticia causó sumo regocijo; sin embargo, costó suspiros el pensar que habian de trascurrir quince dias ántes de oirle, si bien las diversiones tan varias de la estacion más hermosa del año hicieron esta privacion ménos sensible que si ocurriera en las prolijas noches del invierno. Ya empezaban á pintar las cerezas, y los bosques estaban llenos de fresas. Agustinico enseñaba á César á encaramarse á los árboles, y á veces traia nidos con jilgueritos ó verderoles en cañones. ¡Feliz la hermanita á quien destinaba este regalo! ¡Qué gozo tan puro, qué agradecimiento la causaba! Sin embargo, al tomarlos se enternecian considerando el dolor de la pobre madre privada de sus hijitos; pero se guardaban, y se buscaban jaulas. Tambien se divertian haciendo canastillos de mimbres y cestos de juncos para coger todas las flores de los campos, y todas las fresas de los bosques. Estas diversiones no hacian olvidar el jardin: los narcisos y los claveles ocupaban el puesto de los jacintos; ya no tenian flor las lilas, mas el deseo de ver las primeras rosas las hacia ménos sensibles.

Una mañana que la marquesa se paseaba con el capellan y los ni-

ños cerca de su jardinito, la pidió licencia Pulqueria para visitar sus rosales. Concedido el permiso, echa á correr, penetra en el jardin y ve una rosa hermosísima del todo abierta; desea cortarla para ofrecérsela á su madre, pero carece de tijeras y cuchillo. La rama era asaz récia, estaba cubierta de espinas, y Pulqueria no tenia maña ni fuerza; apurada, determina envolverse la mano en el delantal, é imaginándose que así no la punzarian las espinas, aprieta la rama con fuerza. Al punto da un chillido, retira prontamente sus dedos ensangrentados, sacudiendo con tal violencia la rama, que la rosa quedó medio deshojada. Esta desgracia hizo saltar las lágrimas á Pulqueria; y á pesar del dolor, sólo piensa en el rosal, aparta la mano, temiendo que la sangre que chorrea de sus dedos aje sus hermosas hojas, experimentando algun consuelo en llorar sobre la rosa.

Entra pálida y temblando apresuradamente en el jardin la marquesa seguida del capellan, de Carolina y César, que asustada por el chillido de Pulqueria acudia á enterarse de lo que habia sucedido. Al ver Pulqueria á su madre avergonzóse de su poquedad de ánimo, y corrió á echarse en sus brazos. Refirióla el lance, y prosiguió:

—Mamá, era la más hermosa de todas mis rosas, y yo la guardaba para V.

—¿Con que el chillido que tanto me ha asustado ha sido por eso y no por una ridícula delicadeza?

—Mama... no creí haber gritado tanto.

—Pues me parece que nunca he oido chillido más penetrante.

—Porque conoció V. mi voz... ¡Ah mamá! Apénas puede V. estar en pié; sentémonos.

—En fin ya estoy contenta, pues sólo llorabas porque la rosa que me destinabas se habia deshojado; esa es mucha generosidad.

—Mamá...

—¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué te turbas?

—Mamá... es que tambien lloraba un poco por las picaduras.

Esta graciosa ingenuidad la valió mil cariños y elogios de su madre, quien la dijo:

—Conserva, hija del alma, toda la vida ese candor y generosidad; dí siempre la verdad, y nunca admitas alabanza alguna que esté fundada en un error. Bajeza é injusticia es disfrutar de la aprobacion de los demas sin merecerla; es una infame usurpacion. Un pecho noble es feliz por el bien que hace, no por los aplausos que alcanza.

—Es cierto, añadió el capellan, que esta señorita tiene una ingenuidad natural que no se puede alabar bastante; pero bueno seria que fuese tan animosa como sincera.

—A bien, dijo Pulqueria, que el valor no es prenda necesaria en las mujeres.

—Es verdad, replicó el sacerdote, que no teniendo la mujer las fuerzas del hombre no puede ser tan valiente como él, pues no nació para manejar la espada ni mandar un ejército; y por lo tanto puede sin deshonrarse carecer de valor, aunque si careciera de fortaleza seria digna de lástima, porque no se la exige que tenga un valor heróico; pero no se la perdona la pusilanimidad, pues ni en hombre ni en mujer se encuentra excusa para la cobardía.

—Si lloras por una picadura, prosiguió la marquesa, ¿qué harias si te sacasen una muela? ¿Cómo podrias tolerar una infinidad de males, propios de nuestra débil naturaleza; cómo, por ejemplo, un fuerte dolor de cabeza, un cólico, ó un ataque de nervios?

—Yo bien quisiera ser animosa.

—De tí depende.

—¿Cómo?

—Imita á tu hermano, aprende á sufrir sin quejarte; en esto estriba.

—Pero es muy difícil.

—No lo creas; con un poco de dominio sobre tí misma y algunas reflexiones lo conseguirás fácilmente. El que se queja exagera sus males y los aumenta; el que procura violentarse para no hablar de ellos suele distraerse. El otro dia, por ejemplo, en el paseo tenias sed. ¿De qué te sirvió repetir cien veces: ¡Qué sed tengo! ¡Dios mio! ¡Qué sed tengo! Me muero de sed. Estabas impertinente, nos aburriste, no atendiste á la conversacion, y todas tus enfadosas lamentaciones no te hicieron lograr una sola gota de agua.

—Es verdad; tengo esa mala costumbre, y más lo siento porque la importuné á V. Pero si yo la viese á V. padecer, no me enfadarian sus quejas.

—Tus quejas me enfadaban y afligian, porque siendo tu madre no puedes tener pena ó dolor real ó imaginario de que yo no participe; pero si no hubieses sido hija mia, las mismas quejas sólo me hubieran inspirado desprecio, porque comunmente no se compadecen los males de poca entidad sino cuando se sufren con paciencia.

—Prometo á V. que me corregiré.

Á los cinco ó seis dias despues de esta conversacion, y finalizada la penitencia de Pulqueria, la marquesa dijo que aquella noche les comenzaria á leer el cuento que habia compuesto. Cuando se levantaron los niños de cenar acudieron presurosos á la sala, y la marquesa, despues de sentarse junto á un velador, sacó el manuscrito de la faltriquera, diciendo:

—Antes de empezar á leer quiero recordaros que sólo me obligué á contar cosas muy extraordinarias que pudieran acontecer, cosas que os parecerian increibles, pero que habrán sucedido, ó podrán suceder: en dos palabras, fenómenos cuya existencia pasada ó actual sea del todo cierta. No he inventado mas que los lances, y es la única cosa que os parecerá creible. Cuanto os ha de parecer maravilloso y todo lo que se asemejará á cuentos de hadas, será verdadero y natural.

—¡Qué cosa tan linda!... ¡Verdades increibles! ¡Cuánto mejor será que las verdades que saltan á los ojos!

—Pero, mamá, ¿es posible que hemos de creer lo que no podrémos comprender?

—No lo sientas ni te cause vergüenza, hijo mio; esa es pension comun al niño y al hombre instruido y curioso. Nuestras luces son muy limitadas para alcanzar todas las verdades. Absurdo seria creer un hecho tan sólo porque es maravilloso, y necio el que negase la existencia de una cosa porque á primera vista le pareciese incomprensible. No hemos de creerlo todo fácilmente; pero no por eso nos hemos de entregar á la vana y ridícula presuncion que desprecia y niega neciamente lo que nuestra débil razon no puede concebir.

—Pero como todas las maravillas del cuento de V. son ciertas, podrémos creerlas á ciegas, y me basta.

—Quisiera entenderlas. ¿Me las explicará V., mamá?

—Te explicaré lo que sé, que es poquísimo. Tengo muy cortos conocimientos, sobretodo en física, y ademas te vuelvo á repetir que existen infinitos fenómenos que hasta los varones más sabios nunca alcanzaran á explicar más.

—De esa suerte á cada cosa maravillosa tendrá V. que interrumpir su narracion para explicarla.

—No por cierto, pues bien podeis conocer que tales interrupciones quitarian la amenidad al cuento. Tengo hechas unas notas que leerémos con atencion cuando lo repasemos por segunda vez. Ahora ¿quereis escucharlo, que voy á empezar?

—Con el mayor gusto.

Acercó cada cual su silla á la marquesa, la que tomando otra vez el manuscrito, leyó en alta voz lo siguiente:

VELADA DÉCIMA QUINTA.

ALFONSO Y DALINDA, Ó LOS ENCANTOS DEL ARTE Y LA NATURALEZA.

CUENTO.

> No se pueden conocer los grandes efectos de las variaciones de la naturaleza recorriendo los campos labrados, ni tampoco se conseguirá aunque se corran todas las tierras del dominio del hombre: solamente se podrán conocer pasando desde las abrasadas arenas de la zona tórrida á los inmensos hielos y nieves de los polos, etc.
>
> BUFFON.

Alfonso, héroe de mi cuento, nació en Portugal. Su padre don Ramiro debia sólo al valimiento sus empleos y riquezas. Hijo de padres humildes, aunque dotado de gran sagacidad y astucia, la intriga y ambicion le facilitaron medios de introducirse en la córte, donde se granjeó parciales, hasta llegar finalmente á ser privado del rey. El jóven Alfonso se crió en Lisboa en el suntuoso palacio de su padre. Como único hijo del sugeto más rico y poderoso del reino, desde la cuna le rodearon la adulacion y vil lisonja, y corrompieron su niñez. Ocupado don Ramiro ya en grandes proyectos, ya en nimiedades, no pudiendo ser á un tiempo cortesano asiduo y padre vigilante, confió á manos extrañas la educacion de su hijo. Tuvo Alfonso numerosos maestros; los idiomas, la historia, las matemáticas, la música, el dibujo, todo se lo enseñaban, y todos sus profesores celebraban su maravillosa disposicion, ingenio y superiores luces, á pesar de lo cual sólo aprendió á dibujar algunas flores y á tañer la guitarra medianamente. Era lo menester para ser el ídolo de las damas, y tanto más, cuanto que él las daba á

entender que era geómetra profundo, físico excelente y gran químico. Alfonso lo aseguraba de buena fe, porque su ayo, sus maestros, sus criados, y toda la turba de aduladores de su padre le habian repetido infinitas veces que era un prodigio. No sólo se juzgaba el mozo más distinguido en la córte por su talento, persona é instruccion, sino que tambien creia que su nacimiento era tan ilustre como grandes sus riquezas; porque don Ramiro, luego que estuvo en el poder, se compuso en los ratos ociosos una soberbia genealogía, en que remontaba su orígen hasta los tiempos fabulosos de Luso. Este fruto de las recreaciones de don Ramiro á nadie engañaba sino á su hijo. El mundo y los áulicos no creen con tanta facilidad en las ejecutorias antiguas, que sólo se encuentran cuando se tienen riquezas y valimiento. Pero Alfonso, demasiado vano para no ser crédulo en este punto, no admitia que nadie fuese más ilustre que su padre y él, excepto el rey y los príncipes. Mas aunque desvanecido con su orgullo, lleno de ignorancia, presuncion, fatuidad, y corrompido por el fausto, las lisonjas y la privanza, no estaba enteramente pervertido, pues era valeroso, tenia buen corazon y bastante talento. La inconstancia de la fortuna le tenia preparada la más provechosa de todas las lecciones.

La elevacion y privanza de don Ramiro eran hijas, no de su mérito, sino de sus artificios; otro más astuto trocó su suerte. En efecto, cayó de la privanza y se le despojó de todos los cargos y honores que obtenia. Contaba Alfonso entónces diez y siete años. Esta repentina revolucion despojaba á don Ramiro, no sólo de cuanto podia lisonjear su vanidad y orgullo, sino tambien de la mayor parte de sus riquezas. Pensaba como todos los subalternos ambiciosos que deploran tanto la pérdida de los empleos como de los sueldos. Ademas tenia muchas deudas: la desgracia hizo que sus acreedores se mostrasen tan importunos y molestos, como ántes sufridos y moderados. Fue preciso que para pagarles vendiese sus haciendas en mucho ménos de lo que valian. Finalmente, sólo le quedó el suntuoso palacio de Lisboa, el cual contenia inmensas riquezas en pinturas, muebles, vajilla, y sobretodo en diamantes. Precisado tambien á enajenarlo, aguardaba ocasion favorable, cuando un terrible contratiempo colmó sus infortunios. Aun no habia participado á su hijo que su situacion le obligaba á vender el palacio y retirarse de la capital. En fin, una mañana le envió á llamar, determinado á manifestarle claramente su estado, diciendo:

—Alfonso, quisiera saber el efecto que te han causado mi desgracia y la pérdida de mis bienes.

—Padre mio, respondió Alfonso, siempre oí decir en tiempo de la privanza de V. que ningun ministerio habia sido tan glorioso como el suyo, y

que la nacion admiraba sus prendas; por tanto he pensado que el amor de los pueblos y la gloria debian consolarle en una injusta desgracia. Ademas contamos numerosos amigos, que cuando V. quiera recibirlos, inmediatamente volverán. Nuño, don Alvaro y otros á quienes he hablado me lo han asegurado; dijéronme tambien que muchos de ellos han fingido apartarse de V. para mejor servirnos ocultamente. Y sin eso todavía le quedan á V. muchas riquezas y un nacimiento ilustre; y por más que la envidia le persiga, siempre será V. el primer señor del reino.

—Muy engañado estás, Alfonso, interrumpió don Ramiro. ¿Ignoras acaso que el nombre de mi padre apénas era conocido?

—Ya lo sé, pero tambien sé que aquella antigua ejecutoria que V. encontró há años nos iguala con el más noble de Portugal. V. mismo me mostró tan preciosos papeles, los cuales están guardados en su gabinete en un cofrecito.

Al oirle suspiró don Ramiro. Habia tenido en efecto la ridícula vanidad de comprar un árbol genealógico, y sólo despues de su desgracia conoció cuán despreciable é inútil es esta indigna superchería. Ya conocia lo que hasta entónces le ocultara la lisonja, que excepto su hijo todos sabian su nacimiento y se burlaban de sus locas pretensiones y ardides para ocultarlo. Bien hubiera querido desengañar á Alfonso, pero no podia resolverse á confesarle una falsedad tan indigna. En medio de esta perplejidad estaba triste y taciturno, cuando de repente se estremece y observa que Alfonso está para caerse, exclamando pálido y atemorizado:

—Huyamos, padre mio, agárrese V. á mí; huyamos.

Y tira de su padre, huyendo con él. Oyen mil confusos gritos, se precipitan hácia la escalera; parte del piso se abre debajo de los piés de Alfonso, quien para no arrastrar consigo á su padre suelta su brazo, y cayendo envuelto con las ruinas del pavimento, desaparece á vista del consternado don Ramiro.

Magullado Alfonso se levanta y se halla en el gabinete del cuarto bajo de su padre. Entre los escombros advierte dos cofrecillos: en uno estaban los diamantes y joyas de don Ramiro, y en otro la ejecutoria tan estimada en otro tiempo. Queriendo Alfonso en aquel horrible desastre salvar lo que le parece más precioso, no duda en coger el cofrecillo de la ejecutoria. Corre hácia la puerta y huye al jardin, pero deseando enterarse de la suerte de su padre iba, con riesgo de perecer, á entrar otra vez á la casa á tiempo que oyó su voz, y un instante despues le vió al otro extremo del jardin. No sin trabajo pudo juntarse con él, porque el suelo se hundia y levantaba como el mar en medio de una furiosa borrasca, acompañado de un ruido subterráneo parecido á los bramidos de las olas cuando se estrellan contra los escollos.

Bamboléase Alfonso, cae, se levanta, vuelve á caer, y no pudiendo mantenerse en pié, se echa en el suelo y arrastrándose hace esfuerzos para juntarse con su padre. Observa que por todas partes se abre la tierra, y que de estas hendiduras arroja llamas resplandecientes que se elevan y desaparecen en el aire: cubierto el cielo de humo denso, sólo alumbran esta escena de horror los relámpagos que rasgan sus tinieblas. Lo espantoso de los truenos y el furor de los rayos que de continuo se desgajan completan tan tremendo espectáculo. El rayo abrasador encima y los abismos debajo amenazan á Alfonso; y cuando ya le parecia llegar á su padre, un nuevo sacudimiento le arroja léjos de él, bañado en sangre y sudor, cubierto de polvo y arena, pero sin soltar en tan horroroso conflicto su precioso cofrecito, imagínase que su padre le recibirá con júbilo, cuya idea le presta fuerzas y valor. Ya por fin va á llegar donde está su padre, que le espera con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Oh padre mio, vea V. este cofrecito!

—¿Son mis joyas? interrumpió don Ramiro.

—No, no; he escogido mejor; lo que he puesto en salvo son los papeles de V.

Consternado don Ramiro levanta los ojos al cielo exclamando:

—¡Cruel castigo, pero justo, de mi necia vanidad!

No pudo decir más; el llanto le embargó la voz. No estando Alfonso en estado de comprender el sentido de estas palabras, no pudo salir de su error, y acercóse á don Ramiro, que le recibió en los brazos. Un instante de calma les permitió considerar los tristes objetos que se ofrecian á su vista. Estaban sentados en frente del palacio medio arruinado. Aquel soberbio palacio construido diez años ántes, aquel palacio tan nuevo, tan brillante el dia anterior, no era ya mas que ruinas. Parecia que sólo el trascurso de muchos siglos era capaz de destruir un edificio construido con tanta solidez y magnificencia; y no obstante su destruccion fue obra de minutos... Aquel jardin, obra maestra de la naturaleza y del arte, presentaba la espantosa imágen del cáos, era una mole informe de arena, lodo y hojarasca. Aquella misma mañana se admiraba en él una hermosa cascada, y ya no quedaba ni rastro de ella: en el sitio que ocupaba una montaña artificial levantada á costa de inmensos caudales, se abria una espantosa sima. ¿Qué se hicieron los bosques de limoneros y naranjos, las estatuas de mármol y los jarrones de alabastro y pórfido?... Sólo se encuentran vestigios, fragmentos: todo ha desaparecido.

Atónito revuelve don Ramiro la vista á todas partes: está sentado cerca de un bosquecillo cuyos árboles viera nacer, y que ahora yacen sepultados

en el cieno. Aquellos árboles que debian sobrevivir á la mano que los plantara han perecido con la misma rapidez que las yerbas y flores que crecian al amparo de su sombra.

—¡Oh dia para siempre horroroso! exclamó don Ramiro. ¡Cuánto trabajo perdido! ¡Cuántos tesoros sepultados! ¡Ah!... ¡Si hubiera empleado mejor mis riquezas y el dinero que me costó ese desventurado palacio!... Pero parece que el terremoto ha cesado (11); veamos si puedo entrar en él. ¡Si á lo ménos pudiera sacar los diamantes!

No habia aun acabado de decir esto cuando una espantosa conmocion le derriba en el suelo, se desploman y reducen á polvo las paredes del jardin, y el palacio se hunde y desaparece, dando paso á un torbellino semejante á un volcan de fuego y polvo: repara que varios facinerosos con teas encendidas se encaminaban á las ruinas del palacio con intento de robar lo que hallasen (12). Intentó Alfonso embestirlos, pero su padre le detuvo, y estrechándole en sus brazos le dijo:

—¡Oh hijo mio! huyamos de esta mansion del horror y espanto. Las tapias desmoronadas del jardin nos facilitan la salida; estamos cerca de las riberas del Tajo; vamos, pues, á buscar un asilo en los buques.

Alfonso, sosteniendo á su padre con un brazo, y llevando en el otro su cofrecito, salió con don Ramiro del jardin y se hallaron en una plaza, cuyas casas, consumidas por las llamas, les evidenciaron que el estrago era general. Despues de haber estado expuestos á mil riesgos espantosos fueron recibidos á bordo del navío que mandaba el esforzado y generoso Fernandez; Fernandez, á quien don Ramiro ofendiera en tiempo de su privanza, no ve en esta pública calamidad á su enemigo sino al hombre desventurado que reclama su amparo. Recibe á don Ramiro, abrázale y le consuela, porque la compasion de las almas benéficas es tan expresiva y poderosa que suaviza las mayores penas. Viendo don Ramiro que Fernandez no se quejaba de daños propios en tan general desastre, le preguntó:

—V. poseia muchos bienes: ¿hales alcanzado la destruccion?

—Mi casa de Lisboa se ha quemado.

—¿Es grande la pérdida?

—No, porque mi casa era reducida y de poco valor.

—¿Ha conservado V. sus joyas y diamantes?

—No tenia.

—Y ¿jardin?

—Sí, pero distante de Lisboa, en cuya posesion paso la mitad de la vida... en la provincia de Alentejo.

—He oido hablar de ella. ¡Quiera el cielo que el terremoto no haya

asolado aquella provincia! ¿Es grande la quinta que V. posee?

—No, pero es muy linda.

—Creo que ha hecho V. algunos establecimientos ventajosos.

—Sí, por lo ménos son útiles.

—¿De qué clase?

—Una fábrica y un hospital.

—¿Produce mucho la fábrica?

—Lo suficiente para mantener un crecido número de operarios y sufragar parte de los gastos del hospital.

—Conozco que emplea V. dignamente sus riquezas... El cielo se las conservará. ¡Ah! ¡Qué sensible le seria á V. con una alma tan generosa verse arruinado y precisado á abandonar esos piadosos establecimientos!

—Entónces me serviria de consuelo el bien que hubiera hecho.

Esas palabras atravesaron el corazon de don Ramiro, quien conocia y lloraba el vano empleo de sus riquezas, aunque sus ojos se abrieron para su quietud y gloria.

Las generosas solicitudes de Fernandez consiguieron del rey una corta pension para don Ramiro, que absolutamente no tenia con qué subsistir, y con la cual á lo ménos podia mantenerse. Determinó establecerse en la provincia de Beira. En efecto, partió con su hijo, y se fijó en un asilo oscuro y agreste, cerca de las agradables riberas del Mondego. Allí seguido de importunas memorias y de crueles remordimientos no pudo encontrar la quietud que anhelaba.

Alfonso devorado de ambicion, y cuya presuncion y orgullo no se habian corregido con las desgracias, se consolaba con la esperanza de alcanzar con el tiempo fortuna más brillante y duradera que la de su padre. Formaba mil proyectos extravagantes y quiméricos, que aunque irrealizables y absurdos, su ignorancia y vanidad se los representaban como fundados. Incapaz de discurrir y ocuparse en cosas útiles é importantes invertia gran parte del dia en leer novelas, cuya vana y peligrosa lectura exaltaba su imaginacion, dándole al mismo tiempo las ideas más falsas del mundo y de los hombres. Cerca de la casa que habitaba hallábase la famosa Fuente del amor, nombre adquirido de dos amantes desgraciados, que guiados en otro tiempo por una ciega pasion se veian allí. Estos fueron don Pedro y la hermosa Ines de Castro. Dos seculares palmas prestan sombra á la fuente, enlazadas con una guirnalda de pámpanos y hiedra: el agua que se precipita desde un alto peñasco cae formando una cascada natural, que, convertida en arroyo, recorre mansamente con blando murmullo un prado siempre verde y cubierto de mirtos, laureles y naranjos.

Iba muy á menudo Alfonso á leer ó á meditar en tan apacible sitio: una mañana que fué algo más tarde de lo que acostumbraba oyó dos personas que hablaban en lengua extranjera. Distinguió una voz tan dulce y atractiva, que entró en deseos de ver á quién hablaba. Turbado se acerca por entre unos mirtos, aparta las ramas, y ve una jóven de apénas quince años de edad, hermosa en extremo, sentada junto á la fuente, al lado de un hombre que al parecer era su padre. Estábale escuchando con tal atencion que fácilmente entendió que la estaba contando alguna cosa notable, señalando las palmas y la fuente. Por sus acciones juzga Alfonso que la está refiriendo la historia de la infeliz Ines. La doncella con los ojos fijos en el rostro del forastero calla y escucha, pero la expresion de su semblante demuestra lo que la está diciendo. La curiosidad, el temor y la compasion se pintan con tanta viveza, que á Alfonso le parece estar presenciando lo que á ella la cuentan. De allí á poco ve correr sus lágrimas, y llora con ella la muerte de Ines. Pero en breve cesa el llanto; la jóven se estremece, el terror, la indignacion ocupan el lugar del enternecimiento. Alfonso se horroriza tambien, y detesta los excesos que cometió el infeliz don Pedro arrastrado del deseo de vengarse... Termínase la historia de Ines, y sin embargo el forastero sigue hablando; sin duda está discurriendo acerca del peligro de las pasiones y sobre la fatal y criminal imprudencia de las jóvenes que dan entrada en su pecho á una pasion sin el parecer y consentimiento de sus padres. Á este punto la hermosa forastera se arroja en brazos del hombre con las más tiernas y afectuosas expresiones de cariño; y despues, volviendo á la fuente sus ojos bañados en llanto, á aquella fuente testigo en otro tiempo de los indiscretos juramentos del amor, suspira, y arrodillándose, juntando sus hermosas manos y alzándolas al cielo, parece que promete al autor de sus dias una eterna sumision. Su hermosura en esta actitud participaba de lo sobrenatural.

Al verla en aquella postura no pudo Alfonso contener su admiracion y exhaló una exclamacion involuntaria; pero temiendo ser descubierto se alejó aprisa. Abstraido con lo que presenciara tomó el primer sendero que se le presentó. A poco rato volvió hácia la fuente, mas ya no estaba allí la hermosa forastera. Triste y pensativo contempla Alfonso el sitio donde estaba de rodillas delante de su padre; cree que la oye, y esta ilusion no puede distraer el dolor que su ausencia le ocasiona, oprímesele el corazon y se le arrasan los ojos de lágrimas. En esta meditacion estaba sumergido cuando oye un grito que penetra hasta lo íntimo de su corazon: corre, vuela, y ¿qué ve? Á la hermosa forastera sola, pálida y desmelenada, huyendo de un toro furioso que la persigue. Arrójase Alfonso á ella, la coge en sus

brazos y la salva, en el mismo instante en que, presa de terror, cae en el suelo á diez pasos del bruto. Cargado Alfonso con tan preciosa alhaja, huye con velocidad del animal furioso, y lleva á la incógnita desmayada á lo más alto de una peña. Á este tiempo se presenta afanoso el padre asustado, y viendo á su hija en salvo bendice al cielo y á su libertador; pero cuando ya estaba cerca el toro se revuelve y le embiste. No tuvo tiempo para encaramarse á un árbol y evitar la saña de aquella fiera; en vano Alfonso, sosteniendo con un brazo á la desconocida, que aun no habia vuelto en sí, le alarga la otra mano para que suba, y el forastero le grita en portugues no abandone á su hija sobre aquel peñasco, escondiéndose detras de la palma más gruesa. Va el toro á pasar por entre las dos palmas, la cabeza y los cuernos se le enredan entre los festones de hiedra, las palmas le oprimen los ijares y bregando por desasirse cae al suelo. El forastero se aprovecha de este incidente, saca de la faltriquera un estuche, coge una aguja y se la clava al toro en el brazuelo. ¡Cuál es la admiracion de Alfonso al ver que el animal da un espantoso bramido, trata de levantarse, se estremece, vuelve á caer y muere!

—Eso sí que es imposible, exclamaron á un tiempo los tres niños.

—Pues es muy cierto.

—¿Cómo, mamá? ¿Un toro muerto con una aguja?

—Sí.

—Vea V., dijo Pulqueria, si tenia yo razon en llorar cuando me lastimaron las espinas del rosal.

—No eran aquellas espinas tan peligrosas como la aguja del forastero.

—Y ¿era muy larga?

—No tanto como los alfileres con que se prenden los sombreritos.

—Parece increible. Y ¿explica V. en sus notas ese prodigio?

—Seguramente.

—¡Qué curiosas serán!

—Pues aun tengo cosas más asombrosas que contaros.

—¡Qué historia tan linda! Mamá, háganos V. el favor de continuar; ya no la interrumpirémos más.

Alfonso, prosiguió la marquesa, se quedó tan sorprendido como vosotros de la repentina muerte del toro; el asombro le tenia inmóvil cuando el forastero subió á la peña y tomó á su hija en los brazos, á tiempo que esta vuelta en sí abria los ojos. No fue Alfonso insensible á la alegría del padre y de la hija. Como esta no poseia el portugues no pudo dar las gracias á Alfonso, pero en breves palabras refirió á su padre el terrible peligro de que la habia librado. El incógnito manifestó el más vivo agradecimiento al ge-

neroso libertador de su querida Dalinda (así se llamaba la doncella), y en tanto que él hablaba, Dalinda fijó en Alfonso una tímida mirada, más expresiva que todas las razones de su padre. Arrebatado de admiracion Alfonso hizo varias preguntas indirectas al forastero, sin otro fin que dilatar una conversacion tan grata para él. Entre varias cosas le preguntó cómo se habia separado de su hija. El desconocido le respondió que habian ido á coger algunas plantas medicinales, y se habian separado distraidos en esta ocupacion, aunque sin perderse de vista; que de allí á poco levantó la cabeza y vió que corria con una ligereza indecible, y distante de él más de seiscientos pasos; que entónces vió al toro que la seguia, y precipitándose á socorrerla, tropezó en un árbol caido, por cuyo accidente no pudo alcanzarla. Luego que acabó esta narracion le preguntó Alfonso si pensaba permanecer algun tiempo en Portugal. No, replicó el forastero, porque nos dirigimos á España, cuyas provincias verémos muy despacio. Consternado Alfonso bajó la cabeza y enmudeció, y el incógnito, volviendo á darle las gracias con los términos más afectuosos, se levantó y despidiéndose se fué con Dalinda.

Algunos minutos queda Alfonso como inmóvil y petrificado; y volviendo en sí se aleja de la fuente; quiere volver á buscar al incógnito, dirigirle mil preguntas, y sobretodo saber su nombre y patria: no comprende cómo ha podido dejarle ir sin tomar informaciones tan importantes, corre, observa como un insensato, pero todo en vano. Rendido de cansancio y de pena vuelve á la fuente, y ve relucir algo á un lado del camino; se acerca y nota que es un cinturon azul bordado de oro. Su corazon palpita, le conoce, es de Dalinda... En aquel sitio fue en donde rendida del susto cayó desmayada, y al tiempo de cogerla en brazos Alfonso desprendióse el cinturon que aprisionaba su delicado talle. Enternecido y fuera de sí recoge Alfonso con ansia aquella prenda tan preciosa para él. El ceñidor de Dalinda es el de las gracias é inocencia. Suspirando jura no abandonar nunca la preciosa prenda que la casualidad le depara: entre tanto las horas trascurrian sin poder Alfonso apartarse de la fuente, y hubiera pasado la noche sepultado en sus meditaciones si don Ramiro no le llamara.

Como no habia don Ramiro educado á su hijo no podia obtener su confianza. Alfonso le calló el suceso y puso gran cuidado en ocultarle su turbacion y desasosiego. Entregado á las ideas que le habian inspirado las novelas no conocia mas placer que el de pasar las horas y los dias en la fuente en donde vió á Dalinda. Allí todo le representaba el objeto que su razon debia desterrar de la memoria.

Cuidadoso don Ramiro de la alteracion que notaba en su semblante y humor, le hizo algunas preguntas. Alfonso le confesó que el tedio y la ocio-

sidad le consumían; y como se acordaba de que el forastero le dijo que se detendria en España bastante tiempo, añadió que tenia deseo de recorrerla. Don Ramiro, que no poseia ninguna cualidad de las que hacen apetecer la soledad, aceptó gustoso la proposicion, y de allí á dos dias se pusieron en camino para España. Pasaron por la provincia de Tras-os Montes y entraron por Galicia; despues atravesaron toda la parte septentrional de España, Astúrias, Vizcaya, Navarra, Aragon, y llegaron á Cataluña (13). Al penetrar Alfonso en España la pasion que le ocupaba recobró su primera actividad: la esperanza y el deseo de encontrar á Dalinda reanimaron un fuego fruto de su imaginacion exaltada. Estaba Alfonso impaciente por llegar á Madrid creyendo que allí hallaria á Dalinda; pero don Ramiro quiso pasar algun tiempo en Cataluña, por visitar el famoso Monserrate. Esta montaña es tan elevada que cuando se ha llegado á lo más alto todas las montañas circunvecinas parecen al nivel de la llanura, por lo cual se descubre una dilatada extension de terreno. Al pié de unos peñascos se halla un antiguo monasterio. Pero lo más digno de verse es el desierto, en donde se encuentra gran número de ermitas, asilos apreciables para la verdadera filosofía. Cada una tiene capilla, celdita, aljibe labrado en la misma roca y huerto. Los ermitaños que se albergan en ellas son caballeros casi todos, que disgustados del mundo se entregan enteramente á la meditacion en aquella pacífica soledad.

Al amanecer se dirigieron don Ramiro y su hijo á Monserrate. Solo el aspecto de la montaña es capaz de quitar el deseo de subirla: su prodigiosa elevacion y las enormes puntas de peñascos que la cubren no hacen esperar un paseo muy agradable; pero entre sus breñas se hallan unos valles deliciosos, cubiertos de yerba y flores silvestres, y mil bosquecillos, obra de la naturaleza: las cascadas que se precipitan de lo alto de los peñascos, su variedad de formas, movimiento y ruido, hacen alegre y amena aquella soledad (14), dichosa morada de la paz y virtud.

Al entrar en el desierto encontró don Ramiro á uno de los ermitaños, que se paseaba con un libro en la mano. Su aspecto noble y venerable le impresionó. Al pasar junto á él iban hablando don Ramiro y su hijo, y apénas oyó el ermitaño hablar en portugues, se acercó á ellos, dando claras muestras de su alegría al encontrarse con paisanos, á quienes brindó su celda, ofrecimiento que admitieron agradecidos. El anciano presentó á sus huéspedes algunas frutas y legumbres. Deseando luego Alfonso continuar su paseo salió de la ermita diciendo á su padre que le esperaria en el desierto. El ermitaño llevó á don Ramiro al huerto, en donde se sentaron sobre una peña, de la cual manaba una fuente.

Tomando entónces don Ramiro la palabra, dijo:

—Padre mio, ¿cuál ha sido la revolucion ó el reves de fortuna que le ha sacado á V. de nuestra patria y le ha fijado en esta soledad? Conozco en sus modales y conversacion que no habia V. nacido para acabar sus dias en un desierto.

—En efecto, respondió suspirando el anacoreta, demasiado he conocido, por mi desgracia, el mundo y la córte.

Estas palabras avivaron más la curiosidad de don Ramiro, y el anciano condescendió en satisfacerla diciendo:

—Muy poco le importa á V. saber mi nombre: doce años há que vivo en esta soledad, de manera que en Portugal deben figurarse que he muerto; y como me he consagrado al olvido, nada diré de mi nacimiento, concretándome á referir mi deplorable historia en breves palabras.

Iba á proseguir la marquesa, pero la baronesa le indicó que era hora de acabar la velada. En vano suplicaron todos que se prolongase un cuarto de hora; no hubo remedio, fue preciso irse á acostar.

VELADA DÉCIMA SEXTA.

Á la noche siguiente prosiguió la marquesa contando la historia del ermitaño del modo siguiente:

Mi familia es de las más antiguas de Portugal; me educó bien, y heredé un mediano caudal. Algunos servicios que presté en el ejército me granjearon la gracia y premios de mi soberano. Casé con una mujer á quien amaba, y tuve un hijo; nada faltaba á mi felicidad. Tal fue mi suerte hasta el fallecimiento del rey, padre del actual, que me arrebató un soberano á quien amaba, un protector, un padre; porque para el fiel vasallo y hombre de bien un rey bueno reune estos títulos sagrados. Abandoné la córte, y retirándome á una posesion distante de Lisboa, me dediqué enteramente á la educacion de mi hijo, único objeto de mi cariño, el cual se aprovechó de mis

cuidados más de lo que yo hubiera acertado á desear. Cuando tuvo edad suficiente para presentarse en la córte le confié á un pariente que le acompañó á Lisboa, quedándome yo en mi retiro. Esta fue la primera vez que me separaba de mi hijo, y con todo nunca fuí más dichoso que entónces: figurábame sus adelantos, y esta idea me colmaba de halagüeñas esperanzas y regocijo, bien frágil y engañoso, pero con todo el mayor quizá que poseemos, y cuya dulzura nadie la siente como el corazon de un padre. Cuando el interes personal produce esta lisonjera ilusion, la reflexion la debilita, ó disipa. Pero ¿qué padre ha podido nunca limitar las esperanzas de las ventajas que desea á su hijo?... ¡Infeliz! Al principio creí que se realizaran las mias, pues mi hijo en efecto logró muy buena acogida. Su nombre, mis servicios pasados que revivieron con su presencia, y más que todo su talento, su persona y carácter le adquirieron algunas distinciones que la baja emulacion de los áulicos y el amor de su padre fácilmente atribuyeron á principios de favor. Conoció en Lisboa á una señorita que unia á las habilidades, á las virtudes y á todas las gracias de su sexo las ventajas de un nacimiento ilustre y crecidos bienes. Mi hijo aspiró á su mano, yo aprobé su eleccion, y esta inclinacion autorizada por el consentimiento paternal debia decidir de su suerte. Los padres de la señorita consintieron en la union que debia labrar la dicha de mi hijo, con la condicion de que obtendria un empleo en la córte. Solicitólo y se lo prometieron para ántes de tres meses; pero se le encargó el mayor secreto hasta tanto que lo lograse, permitiéndole que lo participase reservadamente á los padres de la que debia ser su esposa. En efecto, al instante les participó tan feliz noticia, y ellos le presentaron en calidad de futuro á su hija, quien le manifestó un afecto que colmó su felicidad. Como no debia casarse hasta conseguir el empleo, ausentóse de Lisboa con el fin de comunicarme las circunstancias de su fortuna. Gocé, pues, de la inexplicable satisfaccion de estrechar entre mis brazos á hijo tan idolatrado y de la de ver cumplidos sus deseos. Mas ¡oh infeliz! al mismo tiempo que me juzgaba el padre más venturoso, un bárbaro, un mónstruo, urdia la execrable trama que me privó de mi esposa é hijo.

Lleno de candor y franqueza no habia podido mi hijo dudar de la probidad de un traidor, que sólo deseaba captarse su confianza para perderle con más seguridad. Este pérfido, elevado desde el cieno á la privanza por un capricho del soberano, temió en mi hijo un rival peligroso; pero disimulando su envidia le hizo mil demostraciones de amistad y obtuvo á poca costa su estimacion.

Á este punto de la narracion del ermitaño don Ramiro se turbó sin advertirlo su huésped, quien prosiguió diciendo:

—Cuando mi desgraciado hijo solicitó el empleo que tanto anhelaba, se lo confió á este abominable sugeto, quien no pudiendo por entónces perjudicarle, fingió que participaba de su alegría hasta que la ausencia de mi hijo le facilitó los medios de llevar á cabo su infamia. Como tenia grande influencia con el rey, levantó á mi pobre hijo una atroz calumnia, y pudo persuadir á un príncipe jóven, débil y sin experiencia. La gracia fue revocada, el empleo dado á una vil hechura del indigno favorito, y mi inocente hijo desterrado á mi casa. Sólo supe esta cruel noticia cuando recibí la órden del rey, que mandaba á mi hijo no saliese de la provincia, al propio tiempo que él recibió una carta de la señorita, así concebida:

«V. nos ha engañado del modo más indigno: mis padres y yo sabemos positivamente que nunca se le prometió á V. el empleo que acaba de obtener otro. Por tanto olvide V. hasta el nombre de la infeliz que jamas se consolará de haberle estimado un solo instante.»

Cuando acabó mi hijo de leer esta fatal misiva, exclamó:

—¡Con que ya he perdido para siempre el honor y lo que más idolatro!...

A cuyas palabras pierde el color, le faltan las fuerzas y cae, tendiéndome los brazos. Me arrojo á sostenerle... ¡horroroso recuerdo! le abrazo, le estrecho contra mi corazon... ¡Padre infeliz! ya no tenia hijo (15)... Su desgraciada madre, testigo de tan horrible escena, cae desmayada como herida por el mismo golpe: vuelve en sí, pero trastornado su juicio, sólo conserva el sentimiento de su desgracia... En fin, víctima del amor materno á los tres dias siguió á su hijo al sepulcro... Y yo, padre y esposo desgraciado, condenado á sobrevivirles, tolerando sólo la existencia para vengarlos: ¡Oh tú, exclamé, Arbitro soberano de los infelices mortales; Supremo Sér, que has descargado sobre mí tu riguroso brazo! dígnate á lo ménos oir, desde el profundo abismo en que me ha sumergido tu cólera, la voz de mi desesperacion. Los gritos del inocente oprimido llegan á tí, pues nunca has desechado sus oraciones... No te pido felicidad, porque he perdido la mia para siempre. Venganza es lo que de tí imploro invocando tu justicia. Te pido que el cobarde y pérfido enemigo cuyos artificios han causado la muerte de mi esposa é hijo... sí, pido que ese mónstruo pierda á un tiempo privanza y fortuna... Hijo tiene; que llore como yo y que sea su hijo el instrumento de tu justicia y mi venganza.

Calló el ermitaño al ver que don Ramiro consternado y temblando hizo un movimiento para levantarse.

—Se horroriza V., le dijo; tanto odio y deseo de venganza son causa de que tema V. oir el resto de mi historia. Deseche V. todo temor, porque

nada trágico hay en ella. El cielo trocó mi corazon, y á poco abjuré las pasiones violentas que la religion condena.

No pudo don Ramiro responder en un rato: el espanto y el terror, embargándole el movimiento y la voz, le tenian convertido en estatua. En fin, levantándose de repente, exclamó:

—¿En dónde estoy?... ¡Á qué sitio he venido!

—¡Ah señor! ¿Qué me indica la turbacion y espanto que noto?... ¿Hablé imprudentemente?... ¿Conoceria V. acaso á mi cruel perseguidor? ¿Será V. por ventura amigo suyo?

—Ese perseguidor, ese bárbaro, en fin, don Ramiro...

—Sí, él es; sí, señor, ha nombrado V. al autor de mis desgracias.

—Don Ramiro.

—¡Ah! no repita V. ese funesto nombre; no puedo oirle sin horror.

—¡Oh desgraciado Alvarez! Pero á lo ménos sepa V. que el justo cielo ha tomado por su cuenta el castigo.

—¿Qué dice V.? ¿No es él ya quien manda en Portugal?

—Despojado de todos sus honores y riquezas, sin parientes ni amigos, no le quedan mas que tardíos arrepentimientos y remordimientos que le despedazan.

—Si es cierto que padece, le tengo lástima.

—¿V. compadecerle? ¿Será posible?

—No hay duda. Pero, señor, V. llora... ¿Qué rayo de luz me alumbra? ¡Gran Dios! Si fuese...

—Sí, yo soy ese infeliz, exclamó don Ramiro arrojándose á los piés de Alvarez, quien sobrecogido de involuntario horror, retrocede estremeciéndose.

¡Oh padre mio! prosiguió don Ramiro, dígnate revocar la funesta imprecacion que ha derramado sobre mi cabeza todas las iras del cielo. Confieso que debes aborrecerme; no hay frase que exprese el horror que mi presencia debe causarte; pero considera que soy el más desventurado de los hombres... Un hijo me queda, él puede consolarme... ¡Ah padre mio! Deja ya de maldecirme; no desees que mi hijo acreciente mis desventuras.

Levantando el ermitaño los ojos al cielo, exclamó:

—¡Gran Dios, don Ramiro en mi celda! ¡don Ramiro suplicando á mis piés y dándome el sagrado nombre de padre! ¡Este dulce nombre, que era en otros tiempos mi gloria y mi felicidad! Ese nombre... que él mismo me ha robado. Pero no temas, sosiégate, prosiguió fijando en don Ramiro una mirada compasiva; te repito que há largo tiempo no abrigo en mi pecho la venganza... ¿Lloras, te quejas de tu suerte? ¿te persiguen? Habla, díme: ¿estás proscrito? Esta ermita será tu asilo; partiéndola contigo cumpliré con

las santas leyes de la hospitalidad. No temas que te haga indignas reconvenciones, no; si necesitas mi amparo, hallarás en mí un amigo, un padre.

—¡Oh grandeza de ánimo! ¿Es posible que el hombre pueda llegar á tan sublime grado de virtud?

—No, Ramiro, no busques en el corazon del hombre una generosidad de que no es capaz; no admires al flaco y débil Alvarez, pero adora y reconoce la obra del poder supremo y de la religion.

Y así diciendo el ermitaño tendió los brazos á don Ramiro, y se adelantó para abrazarle. Las lágrimas de este bañaron el seno del virtuoso Alvarez, aquel seno que él despedazara cruelmente.

Un cuarto de hora despues de esta tierna reconciliacion volvió Alfonso á la ermita. Despidióse don Ramiro del anciano y se alejó, llevando en su corazon los remordimientos más crueles y los más funestos presagios. No podia apartar de su memoria la maldicion de Alvarez; ya parte de ella se habia verificado con la pérdida de sus bienes y honores, y á pesar de su generoso perdon, sentíase demasiado culpado para no temer que el cielo cumpliese enteramente la súplica que en el primer momento de dolor hizo el desdichado anciano tan injustamente oprimido.

—¡Desgraciado de mí! exclamaba don Ramiro. En su infortunio encomendó al cielo el cuidado de su venganza, y será terrible... ¡Oh hijo mio! Tú serás el instrumento de la divina justicia. ¡Solo Alfonso puede ya completar la venganza de Alvarez!

Entregado á tan funestas ideas siempre estaba don Ramiro triste, taciturno y pensativo; cada vez que miraba á su hijo se le arrasaban los ojos en lágrimas, experimentando una inquietud no conocida y una opresion inexplicable. En una palabra, ya no disfrutaba sino á medias de la dicha de ser padre.

Despues de haber visto á Tarragona y Tortosa (16) salieron don Ramiro y su hijo para Madrid. Alfonso esperaba que allí encontraria á Dalinda, pero fue vana su esperanza; no obstante, por las señas que dió supo que en efecto habia estado en Madrid un sueco que se llamaba Thelismar, y aun debia estar algun tiempo en España, porque dijo se encaminaba á Granada.

Estas noticias que Alfonso adquirió secretamente le inspiraron el más vivo deseo de ir á Granada. Don Ramiro, que siempre llevaba consigo sus pesares y tristezas, convino en salir de Madrid ántes de lo que pensara. Al pasar por Toledo visitaron el alcázar de los moros (*), cuya arquitectura es un compuesto de la romana, gótica y arábiga. Lo que más admiraron

(*) Hay tambien en Sevilla otro alcázar, pero no tan bueno como el de Toledo.

fue el hospicio para los pobres de la ciudad y sus cercanías, fundado por el arzobispo, en el cual se hallan manufacturas y escuelas, manteniéndose en él cerca de doscientos niños, á quienes se infunde amor al trabajo y á la virtud. Las mujeres y los viejos hallan tambien asilo en este antiguo palacio, consagrado hoy por el celo y religion de un digno prelado á la humanidad desventurada (17).

Despues de permanecer algun tiempo en Toledo tomaron nuestros viajeros el camino de Córdoba, pasando por Sierra Morena (*), comarcas en otro tiempo incultas y abandonadas á las fieras y ahora convertidas en amenas poblaciones y fértiles campiñas, gracias al amor y próvida beneficencia del soberano (18). Córdoba, situada á orillas del Guadalquivir, está á la falda de unas sierras que son parte de Sierra Morena. Esta ciudad, tan célebre en tiempos pasados, sólo conserva de su grandeza antigua un recinto muy dilatado y la soberbia mezquita que Abderramen hizo edificar antiguamente (19).

Tres dias paró don Ramiro en Córdoba, y siguió su viaje. No pudo Alfonso ménos de conmoverse cuando descubrió á Granada (20). Imaginábase encontrar allí á Dalinda, esperanza que pronto se desvaneció; sin embargo, á pesar de su preocupacion é impaciencia, llamáronle la atencion la hermosa y brillante situacion de Granada y sus soberbios edificios (21), monumentos antiguos y curiosos, cuyas ruinas traen á cada paso á la imaginacion la magnificencia de los árabes. Admiró principalmente la Alhambra y el Generalife, y se deleitaba en aquellos lugares llenos de inscripciones y versos que le recordaban los placeres de los antiguos reyes de Granada y las desgracias de los Abencerrajes, las persecuciones y triunfo de una hermosa y virtuosa reina (22) y las demas cosas admirables que leyera.

Pero pensando más que nunca en Dalinda y Thelismar no tardó en saber que quince dias ántes de su llegada habian salido para Cádiz, donde permanecerian seis semanas, con objeto de embarcarse para las costas de Africa. Aunque Alfonso sintió mucho estas noticias no intentó obligar á su padre á que fuése á Cádiz, porque este al llegar á Granada le mostró deseos de volverse sin más detencion á Portugal.

El deseo de viajar y de ver á Dalinda, la esperanza de hacer fortuna, la ambicion, el amor, y sobretodo el orgullo, el ocio y curiosidad inspiraron al culpable Alfonso la imprudente y cruel resolucion de huir secretamente á Cádiz y abandonar á su padre. Mucho le costó determinarse á tomar un

(*) Llámase así porque está cubierta de árboles y arbustos siempre verdes, por lo cual desde léjos parece negra.

partido tan violento; pero al fin, no atendiendo á los gritos de la conciencia, empleó todo su ingenio en buscar pretextos que le excusasen á sus propios ojos y apoyasen su criminal determinacion.

—Mi padre, se decia, ha perdido cuanto tenia, quedándole sólo una corta pension que apenas puede mantenernos á los dos; separándome de él podrá vivir con más comodidad. Ademas, mi presencia le enfada é importuna; desde algun tiempo observo que mi conversacion y trato le molestan, y siempre está triste, pensativo y callado. Procuraré distinguirme y salir del abatimiento y oscuridad en que estoy, trabajaré para él, y todos los honores y riquezas que consiga serán suyas. Lo que me aparta de su lado es el deseo de gloria y su felicidad; mi ausencia le causará alguna pena, pero mi vuelta enjugará su llanto y le hará feliz para siempre.

Estas reflexiones hacia Alfonso y al mismo tiempo suspiraba y se enternecia. Si hubiese consultado su corazon al honor y la prudencia, fácilmente conoceria su desvarío é ingratitud; pero como no trataba sino de alucinarse, pronto lo consiguió, aunque no pudo ahogar del todo los remordimientos que le mortificaban. Firme ya en su resolucion la ejecutó al punto; sedujo al criado de su padre y le comunicó todos los medios que imaginara para facilitar su huida. Convinieron en que Alfonso se escaparia aquella noche, y que el criado le esperaria con dos caballos á las puertas de la ciudad, y que sin detenerse se encaminarian á Loja, por ser camino que el criado conocia. Aunque careciese Alfonso de dinero, conservaba todavía del desastre de Lisboa las joyas que llevaba puestas, porque, al enajenarlas todas don Ramiro, le permitió conservar dos sortijas de gran precio. Vendió una por la cual le dieron cuatrocientos pesos fuertes, cantidad que le pareció suficiente para dar la vuelta al mundo si era menester. El dia señalado para la huida fingió Alfonso una fuerte jaqueca, tanto por disimular su turbacion y desasosiego como para que su padre se acostase temprano. En efecto, aquella noche don Ramiro se recogió á las ocho. Cuando Alfonso se despidió de él le pareció que el corazon se le salia del pecho: corrió á encerrarse en su cuarto, pero siempre atormentado de remordimientos. Llorando escribió una carta en que participaba á su padre los motivos de su fuga, sin darle parte del camino que emprendia, ni de su extravagante pasion, dejándola sobre una mesa para que á la mañana siguiente la viese don Ramiro. Hecho esto se emboza en la capa, y como tenia que andar gran trecho, se puso unos zapatos gruesos claveteados con tachuelas y tomó un palo con chuzo. Guardó su caudal en una bolsa que se la metió en un bolsillo y en el otro una cartera en donde estaba la sortija que le quedaba y el cinturon de Dalinda. Abrió una ventana y por ella bajó á un patio, de cuya puerta poseia la lla-

ve, y salió sin ser visto. Atravesó presuroso la ciudad y á cien pasos de las puertas halló al criado que le esperaba, y montando á caballo tomaron el camino de Cádiz.

No podian andar mucho á causa de la oscuridad: el temor de que le siguiesen, las dolorosas reflexiones que se le presentaban en tropel, la inquietud, su conciencia y el arrepentimiento despedazaban su corazon y le infundian una especie de terror invencible, que acrecentaban las tinieblas de la noche. Dos horas hacia que caminaban cuando un espectáculo pasmoso le sacó de estas tristes reflexiones: de repente desaparece la noche amaneciendo un dia claro y deslumbrador. Levanta la cabeza y advierte en el aire un globo resplandeciente de fuego que parecia iba á precipitarse sobre la tierra, y que se aumentaba al paso que se iba acercando; presentaba mil colores brillantes y dejaba tras sí un rastro de luz que señalaba su curso; remontándose despues despacio arrojó innumerables chispas y centellas parecidas á las de los fuegos de artificio, reventó finalmente y salieron de su inmensa mole dos volcanes, que tomaron la figura de dos grandes arcos iris, yéndose uno á apagarse hácia el Norte y el otro hácia Levante. Entónces pareció que el globo disminuia; de allí á poco desapareció del todo, y sucedieron las densas sombras de la noche á la resplandeciente luz que ántes le deslumbrara (23).

Todos son agüeros infaustos para una conciencia turbada, y por tanto no bastó el ánimo de Alfonso á resistir la impresion que este prodigio le causara; acrecentándosele el terror clavó el acicate al caballo para distraerse con el movimiento y siguió galopando el resto de la noche. Conoció el criado al amanecer que habia equivocado el camino, y mirando Alfonso descubrió un terreno árido y pedregoso; no acertando á hallar camino ni senda se apeó, y atando el caballo á un árbol, se encaminó con el criado hácia la peña más elevada con ánimo de ver si descubriria la ciudad de Loja, de la cual no podian estár muy distantes. No habria andado Alfonso veinte pasos cuando de improviso se para: una fuerza incontrastable le detiene; el palo que llevaba en la mano se fija en la piedra y parece que ha echado raíces (24).

—¡Oh padre mio! exclama. ¿Acaso me castiga el cielo que quiere vengaros con este inaudito prodigio?

No pudo proseguir; el espanto, el terror y los remordimientos que le oprimen aniquilan sus fuerzas y le dejan inmóvil y mudo; los cabellos se le erizan, y una palidez mortal inunda su rostro.

—¡Ah mamá, exclamó Pulqueria, se ha convertido en estatua!

—No del todo, replicó sonriéndose la marquesa; pero se lo temió, porque le ocurrió el mismo pensamiento que á tí.

—Lo creo muy bien; la fuerza invencible que le tenia clavado le debia hacer temer cualquier desgracia.

—Y con todo, era una cosa muy natural.

—V. nos ha prevenido que todo lo maravilloso seria cierto... Con todo, aquel globo de fuego, ese fatal peñasco... parecen tan fuera de lo regular... Pero, mamá, volvamos al pobrecito Alfonso.

—Estaba en la situacion que acabo de pintaros cuando vió que el cielo se cubria de nubes, levantóse una ventisca furiosa y comenzó á llover. Pero ¿cuál seria el pasmo de Alfonso al considerar el horroroso color de aquella lluvia? Observa que sobre las peñas blanquecinas que le circundan caen unas gotas disformes de color rojo. Muy pronto se halla empapado en aquella agua sangrienta que inunda sus manos y vestido, y que chorreando de las peñas forma al rededor un espantoso arroyo de sangre (25). Penetrado de horror hizo Alfonso un esfuerzo para apartarse de tan fatal sitio; suelta el palo y se queda como si estuviese clavado en la peña, y á costa de inauditos esfuerzos consigue al fin desprenderse del peñasco, cayendo en la arena casi exánime. A este tiempo llegó el criado asustado con la lluvia de sangre, ayudóle á levantarse y le dice que habia encontrado el camino; y montando á caballo al punto huyeron de aquel paraje.

Alfonso descansó dos horas en Loja, tomó mulas y un mozo y prosiguió el camino; atravesó el monte Orospeda (26), pasó por la antigua ciudad de Antequera, y sin detenerse llegó á Málaga. En lo restante de su viaje no le sucedió cosa particular, llegando á Cádiz bueno y sano, y se hospedó en la primer posada que le indicaron.

Al subir la escalera para ir á su cuarto llegó á sus oídos la voz de una mujer que cantaba acompañándose con el arpa; estremecióse al oirla, y guiado por la voz se para á la puerta, oyendo absorto la más tierna melodía. Conoció la voz, penetrándole hasta lo íntimo del corazon; enajenado y fuera de sí bajó precipitadamente la escalera, topa al huésped, quien le asegura que en efecto Dalinda y Thelismar vivian en aquella posada á donde los guió la casualidad. No es posible explicar la alegría que le causó á Alfonso esta noticia. Al punto hizo que le enseñasen las ventanas del cuarto de Dalinda, y despues se encerró en el suyo para entregarse libremente al exceso de su contento.

Despues de cenar pidió una guitarra, bajó al patio, y debajo de las ventanas de Dalinda, con mano trémula tocó varias sonatas. Oyó que abrian la ventana, y recelando que Thelismar le entendiese, porque sabia el portugues, no se atrevió á cantar los romances que compusiera para Dalinda en la Fuente del amor; pero cantó con voz tímida los tormentos de la ausencia. Al cabo

de un cuarto de hora cerraron la ventana. Al dia siguiente Alfonso cantó en vano; no abrieron, y este rigor le afligió tanto como si hubiera destruido alguna bien fundada esperanza. Entre tanto formaba mil proyectos relativos á su pasion, pero ninguno le agradaba. Abrasábase en deseos de volver á ver á Dalinda. Su primera idea, cuando huyó de su padre, fue la de ofrecerse á Thelismar por compañero de sus viajes, no dudando que vista su instruccion aceptase la oferta, como ventajosa y agradable, y ademas juzgaba que el agradecimiento por haber salvado la vida á Dalinda le obligaria á admitir su propuesta con gusto. Cuando las pasiones del hombre forman un proyecto cierran los ojos á las dificultades, desechan las reflexiones útiles, temen cuanto pudiera desviarlas del fin que se proponen, y no conocen su imprudencia y locura sino cuando es irremediable.

Fluctuando Alfonso entre dudas y temores no sabia qué partido tomar, y evitaba con cuidado que Dalinda ó su padre le viesen, cuando una tarde le dijeron que Thelismar se disponia á partir al dia siguiente, embarcándose al amanecer á bordo del *Intrépido* (27), que debia llevarle á Ceuta. Esta novedad fijó las dudas y temores de Alfonso. Sin detenerse un punto vende la sortija que le quedaba, habla con el capitan del *Intrépido,* y se determina á que le reciba á bordo. Al ser de dia se embarcó, ocultóse en su camarote, y al cabo de un cuarto de hora oyó la voz de Thelismar, haciéndose en breve el buque á la vela. Como debia Alfonso comer con el capitan y estaba cierto de ver en su mesa á Dalinda y Thelismar, se resolvió en fin á visitar á este. Hízole decir que deseaba hablarle, y con su respuesta pasó á verle. Al ruido que hizo al entrar volvió Thelismar la cabeza, y contemplándole atentamente reconoció al libertador de su hija; se levantó, y corriendo abrazó á Alfonso con las mayores demostraciones de amistad y cariño. Gozoso Alfonso sintió renacer en su pecho la esperanza; pero respondió á las preguntas de Thelismar con más empacho que verdad, diciendo:

—Aunque mi padre ha sido muy rico, actualmente sólo tiene lo preciso, viviendo como filósofo en las pacíficas riberas del Mondego. Hame concedido licencia para viajar, esperando que con la educacion que me ha dado podré adquirir fama, y...

—¿Qué edad tiene V., y cuáles eran sus miras al abandonar la casa paterna?

—Supe que V. estaba en España, despues que intentaba pasar al Africa, y esperé que me permitiria acompañarle.

—¿Lo ha pensado V. bien? Yo debo visitar las cuatro partes del mundo: si V. quiere asociarse á mis fatigas, accedo á ello gustoso.

Fuera de sí Alfonso al oir estas palabras abrazó á Thelismar, y le juró que no se apartaria de él jamas.

—Pero sepa V. que el viaje durará tres ó cuatro años á lo ménos, y quizá su padre no aprobará ausencia tan larga.

—Estoy persuadido de que no se opondrá.

—Pues siendo así, gustando V. del estudio y teniendo, como creo, nobleza en su modo de pensar y propension á la virtud, hallará en mí un fiel amigo y un segundo padre; me tendré por dichoso si puedo de este modo manifestarle parte de mi agradecimiento. Dalinda le debe á V. la vida. ¡Considere V. si debo estimarle!

Enternecido Alfonso se inmutó al oir el nombre de Dalinda, y no acertando con las palabras tuvo que callar; Thelismar prosiguió diciendo:

—Necesito consuelos, que espero encontrar en la amistad de V.

—Consuelos... Pues ¿qué penas puede V. tener?

—Me he separado por cuatro años de las prendas que más quiero... de mi esposa é hija.

—¡Cómo!... ¿De Dalinda?

—No podia exponerlas á los riesgos de tan larga navegacion: han visitado conmigo la mayor parte de Europa; en Cádiz nos hemos separado, y en tanto que navegamos hácia el Africa, ellas regresan á Suecia.

—¡Oh cielos, exclamó dolorosamente Alfonso, la Suecia y el Africa! ¡Oh qué inmensa distancia entre Dalinda... y... V.! ¡Cuánto lo siento!

No pudo Alfonso reprimir el llanto.

—Mucho le agradezco á V. la parte que toma en mi dolor.

La llegada del capitan interrumpió la conversacion. Alfonso se fué á encerrar en su camarote para ocultar su pena y desasosiego. Se desesperaba cuando pensaba que en cuatro años no habia de ver á Dalinda; sin embargo, experimentaba algun consuelo con el afecto que Thelismar le manifestara, y se propuso emplear todos los medios para granjearse su amistad y confianza.

Aquella misma noche Thelismar le hizo varias preguntas, y una de ellas fue si conocia los elementos de alguna ciencia.

—Pues ¿no? respondió Alfonso sonriéndose de un modo satisfecho. No carezco de instruccion: nada existe que no me hayan enseñado.

—¿Sabe V. algo de geometría?

—Diez años tuve profesor de matemáticas.

—¿Tiene V. algunos principios de física é historia natural?

—Nada de eso ignoro, y tengo ademas pasion por las nobles artes; la música y el dibujo son mis delicias.

—¿Con que sabe V. dibujar? Y ¿qué género?

—Flores.

—¿Gusta V. de leer?

—Muchísimo.

—El idioma portugues no es muy abundante de buenos autores; pero V. sabrá el latin.

—¡Oh! perfectamente. Vea V. si lo sabré cuando á los diez años explicaba superiormente (esta era la expresion de mis maestros) á Horacio y Virgilio.

—En ese caso acabaria V. los estudios á los doce.

—Justamente; y desde entónces no he vuelto á ver libro alguno en latin, á fin de adquirir otros conocimientos.

—Y yo apostaré que á los trece años era V. ya bastante buen geómetra para abandonar el estudio de las matemáticas.

—Sí, señor, entónces fue cuando me dediqué á la literatura: empecé á componer versos...

—¿Cómo, de sabio se volvió V. poeta? No siempre suele ser afortunada esa trasformacion.

—Mis versos tuvieron un aplauso que debió animarme.

—Entiendo que seria un aplauso de tertulia, casero.

—No por cierto, puedo decir que fue universal.

—¿Cómo lo pudo V. saber?

—Los que iban á casa me lo decian.

Esta respuesta hizo sonreir á Thelismar; mudó de conversacion, y un rato despues se fué Alfonso á acostar, persuadido de que Thelismar habia concebido la opinion más ventajosa de su erudicion. Al dia siguiente se acordó Alfonso del lance del toro en la Fuente del amor, y preguntó á Thelismar la explicacion de tan raro suceso, y le respondió que aquel mismo dia encontró á un amigo que regresaba de América, el cual traia un veneno tan activo que producia el efecto que Alfonso presenciara, cuyo amigo le habia regalado un estuche con algunas agujas bañadas en este tósigo, y que intentando hacer aquella noche la prueba, guardóse el estuche en la faltriquera (28).

—Lo que me admira, dijo Alfonso, es que nunca haya yo oido hablar de ese veneno.

—Puede ser, replicó Thelismar, que haya otras varias cosas que V. ignore.

—Tal vez, replicó Alfonso; pero me atrevo á decir que no serán muchas, porque no soy ignorante; he tenido maestros de todas ciencias, sin contar que he leido bastante, y observado y pensado mucho más.

No se alababa tanto Alfonso sino porque se imaginaba hacerlo sin ries-

go, pues no advertia en Thelismar mas que un sugeto sencillo y sin pretensiones, al cual no conocia mas aficion que el de la botánica, y no dudaba que en lo demas fuese muy ignorante. Este, unas veces de intento, y otras por su natural modestia, le confirmaba á cada paso en su opinion.

Llegaron por fin á Ceuta: Thelismar dijo á Alfonso que se encargaba de buscar alojamiento para los dos, y se acomodó con él en una de las mejores casas de la ciudad.

Aquí llegaba la marquesa cuando dieron las diez; guardó el manuscrito, y se acabó la velada.

VELADA DÉCIMA SÉPTIMA.

PROSIGUE EL CUENTO DE ALFONSO Y DALINDA.

Despues de prevenir en la siguiente noche á sus hijos que no la interrumpiesen con preguntas, la marquesa prosiguió su lectura en estos términos:

Lo primero que practicó Alfonso en cuanto llegaron á Ceuta fue escribir á su padre una carta demostrándole su arrepentimiento y sumision. Manifestábale tambien el verdadero motivo de su fuga, implorando su perdon, suplicando le concediese permiso de acompañar á Thelismar en sus viajes; y como debian permanecer algun tiempo en este punto, rogábale encarecidamente le manifestase su voluntad, á la que prometia sujetarse cualquiera que fuese. Dirigió su carta á Portugal, no dudando que don Ramiro habria vuelto á la provincia de Beira. Ya algo más tranquilo, tornó á sus acostumbradas diversiones; cantaba y tañia la guitarra la mayor parte del dia, ó dibujaba flores, que á su parecer eran otras tantas obras maestras, y se las enseñaba á Thelismar, á quien juzgaba maravillado de su habilidad.

Una mañana le llamó Thelismar, diciéndole:

—Como sé la grande aficion de V. á la música y al dibujo, paréceme

le agradará conocer dos niños que ciertamente le dejarán admirado. El uno contará cinco años y dibuja primorosamente en el mismo género que V.; y el otro una niña que toca el clave bastante bien: ambos están en mi gabinete; vamos á verlos.

Diciendo esto Thelismar conduce á Alfonso á la habitacion inmediata parándose á observar desde la puerta. Vé Alfonso á una jóven que tocaba el clave, y junto á ella un niño de cinco años dibujando.

—Parémonos aquí, dijo Thelismar, la muchacha es tímida, sabe que V. lo entiende, y se turbaria si nos acercáramos.

—En efecto, replicó Alfonso; se ha ruborizado al vernos.

—Y observe V. que está tan agitada que respira con dificultad. ¿No repara V.?

—Cierto, respondió Alfonso, quien lleno de satisfaccion de que su vista produjese tales efectos, se dignó animarla exclamando varias veces: Bravísimo, bravísimo, con todo el orgullo y pedantería de un necio, que juzga sus palabras capaces de envanecer á quien van dirigidas.

Cuando la niña concluyó la pieza hizo una cortesía, y Alfonso la aplaudió con entusiasmo. Entónces adelantóse Thelismar diciendo:

—Vamos á ver dibujar al niño; pongámonos detras para observar mejor.

Al acercarse reparó Alfonso que el muchacho dibujaba con guantes y sin original.

—¿No le parece á V. muy singular, dijo Thelismar, que en su edad pueda dibujar de memoria? ¡Vea V. con qué perfeccion saca la flor!

—¡Oh, es admirable! exclamó Alfonso. Un dibujo exactísimo... Animo, hijo mio... Redondea un poco ese contorno... Eso es. ¡Magnífico!... En verdad que yo no lo haria mejor.

No distraian los elogios al niño, que proseguia dibujando con la mayor aplicacion, y de rato en rato apartaba la mano para contemplar lo hecho, soplando el papel para quitar el polvillo del lápiz. Cuando terminó la flor, Alfonso lleno de admiracion se arroja al cuello del niño, pero al punto mismo da un grito de asombro.

—Poco á poco, exclamó Thelismar riéndose; despacio, no me haga V. pedazos al artista.

—¡Cielos! exclamó Alfonso, ¡con que es un maniquí!

—Sí, un autómata (29).

—Y ¿la muchacha?

—Hermana del dibujante.

—Pero ¡si respiraba!

—Y tambien tocó el clave: por lo cual, querido Alfonso, no seria justo

hacer gran aprecio de dos habilidades que se hallan en unas máquinas.

—¡Ah! Voy ahora mismo á romper la guitarra y los lápices.

—Haria V. mal: es vituperable el hombre que pasa su vida tocando la guitarra y dibujando flores; pero nadie le censurará que considere estas dos habilidades no como ocupaciones sérias, sino como recreo que debe cultivar á ratos perdidos, sin envanecerse con el escaso mérito de hacerlo bien.

Esta leccion produjo efecto en el mozo, pero aun le era preciso recibir otras para enmendarse.

Disponíase ya Thelismar á marchar de Ceuta, y no recibiendo Alfonso noticias de su padre, imaginóse que convenia en su propuesta, toda vez que no le escribia oponiéndose, y en su consecuencia decidióse á seguir al padre de su amada. Algunos dias ántes de salir para las islas Azores supo que una máquina que se construia en el jardin y cuyo objeto ignoraba, se construia bajo la direccion de su compañero, y preguntóle á qué uso estaba destinada.

—El dueño de esta casa, respondió Thelismar, me notició que en el espacio de veinte años han caido dos rayos en ella, y le prometí que no volverá á caer otro.

—¿Cómo podrá V. impedirlo?

—Por medio de esa máquina.

—No comprendo.

—Lo creo; sin embargo, repito que en adelante no caerá otro rayo en el edificio, sino al extremo del jardin.

En efecto, cuatro ó cinco dias despues presentóse una gran tormenta. Thelismar se asomó á la ventana, y mostrando á Alfonso la espesa nube que pasaba sobre la casa:

—Mire V., dijo, esa nube; advierta V. cómo se aparta de nosotros y sigue la direccion que señalo. Mando que vaya á reventar al extremo de aquella calle de árboles.

Hablando así Thelismar dirige el baston hácia la nube, la cual parece obedecer á su voz sin atreverse á desviarse del camino que la indica. Diríase que era un encantador que con su varilla mágica dominaba los elementos.

—¡Gran Dios, exclamó Alfonso, qué veo! V. dirige á su arbitrio las nubes; ya se reunen en el sitio que V. las marcó.

—Pues ya que están juntas, replicó Thelismar, quiero que se disipen, y caiga un rayo á treinta pasos de la tapia del jardin.

No bien acababa esas palabras cuando se oyó un horroroso estampido y cayó el rayo en el mismo sitio que señalara (30): al punto cerró la ventana, y salió dejando á Alfonso petrificado de admiracion.

Al dia siguiente entregaron á Thelismar delante de Alfonso una carta de Dalinda, la cual leyó en alta voz porque Alfonso habia aprendido el sueco, que comenzó á estudiar desde que supo en España ser Suecia la patria de Dalinda, haciendo rápidos progresos. La carta de Dalinda le encantó, y no pudo disimular el enternecimiento que experimentaba al oirla. Sentia un gozo inexplicable al comprender el escrito de Dalinda, y escuchando el ingénuo pormenor de sus pensamientos y afectos, juzgaba que la oia hablar: conocia finalmente su carácter, y ese conocimiento fijó para siempre en su corazon la más frágil de todas las pasiones, por cuanto reunia el aprecio al amor. Bien hubiera deseado tener en sus manos la carta de Dalinda para ver su letra; pero Thelismar despues de leerla la guardó en un cajon de su escritorio. Alfonso, con los ojos fijos en el cajon, dejó de escuchar á Thelismar, entregado á su amoroso delirio: entónces este tomó un libro, púsose á leer, y Alfonso, ya repuesto, salió de la estancia. Al anochecer volvió, y Thelismar se levantó diciéndole:

—Como mañana nos hacemos á la vela para las islas Azores (*), tengo que disponer varias cosas; espéreme V. aquí, que dentro de media hora volveré.

Diciendo esto sale dejando á Alfonso solo sentado en frente del escritorio donde estaba la carta, y en cuya cerradura se veia la llave. Alfonso se siente acometido de una tentacion, que al principio resiste. Le acosaba el deseo de abrir el cajon y leer siquiera una vez la carta: bien conocia que tal accion era mala, pero, se decia á sí mismo, no es mi intencion descubrir los secretos de Thelismar. Él me la leyó; nada nuevo intento saber; sólo pretendo verla y contemplar la letra... Finalmente, despues de luchar algun tiempo en su interior, vence todos los escrúpulos. Se acerca al escritorio, lleva su mano trémula á la llave, pero no bien la toca cuando recibe en el brazo y en el pecho tan terrible golpe que casi le quita el sentido. Atónito y espantado se hace atras, y dejándose caer en una silla:

—¡Justo Dios! exclama. ¿Qué mano invisible es la que me ha herido (31)?

Al punto mismo se abre la puerta y ve á Thelismar.

—¿Qué ha hecho V., Alfonso? le dice este con severidad.

(*) Las islas Azores están situadas entre Africa y América á unas doscientas leguas de Lisboa. Gonzalo Vello las descubrió á mediados del siglo XV, y las llamó Azores á causa de las muchas aves así llamadas que hay en ellas. Otros atribuyen á Martin Behem el honor de este descubrimiento. Estas islas son nueve. La mayor se llama Tercera, por lo cual comunmente las entendemos á todas con este nombre. La capital es la ciudad de Angra, que lo es tambien de la isla Tercera.

—¡Ah! observó el jóven, no sólo el arte sobrenatural de V. produce tantos prodigios, sino que tambien descubre los más ocultos pensamientos. Lea V. en mi corazon.

—Veo en él un motivo que no puede servirle á V. de disculpa; porque ninguna existe suficiente á tan vituperable deslealtad. Es mal hecho, Alfonso, abusar de la confianza que se nos dispensa, y otra culpa de esta clase le haria perder para siempre mi estimacion. Pero esa llave no ofende sino á los imprudentes; de este modo rechaza á los que quieren usarla sin mi consentimiento. Ahora que yo se lo permito á V. puede abrir sin riesgo alguno.

Cuando Alfonso le oyó corrió al escritorio, y despues de abrir el cajon dijo:

—No hay duda, Thelismar; nada le es á V. imposible: todas sus razones son sábias y prudentes, y sus hechos maravillosos. Dígnese V. ser siempre mi protector y guia; mi sumision, afecto y agradecimiento me granjearán esta dicha.

Y se acercó con aire enternecido y respetuoso á Thelismar, quien le recibió con un abrazo cariñoso.

Á la mañana siguiente Thelismar y su compañero se embarcaron é hicieron á la vela para las Azores: despues de una feliz navegacion tomaron tierra en la isla de San Jorge, donde descansaron algunos dias.

Thelismar se alojó en la casita de un sueco establecido allí hacia ya seis años. Como sólo habia en la casa una habitacion cómoda, compartióla con Alfonso, haciéndole poner una cama inmediata á la suya. Una noche, que estaban en el primer sueño, despertaron despavoridos á un tiempo, imaginándose haber experimentado una violenta sacudida de temblor de tierra, y huyeron á un huerto, en el cual encontraron al amo de la casa y á varios criados que al sentir la oscilacion se refugiaron en él. Trajeron hachas de viento, porque la noche era sumamente oscura, y con el temor de experimentar un desastre parecido al de Lisboa, pasaron con la mayor inquietud cerca de tres horas en el jardin. No repitiéndose el más leve movimiento se determinaron á entrar en la casa; pero Thelismar y Alfonso no se acostaron y esperaron departiendo á que amaneciese.

Alfonso, que ya no ocultaba á Thelismar el nombre de su padre, y que le refiriera cuanto le sucedió en el terremoto de Lisboa, aprovechó la coyuntura para hablar de ello. Esta narracion siempre iba acompañada de una pomposa descripcion del magnífico palacio de don Ramiro y de una prolija y minuciosa enumeracion de las joyas y diamantes que poseia ántes de aquella desgracia. Cuando empezó á amanecer se asomaron á una ven-

tana desde la cual se descubria toda la isla. Pero ¿cuál fue su asombro al ver la casa y el jardin formando una isleta en medio del mar? Estremeciéronse al considerar el riesgo que corrieran, y no acertaban á comprender como la casa, arrojada al mar, y á gran distancia de la tierra, resistió á una conmocion tan violenta sin desmoronarse enteramente.

—Sin duda, dijo Thelismar, esta humilde habitacion pertenece á un hombre virtuoso: la divina justicia se ha dignado salvarla y conservarla con tan estupendo prodigio.

Aun hablaba Thelismar cuando entró el dueño de la casa, anciano venerable, que acercándose y exhalando un profundo suspiro, dijo:

—Vengo, señor, á implorar la proteccion de V., no para mí sino para mi hijo. Aunque desterrado seis años há de mi patria, no dejo de acordarme de los hombres grandes que la ilustran; conozco el nombre y virtudes de V. Sé que nuestro soberano, protector de los grandes talentos y de las ciencias, le honra con particular aprecio, y vengo á suplicarle me dé cartas de recomendacion para mi hijo.

—Con que ¿regresa V. á nuestra patria?

—Sí, señor.

—Pues ¿qué contratiempo le obligó á salir de ella?

—Señor, nací en oscura clase, pero á pesar de esa medianía pude proporcionar á mi hijo una educacion superior á su estado. Este hijo querido correspondió tan bien á mis deseos, que á los veinte y cinco años obtuvo por su mérito un empleo honorífico y lucrativo. Algun tiempo despues enamoróse de una doncella, amable y rica; ya iba á casarse con ella cuando una cruel desgracia me precisó á expatriarme. Vivia en mi casa un opulento negociante: una mañana le encontraron cosido á puñaladas en el lecho, y robadas sus riquezas. Prendieron á los criados, y yo tambien me presenté en la cárcel. El malvado autor del delito me lo imputó: yo tenia enemigos, cuyas tramas empeoraron el asunto; no obstante, gracias á las solicitudes y protectores de mi hijo, conseguí que por falta de pruebas me pusiesen en libertad, pero sin recuperar el honor perdido; y no pudiendo tolerar una vida ignominiosa donde ántes gozaba de la pública estimacion, determiné huir. Oculté este proyecto á mi hijo; pero él me observaba demasiado para no penetrar mis miras. Enajené lo poco que me quedaba, y salí de Stokolmo á media noche. Sólo echaba de ménos á mi hijo; pero le dejaba en posesion de un empleo que le suministraba medios de vivir con decencia, y estaba persuadido de que á pesar de nuestros infortunios, la persona á quien amaba le correspondia con el mismo afecto. Estas ideas me consolaban algun tanto, haciéndome más soportable mi desgracia. Corria sin parar la silla

de posta, cuando al amanecer advertí que un hombre á caballo me seguia á toda priesa: me asomo á la ventanilla, y ¡cuál fue mi asombro al reconocer á mi hijo! No puedo expresar lo que experimenté. Arrojéme de la silla, y le abrazé exclamando:

—¡Qué has hecho!

—Lo que debia.

—Pero ¿cuál es tu designio? repliqué bañándole con mis lágrimas.

—Acompañar á V. y consagrarle la vida que le debo.

—Y ¿tu empleo, tu fortuna?

—Todo lo abandono por V.; sí, todo... hasta lo que más amaba. Sin embargo de que corren mis lágrimas, crea V. que sacrifico gustoso el amor á la naturaleza.

—Pues si estabas enterado de mi fatal determinacion, ¿por qué no te oponias? ¿Acaso dudabas del poder que ejerces sobre mí?

—Las apariencias fatales culpaban á V.: funesta desgracia que le hace más digno de mi amor y veneracion. Pero en fin, se hallaba V. deshonrado, y era preciso huir. Conserva V. en realidad la inocencia y la virtud, y esto debe servirle de consuelo.

—Y ¿podré no llorar continuamente tu desgraciada suerte?

—¡Mi suerte! ¿Quién en el mundo la logró mejor que yo? Puedo manifestar á mi padre mi agradecimiento y afecto, recompensándole cuanto ha perdido. Mi mano enjugará sus lágrimas, mi celo y ternura harán cesar su causa. ¡Oh padre mio! el respeto y amor de su hijo harán á V. olvidar con el tiempo una patria injusta, parientes ingratos y amigos desleales. El cielo me destinaba á cumplir en toda su extension las santas leyes de la naturaleza... No, no llore V. ni me considere desgraciado; ántes bien V., hasta aquí modelo de los padres, disfrute de la gloria y dicha pura de haber formado por sus cuidados y ejemplos un hijo digno de V.

V. es padre, señor, continuó el anciano, y comprenderá que me resigné con paciencia. En fin, despues de viajar dos años, nos establecímos aquí: mi hijo entró en varias empresas de comercio, y adquiriendo alguna ganancia compró esta casa, donde vivimos con quietud y sosiego. Aquí contaba acabar mis dias, cuando hará dos meses que recibímos noticias de Stokolmo, que variaron nuestro dictámen. Mi inocencia está plenamente reconocida; el perverso asesino fue puesto en libertad, pero otros delitos le condujeron de nuevo á la cárcel. Convencido de mayores maldades, confesó ántes de espirar que era el verdadero autor del homicidio que se me imputaba: hemos sabido al mismo tiempo que la jóven que debia casarse con mi hijo se mantiene soltera. Desde entónces mi sola aspiracion es volver á mi patria.

Debíamos marchar dentro de seis meses, pero la desgracia que acabamos de sufrir y la pérdida de esta casa, que aunque sin arruinarse ya no está habitable, nos precisa á anticipar nuestra partida, y así he venido á suplicar á V., señor, que nos dé cartas.

—Y se las daré, interrumpió vivamente Thelismar, tan buenas como á un hermano, ó al más querido amigo. Sí, no dude V. que nuestro justo y benéfico soberano recompensará dignamente la virtud de su hijo.

—¡Ah señor! exclamó el anciano llorando de alegría, permita V. que vaya á buscarle para que le conozca.

Esto diciendo salió apresuradamente sin esperar respuesta. Volviéndose entónces Thelismar á Alfonso, le vió apoyado tristemente en una silla tapándose el rostro con las manos, y llorando.

—¿Por qué oculta V. esas lágrimas? le dijo. Déjelas correr libremente, pues prueban la sensibilidad de su corazon.

Engañábase sin embargo atribuyendo á enternecimiento el llanto cruel que le hacian derramar su culpa y remordimientos. ¡Cuán delincuente se juzgaba, comparando su conducta con la de aquel jóven cuya historia acababa de oir! Aquel sencillo relato traspasaba su corazon y le acibaraba el sentimiento más tierno, la admiracion que causa la virtud.

Volvió el anciano conduciendo á su hijo, á quien estrechó Thelismar entre sus brazos, ratificándole las promesas hechas á su padre, y despidiendo á entrambos penetrados de alegría y agradecimiento.

Entre tanto varios habitantes de la isla vinieron en botes á informarse de la suerte de los de la casita que al romper el dia vieron en medio del mar, noticiándoles que todas las casas inmediatas estaban arruinadas, y sólo la de Zulaski (que así se llamaba el virtuoso jóven que conocemos) se conservaba por milagro. Thelismar y Alfonso entraron en un barco y se dirigian hácia la parte de la isla ménos castigada por el terremoto; pero no habian aun caminado un cuarto de legua cuando se quedaron absortos al ver salir de improviso del fondo del mar diez y ocho islas distintas (32). Despues de costear algunas saltaron en tierra, y hallaron albergue en una de las habitaciones, adonde aquella misma noche fué Zulaski á verlos. Para regresar á Suecia debia embarcarse en una nave portuguesa, por lo cual Alfonso le entregó dos cartas; una para su padre, en la cual le noticiaba todos los parajes por donde pasaria, suplicándole que le escribiese á ellos significando su voluntad; la otra era para un amigo suyo en la provincia de Beira, al que rogaba le diese noticias de don Ramiro, enviándole asimismo un itinerario exacto de su viaje. Luego que Zulaski las recibió, y las de Thelismar, emprendió el viaje sin más detencion; y de allí á pocos dias Thelis-

mar y Alfonso se embarcaron para las islas Canarias.

En la de Tenerife permanecieron bastante tiempo. Lo primero que hicieron fue visitar la deliciosa comarca situada entre Orotava y Realejo, en la cual se hallan reunidas las producciones más agradables, majestuosas y útiles que la naturaleza concede á los mortales. Por una parte se ven altas montañas siempre verdes; por otra fértiles praderas y dilatados campos de cañas dulces; mas allá peñascos de los cuales se precipitan arroyos de agua cristalina; y por fin viñas y bosques, cuyos árboles disfrutan de follaje perpétuo. Nuestros viajeros no se determinaban á alejarse de sitios tan deliciosos. Un dia entero permanecieron en ellos, ya paseándose, ya sentados á la sombra de los plátanos leyendo algun pasaje de las *Metamórfosis* de Ovidio, ó versos de Camoens. Ocupada la imaginacion de Alfonso con las ideas que le sugerian estas lecturas, deseó ántes de abandonarlos escribir sobre la corteza de un árbol cuatro versos que acababa de componer. Se acerca á un árbol corpulento parecido al pino, y sacando el cortaplumas escribe sobre la corteza. Mas tan pronto como la punta penetró en ella, advierte que la incision mana sangre (33). Casi se imaginó haber herido á alguna ninfa trasformada; retírase amedrentado, y arroja al suelo el ensangrentado cortaplumas. Thelismar se sonrie y le aquieta, asegurándole que aquel supuesto prodigio nada tiene de siniestro ó extraordinario. Algunos dias permanecieron en Laguna, grande y hermosa ciudad, cuyas casas contienen por lo comun extensos jardines y alamedas de naranjos y limoneros, y esto unido á sus fuentes y bosques, su lago, su acueducto, y la suavidad de los vientos que templan lo caloroso del clima, la convierten en una morada deliciosa.

Otras varias ciudades visitaron despues; y finalmente llegaron á Guimar, cuyos moradores son casi todos descendientes de los antiguos guanches, primeros moradores de la isla. Los descendientes de aquel pueblo salvaje, no obstante haber renunciado á la idolatría, conservan las costumbres agrestes y gran parte de los usos de sus mayores.

Un dia que Alfonso se paseaba solo por las inmediaciones de Guimar, sus cavilaciones le condujeron á un bosque poco frecuentado, en el cual se extravió. Queriendo volver al camino metióse en lo más intrincado de él, del cual salió no sin gran trabajo, hallándose en una especie de desierto despojado de árboles y yerba, que sólo ofrecia á la vista una llanura árida, cubierta de guijarros, terminada por una alta montaña. Al verse Alfonso en aquel sitio se acordó suspirando de que Thelismar le encargaba á menudo que nunca pasease sin guia; pero era tardío ya el recuerdo. Entre tanto se acercaba la noche; sigue caminando algun tiempo, pero al fin rendido

de cansancio párase sobre una eminencia rodeada de zarzales y gruesos é informes peñascos. Al sentarse en uno descompone el equilibrio de los demas, que caen rodando con estrépito. Huye por evitar que le hiriesen; mas al volver repara que su caida ha dejado patente un agujero bastante capaz para dar paso á un hombre; acércase más, y mirando hácia abajo distingue admirado varios escalones. Impulsado por su extremada curiosidad penetra en la gruta, y baja una escalera muy pendiente; á lo último de ella levanta la cabeza, y ya no ve luz. Intenta volverse, pero fijando la vista en la profundidad, advierte una luz bastante lejana. Esto le decide á concluir una empresa que le ofrece algo extraordinario, y prosigue andando. Atraviesa una larga y oscura galería, que termina en una espaciosa caverna alumbrada con varias lámparas pendientes de la bóveda. Tiende la vista por todas partes, y se encuentra en medio de más de doscientos cadáveres arrimados á las paredes de aquel lúgubre subterráneo.

—¡A qué funesto sitio me ha conducido mi imprudencia! exclama. Esta cueva, semejante á la de Polifemo, es sin duda el asilo de algun bandido inhumano, y estos cadáveres, las víctimas de su horrible crueldad... Pero, pues no tuve la prudencia de Ulíses, tendré á lo ménos su valor. Y esto diciendo desenvaina la espada, y prepárase á vender cara su vida. No intentó la huida por temor de ser sorprendido en el callejon estrecho y oscuro, única salida que conocia; juzgó que le seria más fácil defenderse en la cueva, imaginándose que los asesinos habrian cerrado ya la entrada. Pero nada alteraba el lúgubre silencio de aquella mansion, por lo cual pudo considerar despacio los tristes y raros objetos que le rodeaban. Advirtió que ningun cadáver daba indicios de corrupcion, y que todos conservaban la piel y las facciones. Devanábase los sesos pensando en lo que veia, cuando creyó oir pasos; aplica el oído, y distingue voces que hablaban en lengua desconocida.

No siendo su intencion comenzar el combate, caso que no pensasen ofenderle, colócase entre dos cadáveres, esconde la espada, é imita el silencio de sus colaterales. En breve entran en la cueva doce hombres vestidos de un modo extraño que se iban acercando de dos en dos; su porte grave y pacífico no anuncia intencion dañada; pero al punto que le distinguen prorumpen en espantosos gritos; el furor y la indignacion se pintan en sus rostros; retroceden á un tiempo, y sacando cada cual un puñal, embisten en tropel al jóven, que con la espada los recibe valerosamente. El combate fue largo y sangriento; pero la destreza y valor de Alfonso triunfaron de la fuerza, y aunque solo contra doce hombres furiosos, quedó dueño del campo de batalla. Recibió dos heridas, que costaron la vida á la mayor

parte de sus contrarios, huyendo los demas atemorizados. Cuando se halló solo pensó en restañar la sangre de sus heridas rasgando el pañuelo y atándoselo con las ligas; despues cortó con la espada la correa de que estaba pendiente una de las lámparas, y salió con ella sin detenerse; atravesó corriendo la galería oscura, llegó á la escalera, la subió aceleradamente, y hallando franca la puerta, se arroja fuera de aquella horrorosa sima. Al verse en el campo creyó que salia del infierno y que empezaba á vivir de nuevo. Viendo el espacio y respirando el aire puro, exclama:

—¡Oh padre mio! ¡Oh Dalinda! ¡Oh querido amigo Thelismar! Ya espero disfrutar la dicha de veros. ¡Solamente vosotros me haceis preciosa la vida!

Cuando Alfonso entró en la cueva iba anocheciendo, y al salir ya era más de media noche. Guiado por el resplandor de la luna y de las estrellas se apartó de aquel funesto sitio, y despues de andar perdido más de tres horas, llegó al romper el alba á las márgenes de una laguna rodeada de árboles. Atormentado por la sed, la vista del agua pura y clara le hizo recobrar sus fuerzas y valor; mitigóla, comiendo tambien frutas silvestres; pero sintióse tan débil y cansado, que no le fue dable emprender el camino, y se tendió sobre el césped en frente de una colina sembrada de árboles. Tres cuartos de hora habria que descansaba en aquel sitio solitario, cuando el cielo empezó á cubrirse de nubes, y levantándose un récio viento empieza á lloviznar; de allí á poco cesa la lluvia, pero sigue el viento con más furia. Procura Alfonso levantarse, y extendiendo la vista hácia la colina advierte con extraordinario asombro que de su cima se eleva una enorme columna de color de oro en su base y todo lo demas de hermoso morado, la cual se desprende impetuosamente rompiendo y destrozando cuantos árboles encuentra en su camino, arranca los matorrales, destroza hojas, plantas y troncos, y al llegar á la falda de la eminencia pasa sobre un barranco, dejándole lleno de piedras y tierra; abre por todas partes profundos surcos, y en su rápida y horrorosa carrera produce un ruido semejante á los bramidos de un toro. Dirígese hácia la laguna, y al atravesarla la seca por completo, y siguiendo al Norte, desaparece en un monte inmediato (34).

Á tan espantoso fenómeno siguió un pedrisco horroroso; los granizos excesivamente gruesos tenian la figura de una estrella, cuyos rayos eran largos carámbanos de hielo parecidos á la hoja buida de un puñal (35). Alfonso se acogió bajo un árbol procurando guarecerse la cabeza con el sombrero, teniéndole levantado á alguna distancia encima de ella; con todo recibió varias heridas en las manos. En fin, cesó la tempestad; en breve despejóse la atmósfera, y Alfonso lleno de espanto y temor, herido, muerto de hambre

y cansancio, prosiguió su camino tristemente. Al cabo de un cuarto de hora descubre, con inexplicable alegría, una casa: el deseo de llegar á ella le infundió ánimo. La casa pertenecia á un español que le recibió con humanidad, á quien dió á entender que le habian acometido unos salteadores, y del cual supo que sólo distaba dos leguas y media de Guimar.

No se hallaba Alfonso en estado de ir á la ciudad á pié, por lo cual resolvió descansar algunos dias; mas ántes escribió una esquela á Thelismar, y el español se encargó de hacérsela entregar, despues de lo cual, aceptando los ofrecimientos de su compasivo huésped, tomó algun alimento, le curaron las heridas, y acostóse en un mullido lecho. Despues de dormir tres ó cuatro horas se levanta y viste aprisa, y saliendo de la estancia se encuentra con Thelismar, quien le recibe con una ternura que acabó de colmarle de gozo. Iba á comenzar la historia de sus aventuras, cuando Thelismar interrumpiéndole dijo:

—No pensemos sino en la salud de V.; mi coche nos espera; despidámonos del generoso español que ha hospedado á V., y volvamos á Guimar. Á esta sazon llegó el huésped seguido del hombre á quien encargó la carta de Alfonso, el cual se volvia con ella diciendo que al llegar á la ciudad, Thelismar acababa de salir.

—¿Cómo ha averiguado V., dijo Alfonso, que yo estaba aquí?

—Ya lo sabrá V., pero ahora aprovechemos lo que resta de dia, y partamos.

Dirigiéndose Alfonso al huésped manifestóle su agradecimiento, y entró en el coche con Thelismar, encaminándose á la ciudad. En todo el camino no le permitió hablar, y cuando llegaron le obligó á acostarse. Durmió Alfonso doce horas seguidas, al cabo de las cuales despertó enteramente bueno. Entónces le dijo Thelismar que le contase sus aventuras. Ántes de empezar Alfonso la narracion le previno que lo que iba á referirle era tan extraordinario y maravilloso que temia le acusara de exagerado; pero á pesar de esta prevencion, Thelismar escuchó la historia de la cueva sin demostrar el menor asomo de admiracion, excitando la de Alfonso, que así se lo manifestó.

—Querido Alfonso, dijo, si V. no fuese tan atolondrado y vano, no se viera en tamaño riesgo, y cuanto ahora le confunde dejaria de admirarle.

—Comprendo que con más prudencia hubiera seguido sus consejos, y por consiguiente no me iria á pasear sin guia en un país desconocido. Pero ¿cómo es posible que mi vanidad pueda contribuir á aumentar la extrañeza que me causa este suceso?

—Sin ella, repito, no corriera V. riesgo alguno. En cuantas partes he-

mos estado, sólo ocupó á V. hasta ahora una idea, la de aparentar instruccion, y dejar á todos admirados con la narracion de las cosas singulares que viera. En nuestros viajes encontrámos varios sugetos de mérito, buenos maquinistas, geómetras, botánicos y astrónomos; á todos les habló V. mucho sin permitirles que lo hicieran ni un solo instante. Lo primero que hace V. cuando llega á alguna parte y logra que le escuche álguien, es en vez de preguntarle, apresurarse á noticiarle cuanto sabe. Esa especie de locura da malísima opinion de su juicio, quitándole cuanto fruto podia sacar de los viajes. Si desde que llegámos, por ejemplo, en lugar de entretenerse contando cuanto nos sucedió en las islas Terceras, se hubiese V. informado acerca del terreno y de sus antiguos habitantes, sabria que esa cueva nada tiene de maravillosa, y que no podia entrar en ella sino con grave riesgo de perder la vida.

—¿Cómo?

—Es una de las grutas sepulcrales de los guanches, que están dispersas en los lugares incultos y desiertos; ellos solos saben su posicion, y ocultan cuidadosamente las entradas. Van á ellas con gran secreto, y si encontrasen cualquier forastero le considerarian sacrílego y víctima destinada á la muerte; y guiados de una bárbara supersticion, se juzgarian obligados á quitarle la vida (36).

—A lo ménos, dijo Alfonso algo picado, debo á mi mala cabeza ó á mi ignorancia la ventaja de haber visto esas cuevas tan curiosas.

—Yo no tuve que pelear, interrumpió Thelismar; no padecí sed, ni hambre, ni intemperies, ni causé las crueles inquietudes que V. á mí, y tambien he entrado en una.

—Y ¿cómo pudo V. verificarlo?

—Sabia que existian esas cuevas, y deseaba con afan ver una. Para conseguirlo trabé amistad con un guanche, le dispensé algunos favores, y al fin le determiné á que me llevase secretamente.

No hallando Alfonso qué replicar, bajó los ojos y calló.

De allí á poco prosiguió:

—A lo ménos creo que lo que me resta que decir á V. le causará alguna extrañeza. Despues que salí de la cueva anduve largo tiempo sin direccion fija, llegando á una laguna...

—Sé cuanto va á referirme.

—¿Cómo es posible, si estaba solo, y á nadie lo he participado?.

—Despues de beber agua comió V. algunas frutas silvestres, y luego se tendió sobre la yerba. De allí á poco levantóse una terrible tormenta.

—¿De qué encanto se vale V. para saberlo?

—De lo alto de la montaña bajó una columna, que secó la laguna, y...

—¡Qué oigo! explíqueme V. ese nuevo prodigio.

—He visto cuanto sucedia.

—¿Dónde se hallaba V.?

—Aquí, en el terrado de casa.

—Pero ¡desde aquí á donde yo estaba hay cerca de tres leguas!

—Cierto; mas repito que le estaba á V. viendo.

—Ya no puedo dudar de que es V. un hombre sobrenatural.

—No soy sino un hombre muy comun.

—Explíqueme V., pues, tan extraño enigma.

—No me es posible en un dia. Enteraria á V. en el instante de algunos nombres y efectos, pero seria tratarle como á un niño. ¿Desea V. conocer las causas y adquirir instruccion fundamental?

—Sí, señor, si esa instruccion puede hacerme comprender cuanto V. ejecuta.

—Pues bien, yo le proporcionaré libros, y despues de leerlos con reflexion principiaré á manifestarle los misterios que tanta admiracion le causan.

—Déme V. al punto esos preciosos libros, que yo le prometo leerlos con el mayor cuidado. Desde ahora renuncio á toda otra clase de lectura.

—No pretendo tanto, muy al contrario: V. es aficionado á la poesía; no deje, pues, de leer versos, pero escogidos; en vez de leer novelas, lea V. libros morales; dedique cada dia una parte á la lectura de los libros que le voy á dar; reflexione más, hable ménos, y oiga mucho: no pido á V. otra cosa.

Inmediatamente le condujo á su estudio, y dándole una docena de libros, dijo:

—Cuando haya V. leido estas obras, le comunicaré un tesoro que acabará de instruirle. Vea V. ese cofrecito; en él se halla el premio que destino á la tarea que le impongo.

—¡Ah! ¿Nunca debo esperar otro premio?

A cuyas palabras se le encendió el color y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Alfonso, replicó Thelismar, yo estimo á V.; no pretendo ocultárselo; pero para obtener el premio á que V. aspira, es preciso que se haga digno de merecer mi afecto y confianza.

—¡Oh padre mio! exclamó Alfonso arrojándose á los piés de Thelismar, ¡padre amado!... Permítame V. darle este tierno nombre: espérelo V. todo de mi amor. Sí, yo conseguiré esa preciosa confianza, ese afecto sin el cual no podria vivir. Dígame V. qué he de hacer para conseguirlo.

—Corregirse de mil defectos y sobretodo de la ridícula vanidad de que

está poseido, salir de la ignorancia vergonzosa en que se halla, y adquirir conocimientos sólidos.

—Todo me será fácil.

—Ya comprenderá V. que sé leer en su corazon; apruebo sus esperanzas, pero prométame V. que nunca me hablará del afecto que le ocupa.

—¡Oh cielos! ¿Ni del objeto?

—Nunca pronunciará V. su nombre.

—¡Qué sentencia tan cruel!

—No obstante se ha de sujetar V. á ella, considerando que si anhela conseguir mi estimacion debe empezar probándome que sabe dominar sus pasiones.

—Pues bien, con gusto me sujeto á todo. Pero ¿si V. me hablase de ella?

—Entónces podrá V. responder; fuera de esto, nunca.

—Obedeceré puntualmente. Á lo ménos no me prohibe V. que piense en ella.

—No, alguna vez podrá V. hacerlo.

—¡Alguna vez!... ¡Ah, cada instante de mi vida!

—¡Cómo! ¿Ya se arrepiente V.?

—¿De qué?

—¿No acaba V. de prometerme que estudiará con aplicacion y actividad?

—Sin duda.

—Y ¿cómo podrá hacerlo si piensa V. continuamente en Dalinda?

—¡Dalinda!... Gracias á Dios que no soy yo quien pronuncia su nombre.

—Alfonso...

—¡Ah! perdone V... No me acordaba.

—Con que ¿se obliga V. á apartar á Dalinda de su imaginacion siempre que lea ó hablemos?

—No hablar ni pensar en ella, ¿cómo podré cumplirlo?

—Valiéndose de la razon; nada es imposible al hombre.

—Pero ¡este esfuerzo será tan penoso, tan cruel!

—Con que ¿no quiere V. prometérmelo?

—¡Oh! sí: mi sumision á V. no conoce límites, ni me ordenará cosa alguna en que yo no le obedezca.

Aquí dió fin la marquesa á la velada, y se despidió de sus hijos, que en toda la noche no dejaron de soñar con columnas ambulantes y cuevas encantadas. Creyeron al dia siguiente que su madre habia agotado en la última velada cuanto encontrara más extraño y maravilloso, empero aseguróles que lo referido nada era en comparacion de lo que restaba, porque habia dejado

para el fin las cosas más admirables. Esta noticia acrecentó en gran manera la curiosidad de los niños, á la cual satisfizo su madre aquella noche prosiguiendo su cuento en estos términos.

VELADA DÉCIMA OCTAVA.

A pesar de la condicion impuesta por Thelismar contemplábase Alfonso el más dichoso de los hombres, pues veia su pasion aprobada por el padre mismo de Dalinda. Ya en fin podia alimentar una esperanza fundada, y sólo le faltaba para ser del todo feliz una carta de don Ramiro que le asegurase el perdon implorado.

Antes de salir de las islas Canarias visitaron el famoso pico de Tenerife, embarcándose despues para Cabo Verde. Durante la navegacion siguió Alfonso con ardor el nuevo plan de estudio señalado por Thelismar, costándole gran trabajo reprimir el deseo que continuamente le agitaba de hablar de su pasion. El temor de disgustar á Thelismar le detenia; sin embargo, de vez en cuando soltaba algunas frases indirectas, á las que Thelismar se hacia el desentendido.

Finalmente, no pudiendo tolerar esta sujecion, halló para librarse de ella un medio que le pareció adecuado. Guardaba como precioso tesoro el ceñidor de Dalinda, é imaginó volvérselo á Thelismar; mas aunque este sacrificio le era muy penoso, fácilmente determinó llevarlo á cabo considerando que tendria la satisfaccion de hablar de su amor y de Dalinda, y que Thelismar, no viendo en este paso más que una delicadeza estimable, quizá no lo querria. Con este pensamiento entra una mañana en la habitacion de Thelismar, y muy satisfecho le dice:

—Vengo á hacer una confesion que me costará un gran sacrificio.

—¿De qué se trata?

—Es preciso primeramente que me permita V. hablar de ella, con el objeto de acusarme y enmendar mi yerro.

—Concedido; explíquese V. ya. Sin embargo, apostaria que el delito no es muy grave; á lo ménos así me lo parece.

—El sentimiento más vivo, el más tierno, un sentimiento que debe decidir para siempre de mi suerte...

—Al caso. ¿Qué tiene V. que decirme?

—¡Ya sabe V. con qué extremo amo á Dalinda!

—Alfonso, ese preámbulo no me agrada.

—Es preciso.

—No hay tal cosa, puesto que sólo trata de confesarme una falta.

—Pues bien; el dia que ví á Dalinda por primera vez, empezando á vivir... despues que se ausentaron VV., enajenado andaba sin saber por dónde como un demente, buscando en vano sus huellas; en fin, arrastrado por un secreto encanto, retrocedí á la Fuente del amor... La casualidad... ó más bien la divinidad de la fuente, compadecida de mi pena, dispuso que cayese en mis manos la prenda más preciosa, la más...

—Seria el ceñidor de Dalinda, porque me acuerdo que lo echó de ménos.

—Este es, replicó Alfonso con afectacion, sacándolo de la faltriquera; esta prenda, único consuelo de un amante desdichado, estaba en mi poder sin el consentimiento de V., por lo que no me creo digno de conservarla. Un escrúpulo bien fundado me obliga á sacrificársela á V.

—Y es muy bien hecho, replicó Thelismar; démela V., añadió tomando el ceñidor; me obligo á volvérselo cuando me dé una prueba de sinceridad y verdadera confianza.

—Pues ¿acaso, replicó Alfonso cortado, tiene V. motivo para dudar de una y otra?

—Y grande al ver que se vale V. conmigo de artificios.

—¡Artificios!

—Se avergüenza V., Alfonso, y con razon; pero imagino que si V. consiguiera engañarme, su confusion seria mayor. ¿Cómo recibiera V. en esta ocasion mis elogios si yo admirase su candor y generosa escrupulosidad?

—¡Ah! exclamó Alfonso enternecido, ya veo que conoce V. mi corazon mejor que yo mismo. Es cierto que buscaba un pretexto para hablar de Dalinda.

—Y ¿creia V. poderme engañar, y que yo le dejaria el cinturon?

—Yo mismo me engañaba.

—Tampoco eso es verdad; no podemos alucinarnos acerca de lo malo que exista en los motivos que nos impulsan. En vano busca la razon pretextos especiosos para excusarnos; en vano decimos: esta accion es noble, justa; el corazon y la conciencia dicen que no.

—¡Ah Thelismar! ¿Perderé para siempre la estimacion de V. por esta falta, cuya gravedad conozco ahora tan claramente?

—No por cierto; la ingenuidad con que V. la conoce, el arrepentimiento que noto, su educacion descuidada y poca reflexion me inclinan á disculparle. Si yo le juzgara artificioso nada bueno esperaria de V.; pero á pesar de la falsedad de que acaba de valerse, conozco en V. franqueza y candor; su corazon es sensible y generoso, y estoy persuadido de que conseguirá V. corregirse de sus defectos.

Esta conclusion consoló algun tanto á Alfonso, que se prometió desde luego no omitir ocasion de manifestarle la mayor sinceridad y confianza.

Desembarcaron nuestros viajantes primeramente en la isla de Gorea, de allí se dirigieron á Rufisco, y desde Rufisco fuéron por tierra hasta el fuerte de San Luis en el Senegal. Vieron á los *sereres*, nacion de indios negros, cuyas costumbres puras, sencillas y su hospitalidad no dejaron de admirarlos; estas virtudes las deben sin duda á su amor al trabajo y á la agricultura, lo cual los distingue de los demas indios, que en general son perezosos y menosprecian el cultivo de las tierras.

Una tarde que Thelismar, Alfonso y otros varios que viajaban con ellos, pasaban por un árido desierto, vieron un árbol maravilloso cuya altura no excederia de setenta ú ochenta piés, aunque su enorme tronco tendria unos noventa de circunferencia. Las primeras ramas se extendian casi horizontalmente, y como eran gruesas y largas, su propio peso las inclinaba hasta casi tocar al suelo, de manera que formaba un dilatado toldo capaz de contener bajo su sombra trescientas ó cuatrocientas personas (37). Despues de admirar tan rara produccion de la naturaleza, continuaron su viaje. Á poco trecho encontraron un leon tendido en el suelo y al parecer muerto. Empeñóse Alfonso en verle de cerca, y Thelismar le acompañó. Al acercarse conocieron que estaba espirando: yacia sin movimiento alguno con la boca entreabierta, ensangrentada y llena de hormigas. Alfonso se compadeció de él; limpióle con su pañuelo la boca, quitándole las hormigas que le atormentaban, y sacando de la faltriquera una botella de agua se la hizo beber, en tanto que Thelismar apoyaba una pistola sobre el oído del enfermo, por si recobraba súbitamente la salud y fuerzas. Aliviado el leon, volvió los ojos á Alfonso, quien creyó notar en ellos cierta expresion de agradecimiento, y no le abandonó hasta prodigarle cuantos socorros estuvieron á su alcance.

Yendo á juntarse con la caravana, atravesaron un campo cubierto de yerba muy alta. Al salir de él, Thelismar, que iba delante, no advirtió un profundo barranco, y cayó en él desapareciendo á los ojos de Alfonso, quien

corriendo le ve sentado, diciéndole que al caer se ha dado un golpe, y que no puede sin su ayuda levantarse. Acércase Alfonso para cogerle en brazos al tiempo que oye un silbido horrible y repara al otro extremo del barranco en frente de Thelismar una serpiente monstruosa matizada de varios y vivos colores, que medía cerca de veinte piés (38). Adelantábase arrastrando hácia Thelismar, quien haciendo un esfuerzo para levantarse y huir no pudo sostenerse y cayó sobre la yerba. Alfonso se arroja al barranco, interponiéndose, y desenvainando el sable se precipita sobre el formidable reptil, dándole una cuchillada tan récia que le divide en dos partes. Entónces le ayuda á levantarse, le saca del barranco y abraza diciéndole:

—Acaba V. de salvarme la vida, porque no podia defenderme ni huir: la serpiente iba á alcanzarme, y su mordedura es mortal. Yo le prometo que Dalinda sabrá este suceso.

Demasiado enternecido Alfonso para responder, le estrechó entre sus brazos.

—Cuidado, dijo Thelismar sonriéndose; tengo roto el brazo derecho.

—¡Dios mio! exclamó Alfonso.

—Pues á no ser así ¿dejara yo de valerme de las armas?

—Y ¿no se ha quejado V?

—No debe V. extrañar el valor en otros.

—¡Oh padre mio! carezco de él para ver padecer á V. Vamos á reunirnos con los demas.

Diciendo esto levántale con cuidado, se lo pone á cuestas, y á pesar de su resistencia le lleva sin pararse hasta donde esperaban los otros viajantes.

Thelismar se vió precisado á detenerse en una choza de negros que le acogieron bien. Llevaba en su compañía un cirujano que le curó el brazo, y al cabo de diez dias prosiguió el viaje. Llegaron al territorio de los *fulís*, cuyo rey se llama *siratick*; algunos viajeros dan tambien este nombre á sus estados. El siratick acogió á los europeos con suma amabilidad, proponiéndoles acompañarle á la caza de un leon que pocos dias ántes hiciera grandes estragos en las inmediaciones. El rey, jóven y valeroso, intentando mostrar á los extranjeros su destreza y ánimo, deseaba combatir con el leon. Así que le descubrieron mandó detener la comitiva, previniendo que nadie se moviera de su puesto, y montando en un brioso corcel sale al encuentro de la fiera, que al verle se arroja á él. El siratick le dispara una flecha. Sintiéndose herido el leon se adelanta dando un espantoso rugido. Alfonso olvida la órden del rey; parte como un rayo, creyendo al siratick en gran riesgo, y al pasar cerca de un árbol chocó con él con tanta violencia,

que el sable salta en mil pedazos; con tan rudo golpe cae, y el caballo con él, á tiempo que el leon al ver un hombre abandona al siratick para abalanzarse á este nuevo contrario, y clava sus temibles garras en el pecho del caballo. Al verse Alfonso desarmado y sin defensa creyó su muerte inevitable. Los negros no se atrevian á disparar sus flechas contra la fiera por no herir al jóven; Thelismar intentó seguirle cuando partió corriendo, pero los negros, ya irritados del atrevimiento de su compañero, se opusieron á su intento, deteniéndole á pesar de sus voces, furor y desesperacion. ¡Cuál fue su espanto al ver que el leon se arrojaba á Alfonso!

—¡Infeliz! exclamó.

Pero ¡qué asombro, qué alegría inesperada! Apénas reconoce el leon su presa, cuando al punto desaparece su furor; acércase, y levantando la ensangrentada garra, la pone con suavidad sobre Alfonso, y parece mostrarle la herida pidiéndole socorro. Se estremece Alfonso, y acordándose del suceso del leon moribundo que encontró algunos dias ántes, exclama:

—¡Noble animal, ya te conozco! Tu ejemplo es el mayor reproche de los ingratos que borran de su memoria el recuerdo de los beneficios. Sí, ya que tu agradecimiento me da la vida, salvaré la tuya otra vez y la defenderé si es preciso á costa de la mia.

Entre tanto restañaba la sangre que corria de la herida del leon, y rasgando el pañuelo formó con él una venda que colocó sobre la herida. Thelismar y los indios consideraban el espectáculo con espanto y admiracion. En fin, Alfonso se levanta, acércasele el leon, le lame los piés y le hace mil caricias. Alfonso retrocede despacio; el leon le mira, y volviéndose de improviso echa á correr hácia el monte inmediato, y desaparece dejando atónitos á los espectadores de tan extraño suceso (39).

Despues de estrechar Thelismar á Alfonso entre sus brazos con el afecto del padre más amoroso, reprendióle su temeridad é imprudencia.

—Si V. se hubiese informado, le dijo, acerca de esta caza, sabria que el siratick no corria riesgo alguno; que ejercitado en esta clase de luchas aguardaba al leon para clavarle un chuzo por la boca, echando despues pié á tierra y rematándole á sablazos.

—Prometo á V., dijo Alfonso, informarme mejor en adelante y ser más prudente. Pero al fin, por lo ménos salvé la vida á mi leon, á ese generoso animal.

—Sí, pero el siratick está ofendido del poco caso que ha hecho V. de sus órdenes, y á pesar del motivo no le perdona haberle arrebatado el honor de la victoria. Por tanto, me parece que no debemos permanecer más tiempo en su córte.

En efecto, á la mañana siguiente salieron de Ghiorel y continuaron siguiendo el curso del Senegal hasta el lugar de Embakane, fronteras del reino de Galam. Pasaron despues el rio Gambia, atravesaron el reino de Farim, y despues de recorrer gran parte de él llegaron á Guinea, donde tuvo Alfonso un encuentro que le sorprendió sobremanera. Al atravesar un bosque iban departiendo acerca de la inmortalidad del alma, y Thelismar dijo:

—¿Podrá V. creer que existen hombres tan insensatos que afirman que no tenemos más ventaja sobre los brutos que la de una conformacion exterior más perfecta, añadiendo que si el caballo, animal tan inteligente, tuviese en vez del casco que termina sus brazos una mano ágil como la nuestra, haria cuanto nosotros hacemos? ¿Qué le parece á V.?

—No lo creo, pues cuando más podria imitarnos imperfectamente. El papagayo, la urraca, el tordo y otras aves pueden hablar y repiten bien varias palabras aprendidas, pero ni pueden comprenderlas, ni por consiguiente aplicarlas con oportunidad: hállanse tambien animales cuya conformacion es semejante á la del hombre, y sin embargo no sólo no fabrican palacios ni cabañas, sino que aun son ménos industriosos que otros de su especie.

—Quiere V. decir los monos; en efecto, sus manos son parecidas á las nuestras.

—Y ¿qué dicen á eso los que desean que el caballo tuviera manos?

—Convienen en que el mono por su figura seria capaz de ejecutar cuanto hace el hombre; pero añaden que su natural desasosiego se lo estorba; que está en continuo movimiento, y que á no ser por esta inquietud y viveza seria igual al hombre.

—Pero no hablaria.

—No, aunque en ciertas especies la lengua y los órganos de la voz sean los mismos que en el hombre, y el cerebro de la misma figura y tamaño que el nuestro.

—¡El cerebro del mismo tamaño! ¿Cómo es posible siendo el mono tan pequeño?

—Y ¿V. se imagina conocer todas las especies de monos?

—Me parece que sí.

—Y ¿todos los que V. ha visto eran vivos y turbulentos?

—Seguramente; y por tanto este reparo de que hablamos me parece bastante justo. Porque en efecto, estando en continuo movimiento, por más bien conformados que estén, siempre serán incapaces de aprender.

—Y ¿si yo le convenciese á V. de que esa objecion de tanta fuerza es hija sólo de la ignorancia de cosas que todos saben?

—¡Cómo! ¿Hombres que componen un libro podrán ignorar cosas generalmente conocidas?

—Esa duda es la mayor prueba de que V. ha leido poco.

No bien acababa Thelismar estas palabras, cuando Alfonso hizo un gesto de admiracion, y dándole con el codo dijo:

—Vea V. allá abajo, repare V. la extraña figura que está sentada al pié de aquel árbol.

Concluyamos aquí la velada, dijo la señora de Clemira dejando de leer; esta noche me encuentro fatigada.

Estas palabras impusieron silencio á todos, aunque de buena gana hubieran oido alguna explicacion acerca de la extraña figura.

VELADA DÉCIMA NOVENA.

Al dia siguiente, á la hora acostumbrada, la marquesa prosiguió leyendo el manuscrito de este modo:

Levantó Thelismar la cabeza y mirando á Alfonso dijo:

—¿Qué opina V. de aquella figura?

—Pienso que es un salvaje feísimo... Ya se levanta, lleva un palo en la mano... Parece que huye de nosotros.

—Con que ¿V. juzga que es un hombre?

—No hay duda.

—Y ¿si fuese un mono?

—¡Un mono tan alto! Es mayor que yo; anda naturalmente como nosotros, y sus piernas son en todo parecidas á las nuestras.

—Pues á pesar de todo sólo es un irracional (*). *Pero tan singular que no puede el hombre verle sin desear analizarle, conociendo y convenciéndose de que su cuerpo no es la parte más esencial de su naturaleza.*

(*) El orangutan: los hay de más de seis piés de alto.—*Buffon.*

—¡Me deja V. pasmado! Y aquel mono que estaba sentado con tanto sosiego al pié de aquel árbol, ¿tiene como los chicos el movimiento continuo y precipitado?

—Nada de eso: *su modo de andar es lento, sus movimientos mesurados, su natural dócil y muy diverso de las otras especies de monos* (*).

—Pues á fe que no dirán de este los autores de que hablábamos ántes, que tiene casco en las manos como el caballo; ántes al contrario, es más alto que nosotros, y su estructura igual en todo á la nuestra.

—*No ha querido el Criador hacer para el cuerpo del hombre un modelo del todo distinto del de cualquiera otro animal; pero al tiempo mismo que le concedió la forma material semejante á la del mono, infundióla un soplo divino: si hubiese concedido el mismo don, no digo al mono, sino á la especie ó animal más imperfecto y torpe, competiria con el hombre, y vivificado con el entendimiento superaria á los demas animales, puesto que podia pensar y hablar. Así es, que por grande semejanza que exista entre el hotentote y el mono, el espacio que los separa es inmenso, siendo así que el interior de aquel está adornado con la facultad de pensar, y el exterior con la palabra* (**).

Estas razones admiraron á Alfonso.

—Yo desearia, dijo á Thelismar, saber qué responden á eso los autores que sólo nos consideran superiores á los animales por la figura.

—No conocen el animal que V. acaba de ver, ni muchas otras especies semejantes que varios viajeros han descrito; y con todo sus obras son modernas, y como tengo dicho, estas cosas son casi generalmente conocidas.

En esa conversacion llegaron á las orillas de un lago rodeado de peñascos, y el guia que los acompañaba les propuso aguardar á los demas que se habian quedado atras. Sentóse Thelismar á la sombra de unos árboles, y sacando dos libros de la faltriquera dió uno á Alfonso, y le indicó un capítulo, diciéndole que lo leyese con atencion. Ofrecióselo este, añadiendo que iba á sentarse algo desviado para no distraerse. En efecto, se aparta unos doscientos pasos y se sienta á la orilla del lago; pero en vez de leer empieza á cavilar. El murmullo de las aguas, los peñascos y la frescura de la yerba, todo le trae á la memoria un recuerdo que no puede desechar de la mente. Imagina hallarse en la Fuente del amor; cree estar viendo á Dalinda, y sólo piensa en ella. Finalmente, no puede ya resistir al deseo de pronunciar nombre tan amado, y seguro de no ser oido, canta en voz baja una cancion

(*) Hablando de un mono de otra especie llamado *gibbon* dice el mismo autor: Este mono nos ha parecido muy quieto, y su natural muy dócil; sus movimientos no son muy vivos ni precipitados, y tomaba suavemente lo que se le daba para comer, etc.

(**) *Buffon.*

que compuso para Dalinda. Al terminar el último verso oye pasos, vuelve la cabeza, y ve acercarse á Thelismar; calla inmediatamente y abre de nuevo el libro. Pero en el mismo instante una voz suave y sonora, que al parecer salia de los peñascos, repite la cancion palabra por palabra. Thelismar oye repetir el nombre de Dalinda, y crece su admiracion al ver que no es Alfonso quien canta. Este por su parte parece petrificado. Apénas espiró la voz, cuando tratando de averiguar este prodigio, otra voz se lo estorbó volviendo á repetir la cancion con la misma exactitud. No bien acabó la segunda, cuando otra, al parecer desde distinta parte, hizo lo mismo que las dos antecedentes, aunque en tono más bajo, y concluyó el concierto (40).

—¡Qué encanto es este! exclamó Alfonso.

—Convengamos, dijo Thelismar riendo, en que los faunos y silvanos de estos peñascos son muy malos confidentes; las ninfas de la Fuente del amor eran más calladas; pero vuélvame V. el libro, y dígame si le ha agradado el capítulo que le encargué leyese.

Turbado Alfonso respondió con un suspiro, y mudando de conversacion Thelismar fuéron á reunirse con los compañeros de viaje.

Pasaron por la costa de Oro, el reino de Juida, y el de Benin, cuyos naturales hallaron ménos crueles y más civilizados que sus comarcanos. Atravesaron el Congo, donde Alfonso estuvo á pique de perder la vida por un efecto de su impetuosidad y natural imprudencia. Caminaba Alfonso como unos trescientos pasos delante de la caravana, y hallábanse cerca de una gran laguna rodeada de cabañas, cuando creyó ver á la otra orilla una larga pared de ladrillos. No pudiendo comprender con qué fin la habrian levantado, apretó el paso para examinarla de cerca; pero al llegar advirtió que la supuesta pared se meneaba: entónces creyó distinguir claramente, en lugar de una pared, muchos soldados vestidos de encarnado y formados en batalla. Reparó en algunos centinelas, y conoció tambien que le habian visto, porque al punto el aire retumbó con un sonido parecido al de muchas trompetas. Detúvose Alfonso, dudando si avanzar ó retroceder, cuando vió que aquella tropa se ponia en movimiento elevándose y echando á volar. Entónces conoció que el formidable escuadron era una bandada de pájaros grandísimos, de color encarnado, pero tan brillante, que cuando empezaron á volar sus alas parecian de fuego. Llevaba Alfonso su escopeta, y deseando que Thelismar viese alguno de aquellos pájaros extraordinarios, disparó á la bandada y mató uno. Á la detonacion salieron de las cabañas varios negros, y al ver que Alfonso se llevaba arrastrando el pájaro que matara, prorumpieron en horribles clamores, á los cuales salieron los demas, y juntándose todos acometiéronle de tal suerte, que en un instante se

vió envuelto en una nube de piedras y flechas. Era su muerte inevitable á no llegar Thelismar y el resto de los viajantes. Los negros huyeron, y Alfonso se vió libre á costa de algunas leves heridas y de una fuerte reprension de su amigo, quien le dijo que aquellos negros veneraban tanto á aquellos pájaros, que no permitian se les causara daño alguno, considerándose obligados á vengar la muerte de esos animales, sagrados para ellos. Supo asimismo que lo que él juzgara sonido de trompetas no era sino el grito de los mismos pájaros, tan fuerte y penetrante, que se oia á más de un cuarto de legua de distancia. Este suceso fué causa de que en adelante tuviese más circunspeccion y comprendiese que la prudencia es prenda tan preciosa como apreciable (41).

Prosiguiendo el viaje se detuvieron en varias tribus de salvajes, cuyas costumbres deseaban conocer; pero de todos los pueblos bárbaros del Africa, la nacion que les pareció más apreciable fueron los hotentotes. Sus virtudes exceden á sus vicios; cumplen exactamente con las obligaciones de la amistad y hospitalidad; finalmente, su amor á la justicia, su valor, bondad y continencia los hacen superiores á los demas salvajes. Es de notar que entre los hotentotes hasta los diez y ocho años están todos los mozos al cuidado de las madres, en cuya edad comienzan los muchachos á tratar con los hombres, y hasta entónces no tienen comunicacion alguna con ellos, ni aun con su propio padre.

En el tiempo que permanecieron en esta region, una mañana se paseaba Thelismar con Alfonso. El guia llevaba en unas alforjas las provisiones porque deseaban comer en el campo. Al pasar por un tronco que servia de puente en un riachuelo, cayéronsele al guia las alforjas en el agua, y temiendo sin duda el enojo de los dos, huyó rápidamente. Este contratiempo contristó muchísimo á Alfonso que estaba hambriento.

—Sé fijamente, dijo Thelismar, que volveré á encontrar el camino; pero ántes será mejor que descansemos un rato á la sombra de estos árboles.

En efecto sentáronse sobre la yerba, y Alfonso se quejaba amargamente de tener que andar una legua ántes de comer, cuando Thelismar le hizo callar, diciendo:

—Escuchemos.

Oyeron un grito agudo, al cual respondió Thelismar con otro, aunque algo ménos fuerte, y levantándose dijo:

—Venga V., Alfonso; ya que tanta hambre tiene voy á proporcionarle de comer.

Y exhalando tres ó cuatro gritos seguidos, apareció un hermoso pájaro de color verde y blanco que volaba delante de ellos.

—Sigamos á este nuevo guia, dijo Thelismar; que me parece nos ha de desquitar de la pérdida del que nos ha dejado.

Atónito y silencioso Alfonso andaba contemplando atentamente al pájaro, el cual se posó sobre un árbol, cuyo tronco estaba hueco.

—Parémonos tambien, dijo Thelismar; el pájaro vendrá á buscarnos si algo bueno tiene que descubrirnos.

Así sucedió; viendo el pájaro que tardaban en acercarse, vuelve á dar gritos, se les aproxima, párase otra vez en el árbol, y revoloteando se lo indica de un modo particular.

—Vamos, dijo Thelismar, pues nos convida á comer con tal franqueza, que no es posible rehusar su convite.

Acércanse, y Alfonso se queda pasmado al encontrar en el hueco del árbol una colmena llena de miel. En tanto que se afanaban en cogerla, el pájaro se posó en un árbol inmediato, pareciendo observarles con atencion.

—Es muy justo, dijo Thelismar, darle parte.

En efecto, colocaron medio panal sobre unas hojas, y no bien se alejaron del árbol cuando el pájaro acudió á comérselo. El mismo les enseñó en media hora otras dos colmenas, y Alfonso harto de miel emprendió alegremente el camino (42).

Salieron del país de los hotentotes embarcándose para la isla de Madagascar; recorrieron toda la costa oriental del Africa, y dejando esta parte del mundo, despues de una corta mansion en la isla de Socotora, desembarcaron en la Arabia Feliz. Visitaron la Meca (43) y Medina (44), atravesando una parte del desierto, y volviendo á entrar en Africa por el istmo de Suez llegaron al Cairo (45). Admiraron las famosas pirámides de Egipto (46); pasaron á Alejandría, y hallando un buque que iba á hacerse á la vela, se embarcaron para la isla de Thera (*).

En los dos meses anteriores habia Thelismar leido varias veces con Alfonso las traducciones de la *Iliada* y *Odisea*. Alejándose este con gusto del abrasado y riguroso clima del Africa, volvióse á ver con inexplicable contento bajo el hermoso cielo de la Grecia, y en sitios en donde todo le recordaba las agradables ficciones de la fábula y las costumbres puras y sencillas que pinta Homero. Al desembarcar en la isla de Thera supieron que su volcan amenazaba á los inquietos habitantes con una inminente erupcion; que echaba humo, y de cuando en cuando piedras. Al amanecer del dia siguiente pidieron nuestros viajeros que los guiasen hácia

(*) Isla del Archipiélago al Norte de Candía. Es una de las que se llaman *Santorino ó Santorini*, á causa de ser santa Irene patrona de ellas.

el volcan. Distaban una legua de él cuando el guia que los conducia se paró diciéndoles que oia un ruido extraordinario: imitáronle, y escuchando con atencion oyeron una especie de bramidos que al parecer salian de lo hondo del mar. Á pesar de esto prosiguieron andando otro cuarto de legua; pero á medida que se acercaban eran los bramidos más fuertes y acompañados de horrorosos silbidos. Entónces observaron que el humo del volcan se condensaba, tornándose encarnado.

—Retrocedamos, dijo Thelismar.

Súbito oyó un ruido espantoso, y volviendo la cabeza al tiempo que huian hácia el mar, las llamas inundan la montaña levantándose por los aires hasta perderse de vista, y arrojando infinitas chispas y chorros de fuego resplandeciente. Atemorizado el guia, piérdese, y los encamina por una senda que los acercó más al volcan. Halláronse en frente de la formidable montaña en medio de una pradera rodeada de árboles: contemplan con horror desprenderse de la montaña torrentes de fuego que corriendo impetuosamente desde lo alto se esparcen por la llanura y abrasan y talan cuanto se les presenta. Á su paso se marchitaban la yerba y las flores, las hojas se secaban y caian de los árboles, desaparecian los arroyos, secábanse las fuentes, y los pájaros caian al suelo de las ramas ya medio quemadas. Al mismo tiempo nubes abrasadoras de ceniza espesa y blanquecina, esparciéndose en forma de lluvia oscurecian el aire, y un terrible pedrisco destrozaba y arrancaba los árboles, despeñándose con espantoso estrépito desde el monte á los valles, y retumbando á lo léjos por los peñascos circunvecinos. Huyeron precipitadamente de aquellos sitios asolados, y despues de andar perdidos algun tiempo por sendas no conocidas, llegaron á la orilla del mar. Al acercarse á la playa juzgaron por el movimiento de las olas que el mar estaba violentamente agitado: en efecto, á pesar de que no soplaba viento alguno les presentó el espectáculo de una furiosa borrasca. Estaban considerando este fenómeno con una admiracion que redobló cuando de improviso apareció entre las olas una multitud de llamas, que desapareciendo al instante hicieron lugar á innumerables peñascos ardientes arrojados desde los profundos abismos de la tierra, los cuales se levantaron sobre las olas (47). Entónces se apaciguó quedando sereno; varios isleños que vinieron á la playa noticiaron á Thelismar que ya no vomitaba llamas el volcan, y que todo estaba acabado. Thelismar y Alfonso suplicaron que los guiasen á su posada, y dos dias despues de este memorable suceso abandonaron aquella isla desventurada.

Dirigiéronse á la de Policandro, en donde encontraron á un viajero sueco, grande amigo de Thelismar, que se ofreció á servirles de guia y acom-

pañarles. Llevólos á su casa, en la cual se empeñó en hospedarles; y por la noche despues de cenar dijo á Alfonso:

—Ya ve V. la sencillez de esta casa; pero si gusta del fausto y magnificencia, fácilmente le dejaré satisfecho; tal gozo me ha producido ver á Thelismar, que al instante formé el proyecto de darles una funcion en un palacio, cuya riqueza y extraños adornos dejarán á VV. asombrados.

Al decir esto Federico, que así se llamaba el amigo de Thelismar, manda á sus criados proveerse de antorchas y salen todos juntos. Al cabo de media hora se hallan en frente de una enorme multitud de peñascos.

—Este es mi palacio, dijo Federico; su fachada es tosca, pero no siempre debe juzgarse por las apariencias; parémonos aquí un instante, y dejemos que entren primero los criados.

Entónces estos distribuyeron hachones á una docena de hombres que les acompañaban: cada cual encendió el suyo y se apartó de los caminantes. Cuando estuvieron á alguna distancia, Federico prosiguió andando, y despues de adelantarse como cien pasos, advierten una extensa bóveda, cuyo vivo resplandor les deslumbra.

—Entremos, dice Federico; es el atrio de mi palacio. ¿Qué le parece á V.?

La pregunta dirigíase á Alfonso; pero estaba demasiado embebido en considerar el espectáculo que se ofrecia á su vista para responder. Las paredes le parecieron cuajadas de oro, rubíes y diamantes, y la bóveda adornada con primorosas guirnaldas y flores de cristal. Hasta el pavimento le parecia embaldosado de lo mismo (48).

—¡Ah mamá! exclamó Carolina, perdone V. que la interrumpa, pero no puedo resistir. ¿Todos aquellos diamantes eran finos?

—No; no eran finos sino en la apariencia, pero era tan perfecta, que el más diestro se hubiera engañado.

—¡Qué cosa tan singular! Y ¿es cierto que existiera un palacio semejante?

—Todavía existe.

—¿De veras?

—Sin duda.

—¿En la isla de Policandro? ¡Qué isla tan bonita!... Mamá, nos la enseñará V. mañana en el mapa.

—Sí, yo te lo prometo.

—Si V. me lo permite, en la primera leccion de geografía que demos señalaré en los mapas todos los viajes de Alfonso, porque me acuerdo de ellos perfectamente, como tambien de las cosas extraordinarias que vió.

—Con mucho gusto; pero prosigamos. Federico hizo admirar á Alfonso

la extension de aquel soberbio palacio, y despues de haberle recorrido y examinado se volvieron á casa, donde Thelismar le informó de que el supuesto palacio de Federico era obra sólo de la naturaleza, lo cual le causó mayor admiracion.

No pensaba Thelismar ir á Italia, porque ya la recorriera en otra ocasion; pero rogándole Federico que le acompañase hasta Reggio, convino en ello, por ser la única parte que le faltaba visitar. Salieron pues los tres de la isla de Policandro, embarcándose para Morea (*). Vieron las ruinas de Epidauro y las de Lacedemonia. De allí pasaron á la isla de Cefalonia, y volviéndose á embarcar fuéron á Reggio.

Al dia siguiente de su arribo estaban almorzando en el cuarto de Thelismar, cuyas ventanas daban al mar, cuando oyeron voces de alegría. Salió Alfonso para inquirir la causa de tan ruidosas aclamaciones. Encuentra á varias personas que bajaban corriendo la escalera, y al preguntarlas le responden: Vamos á la playa á ver los palacios de la encantadora Morgana. Vuélvese á la estancia y cuenta á los compañeros tan extraña respuesta. Movidos de la curiosidad abren las ventanas y presencian un espectáculo cuya hermosura y singularidad excedia á cuanto hasta entónces imaginaran. El mar que baña las playas de Sicilia, hinchándose poco á poco, forma en breve la perfecta figura de una dilatada y oscura cordillera de montañas, en tanto que las olas que azotan las costas de Calabria tranquilas y sosegadas sólo presentan una superficie lisa; esta última parte del mar se parece á un espacioso y brillante espejo algun tanto inclinado hácia las murallas de Reggio. Entónces apareció en este espejo la pintura más maravillosa. Viéronse claramente millares de pilastras de bellas proporciones colocadas con simetría y despidiendo los vivos colores del arco íris. Á breve rato mudaron de figura doblándose á manera de magníficas arcadas, que desvaneciéndose poco á poco se convirtieron en una innumerable multitud de palacios perfectamente iguales: á los palacios sucedieron torres, obeliscos y columnas, y á estas unas selvas inmensas de cipreses y palmeras (49). Acabada esta decoracion desapareció la brillante escena, volvió el mar á su estado natural, y el pueblo, que cubria la playa, aplaudió, repitiendo en festivas aclamaciones el nombre de la encantadora Morgana.

—Con que venimos á parar, interrrumpió Pulqueria, en los cuentos de hadas.

—No por cierto; este fénomeno como los demas que habeis oido está tomado de la naturaleza.

(*) Península grande que antiguamente se llamaba Atica.

—Pero ¿es verdad que ha existido una encantadora Morgana?

—Os referí lo que decia el pueblo de Reggio: el vulgo en todas partes es amante de fábulas y prodigios, y por tanto los cree fácilmente.

—Pero ¿aquellas pinturas mágicas?

—Son efectos de causas naturales.

—Ahora sí que no comprendo cómo hay quien no emplee toda su vida en viajar, leer é instruirse para saber ó ver cosas tan curiosas y agradables.

—Alfonso empezaba á pensar como vosotros; la admiracion que le causaban tantos sucesos extraordinarios avivaba su curiosidad y le impulsaba á desear con ansia una cabal instruccion. Insensiblemente iba perdiendo la aficion á todas las frioleras que ántes le agradaban; discurria más, hablaba con reserva y escuchaba con atencion; pero al paso que su reflexion se perfeccionaba, notaba en su conducta pasada culpas cuya memoria le penetraba de un amargo y cruel arrepentimiento. No acertaba á comprender cómo pudo abandonar á su padre; el largo silencio de don Ramiro le atormentaba, causándole una inquietud y desasosiego continuo. Deseaba con ansia llegar á Constantinopla en donde esperaba hallar cartas de Portugal, y aunque amaba con extremo á Thelismar y tenia casi certeza de obtener algun dia la mano de Dalinda, se resolvió á separarse de él si no tenia en ella noticias de su padre y volver á Portugal, sacrificando así sus esperanzas y dicha á la más sagrada obligacion. Esta resolucion le sepultó en una melancolía cuya causa en vano procuraba inquirir Thelismar, notando que se la aumentaba cuando para disiparla le trataba con más amor y cariño. Para distraerle hablaba frecuentemente de Dalinda con Federico, cuyas conversaciones, léjos de mitigar la oculta pena de Alfonso acrecentaban su intensidad. En fin, Thelismar se despidió de Federico, y saliendo de Reggio volvió á Grecia y á últimos de abril llegó á Constantinopla.

Recibió allí Alfonso una carta de Portugal, y abrióla con indecible sobresalto; no era de don Ramiro, pero le avisaban que su padre habia vuelto á Portugal, permaneciendo algun tiempo en Lisboa, de donde acababa de salir, diciendo que iba á emprender un viaje de año y medio. Añadian con certeza que don Ramiro conferenció privadamente con el rey, y que su viaje tendria por objeto alguna mision secreta; que se creia volviese á ocupar el ministerio á causa de que ocho dias despues de su partida fue depuesto su sucesor y enemigo. El que escribia concluia diciendo que no habia podido verle, como Alfonso le encargaba, por estar ausente en Francia, y cuando volvió hacia tres semanas que partiera don Ramiro.

Contando Alfonso por la fecha de la carta que su padre no regresaria á

Portugal hasta dentro de quince ó diez y seis meses, renunció al proyecto de volver á su patria hasta entónces; y en efecto, careciendo de recursos no podria vivir durante la ausencia de don Ramiro. Determinó, pues, continuar sus viajes, mayormente sabiendo que ántes de un año estarian de vuelta en Europa. Mucho le afligia el silencio de su padre; pero ya cerciorado de su suerte sujetóse con valor á la suya, no dudando que el tiempo y su conducta le volverian su amor y ternura por su sumision y arrepentimiento. Ménos triste y caviloso volvió á seguir con Thelismar sus acostumbradas conversaciones, y este se manifestó tan contento de la mudanza que notaba, que Alfonso creyó poderle hablar de Dalinda. Al principio Thelismar se contentó con acordarle blandamente la promesa que le hiciera. Animado Alfonso con esta tolerancia, reincidió varias veces en la misma culpa; pero viendo que Thelismar se enfadaba, vióse obligado á callar, sin desperdiciar las ocasiones de hablar de su pasion y de quejarse de la estrecha ley que se le imponia.

Habia encargado Federico á Thelismar una carta para un griego amigo suyo, que poseia una hermosa casa sobre el canal del mar Negro, el cual no estaba en ella cuando llegaron á Constantinopla, por cuyo motivo pasaron á Buyuk-Deré, lugar á ocho millas de Constantinopla, en donde Nicandro, que así se llamaba el griego, pasaba parte del verano con su familia. El primero de mayo á las diez de la mañana llegaron los dos viajantes á Buyuk-Deré. Las calles llenas de jóvenes vestidos con primor y coronados de flores, cantando y tañendo varios instrumentos; las casas estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas, y las ventanas ocupadas por hermosas doncellas griegas rodeadas de esclavas y ricamente vestidas. Al ver tan hermoso espectáculo se quedó Alfonso embelesado, y Thelismar, que conocia las costumbres griegas, le dijo que era la celebracion del primer dia de mayo, en cuyo solemne dia los galanes adornaban con coronas de flores las puertas de la casa de sus amadas y cantaban al pié de sus ventanas (50).

—¡Qué felices son! exclamó Alfonso; sus dueños los escuchan.

Este favor de nada sirve aquí.

—Pues ¿qué sucede cuando dos rivales se hallan á la misma puerta ó debajo de la misma ventana?

—Colocan las coronas y cantan alternativamente.

Examinada la primera calle prosiguieron andando, y viendo Alfonso á lo léjos una casa más adornada que las otras, dijo:

—Aquella es sin duda la habitacion de alguna hermosura muy celebrada

En efecto, al acercarse vió en un balcon dos damas hermosísimas diciéndoles el guia que aquella era la casa de Nicandro. Entraron en ella y

Nicandro, enterado de la carta de Federico, abrazó á entrambos con grande afecto, manifestándoles el deseo de que permaneciesen en su compañía largo tiempo. Tanto él como su familia hablaban asaz bien el frances, y nuestros viajeros igualmente, por lo que la conversacion no era enojosa. Nicandro mandó á sus esclavos conducir á los huéspedes á una hermosa sala revestida de mármol de Páros, en donde les estaba prevenido el baño, despues de lo cual (51) los fué á buscar conduciéndolos á presencia de Glaphira, su esposa, que les aguardaba acompañada de sus dos hijas Glyceria y Zoé y una anciana venerable, nodriza de Nicandro, á quien llamaban en la familia Paramana, tierno nombre justamente concedido por el agradecimiento, pues significa segunda madre (52). Las doncellas estaban magníficamente vestidas; una y otra llevaban largas batas, en la cabeza velos blancos adornados con flecos de oro y ceñidores costosamente bordados, sujetos con hebillas de esmeraldas (53). Glaphira y Nicandro dirigieron varias preguntas á Thelismar acerca de sus viajes, obligándole á referirles parte de sus aventuras. Á medio dia pasaron al comedor, y al concluir de comer fué Zoé á buscar su lira, y acompañándose con ella cantó con su hermana (54). Acabado tan agradable concierto, Nicandro propuso á sus huéspedes dar un paseo, y salieron juntos.

Condújolos á un espacioso prado, en donde vieron una multitud de zagales y zagalas, vestidos de blanco y adornados con guirnaldas de flores y ramos de mirto y azahar. Los unos bailaban al són de la lira y otros cogian flores cantando las delicias y nacimiento de la primavera.

—¿Ven VV., dijo Nicandro, aquella muchacha coronada de rosas y más adornada que sus compañeras? Aquella es la reina de la funcion; representa á la diosa de las flores, y con el nombre de Flora recibe los tributos y homenajes de los campesinos; pero su imperio es parecido al de la juventud y belleza; durará poco y su reinado acaba con el dia.

Y la reina de la funcion hizo una seña, á la cual acudieron á su alrededor los zagales. Entónces una de sus compañeras cantó un himno en alabanza de Flora y de la primavera, y á cada copla repetian todos en coro este estribillo: Bien venida seas, ninfa y diosa de mayo; prosiguiendo el baile (55).

Volvió Nicandro con sus huéspedes á casa, y encontraron á Glaphira y á sus hijas con todas las esclavas ocupadas en bordar y contando historias y fábulas morales (56). Á pesar de que Alfonso no entendia el griego, gustó mucho de aquella diversion. Como Zoé era la que hablaba á la sazon, Thelismar la suplicó prosiguiese la historieta, y obedeció continuando con suma gracia, que aumentaban los vivos colores que cubrieron su rostro y la modesta cortedad que manifestaba. Contaba la historia de una jóven próxi-

ma á casarse y abandonar la casa de sus padres, pintando con verdad y expresion el profundo dolor de una hija amante y agraciada que se separa de una familia querida. Glyceria su hermana escucha la relacion con notable sobresalto: de improviso el llanto que intentaba en vano reprimir se abre camino y baña las flores que bordaba. Su madre, que la observaba con atencion, la llama enternecida, levántase, y anegada en lágrimas corre á arrojarse á sus piés, y se suspende la historia. Nicandro se acerca tambien y la abraza amorosamente; Zoé le imita y las esclavas manifiestan en sus semblantes la parte que toman en la comun alegría. Pasando Nicandro á una pieza inmediata con sus huéspedes, les explica el motivo de cuanto acaban de presenciar, refiriéndoles el asunto de la historia que Zoé contaba, y participándoles que Glyceria estaba en vísperas de casarse.

En efecto, aquella misma noche el novio envió á Nicandro varias bandejas ricamente adornadas, en que iban las pedrerías y regalos de boda para Glyceria y su familia, y al dia siguiente fué á su casa acompañado de todos sus parientes. Entónces se presentó la hermosa y modesta Glyceria, vistiendo una bata de tela de plata bordada de oro y perlas, sujeta con un ceñidor de diamantes. Sus hermosos cabellos cogidos en trenzas ondeaban sobre los hombros, y una corona de siemprevivas adornaba sus sienes. Arrojóse llorando en brazos de su madre: recibió de rodillas la paternal bendicion, que Nicandro pronunció con enternecimiento, pero en alta y entera voz, en tanto que la sensible madre, incapaz de pronunciar una sola palabra, apretaba entre sus manos trémulas las de su hija, alzando al cielo sus ojos anegados en lágrimas.

Reunidas las dos familias y acompañadas de todos sus criados, se encaminaron á la iglesia. Precedian al acompañamiento músicos y cantores. Seguia la novia sostenida por sus padres. Tímida y temblando caminaba lentamente con los ojos bajos y las mejillas humedecidas por las lágrimas, que en vano procuraba reprimir. Delante, segun la antigua usanza de los griegos, iba la antorcha de himeneo siguiéndola sus esclavos, esposo, parientes y amigos, y de este modo llegaron á la iglesia. Despues de la ceremonia volvieron con gran pompa á la casa, cuya fachada estaba iluminada y adornada con profusion. Presentaron á los convidados copas de vino, y á los solteros de ambos sexos ramilletes atados con hilos de oro, diciéndoles: Casáos tambien; palabras que hicieron estremecer á Alfonso, fijando la vista en Thelismar, y pasaron á la sala del banquete, en donde se danzó hasta media noche (57).

Apesadumbró este espectáculo á Alfonso, porque le trajo á la memoria Dalinda, temiendo no disfrutar jamas de la felicidad que presenciara. Mu-

chos dias le duró la melancolía; pero la novedad y gracia de los objetos que le cercaban, y más que todo el cariño de Thelismar, la desvanecieron insensiblemente.

Todos los dias despues del paseo iban entrambos á la sala de labor. Glyceria y las amigas de Zoé la acompañaban por lo regular. Nicandro explicaba á los forasteros los asuntos de los cuentos que referian las doncellas; pero cuando hablaba Zoé, Alfonso prestaba más atencion. Varias veces trocaba de puesto para ver trabajar á las bordadoras, y siempre se detenia más junto á Zoé. Elogiaba los bordados, pero no contemplaba sino el suyo. Volvió á pintar flores, y cada dia la ofrecia un nuevo dibujo. En fin, alababa sin cesar el clima, costumbres y usos de la Grecia, reputando á Buyuk-Deré por el paraje más grato y ameno que recorriera hasta entónces.

Una mañana Thelismar le alabó su conducta.

—Estoy encantado, querido Alfonso, dijo, observando que ya empieza V. á dominar su pasion.

—¿Qué dice V.?

—Sí, no puedo ménos de manifestar á V. mi satisfaccion. De tres semanas á esta parte no he visto en V. cosa reprensible; disimula y supera la tristeza que le afligia; le hallo más atento, solícito y amable, y, lo que le debe á V. costar gran trabajo, no me habla de Dalinda. Crea V. que sé apreciar el valor de semejante esfuerzo.

Diciendo esas palabras abraza á Alfonso, que le recibe mohino y callado. Sucedió un breve silencio, durante el cual Alfonso se paseaba por la estancia cavilando, cuando de improviso dice á Thelismar:

—No, no puedo engañar á V.; me consideraria indigno de los favores que le he merecido si le dejase permanecer en un error...

Aquí se detuvo turbado.

—¿Qué quiere V. decir?

—Lo que más siento, es que quizá, si me declaro, me pierda.

—¡Perderse V. usando de una noble sinceridad! ¿Es posible, Alfonso, que abrigue tal temor?

—Sepa V., pues, que mi corazon no ha variado; sí, Dalinda sola le ocupa, y sin la esperanza de ser hijo de V. aborreciera la vida; y no obstante... si dejé de hablar de ella, y si estoy más alegre, no lo atribuya á mi razon; al contrario...

—Ven á mis brazos, interrumpió Thelismar, noble y querido Alfonso; esta prueba de confianza y franqueza justifica el afecto que te profeso.

—¡Oh, padre mio! exclama Alfonso. ¡Oh amigo el más indulgente!

—Ya ves cuán frágil es el amor cuando no se funda en la tierna y só-

lida amistad. Dos ojos grandes, negros y hermosos, una fisonomía ingénua, una sonrisa graciosa, y cinco ó seis cuentecillos que no entendias, han sido suficientes para hacerte olvidar tres semanas enteras el objeto de una pasion que supones tan violenta.

—Es cierto que Zoé me divertia y agradaba; tambien lo es que fue causa para distraerme. No se ofrecia á mi imaginacion Dalinda tan á menudo, pero siempre reinaba en mi corazon.

—No, Alfonso, te engañas; no profesas aun á Dalinda un amor verdadero, porque no conoces más que su figura.

—Pero esa figura es tan hermosa, y anuncia un alma tan pura, tan sensible... Tambien la conozco por sus cartas, por sus gracias y amor á V.; en una palabra, Dalinda es hija de Thelismar. ¿No es suficiente para que yo la ame con pasion?

—Eso no basta para establecer una inclinacion profunda y durable, que no puede existir sin la confianza y la amistad. Pero volviendo á Zoe, ¿cómo no advertiste la impresion que te causaba?

—No me detuve á reflexionar.

—Conoce, pues, las consecuencias de la falta de reflexion. Más de dos veces he advertido que Nicandro y Glaphira desaprobaban tus obsequios á Zoé. Ademas, tanto esmero y preferencia tan notoria perjudicarian la reputacion de la dama á quien los dedicabas. Poco ha faltado para que llenaras de confusion y dolor esta casa, en donde nos tratan con un aprecio y confianza que exige todo nuestro agradecimiento.

—¡Oh cielos! Me horroriza pensarlo; en adelante reflexionaré más; haré cada dia severo exámen de mis acciones y sentimientos; y mejor, le consultaré á V., le comunicaré mis pensamientos, y nada tendré oculto para V.

—Ahora, dijo Thelismar, debo cumplir una promesa que no olvidé.

Y abriendo una gaveta saca el ceñidor de Dalinda, y presentándolo á Alfonso añade:

—Esta prenda es tuya; la has conquistado, puesto que prometí volvértela cuando me dieses una prueba de sinceridad.

—¡Ah Thelismar, qué ocasion elige V.! ¿Acaso me es posible recibir en esta casa tan preciosa prenda?..

—Sí, con tal que la estimes siempre lo mismo, y conserves iguales sentimientos.

—Pues siendo así puedo tomarla.

Y arrojándose á los piés de Thelismar, de rodillas recibe el cinturon, besando enajenado de gozo la mano que se lo presenta.

—Alfonso, prosiguió Thelismar, este regalo de un padre no es un don frívolo. En este instante contraemos una obligacion sagrada: te adopto por hijo, y te prometo una compañera amable y virtuosa; en tí consiste hacerte digno de merecerla, empleando, no una pasion extravagante, sino virtudes sólidas. Acaba, pues, de ilustrar tu entendimiento y perfeccionar tu razon y carácter; de este modo manifestarás á Dalinda que sabes amar, y á mí que agradeces el cariño que te profeso.

La llegada de Nicandro interrumpió la conversacion. Alfonso se retiró á su habitacion para entregarse al exceso de su alegría. Inútil es decir que desde entónces ya no dibujó flores para Zoé, que no se detuvo tanto á verla trabajar, y que cuando la cortesía se lo permitió dejó de asistir á la sala de labor.

Á este tiempo tuvo la familia de Nicandro un gran disgusto. Uno de sus amigos de vuelta de un corto viaje que hizo á la isla de Calki (*), al llegar á Buyuk-Deré cayó malo, y murió á los cuatro dias. Nicandro hizo á Thelismar el retrato del amigo que acababa de perder. Le refirió que habia renunciado á los honores á que por su estado y parentesco podia aspirar, para entregarse á las delicias del estudio y amistad.

—Este sabio, continuó, retirado en una casa deliciosa inmediata á la mia, daba á los pobres la mayor parte de sus rentas, empleando lo restante en el adorno y conveniencias de su habitacion. Sus inclinaciones eran virtuosas y sus gustos sencillos. Cultivaba él mismo su jardin: poseer gran variedad de flores, criar pájaros formando con ellos una inmensa pajarera, estas eran sus inocentes diversiones. Finalmente, estimado de sus amigos y venerado de sus esclavos, tenia una hermana que vivia con él, la cual le acompañaba á todas partes, y nunca podrá consolarse de su pérdida. Mañana es el dia señalado para el entierro. Su desventurada hermana presidirá el duelo.

—Pero, dijo Thelismar, ¿tendrá valor para presenciar las exequias?

—¡Ah! replicó Nicandro, V. que desea conocer nuestras costumbres y estudiar la naturaleza, venga y asista á esta triste ceremonia, y verá el valor que presta la desesperacion. El dolor entre nosotros nunca queda oculto, ántes al contrario se manifiesta en toda su fuerza. En un pueblo esclavo de la etiqueta y de las costumbres, el dolor debe ser triste y mudo, pero aquí siempre es elocuente y sublime.

Esta conversacion excitó la curiosidad de Thelismar, y no faltó el dia

(*) Es la novena isla de la Propóntide, llamadas antiguamente *Demoneri ó islas de los genios*, y á las cuales llama Auville equivocadamente *islas del príncipe*.

siguiente acompañado de Alfonso y Nicandro á las exequias. Fuéron primeramente á casa de Eufrosina que así se llamaba la hermana del difunto, penetraron en una sala enlutada, en donde yacia el cadáver en su ataud con el rostro descubierto y ricamente vestido. Varios esclavos estaban de rodillas al rededor del féretro expresando su dolor con lágrimas y gemidos. Thelismar distinguió entre ellos un anciano que manifestaba mayor afliccion que los demas. Nicandro se acercó á él y le habló. Preguntóle Thelismar quién era.

—Se llama Zaphiri, respondió Nicandro; ha visto nacer al que ahora lloramos, y como está casi tullido, la imposibilidad de acompañar el cuerpo al sepulcro acrecienta su afliccion. Acaba de decirme que ya no le queda otro consuelo en el mundo que cuidar de los pájaros y cultivar las flores, que eran la delicia de su señor.

Aun hablaba Nicandro cuando Alfonso y Thelismar se estremecieron al oir acentos interrumpidos y gritos tan dolorosos que les penetraron hasta lo íntimo del corazon.

—¡Ah! exclama Nicandro, esta es la desventurada Eufrosina.

En aquel instante entró una mujer enlutada suelto el cabello, pálida y bañada en llanto; se adelanta con paso lento asida de algunos esclavos que la sostienen y llevan casi arrastrando. El carácter augusto de un dolor profundo hace parecer su natural belleza más majestuosa, prestándola nuevo realce; y sus lamentables gemidos tienen una expresion tan penetrante y verdadera, que no es posible oirlos sin experimentar admiracion, terror y compasion.

Entre tanto llega el patriarca con su comitiva. Levantan en alto el ataud, empieza el canto fúnebre y salen de la casa. Despues de atravesar el lugar y andar un cuarto de legua llegan á un sitio lleno de mausoleos, columnas sepulcrales y cipreses. Estremécese Eufrosina al advertir el sepulcro preparado para su hermano, exhala un doloroso grito, y cúbrese el rostro con el velo. Llegan por fin á la sepultura, y hace alto la comitiva; el patriarca pronuncia las oraciones acostumbradas y abraza al muerto. Entónces se aparta, y Eufrosina, quitándose el velo, se adelanta con ímpetu y cae de rodillas junto al féretro exclamando:

—¡Oh hermano mio! recibe el postrer á Dios de tu desventurada hermana!... ¡Con que no he de volver á verte, oh amigo el más fino y leal de todos!... ¡Hermano mio!.. ¿Es este mi hermano?.. ¡Infeliz de mi! Reconozco todavía sus facciones.... Mas ¡oh inhumano espectáculo! cuando mis lágrimas bañan su rostro; cuando le llamo y el dolor me acaba, veo en su semblante las inalterables señales de una triste tranquilidad... ¡Ay de mi! esta calma horrorosa es... la calma de la muerte... ¡Hermano mio! sí: ya no eres

más que una sombra. La desgraciada Eufrosina no abraza sino tu imágen... Y ¿será posible que te pierda para siempre? ¿Desapareces de mi vista y no he de volver á verte? ¡Para siempre me dejas! ¿Para siempre? No, no me puedo sujetar á tan horrible separacion; no consentiré que una mano cruel te arranque de mis brazos para arrojarte al sepulcro. ¡Detenéos, bárbaros, detenéos! No prosigais labrando ese funesto asilo. Compadecéos de mi dolor... ó temed mi desesperacion.

Á este tiempo se adelanta el patriarca para que entierren el cadáver: Eufrosina exhala un grito espantoso, y sus esclavos la apartan del sepulcro á pesar de su resistencia; pero en el parasismo de su dolor rasga sus vestiduras, mesándose los cabellos que arroja en la fosa. De repente cesa de llorar: inmóvil y como insensible mira fijamente el ataud puesto ya en el hoyo; pero al levantar la losa para cubrirle, comienza á temblar y exclama:

—¡Oh Dios! Con que ya mi hermano... para siempre...

No puede proseguir; el dolor le embarga la voz y los sentidos, y cae desmayada en los brazos de sus esclavas. Inmediatamente la apartaron de aquel triste lugar, y luego que volvió en sí, sus amigos y deudos la acompañaron hasta su casa, segun costumbre. Para penetrar en ella era preciso atravesar el jardin de su hermano. Lo primero que ve al entrar en él es al anciano esclavo Zaphiri, con una podadera en una mano y en la otra una regadera. Eufrosina se estremece, y arrojándose á él dice:

—¿Qué haces, Zaphiri?

—Estoy cuidando las flores que mi señor estimaba tanto.

—¡Oh desventurado anciano! interrumpió Eufrosina arrancándole la podadera de la mano; mi hermano ha muerto; en adelante esta casa sólo será para nosotros una mansion de llanto y tristeza... Desaparezcan todos sus adornos y primores... Abre esas pajareras; gocen de la libertad esas avecillas cuyo canto y alegría despedazan mi corazon... Y estas flores que mi hermano cultivara... perezcan tambien con él.

Y comienza á correr como furiosa por el jardin, cortando y destruyendo cuantas flores hallaba al paso (58).

Tan dolorosa escena causó gran impresion en el pecho de Alfonso, quien luego que volvieron á casa suplicó á Thelismar le explicase de qué modo podian resultar de un mismo sentimiento dos ideas tan opuestas. ¿Por qué aquel anciano se deleitaba en cultivar las flores, cuando por el contrario Eufrosina hallaba consuelo en destruirlas? Thelismar le preguntó cuál de las dos acciones le habia parecido mejor.

—Me parece más natural la del anciano, si bien la otra me causó un sensacion inexplicable.

—Una sensibilidad comun sólo produce efectos comunes; pero una sensibilidad profunda se manifiesta por ideas y acciones extraordinarias. Si Eufrosina reuniese á tan sensible corazon ingenio, gusto y discernimiento, y escribiera, no hay duda que sus producciones serian originales, pues se hallarian en ellas pensamientos nuevos, mucha energía y afectos verdaderos.

Permanecieron aun algunos dias en Buyuk-Deré, y despidiéndose de Nicandro y de su amable familia, salieron de Grecia entrando en el Asia por la Anatolia. Detuviéronse algun tiempo en Bagdad y en Bassora, y deteniéndose en la isla de Behering en el golfo Pérsico, vieron la famosa pesquería de perlas (59) y pasaron por mar al reino de Visapur. Durante esta navegacion, una noche, que sentados sobre la cubierta del buque hablaban de las maravillas de la naturaleza, decia Alfonso:

—Ya por fin creo que las conozco todas.

—Puesto que eres tan sabio, replicó Thelismar, explícame el fenómeno que actualmente se nos presenta; vuelve la vista á esta parte, y díme la causa de lo que verás.

Alfonso se acerca, y fijando la vista en el mar repara que la nave caminaba entre un círculo de fuego que con la oscuridad de la noche parecia todavía más brillante. La superficie del mar estaba cubierta de estrellitas resplandecientes. Cada ola que se estrellaba contra el barco esparcia una luz clarísima, y la estela que en pos dejaba de un color plateado y luminoso estaba sembrada de puntos brillantes y de color azul celeste (60).

—Confieso, dijo, que este espectáculo es magnífico, y que le ignoro absolutamente.

—Vamos á acostarnos, interrumpió Thelismar, y si esta noche despiertas, estoy persuadido que harás algunas reflexiones saludables acerca de la presuncion, que te hace pensar que sabes mucho, siendo así que carece de fundamento.

No respondió el mozo, y dándose un abrazo se fuéron á acostar. Media hora hacia apénas que Alfonso se quedara dormido, cuando oyó ruido en el camarote. Habia apagado la luz, y asustóse cuando al abrir los ojos vió llamas en frente de la litera. Levántase apresurado, y crece su admiracion al ver escrito sobre la tabla con letras grandes de fuego: *Sabio Alfonso, tu miedo es vano, porque este fuego no quema* (61). Avergonzado y lleno de admiracion tocó aquellas letras, y no experimentando calor alguno, exclamó:

—¡Ah Thelismar! Lo que más me admira es que V. sabe hacer amables hasta las lecciones que ofenden el amor propio.

Á este tiempo entró Thelismar riéndose con una luz en la mano, y des-

pues de explicarle la naturaleza de aquellos supuestos caractéres de fuego, retiróse á descansar.

—Es tiempo tambien de que nosotros hagamos lo mismo, interrumpió la baronesa, porque esta noche se ha prolongado la velada.

VELADA VIGÉSIMA.

Á la siguiente la marquesa prosiguió la lectura de la historia de Alfonso de esta suerte.

—Cuando nuestros caminantes llegaron á Visapur, fuéron á visitar las minas de diamantes (62) y despues á la córte del gran mogol, pues Thelismar obtuvo una audiencia. Atravesaron varias cámaras, viendo en todas gran número de mujeres hermosas magníficamente vestidas y armadas con lanzas, que componian la guardia interior del palacio; finalmente, llegaron á una espaciosa galería tapizada con tisú de oro. El monarca estaba sentado en un trono de nácar, sembrado de rubíes y esmeraldas. Cuatro columnas cubiertas de diamantes sostenian un dosel de tela de plata bordado de zafiros, y adornado con festones y borlas de perlas. De una de las columnas pendia un soberbio trofeo de las armas del emperador, compuesto de arco, aljaba y cimitarra, todo guarnecido de pedrería, y pendiente de una cadena de topacios y diamantes. El emperador vestia un traje de tisú de oro, descollando en su turbante un diamante de un resplandor que deslumbraba, y tan grande que le cogia casi toda la frente; varias sartas de gruesas perlas formaban sus brazaletes y collar, y una infinidad de piedras preciosas de varios colores enriquecian su tahalí y borceguíes. Delante tenia una mesa de oro maciza, y todos los magnates de la córte ricamente vestidos estaban de pié á ambos lados del trono. Thelismar le presentó algunos instrumentos de geometría, cuyo uso explicó por medio de un intérprete. El emperador se manifestó muy contento diciéndole que aquel dia era el de su cumpleaños, por lo cual se hacian grandes fiestas en todo el imperio; por

lo que les convidó á pasar la tarde en su compañía.

Varios criados entraron presentando á todos vino en copas de cristal de roca, sentáronse, y entró una banda de músicos que ejecutaron varias piezas por espacio de media hora. Acabado el concierto se sirvió un magnífico banquete en vajilla de oro. El emperador ofreció á Thelismar una copa de vino de oro guarnecida de turquesas, esmeraldas y rubíes, y despues de apurarla le rogó que la conservase en prueba de amistad. Á los postres le presentaron dos grandes bandejas llenas de rupias que arrojó por el pavimento, y los palaciegos corrieron afanosos á recogerlas. Poco despues le volvieron á traer otras dos bandejas de almendras de oro y plata, que arrojó lo mismo que las primeras, y fueron recogidas con igual prontitud. Bien podeis juzgar que nuestros viajeros no quisieron participar de esta generosidad, porque la codicia y vileza de los magnates mogoles los llenó de indignacion. Tambien repartió entre los músicos y palaciegos varias piezas de tela de oro y otras alhajas; y despues continuaron bebiendo. Thelismar y Alfonso fueron los únicos que no se embriagaron. El emperador, que ya no podia sostenerse, torció la cabeza, quedóse dormido, y todos se retiraron.

Cuando Thelismar y Alfonso estuvieron solos, dijo el primero:

—¿Qué opinas de esta córte?

—Opino, respondió Alfonso, que el gran mogol es el soberano más rico y magnífico de todo el orbe.

—Y ¿crees que sea feliz y respetado?

—No puedo saberlo, puesto que ignoro si sus vasallos le aman y si reina con gloria y tranquilidad; pero confieso que su persona nada tiene de augusto, ni cosa que infunda respeto. No hay soberano en Europa que no le exceda en majestad.

—Sin embargo, el gran mogol ostenta un fausto y magnificencia á la cual ningun príncipe de Europa puede llegar. De esto puedes inferir que el oro, los diamantes, y todo el pomposo aparato del lujo asiático no pueden por sí mismos inspirar respeto alguno. Y ¿qué pensarás de aquellos vanos europeos que estiman en mucho estas brillantes frioleras? Desearia que la europea que más diamantes posee, pudiese en el espacio de veinte y cuatro horas hallarse aquí. ¿Qué diria al ver que toda su magnificencia no igualaba á la de una esclava del emperador?

—Prometo, replicó Alfonso avergonzado, no hablar más de los diamantes que mi padre perdió en el terremoto de Lisboa. Pero explíqueme V.: ¿por qué estos cortesanos, al parecer tan ricos, son tan codiciosos? ¡Con qué vileza se arrojaban á recoger el oro y pedrería que el emperador les tiraba!

—Porque cifran toda su vanidad en soberbios vestidos y costosos ador-

nos, y no tratan de distinguirse sino por el fausto y la riqueza, vanidad que, llevada al extremo, es capaz de impulsar á cometer las mayores bajezas. Pero volviendo al emperador, no há mucho decias que ignoras si es dichoso. ¿Imaginas que un soberano tan poco respetable y tan ignorante pueda serlo?

—Si es bueno podrá ser apreciado.

—Es imposible apreciar á un soberano á quien se desprecia. ¿No deberia para labrar la dicha de sus vasallos ser instruido, justo y afable? Pero este carece de vasallos, pues sólo reina sobre viles esclavos; en una palabra, es déspota, ejerce un poder tiránico, y padece todos los temores y sobresaltos que serán siempre el justo castigo de los tiranos. Las adoraciones que le tributan son violentas, y al tiempo que la lisonja le ofrece inciensos, el odio trama en secreto su ruina. Pasa su vida recelando conspiraciones, desconfia de cuantos le rodean, y para colmo de horrores hasta sus hijos le son sospechosos.

Al dia siguiente volvieron por la mañana á palacio. Estaba entónces el mogol en guerra con el rey de Decan, y quiso revistar aquel dia el campamento de su ejército. El séquito era numeroso: Thelismar contó más de ochenta elefantes ricamente enjaezados que conducian á sus concubinas en unas torrecitas colocadas encima y cubiertas de planchas de oro y nácar, siendo del mismo metal el enrejado de las ventanas; y el techo lo formaba un dosel de tisú de plata con cordones y borlas guarnecidas de rubíes. El emperador iba en un palanquin de oro y nácar cuajado de perlas y pedrería, seguidos de otros varios iguales en magnificencia. Les precedian gran número de trompetas, tambores y otros instrumentos mezclados entre una multitud de oficiales, llevando quitasoles de tisú de oro bordados de rubíes, perlas y diamantes.

Despues de admirar nuestros viajeros la magnificencia del campamento salieron de la córte del mogol (63) continuando su viaje hácia Siam, en donde vieron al famoso elefante blanco, tan venerado en las Indias orientales. Su estancia, ó por mejor decir el templo en que habita, es de una magnificencia pasmosa, sirviéndosele de rodillas y en vajilla de oro (*). Las atenciones, dice Buffon, los regalos, ofrendas y adoraciones le agradan sin corromperle, prueba de que no tiene alma racional; esto sólo deberia ser suficiente para desengañar á los indios.

Ya no les quedaba por ver más que una parte del mundo. Pasaron finalmente á América, y desembarcaron en California: de allí se dirigieron á Méjico. Caminando hácia Tlascala, Thelismar miró su reloj é hizo parar las

(*) El conde de Buffon.

literas, y apeándose mandó á los criados que esperasen y cuidasen de los caballos, añadiendo:

—Porque va á hacerse de noche.

—Bueno es eso, dijo Alfonso riéndose. ¿Cómo es posible que se haga de noche, si aun no son las doce del dia?

No le respondió Thelismar, pero buscando sombra, se encaminó hácia unos árboles poco distantes. Siguiéndole Alfonso distinguió un animal, cuya extraordinaria figura llamó su atencion: tendria de largo diez y nueve ó veinte pulgadas, sin contar la cola, de otras doce. Las orejas eran parecidas á las de la lechuza, el pelo erizado, y la cola semejante á la de las culebras cubierta de escamas. Como estaba parado tuvo tiempo de examinarle, y advirtió que estaba esperando á sus hijuelos que corrian hácia él. Luego que se le reunieron, los fué metiendo uno tras otro en una bolsa que tenia debajo del vientre, y se dirigió á los árboles. Deseoso Alfonso de examinar más despacio sabandija tan extraña, y viendo que corria poco, la persiguió. Iba ya á cogerla, cuando hallándose el animalejo al pié de un árbol, trepó á él con indecible ligereza, y enroscando la cola en una de las ramas más elevadas, se colgó de ella y quedó inmóvil (64). Preparábase Alfonso á subir, mas de repente oye varios estampidos semejantes á una descarga, hallándose en el instante cubierto de un sin número de granitos negros (65). Retrocedió precipitadamente, llevándose las manos á los ojos, heridos con la descarga que acababa de recibir. El dolor le obligó á tenerlos cerrados algunos minutos, mas al abrirlos prorumpe en un grito doloroso exclamando:

—¡Cielos! ¡estoy ciego! ¡No veré más á Thelismar ni á Dalinda!... Thelismar, Thelismar, ¿en dónde está V.?

Al mismo tiempo oyó cerca una gran carcajada y conoció la voz de su amigo.

—Dios mio, prosiguió, ¿es capaz Thelismar de alegrarse de mi desgracia? No, no es posible.

Iba á continuar, mas acordándose de que este advirtió á los criados que iba á hacerse noche, comenzó á tranquilizarse sospechando la verdad. A pesar de las densas tinieblas que le rodeaban, encaminóse hácia donde oia á Thelismar, á quien encontró y asió del brazo.

—Alfonso, díjole, no puedo guiarte en esta ocasion, porque lo necesito tanto como tú.

—Gracias al cielo, replicó Alfonso, me veo libre á costa de un buen susto. Ahora comprendo que la causa de mi espanto no ha sido más que un eclipse de sol, pero no imaginaba que produjese tan grande oscuridad, ni

concibo de qué modo le ha previsto V. con tanta exactitud.

Empezó en esto á descubrirse el sol, disipando la tenebrosa oscuridad que ocultaba los objetos. Aquel silencio profundo, aquella calma majestuosa de la noche desapareció repentinamente; pareció que la naturaleza revivía, y las aves, creyendo celebrar la venida de la aurora, anunciaron con armoniosos trinos la vuelta del dia (66).

Volvieron á subir en sus literas, y el eclipse, el animal singular que Alfonso habia visto, y la descarga que tanto espanto le causó, dieron motivo á una conversacion, que aun no terminaba cuando llegaron á Tlascala.

Despues de visitar á Méjico se embarcaron para la isla de Santo Domingo, en donde esperando Alfonso encontrar carta de su padre, halló una de Portugal, pero no era suya, y las nuevas que contenia le afligieron en extremo. Le avisaban que don Ramiro no habia regresado, que era falso cuanto se dijo de haber recobrado parte de su antiguo valimiento, como tambien su partida con alguna mision secreta, pues más bien se figuraban estaba desterrado, ignorándose de todo punto el lugar de su destierro. Estas noticias llenaron de dolor á Alfonso, quien, nuevamente inquieto sobre el paradero de su padre, estaba más atormentado que nunca con el remordimiento de su culpa, y nada podia distraerle.

Acompañado de Thelismar visitó varias posesiones de Santo Domingo, y un dia que compadecia la suerte de los esclavos negros, dijo Thelismar:

—Sin duda que son dignos de lástima los que sirven á amos inhumanos; sin embargo, la misma codicia los estimula á tratarlos bien; esos esclavos están mejor alimentados que nuestros labriegos. Observa cómo se revela en todos la fuerza y la salud. Los amos más crueles tienen gran interes en no recargarlos de trabajo; disfrutan de recreos y diversiones; cuando son industriosos, están seguros de conseguir con el tiempo la libertad; y por último, les inculcan ideas de moralidad, instruyéndolos en la religion. La libertad no es un bien sino cuando se está en disposicion de usar razonablemente de ella; ademas el pobre en ninguna parte es libre, pues para asegurar la subsistencia, enajena la libertad.

—Es cierto que cuando se ven salvajes se comprende que cualquier cambio de suerte debe ser una ventaja para ellos, porque arrastran una existencia penosa, son perezosos, dominados por absurdas supersticiones, y ejercen crueldades que horrorizan.

—Sin embargo, debemos odiar la esclavitud; es la más irritante injusticia, y la religion la reprueba cuando no lleva otro fin que el de satisfacer una insaciable avaricia. Pero para civilizar á los salvajes débese empezar por dominarlos, del mismo modo que es indispensable gobernar despóticamente á

los niños. Esa civilizacion sólo puede llevarla á cabo el tiempo. La prudencia y la perseverancia solas pueden asegurar el éxito, y no se perfeccionará sino á fuerza de años.

Habitaban entrambos en casa de un opulento colono que poseia multitud de esclavos; uno de ellos murió, y esto causó cierto desarreglo en la casa, obligando al secretario de Thelismar, llamado Sibaldo, á dejar su habitacion y colocarse en la de Alfonso.

Aquella noche se acostaron temprano. Serian las doce y ambos estaban profundamente dormidos, cuando el ruido que hizo al abrirse la puerta les despertó sobresaltados; la luz estaba apagada, y oyeron pasos y ruido de cadenas. Sibaldo gritó sobrecogido:

—¿Quién está ahí?

Nadie respondió.

—¿Tiene V. miedo? preguntó Alfonso riendo.

En vez de responder empezó Sibaldo á dar terribles gritos. Alfonso se arroja de la cama y busca á tientas su espada. En este momento llegan con luces, y ante la sorprendida vista del jóven preséntase el más extraordinario espectáculo. Ve el desnudo cadáver de un negro encadenado sujetando por la garganta al desgraciado Sibaldo, que luchaba próximo á exhalar el último suspiro.

—¡Dios mio! ¿El cadáver? exclama Pulqueria interrumpiendo á su mamá: eso es inventado.

—Nada de eso, replicó la marquesa; es un hecho auténtico y verdadero. ¿No os prometí que todo lo maravilloso de mi cuento seria cierto?

—Pero, mamá, añadió César, ¿hay aparecidos?

—No.

—Y ¿ese cadáver desnudo, cargado de cadenas, que sujeta á otro hombre por la garganta casi hasta el punto de estrangularle?

—Esperad la explicacion.

—¿No estaba muerto el negro?

—En ese caso no me expresaria con propiedad, puesto que hablé de un cadáver.

—Y ¿era un difunto realmente?

—Sí tal.

—Y ya sabemos que el dia ántes falleció un negro... Eso da bastante que pensar. Pero ¡silencio! oigamos.

—Pues bien, dijo la señora de Clemira continuando la narracion. Alfonso se abalanzó al negro, teniendo que emplear toda su fuerza para aflojar aquella helada mano de la garganta de Sibaldo, quien libre al fin del cadá-

ver homicida, trató de incorporarse, pero estaba tan agitado y tembloroso, que cayó nuevamente desvanecido. Miéntras que le socorrian y se llevaban al negro, Alfonso pidió la explicacion de tan extraordinario suceso, y le dijeron que hacia algunos dias estaba padeciendo aquel negro una fiebre devoradora acompañada de furioso delirio, por lo cual les precisó encadenarle; que durante la noche rompió las cadenas y escapó viniendo á morir al lecho de Sibaldo, cuya garganta asió al espirar.

Este acontecimiento aterró de tal suerte al pobre secretario, que cuando recobró el sentido costó gran trabajo hacerle comprender que el negro no era el cadáver del dia anterior, pues él sostenia tenazmente que era un alma en pena. Irritado Alfonso le reconvino desabridamente.

—¿Es posible, dijo Thelismar, que muestres tanta indignacion por una debilidad?

—Sí, porque manifiesta cobardía.

—Es un error; nada tiene que ver eso con el valor.

—¡Desmayarse un hombre por semejante causa!

—Convendrás al ménos que tenia motivo para ello.

—Yo estaba en la habitacion como él y no experimenté la menor emocion, porque nada de esta índole puede causarme espanto.

Thelismar no le respondió, y el resto del dia continuó Alfonso abrumando á Sibaldo con burlas incisivas delante de todos. De tal suerte le humilló, tanto se resintió el buen hombre, á pesar de su natural docilidad, que rehusó continuar en la misma estancia, y Alfonso quedó solo aquella noche. No bien apagó la luz, cuando oyó el ruido de una récia lluvia, cosa que le sorprendió, porque ántes de acostarse vió el cielo sereno y sin nubes; despues empezaron á iluminar la habitacion pavorosos relámpagos, y á los pocos momentos cesaron de repente relámpagos y lluvia. Levantóse, abrió á tientas los postigos, miró al cielo, y le encontró despejado; cerró y se volvió á acostar. Al cabo de tres minutos la lluvia y los relámpagos comenzaron con mayor violencia. Alfonso sorprendido se sienta en la cama. En tan profunda oscuridad experimentaba vaga inquietud, precursora ordinaria del terror, parecida al presentimiento. Clavaba los ojos desmesuradamente abiertos, como intentando sondar la oscuridad, y observa un punto luminoso que se eleva lentamente hácia el techo; al pronto se imagina que es alguno de los insectos brillantes que abundan en las regiones tropicales, pero ve pararse aquel punto fosfórico á tres piés del suelo, fijarse centelleando como una estrella, dilatarse y tomar la forma de una esbelta figura de mujer. Alfonso al principio observa con serenidad tan sorprendente fenómeno; mas el pavor se apodera de su ánimo cuando la ve acabar de desarrollarse, desta-

car, tomar color, movimiento y la más completa semejanza de Dalinda. ¡Es ella! ¡Es su talle, su belleza y fisonomía! ¡Es Dalinda que anda, se mueve con la ligereza de una sílfide ó de una sombra! Se adelanta, acerca, toca el lecho, y al punto se desvanece. Desatinado Alfonso exhala un grito y cae sin conocimiento.

Aquí las exclamaciones de los tres niños interrumpen á la marquesa, quien les impone silencio y continúa:

Alfonso al volver en sí vió luz y á Sibaldo que le prodigaba socorros.

—Oí la voz que dió V., dijo, y me asusté. ¿Qué le ha sucedido?

Estas palabras, dichas en un tono que expresaba el más solícito interes, llenaron de confusion á Alfonso; era sensible y generoso, y pensando en las chanzas que se permitiera con el pobre Sibaldo, se avergonzó.

—Querido Sibaldo, respondió abrazándole, una pesadilla que me causó un terror pánico; tal era la ilusion, que hasta me imaginé estar despierto. Este ridículo pavor es mil veces ménos disculpable que el que V. experimentó, y me complazco en reconocerlo.

Aquella confesion era la expiacion de su falta, y tranquilizó su corazon.

—Dígame V., prosiguió: ¿estaba V. dormido cuando acudió á socorrerme?

—No, ni siquiera me habia acostado. Tomaba el fresco á la ventana, porque hace una noche hermosísima.

—¿No llueve, ni relampaguea?

—Ni por asomo.

—¡Vaya una pesadilla incomprensible! Pero, querido Sibaldo, retírese V. á descansar.

Sibaldo se levanta, despídese de Alfonso, toma la luz y sale. Cuando llega á la puerta, cáesele la palmatoria y se apaga la vela; en el mismo instante ve Alfonso el resplandor de un relámpago, oye llover, y se estremece.

—¡Sibaldo! exclama con voz ahogada: ¡no es un sueño!... ¡Gran Dios!... ¡Mire V.!

El punto luminoso se elevaba nuevamente, se extendia, y formaba la figura de Dalinda; se adelantó hasta el lecho, y desapareció elevándose y como si atravesara el techo.

—¡Justo cielo! exclama Alfonso. Sibaldo, ¿es esto sueño?

—Ya lo veo, le responde con voz segura.

—Y ¿cómo no le conmueve á V. ese prodigio?

—Mi aventura de la noche pasada me da valor.

—No es posible. Sibaldo, V. no contempló ese objeto encantador y terrible.

—Sí tal, y hasta le reconocí: es Dalinda.

—Luego ¿es cierto?... ¡No es quimera forjada por la imaginacion!... ¡Mi juicio se extravia! ¡Oh! ¿qué significa esta incomprensible vision?

Hablando así se deshacia en llanto. Al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció Thelismar con una bujía encendida; Sibaldo al verle se echó á reir y salió.

—Vamos, le dijo sentándose en la cama, ¿estás todavía persuadido de que no conoces cosa de esa índole que pueda causarte pavor? ¿Te parece Sibaldo indisculpable?

Por toda respuesta Alfonso petrificado contemplaba á Thelismar con la boca abierta.

—Créeme, añadió, sé en lo sucesivo más indulgente con las ajenas debilidades, y piensa que en el mundo todos estamos sujetos á error. Nuestra razon puede domeñarse como la fuerza física, y juzgar que nada tiene poder para destruirla, será siempre la más extravagante presuncion.

—¡Cómo! ¿V. es quien ha producido la lluvia, los relámpagos, esa medrosa y celeste aparicion?

—Yo mismo.

—¡Cielos! ¡La figura de Dalinda, su talle, su rostro angelical!

—Puedo reproducirlo cuando me plazca.

—¡Oh qué arte tan divino!... ¡Cuánto le envidio!

—Ese arte, del cual resulta un espectáculo tan maravilloso, es lo más sencillo: un efecto de óptica producido con un retrato y un espejo (*).

—¡Un retrato! Pues qué, ¿V. tiene un retrato de Dalinda?

—Sí, y mañana te lo mostraré. Entre tanto duerme, querido Alfonso, y no temas que el buen Sibaldo, á quien yo dí cuenta de mi proyecto, se burle de tí.

—Bien lo creo, respondió Alfonso sonriendo; bastante vengado queda para olvidar todo resentimiento. Pero la venganza es digna de V. porque me produce un beneficio: me castiga y corrige.

Y no pudiendo dominar su impaciencia, al dia siguiente se presentó muy temprano en el cuarto de Thelismar, quien, desarrollando un lienzo, le mostró el retrato de Dalinda en extremo parecido.

—¡Qué interesante cuadro! exclamó Alfonso.

(*) La fantasmagoría.

—Más te interesará, respondió Thelismar, cuando sepas que es obra de Dalinda.

—¡De Dalinda!... Con que ¡posee todas las perfecciones y todos los encantos! ¡Ah! Permítame V. examinar esa preciosa pintura. Sí, estas son sus facciones, su hechicera sonrisa. ¡Ah Thelismar! ¡Qué feliz es V. en poseer semejante tesoro!

—Ahora puedo anunciarte que la verás ántes que pensabas, porque está en Paris con su madre, donde nos aguardan. Mañana partimos á Surinam, donde nos embarcarémos para Francia.

Esta noticia alegró á Alfonso. Sin embargo, estaba muy léjos de experimentar tan pura alegría; consideraba como una obligacion imprescindible volver á Portugal con la esperanza de tomar informes sobre el destino de su padre. Estaba resuelto á manifestar su determinacion á Thelismar; pero el proyecto le afligia demasiado originándole la más violenta agitacion. Ademas, nunca se atrevió á confesar á su amigo y protector la culpa que deploraba, de haber abandonado furtivamente á su padre. Este primer disimulo le obligó á disfrazar la verdad con otros muchos; pero al fin tomó la resolucion de expiar sus yerros con una sinceridad sin reserva, y si era preciso con los sacrificios más dolorosos. Con tales disposiciones se embarcó para Surinam.

Llegaron ya anochecido, y al tiempo de desembarcar presenciaron un nuevo espectáculo. Parecióles que la playa estaba cubierta de infinidad de luces colocadas á distancias desiguales. Contemplaban tan agradable iluminacion, cuando advirtieron que algunas se adelantaban hácia ellos. De allí á poco distinguieron claramente diez ó doce hombres que andaban con gran ligereza, á pesar de que, al parecer, tenian cubiertas de candelillas las cabezas, piés y manos, lo cual sorprendió en extremo á Alfonso. Bien deseara acercarse á ellos, pero pasaron corriendo, y como no entendia el idioma de los faquires, no pudo satisfacer su curiosidad. Cuando llegaron á su hospedaje notó que las luces estaban debajo de varios vasos, y queriendo examinarlas de cerca, admiróse al ver que eran unas moscas ó escarabajos verde esmeralda que despedian una luz muy viva.

—Esta es, dijo Thelismar, la explicacion que deseabas: los árboles cubiertos de estas moscas se parecen de léjos á arañas suspendidas en el aire. Los hombres que hemos encontrado las llevaban en sus gorros y zapatos, y encerradas en tubos de vidrio.

Tambien supo que se podian utilizar de otros modos, pues cuando se acostó levantaron los vasos que las encerraban, á fin de que destruyeran los mosquitos de la alcoba (67).

Inquieto y pesaroso Alfonso no pudo dormir en toda la noche, levantán-

dose ántes de amanecer, determinado á no dilatar más su declaracion, confiando á su amigo en aquel mismo dia su culpa y pena. En tanto que Thelismar despertaba fuése á la orilla del mar, y despues de pasear largo rato sentóse al pié de un árbol, é insensiblemente fué perdiendo la vista, el conocimiento y las fuerzas; de allí á poco cerró los ojos y se quedó dormido: un grito penetrante y doloroso le despierta; abre los ojos y se halla en los brazos de Thelismar, que le arranca de allí, llevándole algo más léjos. Intenta hablar, pero no articula sino voces interrumpidas con dolorosos quejidos. Thelismar le deja sobre la yerba, y corriendo á la orilla del mar, llenó el sombrero de agua, hízosela beber, y ayudado de los criados le trasladó á la posada. Poco á poco fué recobrando conocimiento y fuerzas, y finalmente pudo decir:

—¿En dónde estoy?

—Olvidaste, dijo Thelismar, que te hablé de aquel árbol fatal. ¿No te dije que debajo de su perniciosa sombra al sueño sigue la muerte (68)?

—Es verdad, replicó Alfonso en voz baja y débil, ahora me acuerdo.

—¡Gracias al cielo estás fuera de todo peligro! Pero si la inquietud no guiara mis pasos, ya te lloraria perdido para siempre.

—¡Oh, padre mio, V. llora!... ¡Mi tierno amigo!... ¡mi más querido bienhechor!... ¡Ah! ¿por qué me libró V. de la muerte?... Llevaria al ménos al sepulcro su aprecio y estimacion. ¡Infeliz de mí! Llorando V. mi desgraciada muerte ignoraria eternamente mis delitos.

—Y ¿á qué viene todo eso?

—Me colma V. de beneficios y bondades, mi agradecimiento y ternura no tienen límites, y sin embargo soy el más desdichado de todos los hombres.

—¡Cielos! ¿Qué capricho es ese?

—Thelismar, una palabra sola le hará á V. conocer mi situacion... No puedo ir con V. á Francia.

—¿Por qué?

—Una obligacion sagrada me manda volver á Portugal... ¡Ah si á lo ménos movido á compasion el cielo admitiese este doloroso sacrificio en satisfaccion de mi culpa!

—¿Cuál es, pues, el cruel remordimiento que te oprime?... Pero no, no es posible que tú hayas cometido delitos ni bajezas. Háblame, tranquilízate, abre tu corazon á tu mejor amigo.

Despues de un corto silencio, Alfonso, derramando lágrimas de agradecimiento y alegría, confiesa sin rodeos á Thelismar que le habia engañado, asegurándole que don Ramiro aprobaba su viaje. Cuéntale asimismo las circunstancias de su fuga, y pinta del modo más tierno y expresivo sus re-

mordimientos y las vivas inquietudes que le causa la incertidumbre en que se halla acerca del paradero de su padre.»

Al acabar su discurso, mirándole con ternura Thelismar, dice:

—No pienses que te abandone; al contrario, yo mismo te acompañaré á Portugal.

Esas palabras inspiraron al mozo tan vehemente gratitud, que se arrojó á los piés de su generoso amigo, quien replicó:

—Sí, espero encontrar á ese padre infeliz; gozaré de la dicha de verte en sus brazos, y me atreveré á asegurarle que le vuelvo un hijo capaz ya de hacerle dichoso... Tardarémos más en llegar á Francia; pero Dalinda te verá reconciliado con el cielo, contigo mismo, y honrado con la bendicion paternal.

No pudo Alfonso responder á tan cariñosas razones sino con un torrente de lágrimas.

—Me parece, prosiguió Thelismar, que don Ramiro accederá gustoso á tu casamiento con Dalinda; mi hacienda es más que regular, y como todos los vínculos que le sujetaban en Portugal están ya rotos, no será difícil persuadirle á que mire la Suecia como patria, y mi casa como suya.

—¡Ah! ¡esto es demasiado! exclamó Alfonso. Déjeme V. respirar... Mi corazon no puede resistir á las sensaciones que experimenta... Con un bienhechor como V. el agradecimiento se convierte en pasion. Y ¿cómo podria yo explicar lo que en mi alma pasa en este instante?

Con tales esperanzas libertóse de la mayor parte de sus pesares: la indulgencia y amor de su amigo mitigaban sus crueles remordimientos, haciendo renacer en su alma las más lisonjeras ilusiones. Antes de partir de Surinam asistieron á una pesquería á que habian sido convidados. El dia señalado salieron de casa tempranito, teniendo que atravesar una laguna medio seca cubierta de árboles muy extraños para llegar á la playa. De sus flexibles ramas se desprendian manojos de filamentos, que bajando hasta la tierra, tomando raíz y creciendo de nuevo, formaban otros árboles tan grandes y robustos como aquellos de donde salian, multiplicándose así sucesivamente; de suerte que un solo árbol puede producir un bosque entero. Pero lo que más extrañó á Alfonso fue que aquellos árboles estaban cubiertos de conchas; aun en las más altas ramas se veian pegadas multitud de ostras (69). Acababa Thelismar de explicarle las causas de esta singularidad cuando llegaron á la playa: comienza la pesquería, echan las redes y las sacan llenas. Entre otros pescados advirtió Alfonso uno semejante á la anguila, de tamaño monstruoso; se acerca para examinarle, y al hacer este movimiento tropieza la punta de una varita que llevaba en la mano en el

pez; en el mismo instante experimentó en el brazo un dolor tan vivo, que prorumpe en un grito involuntario. Los pescadores se echaron á reir, y él espantado y corrido quedóse algun tiempo inmóvil. Volviéndose á acercar despues al pez dijo:

—No puedo comprender cómo con solamente tocar á este animal con la varita me ha causado una conmocion tan fuerte; pero á lo ménos probaré á todos, que si su efecto me sorprendió, no es capaz de acobardarme.

Diciendo esto se baja y ase al pez. Esta vez no gritó, pero experimentó un entorpecimiento general acompañado de un golpe tan violento, que hubiera caido en tierra á no sostenerle Thelismar. Quedó tan aturdido que en algun tiempo no supo dónde estaba. Luego que volvió en su acuerdo, dijo Thelismar:

—Quiero hacerte ver otro efecto de este pez todavía más admirable. Aquí estamos catorce personas; hagamos rueda trabándonos de las manos; yo seré el primero y tú el último; y tocando yo el pez con una varita, tú sentirás la misma conmocion que yo, á pesar de que median entre los dos doce personas.

En efecto, la experiencia confirmó cuanto dijo Thelismar (70).

Al dia siguiente salieron de Surinam, embarcándose para Portugal. En la travesía satisfizo Thelismar la curiosidad de Alfonso, que no concebia cómo pudiera resolverse á viajar durante cuatro años, apartándose por tanto tiempo de su amada familia, refiriéndole que su soberano, protector de las ciencias y artes, le habia ordenado este sacrificio.

—Finalmente, continuó, los favores que debo al rey, mi amor á las ciencias y particular inclinacion á la historia natural me determinaron á encargarme de esta empresa, y tu amistad me ha hecho llevaderas las fatigas consiguientes á ella. El afan de corregirte é instruirte y el afecto que te profeso dulcifican las pesadumbres é inquietudes anexas á tan larga expatriacion.

Despues de una feliz navegacion llegaron á Portugal. Por más que inquirió, nada cierto pudo averiguar Alfonso acerca de don Ramiro: sólo le aseguraron que hacia ya dos años que faltaba de Portugal, y por indicios, frutos de infinitas pesquisas, persuadióse que su padre se hallaba en Inglaterra ó Rusia. Sabia que Thelismar debia ir á Inglaterra á asuntos propios; por lo que al salir de Portugal tuvo el consuelo de saber que no permaneceria largo tiempo en Francia, sino que iria con Thelismar y Dalinda donde esperaba encontrar á su padre.

Antes de llegar á Francia Thelismar le hizo prometer que ocultaria á Dalinda su amor y esperanzas, añadiendo:

—Ahora vas á viajar en su compañía; sabes muy bien que mi deseo es unir con sagrados lazos dos personas que casi amo igualmente; pero no puedes disponer de tí mismo sin el consentimiento de tu padre; y aunque no dudo que te lo conceda, tal vez pueda oponerse.

—¿Qué dice V.?

—Si te presentase á Dalinda como el esposo que la destino, desde luego te cobraria inclinacion, y seria imprudente exponernos en la incertidumbre en que nos hallamos á turbar su reposo.

—¿Yo, yo inquietarla y afligirla? ¡Ah! Más quisiera no volver á verla en mi vida. Pero estoy cierto de que mi padre accederá gustoso.

—Puede no querer.

—¿Seria capaz de pronunciar la sentencia de mi muerte?

—No, Alfonso; ó he perdido cuanto trabajé por tí, ó espero que sobrellevarias con valor este contratiempo. ¿Qué desgracia es capaz de abatirnos, cuando conservamos la virtud y poseemos un amigo verdadero?

—¡Ah Thelismar!... V. será siempre el árbitro de mi suerte... V. dispone de mis acciones y sentimientos. La razon, la virtud, el agradecimiento y la amistad le aseguran á V. que jamas perderá el dominio que ejerce sobre mí. Sí, ofrezco cumplir exactamente la ley que V. me impone: veré á Dalinda, y callaré. ¡Es un esfuerzo violento! Pero ¿puedo dudar que soy capaz de llevarlo á cabo cuando V. me lo ordena?

Así que llegaron á Burdéos se pusieron en camino. El carruaje se rompió á treinta leguas de Paris y se vieron precisados á detenerse allí. Thelismar escribió á su esposa diciéndole que llegaria á Paris sin falta alguna el dia siguiente á las cinco de la tarde, enviando la carta por el correo que salia en aquel instante. Antes del dia tomaron la posta. Al amanecer, Alfonso, loco de contento, le abrazó diciendo:

—¡Qué dia tan feliz! Ántes que se acabe veré á Dalinda.

—Acuérdate de tu promesa, y cuidado en los primeros instantes que la veas.

—No tema V., y cuente con mi prudencia.

—Sí, pero no confies, y empieza á moderar desde ahora esa alegría que dentro de algunas horas deberás ocultar. Hablemos de otras cosas.

—Y ¿cómo podré?

—No lo dudes. Si deseas dominarte acostúmbrate á refrenar tu imaginacion y alejar de ella cuanto lo impida.

—Pero con tal que mi proceder sea juicioso nada importa que mis pensamientos se ocupen en una cosa ú otra.

—Y ¿cómo es posible que dé pruebas de valor el que por costumbre es

pusilánime? Quien se deja llevar de la imaginacion y no halla medios para desechar un recuerdo peligroso, ni distraerse de una idea que le agrada, jamas consultará á la razon para obrar con acierto. Existen dos clases de ideas: unas que se nos presentan espontáneamente, y otras que la ciencia y reflexion nos sugieren. Las primeras casi siempre son vanas ó peligrosas, fruto de nuestras pasiones y sensaciones y de los objetos que más impresion nos causan, de manera que quien no las desecha deja de ser libre, puesto que renuncia á la facultad de elegir pensamientos; si son sus pasiones fogosas, se extravia, y si no, vive á medias. No debemos, pues, detenernos en un pensamiento sólo porque es grato, ó nace de un objeto presente; ántes bien se debe desechar si es fútil ó reprensible, eligiendo los asuntos y encaminarlos á objetos útiles. Cuando hablamos es en beneficio de otros, y por tanto es preciso procurar que la conversacion sea amena, pues la facultad intelectual se nos concedió para perfeccionar el entendimiento y corazon; por lo cual, cuando paramos la imaginacion en cosas poco dignas de ocuparla, pervertimos el uso de tan noble facultad, y hasta se puede afirmar que los pensamientos de un sabio son más puros y sublimes que sus discursos y escritos.

Calló Thelismar y Alfonso le imitó exhalando un suspiro; mas al cabo de algun tiempo, haciendo un esfuerzo comenzó á hablar aquel haciendo una recapitulacion de cuanto en sus viajes habia visto. Al hablar por fin de física y química Alfonso exclamó:

—¡Qué feliz es V.! Nada ignora, y es imposible que nada le parezca ya nuevo, ó le cause admiracion.

—¡Te equivocas! Los cielos, la tierra, cuanto nos rodea, el universo en fin, es obra de un Sér supremo, y un libro eterno en donde el hombre hallará siempre objetos nuevos y secretos impenetrables: en cada siglo descubrirá sublimes misterios, sin que jamas alcance á conocerlos todos.

Entre tanto se acercaban á Paris, y á breve rato cesaron de hablar igualmente conmovidos. Despues de un largo silencio dijo Alfonso:

—Confiese V. que ahora no elige los pensamientos, viéndose precisado á detenerse en el que se presenta naturalmente.

A cuyo tiempo el postillon advirtió que se notaba en el aire una cosa extraña. Asomóse Thelismar, y vió en efecto en el espacio por la parte de Paris un cuerpo opaco y redondo, que parecia acercárseles despacio. Admirado consideraba el fenómeno, creciendo su asombro al contemplar que aquel cuerpo se aumentaba tornándose luminoso, y notando que el postillon asustado detenia los caballos, apeóse para examinarle. Hallábanse á la sazon en una pradera deliciosa á seis leguas de Paris. Entre tanto el globo de fuego se dilataba.

—Este, decia Alfonso, es un metéoro semejante al que observé en España en las inmediaciones de Loja.

—No es un metéoro, replicó Thelismar.

—Pues ¿qué será?

—No calculo... Cada vez se acerca más; mira qué resplandor despide... ¿Tienes ahí el anteojo?

—Sí, señor.

—Dámele.

Y asestando al globo el anteojo, exclama:

—Es increible lo que veo; me parece distinguir en la parte inferior una especie de barco... No hay duda... ¿Será ilusion?... Toma, mira tú.

Contémplale Alfonso, y exclamó:

—Veo un hombre.

—Ya está explicado, añadió Thelismar soltando una carcajada; es sin duda el escita Abaris que va de viaje (*).

—No extraño la incredulidad de V., replicó Alfonso, porque yo, que lo estoy contemplando, apénas puedo creerlo. Pero aun hay más... ¡Dios mio, qué prodigio es este!... Ahora descubro claramente dos personas.

Al acabar esas palabras se estrega los ojos... cáesele el anteojo de las manos, y mira á Thelismar, quien inmóvil y atónito habia enmudecido. Breves minutos despues el globo, que cada vez se acercaba más, estaba ya encima de la pradera.

—Ya no puedo dudarlo, exclamó Thelismar; ese globo de oro y púrpura contiene vivientes... los distingo. ¡Oh prodigio incomprensible que confunde la razon! ¡Triunfo feliz del valor y de la industria!.. ¿Es posible que el cielo permita al hombre atreverse á poner ese inmenso espacio entre él y el elemento de que fue formado y en cuyo seno colocó su sepulcro?

De repente el globo que flotaba por los aires empezó á bajar con lentitud. Entónces distinguen en el resplandeciente barco que de él pendia dos figuras celestiales, dos damas.

—¡Gran Dios! exclama Alfonso. ¿Qué nueva ilusion es esta?... Apénas creo lo que veo... pero mi corazon no puede engañarme... no hay duda, es Dalinda.

Enajenado llama á voces á Thelismar. En aquel instante el globo y el barco tocan á la tierra. Thelismar exhala una penetrante voz; pálido, temblando, enajenado de alegría, y al mismo tiempo helado de asombro y pas-

(*) Segun los griegos, Apolo habia dado al filósofo escita Abaris una flecha, sobre la cual iba caballero por los aires.

mo apresura el paso. Dos damas le salen presurosas al encuentro, y le estrechan entre sus brazos. Alfonso fuera de sí llega corriendo, no atreviéndose á arrojarse á los piés de Dalinda; y el exceso de su turbacion y sobresalto le obliga á arrimarse á un árbol, porque las piernas le flaquean. En el primer arrebato de alegría tan intensa é impensada se olvidó el globo mágico, el barco y todo aquel prodigio; no veia Thelismar mas que á su esposa é hija, y su curiosidad estaba suspensa en fuerza del amor superior á todos los encantamientos. Alfonso, aunque testigo de esta tierna reunion, estaba léjos de disfrutar de un gozo sin mezcla de dolor; pues si bien contemplaba como encantado á Dalinda, disfrutando del delicioso placer de oir lo que hablaba y decir á Thelismar las expresiones más tiernas y cariñosas que el afecto de hija puede inspirarla, la misma escena le traia á la memoria el recuerdo de su padre, y comprendia que un solo remordimiento basta para emponzoñar la felicidad más pura. Pasada la primera alegría siguióse la admiracion y curiosidad, y Thelismar hizo varias preguntas á Dalinda y á su madre acerca del maravilloso modo con que salian á recibirle, á lo cual refirieron que usaron el globo aerostático despues de presenciar varias pruebas en que se convencieron de que no corrian riesgo alguno; que sabiendo el dia de su llegada, y contando con viento favorable, no pudieron resistir al deseo de causarle una admiracion que por otro lado apresuraba el instante de verle, y que estando alojadas en casa de un físico que aprestaba un globo, aprovecharon con ansia tan favorable ocasion para volar á los brazos de un esposo y de un padre amado. Tras tan corta explicacion se acercaron al globo para examinarle, haciendo en breves palabras una descripcion de los experimentos practicados en los jardines de la Muette y de las Tullerías. Enterneciόse Thelismar al oir el entusiasmo general producido por estas sublimes tentativas, la admiracion que la nacion tributaba al inmortal autor de este descubrimiento, y á los ilustres físicos á cuyo heróico valor debia la Francia aquel espectáculo tan nuevo y grandioso. Supo asimismo que los sabios participaban del entusiasmo general. Extrañó Alfonso que la emulacion no emponzoñase el triunfo del autor de tan brillante descubrimiento.

—Con un poco de reflexion no lo extrañarás, replicó Thelismar; siempre se recibe con gusto la luz que guia al fin que cada cual se propone; considera que un físico ó químico cuando hace algun descubrimiento abre un nuevo camino á los sabios, dándoles asunto para un sin fin de investigaciones útiles y curiosas, como tambien para muchas ideas nuevas, y proporcionándoles medios para distinguirse y adquirir fama. De cada descubrimiento sublime nacen otros mil brillantes; cada sabio sólo se ocupa de perfeccionarle y sacar de él todo el partido posible. Así, léjos de procurar dis-

minuir el mérito de la primera invencion, emplean su talento y genio en hacerla más útil y gloriosa.

—¡Me deja V. absorto! ¿Existe, pues, una carrera en que pueden los hombres, dirigiéndose al mismo fin, encontrarse y aun excederse sin odiarse? ¡Noble palenque, donde el vencedor es coronado por sus rivales, donde el triunfo de uno regocija á todos siendo para ellos un manantial inagotable de gloria! ¡Ah! ¿por qué los literatos no imitan ejemplo tan sublime?

—Deseas un imposible; no se puede negar un hecho probado, un descubrimiento sancionado por la experiencia y superior á toda crítica. Pero no sucede lo mismo con las obras de imaginacion. Por más que hiciera un autor no podria demostrar geométricamente que su obra era buena, y aun cuando lo repita cien veces en el prólogo, se puede sostener lo contrario: aunque fuera una obra maestra, el mal gusto y la mala fe se la criticarian siempre: de ahí nacen esas polémicas, esas amargas sátiras y enemistades que deshonran la literatura. En fin, el sabio nada escribe nuevo y luminoso que no sea útil á todos los demas, miéntras que el talento ó erudicion de un literato no sirven sino para su propia gloria.

Despues de esta breve digresion continuaron el viaje hasta Paris, donde llegaron á las diez de la noche.

Poco tiempo se detuvieron en esta capital, pues sin dilacion se encaminaron á Inglaterra. Miéntras permanecieron en Lóndres no les fue dable adquirir noticia alguna de don Ramiro, y pasaron á Buxton donde Thelismar les ofreció enseñarles una fuente, que por las virtudes fabulosas que se le atribuian deberia colocarse más bien en Sicilia ó en Grecia que en aquel condado.

—Afirman, dijo, que sus aguas sólo corren para los corazones constantes, y que todo enamorado culpable de infidelidad, por ligera que sea, no puede catarlas, porque al punto que se acerca se detienen. Há largo tiempo que oí contar esta patraña, que me recuerda la fuente Acadina, y la historia de Argyro (71).

Los guias le dirigieron varias palabras en inglés, idioma desconocido para Alfonso.

—Dicen, prosiguió, que estamos á cien pasos de la fuente, pero como la senda que conduce á ella está llena de maleza y guijarros, van á adelantarse para facilitarnos el camino; entre tanto descansemos un rato á la sombra de estos árboles, que ya nos llamarán cuando hayan despejado el paso.

Hiciéronlo así, y al cabo de medio cuarto de hora les avisaron y llegaron á la fuente.

—Voy, dijo riendo Thelismar á su esposa, á darte una prueba de mi

fidelidad, de la cual espero que nunca habrás dudado; ademas que esta hermosa fuente tan clara y abundante convida á beber, y así consiento gustoso en sufrir la prueba de una constancia perfecta.

Diciendo esto se acercó á la fuente y bebió dos ó tres veces.

—¡Que digan ahora, exclamó despues de beber, que los hombres son inconstantes! Ya habeis visto... Y tú, Alfonso, ¿no tienes sed?

—No, señor, respondió este sonriéndose; pero no tengo reparo alguno en beber.

—Ea, pues, llégate.

Al tiempo que iba á beber, le detuvo diciéndole al oído:

—¿Cómo te atreves á exponerte á la prueba? Acuérdate de Grecia y Zoé.

—¡Ah Thelismar, que cruel es V.!

—En fin, ya te has empeñado aunque temerariamente, y no es tiempo de desdecirte; es preciso que bebas.

En tanto que hablaban acercóse Dalinda, y temiendo Alfonso no oyese las chanzas de su padre determinóse á beber; se inclina, aplica la boca al caño, pero en aquel instante se detiene el agua. Confundido Alfonso quédase inmóvil sin hablar palabra. Dalinda se ruborizó sonriendo con cierto empacho, y Thelismar los contemplaba maliciosamente. En fin, tomando la palabra y dirigiéndose á Alfonso, dijo:

—Huye, profano, huye de esa agua sagrada.

—Esta fuente debe ser artificial; de lo contrario era imposible.

—Te afirmo que es muy natural.

—Á lo ménos lo parece; pero V., que posee tantos secretos maravillosos, sabrá sin duda alguno para detener cuando le plazca el agua de las fuentes.

—¡En efecto, seria un secreto estupendo!

—Le he visto á V. hacer otras muchas cosas tan prodigiosas.

—Sin embargo, esta excede los límites de mi poder: te afirmo que ninguna influencia tengo en esta fuente, y que el prodigio que te admira es efecto de la naturaleza. Esta noche procuraré explicártelo; entre tanto cédeme el puesto, que como tengo conciencia limpia le ocupo sin temor, á pesar de la desgracia que te ha sucedido. Repara como ahora vuelve á manar el agua.

En efecto, al acercarse brotó con ímpetu, y despues de gozar algun tiempo de su triunfo tomó á Alfonso del brazo, y todos juntos se alejaron de aquella fuente maravillosa (72).

No era Alfonso tan ignorante que se persuadiese del encanto de la fuente; al contrario, á fuerza de pensar en ello adivinó poco más ó ménos la causa de efecto tan singular; pero las chanzas de Thelismar le turbaron de

manera que durante el paseo no pudo recobrarse. Thelismar fingió no reparar en su tristeza y abstraccion, y por la noche, cuando estuvieron solos, le dijo:

—¿Notaste el rubor de Dalinda al observar que la fuente se detuvo cuando ibas á beber? Aquella turbacion me da á recelar que sospecha nuestros proyectos, y para desorientarla la he dicho...

—¡Cielos! ¿Qué le ha dicho V.?

—Que me consta que amabas á una hermosísima portuguesa.

—¿Es posible?

—Mezclé la verdad con la mentira, diciéndola que una hermosa doncella griega te causó alguna distraccion, y que por eso imaginé la burla de la fuente.

—¡Dios mio!... Y ¿qué ha dicho Dalinda?

—Me hizo una extraña pregunta: deseó saber el nombre de aquella griega, y nombré á Zoé.

—¡Es posible que tuviera V. la crueldad...!

—¡Cómo crueldad! Te aseguro que Dalinda me escuchó sin turbacion ni pesar, aunque atentamente y con extrañeza.

—¡Ah! bien temia yo su indiferencia... En vez de llamarle á V. cruel, sólo debo quejarme de mi desgracia.

—Es no ser consecuente: ya sabes que convinimos en que Dalinda nada debia sospechar.

—Sí, me ordenó V. ocultarla mi amor.

—Y hasta ahora estoy satisfecho de tu obediencia.

—¡Ah si V. supiese cuán doloroso esfuerzo me cuesta! Cuando me obligué á tan cruel silencio, todavía no conocia del todo á Dalinda. Há ya dos meses que la oigo y la veo á cada instante; V. me ha permitido aspirar á su mano, y con todo me obliga á callar.

—Es cierto que te la prometí, pero con condicion de que te harás digno de mi aprecio. El esposo de Dalinda no será un hombre vulgar.

—Si para aspirar á ese título es preciso nivelarse á ella, ¿quién será capaz de merecerla? Perdone V. mis quejas imprudentes. No puedo merecer el premio que V. se digna ofrecerme, pero á lo ménos para alcanzarle haré gustoso cualquier sacrificio: mande V., dígame: ¿qué exije de mí?

—Que sepas dominarte.

—De nuevo prometo á V. ocultar á Dalinda el amor que me abrasa, y que cada dia se acrecienta, si bien en realidad no puede ser más intenso...

—No basta: Dalinda tiene talento y penetracion; ve el afecto que te profeso, y si no te juzga novio de otra, no tardará en sospechar la verdad. Por

esto exijo que me jures no hablar delante de ella palabra que pueda disuadirla de la idea de que amas en Portugal.

—¿Quiere V. que la engañe?

—No por cierto; ya comprendes que nada te preguntará, y por consiguiente fácil te será disfrazar la verdad acerca de este punto. Estás enterado de cuanto la he dicho; sólo te pido que no me descubras, ni destruyas con indiscreciones la opinion que me mereces.

—Dalinda imagina que yo amo á otra. ¡Cielos!...

—Deja que lo imagine; yo lo pido, y espero que lo harás.

—¡Obedeceré, pero me despedaza V. el corazon!

—¡Qué expresion tan exagerada! ¿Acaso por eso podrá pensar Dalinda que eres inconstante? Lo que yo te ordeno no menoscabará su estimacion; luego ese exceso de dolor no es otra cosa que flaqueza.

Á cuyas palabras no pudo Alfonso reprimir las lágrimas. Thelismar le abrazó, y mudó de conversacion.

Desde Buxton acompañaron á Dalinda y su madre hasta las fronteras de Escocia (73), donde se separaron tomando estas el camino de Edimburgo y conviniendo en que morarian en casa de un pariente, antiguo bienhechor suyo que las esperaba con impaciencia, miéntras ellos recorrian la Irlanda. Esta separacion fue tanto más cruel para Alfonso cuanto que dejaba á Dalinda persuadida de su indiferencia, y al apartarse de ella le era preciso violentarse ocultando el dolor que le afligia; pero demostró valor y entereza; y temiendo manifestar su pensamiento, apénas se atrevió á mirar á Dalinda, diciéndola al despedirse lo puramente indispensable que la cortesía exige.

Luego que se halló solo con su amigo empezó á lamentarse; pero las alabanzas y elogios de Thelismar le consolaron en breve. Pusiéronse en camino para Irlanda, donde, entre otras cosas interesantes, visitaron un paraje que admiró sobremanera á Alfonso. En medio de un vasto desierto elevábase una soberbia columnata de basalto, que á Alfonso le parecieron las ruinas de alguna ciudad prodigiosa, pero su compañero le dijo que aquella era obra de la naturaleza.

Despues de recorrer la Irlanda regresaron á Escocia; Dalinda estaba en Inglaterra, y ellos se aprovecharon de esta circunstancia para visitar las islas comarcanas, leyendo diariamente con inexplicable gozo las melancólicas poesías de Osian. En la isla de Staffa se alojaron en casa de una buena anciana de noventa y cinco años que los interesó por su afabilidad y alegría; en tan avanzada edad conservaba todas las facultades intelectuales, andaba sin apoyo y poseia buena vista y excelente oído. Esto, que podria considerarse como un fenómeno, es sin embargo comun en aquellas islas.

Se encuentran bastantes centenarios que gozan de perfecta salud, la cual deben al trabajo, á la pureza de costumbres y á su vida sencilla. La buena anciana, rodeada por las noches de su familia, contaba historias de gigantes y apariciones, que un intérprete iba traduciendo á los viajeros, y en casi todas notaban el espíritu ó las ideas osiánicas. Dijéronles tambien que la anciana adivinaba lo por venir. Alfonso la consultó, y pronunció un larguísimo oráculo, que el intérprete tradujo así:

—No encontrarás la seguridad de tu dicha sino en una dilatada y maravillosa caverna sostenida en el mar por columnas de una materia preciosa, no pudiendo entrar en ella sino á consecuencia de un naufragio.

—Hé aquí un oráculo en toda regla, dijo Alfonso; oscuro en demasía, porque supongo que es en sentido figurado.

—Nada de eso, replicó el intérprete: la sibila afirma que existe la caverna, y ofrece conducirle á V. mañana á ella.

—¡Cómo! ¿Una caverna sostenida en el mar por columnas?

—Así dice.

—Y para penetrar en ella ¿es preciso naufragar?

—Manifiesta que no existe otro medio. Puede V. ir en una lancha, y hacerla zozobrar de cierto modo que arribe á la entrada de la gruta sin correr graves riesgos.

—Y ¿encontraré en ella la seguridad de mi dicha?

—Así lo predice.

—Pues bien vale la pena de intentarlo. Iré mañana.

En efecto, la buena anciana les condujo al dia siguiente á la gruta misteriosa, separándose de ellos en el momento que se embarcaron en el esquife.

Los intrépidos navegantes sólo pedian al cielo un feliz naufragio, deseo asaz moderado y que fue oido. Tan diestramente los condujeron que libraron con una récia sacudida y un poco de susto.

La caverna es vastísima y en sus paredes se encuentran grabados los nombres de los atrevidos exploradores que han penetrado en su recinto. En aquella ocasion leíanse diez y siete, y entre ellos siete de mujeres, lo cual admiró á nuestros viajeros. Alfonso empezó á quejarse de la hechicera en tono de zumba.

—Me engañó, decia: vengo buscando la dicha que me prometió, y no encuentro mas que un escollo.

—Es lo que sucede frecuentemente en la vida, responde Thelismar.

—No con V., pues á cualquiera que vaya con V. puede estar persuadido de que no le sucederá desgracia alguna.

Diciendo estas palabras entró en una especie de salon oscuro, y distinguiendo muy á lo léjos una brillante luz, dirigió á ella los pasos. Allí encontró un altar de la Amistad, adornado con flores inmarcesibles: una guirnalda de siemprevivas rodeaba un elegante roseton trasparente é iluminado, sobre el cual se leian estas palabras: *Thelismar promete solemnemente unir á Alfonso con Dalinda. Esta promesa escrita en el altar de la Amistad es irrevocable.*

Trasportado Alfonso de alegría y reconocimiento arrójase en brazos de su bienhechor.

—Sí, mi querido Alfonso, dice Thelismar; eres mi hijo. No puedes casarte con Dalinda sin el consentimiento de don Ramiro; pero cuando la veas, no te obligaré á ocultarla tu afecto.

—¡Oh padre mio! exclama el dichoso Alfonso: ¡aquí encuentro más que la seguridad de mi ventura! ¡encuentro la felicidad!

Cuando Alfonso vió á la buena anciana la hizo infinidad de regalos para ella y sus nietas, y ántes de dejar la isla copió una vista de la entrada de la gruta, con intencion de ofrecerla á Dalinda.

Desde allí se encaminaron á Islandia, visitaron á Schalholt, y pasaron á Geizer. Lo primero que en este agreste sitio admiraron fue una cascada natural de elevacion prodigiosa, pero les cautivó más un espectáculo nuevo y sorprendente.

—Vuelve los ojos á esta parte, dijo Thelismar, y mira aquellas soberbias columnas de rubíes, nácar y cristal que adornan esa inmensa llanura.

Vuélvese Alfonso, y advierte que en la extension de un vasto terreno sembrado de barrancos y peñascos se eleva una multitud de chorros de agua de diversos colores á distancias y alturas desiguales: unos eran de color rojo vivísimo, otros de una blancura deslumbradora, algunos de agua pura y cristalina, y casi todos parecian tocar en las nubes (74). No se cansaban de contemplar tan sorprendente espectáculo; asimismo admiraron otros fenómenos igualmente notables, y despues de registrar todas las curiosidades de la Islandia, dieron la vuelta á Inglaterra. Volvió Alfonso á ver á Dalinda, y con su vista olvidó los pesares de la ausencia.

La dicha de manifestar un afecto por tanto tiempo oculto en el fondo de su pecho y la sensibilidad de la amable Dalinda le resarcieron de cuanto sufriera. Dalinda, sabiendo que era amada hacia cinco años, conoció el supremo imperio que ejercian sobre su prometido el honor y el reconocimiento. ¡Cuánto se alegró entónces Alfonso de haber permanecido fiel á su palabra! A tan virtuoso esfuerzo debia el amor y la estimacion de Dalinda. Así es que un sacrificio puro nunca es trabajoso más que por un momento; de-

cidiéndonos á él con firmeza, colocamos un fondo precioso para el porvenir, que con el tiempo debe producir infaliblemente un tesoro.

Alfonso sufrió una pequeña contrariedad: su cuadro de la gruta de Staffa llegó echado á perder, por mal guardado; el papel estaba arrugado y roto en varios sitios, y dos agujeros abiertos en la pintura quitaban toda esperanza de componerle. Alfonso intentó quemarle, pero Thelismar se opuso, llevándosele á su habitacion. Quince dias despues se presentó á Alfonso.

—Toma, hijo mio, dijo, ya puedes entregar tu regalo á Dalinda.

Y le mostró el cuadro de la gruta, en lienzo, tan perfectamente restaurado, que parecia salir de las manos del pintor.

—¿Por qué milagro, preguntó Alfonso, ha podido esta pintura trasladarse á un lienzo?

—Lo mismo la trasladaria si estuviera en madera ó al fresco en una pared.

—¡Qué prodigio de paciencia! ¡Qué milagrosa habilidad!

—En esto, como en otras varias cosas, mi único mérito es poseer las más ingeniosas invenciones de la industria humana, lo cual es á veces bastante para pasar por hombre maravilloso. Por esto puedes juzgar cuán sorprendente es la industria por sí misma. ¡Qué famoso argumento contra esos pretendidos filósofos que se esfuerzan en rebajarnos á la condicion de los brutos!

—Preciso es confesar que se necesita demasiada estupidez para no instruirse, á fin de apreciar y comprender todas esas maravillas del arte y fenómenos de la naturaleza.

Justa era esta reflexion de Alfonso, y mi narracion, queridos hijos, debe inspiraros la misma emulacion. Salió Thelismar de Inglaterra para Suecia. Despues de tantos trabajos y largos viajes alcanzó al cabo la dicha de regresar á su patria, abrazar á su familia y amigos y al virtuoso Zulaski, en cuya casa se alojó en las islas Terceras, y que fue arrojada tan milagrosamente al medio del mar. Supo con indecible gozo que la piedad filial de aquel buen hijo le convirtió en objeto de la admiracion pública; que su soberano le colmó de beneficios; que siéndole fiel la jóven á quien amaba era ya su esposa, y se consideraba completamente feliz. Deseoso de conocer á su familia fué á visitarle; le halló sentado entre su padre y esposa, y teniendo en los brazos á su hijo apénas de edad de dos años.

—¡Oh Zulaski, le dijo, qué dicha puede compararse á la de V.! Esa esposa, ese niño que V. ama, fortuna, reputacion, todos los placeres que ahora disfruta, su gloria y felicidad, todo lo debe á la virtud. Esa dicha es tanto más pura, cuanto que no excitará envidias; las prendas del entendimiento codiciadas por todos granjean al que las posee más enemigos que admira-

dores, pero las que nacen del corazon consiguen la aprobacion general. Y ¡qué no debe V. esperar de ese hijo, tierno objeto de sus más lisonjeras esperanzas! Para hacerle conocer la extension de las sagradas leyes de la naturaleza, para hacerle digno de su padre, basta referirle la historia de V.

Cada vez más inquieto Alfonso acerca de la suerte de su padre, y conservando todavía la esperanza de encontrarle en Rusia, manifestó á Thelismar que estaba resuelto á emprender el viaje de Petersburgo. Conociendo este cuán grande seria el dolor del jóven si el último paso fracasara, no quiso abandonarle y partió con él. Hallaron en Petersburgo á Federico, aquel antiguo amigo de Thelismar que vieron en la isla de Policandro, quien les dijo:

—Parece que estoy destinado para enseñar á VV. y ver en su compañía cosas extraordinarias. Si gustan acompañarme los conduciré á un palacio de cristal.

—Ya sabemos, interrumpió Alfonso, que V. da ese nombre á una cueva formada por la naturaleza.

—Pues esta vez, replicó Federico, no es así, porque van VV. á ver un verdadero palacio de cristal, construido por hombres, y segun las reglas de arquitectura más perfectas.

No persuadió con esta afirmacion á Alfonso, por lo cual encaminóse con ellos á aquel maravilloso palacio. Cuando le divisaron, prorumpió Alfonso en una exclamacion de asombro al ver en efecto un palacio trasparente construido con sumo gusto, al parecer de cristales de varios colores.

—Acerquémonos, dijo Federico; la admiracion de V. empieza ahora: observe con cuidado esa batería.

—¡Qué veo! exclamó Alfonso. ¡Cañones de cristal!

En aquel momento rompió una brillante música.

—Esa armonía, prosiguió Federico, sale del palacio encantado: la entrada está franca. ¿Tendrá V. valor para penetrar en un local cuyos habitantes deben ser hechiceros?

—Seguramente, respondió Alfonso, estoy ya harto familiarizado con ellos para temerlos.

Y atravesando los brillantes pórticos del palacio, guiado por los melodiosos ecos de una música celeste, llegó á un magnífico salon, cuyas columnas y paredes idénticas al resto del palacio estaban adornadas con guirnaldas de rosas. Varias arañas de cristal colocadas en los ángulos del salon contenian un sin número de luces, que reflejándose producian una claridad que deslumbraba; pero lo que más llamó la atencion de Alfonso fue la hermosura de las damas que allí halló. Fácilmente las juzgó deidades: sus ves-

tidos eran semejantes á los con que pintan á Calipso, á las ninfas de Diana, Aretusa ó la hermosa Atalanta, y los adornos se componian de mantos de armiño y marta prendidos con broches de diamantes; en este traje su belleza y gracia ofuscaban el resplandor de la brillante mansion que habitaban.

Antes de salir Alfonso del palacio supo que los hielos del rio Neva habian suministrado los materiales para su construccion (75).

—¿Cómo, mamá, exclamó César, un palacio de hielo?... ¿Es eso verdad?

—No lo dudes.

—Y ¿cómo no se derretia estando lleno de luces?... ¿De dónde sacaron un hielo tan grueso y en tanta cantidad? Ademas que V. nos ha dicho que era de varios colores.

—Mis notas responderán á tus preguntas.

—¡Cuánto deseo recorrerlas!... Razon tenia V., mamá, en asegurar que ningun cuento de encantadores es tan maravilloso; pero prosiga V. si gusta, que no la interrumpirémos más.

—Es ya tarde, replicó la marquesa; mañana darémos fin á la historia de Alfonso.

VELADA VIGÉSIMA PRIMERA.

Al dia siguiente prosiguió la señora de Clemira la lectura de su manuscrito en estos términos:

Todas las pesquisas de Alfonso relativas á su padre fueron tan inútiles como las que practicó en Inglaterra. Oprimido de dolor halló en el afecto de su generoso bienhechor los únicos consuelos que podia esperar.

—No debes casarte, le dijo, sin el consentimiento de tu padre; tu obligacion y las leyes te lo prohiben: es preciso, querido Alfonso, que te sujetes con valor á tu destino. Has hecho por tu parte lo posible para encontrar-

le; ahora es preciso que esperes con resignacion el tiempo en que las leyes te permiten disponer de tí mismo. Hasta entónces estarás separado de Dalinda, y no la volverás á ver sino cuando recibas su mano. Ocuparás en Suecia la casa en donde moré ántes de mis viajes, á la cual voy á conducirte, volviéndome á Stokolmo con mi familia. Aunque separados, vivirémos en la misma nacion y seguros de reunirnos para siempre dentro de dos años.

—¡Ah! exclamó Alfonso. ¡Qué destierro! ¡qué separacion! Pero á lo ménos Dalinda tiene noticia de mi amor, y me consolará la idea de que merezco su compasion!... Á todo me someto y ¡ojalá que las penas que voy á padecer sirvan de expiacion de las culpas de mi mocedad! ¡Quiera el cielo dolido de mi arrepentimiento volverme un padre que tantas lágrimas me cuesta!

Salieron en seguida de Petersburgo, y Alfonso pasó al retiro que le destinaban, el cual era un antiguo castillo situado en un despoblado en las inmediaciones de Salseberitz.

—¡Con que esta es, dijo Alfonso, la soledad en donde debo pasar dos años! Á no ser por el cruel recuerdo de mis culpas y de mi padre toleraria con valor tan rigoroso destierro. Pero ¡solo, sin más compañía que mis remordimientos!...

—Conserva ese justo arrepentimiento; pero no te dejes abatir por la tristeza: ocúpate en perfeccionar los conocimientos que te he enseñado. Recuerda que en otro tiempo te prometí un tesoro que ahora te hallas en estado de apreciar. Repara en aquel estante: allí está, querido Alfonso, la obra inmortal que acabará de manifestarte los secretos de la naturaleza. Aun te acompañaré algunos dias, y visitando estas inmediaciones, hallarás en ellas objetos dignos de excitar tu curiosidad.

Al dia siguiente tomaron un coche muy de mañana: Thelismar le prometió un paseo divertido, pero Alfonso estaba demasiado abstraido con su pesar para esperar motivos de distraccion. Despues de caminar cerca de tres millas llegaron á un sitio árido é inculto, rodeado de ásperas montañas.

—Apeémonos, dijo Thelismar, y prosiguió: Si no conociese tu valor, Alfonso, no te condujera á este desierto, porque vamos á emprender una aventura harto peligrosa. ¿Adviertes entre esos peñascos varias cimas? Pues ahora por ellas descenderémos hasta el centro de la tierra.

Á cuya sazon acercáronseles dos hombres de horrible aspecto. Llevaban largas túnicas de color oscuro, los brazos desnudos, y cada cual una antorcha.

—Estos son nuestros guias, dijo Thelismar: ahora nos separamos, pero abajo nos volverémos á ver.

Y se aleja con una de aquellas visiones siguiendo Alfonso la otra, que camina delante sin hablar palabra. Á corta distancia se halla al borde de una sima; detiénese, y advierte á la entrada una barquilla suspendida en el aire. Salta á ella su guia y él le imita con intrepidez. Entónces el conductor hace resonar el abismo con una lúgubre voz, sepultándose al punto la barca como si una mano invisible la precipitase en el oscuro centro. Ya sólo divisa Alfonso el cielo como un punto imperceptible: de allí á poco desaparece, y en breve únicamente descubre á su extraño camarada, cuya figura le recuerda la del ceñudo barquero de los infiernos.

Al cabo de un cuarto de hora empieza Alfonso á extrañar lo largo del camino y la inmensa profundidad de aquel precipicio: á su alrededor varios torrentes impetuosos que se precipitan con estrépito le recuerdan los formidables rios del Tártaro. Crece su curiosidad y asombro; un presentimiento le sobrecoge y conturba... Siéntese enternecido, no acertando á explicarse lo que pasa en su pecho. Párase al fin la barca, y salta de ella apresuradamente. En aquel instante se le acerca Thelismar, y andando un corto trecho advierte un resplandor que le deslumbra: á pesar de que la novedad de los objetos le embarga la accion, adelántase hasta un extenso y soberbio salon de plata, sostenido por columnas del mismo metal, y rodeado de cuatro espaciosas galerías... Un arroyo de agua cristalina lo atraviesa, y alumbra tan suntuoso edificio una infinidad de lámparas y hachones. Todo es brillante y deslumbrador en aquellas regiones subterráneas. Las luces reflejan multiplicándose en la plata de las paredes y bóvedas por todas partes y en las aguas puras y cristalinas que atraviesan el salon. Penetran en las galerías y encuentran multitud de personas ocupadas en varias faenas. A lo léjos descubre Alfonso casas, ve pasar caballos, carros, y su admiracion llega al colmo reparando en un molino de viento.

—Mamá, interrumpió Carolina, ¿una ciudad de plata debajo de tierra, y en ella caballos, carruajes y un molino de viento?

—Todavía existe tal como acabo de pintarla; pero dejadme acabar y no me interrumpais.

Volvieron á las galerías, mas en el instante de entrar estremécese Thelismar, y advirtiendo que las luces se iban apagando, levanta la cabeza y ve en lo alto una especie de niebla blanquecina. Al punto asiendo á Alfonso por el brazo oblígale á tenderse boca abajo, al tiempo que un clamor terrible y general hacia retumbar las bóvedas del subterráneo; apáganse las luces, y á la más brillante iluminacion suceden espantosas tinieblas. Un profundo silencio aumenta el horror de aquella tenebrosa escena, hasta que en breve se oye un estampido semejante á un cañonazo. Entónces todos se le-

vantan del suelo diciendo que pasó el peligro. Vuelven á encender las luces, y Thelismar dice á Alfonso:

—La muerte ha pasado sobre nosotros. Tal es el formidable riesgo á que se está expuesto á menudo en estos profundos abismos, labrados por la humana codicia. ¡Ah! no es este pueblo infeliz privado de la luz del sol quien disfruta los tesoros que arranca del seno de la tierra. La pobreza les obliga á bajar en vida á este funesto sepulcro. En medio de las riquezas que los circundan hasta carecen de lo necesario; se consagran al trabajo más penoso, destruyen su salud y apresuran el término de una vida infeliz.

—¡Cielos! interrumpió Alfonso. ¡Cuánto compadezco á estas desgraciadas víctimas (76)! Pero ¿qué sucederá allá abajo? ¿No ve V. la gente que corre?

Acercándose para informarse toparon un hombre que les dijo que cuando el vapor mefítico se esparciera por el subterráneo hirió á un trabajador que tardó en matar la luz, por lo que acudian á socorrerle.

—Aquí tengo, dijo Thelismar, un frasquito que podrá serle útil; vamos pronto.

Y penetrando por el corro se acercan al herido, quien yacia sin sentido.

—Está muerto, dijo uno de sus compañeros.

Penetrado Alfonso de compasion se acerca, mira... se estremece... vacila... retrocede, se arroja á él... vuelve á contemplarle como espantado. La sangre se le hiela, erízansele los cabellos, y como herido por un rayo cae desmayado sin proferir una palabra junto al desventurado, cuya vista ha producido en él tan terrible conmocion.

Acude Thelismar á socorrerle; encarga el herido á los que le rodean, entregándoles el frasquito y su bolsillo, y traslada á Alfonso á otra galería. Al cabo de un cuarto de hora hace este un movimiento abriendo los ojos y exhalando un doloroso quejido. En su semblante desencajado se retrata la más horrible desesperacion. Finalmente exclama:

—¡Mi padre!... ¡es él! Es mi padre... Bárbaros, volvédmele... Quiero que me lleven á su lado... volverle á ver... morir con él... ¡En qué sitio, en qué estado le encuentro! ¡Ha muerto! Y ¡yo aun vivo! ¡Yo gozaba de la luz del dia y mi padre gemia en este espantoso abismo!... Déjeme V., prosiguió desviando á Thelismar con aire feroz, déjenme todos; huyan de un mónstruo indigno de ver la luz. Renuncio al mundo, á la dicha, á la vida: esta sima será mi sepulcro. ¡Ay de mí, ya es el de mi desgraciado padre!... Á lo ménos la muerte nos reunirá...

Y exclamando de este modo con voz interrumpida hacia vanos esfuerzos por desasirse de los brazos de su amigo.

—Detente, le decia Thelismar, detente, Alfonso. ¿No conoces ya á tu amigo, ó no atiendes su voz?

—¡No veo mas que á mi padre; no oigo sino los gritos de la naturaleza que clama en mi corazon despedazado!

—Sosiégate, repito; tranquilízate si puedes un solo instante, y escúchame. Si una semejanza engañosa no te ha alucinado, todavía puedes conservar esperanza.

—¡Cielos! ¿Vive todavía?

—Y su herida tal vez no sea peligrosa.

—¡Dios mio! exclamó Alfonso arrodillándose y alzando los brazos al cielo. ¡Dios mio! ten piedad de mis remordimientos y desesperacion; vuélveme á mi padre... Corramos, amado Thelismar, lléveme V. á verle.

—No; suspendamos esa visita que podrá ocasionarle fatales resultados.

—Pero ¿me asegura V. que vive?

—Sí, y te afirmo que sólo tiene una herida. Mandé que tan pronto como volviese en sí le sacasen del subterráneo, y ya se lo han llevado.

—Con que ¿recobró el sentido? ¿Habló? Thelismar, ¿me engaña V.?

—Si no me das crédito pregunta á los trabajadores, que yo voy al punto á cuidar de él, porque dispuse que le trasladaran á casa.

—¿En casa... mi padre? ¡Es posible!

—Le han llevado en nuestro mismo coche.

—¡Ah! vamos corriendo; no tardemos.

Inmediatamente, acompañados de los guias, salieron del subterráneo, dirigiéndose á pié al castillo, si bien á la mitad del camino hallaron un criado que les traia caballos. Hízole Alfonso mil preguntas acerca de su padre, pero nada cierto pudo averiguar. Sus dudas volvieron á renacer, y la inquietud que le devoraba era tanto más insoportable cuanto no se atrevia á manifestarla á Thelismar. Llegaron por fin á la casa: en vano quiso acompañarle á la estancia del enfermo.

—No podrias contenerte, dijo Thelismar; si es tu padre, mañana te llevaré á sus piés; pero dáme lugar para prepararle.

Precisado Alfonso á obedecer pasó el dia en indecible desasosiego. Finalmente, no pudiendo resistir más tan cruel incertidumbre, decidióse á penetrar aquella noche en el cuarto de su padre, sin que Thelismar lo advirtiese. En efecto, cuando este se acostó, encaminóse allá, y como sabia el que ocupaba y que podia entrar sin ser visto, abre con tiento la puerta y avanza con paso trémulo, oyendo en aquel instante la voz de don Ramiro. Enajenado y fuera de sí párase á escuchar; pero ¡cuán grande fue su dolor al conocer que estaba delirando!

—¡Alvarez! exclamaba el infeliz. ¡Alvarez! ¡Acude á sacarme del horroroso abismo en que me has precipitado!... ¡Compadécete de mis penas! ¡Mírame con piedad!... Pero ¿qué digo? ¿Acaso podrá penetrar tu vista desde las celestiales moradas que habitas hasta el centro de este abismo? ¡Oh! ¡Qué horroroso es!... Por todas partes veo la tumba de tu esposa é hijo... ¿No cesarán de perseguirme sus sombras pálidas y amenazadoras?... ¡Oh Dios! ¡qué veo! ¡Alvarez! tu hijo pone un puñal en la mano del mio... Alfonso se encarga de tu venganza, y quiere traspasarme el pecho... ¡Detente, hijo mio! ¿Eres tú quien debe castigarme?... ¡Hijo mio! me das la muerte... me abandonas... ¡Ah, vén á lo ménos á recibir mi último suspiro!...

Al oir esas palabras Alfonso, cuya desesperacion era una locura, corre á los brazos de su padre... En aquel punto Thelismar, que le habia seguido, precipítase corriendo á él, y á pesar de sus gritos y resistencia le arrastra fuera.

Llegó por fin el médico, y aunque halló á don Ramiro más sosegado, nada osó decir hasta ver el efecto que producian los remedios ordenados; mas recobrando don Ramiro el conocimiento al amanecer, aseguró que estaba ya fuera de riesgo. El exceso de la alegría de Alfonso al oir esta nueva igualó al del dolor que hasta entónces le atormentara. Con la esperanza de conservar á su padre recobró tambien su ternura y obediencia á Thelismar. Hacia ya algunas horas que este observaba por primera vez á Alfonso injusto, violento é intratable; pero tranquilo ya acerca del estado de su padre, volvió á ser sumiso, juicioso y más afectuoso que nunca con su bienhechor.

Cuando supo don Ramiro el nombre de su huésped hizo una exclamacion, y preguntó por Alfonso: ya no fue posible demorar la entrevista. Thelismar fué á buscarle conduciéndole á su presencia, y Alfonso bañado en lágrimas se arroja de rodillas junto al lecho de su padre que le tiende los brazos.

—¡Oh padre mio! exclama. ¡Oh amado autor de mi vida! ¿Es posible que vuelva á verle?... Y ¿se digna recibir en sus brazos á un hijo ingrato? ¡Ah! sin duda lee en mi corazon el arrepentimiento, dolor y ternura... ¡Padre mio! Desde hoy consagro á V. mi vida; no la deseo sino para reparar mis yerros, para hacerle á V. feliz y obedecerle. ¡Háblame V.! ¡Oiga yo el sonido de esa voz que tanto reverencio!... El perdon que imploro pronunciado por ella me volverá el sosiego y felicidad de que sin V. carecia.

—¿No es ilusion? dijo al cabo de un rato don Ramiro. ¿Es este Alfonso, es mi hijo el que estrecho entre mis brazos?... No, no atribuyas á nadie la

causa de tus culpas y de mis infortunios. Pero el cielo se apiada, puesto que nos junta. Te vuelvo á ver, y olvido todos mis pesares.

La debilidad le impidió hablar más; perdió el color, y reclinó la cabeza sobre el hombro de su hijo, quien asustado levantóse apresuradamente y llamó al médico, el cual le aseguró que no habia riesgo, aunque recomendando al enfermo guardar silencio.

Esa circunstancia retardó algo la convalecencia; no obstante, al cabo de cuatro dias pudo levantarse. Entónces Alfonso le refirió cuanto le habia sucedido: don Ramiro manifestó á Thelismar su gratitud, y una vez restablecido deseó tambien contarle su historia en presencia de su hijo. Confesó francamente sus yerros, sin ocultar la historia de Alvarez, el virtuoso ermitaño portugues que encontró en Monserrate, y llegado á la fuga de Alfonso prosiguió en estos términos:

—La huida de mi hijo me penetró de un dolor tanto más vivo, cuanto que la consideraba como justo castigo del cielo y efecto de las maldiciones proferidas en otro tiempo contra mí por un padre desgraciado. ¡Ah! me decia, ¡qué justos y rectos son los decretos de la Providencia! Abusé de riquezas y privanza, y el cielo me priva de uno y otro. Mi detestable ambicion arrebató al infeliz Alvarez una esposa y un hijo. La divina venganza me separa del único bien que estimo en más que todos los otros... Mi hijo, mi esperanza... ¡Alfonso me abandona!... Y agobiado por tal cúmulo de desgracias, ni siquiera puedo quejarme, porque no es la suerte, sino yo mismo quien las ha ocasionado. Veíame precisado, aun deplorando mi desgracia, á admirar la justicia del cielo que me perseguia.

Despues de minuciosas informaciones supe que mi Alfonso habia tomado el camino de Cádiz, pero no pude seguirle tan pronto como deseaba y pensé. Detuviéronme en Granada seis semanas unas violentas calenturas, al cabo de cuyo tiempo, aunque persuadido de no alcanzarle, persistí en pasar á Cádiz con la esperanza de adquirir noticias. Segun las señas que dí en la posada de Loja y las respuestas del huésped, supe de cierto que Alfonso permaneció allí algunas horas. Pedí el mismo cuarto, registrándole curioso y sobresaltado, y encontrando debajo de una mesa un papel con algunos versos portugueses, en los cuales estaba repetido por tres veces el nombre de Dalinda como tambien en la pared, y reconociendo la letra de Alfonso, fija mi atencion en esta circunstancia, escribí ese nombre en el libro de memorias, informándome al llegar á Cádiz de entrambos. Nadie de cuantos pregunté recordaban los nombres, y sólo averigüé que un jóven portugues, que ocultaba con gran cuidado su nombre y calidad, permaneció allí diez dias en compañía de una jóven, al parecer robada, y que en seguida pasa-

ron á Francia con ánimo de establecerse. No dudé que mi hijo fuese el raptor y la jóven Dalinda, de la cual le sospechaba enamorado: así, resolví pasar á Francia, y volviendo ántes á Lisboa para cobrar mi pension, al punto me dirigí á Paris. Despues de largas pesquisas y trabajos conseguí encontrar á los fugitivos, cuyas señas me dieron en Cádiz; y el fruto de tantos afanes fue hallarme con dos personas absolutamente desconocidas.

Hasta entónces conservé la esperanza de hallar á mi hijo; pero desvanecida ya, me desanimé y entristecí de tal modo, que determiné abandonar el mundo, sepultándome en la misma soledad que el virtuoso Alvarez habitaba. Llegué á Monserrate, acudí á la ermita; pero ¡infeliz de mí! aquel venerable anciano tocaba ya el término de sus trabajos. Sin embargo de su estado y padecimientos me recibió con la afabilidad é inalterable blandura que le caracterizaban. Le manifesté mi desgracia, y escuchóme enternecido, diciendo:

—¡Cuánto me alegrara que hallases en este pacífico asilo alivio á tus males!... Si deseas establecerte en esta gruta, en breve la poseerás solo... ¡Pluguiera al cielo que del mismo modo que te la cedo me fuese posible dejarte tambien la tranquilidad que disfruto.

Tal fue la acogida que me hizo Alvarez, la cual me obligaba á admirar cada vez más virtud tan perfecta. Léjos de aumentar su presencia mi turbacion y remordimientos, cuando hablaba con él me hallaba más tranquilo y servíame de inexplicable satisfaccion oirle, contemplarle y servirle; cada instante acrecentaba mi afecto, y anhelaba prolongar sus dias aunque fuese á costa de los mios. No le referí al principio mis desgracias por extenso, solamente le dije que abandonado por Alfonso le habia buscado en vano por Francia; pero instándome Alvarez despues para que le refiriese más detalladamente este suceso, le hablé de los versos portugueses encontrados en la posada de Loja. No bien pronuncié el nombre de Dalinda, cuando dijo:

—Saca de aquel armario el libro en donde há diez años voy anotando los nombres de cuantos forasteros han visitado esta ermita.

Ejecuto lo que ordenaba, y lee la nota siguiente:

«Hoy 20 de junio ha venido una familia sueca; el padre, que se llama Thelismar, habla bastante bien el portugues, y posee notable instruccion y modestia: vuelve de Portugal á Cádiz, desde donde pasa al Africa. Su hija es sumamente hermosa y modesta: instada por el padre para que me enseñase algunos dibujos, me mostró una cartera con varios paisajes copiados del natural; uno solo hay hecho de memoria, y es precisamente el más perfecto. Representa la Fuente del amor en la provincia de Beira. La hermosa doncella se llama Dalinda.»

Esta nota aclaró mis dudas, produciéndome la primera satisfaccion desde la fuga de Alfonso. Todavía me restaban crueles inquietudes, pero á lo ménos ya tenia indicios ciertos que infundian esperanzas de encontrar á mi hijo. Supe tambien que Thelismar pensaba viajar cuatro años ántes de regresar á su patria.

—Por tanto, prosiguió Alvarez, si tu hijo le acompaña, no puedes verle hasta de aquí á dos años; pero sólo en Suecia podrás adquirir noticias ciertas.

—No, Alvarez, interrumpí; no, yo no abandonaré á V. en el estado en que se halla. V. alberga á su perseguidor, le aconseja, consuela y permite servirle y aliviarle. Tanta magnanimidad, al par que aumenta mi arrepentimiento, atenúa el gran terror que me inspiraban los remordimientos. Al considerar que ya no está V. irritado contra mí, me parece que Dios aplaca tambien su ira. Solamente la religion puede proporcionar la sublime piedad que V. me manifiesta; pero si su corazon abrigara lo que el mio... aun me atreveria á esperar la proteccion del cielo.

Pronunciando esas palabras el llanto inundaba mi rostro, y Alvarez, mirándome enternecido, dijo:

—Si mi amistad puede disminuir tus infortunios y calmar la cruel agitacion de tu alma, recobra el contento. Yo admito tu cuidado, tus socorros; tu mano, sí, la mano de don Ramiro cerrará los ojos de Alvarez.

El virtuoso anciano lloraba, y harto comprendí el doloroso recuerdo que le atormentaba. ¡Al tiempo que me aseguraba de su amistad, acordábase de su hijo!. La noche siguiente á esa conversacion, sintiéndose más incómodo que de ordinario, se levantó, y apoyándose en mi brazo fué al jardin, en donde se sentó. Los rayos de la luna iluminaban su rostro, aumentando su palidez, la suavidad de su fisonomía y la augusta serenidad retratada en su frente. Alzó ojos y manos al cielo, mantúvose en esta postura inmóvil y como extasiado largo rato, y despues volviéndose á mí:

—¡Oh tú, dijo, que tres meses há me tributas todo el cuidado que podria esperar del hijo más amante, recibe en fin cuanto te puedo dejar... mi bendicion paternal!

—¡Oh padre mio, exclamé arrojándome á sus piés, amado padre! ¿Qué me anuncia V.?

—Sí, replicó Alvarez con voz débil, vas á perder un padre que la religion te habia dado: dentro de un instante, hijo mio, compareceré delante del Sér supremo, cuyos más sublimes atributos son la clemencia y bondad. ¡Oh Dios, prosiguió arrodillándose junto á mí, mi criador y mi juez! Ya me hallo próximo al tremendo instante en que el más virtuoso debe temer tu justicia; pero confio en tu misericordia. ¡He sabido perdonar!...

¡Mira en qué brazos espiro!... ¡por quién corren mis lágrimas!... ¡á favor de quién te imploro! Escucha, Dios mio, los ruegos de don Ramiro. Su alma no está corrompida, es sensible y puede elevarse hasta tí. Acaba de purificar su corazon y de abrir sus ojos. Vuélvele su hijo, y con él la paz y la felicidad. ¡Dígnate oir la postrer súplica de Alvarez!

Al terminar esas palabras reclinó la cabeza en mi pecho y mis lágrimas bañaron su rostro venerable. ¡Infeliz de mí! ¡Acababa de recibir su último aliento! Ya no existia. Experimenté con su pérdida toda la amargura que puede causar la muerte del padre más amado y digno, y sin embargo, empezaba ya á gozar de los felices frutos de la solemne bendicion que me habia dado. Al acordarme de sus últimas palabras, ya me parecia que no era víctima destinada á los rigores del cielo: las más lisonjeras esperanzas desterraban de mi pecho los funestos presentimientos que ántes me inspiraban mis delitos.

En el recinto de la humilde morada de Alvarez, al lado de una fuente, á la que prestaban sombra unos olivos, abrí con mis manos la sencilla tumba que debia contener los helados restos del más virtuoso de los hombres, y cumplido tan sagrado deber sólo pensé en dirigirme á Suecia. Como para emprender tan largo viaje necesitaba dinero, escribí á Portugal suplicando me adelantasen dos años de pension exponiendo los motivos que á ello me obligaban, y fui atendido. Visité por última vez el sepulcro de Alvarez, regando con mis lágrimas la yerba y las flores que sobre él crecian. Y salí de España para Suecia. Mi primer cuidado al llegar á Stokolmo fue informarme de si Thelismar estaba de vuelta; dijéronme que aun tardaria un año, que su esposa é hija habitaban una quinta inmediata á Salseberitz; y cuando me disponia para visitarlas, supe que llegaria en breve un amigo íntimo de Thelismar llamado Federico, que viajó algun tiempo en su compañía. Resuelto entónces á hablarle, permanecí en Stokolmo aguardándole algunos meses, al cabo de los cuales llegó, le hablé sin darme á conocer, haciéndole varias preguntas acerca de Thelismar, y supe con entera certeza que Alfonso vivia y que la Providencia le habia colocado bajo la custodia de un hombre sabio y virtuoso.

Enterado ya de su paradero, sentí más que nunca su abandono, porque ignoraba su arrepentimiento y dolor, como tambien que me hubiese escrito. Sola una vez volví de paso á Lisboa desde que me abandonara, y ninguna á la provincia de Beira, por lo que sus cartas se habrán sin duda extraviado. No pudo decirme Federico en qué parte del mundo se hallaba entónces Thelismar, por lo cual determiné dirigirme á Salseberitz; mas no encontrándole, ni á la hermosa Dalinda, que tanto deseaba ver, ni á su madre, averigüé

que viajaban y volverian con Thelismar. Pasé luego á esta quinta, preguntando á los criados, quienes me aseguraron que Thelismar habia vivido siempre en ella y le esperaban dentro de tres meses, por lo cual me establecí en Salseberitz, permaneciendo oculto y desconocido. Mi proyecto era presentarme á mi hijo tan luego como llegase, y segun el efecto que en él produjera esta entrevista, permanecer á su lado ó abandonarle para siempre, yendo á acabar mis tristes dias junto al sepulcro de Alvarez.

Entre tanto no llegaba Thelismar; más de un año pasé en tal incertidumbre, que cada dia era más insoportable. Iba á escribir á Portugal para dar noticia del punto de mi retiro y que me remitiesen la pension, cuando me asaltaron unas calenturas violentas que me privaron de razon, miéntras el traidor criado huia llevándose cuanta ropa y dinero me restaban. Ocultóme el huésped por compasion tal suceso hasta mi completo restablecimiento, y al saberle me resigné con paciencia considerándole como otra expiacion de mis culpas. Esta idea me alentó, y conocí que la mansa y piadosa resignacion presta más auxilios á los infelices que la esperanza misma. Escribí á Lisboa, y miéntras aguardaba la respuesta, que aun no he recibido, solicité trabajo en las minas de plata, y he vivido tres meses en aquellos profundos subterráneos.

No bien terminó don Ramiro la narracion, cuando Alfonso, cuyo llanto le interrumpió varias veces, se arrojó á sus piés prodigándole las frases más tiernas que el arrepentimiento, la gratitud y el amor pueden inspirar á una alma noble y sensible. Don Ramiro en el colmo de la dicha le estrechaba entre sus brazos, bañándole con sus lágrimas, y Thelismar conmovido los contemplaba en silencio.

Á los pocos dias partieron todos á Stokolmo, donde fue presentado Alfonso á la amable Dalinda, recibiendo su mano, justificando con su conducta y virtudes la eleccion y afecto del generoso Thelismar; reparó sus culpas con ilimitada sumision y cariño para con su padre, de quien nunca se separó, fundando su gloria y felicidad en cumplir fielmente con las obligaciones de la naturaleza, gratitud y amistad, haciendo felices á su padre, bienhechor y esposa.

—¡Cómo! dijo Carolina como apesadumbrada. ¿Se acabó ya la historia de Alfonso?

—Y la velada tambien, replicó su madre levantándose.

Esa respuesta puso término á las observaciones, retirándose todos.

Al dia siguiente preguntó la marquesa á sus hijos si habia cumplido la

promesa de componer un cuento tan maravilloso como los de encantamientos, y cuyos prodigios eran verdaderos.

—Sí, señora, respondió Carolina; y pues en la naturaleza existen cosas tan extraordinarias y curiosas, desde hoy la aseguramos no buscar en los cuentos de hadas las maravillas que tanto nos agradan.

—Cuando leais libros instructivos sabréis otra infinidad de cosas tan admirables como estas. Si yo hubiese empleado todos los datos que reuní formaria la historia de Alfonso un tomo en fólio, aunque tambien más amena, porque para abreviarla suprimí descripciones, relatos, fenómenos curiosos, á pesar de no admitir para la composicion sino hechos comprobados, omitiendo los que me parecieron dudosos. Entónces os hablara de un lugar cuyos habitantes se vuelven locos á la edad de diez y ocho años; de una fruta de Virginia que al comerla se padece un delirio por tiempo determinado, de otro fruto exótico que da memoria y talento y que convirtió en seis meses en doctor hábil á un ignorante mentecato, receta maravillosa y perdida; de un árbol cuyas ramas, aunque verdes, despiden tanta luz como una antorcha, de un animal que tiene media legua de largo (77), etc. Os pudiera describir una cosa más atestiguada y ménos fabulosa, pintando á Thelismar en medio de los mares agitados, dominando al parecer los elementos, y calmando á su arbitrio las borrascas (78); pero rechacé los prodigios dudosos, al par que omití otros muchos certísimos, entre los cuales existen varios que no conozco. De lo dicho podeis inferir cuánto os hubiera complacido mi cuento compuesto por una persona verdaderamente instruida.

—Sin embargo, dijo el capellan, paréceme que hubiera V. podido sacar más partido de los fenómenos de la electricidad.

—Aseguro á V., replicó la marquesa, que hice cuanto pude, y si no añadí más fue porque no entiendo una palabra de física: he asistido como otra cualquiera á un curso de ella, pero me sucede lo que á todos, que no por eso la saben ni entienden.

—Pero, replicó el capellan, si V. me juzgara capaz, hubiérame encargado con gusto de esa parte.

—Amigo mio, respondió la marquesa, no me pareció prudente ocasionarle esa molestia, ni debe jamas una mujer permitir que hombre alguno añada una sola palabra á obra compuesta por ella. El sugeto á quien consulte pasará siempre por inventor, y á ella la acusarán de honrarse con trabajo ajeno. Cualquiera será virtuoso y mal autor, pero nunca digno de aprecio el que se apropia obra que no escribió: por tanto se debe evitar con el mayor cuidado cuanto pueda ocasionar tan denigrativa acusacion. Vaya V. contando las mujeres que han escrito con aplauso, y hallará á casi todas

acusadas, aunque injustamente, de esa vileza. Son tantos los ejemplos, que deberian obligar á las literatas á no consultar á los hombres que lo son, ni sostener amistad con ellos.

Esas frases hirieron el amor propio del capellan, quien respondió sonriéndose:

—Segun eso, ¿si V., señora, llega á ser autora y publica sus obras, á nadie consultará?

—Sí por cierto, añadió la marquesa, pero en ese caso buscaria la verdad y no alabanzas y vanas lisonjas. No me valdria de gentes extrañas ni literatas; reuniria á mi familia, y la leeria mis obras; y si se durmiese ó se enfadase de la lectura, aprovecharia prudentemente esta crítica, que me parece la mejor de todas.

No respondió el capellan, pero se le conocia en el semblante que no le agradó la decision de la marquesa. Mudó esta de conversacion, y en breve volvieron los niños á hablar del cuento.

—¡Qué feliz era Alfonso, dijo César, en ver tantas cosas extraordinarias! Cuando yo sea mayor tambien viajaré con papá... veré árboles raros y animales singulares.

—Pues en punto á animales extraños, interrumpió su madre, entre varios de que tomé nota y no pude dar cabida en mi cuento, ahora recuerdo uno muy singular. ¿Quereis que os le pinte?

—Sí, señora.

—Figuráos un mónstruo velludo, amarillo, que tiene ocho patas, cada una armada con dos grandes uñas, y entre ellas una esponja mojada; ademas de estas patas se sirve de otras dos para agarrar la presa: su cara está cubierta de ojos como Argos; tiene en la frente ocho, colocados en círculo, y le salen de la boca dos tenazas formidables, guarnecidas de agudos garfios

—¡Qué mónstruo tan feo y espantoso!

—Pues aun es más particular este otro. ¿Creeréis que existe un animal que se multiplica haciéndole pedazos y que, dividido en ocho, diez, veinte, treinta ó cuarenta partes, se reproduce en cada una de ellas completamente?

—Y ¿es cierto?

—Fácil es adivinar, interrumpió el capellan, el nombre de ese animal.

—Y ¿el otro que mamá nos ha pintado, dijo Pulqueria, le conoce V.?

—Confieso, replicó el capellan, que la descripcion hecha por la señora es para mí un enigma.

—Pues es muy exacta, añadió la marquesa. Quizá habré omitido algunas particularidades, pero las señas que he dado son más que suficientes para que cualquiera que oiga su descripcion le conozca al instante.

MCD 2022-L5

—Mamá, ¿en qué país se halla ese mónstruo?

—Es muy comun en Francia.

—¿En Francia?

—Seguramente; y en Borgoña tambien: mil veces le habeis visto en Champcery.

—Aseguro á V. que no me acuerdo. Díganos su nombre.

—Ese mónstruo es la araña (79).

—Pues que, ¿una araña tiene ocho ojos, una esponja entre las uñas, y jenazas á los lados de la boca?

—Si la hubieras examinado con un microscopio lo descubrieras, y aun á la simple vista se observa en una araña grande.

—Voy á encargar á Agustin que traiga las arañas mayores que encuentre, porque deseo verlo.

—Y yo os leeré la historia de las arañas francesas y extranjeras, y me persuado de que os agradará, porque hallaréis mil particularidades curiosas.

—Y el otro animal que se multiplica cortándole, ¿cómo se llama?

—El pólipo de agua dulce (80).

—No le conocemos; no se criará en Francia. ¡Qué lástima! Todavía es más curioso que la araña.

—Puesto que tanto deseais examinar ese prodigio, os proporcionaré que lo experimenteis.

—¿Los traerán de fuera?

—No; mañana los tendréis.

—¿Es posible?

—Los estanques de Champcery abundan de ellos.

—¡Nuestros estanques! Y ¡ni siquera el nombre sabíamos de tan particular animal!

—La naturaleza ofrece con abundancia por do quiera los más extraños fenómenos. La ignorancia impide al necio conocerlos y admirarlos, miéntras que el instruido halla en ellos objetos dignos de excitar y satisfacer su curiosidad.

—Mamá, de aquí en adelante preguntarémos, leerémos con reflexion, tendrémos microscopios para examinar todos los insectos de Champcery, y á lo ménos conocerémos las curiosidades que nos rodean.

Algo corrido el capellan por no conocer la araña, dijo á los niños:

—Crean VV. que, como su señora madre les ha hecho observar, el cuento de Alfonso no contiene sino corto número de los fenómenos de la naturaleza. Por ejemplo, la señora nada ha dicho de los castores y elefantes.

—Tal vez, respondió César, porque ya sabemos la historia de esos animales.

—Como tampoco, añadió la marquesa, de otros animales particulares y ménos conocidos, como son el tucan (81), el kamichi (82), los murciélagos rica (83), etc.

El ayo se devanaba los sesos para encontrar alguna maravilla omitida por la marquesa, diciendo al fin:

—Es cierto que, sin hablar de los animales, los reinos mineral y vegetal ofrecen infinitos fenómenos que no menciona mi señora la marquesa en una obra tan corta. Me parece que pudiera colocar oportunamente en su cuentecito el árbol de cera (84), la planta llamada sensitiva (85), la fraxinela (86), la tela de amianto (87), etc.

Terminada esta nomenclatura, el ayo, muy satisfecho de su memoria, levantóse y salió. Pulqueria dijo riendo:

—Yo creo, mamá, que el padre Fremont está algo enojado con V.

—Y aunque así fuese, replicó la madre, ¿para qué hacérmelo advertir? Si el padre Fremont tuviese un poco de mal genio y de vanidad, seria tanto más disculpable cuanto que no ha tenido gran trato, en el cual, á la par que suelen perderse algunas virtudes, se adquiere casi siempre un genio complaciente y la urbanidad que nos enseña á ocultar nuestros defectos y esos ridículos enfados, hijos del amor propio mal entendido. Varias veces te he indicado el respeto y amor que debes al ayo de tu hermano, como tambien que, no solamente no nos es lícito, aun con las personas de mayor confianza, hacer observaciones maliciosas sobre aquellas con quienes tratamos íntimamente, sino que tambien debemos apartar de nuestra imaginacion la memoria de sus defectos, y desechar los pensamientos que nos los recuerdan, mayormente cuando ejercen un augusto ministerio.

Esta leccion arrancó lágrimas á Pulqueria; pero como sólo dijo una palabra sin reflexion, la que lloraba sin enfado y se arrepentia de veras de su error fácilmente obtuvo el perdon, y volvió á su acostumbrada alegría.

Las veladas de aquella noche y otras siete se emplearon en leer las notas del cuento de Alfonso, y terminadas, advirtió César que se habia omitido un prodigio del cuento, diciendo:

—En las islas Canarias, despues de la aventura de la cueva de los guanches, llega Alfonso á la orilla de una laguna, donde ve la columna de aire y aquel formidable granizo; y cuando encuentra á Thelismar, este le refiere

cuanto le ha sucedido, añadiendo que le observaba á pesar de la distancia de dos leguas.

—En efecto, replicó la marquesa, no aclaro ese punto en las notas; pero si mañana venis á almorzar en el terrado, os comunicaré el secreto de Thelismar.

Admitieron los niños gozosos, y ántes de las ocho de la mañana ya estaban en el terrado, hallando en él una máquina que movió su curiosidad.

—Es un telescopio, dijo su madre; siéntate aquí, Carolina, y mira por este cristal.

—¡Qué veo! exclamó Carolina. Una casa... y parece que está dentro del jardin.

—Pues dista dos leguas, porque es la quinta del señor de Luzane.

—Es increible; distingo claramente cuantos pasan por el corral. Ahora echa grano una criada á las gallinas... Ahora salen las vacas á pacer... Una vieja entra y pide limosna.

A este tiempo Carolina tuvo que ceder el asiento á su hermanita, quien así que miró exhaló una voz de alegría diciendo:

—¡Ah mamá! ahora veo á Sidonia, no hay duda, ella es. Está hablando con las criadas... Apostaré que el corral corre á su cargo, porque parece que las manda alguna cosa... ¡Cuánto me alegraria yo si fuera mayor de cuidar como ella del corral!... Ahora se baja al suelo... se levanta... vuelve á bajarse... sin duda está recogiendo huevos... justamente; la dan una cesta en donde los va poniendo... se vuelve hácia la pobre... se le acerca... la habla... la ayuda á entrar... y sentarse en un poyo... le da la cesta, y se va corriendo. La mujer espera.

—Yo tambien quiero ver, dijo César.

—Déjame mirar otro poco, hermanito. Ya vuelve Sidonia; pero camina muy despacio... trae una cazuela... ¿Si será leche?... Seguramente, y la da á la pobre... ¡Ah! ¡cuánto quiero á Sidonia!

Levantóse Pulqueria y César ocupó su puesto. No vió ya cosa particular. Sidonia entró en la casa; pero comprendió finalmente de qué modo pudo Thelismar ver á Alfonso á pesar de la distancia que los separaba.

En todo el dia no se habló sino del telescopio y de Sidonia. Pulqueria admiró el modo con que habia descubierto la índole benéfica de aquella amable jóven.

—No pensaria ella, prosiguió, que estábamos observando sus acciones.

—La casualidad, dijo la marquesa, y una infinidad de circunstancias imprevistas descubren todos los dias otras más ocultas que esas. Por tanto lo más seguro es obrar siempre como si estuviéramos delante de testigos;

porque ademas de que Dios nos ve y nos juzga todos los instantes, la casualidad, la curiosidad humana, la indiscrecion de los criados y la deslealtad de los falsos amigos publican nuestras más recatadas acciones.

Despues de comer preguntó la marquesa á César su opinion acerca de un libro que le diera pocos dias ántes: la *Vida del delfin, padre de Luis XV.* César respondió que lo que más le agradaba eran los pormenores que daba el autor sobre la infancia de aquel príncipe, contra la costumbre de los escritores que siempre hablan de los hombres y nunca de los niños.

—Has leido tan poco de esos escritores, que sólo puedes hacer suposiciones.

—Imagino que es preciso que un niño sea un prodigio para que un escritor le mencione; y como los prodigios son raros, por eso casi ninguno se ocupa de los niños.

—Y ¿á qué llamas prodigio?

—Lo que en su infancia era el duque de Borgoña; le agradaban las matemáticas, los versos; componia fábulas, discursos...

—En todo eso no existe maravilla; era un niño distinguido, pero no un prodigio.

—Y si él no era un prodigio, ¿qué soy yo?

—Un niño vulgar, y en tí solamente consiste no serlo; para lo cual te basta aplicacion, paciencia y deseo de distinguirte.

—Es que yo no sabria componer discursos.

—¿Por qué no?

—Porque se me figura que serian malos.

—¿No estabas ayer contento con la cabeza que dibujaste?

—Sí, mamá, porque todos me decian que estaba bien.

—¿La juzgas tan buena como el original?

—¡Oh! no, señora.

—Pero para tu edad es una obra maestra. Pues lo mismo te sucederia con los discursos.

—¡Ah! Pues ya deseo componerlos. ¡Qué lástima tener todo el tiempo ocupado!

—Y cuando te paseas, cuando trabajas en el jardin, ¿piensas únicamente en los árboles, en las flores?

—No, señora.

—Pues bien, durante ese tiempo ocúpate de una idea interesante y fíjate en ella. Así es como se compone.

—Mamá, V. me dará todas las mañanas un asunto.

—Consiento, á condicion de que por las noches, ántes de cenar, me participarás el resultado.

—Y me dará V. unas veces asunto de invencion, otras histórico. Yo lo arreglaré y creo que me fastidiaré ménos de estar solo, porque ahora me canso y lo atribuyo á que nada tengo que decirme.

—Eso es justamente lo que produce el tedio. Cuando sólo tenemos ideas vagas, nuestra insipidez nos aburre tanto como incomodaria á los demas si expresásemos esas ideas en una conversacion; miéntras que por el contrario nos distraemos cuando trabaja la imaginacion y en vez de discurrir cosas frívolas nos ocupamos de ideas interesantes. Pero volvamos al libro que te dí. ¿Qué te ha llamado más la atencion en el primer tomo?

—Una fábula compuesta por el mismo duque de Borgoña, todavía niño, y que se titula *El caminante y sus perros.*

—¿Cuál es su asunto?

—Redúcese á que Lícas va de viaje acompañado de tres perros y provisto de cuatro panes. Llega á un monte espeso, y á la orilla de un arroyo le acomete una fiera, que despedazan los perros. En recompensa Lícas da un pan á Vorax y otro á Cerbero, dos de los perros que huyen al punto; mas al presentarse Gárgas el tercero, Lícas que era prudente, considerando que cada pan le costaba un perro, no le dió mas que un pedazo, y Gárgas no huyó, permaneciendo á su lado para lograr lo restante.

—Y díme: ¿cuál es la moralidad de esa fábula?

—Mamá, no recuerdo bien; pero aquí tengo el libro; voy á leer á V. el fin. Dice así: ¡Oh príncipes! cuando encontreis guias capaces de dirigiros y defenderos en el peligroso monte de este mundo, guardáos de ponerlos en estado de que no os necesiten, hasta tanto que no los necesiteis á ellos.

—Me parece, dijo la marquesa, que no has penetrado el verdadero sentido de la moraleja; voy á explicártela en términos más claros conservando el mismo pensamiento. Oye lo que significa: ¡Oh príncipes! si lograis tener ministros hábiles, generales diestros y amigos fieles, guardáos bien de cumplir con ellos como debeis, recompensando dignamente su celo y servicios, no sea que despues de alcanzar cuanto podian esperar, os abandonen. ¡Oh príncipes! sed injustos é ingratos para que os sirvan y sean útiles.

—¿Es posible, mamá, que sea ese el verdadero sentido de la fábula?

—Por lo ménos es el sentido literal: reflexiónalo bien y lo verás.

—Es verdad. Y ¿cómo no lo conocí desde luego? ¿Cómo me agradó esa fábula?

—Has admirado en tan estimable libro la sola cosa reprensible que contiene. Si leyeses con más atencion, no incurririas en tan crasos errores.

VELADA VIGÉSIMA SEGUNDA.

Aquella noche á la hora de la velada la baronesa dijo á César:

—Te quejaste de que los historiadores no se ocupan bastante de los niños; vamos á convencerte de que tu queja es infundada, porque emplearémos esta noche en referir casos históricos, cuyos personajes serán todos niños.

—Ay abuelita, ¡qué bueno!

—Verás que los niños sobresalientes abundan más de lo que imaginas.

—Con que ¿nos contará V. varios pasajes?

—Tu madre, el señor Fremont y yo os contarémos alternativamente una historia hasta que ya no nos acordemos de más, lo que seguramente llenará el tiempo de la velada. Yo empezaré; escuchadme.

Tchan-tsi, emperador de la China, tenia tres hijos. Los dos primeros no ofrecian cosa particular; pero el último, llamado Kang-hi, era la delicia de su padre y maestros. Dócil, sensible, aplicado, sincero y activo, sabia dominarse; se podia fiar en sus promesas, porque su palabra era inviolable. Cuando tomaba una resolucion útil y prudente, la mantenia con invencible perseverancia. Ardia en deseos de instruirse, de sobresalir, de merecer el afecto de su padre y obtener la aprobacion de cuantos le rodeaban, granjeándose todas las simpatías y oyendo diariamente alabar su aplicacion é ingenio: todos le amaban y se ocupaban en sus recreos y diversiones; encontraba siempre la indulgencia á que la virtud y buena conducta dan tanto derecho. Si por casualidad incurria en alguna falta no le reñian, ántes al contrario se afligian con él. En fin, este amable príncipe experimentaba que los niños mejor inclinados son tambien los más felices.

De allí algun tiempo cayó malo el emperador. El mayor de sus hijos sólo contaba doce años, y el último, que era Kang-hi entraba en los nueve. Conociendo el emperador que la dolencia era mortal hízoles llamar, y declarándoles que su fin se acercaba, preguntó cuál de ellos se juzgaba con fuerzas para mantener el peso de una corona recien conquistada. El mayor se disculpó con su poca edad, suplicando al emperador que dispusiese del

imperio. Entónces Kang-hi se arrodilló delante de su padre, bañó de lágrimas la mano que le tendia, y despues de un breve silencio dijo:

—Yo, padre mio, me juzgo capaz de imitar á V. Más ansio la gloria que los placeres y descanso. Si el cielo nos priva de V., y su eleccion recae en mí, prometo tomarle por modelo y hacer felices á mis pueblos.

Esa respuesta impresionó de tal modo á Tchan-tsi, que al punto le nombró sucesor suyo bajo la tutela de cuatro sugetos por cuyos consejos debia regirse. Kang-hi justificó el amor y eleccion de su padre; instruyóse y acabó de perfeccionar sus conocimientos. Alejó de la córte á los lisonjeros y chismosos; recompensó dignamente el mérito, los talentos y la virtud; fue justo, benéfico, amante de la paz, y mereció el renombre de bienhechor y padre de sus pueblos (88).

No podré, hijos mios, dijo la marquesa luego que la baronesa acabó, referiros caso más singular que el que acaba de contar vuestra abuelita, porque nada más extraño que un niño de ocho años, que por sus razones, conducta y bellas prendas se granjea el trono del imperio más vasto del universo; pero os contaré tambien los hechos de otro príncipe de la misma edad, y que llegó á ser uno de los más grandes monarcas de su siglo.

Reinaba en Polonia el duque Uladislao, quien tenia un hijo llamado Boleslao, de edad de nueve años, cuya actividad, aplicacion, buen genio, paciencia y bondad prometian las mayores esperanzas. Acababa la Bohemia de declarar la guerra á la Polonia; un dia que Uladislao daba las órdenes convenientes al general de sus tropas en presencia de su hijo, este, que escuchaba con atencion, se arrojó á los piés de su padre, suplicándole que le permitiese ir á la guerra bajo las órdenes del general. Acompañó estas instancias con razones tan persuasivas, justas y extrañas en su edad, que el duque, entre admirado y enternecido, le concedió lo que deseaba. Encomendósele al general, quien le acompañó al ejército, donde se captó el afecto y admiracion de todos, manifestando tan extraordinaria inteligencia, que fácilmente se pensaria que nada le era nuevo, y que no aprendia, sino que se acordaba de cuanto veia ejecutar. Afable y liberal para con los soldados, político y cortés con los oficiales, cautivó todos los corazones. Su magnificencia sólo resplandecia en sus dones y generosidad, pues su alimento era el de los soldados, la tierra su lecho, padeciendo alegremente los rigores de las estaciones. Siempre el primero en las fatigas y ostentando un valor tan natural como brillante, parecia que no aguardaba la realizacion de la empresa, sino de sus acciones. En una palabra, anunciaba las virtudes y hazañas con que debia llegar á ser un dechado de gloria para los príncipes venideros. Su ejemplo, que atendidos sus cortos años era más eficaz, redobló

el ardor y confianza de los polacos: los bohemios fueron derrotados en varios encuentros, y Uladislao disfrutó de la inefable dicha de deber á su hijo, de nueve años de edad, la mayor parte de los felices resultados de aquella campaña.

Lo restante de la vida de Boleslao correspondió á tan gloriosos principios. Aunque guerrero y conquistador, fue humano, sensible, se ocupó en labrar la dicha de sus pueblos y supo merecer su amor. Concíbese fácilmente que entre sus virtudes se contaria en alto grado el amor filial. Los historiadores se extienden en pintar el cariño que profesaba á su padre. Cuando tuvo la desgracia de perderlo fue tal su sentimiento, que acabó de manifestar toda la hermosura de su alma, lo cual acrecentó el afecto de sus pueblos. Vistió luto cinco años por un padre á quien lloró toda la vida; y su imágen, grabada con caractéres indelebles en su corazon, deseó tenerla presente de continuo á sus ojos. Dia y noche llevaba al cuello un medallon con el retrato de Uladislao, que contemplaba con frecuencia para acordarse, decia, de las virtudes de un padre tan digno de su amor y llanto. Deseó finalmente que el hijo que más amaba le sirviese tambien de recuerdo, á cuyo fin le nombró Uladislao.

Ahora, señor ayo, añadió la marquesa, le toca á V.

—No referiré, respondió este, casos tan bellos como los de V. V, porque no recuerdo ahora sino dos hechos. César cuenta diez años, y cuando su maestro de dibujo le dice que si se hubiera aplicado estaria actualmente dibujando cabezas al natural, da á entender que juzga ser mucho en su edad copiar con exactitud: no será, pues, inútil decirle que el famoso pintor Pedro Mignard fue destinado á la medicina por sus padres, entreteniéndose en los ratos ociosos en dibujar. No tenia maestro, pero sí mucho gusto y aplicacion, y á la edad de once años dibujaba retratos muy parecidos. Entónces le pusieron en casa de un pintor. Dedicóse enteramente á este arte, llegando á ser uno de los mejores pintores de la escuela francesa.

Otro pintor, llamado Juan Bautista Vanloó, empezó á pintar muy bien á la edad de ocho años. No exijo yo tanto de César, pero desearia que anhelase sobresalir en cuanto emprende, ambicionando no permanecer confundido entre la multitud de niños comunes.

No merecieron estas dos citas del capellan la aprobacion de los niños. César, aunque ofendido, no se atrevió á manifestar su opinion, y calló; pero Pulqueria tomó la palabra, y con más franqueza que urbanidad dijo sin rodeos que le agradaban más las historias de Kang-hi y de Boleslao.

—Ya veo, señorita, replicó el capellan, que no la agradan las lecciones directas. Se parece V. en esto á los tiranos, que no pueden tolerar la ver-

dad á ménos que se les presente encubierta con el agradable velo de alguna ingeniosa fábula.

—¡Ah señor ayo! interrumpió Pulqueria, yo no me parezco á los tiranos. Siempre digo la verdad, y aseguro á V... Pero conozco que obré mal; perdóneme V., y no forme mal concepto de mí.

—Mi opinion, señorita, es poco importante.

—Pues para demostrarme que no está V. enojado, le suplico que tenga la bondad de darme una leccion directa; se lo agradeceré.

—Cuando se desea oir la verdad con tal afan es preciso condescender. Diré á V., pues, señorita, que de tres semanas á esta parte, tiempo en que el calor nos obliga á dar las lecciones de la tarde en la sala baja, en la cual VV. trabajan en compañía de su aya, más de cuatro veces pensé que podia V. aprovechar más lo que oia á su hermanito; y acerca de eso la referiré un caso que nunca contaria delante de V. á no ser por la viva instancia que me dirige.

La hija del señor Dacier, que con el tiempo fue la famosa y erudita señora Dacier, hasta los once años no aprendió mas que á leer, escribir y las labores de su sexo. Su padre tenia otro hijo, al cual educaba con grande esmero, y en tanto que él daba leccion, su hermana estaba delante ocupada en la costura. Un dia que el niño respondia mal á las preguntas de su padre, su hermana sin levantar los ojos de la labor le indicaba á media voz lo que debia decir. El padre la oyó con tanta alegría como admiracion, y desde entónces se dedicó á la educacion de una niña tan digna de ello. Convendrá V., señorita, en que si esta niña en vez de atender á las lecciones se entretuviera en hacer gestos á su hermano, ciertamente no ocasionara á su padre tan gran satisfaccion.

—No recuerdo, dijo Pulqueria poniéndose colorada, haber hecho gestos á mi hermano.

—Pues yo tengo muy presente que el lúnes pasado le cosió V. con gran primor el vestido á la silla; que el mártes le pinchó dos veces con la aguja para avivar, segun V. decia, su atencion; y que ayer le causó mil distracciones con otros tantos gestos, entre otros cierto hocico de liebre que dió tanto que reir á Carolina que tuvo que salirse de la sala.

A esas palabras Pulqueria, medio llorando, confundida y temerosa, miró á su madre.

—No temas, Pulqueria, dijo la marquesa; yo lo ignoraria si no hubieras deseado una leccion directa, y ciertamente no te reñiré porque pediste que se te dijese la verdad sin rodeos. Sólo te haré observar que esas bufonadas nada tienen de agradable y únicamente divierten porque son ridículas; que

se defecto es más notable en una niña porque la priva de la dulzura y modestia que son el principal adorno de su sexo; y que, en fin, una criatura traviesa y revoltosa puede muy bien servir de diversion por algunos instantes á los de fuera de casa, pero necesariamente es insoportable á sus parientes y á cuantos viven con ella. Tambien debo reconvenirte sobre otro punto: me prometiste confiar en mí, asegurando que confesarias siempre con claridad las faltas en que incurrieses, y no obstante no me has dicho que distraias á tu hermano miéntras daba leccion.

—Mamá, respondió Pulqueria, no callé por falta de confianza, sino porque no conocia como ahora lo mal que obraba; y para que V. vea que no lo es, confieso que el señor Fremont no lo ha dicho todo. Olvida que habrá unos ocho ó diez dias fingí estornudar durante la leccion, haciendo una gran cortesía á cada estornudo.

—Mamá, añadió Carolina en tono triste, yo tambien estornudé un poco, y repetí las cortesías.

—Y yo tambien, señora, dijo el ayo, contesté lo ménos á quince, porque creí de buena fe que estas señoritas estaban resfriadas, y por tanto no reparé en aquella ingeniosa travesura, porque me engañaron.

—Mamá, replicó Pulqueria, perdóneme V.

—Sí, hija mia, dijo la marquesa abrazándola; pero ya que conoces las consecuencias de esas malicias insulsas y pueriles, tén presente que no serias ya disculpable si volvieses á incurrir en semejantes faltas.

—Prosigamos ahora, dijo la baronesa, con las historias de niños: á tí te toca, hija mia.

—Yo, respondió la marquesa, referiré un rasgo de un niño de cinco años: por tanto no se debe esperar gran cosa; pero ese niño era Gustavo Adolfo, que fue uno de los mayores monarcas de Suecia. Paseábase un dia con algunos servidores en una pradera cerca de Nicoping, é iba á entrar entre unas zarzas, cuando uno de los sirvientes para impedírselo le gritó que aquella maleza estaba llena de serpientes muy grandes y venenosas.

—Pues bien, respondió Gustavo, dáme un palo y las mataré.

Quisieron en vano disuadirle de su intento; pero al modo que Hércules con la clava destruia los mónstruos del bosque de Nemea, así el príncipe, armado de una varita, penetró por las zarzas determinado á acabar con todas las serpientes que hallase; pero sus pesquisas fueron infructuosas, pues no se presentó mónstruo alguno, y por aquel dia se redujeron sus hazañas á un paseo largo y penoso.

—Ese rasgo, dijo la baronesa, prueba que el valor nace del alma

y no del conocimiento de las fuerzas ni de la reflexion. No se exigen á un niño prendas que por lo comun son hijas de la experiencia y juicio: por ejemplo, es muy natural que á veces sea desaplicado, inconsecuente y travieso; pero se desea que manifieste las virtudes que nacen del corazon, que no necesitan de cultivo, y cuyo gérmen posee todo niño bien inclinado. Y así un niño cobarde, inhumano é ingrato seria un mónstruo si sus vicios no procediesen de mala educacion.

—Segun eso, abuelita, nacen muchos mónstruos, porque se dice que existen muchos ingratos y personas de mal corazon.

—La razon es porque hay muchos sugetos corrompidos. Raras veces produce la naturaleza esa clase de mónstruos; pero la mala educacion forma muchísimos.

—Con que si existen muchos malos ¿es por culpa de los padres y de las madres?

—Generalmente sí; sin embargo, puede un niño corromperse sin ser mal inclinado y á pesar de haber recibido una educacion muy buena.

—Y ¿cómo?

—Si no es dócil y sincero, los padres más vigilantes é instruidos no podrán preservarle de una infinidad de vicios, á los cuales se entregará insensiblemente. ¿Os acordais de aquel pobre Brunet, lacayo que fue de papá?

—Sí, señora, el que murió há dos años.

—La herida que tenia en la pierna no era peligrosa; le asistia el mejor cirujano de Paris y una persona que no se apartaba un instante de él. Notaron que se quitaba los medicamentos, lo que me obligó á ponerle otra que le vigilase y á atarle las manos; pero todas las precauciones fueron vanas. Se estregaba las piernas una con otra quitándose de esta suerte el vendaje y el emplasto que debia sanarle. Eso le produjo la gangrena, y no bastaron para salvarle la experiencia del cirujano, la vigilancia de los enfermeros ni su buena complexion; murió. Un niño indócil y desobediente es la imágen más propia de aquel desdichado. ¿De qué sirven los cuidados de los padres si el hijo no conoce su valor ni comprende que se le prohibe lo que puede convertirle en vicioso, y por consiguiente en aborrecible é infeliz, y que nada se le manda que no sea para asegurar su dicha?

—Pero es preciso que un niño sea muy negado para no comprenderlo. Si nosotros desobedecemos alguna vez es por falta de memoria y reflexion, y cuando lo echamos de ver lo sentimos mucho.

—Eso no basta; es preciso que me lo confeseis; debeis darme parte de todo de la misma suerte que se va á consultar á un médico cuando se ha cometido algun exceso, cuyas resultas pueden ser perjudiciales á la salud.

Bien creo que el temor de los medicamentos suele dilatar la consulta; pero en eso consiste precisamente la necedad de que César acaba de hablar. En efecto, sólo un necio puede apetecer más bien no curarse que usar de los remedios convenientes á su situacion, mayormente estando seguro de que serán suaves y provechosos.

Pongamos un ejemplo: siempre os encargo á las dos que os acostumbreis al método y economía. Durante la larga enfermedad de vuestra aya habeis contraido el defecto de no guardar ni poner en su lugar las cosas, perder vuestros pañuelos, guantes, etc. Llegó á mi noticia al fin, pero ya muy tarde; ese hábito degeneró en vicio, del cual os corregiréis con harta dificultad. Si desde el principio me confesarais esos descuidos, con la historia de Eglantina os enmendarais y seriais activas y cuidadosas.

Todos convinieron en la verdad de esas reflexiones, y los tres niños prometieron que en adelante no cometerian falta, por pequeña que fuese, la cual no confesasen al punto á su madre con toda sinceridad.

—Prevengo á V., señora, dijo el capellan á la baronesa, que si falta algun rasgo que referirnos no queda ya tiempo para hablar, porque son cerca de las nueve y media.

—Lo que resta, respondió la baronesa, no es largo. No recuerdo ahora más que la batalla de Leucofoe, notable por la circunstancia, quiza única, de hallarse en ella tres reyes, uno de doce años de edad (*), otro de diez (**), y el tercero de nueve (***), al frente de sus ejércitos (****).

—Yo tambien, dijo la marquesa, referiré un caso tomado de la historia de Francia. El desgraciado Cárlos VI, á quien una cruel enfermedad privó del uso de la razon, hubiera sido sin esta desgracia un gran rey. Cárlos V, su padre, se esmeró en formar su corazon, complaciéndose en sondear sus primeras inclinaciones. Un dia, llamándole á su cámara, le permitió escoger una alhaja entre las varias que la adornaban. Despreciando el príncipe cuantas joyas y riquezas veia, eligió como Aquiles una espada que se hallaba en un rincon. En otra ocasion le presentó el rey una corona de oro y una celada; el príncipe escogió la segunda, diciendo: Padre mio, guarde V. para siempre la corona. Esas bagatelas, que anunciaban una índole noble y animosa, llenaban de gozo á aquel sabio monarca, tan amante padre como virtuoso político.

—Hasta aquí, dijo el ayo, no hemos citado sino niños distinguidos. Ahora voy á mencionar algunos que se pueden llamar prodigiosos... Chrisiliel

(*) Clotario. (**) Teodoberto.
(***) Teodorico (****) Teodoberto y Teodorico eran hermanos.

le Berech de Exter murió á los diez años en 1706. Era hijo de un médico; sus obras póstumas se han publicado en aleman, y son varios tratados ascéticos, en los cuales se nota un estilo sencillo y gran fondo de religion.

Santiago Marini, veneciano, defendió en Roma á la edad de siete años, en 1647, varias conclusiones públicas de teología, jurisprudencia, medicina y otras ciencias.

El hijo de Baratier, llamado Juan Felipe, hablaba perfectamente el latin á los cuatro años, y á los cinco el griego. Despues aprendió el hebreo, y á los seis años poseia cuatro idiomas, historia y geografía.

Puede colocarse en el número de los niños célebres al baron Helmfeld, sueco, que murió en 1674. Su mocedad realizó las esperanzas que prometia desde la infancia. Á los diez y siete años fue admitido en la real sociedad de Lóndres; á los veinte hablaba diez idiomas, era excelente matemático y gran jurisconsulto.

Cristian Enrique Heineikeim, natural de Lubeck, empezó á hablar á los diez meses. Á los dos años poseia un conocimiento casi general de la historia antigua y moderna y de la geografía, y á los cinco hablaba con perfeccion tres idiomas.

Finalmente, Adriano Baillet, á quien debemos un excelente tratado de los niños famosos por sus conocimientos, cita otros varios, y aun él mismo pudiera contarse entre ellos. Nació en 1705 en el lugar de Neuville cerca de Beauvais. Su padre era labrador. El jóven Baillet aprendió á leer y escribir en un convento de franciscanos, y aunque su padre no se lo mandaba, andaba cada dia tres ó cuatro leguas por el deseo de instruirse. Poco tiempo despues un eclesiástico instruido y benéfico se encargó de este niño tan digno de aprecio, el cual siguió los estudios, siendo con el tiempo un sabio distinguido: murió en 1749. No es él solo que haya recogido noticias acerca de los niños célebres por sus tareas literarias; otros se han ocupado en lo mismo, dándonos obras bastante curiosas en esta clase.

—Me parece, dijo la marquesa al señor Fremont, que por agradar á nuestro auditorio dijo V. al principio que todos los niños de que iba á hablar eran prodigiosos. Es cierto que todos son superiores á los nuestros; no obstante, no hallo mas que uno solo que sea verdaderamente un prodigio, y es el que hablaba á los diez meses. Todos los demas no parecen sino niños aplicados.

—En efecto, respondió el ayo, su mérito sólo consistia en aplicacion constante y suma docilidad. He leido con prolijidad cuanto se ha escrito acerca de ellos, observando que todos respetaban en extremo á sus maestros, y por consiguiente les obedecian.

—Pero, replicó César, y ¿su prodigiosa memoria?

—Era fruto, no del entendimiento ni del talento, sino de las prendas que acabo de enumerar. Siempre recuerdan los niños lo que oyen con atencion. La prueba es que no se encuentra un niño aplicado que no tenga singular memoria. Ademas calcule V., si puede, el tiempo que la impaciencia, el mal humor, las rabietas, las réplicas y razones fuera de tiempo hacen perder á un niño indócil y desobediente. Si se le reprende, en vez de poner más atencion y escuchar sumiso, gasta el tiempo en disculpas inútiles, y entónces se ve el maestro precisado á mandarle callar. Si obedece, se enfada, murmura, ya nada oye, está distraido, colérico, y es leccion perdida.

—Pero no creo, señor Fremont, que V. me repute por un niño indócil y desobediente.

—No por cierto, y á no ser así, no estaria en su compañía. V. es naturalmente dócil, obediente y no le falta aplicacion, pero no posee todavía estas cualidades en grado eminente: en dos palabras, no es lo que podia y debia ser.

—¡Ah! le aseguro á V. que nunca he tenido tanta emulacion como ahora que sé que han existido tantos niños célebres, y ya que para serlo sólo se necesita docilidad y buen corazon, voy á esforzarme cuanto pueda para conseguirlo, y espero que en lo sucesivo estará V. satisfecho de mis adelantos.

Carolina y Pulqueria hicieron la misma promesa á su madre, y todos se retiraron á acostar contentos de una velada que produjo tan buenos propósitos.

La llegada de varios conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champcery interrumpió las veladas; pero la noche en que se alejaron, la baronesa contó la historia siguiente:

VELADA VIGÉSIMA TERCERA.

LOS ESCLAVOS, Ó PODER DE UN BENEFICIO

Snelgrave, de orígen inglés, capitan de buque, recomendábase por su humanidad y virtudes; si bien viajaba al Africa (*), empleándose en la trata ó comercio de negros, tráfico abominable, y que á pesar de hallarse admitido no es ménos vituperable, pues ofende y ultraja á la naturaleza, y expone á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho (**). Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana vense precisados á llevar atados durante la navegacion á los infelices negros, y á pesar de tales precauciones hallan á veces ocasiones de tramar conspiraciones, cuya consecuencia suele ser la muerte de sus tiranos.

Compró Snelgrave muchos negros cerca del rio Callabar, y notando entre ellos á una mujer jóven, de aspecto angustiado, movido de sus lágrimas, la preguntó la causa, y supo que lloraba á su hijo único que perdiera el dia ántes. Lleváronla al buque con los demas esclavos, y aquel mismo dia el cacique de aquel territorio mandó decir á Snelgrave que se dignara pasar á verle, en lo cual convino este; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion fué acompañado de doce marineros bien armados. Guiáronlos á alguna distancia de la costa, donde encontró al rey sobre un asiento elevado á la sombra de algunos árboles, con numeroso acompañamiento, rodeado de los principales jefes de su nacion y de su guardia compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas, sables y azagayas, formados á espaldas del rey: los ingleses con los fusiles al hombro colocáronse en frente.

Presentóle Snelgrave algunas bagatelas de Europa, y al tiempo que aca-

(*) Por los años 1722.

(**) Hoy está prohibido el tráfico de negros.

baba oyó unos gemidos tan lamentables que le conmovieron; volvióse hácia donde salian, y vió á un negrito encadenado á una estaca. Dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos con un traje raro, guardaban al parecer aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles que le soltasen. Viendo el rey la alteracion que aquel extraño espectáculo causaba á Snelgrave, dijo para tranquilizarle que nada temiera, explicándole con mucha gravedad que el niño era una víctima que iban á sacrificar al dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oir tales razones. Sólo llevaba consigo doce hombres; la córte y guardia del príncipe africano se componia de más de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo á que se exponia atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban.

—¡Oh amigos mios! exclamó volviéndose á los suyos. ¡Libertemos á esta infeliz criatura!

Diciendo esto corre al negrito, y los suyos le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos les embisten en tropel, pero Snelgrave saca una pistola, y apuntando con ella al rey le intima oirle. Atemorizado este, calma con una sola palabra el furor de los negros, que al punto quedan inmóviles. Entónces Snelgrave explicó los motivos de su accion, suplicando al rey que le vendiese la víctima, el cual admitió la proposicion. Determinado Snelgrave á no regatear, tuvo sin embargo la suerte de que el rey negro no necesitara oro ni plata; tampoco conocia los diamantes y perlas, y así figurándose pedir mucho, exigió un collar de cuentas de vidrio azul, que al punto se le entregó. Vuela Snelgrave hácia la inocente criatura que acababa de librar de la muerte, sacando el sable para cortar los cordeles que lo sujetaban: espantado el niño cree que Snelgrave va á matarlo y exhala un doloroso grito, pero este le toma en brazos estrechándole contra su pecho. Libre el niño del temor, se sonrie y acaricia á su libertador, el cual enternecido se despide de los negros y vuelve al buque. Al llegar á bordo vió sobre la cubierta á la negra que comprara aquella mañana, que apénas repuesta de un desmayo estaba bañada en llanto sentada al lado del cirujano, quien no consiguiendo que tomase alimento, la obligaba á que permaneciese al aire temiendo que volviese á desmayarse. Al pasar Snelgrave junto á ella volvió la cabeza, y viendo al negrito que un marinero llevaba en brazos, da un grito penetrante, levántase, corre presurosa hácia el niño, que por su parte la conoce, llamándola y tendiendo los brazos, y le recibe en los suyos. Las funestas resoluciones que ha formado, la pérdida de su libertad, los proyectos de desesperacion y lo que ha padecido, todo lo olvida. ¡Qué mucho, si es madre y vuelve á encontrar á su hijo!. Informada de la ac-

cion de Snelgrave, corre á echarse á los piés de su bienhechor diciendo:

—¡Ahora sí que soy tu esclava! Esta noche pensaba darme la muerte para librarme de la esclavitud, porque no podia considerarte sino como un tirano, pero me vuelves mi hijo, y es darme más que la vida: ya eres mi padre. ¡Sí, puedes contar en adelante con mi obediencia! Este hijo querido es prenda de mi palabra.

No podia Snelgrave recibir mayor premio de su accion; pero no fue esto solo. Tenia á bordo más de trescientos esclavos, á quienes la negra refirió el caso, y al punto rodearon á Snelgrave expresando su admiracion con repetidas aclamaciones, y prometiéndole una sumision sin límites. En efecto, en lo restante del viaje halló en ellos todo el respeto y obediencia que un padre podia esperar de sus hijos.

Si tal es el poder de los beneficios y de la virtud en los más feroces salvajes, ¿cuál debe poseer sobre nosotros ese medio infalible de granjear y sujetar á los hombres? Esta historia, hijos mios, debe tambien confirmaros en una verdad que nunca me cansaré de repetiros, y es que una accion virtuosa rara vez deja de ser útil á nuestros intereses.

—César, dijo la marquesa, ¿de qué clase es la accion de Snelgrave? ¿Es heróica?

—¿Heróica?... No lo creo; pero voy á examinarla segun las reglas dadas por V.

—Veamos si te acuerdas.

—Para que una accion sea heróica es preciso que sea útil; que el que la verifique se exponga á un grave riesgo, costándole gran sacrificio, y que pudiera no llevarla á cabo sin incurrir en nota de desprecio.

—Justamente: volvamos á Snelgrave.

—Se expuso á un gran riesgo.

—Mucho menor del que imaginas, pues aunque sólo llevaba doce hombres y los negros eran más de ciento, estos como más feroces son tambien más cobardes. Ademas, los ingleses llevaban fusiles, y trabado el combate, los negros habrian huido á la primera descarga.

—Es cierto: el peligro no era muy grande, y me parece que Snelgrave seria despreciable si pudiendo impedirlo permitiera degollar á su vista aquel pobre niño. Por consiguiente su accion fue meritoria, y no heróica.

—Así es; pero débese estimar en mucho aquel primer movimiento tan generoso é independiente de toda reflexion con que voló al socorro del niño, tan impetuoso, que no cabe duda en que despreciaria los mayores riesgos; y esto califica su accion en gran manera. El hecho en sí mismo no es he-

róico; la humanidad lo prescribia, pero el primer movimiento que le inspiró es sublime.

—Abuelita, dijo Carolina, la historia es buena, pero tan corta...

—Pues bien, respondió la baronesa, voy á contaros otra. César no juzga heróica la accion de Snelgrave: veamos qué le parece esta.

El virtuoso duque de Borbon, cuñado de Cárlos el Sabio, estuvo en rehenes por el rey Juan ocho años prisionero. Su ausencia ocasionó gran desórden en sus estados. Los barones usurparon parte de sus dominios; y Chauveau, su abogado, vióse precisado por su empleo á hacer informaciones contra ellos. Libre el duque y vuelto á sus estados, olvidó las culpas pasadas, y no pensó mas que en granjearse el afecto de sus vasallos. Cuando fundó la órden de la Esperanza, en medio de la solemnidad de esta ceremonia presentóse el rígido Chauveau con los cuadernos de las informaciones en la mano, y entregándoselos al duque, dice:

—Aquí hallaréis, señor, muchos reos; unos merecen pena de muerte, otros de confiscacion de bienes; este es el registro de sus delitos.

Todos los prevaricadores estaban presentes y temblaban de miedo.

—Chauveau, dijo el príncipe, ¿has anotado tambien los servicios que me han prestado?

Y cogiendo los cuadernos arrójalos al fuego sin leerlos. Aquellas palabras, aquella generosa accion arrancó á los circunstantes lágrimas de gratitud y gozo; ninguno de aquellos señores, reo ó inocente, dejó de jurar que sacrificaria su vida por un príncipe tan magnánimo.

—¡Ah, exclamó César! Esa accion sí que es heróica.

—Ya veis, pues, hijos mios, á qué grandeza de ánimo nos puede elevar la bondad del corazon: si se supiera cuán dulce y útil es perdonar, no serian tan raros los ejemplos.

Aun hablaba la baronesa cuando se oyó un gran rumor en la casa; corren los niños á la puerta, su madre les sigue, y perciben claramente estas palabras: Se han hecho las paces. En aquel momento entraba un correo de Paris, que confirmó esta feliz nueva.

—¡La paz! exclamó la marquesa. ¡Ah, bendigamos al cielo y al rey que nos la dan!

No pudo proseguir, porque la alegría embargaba su voz. Abraza á su madre, á sus hijos, vuelve á leer veinte veces la carta, repitiendo á cada instante:

—¡Se han hecho las paces!... y ¡ventajosas!... Dentro de dos meses, á más tardar, verémos aquí á vuestro padre.

—¡Ah mamá! dijo Pulqueria, no nos envie V. á acostar; permita V. que

velemos esta noche para hablar de nuestra dicha.

Otorgóse la súplica, y sabedora la marquesa de que el correo al atravesar el lugar gritó por las calles: Se han hecho las paces, preguntó si habian acudido aldeanos al palacio. Casi todo el lugar estaba á la puerta, y haciéndolos entrar bajó la marquesa; la rodearon con impaciencia, y ella les leyó la carta que acababa de recibir. Todos á una voz empezaron á gritar: ¡Viva el rey! con el gozo tan natural á los vasallos que tienen la dicha de lograr un monarca que se gloría de ser padre de sus pueblos. La marquesa mandó dar de refrescar á los aldeanos; iluminóse el patio y parte de los jardines; el cocinero dispuso un refrigerio, y la noche se pasó bailando y cantando con la mayor alegría. César y sus hermanas se acostaron, por la primera vez de su vida, al amanecer.

Los vecinos de la marquesa vinieron á darle la enhorabuena de un suceso tan grato á todos en general, y más particularmente á ella. Fue preciso volver las visitas, empezando por la señora de Luzane, que la retuvo un dia en su casa. Su esposo la enseñó el jardin, que era á la inglesa, esto es, que ningun árbol estaba arreglado, porque en sus calles las ramas arañaban la cara y arrancaban los cabellos; los cardos y las hortigas crecian libremente; veíanse dos ó tres montones de tierra honrados con el nombre de montañas; algunos escombros figuraban una ruina; cuatro casuchas viejas y sucias componian el lugar, y varios puentecillos de tablas atravesados sobre un arroyuelo de agua detenida, viscosa y fétida, se llamaba el rio. Por tanto se ve que, á excepcion de un peñasco, un templo y un sepulcro, este jardin poseia cuanto es preciso para un jardin á la inglesa, cuando el que le forma tiene gusto é invencion. Y así esta agradable posesion, obra del señor de Luzane, acrecentaba su natural vanidad, enorgulleciéndose con la gloria de haber arreglado un jardin á la inglesa. Declamaba contra la simetría y primor empleados en los jardines comunes, imaginándose admirar á todos con la novedad de sus ideas y gusto.

Carolina y Pulqueria, que desde el lance del telescopio estimaban más á Sidonia, pasearon con ella, merendando en su estancia. Hallaron allí varias cestas llenas de hojas de aciano, y preguntándola á qué las destinaba, respondió que eran para hacer agua de aciano.

—Pues qué, dijo Pulqueria, ¿V. sabe hacerla?

—Es muy fácil, replicó Sidonia.

—Tambien hace la señorita, dijo el aya de Sidonia, agua de rosas, y con esas mismas hojas preciosos colores que la sirven para pintar los ramilletes que VV. ven en esos cuadros.

—Y las hojas verdes ¿con qué las pinta?

—Saca de algunas plantas el color.

—¡Qué bueno!

—¡Oh! la señorita sabe otras muchas cosas. Tambien confeccionó el jarabe que VV. han alabado tanto, y la jalea de grosellas.

—¡Cuánto diera yo por saberlo!

—Ahora mismo voy á darla mis recetas, y sin trabajo hará lo mismo que yo.

—Con que ¿podrémos hacer agua de rosas, y colores?

—Mañana mismo si VV. lo desean.

Despues de recibir las recetas, su aya abrió un armario, rogando á Carolina y Pulqueria que se acercasen.

—Vean VV., señoritas, dijo, otra clase de obras que no aprenderán tan fácilmente. Vean esos acericos, esos cofrecitos, esas bolsas bordadas, y esos cordones de baston; pues todo es obra de Sidonia.

—Cualquiera, interrumpió esta, puede hacer otro tanto; como no poseo habilidades, procuro á lo ménos variar mis ocupaciones. Mi madre con su ejemplo me acostumbra á no estar ociosa un instante.

Pulqueria, que registraba el cuarto, atisbó debajo de la cama un cajon grande y preguntó á Sidonia qué era, la cual ruborizándose la respondió que nada de particular. Su aya se echó á reir diciendo:

—No me atreveria á desmentir á la señorita; no obstante...

—¡Por Dios, aya!

—Ciertamente, no es posible comprender la vergüenza de la señorita. Porque ¿quién no pensaria al verla que tiene motivos justos para sonrojarse? Y con todo...

—¡Por Dios, aya, calle V.!

—Vamos, callaré: no diré mas que una cosa, y es que ese cajon contiene labores de la señorita, y que su madre la riñe porque se levanta á las cinco de la mañana para acabarlas, lo que no ha podido verificar á causa de la llegada de la señora marquesa.

Este diálogo picó la curiosidad de Carolina y Pulqueria. Esta sobretodo no pudo contenerse, abrazóla quejándose tiernamente de su desconfianza, y suplicándola que las enseñase las bonitas labores que contenia el cajon. Sidonia se sonreia, abrazaba á Pulqueria, y no la respondia. La aya, que deseaba abrir el cajon, tomó la palabra y dijo:

—Es cierto que la señorita no debe decirlo, ni alabarse... y por eso ha trabajado en secreto y sin que nadie la ayudase; pero todo se descubre; sólo hace cuatro ó cinco dias que yo lo sé, y aun á pesar suyo. Vamos, hija mia, continuó, complazca V. á esas dos señoritas: yo prometo que nada dirán.

—¡Oh, no por cierto! añadió Pulqueria.

—No puedo negarles cosa alguna, replicó Sidonia contrariada; pero en verdad que no vale la pena.

—Aprovechémonos del permiso, dijo el aya sacando el arca en medio del cuarto.

Carolina y Pulqueria se ponen de rodillas al lado para ver mejor. Pero cuando la aya abrió el misterioso cajon, se sorprendieron al observar que sólo encerraba vestidos de aldeana.

—Aquí, dijo la aya, hay seis camisas: el lienzo es ordinario, pero vean VV. ¡qué puntadas! dos jubones y dos justillos, pañuelos, delantales y calcetas: parece que se admiran VV., señoritas.

Fácilmente adivinaron Carolina y Pulqueria que aquello estaba destinado para alguna pobre mujer, y aunque muy niñas supieron apreciar la resistencia que Sidonia opuso á su curiosidad. Igualmente movidas de la accion y virtuoso empacho que la amable niña manifestaba todavía, se arrojaron en sus brazos, y la sensible Sidonia las estrechó repetidas veces en ellos con las más vivas expresiones de amistad y cariño. Enternecida el aya las contemplaba en silencio, y por último refirió que en efecto aquel cajon estaba destinado para una pobre de quien cuidaba Sidonia hacia ya un mes; y Pulqueria á fuerza de preguntas averiguó que era la que vieron con el telescopio. Esta agradable conversacion se acabó al volver la marquesa del paseo, que envió á llamar á sus hijas; y Sidonia, cogiendo á cada una de un brazo, las llevó á la sala. Por la noche al volver á Champcery Carolina y su hermana refirieron á la marquesa lo sucedido.

—¡Aprovecháos, hijas mias, de tan bello ejemplo! Considerad que las almas más insensibles y duras no pueden ménos de admirar la virtud, pero se contentan con ese tributo de admiracion involuntaria y estéril; por el contrario, las personas virtuosas desean imitar cuanto admiran.

—Puede V. estar persuadida, mamá, de que imitarémos á Sidonia, y como ella no estarémos un instante ociosas. En los ratos perdidos harémos carteras, cofrecitos, agua de rosas, y trabajarémos para los pobres.

—¿Sidonia no os dijo que estudia botánica y conoce perfectamente todas las plantas de los campos y sus propiedades?

—No, señora. ¡Es tan callada!... Pero ¿cómo lo aprende?

—Paseándose con el señor de la Paliniere, que como ya sabeis es gran botánico. Sidonia, que no pierde ocasion de instruirse, siempre que el señor de la Paliniere va á ver á su madre pasea con él, y recoge cuantas plantas encuentra.

—Si nosotras hubiésemos tenido esta idea, ya pudiéramos conocer mu-

chas, porque nos hemos paseado infinitas veces con el señor de la Paliniere.

—Si hablásemos ménos y nos aprovechásemos más de la instruccion de los sugetos que tratamos ó con quienes vivimos, los hombres nos instruirian más que los libros, y nadie nos pareceria enfadoso. El señor de Ormont, por ejemplo, no es muy divertido...

—¡Oh, es tan triste... con sus prados artificiales! ¡Me acuerdo de esta palabra, porque siempre que viene á casa se la oigo repetir cien veces.

—Sí, porque le hablo siempre de agricultura, que es la única cosa que conoce á fondo y en que se ocupa. Le complazco en sacar esa conversacion, y al mismo tiempo me instruyo escuchándole.

—Lo mismo que cuando el señor Milet estuvo cinco dias en Champcery, que siempre hablaba V. de anatomía.

—Porque es excelente cirujano y muy buen anatómico; de este modo no hay persona de quien no se pueda sacar fruto y cuya conversacion no sea instructiva.

Despues de esas reflexiones volvióse á hablar de Sidonia, y la marquesa no se olvidó de decir á sus hijas que sólo la poca edad podia servir de excusa á la indiscrecion con que abusaron de la condescendencia de Sidonia, instándola á que las descubriese una cosa que deseaba ocultarlas, y las indicó cuán peligrosa es la curiosidad, puesto que se incurre en semejantes faltas.

—Y ¿pedisteis licencia para comunicarme este secreto? añadió.

—Sí, señora, y accedió gustosa.

—Porque conoce las obligaciones de una hija para con su madre. Pero si no fuera tan juiciosa y prudente, y os encargara ocultármelo, ¿qué hubierais hecho?

—No sé, mamá... ¿Podríamos entónces hablar á V. de ello?

—¿No diste palabra ántes de abrir el cajon de no decirlo?

—Sí, señora.

—Y con esa condicion lograsteis lo que deseabais.

—No juzgamos preciso añadir: á nadie, excepto á mamá, porque eso ya se suponia.

—Nos ligamos á una promesa por las acciones y palabras: la intencion carece de fuerza en esa especie de trato, cuando no se manifiesta en las expresiones. Por tanto, en todo caso que prometais guardar un secreto sin expresar excepcion, os veriais obligadas ó á faltar á vuestra palabra dándome parte de él, ó á guardarle faltando á vuestra obligacion, que es no ocultarme nada.

—Ya comprendo; nos seria preciso ó engañar á V. ó faltar á nuestra palabra, y ambas cosas son malas. En adelante no admitirémos secreto alguno sin pedir ántes permiso de comunicárselo á V., y si nó nos le otorgan rehusarémos saber el secreto.

—Debeis hacerlo así, tanto más cuanto una persona que intentara limitar vuestra confianza para conmigo, careceria de principios rectos y buen modo de pensar, y su secreto podria seros peligroso.

Como la marquesa debia escribir varias cartas, no se prosiguieron por entónces las veladas. César pidió permiso á su madre para leer la *Ilíada* de Homero.

—No tienes aun bastante edad, le dijo la marquesa, para conocer las bellezas de esa obra: sin embargo, como su lectura es indispensable para la inteligencia de muchos cuadros y pinturas, lo concedo; pero no es libro que puedas leer á solas.

—¿Por qué, mamá?

—Leyéndole conmigo comprenderás mejor sus perfecciones, y sobretodo sus defectos.

—Ya sé que la señora Dacier le ha anotado, y prometo á V. leer las notas.

—Esas son precisamente las que me disgustaria mucho que leyeses solo.

—Pues qué, mamá, ¿no son juiciosas?

—Tráeme la *Ilíada* de aquel estante.

—Aquí está.

—Voy á leerte algunos pasajes. Vaya este; pero ántes es preciso enterarte del asunto. En una batalla Adrasto, jóven troyano, pelea desde su carro; los caballos se desbocan y le hacen pedazos. Adrasto cae en el suelo boca abajo; entónces Menelao se abalanza á él con intencion de atravesar con la pica á un enemigo tendido en el suelo é indefenso; pero Adrasto le pide la vida, ofreciéndole un crecido rescate. Iba ya Menelao á acceder, cuando Agamenon llega corriendo y le reprende con enojo su piedad.

—No perdonemos á los troyanos, dice: ninguno escape de nuestras manos; mueran hasta los niños; perezcan todos con Ilion, etc.

Esa exhortacion enérgica y prudente cambia la intencion de Menelao, que al punto desvia al infeliz Adrasto, miéntras que Agamenon le atraviesa el pecho con su lanza. Queda aquel jóven príncipe tendido en tierra, y Agamenon poniéndole el pié sobre la garganta retira la lanza. *Ilíada*, lib. VI.

—Vamos, ¿qué te parece la accion?

—Horrible; matar á un enemigo indefenso es asesinarle.

—Tales son los héroes del poema; pero veamos la nota de la señora Dacier acerca de esto. Dice así:

Homero alaba esta crueldad de Agamenon, porque como existe cierta especie de compasion nociva, hay tambien crueldad provechosa. Enemigos tan injustos y pérfidos como los troyanos no merecian perdon alguno.

—Y ¿cómo la señora Dacier aprueba tal accion?

—Nunca pensé que la inhumanidad pudiese parecerte bien; pero como todas las notas de esa señora son de esta clase, temo que la autoridad de una persona tan justamente celebrada debilite en tí el horror que debe inspirarte la crueldad.

—Y esa señora, ¿no desaprueba las acciones bárbaras?

—Nunca, ni aun las más infames.

Dolon, espía troyano, se halla en poder de Ulíses y Diómedes; les pide la vida, Ulíses se la otorga, con tal de que les declare cuanto sepa. En este supuesto el cobarde Dolon informa por menor de todo á los dos guerreros, quienes más infames y pérfidos que él, despreciando su palabra, cometen la barbarie de matarle.

Aquí tienes el lance; esta es la nota: repara como la señora Dacier aprueba esta accion infame. ¿Quieres otro ejemplo más?

Ulíses, despues de haber tendido en el suelo á Soco con una herida mortal, le insulta diciéndole que su cuerpo quedará sin sepultura y será despedazado por las aves de rapiña, que pelearán sobre su cadaver, etc.; y no hay nota alguna.

—Pero, mamá, segun eso la señora Dacier tenia mal corazon.

—Todo lo contrario; un corazon muy sensible.

—Pues careceria de juicio y entendimiento.

—Nada de eso; poseia grande y universal mérito.

—Pues ¿cómo pudo escribir cosas tan horrorosas?

—El entusiasmo y la pasion la cegaban; sabia el griego, por consiguiente conocia mejor que nadie todas las bellezas de la *Ilíada*, y su pasion por Homero la privaba de aquella imparcialidad tan estimable y poco comun, sin la cual ningun escritor puede persuadir ni instruir.

—Eso prueba tambien, como V. nos ha dicho varias veces, que no debemos apasionarnos sino de la virtud, porque las demas pasiones nos ciegan.

—Pero ¿cómo conservarémos siempre una perfecta imparcialidad?

—Es preciso alentar y fortificar en el corazon ese sentimiento tan natu-

ral que jamas podemos destruir: el amor á la justicia y verdad; y ademas preservarse de las pasiones. En ese caso se discurre con nobleza, se razona con exactitud, se ve con claridad, se juzga con rectitud y se hace justicia sin esfuerzo á los enemigos: si tienen talento ó méritos se les reconocen y hasta causa satisfaccion alabarlos.

—Me parece más difícil. Por mi parte confieso que no encontraria satisfaccion en elogiar á quien me aborreciera.

—¿Serias insensible á la satisfaccion de excitar la admiracion general fundada en la buena idea que harias concebir de tu corazon y sentimientos?

—¿Quién puede ser insensible á eso?

—Pues bien, supongamos que ya no estás en la edad feliz en que se carece de enemigos, y que existe uno cuya aversion está reconocida; te encuentras un dia en una reunion compuesta de ocho ó diez personas, y la conversacion recae sobre él: todos le ofenden, y tú callas; de la maledicencia á la calumnia el paso es fácil, y pronto llegan á deshonrar á tu enemigo, dan por ciertas conjeturas absurdas, y aun las desnaturalizan trocando las circunstancias. Tu enemigo posee talento, y le niegan hasta el sentido comun, etc. Entónces tomas la palabra, y guiado por el amor á la justicia y á la verdad, hablas en su favor lo cual causará extrañeza. Al principio te oyen con desconfianza y dudan de tu sinceridad; pero si pruebas tu generosidad con argumentos sólidos é incontestables, verás en todos los rostros la sorpresa y la admiracion, oirás un dulce murmullo de aplauso, te atraerás todas las simpatías por un encanto irresistible, y tu enemigo, sabiendo mañana cuanto te debe, si no cesa de aborrecerte será un mónstruo. ¿Cómo se atreveria á hablar de nuevo contra tí? Desde aquel momento no podrá manifestar su aversion sino haciéndose odioso y despreciable.

—¡Ah! desearia ya tener un enemigo para elogiarle y defenderle.

—No te canses de admirar la utilidad de la virtud; observa qué frutos se obtienen de ella, qué goces procura. ¡Oh! ¡cuántas penas y ahogos se ahorraria el hombre si no consultase mas que á ella!

—Mamá, ¿V. no tiene enemigos?

—Por lo ménos creo que estarás persuadido de que á nadie aborrezco.

—¡Oh! cierto.

—La religion reprueba esta atroz pasion y puedo asegurarte que jamas manché con ella mi corazon. Sin embargo, me han dicho que tenia enemigos.

—¿Es posible?

—Pero no los juzgo encarnizados, y estoy cierta de que dentro de pocos

años ya no lo serán, porque el odio se debilita y concluye por aniquilarse cuando no se le alimenta.

—Y esos enemigos, mamá, no la conocerán á V.

—En efecto, presumo que si conociesen mi corazon cesarian de aborrecerme.

—Pero es imposible que puedan hablar mal de V.

—Al ménos no me acusarán de ser mala madre, intrigante, ó de afectar una nobleza de sentimientos desmentida por mis acciones; sobre este punto estoy tranquila. Pero, á propósito de mis enemigos, debo advertiros que hace poco tiempo cité uno en nuestras veladas.

—¿No será la heroína de la historia?

—La accion más bella, el rasgo más interesante que os he referido, es suyo precisamente.

—¡Oh! y lloraríamos sin duda.

—Mucho, y yo tambien; cuando lo refiero lo hago con entusiasmo.

—Con que ¿hemos admirado una persona que aborrece á V.? Me da pena. Pero ¿está V. convencida de ello?

—Júzgalo tú. Necesitó de mí durante siete ú ocho años; venia sin cesar á consultarme, á confiarme sus secretos, á pedirme consejos, empeños y pasos que seguramente no daria por mí misma. Ningunas relaciones sociales existian entre nosotras, mas que su situacion y el deseo de serla útil. Nunca me visitaba sino para pedirme favores; y cuando yo hablaba de ella era para solicitar alguna gracia. El éxito coronó mi celo; obtuve en esos ocho años cuánto me encargó, y cesámos de tratarnos. Al cabo de un año la he vuelto á ver, y apénas parece conocerme: me mira como una extraña, y á poco recibo asombrada la noticia de que es enemiga mia.

—¡Qué ingratitud!

—Y sin embargo, experimento una verdadera satisfaccion en citar ese rasgo suyo. Este es el espíritu de justicia é imparcialidad que deseo inspiraros. Pero volvamos á tu lectura. Ahora espero que renunciarás al proyecto de leer la *Iliada* á solas.

—Sí, señora: oia decir que se la permitian leer á todos los niños de mi edad, y que sus notas eran muy instructivas. El año pasado ví que mi primo Federico la leia y la *Odisea* en sus horas de recreo, y por eso la pedí á V. el mismo permiso; pero puesto que tan malos principios contiene, prefiero leerla con V., porque de este modo me indicará las consecuencias de los principios peligrosos que encierra.

—En general son pocos los libros que puedes leer solo sin riesgo.

—Pero ¿un libro de historia ahora que ya sé juzgar de las acciones?...

—Ya has leido todos los compendios dispuestos para la juventud y niñez. ¿Cuál deseas leer ahora?

—La de Malta.

—El abate Vertot es muy buen historiador; pero sus juicios no son justos ni conformes á la sana moral.

—Elija V. misma el libro.

—¿Me prometes leer siempre con reflexion y referirme por la noche la lectura?

—Sí, señora.

—Pues voy á darte un compendio de la historia de Inglaterra, en dos tomos, que me parece muy claro y bien escrito.

De allí á dos dias César dijo á su madre que le disgustaba una cosa que acababa de leer en el libro que le diera.

—Veamos, dijo la marquesa, léelo.

—Es como sigue:

Los franceses fueron derrotados en Azincourt por Enrique V, é hizo tantos prisioneros, que para seguir resistiendo al enemigo, que procuraba rehacerse, tuvo que pasar á cuchillo á cuantos la suerte puso en sus manos.

—¿Qué te disgusta en este pasaje?

—Me parece que el historiador es como Homero; refiere esa crueldad como cosa natural y hasta indispensable. Ninguna reflexion hace despues sobre ello, por lo cual parece que aprueba tal barbarie.

La marquesa abrazó á su hijo diciéndole:

—No has leido como niño, pues has reflexionado consultando tu corazon y raciocinio, único medio de leer con fruto. En efecto, el modo de referir un hecho tan atroz como el que acabas de leer es muy odioso. ¿Qué dirias, pues, de la obra que estoy yo leyendo ahora, en la cual se halla el siguiente retrato de Fredegunda?

Compensó Fredegunda el defecto de su nacimiento con tan eminentes cualidades, que puede decirse, que si no nació en la elevacion de las primeras clases, á lo ménos lo merecia. Esta es una de las heroínas que no están obligadas á avergonzarse de la suerte. La magnanimidad y elevacion de su ingenio la llevaron á reinar sin competencia en tiempo de Chilperico. ¿Es posible hablar así de una mujer abominable y manchada con tantos delitos? ¿Quién se imaginará que este es el retrato de un mónstruo, oprobio de su sexo y execracion de la posteridad?... Alaba mucho el autor su destreza y maña. Sabia, dice, triunfar de sus enemigos. Pero ¿por qué medios? Por traiciones y homicidios. Toda su maña consistia en mandar envenenar ó asesinar á los que temia. Mañana te leeré, hijo mio, en la historia de Carlo-

magno el verdadero retrato de Fredegunda, como tambien en otra obra del mismo autor la narracion de la batalla de Azincourt, y espero que te agradará.

—Me parece, mamá, que la complacen á V. las obras de ese autor.

—Sí, porque hallo en ellas la verdadera filosofía, ideas nuevas, imparcialidad, la moral más pura, y juicios siempre justos y desapasionados: finalmente todas las utilidades que la historia debe producir; lecciones útiles para los hombres, y sobretodo para los reyes.

—¿Conoce V. al autor?

—No le he visto cuatro veces en mi vida.

—Y ¿por qué no me da V. á leer sus obras?

—Deseo que las leamos juntos para que nada se te escape y lo conozcas todo, y así te daré otras para que las leas á solas. Te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto en esto porque es de suma importancia, á causa de que con esa costumbre la lectura te instruirá, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrario, si lees sin discernimiento tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura, léjos de aclararte el entendimiento é instruirte, sólo servirá para debilitar tu razon, trastornar tus principios y quizá corromperte.

El ayo que vino en busca de César interrumpió la conversacion.

Aquella noche se continuaron las veladas, y la marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

VELADA VIGÉSIMA CUARTA.

PAMELA Ó LA ADOPCION FELIZ.

Exclusivamente ocupada Felicia en la educacion de sus dos hijas, viviendo en medio de una familia amable, á quien estimaba, no tenia más trato que el de sus parientes y amigos. Cada dia estaba más contenta con su suerte, siempre ocupada ó estudiando, y su alma era tierna y sensible. Jamas conoció el odio, aborrecia la venganza, y sabia amar: la amistad encontraba en ella cuanto estuviera en su mano. En fin, nadie menospreciaba más de corazon que ella el fausto y las riquezas.

Entre tanto sus hijas se acercaban á la edad de tomar estado. Todavía no contaba quince años la mayor, llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por varias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podia establecer á sus hijas sino empleando el crédito que disfrutaba en la córte en favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda lo mejor que podia esperar su madre; pero aunque no vaciló en admitirle, sintió verse en la dura precision de casar á Camila en tan tierna edad. En efecto, tales casamientos son tanto más dañosos para una doncella de catorce ó quince años, cuanto sus resultas se extienden al resto de la vida. Su educacion queda imperfecta.

—Pero, mamá, interrumpió Carolina, si esa señorita posee buenos sentimientos siempre será obediente y aplicada como ántes de casarse; y así su madre podrá acabar de perfeccionar su educacion.

—Era preciso que la señorita que tú supones tuviese mucho talento y reflexion para aprovecharse de los maestros oyéndose llamar señora.

Á poco tiempo de casada cayó Camila gravemente enferma, y su madre sufrió varios trastornos que unidos á las vigilias y asistencia á la enferma quebrantaron su salud. Conociendo los médicos que padecia del pecho, la mandaron tomar las aguas de Bristol, viéndose obligada á dejar á Camila en Paris al cuidado de su suegra, y partió para Inglaterra con Natalia, su segunda hija, quien contaba trece años.

No encargó que la buscasen alojamiento; por lo que al llegar á Bristol sólo halló un cuarto incómodo en una posada por separarle solamente un tabique de el de una inglesa que estaba en cama hacia ya dos meses. Felicia, que hablaba el inglés con toda perfeccion, dirigió á la huéspeda varias preguntas acerca de su vecina, y supo que la infeliz estaba desahuciada. Era viuda; su marido, jóven de distinguido nacimiento, fue desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No pudo dejar á su esposa mas que una corta pension vitalicia, circunstancia tanto más dolorosa para aquella infeliz, cuanto que tenia una hija de cinco años, que á su muerte quedaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspeda la relacion elogiando á Pamela, que así se llamaba la niña, y aseguró á Felicia que no podia verse criatura más perfecta. Esta historia la interesó vivamente, y pasó la noche hablando con Natalia de su desgraciada vecina y de su niña.

Dos horas habria que estaban acostadas, cuando la madre, que se iba adormeciendo, despertó despavorida al oir un movimiento extraordinario en el cuarto de la enferma. Escuchó y percibió voces y gemidos. Acordándose entónces de que la inglesa no tenia para su asistencia mas que una criada, imaginóse que su socorro la seria oportuno. Levántase apresuradamente, toma la lamparilla, y sale con tiento para no despertar á Natalia; atraviesa otra habitacion en donde dormia la criada, y encargándola no se aparte de Natalia, entra en el corredor. La puerta de la enferma estaba abierta. Felicia oye acentos interrumpidos y sollozos; se adelanta temblando. Al mismo tiempo la criada anegada en llanto sale del cuarto exclamando:

—¡Ya no hay remedio! ¡ya ha espirado!

—¡Dios mio! dijo Felicia; yo que venia para ayudar á V.

—En este instante acaba de morir, replicó la sirvienta. ¡Oh Dios mio! ¿Qué será de su desgracia hija? Yo tengo cuatro criaturas, ¿cómo podré encargarme de esta desdichada?

—¿En dónde está la niña? interrumpió atropelladamente Felicia.

—¡Ah señora! no cuenta aun la inocente edad para saber lo que es la muerte... Amaba á su pobre madre en extremo, porque no se hallará criatura más sensible; pero duerme tranquilamente junto al cadáver.

Al oir esto se estremeció Felicia.

—Venga V., dijo á la criada, vamos á apartar esa criatura de tan funesto paraje.

Ya dentro del cuarto, como para llegar á la cuna de la niña era preciso pasar junto al lecho de la difunta, Felicia se estremece, y deteniéndose fija sus ojos llenos de lágrimas en aquel triste y doloroso objeto, arrodíllase y exclama:

—¡Oh madre desventurada, cuánta habrá sido la pena de tus últimos instantes!... ¡Dejas á tu hija abandonada sin amparo y sin auxilio!... Pero me consuela la esperanza que desde la eternidad aun puedes verme y oirme... Yo me encargo de tu hija, y no la permitiré que olvide á la que la dió el sér; cada dia implorará la clemencia del Sér Supremo á favor de su madre.

Y levantándose turbada y enternecida se acerca á la cuna. Una cortinita ocultaba la niña: córrela con mano trémula y descubre á la inocente huerfanita, cuya hermosura y semblante angelical contempla extasiada. Dormia la niña, y al lado del lecho de su desgraciada madre disfrutaba del descanso. La serenidad de su frente, el candor de su fisonomía, á la que una dulce sonrisa prestaba nuevo realce, y la frescura y belleza de su tez, formaban con su situacion un contraste tan singular como patético.

—¡Ah, exclamó Felicia, cómo duerme! ¡En qué instante y en qué sitio!... ¡Desgraciada niña! En vano al despertarte llamarás á tu madre... Pero á lo ménos la humanidad te presenta otra: sí, yo te adopto, y en mi corazon hallarás el cariño de la que pierdes. Vamos, continuó dirigiéndose á la criada, ayúdeme V. á llevar la cuna.

Obedeció gustosa la criada, y la niña pasó sin despertarse al cuarto de Felicia. Turbada é inquieta Natalia, que se habia levantado, sale presurosa al encuentro de su madre, que la dice:

—Acércate, Natalia; aquí te traigo otra hermanita; ven á verla y prométeme que la querrás.

Natalia acude á la cuna y se pone de rodillas para verla mejor. Felicia le cuenta en breves palabras lo sucedido, y llorando la niña al oir tan triste suceso mira tiernamente á Pamela llamándola hermanita, deseando que fuese ya de dia para oirla hablar y darla mil abrazos. Acostáronse nuevamente, si bien Felicia no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Pero ¿quién deseará el sueño cuando nos lo impide el recuerdo de una accion benéfica?

Á las siete de la mañana abriéronse los postigos de las ventanas, y al instante despertó Pamela, que al ver á Felicia junto á ella, se sonrió y le alargó los brazos. Felicia la estrechó entre los suyos con indecible gozo, porque creia en la simpatía, que es la supersticion de los corazones sensibles. En breve preguntó Pamela por su madre, pregunta que conmovió á su protectora.

—Tu madre, respondió, no está aquí ya.

Pamela rompió á llorar, é intentando Natalia consolarla:

—Déjala, dijo su madre, su afliccion es natural; considera su situacion, y experimentarás el mismo sentimiento.

Vistióla despues, y es indecible la emocion de Felicia al verla ponerse de rodillas y decir:

—¡Dios mio, volved la salud á mamá!

—No digas eso, la advirtió; porque tu madre ya no padece.

—Ya no padece, exclamó Pamela. ¡Oh Dios mio, te doy gracias!

Esas palabras penetraron el corazon de Felicia, quien añadió:

—Ahora, hija mia, repetirás la oracion que te dictaré: Dios mio, dignáos conceder á mi madre un lugar á vuestro lado.

Pamela la repitió con igual fervor y enternecimiento, y volviéndose hácia Felicia, y contemplándola con timidez é ingenuidad, dijo:

—Permítame V., que ruege tambien á Dios me dispense la gracia de reunirme en breve con mamá.

Y viendo que los ojos de Felicia se arrasaban en lágrimas, se levantó y fué á abrazarla llorando. En aquel momento avisaron á Felicia que el coche estaba pronto, y tomando en brazos á Pamelita, y seguida de Natalia, subió en el coche encaminándose á Bath. A los quince dias volvió á Bristol, pero buscó otra posada por temor de que la primera recordara á la niña su desgracia.

Cada dia crecia su cariño á Pamela; la dulzura angelical, sensibilidad y agradecimiento de la niña la recompensaban deliciosamente de sus beneficios. Despues de pasar tres meses en Bristol volvió á Francia, donde su familia adoptó á la amable Pamelita. Era imposible verla sin que agradase, ni conocerla sin amarla. Cuando cumplió siete años, Felicia la notició quién era, refiriéndola la historia de su desventurada madre. Esta triste narracion costó á Pamela un raudal de lágrimas, y cuando Felicia cesó de hablar se arrojó á sus piés, expresando cuanto el agradecimiento y la más viva ternura pueden inspirar á mayor edad, atendida á su superior imaginacion. Cuando hablaba de sus sentimientos no se advertian en ella expresiones de niña. Se podian citar mil lances preciosos, respuestas agudas y delicadas, y ocurrencias que sólo pueden ser hijas de un corazon sensible, lo cual la comunicaba una gracia inexplicable y un encanto que penetraba el alma, acrecentando su belleza. Al verla no se fijaba en si sus facciones eran perfectas ó no, pues sólo se advertia la celestial expresion de su rostro. Era aguda, franca é ingénua, alegre, aunque sensible; viva, pero dócil. Sus únicos defectos procedian de la viveza que nunca le causó el más mínimo movimiento de impaciencia contra nadie, pero que la daba una travesura y aturdimiento á que pocos niños podrán llegar. En prueba os referiré un lance que manifestará la humildad, respeto y ternura que profesaba á Felicia. Solia perder con frecuencia varias cosas, más bien por tra-

vesura y viveza que por descuido ú olvido. Si paseaba por el jardin ó por el campo, se quitaba el sombrerito para correr con más libertad, y al volver á casa siempre corriendo, le olvidaba entre la yerba. Despues que acababa su tarea, el deseo de ir á jugar no la permitia detenerse á recoger el dedal y todo lo demas; se levantaba con precipitacion, la almohadilla caia al suelo, y Pamela, saltando por encima de todo, desaparecia en un abrir y cerrar de ojos. Tenian gusto en verla correr por el jardin, pero la estaba prohibido en casa. Hasta con el mayor deseo de obedecer olvidaba á menudo esta prohibicion; caia tres ó cuatro veces al dia, y en todas las puertas se dejaba pedazos de los vestidos y delantales. En fin, á copia de ruegos, exhortaciones y penitencias perdió algo de esta turbulencia. Felicia examinaba todas las mañanas cuanto llevaba en sus faltriqueras y almohadilla, y esta revista contribuyó no poco á que Pamela fuese más cuidadosa. Una mañana que, como de costumbre, visitaba las faltriqueras, echó de ménos sus tijeras. Pamela dijo que sabia dónde estaban.

—¿Dónde? preguntó Felicia.

—En el cuarto de mi hermana.

—¿Cómo? ¿En el suelo? ¿Por qué no las alzaste?

—Porque al sacar el pañuelo se me cayeron, y en aquel instante oí la campanilla y eché á correr hácia aquí.

—Y ¿por qué no las recogiste?

—Por verla á V. más presto.

—Pero bien sabias que yo las echaria de ménos, y te reñiria si no las hallaba.

—Mamá... no lo pensé; sólo me acordé de ver á V.

A esas palabras saltaron á sus ojos las lágrimas y se ruborizó. Felicia la miró con severidad, lo que acrecentó su turbacion. Este rubor y la inverosimilitud de la excusa persuadieron á Felicia de que la inocente niña mentia.

—Apártate de mi vista, la dijo: nada de cuanto has dicho es cierto. Vete sin replicar.

Oyendo tan terrible reprension, bañada en llanto Pamela junta las manos y se arroja á los piés de Felicia sin proferir palabra. Felicia tomó esta accion suplicante por la confesion de su culpa, y la desvió con indignacion reprendiéndola agriamente, y la niña obedeciendo la órden prosiguió callada, demostrando su dolor con sollozos y gemidos. Cuando Felicia salió á misa, en vez de llevar consigo á Pamela como acostumbraba, encargó á una criada que la acompañase, y la dejó sin hablarla palabra. En la iglesia volvió varias veces la cabeza hácia la puerta, y vió en fin llegar á la niña,

que con los ojos hinchados y llenos de lágrimas se arrodilló humildemente á los piés de la capilla. La criada le dijo que no se quedase allí con la gente, y que pasase más adelante. La triste Pamela respondió en voz baja:

—Todavía es demasiado bueno para mí este puesto.

Esta humildad agradó á Felicia y la hizo señas de que se acercase, lo cual verificó llorando de alegría. Acabada la misa, la criada se le acercó diciendo:

—Pamela no mentia.

—¿Cómo? la interrumpió su ama.

—No, señora; me rogó que bajase con ella al gabinete, en donde encontrámos las tijeras en el suelo como dijo.

—¡Oh querida Pamela mia! exclamó Felicia tomándola en sus brazos. Y ¡te dejabas acusar y maltratar sin defenderte!

—Como V., mamá, me prohibió que hablase...

—Y ¡te arrodillaste como implorando perdon!

—Siempre debo hacerlo cuando V. se enfada conmigo; cuando me riñe, seguramente he obrado mal.

—Pero yo era injusta.

—No, señora; mi bienhechora, mi amada madre nunca puede serlo conmigo.

—¿Quién no amará á una criatura tan sumisa y tierna?

Pamela padeció mucho de los dientes, causándola una enfermedad á los siete años que le duró más de uno. Para cuidarla mejor la colocó Felicia en su estancia, pero la niña, por evitar molestia á su bienhechora, ocultaba lo que padecia. Muchas noches pasaba sin pegar los ojos, y cuando Felicia se levantaba y tomándola en sus brazos la daba de beber, lloraba de ternura y agradecimiento, suplicándola que se acostase al instante.

—Duerma V., mamá, decia, su sueño me alivia; cuando la veo á V. dormida padezco ménos.

Poseia cuantas virtudes pueden imaginarse; hasta las que parecen hijas de la reflexion y cortesía. Apénas se acordaba de Inglaterra; amaba demasiado á Felicia para no querer tambien á la Francia; pero sabia que era inglesa, y conservaba á su patria un afecto tanto más vivo, cuanto que consideraria como una desgracia la necesidad de volver á ella para siempre. Contaria ocho años cuando un dia escribia Felicia y jugaba Pamela á su lado. Habíanse roto en esta época las hostilidades entre Francia é Inglaterra; de repente oyen cañonazos, y Felicia exclama:

—Sin duda es el anuncio de alguna victoria sobre los ingleses.

Mira por casualidad á Pamela, y admírase al verla perder el color, turbarse y bajar los ojos. Á cuyo tiempo entraron varias personas, y un criado avisó que la comida estaba pronta. Pamela continuaba trémula y turbada, y queriendo Felicia saber la causa, prosiguió:

—Es preciso averiguar el motivo de esa salva; me lisonjeo de que habrémos vencido á los ingleses.

No bien pronunció esas palabras, cuando Pamela deshecha en llanto se precipita á sus piés exclamando:

—¡Oh mamá! perdóneme V. si lloro: no por eso aprecio ménos á los franceses... Pero ¡nací en Inglaterra!

Ese movimiento tan singular en su edad enterneció á Felicia.

—Alma pura y sensible, dijo, un instinto sublime te inspira mejor que pudiera hacerlo la razon. Creyendo cometer una culpa, cumples con una obligacion sagrada. ¡Conserva siempre á tu patria y á la de tus padres ese amor tan puro! Estima á la Francia, es tu deber; pero nunca olvides que Inglaterra es tu patria.

Esas palabras sosegaron á Pamela y la colmaron de alegría. Aquella misma noche ántes de acostarse añadió á sus oraciones la siguiente: Dios mio, disponed que los ingleses y franceses no se aborrezcan, y que nunca se ofendan. Tanta sensibilidad debia ir acompañada de una verdadera devocion. Segura de que Dios la contemplaba y oia todos los instantes de su vida, no cometia culpa de que no le pidiese perdon con lágrimas y verdadero arrepentimiento. Pero ántes las comunicaba á Felicia.

—Dios, añadia, no me perdonará si no tengo confianza con mamá. Ademas pésame tanto una culpa cuando la ignoro! ¡Es tan grato abrir el corazon á quien se ama!... Quizá me impondrá alguna penitencia, pero hablará conmigo, me hará reflexiones, alabará mi sinceridad, y esta noche al acostarme cuando la pida su bendicion me la concederá con más gusto que otras veces.

Tras esas reflexiones iba volando á los brazos de su madre, y encontraba en ellos el premio de su candor y confianza. No pudiendo separarse de Felicia, y prefiriendo á toda diversion estar á su lado, permanecia en la estancia miéntras su madre leia, escribia ó tocaba el clave, y se divertia sin hacer el menor ruido por no estorbarla. De rato en rato se levantaba muy quedo, y acercándose de puntillas la abrazaba, volviéndose á su puesto. Varias veces, dejando de repente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia diciendo:

—En vez de jugar estaba pensando en V., mamá mia, y en sus muchos beneficios.

Y colmándola de besos recapitulaba todos los favores que la debia con la expresion del más vivo agradecimiento.

Con tales dotes debia ser una jóven distinguida, y en efecto á los diez y siete años realizó cuantas esperanzas se concibieron de ella. Poseia instruccion y cuantas habilidades realzan á una mujer. Sabia toda clase de labores, y no necesitaba para su ropa y adornos costureras ni modistas. Dibujaba bien y tocaba el clave con suma destreza, habilidad que apreciaba, por cuanto se la debia á su madre, que habia sido su maestra. La agradaba la lectura, la historia natural y la botánica; escribia muy bien y con elegante y correcto estilo. Con una alma tan sensible, ¿cómo podia escribir mal, ó carecer de energía é imaginacion? Conservaba la ingenuidad y gracias de la niñez, modales cariñosos, alegría franca y comunicativa, y atractivos que la granjeaban las voluntades. Como la diversion favorita de su niñez fue saltar y correr, disfrutaba de excelente salud y andaba y bailaba con gracia. Reunia á estas prendas una bondad que nunca la abandonó: trabajaba en secreto como Sidonia para los pobres, y merecia el bello elogio que un célebre autor hizo de una reina infeliz, y de todas las mujeres en general; podíase decir de Pamela *que manifestaba aquellas virtudes dulces y benéficas que la filosofía enseña á los hombres y que la naturaleza concede á las mujeres.*

Natalia, que contaba siete años más que Pamela y hacia ya tiempo que estaba casada como su hermana Camila, era la delicia de su madre por su amor, comportamiento y reputacion. En fin, estos tres seres tan queridos y dignos de serlo, Camila, Natalia y Pamela eran la gloria y contento de Felicia. Turbó su felicidad un suceso que ocasionó á Felicia la mayor aflicion. Tenia una cuñada llamada Alejandrina, que por sus virtudes, gracias y belleza era el ídolo de su familia. Acometida hacia seis meses de una enfermedad al principio poco grave, determinó pasar un año en las provincias meridionales de Francia. Felicia tuvo el doble pesar de ver partir con Alejandrina á su madre que, tan virtuosa como tierna, consintió en separarse de su hija, y padecer las molestias de un triste viaje y las penas de una larga ausencia, para acompañar á su nuera, á quien era precisa su asistencia. Llevaba á lo ménos el consuelo de alguna esperanza de mejoría; pero en breve se desvaneció. El viaje no sirvió sino para aumentar la dolencia de Alejandrina, y por fin los síntomas más funestos acabaron de arrebatarla toda esperanza. Un dia recibió Felicia una carta de su madre en la que participaba lo siguiente:

«N... de setiembre de 1782.

«¡Todavia vive!... Pero quizá cuando recibas esta... ¡Oh hija mia, qué

será de tu pobre hermano! ¡Qué de mí con su dolor y el mio!... Y apartada de tí doscientas leguas... Aun no conocíamos sino imperfectamente á esta criatura angelical que vamos á perder para siempre: una vida feliz y sosegada como la suya no podia manifestarnos las virtudes sublimes que posee... No puedes formarte idea de su valor, piedad, paciencia y resignacion. Te escribí que no conocia su situacion, pero me engañaba. La sabia ántes de salir de Paris, pues se la manifestó en secreto á su criada Julia, que me la notició. Para atenuar el dolor de nuestra cruel situacion la infeliz trataba de persuadirnos que conservaba esperanza; pero ayer se descubrió á pesar suyo conmigo. Estábamos solas cuando me dijo que deseaba la administrasen los sacramentos, suplicándome lo participase á su marido con toda la precaucion y miramiento preciso para que no se afligiese. Despues callóse quedando como discursiva. Para distraerla dije que te escribiria esta mañana. Al oirme pareció que deseaba decirme algo, y noté que dudaba: le apreté la mano entre las mias, preguntándola si deseaba encargarte algo. Sí, señora, dijo, una inquietud me atormenta, y voy á manifestársela: ya sabe V. que á los trece años tuve la desgracia de perder á mi madre, y entré en un convento donde á los pocos dias una pobre paralítica llegó al locutorio, y me dijo que mi madre la habia mantenido los dos últimos años de su vida: abracéla llorando, y desde entónces seguí cuidando de ella. Sírvase V., prosiguió enternecida, encargarla á mi hermana, y decirla que mi amistad se la recomienda. Julia dará á V. las señas de su casa, y la suplico las remita mañana á mi hermana. No pude responderla sino con lágrimas, y ella me besó la mano con tal ternura que me penetró el alma. A este tiempo su perrita Zemira intentó subir á su lecho, yo la cogí en brazos, y tu hermana dijo: ¡Pobre Zemira! á V. la agradan los perros, tómela V. y prométame cuidarla siempre. Dignos son, hija mia, de apreciar estos rasgos. ¡Próxima á dejarlo todo, no olvidar nada!... Á los veinte y cuatro años, hermosa, feliz, gozando de una reputacion sin mancha, próxima á separarse para siempre de un esposo amado, de un hijo idolatrado, de una tia querida, que fue para ella bienhechora generosa y amable amiga... En fin, consumando un sacrificio tan doloroso, ¡conservar tan tierna humanidad! Ocupándose en el virtuoso cuidado de asegurar la suerte de una infeliz sin más apoyo que ella, al recomendarte esa pobre mujer, ¡recordar bagatelas que á cualquiera otra se le olvidarian con la más leve indisposicion, acordarse hasta de su perra!... ¡Ah! ¿Quién no admirará bondad tan próvida, tan heróico valor?... Á Dios, hija mia: te envio el único consuelo que puedo ofrecerte en este instante; las señas de la casa de la pobre mujer, esperando te servirá de alivio verla y cuidarla.»

Terminada la lectura de la carta, Felicia corrió acompañada de Pamela á la calle del arrabal de Santiago, donde vivia la pobre llamada señora Busca, conocida en el barrio por la santa. La infeliz paralítica tenia las piernas y brazos enteramente secos, los dedos dislocados, encogidos y contrahechos. Su rostro no era antipático, pero estaba demacrado y pálido. No podia levantar ni volver la cabeza, conservándola inclinada sobre el pecho, y aunque contaba diez y siete años de padecimiento, conservaba todas sus facultades intelectuales. Su habitacion era muy aseada, y un venerable eclesiástico estaba sentado junto á su lecho. Felicia al entrar dijo que era la cuñada de Alejandrina; al oirla la pobre mujer exclamó llorando:

—¡Ah señora, qué ángel tiene V. por cuñada! Tan jóven, y hace once años que es mi consuelo... ¡Si V. supiese, señora, cuánto la debo!

—¿Venia muy á menudo á verla á V.?

—Antes de casarse, como no podia salir del convento, me llevaban tres veces á la semana al locutorio, y pidiendo permiso para pasar la reja, á fin de que estuviéramos juntas me traia el almuerzo, que ella misma aderezara. Como no puedo servirme de las manos, me lo daba; pero ¡con qué bondad, con qué cariño!... En fin, señora, el mayor castigo que su aya podia imponerla era decir: mañana no dará V. de comer á la señora Busca; yo la serviré, y al punto se quedaba más humilde que un cordero. Siempre me honraba llamándome su madre, y exigia que yo la llamase hija: cuando veia que su aya no estaba contenta la llamaba señorita. Al instante empezaba á llorar, é iba corriendo á pedir perdon á su aya... VV. lloran, señoras, prosiguió. ¡Qué seria, pues, si les dijese lo que ha hecho por mí despues de casada! Una dama jóven y hermosa como ella, ¡venir á encerrarse cada dos ó tres dias horas enteras con una pobre paralítica! Siempre me traia ropa, frutas ó dulces, y muchas veces me leia algun capítulo del Evangelio... Ya sabe V., señora, qué bien canta; un dia la rogué que cantase algo. Yo no sé, dijo, sino canciones mundanas que no gustarán á mi madre; pero aprenderé para darla gusto alguna cosa buena. En efecto, de allí á cuatro ó cinco dias vino á cantarme unos villancicos bellísimos. En verdad, señora, que me parecia oir y ver á un ángel. Otra vez mandó traer el arpa, y estuvo tocando más de dos horas... Pero no es esto todo, señora; considere V. el estado en que me hallo; debo manifestarle tambien que mis miembros están tan doloridos como disformes, y que no trascurren siete dias sin padecer terribles convulsiones. Si no fuera por manifestar á V. el corazon de su digna hermana, no me atreveria á comunicar...

—¡Ah! diga V., interrumpió Felicia llorando, cuanto guste.

—Pues bien, señora, la caridad de aquel ángel es tal, que no hallo pa-

labras para expresar sus beneficios. No se me pueden cortar las uñas sin causarme grandes dolores, á ménos de emplear mucha maña: pues hasta este cuidado se tomaba; aquellas manos tan blancas y delicadas lavaban cada semana los piés de una pobre enferma.

No prosiguió porque el llanto la embargaba la voz, y otro tanto sucedia á los circunstantes. De allí á poco entró una muchacha preguntando á la enferma si mandaba algo; esta la respondió que no, dándola gracias, y la muchacha se fué. Entónces el eclesiástico tomó la palabra y dijo á Felicia:

—Esa muchacha que acaba de salir es hija de una de las vecinas de esta señora, y las demas son tambien serviciales y atentas. Una viene á acompañarla, otra arregla la estancia, otra se encarga de traerla luz y lumbre; en fin, señora, parece que el espíritu de caridad de la respetable cuñada de V. anima á todos los moradores de esta casa. Es cierto que el ejemplo de tan virtuosa dama ha contribuido no poco á acrecentar la actividad de un celo tan laudable.

—¡Ah! dijo Felicia, ¡qué ejemplo tan admirable para mí!

—En efecto, señora, replicó el eclesiástico, lo que V. acaba de oir y el objeto que tiene á la vista son dignos de inspirarla semejantes sentimientos. ¡Si V. conociese la piedad, la sublime resignacion de esta pobre!... No ha referido sino parte de sus males: su cuerpo casi seco y sin movimiento está cubierto de llagas.

—¡Ah infeliz! Y ¿no existe remedio?

—No, señora; ninguno puede aliviar su situacion; pero admírela V., cuanto más que no se juzga digna de lástima.

—¿Es posible?

—Sí, señora, replicó la doliente; no sólo acepto con resignacion estos males pasajeros, sino que los sufro con gusto. Y ¿quién podrá extrañarlo? ¡Por algunos dolores momentáneos tolerados con paciencia, alcanzar un galardon eterno! La recompensa será proporcionada á los méritos. ¡Cuánto debo á Dios que me coloca en un estado en que continuamente puedo contraer á sus ojos el mérito de padecer sin quejarme, en que nada puede distraerme de su presencia, y en el cual todo me convida á pensar en la eternidad!... ¡Cuán gratos me son mis males! pues expian las culpas de mi mocedad, purifican mi corazon, me desprenden de todos los bienes falsos... Ya el mundo no existe para mí; ya no puede seducirme, corromperme ni perderme: mi alma no habita esta tierra extraña... ya está unida á su Criador... ¡Oh Dios mio! Yo te veo, oigo tu voz paternal que me eleva, fortifica y ordena someterme sin réplica, ofreciéndome en premio una corona inmortal... ¡Buen Dios! ¡Con qué gozo y contento te obedezco! ¡Adoro tu providencia,

bendigo mi suerte, y no la trocaria por la más brillante del universo!

Esa oracion pronunciaba con tanta uncion como vehemencia: su voz no anunciaba el estado de debilidad y abatimiento en que se hallaba; sus ojos, regularmente apagados, brillaban entónces con extraordinario fulgor.

Felicia y Pamela la contemplaban extáticas.

—¿Imaginaria V., señora, dijo el sacerdote, que en semejante estado fuese posible considerarse dichosa? ¿Qué seria de esta mujer que bendice su suerte, sin la religion? ¡Qué grande seria el horror de su situacion si dudase de las verdades eternas de que está penetrada! ¡Ah! ¿Qué podria responderla el bárbaro é insensato ateo que intentase seducirla cuando le dijese: Intentas arrebatarme el único bien que me resta, y de que puedo gozar; tratas de sepultarme en la más espantosa desesperacion... ¡Considera, inhumano, mis males; contempla mi valor, mi paciencia y resignacion; admira la paz y sosiego de mi alma, y horrorízate de tu abominable intento!

Manifestó Felicia su parecer acorde con tal reflexion, y despidiéndose de la enferma se retiró decidida á visitarla siempre que sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. La santa y Alejandrina fueron el asunto de la conversacion el resto del dia.

—¿Cómo no nos hablaria, decia Pamela, mi tia de esta mujer?

—Es lo que más debe admirarnos, replicó Felicia; tal es el carácter de la verdadera virtud. Cuando el motivo de una buena accion es la razon solamente, entónces ansiamos envanecernos con el esfuerzo que cuesta; pero cuando nace de un corazon inclinado al bien, en vez de admirarnos, nos decimos: ninguna alabanza merezco; sólo sigo mi inclinacion y los impulsos de la caridad... Siempre que un avaro se resuelve á dar limosna, notarás con qué publicidad lo ejecuta, lo cual prueba lo poco acostumbrado que está á tales acciones y la vanidad que le causan. En efecto, le son tan penosas que es justo disimularle el necio orgullo que manifiesta. Advierte, por el contrario, la noble sencillez con que un sugeto generoso sabe dar. Así es que las almas comunes se envanecen con sus buenas obras porque les son penosas; pero las grandes están exentas de ese orgullo por su misma elevacion y por la sublime inclinacion que las impulsa á cuanto es decente y virtuoso.

—Esa reflexion, dijo Pamela, deberia inspirar amor á la modestia, ó á lo ménos obligar á los que no la poseen á ocultar con cuidado su orgullo, no alabándose de las buenas acciones, pues lo contrario sólo sirve para manifestar la pequeñez de su alma y ninguna inclinacion á la virtud.

Pocos dias despues de esa conversacion recibió Felicia la triste nueva del fallecimiento de su cuñada á quien siempre amara con extremo, y más aun con la noticia de la santa. Aunque estaba prevenida hacia tres meses,

su dolor no conoció límites. Fué á ver á la santa, y tuvo el triste consuelo de llorar con ella y oir un elogio fúnebre digno de las virtudes de Alejandrina.

Pamela deseó reemplazar á la virtuosa dama en el cuidado de la pobre, yendo á verla dos veces á la semana. Cerca de un año hacia que desempeñaba tan grata obligacion, cuando una mañana, que de rodillas delante de ella la lavaba los piés, se abre la puerta, y entra un hombre, al parecer de cincuenta años, de presencia noble y respetable, que se para contemplando la escena que tenia á la vista. Pamela de rodillas apoyaba sobre las suyas las piernas descarnadas de la pobre mujer, y se las enjugaba; en esta postura tenia la cabeza inclinada, y sus largos cabellos sueltos y sin órden ocultaban la mayor parte del rostro. Al ruido que hizo el desconocido levantó la cabeza; y al verle su rostro se cubrió de un virtuoso pudor que realzaba su belleza y daba más valor á la accion en que se ocupaba. Acompañaba á Pamela una criada inglesa á quien reconvino por el descuido de no cerrar la puerta; mas al oirla el desconocido exclamó en inglés: ¡Gracias al cielo, esta niña es paisana mia! Extremada fue la admiracion y turbacion de Pamela al ver al desconocido acercarse, tomar una silla y sentarse en frente de ella. En tanto que se apresuraba á envolver las piernas de la pobre para retirarse, el desconocido la dijo:

—¡Oh celestial criatura! el que no ha contemplado este cuadro sólo puede formarse una idea imperfecta de la impresion que producen la juventud y la belleza.

Y continuaba contemplando atentamente á Pamela. Tan absorto estaba en sus cavilaciones, que no reparaba en el empacho y turbacion que la causaba su presencia. Finalmente, Pamela se levantó, y despidiéndose de la mujer y del caballero con una mesurada cortesía, salió apresuradamente. Pocos dias despues volvió Pamela á verla, y esta la dijo que el desconocido permaneció cerca de una hora dirigiéndola mil preguntas acerca de ella; que deseó saber su nombre y el de quien la habia educado. Aquella noche recibió Felicia un billete que mostró á Pamela, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora: próximo á regresar á Inglaterra, no puedo determinarme á partir sin ofrecerme á la generosa dama que se ha dignado adoptar una huérfana inglesa. La amable Pamela honra demasiado á su patria y á la educacion que á V. debe para no inspirar el más vivo interes en el pecho de un inglés que cifra su mayor satisfaccion en contemplar la virtud. Cuento cincuenta años, y por tanto puedo decir sin rodeos que el espectáculo que presencié há pocos dias me produjo una impresion indeleble. Jamas se borrará de mi memoria la imágen de la hermosa Pamela de rodillas y lavando los piés de aquella desventurada paralítica. Supe que tenia en Inglaterra

parientes que rehusaban reconocerla: dígnese, señora, confiarme el secreto de su nacimiento, y por mi parte la ofrezco los servicios del padre más amante. Soy de V. con el mayor respeto, etc.—Cárlos Aresby.»

—Ah mamá, exclamó Pamela, no vea V. á ese inglés. V. es todo para mí: no procure, pues, darme á conocer á unos parientes que me abandonaron. Soy suya. ¿Qué me falta para ser feliz?

—Pero, hija mia, replicó Felicia, si supieses quién eres tendrias nombre y lograrias tu colocacion.

—V. me da el dulce nombre de hija y me permite que la consagre mi vida. ¿Qué le falta á mi dicha?

—Permite que le reciba; confieso que su admiracion por tí me aviva el deseo de conocerle. Sabe apreciarte: ¡qué mayor mérito para mí! Pero te prometo no decirle tu nombre sin tu consentimiento.

Con esta condicion convino Pamela en la visita del inglés, y á la mañana siguiente sir Aresby se presentó en casa de Felicia. Pasados los primeros cumplidos renovó sus ofrecimientos, suplicándola encarecidamente le confiase el nombre de la familia de Pamela; mas contestándole que esta se oponia á tal confidencia, sir Aresby suspiró y dijo:

—Me es muy sensible perder la esperanza de serla útil.

—Á lo ménos, replicó Pamela, no dude V. de mi agradecimiento. Me espanta la menor mudanza en mi suerte, pues hallo en el amor de mi querida y generosa bienhechora la felicidad que colma todos los deseos de mi corazon; pero no dejo de agradecer las bondades que V. me manifiesta.

Enternecido sir Aresby la miró, y dijo á Felicia:

—Parto á últimos de esta semana. ¿Podré esperar, señora, que V. me permita escribirla de vez en cuando?

Felicia se lo concedió, pidiéndole á la par su direccion.

—No vivo en Lóndres, replicó este; casi siempre estoy de viaje; pero si V. se digna escribirme á Lóndres con el sobre á la señora Selwin, llegarán á mis manos las cartas.

Ese nombre alteró á Felicia y turbó enteramente á Pamela. Sir Aresby lo advirtió y preguntó si conocia á aquella señora.

—De nombre.

—Pues es el mio.

—¿Cómo?

—Sí, señora; le dejé al casarme con una heredera, cuya mano no podia obtener sin tomar el nombre de su familia: diez años há que soy viudo y sin hijos.

—¿Tenia V. un hermano? preguntó Felicia con sobresalto.

—Dos tuve y los perdí. La señora Selwin es viuda del segundo, y el tercero... ¡ah, señora! aquel infeliz, ciego y descaminado por una pasion funesta, desconoció la autoridad paternal, fue desheredado, el arrepentimiento y el pesar abreviaron sus dias... Nuestro desgraciado padre le siguió al sepulcro. Yo estaba entónces ausente; una nueva série de contratiempos me obligó á prolongar mis viajes, y no regresé á Inglaterra sino al cabo de cuatro años. Supe la muerte de la viuda de mi hermano; supe asimismo que habia dejado una hija, y determiné buscarla y adoptarla. La criada en cuyo poder quedó acababa de morir; pero su marido me dijo que la desventurada huerfanita habia sobrevivido poco tiempo á su madre.

Al decir eso advirtió sir Aresby que Pamela intentaba en vano ocultar las lágrimas que inundaban su rostro. Admirado de tal agitacion y palidez la considera con sobresalto. Felicia, tan turbada como Pamela, la estrechaba la mano entre las suyas... De improviso, enajenada Pamela se levanta, y adelantándose con pasos trémulos hácia sir Aresby, dijo:

—Sí, debo darme á conocer al hermano de mi padre.

—¡Justo cielo! exclama sir Aresby precipitándose á ella.

Pamela sobrecogida de espanto retrocede y se arroja en brazos de Felicia.

—¡Oh madre mia! dijo derramando un raudal de lágrimas, ¡bienhechora mia! ¡De V. sola soy, conserve V. su hija, no la abandone! Cediendo el derecho que tiene sobre mí, ¡me dará la muerte!

Y apoyando la cabeza en el seno de Felicia cierra los ojos y pierde el sentido. Al verla en tal estado, desatinada Felicia báñale con lágrimas el rostro y clama socorro. Al fin vuelve en sí, abre los ojos, y Aresby tomándola una mano dice:

—Pamela, desecha esos vanos temores que me lastiman. Ni tengo el derecho, ni el inhumano deseo de arrancarte de los brazos de tu bienhechora; debes consagrarla todos los instantes de tu vida... ¡Ah! si eres aquella niña, la infeliz Selwin, cuya pérdida lloré tanto, hallarás en mí un amigo, un padre amoroso, incapaz de exigirte el menor sacrificio.

Esas razones llenaron de gozo el corazon de Pamela; abrazó á Felicia fuera de sí, y expresó á su tio su gozo y agradecimiento con aquella gracia y sensibilidad que la caracterizaban. Felicia presentó un cofrecito con las pruebas del nacimiento de Pamela. Leyó sir Aresby varias cartas y otros papeles que la criada de la señora Selwin entregara á Felicia, y como esta ofreció algunos regalos á la criada, fácilmente comprendieron que para no partirlos con su marido, supuso la muerte de la niña, persuadida de que la jóven Selwin jamas volveria á Inglaterra.

Colmados los deseos de sir Aresby al encontrar á su sobrina en aquella jóven, cuyas virtudes le impresionaron tanto, dispuso que tomase su nombre al punto, y poco tiempo despues, movido del tierno afecto que la profesaba, se estableció en Francia. La hermosa y sensible Pamela granjeóse sus beneficios con cariño y agradecimiento: nunca se separó de Felicia, siendo la más grata de sus obligaciones el cuidado de hacerla feliz.

Terminada esa narracion dió la baronesa la señal de retirarse; mas como todavía era temprano se obtuvo una prolongacion de la velada. Se hicieron algunas reflexiones acerca de la historia de Pamela, admirando su carácter y sensibilidad, y todos convinieron en que el agradecimiento es la más bella de todas las virtudes. No se cansaban de hablar de la virtuosa Alejandrina, notando que su ejemplo inspiró á Pamela la admiracion que caracteriza á los pechos hidalgos y excita el deseo de imitar una conducta sublime. Finalmente, se admiró tanto la feliz influencia que tuvo en la suerte de Pamela su beneficencia para con la paralítica, como el poder de la religion que presta una virtud tan sólida, un valor incontrastable y los únicos consuelos que hacen sobrellevar con paciencia por espacio de diez y ocho años el cúmulo de las miserias humanas.

Despues de comentar la historia de Pamela la baronesa se levantó para irse á acostar.

Trascurrieron algunos dias sin que se contaran nuevas historias, pero se velaba sin embargo. Una hermosa y clara luna convidaba á pasear, y todas las noches, al levantarse de la mesa, iban al jardin hasta las diez. La marquesa mostraba á sus hijos la belleza del firmamento tachonado de estrellas. Esta observacion inspiró el deseo de conocer las constelaciones, y el estudio de la esfera celeste, que hasta entónces estaba descuidado, se convirtió en el recreo favorito de la tarde. César sobretodo dedicóse á él con afan, y pareció envanecerse con los elogios que tributaban á su memoria.

Su madre lo advirtió y dijo un dia:

—¿Cómo es eso, César? ¿Olvidaste ya las reflexiones de Pamela sobre la modestia? Es cierto que esas reflexiones sólo reprochaban la vanidad que nos impulsa á elogiar las buenas acciones, pero tambien deben aplicarse al orgullo fundado en los conocimientos: la persona instruida no alardea de su ciencia; el mérito que no puede ser dudoso no inspira jactancia. Puede uno juzgarse muy instruido y sin embargo ser necio, consecuencia forzosa del error á que todos estamos sujetos. Los semisabios abrigan más que nadie ese deseo de fascinar con su instruccion; á favor de algunos conocimientos superficiales quieren pasar por eminentes, y sólo les ocupa el fatigoso anhelo de buscar ocasiones en que exhibirlos. Así debes comprender que

esa ridícula afectacion sólo pertenece á la medianía, y que el amor propio, que la produce, deberia por el contrario preservar de ella. Eso es lo que generalmente sucede, y es bastante para inspirar el deseo de ser modesto. Se han visto sin embargo algunos sugetos de verdadero mérito mostrar un orgullo insufrible, pero esos ejemplos son rarísimos y ni aun podré convencerme de que poseyesen el mérito que se les atribuye. En fin, de todos los vicios el orgullo es el que hace al hombre insociable, porque le despoja de todas las cualidades que forman el encanto de la sociedad. ¿En qué consisten la cortesía y el trato de gentes? En olvidarse á sí mismo, ocuparse de los demas, aprovechar las ocasiones de ensalzarlos, manifestar deseo de servirlos, de agradarlos; mostrarles dulzura, complacencia, consideraciones; persuadir sobretodo que nada se espera en cambio, pues es fuerza parecer como sorprendido y agradecer las más leves atenciones, los cumplimientos más comunes. Todas las fórmulas de cumplidos tienen ese sello de humildad: Suplico á V. que no se ocupe de mí... Suplico á V. que me trate con más franqueza... Tendria V. la bondad de... Me atreveria á rogar á V... etc. Y cuando se reciben elogios, deben oirse sonriendo, responder como en broma, tomarlos por chanzas, ó parecer convencido de que sólo se deben á la indulgencia. La misma humildad se nota en las acciones. Es preciso ceder el mejor puesto, pasar el último, parecer siempre favorecido, y confundirse en agradecimientos cuando se nos atiende. Claro es que los que inventaron esos cumplidos juzgaron que el medio más seguro de hacer agradable la sociedad era imponer á los que la componen la obligacion de ocultar su amor propio y afectar la mayor modestia; y debes comprender que es imposible la urbanidad con orgullo, porque es defecto que no se puede disimular. El tono de voz, los modales, las acciones, la fisonomía, todo le revela. Es, pues, forzoso para preservarse ó corregirse de tan despreciable vicio, no olvidar nada, pues se domina y oculta.

—Pero, mamá, el que tiene talento podrá reprimir su orgullo lo bastante para no decir inconveniencias.

—Nada de eso; el orgullo vuelve absurdo, quita el buen juicio, y es causa de que se olviden todas las conveniencias. Te citaré un ejemplo notable. Cárlos Dumoulin era un famoso letrado. Le consultaban de todo el reino, y rara vez se separaban los tribunales de sus decisiones, que gozaban en el foro de más autoridad que las leyes mismas. Pero manchó esa gloria con un orgullo tan ridículo como insensato. Se llamaba á sí propio doctor de Francia y Alemania, y escribia á la cabeza de todas sus consultas estas frases: Yo, que á nadie cedo, y á quien nadie puede enseñar cosa alguna... Juzga si se debe aborrecer un vicio que hace incurrir á un hom-

bre de talento en absurdos tan irritantes.

César se sorprendió del resultado de la conversacion y tomó la resolucion de observarse en adelante para que nunca pudieran sospechar que alardeaba de suficiencia.

Todos los niños se excedian buscando medios de agradar á su madre, y esta notaba con placer que las historias de las veladas y el ejemplo de Sidonia habian causado grande efecto en su corazon. Carolina y Pulqueria supieron que en una aldea inmediata se hallaba una pobre mujer próxima á ser madre, y determinaron hacerla la canastilla. César, ayudado del cestero de Champcery, se encargó de suministrar las cestas y excusabarajas en que debia llevarse la ropa, y fabricar, con la ayuda del carpintero, un armario para la madre. La marquesa aprobó estos proyectos: mandó recoger toda la ropa blanca vieja de la casa y entregarla á Carolina y Pulqueria, que al punto comenzaron la obra con afan. No era menor el de César, Agustin y Morel para concluir el armario. Cuando todo estuvo finalizado, los carpinteros y costureras pidieron permiso para llevar aquel regalo á la pobre aldeana.

—Consiento, dijo su madre. Pero ¿cómo os compondréis? De aquí á la aldea hay lo ménos media legua.

—Mamá, si V. lo permite llevaré el armario en un carro.

—Con mucho gusto.

—Ah mamá, exclamó Pulqueria, dénos V. licencia para que llevemos las envolturas montadas en borricos.

—Que me place, respondió la marquesa; yo que sólo llevaré un poco de dinero, iré á pié, y mañana por la mañana, despues de almorzar, nos pondrémos en camino.

Esa disposicion excitó un gozo inexplicable: en efecto, fácilmente se concibe cuán grato es unir con la satisfaccion de una buena accion el recreo de pasear en carro y en borricos.

Carolina, Pulqueria, César y Agustin pasaron el resto del dia en la mayor agitacion. Los aldeanos que debian dar los borricos y el carro recibieron aquella tarde veinte avisos á lo ménos. Carolina y Pulqueria arreglaron las envolturas en dos canastillas, para que no se equivocase la labor de la una con la de la otra. Es excusado añadir que cuidaron de atar con primor cada lio con cintas de color de rosa y azules, y que habia en las canastillas por lo ménos tantas cintas como labor. Al dia siguiente todos los niños estaban despiertos ántes de amanecer, esperando con impaciencia la hora de vestirse; almorzóse de prisa, y finalmente bajaron al patio, en donde esperaban los burros y el carro, del cual tiraban cuatro bueyes. Carolina y Pulqueria mon-

taron en los burros con las canastillas, llevando cada una por conductora á una muchacha de la aldea que iba á pié. César subió en el carro, y se sentó sobre el armario con Agustin y Morel: no es posible que un general victorioso en su carro de triunfo tuviese un aspecto más animoso ni semblante más satisfecho. La marquesa, acompañada del capellan, se colocó en medio de sus dos hijas para hablar con ellas, y en este órden se rompió la marcha. Á pesar del deseo que tenian de llegar á la aldea no pareció largo el camino: la alegría más sincera hacia que la conversacion fuese ruidosa y agradable. Se cantaba y gritaba con tanta más libertad, cuanto la marquesa, á quien nunca causó enfado el inocente gozo de la niñez, era la primera que daba el ejemplo. Se podia oir la comitiva mucho ántes de verla: las carcajadas y voces la anunciaban desde léjos, y varias veces atrajeron al camino desde los prados inmediatos á las muchachas que hilaban á la sombra de los sáuces y á los pastores que guardaban sus rebaños.

No cesó el alboroto hasta que se descubrió la casa de la aldeana: al regocijo siguió una dulce conmocion, y cuando llegaron á la puerta los niños estaban tan silenciosos como alborotados medio cuarto de hora ántes. Apéanse todos, dos hombres cargan con el armario, y seguidos de César, Morel y Agustin, entran los primeros en la casa. Carolina y Pulqueria toman las canastillas y van á ofrecérselas á la aldeana con indecible emocion. La marquesa le dió algun dinero y prometió volverla á ver más adelante.. Aquella pobre mujer manifestó un gozo y una gratitud tan viva que penetraron á la señora de Clemira y á sus hijos.

Al volver á la quinta no se habló de otra cosa; en lo restante del dia toda la conversacion recayó en lo mismo., y la marquesa dijo á sus hijos:

—Acordáos de la felicidad y alegría de que disfrutais hoy. Tened presente, hijos mios, toda la vida la dulce satisfaccion que habeis experimentado al formar el proyecto de socorrer á esa mujer, las conversaciones tan agradables que acerca de ella teniais, el gusto con que trabajabais, la actividad que os inspiraba tan agradable ocupacion, la agitacion en que estabais ayer, el instante precioso en que salímos de casa, y el regocijo, fiesta y alboroto en todo el camino: acordáos tambien de la emocion que sentisteis al descubrir la casita, y el enternecimiento que os penetró al ver á la mujer, y creed firmemente que nunca producirán las pasiones placeres tan vivos y una felicidad tan pura. Ademas, los goces que las pasiones proporcionan no son mas que ilusiones nocivas y frágiles, que es preciso perder, y que al disiparse dejan en el alma un vacío horroroso, mil recuerdos importunos, y muchas veces amargos arrepentimientos. Vosotros, por el contrario, ¡qué satisfaccion

tan grande experimentais! ¡qué dulce memoria os queda! ¡qué alabanzas tan lisonjeras habeis obtenido!

A esas palabras los tres niños se arrojaron en brazos de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creian firmemente que no podian ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud.

César suplicó despues á su madre que le concediese permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al hijo de aquella pobre mujer.

—Aun eres muy niño, respondió su madre, para ser padrino.

—Pero, mamá, yo he visto diez niños más jóvenes que yo.

—Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esa clase de adopcion es tanto más respetable cuanto la religion es quien la consagra.

—Dígame V. cuáles son las obligaciones de los padrinos y yo prometo cumplirlas exactamente.

—El padrino se obliga á proteger la criatura á la cual se pone uno de sus nombres; á encargarse de su colocacion, á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á proporcionarla cuantos auxilios haya menester.

—Ah mamá, ahora tengo más deseo de ser padrino, pues me obligará á obrar bien.

—Pues bien, lo serás.

—Y ¿quién de nosotras será la madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulqueria.

—Este honor, replicó la madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulqueria, que tambien serás madrina el verano próximo.

Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion de tan agradable dia, la baronesa contó aquella noche la historia siguiente.

VELADA VIGÉSIMA QUINTA.

OLIMPIA Y TEÓFILO, Ó LOS HERNEUTAS.

Todavía existe en las inmediaciones del Vézera, á los extremos del Lemosin, una antigua quinta notable solamente por la antigüedad y belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganados, edificada sobre una colina, desde la cual se descubre el rio y la bonita ciudad de Uzerche, formando una vista tan singular como grata. En esta soledad el baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba en la educacion de un hijo único y querido. Pasó el baron la mocedad en el mundo, del cual le alejó la necesidad más que su inclinacion, disipados la mayor parte de sus bienes y perdidas las brillantes esperanzas que tanto tiempo le alucinaran. Sin embargo, á pesar suyo echaba ménos el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarle, considerando su despecho filosofía, y juzgándose desengañado, cuando sólo estaba abatido y desanimado. Mas era sensible, amaba á su hijo, y Teófilo, que este era su nombre, hubiera sido digno por las virtudes que manifestaba de labrar la dicha de su padre. El baron frecuentaba una vecina suya llamada Eufrasia. Teófilo, que veia casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de esta, la cobró una aficion que su padre vió nacer con gusto. Era Olimpia huérfana y sin bienes; pero Eufrasia no tenia heredero, y el baron no ignoraba que estaba determinada á dejar la hacienda á su sobrina. Olimpia contaba dos años ménos que Teófilo: cuando cumplió diez y seis, el baron manifestó á Eufrasia sus miras, y aquella tarde Olimpia y Teófilo supieron que su casamiento estaba concertado. De allí á quince dias se firmó el contrato, obligándose Eufrasia á dejar todos sus bienes á una sobrina que habia criado y que amaba en extremo.

Lleno de gozo esperaba Teófilo con la mayor impaciencia el dia señalado para su casamiento. Era amado y lo sabia, porque en presencia de su padre y de Eufrasia obtuvo de Olimpia esta declaracion tan precisa para su dicha.

Llegó la víspera del dia feliz en que Teófilo y Olimpia debian unirse para siempre, en el cual cayó mala Eufrasia, y al quinto de su enfermedad recibió el baron una carta de Paris, en que le participaban que un pariente lejano acababa de morir, nombrándole su heredero universal. Este suceso, que ponia al baron en posesion de un rico caudal, le obligaba á partir sin dilacion á Paris. Era imposible verificar el casamiento ántes, porque Eufrasia estaba delirando hacia dos dias, y no podia firmar los contratos. Precisado Teófilo á acompañar á su padre, manifestó tan gran dolor, que el baron, para consolarle, suplicó á la triste Olimpia que le escribiese, añadiendo:

—Un padre se lo suplica á V. por su esposo.

Olimpia llorando prometió darles noticias de su tia, y por su parte el baron se obligó á no detenerse en Paris mas que seis semanas, partiendo aquel mismo dia con Teófilo.

Llegado á Paris tomó posesion de una magnífica casa y de una rica herencia. Presto se llenó aquella de una turba de amigos íntimos que en doce años no se habian acordado de él. Los primeros dias decia el baron: *Mis riquezas y buena mesa son las que atraen á estos viles desertores*; pero á poco el amor propio le persuadió de que sólo á su mérito debia las pruebas de cariño y atencion que le tributaban. Teófilo presentado de improviso en un mundo tan nuevo para él, no disfrutaba de los placeres que se le ofrecian. Pensando sólo en Olimpia esperaba con impaciencia el efecto de sus promesas: le habia ofrecido escribir, y no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió finalmente el baron noticias del Lemosin, en las que le participaban que Eufrasia habia muerto sin volver en su acuerdo ni testar, por lo cual la infeliz Olimpia quedaba reducida á una corta pension apénas suficiente para su subsistencia, retirándose á un convento de Tulle. Cuando Teófilo lo supo suplicó á su padre concluyese cuanto ántes sus negocios para volver al Lemosin, añadiendo que las desgracias de Olimpia le impulsaban á amarla más. El baron manifestó aprobar su pensamiento, prometiéndole apresurar la partida. Al punto escribió Teófilo á Olimpia una carta respetuosa y apasionada, prometiéndola que ántes de un mes estaria á sus piés. No extrañó Teófilo que Olimpia en los primeros instantes de su dolor no le escribiera; pero quince dias despues de este acontecimiento, careciendo de noticias entregóse á las más crueles inquietudes. El baron le consolaba, asegurándole que ya terminaban sus asuntos. Un dia que Teófilo más afligido que nunca estaba solo, entró el baron, y sentándose junto á él con rostro grave dijo:

—Acabo de recibir noticias de Olimpia.

Enajenado de gozo Teófilo, intenta tomar una carta que su padre tenia en la mano.

—Espera un poco, dijo el baron, modera esa impaciencia; las noticias nada tienen de agradables.

—¡Cielos! ¿Está mala Olimpia?

—No, goza de cabal salud; pero ya no es digna de tu amor.

—¡Ella! ¡Olimpia! Es imposible.

—Oye lo que me escribe un hombre respetable, y cuya probidad te es notoria.

—Y mostrando á su hijo la letra y firma de un caballero del Lemosin, cuyo testimonio no podia serle sospechoso, leyó el párrafo concerniente á Olimpia, que decia así:

«Puesto que me pregunta V. la verdad con tal franqueza, debo manifestársela sin disfraz. La señorita por quien V. pregunta se porta con una imprudencia perjudicial á su reputacion. Cuando murió su tia tomó la prudente determinacion de retirarse á un convento; pero salió de él al cabo de quince dias para irse á casa de una de sus amigas á quien trataba en Uzerche, la cual, casada dos años há, habita en una hacienda que posee en las inmediaciones de Tulle, y contando apénas veinte años, ha sido por desgrácia objeto de varias historias escandalosas. Esta tiene un hermano, mozo presuntuoso, cuya compañía no puede convenir á una señorita que estima su reputacion. Sin embargo, no es un grave delito: nadie duda que la sobrina de la virtuosa Eufrasia posee buenos principios y sólidas virtudes, atribuyéndose su inconsiderado proceder á su inocencia, á la falta de experiencia, y al culpable abandono de su tutor que la deja dueña absoluta de todas sus acciones; pero si V. escribe acerca de esto, estoy cierto que al punto cederá á sus justas representaciones por razon del enlace pactado, y todo se remediará si la señorita vuelve al convento, porque puedo asegurar á V. que hasta ahora no se ha observado en su conducta más que ligereza é imprudencia disculpable en su edad.»

Esta carta destrozó el corazon de Teófilo, quien sobresaltado y turbado por los celos veia un rival peligroso en el hermano de la amiga de Olimpia. No obstante, disimuló la inquietud que le devoraba, afectando la mayor confianza.

—No es eso todo, dijo su padre; la carta que acabas de oir es de un hombre circunspecto y que disculpa. Aquí tienes otra de mi mayordomo que se explica sin rodeos, y me avisa de ese rival, añadiendo que Olimpia no puede ignorar una pasion conocida de todos, que la autoriza permaneciendo en casa de su amiga; y en fin, que el hermano de esta

se jacta públicamente de que Olimpia le entrega todas tus cartas.

—Es un impostor, exclamó Teófilo: jamas creeré á Olimpia capaz de semejante perfidia.

—Es inconstante, replicó con serenidad el baron, pero no pérfida; no te engaña, pues no contestando á tus cartas ni á las mias, ese silencio explica su mudanza.

—No, no me engañarán falsas apariencias... Olimpia es inocente... La calumnian y debo vengarla: déjeme V. partir, padre mio. Permítame que vaya á explicarme con ella; deseo oirla, y castigar al atrevido... al mónstruo que se atreve á mancillar su reputacion.

En tanto que así hablaba derramaba un torrente de lágrimas: el exceso de su dolor manifestaba la crueldad de sus celos. Su padre, que leia cuanto pasaba en su alma, manifestó compadecerle y enternecerse, y dijo:

—Enviemos un propio á Tulle, llevará tu carta y esperará la respuesta, y si no te satisface, te permitiré que vayas.

Teófilo accedió, aunque de mala gana. Al punto escribió la carta más circunstanciada, instruyendo á Olimpia de cuanto se decia en contra suya.

—Una palabra sola, añadia, puede justificar á V.: permanezca si gusta en casa de su amiga, pero dígnese manifestarme que está pronta á cumplir la sagrada promesa que nos liga, y seré el más feliz de los hombres.

Aprobó el baron el contenido de la carta, y al punto la envió, volviendo el correo que con tanta impaciencia esperaba Teófilo al cabo de ocho dias. Iba á acostarse cuando el chasquido de un látigo le estremece, y vuela al cuarto de su padre. De allí á un instante entra el propio y le pregunta:

—¿Traes la respuesta?

—Sí, señor.

—Dámela.

—Señor, no es para V.

—¿Cómo?

—Es para el señor baron.

Y entregando al baron una caja y una carta, se retira.

—¿Qué significa esto? exclama el baron como admirado. ¿Qué contendrá la caja?

Trémulo é inmóvil Teófilo no se atreve á suplicar á su padre abra la carta. Rompe el baron el sobre, y lee en voz baja. Fijos los ojos de Teófilo en el rostro de su padre, se estremece al ver el espanto é indignacion que manifiesta.

—¡Cielos! exclama con voz entrecortada. ¿Qué le participan á V.?

—¡Armate de valor! Mas ¡qué digo! No le necesitarás. ¿Podrias acaso llorar un objeto tan despreciable?

Teófilo anonadado se desploma en una silla, y tomando la carta fatal que su padre le presenta, se le arrasan los ojos en lágrimas al conocer la letra y firma de Olimpia. ¿Quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?

«Puesto que se me deja la libertad de disponer de mí, debo manifestar á V. sin rodeos que sola la obediencia me obligaba á formar un lazo que no hubiera labrado mi dicha. Esta declaracion devuelve la libertad á entrambos. Acompaño á V. los regalos que mi querida y respetable tia me mandó aceptar y quedo de V. con el mayor respeto y veneracion, etc.

Olimpia.»

Despues de un largo silencio, Teófilo exclamó frenético:

—Yo me vengaré.

—¿De qué modo?

—Dando muerte á ese rival.

—Y ese rival, ¿qué te importa? ¿No debes despreciar y olvidar para siempre á una mujer indigna de tí?

—Sí, la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin pena; seria el hombre más vil si la conservase el menor cariño... ¡Traidora! bajo un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y candor ¡ocultar un alma tan falsa!

—Repito que no te engaña; no te ama y lo confiesa sin disfraz.

—Pero me amaba... estoy cierto de que me amaba... La han seducido, engañado; quizá ella misma se engaña en lo que escribe. ¡Ah si yo pudiese verla y hablarla!... ¡Déjeme V. ir!

—Toma, insensato, esa carta, vuélvela á leer, y avergüénzate de una pasion que sólo puede envilecerte.

—¡Oh padre mio! estoy loco, no sé lo que digo; compadézcame V., guíeme y no me abandone.

Pasaron juntos la noche el baron y el desventurado Teófilo, quien se acostó al amanecer, pero no halló sueño ni descanso, y todo el dia y noche siguiente se mantuvo en su estancia por tener el baron convidados á cenar. Al dia siguiente habló á solas con su padre, y prometiéndole olvidar á Olimpia la nombraba de continuo, unas veces pintándola como un mónstruo digno de su odio, otras disculpándola y tratando de conservarla á lo ménos un resto de estimacion.

—Pero en efecto, mamá, interrumpió Carolina, yo no hallo que Olimpia sea despreciable. Si es cierto que nunca amó á Teófilo no se la podia tachar de inconstancia; ademas Olimpia quedó pobre, Teófilo rico, y rehusaba

casarse porque no creia poderle hacer feliz. Este proceder me parece noble.

—Suponiendo que Olimpia nunca hubiese amado á Teófilo, cosa no muy probada ¿no le dijo ántes que sí? ¿no recibió su palabra prometiendo unirse á él?

—Es cierto; pero dice que su tia la obligó.

—Puesto que se pudo resolver á casarse con Teófilo por obediencia, debió despues de muerta su tia persistir en esta resolucion por respeto á su palabra. En fin, si Teófilo la inspiraba una aversion insuperable, ¿por qué no se lo confesaba á su tia? ó ¿por qué no la pidió tiempo, ó no la declaró que no podia consentir en tal union? No estaba bajo la autoridad sagrada de una madre, circunstancia que excusaria su resistencia.

—Es verdad, ahora empiezo á comprender que obró mal.

—Tened presente que nada puede dispensarnos de cumplir la palabra empeñada. La frase ni promesa no fue voluntaria, es una excusa que la conciencia desmiente, y de que nunca se vale la probidad. Entended que vuestra palabra debe ser inviolable; que no podeis faltar á ella sin deshonraros; preferid, pues, si es preciso, la muerte á la infamia de quebrantarla. En una palabra, si el temor ó amenazas os arrancan una promesa, no aumenteis la cobardía con la indeleble mancha del perjurio. Pero volvamos á Teófilo.

Ningun medio omitia su padre para distraerle de su pena. Le llevaba á menudo á casa de la condesa de Lisbé, en donde hallaban una lucida concurrencia. Tenia la condesa una hija de diez y siete años, cuya hermosura y gracias celebraba el baron continuamente. Sin embargo, la condesita de Lisbé no era bonita; y el cuidado que ponia en adornarse manifestaba el deseo que abrigaba de parecerlo. Hablaba mucho, reia á menudo, bailaba bien, y tenia maestros de todas clases, lo cual era más que suficiente para que los amigos de la casa dijesen que la condesita era bonita, amable, y un conjunto de atractivos y habilidades. Pero Teófilo estaba léjos de opinar así; parecíale afectada, llena de presuncion y muy coqueta, le cansaban su risa violenta y sus monadas, pareciéndole inaguantable cuando se acordaba de la amena conversacion y gracias de Olimpia.

Á fines del invierno entró Teófilo en el regimiento del hermano de la condesita, y siguió á su coronel. Al cabo de cinco meses volvió á Paris, notando su padre que le asediaba la misma melancolía; pero advirtió gozoso que ya no hablaba de Olimpia. Hacia ya cerca de un año que salieron del Lemosin. Á los ocho dias el baron se encerró con él noticiándole que pensaba casarle, y añadiendo que deseaba lo efectuase con la condesita de

Lisbé. Respondióle Teófilo sin rodeos que le repugnaba el casamiento y la condesita. El baron le refirió con prolija ponderacion las ventajas del brillante enlace que le proponia. Teófilo le escuchó indiferente, y respondió que no conocia otra ambicion que la de distinguirse en el servicio. Enfadóse el baron, declarando que habia empeñado su palabra á la familia de la condesita. Teófilo afligido pidió algun tiempo para determinarse á contraer una union tan contraria á su inclinacion; pero sólo pudo obtener ocho dias. Gran parte de aquella noche la pasó discurriendo acerca de su suerte. Se acordó de los elogios que el baron prodigaba desde el principio á la condesita, de su estrecha amistad con aquella familia, anterior á la carta de Olimpia, y otras varias circunstancias que le persuadieron de su conducta artificiosa, y del proyecto de casarle con la condesita, al tiempo que fingia aspirar á efectuarlo con Olimpia. Mil confusas sospechas se presentaron en tropel á su imaginacion: discurrió que acaso hubiesen extraviado sus cartas y las de Olimpia para malquistarlos.

No se entregó sin escrúpulo á estas ideas tan ofensivas á su padre; pero cada nueva reflexion les daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar tal incertidumbre, tomó el partido de partir con sigilo la noche siguiente al Lemosin, para tener una conferencia con Olimpia. Ignoraba su paradero: seis meses habia que ni aun su nombre se atrevia á pronunciar, y se horrorizaba al pensar que quizá la hallaria ya casada; pero no fue suficiente este cruel temor para detenerle. Al dia siguiente ocultó á su padre su agitacion y sobresalto, confiando parte de su secreto á uno de sus amigos, quien le cedió un criado para que le acompañase, y á las dos de la madrugada salió de casa sin ser notado, montó á caballo y tomó la posta para el Lemosin.

Encaminóse derecho á Tulle, adonde llegó al anochecer del tercer dia. Pidió un cuarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas acerca de Olimpia, sabiendo con inexplicable gozo que no estaba casada, si bien lo demas que le refirió la huéspeda anubló gran parte esta alegría. Díjole que nadie dudaba del amor de Olimpia al hermano de su amiga; que habitó ocho meses la casa de esta; y que en fin, no queriendo casarse con ella el jóven á quien sacrificara un enlace más ventajoso, desesperada intentó volver al convento, pero que negándose á admitirla las religiosas, se habia ido á Uzerche, á casa de su tutor, que vivia en una hacienda inmediata á aquella ciudad, cuyo paso acababa de perderla en el concepto público, porque su tutor no era casado, reputándosele por hombre sin principios y de mala conducta, y que vivia con una mujer de mala vida á quien profesaba Olimpia estrecha amistad. A pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en verla, y al punto se encaminó á Uzerche.

Dispuso que le guiasen á la quinta del tutor de Olimpia, dejando los caballos y el criado en un meson, y recatándose en una capa y bajo la ancha falda de un sombrero, se presentó turbado á la puerta de la quinta, donde le dijeron que el amo estaba ausente hacia ya más de seis semanas, y que sólo quedaban la señora Rocher, que era la mujer de quien hablara la huéspeda, y Olimpia. Serian las ocho de la noche; atravesó Teófilo un patio muy oscuro, y guiado por una criada dirigióse á la estancia de Olimpia. Su turbacion era tal que apénas podia tenerse en pié, y sin embargo de su afan por ver á Olimpia, no le pesó no hallarla, pues tenia un instante de respiro. La criada, á quien ocultó su nombre, salió para avisarla, y Teófilo quedó solo. No pudo mirar sin enternecerse los objetos que le rodeaban: el clave de Olimpia, su escribanía, tocador, y sobretodo su canario encerrado en la jaula. Al instante conoció á aquel pajarito que regalara á Olimpia la víspera del dia en que se separaron.

—¡Pobre animalito! exclamó, eras cosa mia, y sin embargo te conserva Olimpia.

Enternecido abrió la jaula, sacó el pajarito y lo abrigó en su seno. Alcteando el canario contra el corazon palpitante de Teófilo, pronunció claramente estas palabras (*): Amo á Teófilo, las cuales penetraron su alma, de manera que enajenado y fuera de sí no se atrevia á dar crédito á lo que oia, cuando el pájaro repitió otras dos veces: Amo á Teófilo.

—¡Ah! ya no me es posible dudar, exclamó. Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras. ¡Cuántas veces habrá necesitado repetirlas para enseñárselas á esta avecita, imaginándose que nunca las oiria!... ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel á tu primer amor, eres inocente!... Sin duda me juzgas culpado, y me amas. ¡Conservas este pajarito, y te dignas escucharle!

Y besaba enajenado de gozo el canario, el cual correspondia á sus caricias batiendo las alitas y repitiendo á cada instante: Amo á Teófilo.

De improviso oye pasos y se estremece; reconoce las leves pisadas de Olimpia, y le parece oir el roce de su vestido. Arrójase á la puerta, que se abre dando paso á Olimpia, á cuyos piés se precipita. El canario se escapa, y vuela á pararse en el hombro de su ama, pronunciando el nombre de Teófilo; prorumpe Olimpia en un grito penetrante y trata de huir; Teófilo la detiene, y pálida y temblando cae en una silla sin fuerza para pro-

(*) Aunque no es muy comun que hablen los canarios, con todo no es imposible, y esto basta para descargo de la autora: véase lo que dice en la palabra *canario* el primer tomo de la enciclopedia traducida al castellano.

ferir ni una sola palabra. Siempre á sus piés Teófilo sólo acierta á explicarse con lágrimas. El pajarito únicamente es el que conserva la facultad de hablar, y gozoso de ver á su ama, repite mil veces su leccion. Turbada Olimpia, confusa é irritada, rompe al fin el silencio, y con voz cortada dice:

—Á nadie sino á mí crea V.: debo aborrecerle, despreciarle, olvidarle.

—Olimpia, amada Olimpia, dígnese V. oirme. Estoy libre, siempre soy fiel, nos han engañado; esta preciosa avecita acaba de demostrarme mi error. Escuche V. tambien mi justificacion.

—¿Cómo podrá V. excusarse de no haber contestado á mis cartas?

—¡Las de V.! Ni una sola he recibido, y la escribí más de veinte.

Estas palabras acabaron de disipar las dudas de Olimpia: era inocente y cándida, y por consiguiente fácil de persuadir. No pudo reprimir sus lágrimas, y alzando los ojos al cielo exclamó:

—¡Ah Teófilo! puesto que siempre es V. el mismo, no me quejaré ya más de las traiciones y perfidias que he experimentado.

Teófilo se consideró el hombre más dichoso del mundo. Despues de manifestarla su alegría y agradecimiento, refirió cuanto le habia acaecido. Olimpia le escuchó entre admirada y enternecida, y tomando la palabra dijo que, destituida de guia y consejos, no imaginó faltar á su reputacion cediendo á las instancias de su amiga, á fin de que fuése á vivir con ella; que en su casa, siempre encerrada con el canario, no recibia mas visita que uno de sus parientes, el cual bajo el velo de la compasion y amistad ocultaba los más viles designios; que confió algo en este sugeto, y le descubrió la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que en fin, aquel pérfido confidente la dijo que Teófilo no la amaba ya y que estaba prendado de la condesita de Lisbé.

—Mostróme, prosiguió, varias cartas del padre de V. que acabaron de manifestarme que sólo el honor podria determinarle á cumplir la palabra que empeñó. No dudé entónces en romper con V. para siempre, y demasiado vana para manifestarle las penas de mi corazon, le escribí la carta que leyó. Entregada á mi afliccion y creyendo aborrecer á V., ese pajarito me era odioso; no podia escuchar sin enfado las palabras que con tanto gusto le enseñara. Una tarde abrí la ventana y le eché á volar. Sacrificado así, le eché de ménos, y me avergonzaba; pero persuadiéndome de que no le apreciaba por él solamente, me levanté á media noche, abrí la ventana y le llamé mil veces: en vano, no volvió, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. Apénas comenzaba á rayar el dia cuando bajé al jardin, donde me senté llorando; de improviso oigo una vocecita que pronunciaba muy bajo Teófilo. ¡Imagínese V. cuál fue mi gozo! El único, Teófilo, que he tenido durante la

ausencia de V. Hallé á mi pobre pajarito sobre un rosal: estaba espantado, temblando, y cubierto el rosal de las plumas que habia perdido. Cogíle y le cuidé, determinada á conservarle hasta que supiese de cierto el casamiento de V. Estaba resuelta á no volverle á ver, pero al tiempo que renunciaba á nuestra union, no podia persuadirme de que Teófilo fuese capaz de formar otra, figurándome que los remordimientos no le permitirian casarse con la que preferia: nunca le perdonaré, seré inflexible; pero puedo guardar el canario, pues lo ignorará; le ocultaré á la vista de todos; yo sola le oiré hablar.

Seis meses permanecí en casa de mi amiga. En este tiempo mi indigno confidente me propuso su mano, ofrecimiento que me le tornó sospechoso. Díjele que no volviese, y para vengarse me notició que mi reputacion estaba malparada; que la persona en cuya casa moraba habia perdido la suya, y que se me imputaba amar á su hermano. Estos avisos tardíos me parecieron calumnias. Con todo, examiné la conducta de mi amiga, y á poco tiempo conocí ser cierto cuanto me dijeron. Resolví volver á Tulle al convento de donde salí con tanta imprudencia. Las monjas, mal informadas, se negaron á admitirme. Humillada, vendida, abandonada y con mi inocencia por único apoyo vine á este lugar á pedir á mi tutor me aconsejase. No era mi intento pedirle asilo, pues no era decente que yo habitase la casa de un hombre soltero; pero fuí más afortunada de lo que esperaba. Al llegar hallé á mi tutor pronto á emprender un viajé de dos meses, el cual me presentó á una señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias, y que se hospeda en esta casa por algun tiempo. La señora Rocher, que este es su nombre, tan amable como virtuosa, me ha referido su historia, que seria asunto de una excelente novela; en fin, cuento permanecer aquí todo el tiempo que ella esté.

Cesó de hablar Olimpia, y Teófilo enternecido dijo suspirando:

—¡Ah! no debemos atribuir nuestras desgracias mas que á esa inocencia, á ese candor que la caracterizan á V. Esas virtudes angélicas han proporcionado armas á la calumnia para denigrarla; ellas son la venda fatal que la ciega á V. ¿Se imagina V. por ejemplo que está en un asilo decente y seguro?

—Pues ¿qué?...

—Esa mujer que estima V. tanto, es una infame ramera.

—¡Cielos!

—Lo que de ella supe en Tulle me fue confirmado de nuevo en el lugar.

—¡Oh tia mia! exclamó Olimpia deshecha en lágrimas; al perderte sólo sentí el dolor que inspira el afecto más tierno y una justa gratitud, sin

comprender como ahora toda la extension de mi desgracia. ¡Insensata! no sabia lo preciso que me era un guia... ¡Oh cielos! ¿Cómo es posible con intenciones tan puras perder la reputacion y la honra? ¿Será posible que el amor á la virtud no supla á la experiencia?

—¡Tranquilícese V. en nombre de Dios! Considere que nuestros males se acabaron, puesto que estamos desengañados. El vínculo que nos une es el más sagrado, el más santo.

—Pero su padre de V. desea romperle, interceptó mis cartas y las de V. ántes que hablasen mal de mí.

—Intentó, no lo dude V., acrisolar nuestro amor; despues dió asenso á relatos falsos, justificados por las falsas apariencias, lo cual excusa su conducta. Pero cuando sepa lo que V. me refiere, con solo el lance del canario, le verá V. suplicarla que se efectúe esta union que el agradecimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.

Fácilmente se cree lo que se desea, y más á los diez y siete años. No dudó Olimpia que el baron, conociendo su error, se apresuraria á reparar su injusticia. Tranquila ya para el porvenir, no pensó sino en lo presente. Deseaba salir de casa de su tutor; pero ¿qué asilo buscaria en tanto que Teófilo convencia á su padre? Sólo conocia dos ó tres antiguos amigos de su tia, á quienes no habia visto desde su muerte, y que prevenidos contra ella se negarian á admitirla; y como en Uzerche no existia convento, determinóse á ir al dia siguiente á Brives, y entrar en uno miéntras no llegasen noticias de Teófilo, quien regresaria el mismo dia á Paris. Teófilo obtuvo que le recibiria aun el dia siguiente, y que no se separarian hasta concertar las medidas que debian tomar.

De vuelta á su posada recibió una mala noticia: su lacayo le participó que habia observado rondar la casa cuatro ó cinco hombres al parecer disfrazados, y que preguntaban mucho á la huéspeda. Apénas acababa su relato el criado, cuando Teófilo oyó ruido en la escalera.

—¡Sin duda, exclamó, vienen á prenderme!

Echa mano á las pistolas que tenia prevenidas, y se encamina á la puerta. En aquel instante entra el apoderado de su padre en Paris, á quien pregunta:

—Dumont, ¿viene V. á buscarme de parte de mi padre?

—Sí, señor, respondió Dumont turbado al ver las pistolas.

—Y ¿con intencion de llevarme por fuerza?

—Yo, señor... espero que la obediencia de V. á su padre... pero no debo ocultarle que traigo una órden del rey.

—Con una de mi padre bastaba, y puesto que desea me vuelva con V.,

volveré; pero declaro que no será sin hablar ántes con la persona por quien estoy aquí.

—Pero ¡señor!

—Cesen las dificultades, pues no las escucho.

—La órden es que marche V. al punto.

—Una obligacion sagrada me detiene aquí algunas horas... Necesito volver á la quinta. Ahora son las once, las puertas estarán cerradas y todos acostados; no intento despertar á nadie, ni alborotar la casa; por consiguiente pasaré la noche aquí. Al amanecer iré á la quinta, permaneceré en ella una hora, y despues le seguiré á V.

—El señor baron llevará muy á mal...

—Espero que me oirá y se dignará admitir mi disculpa: yo respondo de todo. Puede V. si gusta esperarme en esta estancia: no pretendo huir, y aun le empeño mi palabra de honor de no intentarlo.

Comprendiendo Dumont que Teófilo estaba resuelto á no partir hasta el dia siguiente y no dejar sus pistolas, convino en esperarle y se retiró á una pieza inmediata. El resto de la noche lo pasó Teófilo paseándose y pensando en la conversacion que tendria con Olimpia. Luego que amaneció llamó á Dumont y le propuso acompañarle hasta las puertas de la quinta; Dumont le hizo varias observaciones, pero cedió ante la entereza de Teófilo. Acompañado de dos hombres le siguió á lo léjos, exigiéndole promesa de no detenerse mas que una hora con Olimpia. Al llegar á la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir, pues como la quinta sólo distaba un cuarto de legua de la iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrasia, deseaba ántes regar con su postrer llanto el sepulcro de su tia.

Teófilo se dirige en busca de Olimpia á pesar de la repugnancia de Dumont. Al entrar en la iglesia se paró á la puerta para contemplarla sola en medio de la nave y arrodillada sobre la sepultura de Eufrasia. Su actitud, la santidad del lugar y el aspecto de aquella misma iglesia, en la cual, á no morir Eufrasia, recibiera la mano de Olimpia, causaron una conmocion inexplicable en su pecho. Adelantóse hácia Olimpia, quien levanta la cabeza al ruido de las pisadas y le muestra su rostro bañado en llanto. Acércase Teófilo y cae de rodillas á su lado. Admirada Olimpia de verle, y sobretodo movida de la alteracion que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo, tomándola una mano y estrechándola fuertemente entre las suyas, exclamó:

—¡Oh respetable Eufrasia! ¡si vivieras, aquí mismo recibiria yo esta mano querida que me prometiste! ¡En este sitio un juramento sagrado uniera para siempre á Olimpia y á Teófilo!... Pero repito la misma promesa.

Sí, Olimpia, juro ser tuyo miéntras viva, poniendo por testigo al Sér Supremo que nos oye y lee en mi corazon.

—No más, exclama trémula Olimpia, no más, Teófilo. Tema V. ¡infeliz de mí! tema V. prestar un juramento temerario.

—Porque es inviolable le presto gustoso.

—Y ¿si su padre de V. lo reprueba?

—No le asiste derecho alguno. ¿Intentará acaso romper un lazo formado por él mismo?... Si es cierto, Olimpia, que V. me ama, dígnese concederme una prueba; prométame V. unir su suerte á la mia en esta misma iglesia, en la cual determinaron nuestros parientes unirnos. Delante de este altar en donde debí recibir su preciosa mano, y en fin sobre el sepulcro de la que la sirvió de madre y que la mandó me aceptase por esposo.

—¡Ah! ¿Qué pretende V.? dijo Olimpia. ¿Por ventura podemos disponer de nosotros?

Intentó Olimpia retirar su trémula mano, que Teófilo estrechaba entre las suyas.

—Olimpia, exclamó este, ¿pretende V. abandonarme ú olvidarme?... Tema mi despecho y desesperacion.

El tono con que profirió estas palabras hizo estremecer á Olimpia, quien perdió el color, y mirándole con temor y encogimiento dijo en voz baja:

—Basta, yo me obligo con los mismos juramentos que V. acaba de formular.

Dió Teófilo las gracias con los términos más afectuosos al cielo y á la triste Olimpia, quien pálida, inquieta y turbada con funestos presentimientos, clavados los ojos en el sepulcro participaba de los afectos de Teófilo sin gozar de su alegría.

Entrando á este tiempo el sacristan en la iglesia, Teófilo suplicó á Olimpia le concediese una conferencia en casa del cura, que vivia al lado, y Olimpia convino en ello. Entónces la notició la llegada de Dumont, cuya nueva la consternó.

—¡Ah Teófilo, exclamó llorando, qué juramento he prestado, y en qué ocasion, cuando su padre irritado le llama para mandarle que me olvide!

—¡Olvidar! No, ya es V. mia, la muerte sola puede separarnos... Deseche V., amada Olimpia, esos temores que ofenden á mi padre; cuando sepa lo que ha pasado, cuando el amor, el honor y la verdad justifiquen á V. por mi boca, sé que aprobará mi amor: me aprecia, no es cruel, inhumano, ni vil.

—Pero es ambicioso.

—Y ¿podrá más en su pecho la ambicion que la justicia y la naturale-

za?... Estoy cierto de obtener su consentimiento; lo único que temo es alguna dilacion, pero V. puede disipar todas mis inquietudes.

—¿Cómo?

—Siguiéndome á Paris.

—¡Qué dice V.!

—Esta proposicion no puede ofender ni menoscabar lo más mínimo de su honra y decoro, pues no irémos juntos.

—Y ¿cuál seria mi asilo en Paris?

—Yo puedo disponer de la casa de uno de mis amigos.

—¡Cómo! vivir en casa de un hombre, y sin duda de la edad de V.... Eso no, jamas.

Para acabarla de determinar Teófilo se permitió velar la verdad: pintó á Derval como sugeto de juicio y edad madura, asegurando que era respetable por su experiencia y genio, añadiendo:

—Ademas, V. no le verá, porque está ausente, y al cabo de veinte y cuatro horas habré yo encontrado asilo en un convento. En fin, no puedo resolverme á dejarla á V. aquí; demasiado me ha costado estar separados. Nada opondrá mi padre á lo que yo le diga, pero no nos volvamos á exponer á ser víctimas de algun nuevo artificio. ¡Oh amada Olimpia! siga V. á su esposo, siga V. al hombre feliz con quien el más santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse en el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi padre, y que sea imposible engañarnos ó hallar pretextos para diferir nuestra union.

—¡Ah! dijo Olimpia. ¿Qué se hicieron todas mis resoluciones? Esta noche, pensando en V., me afligia de que mi indiscreto pajarito le diera á conocer los sentimientos que yo debia ocultar; me arrepentia de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba á no verle hoy y á partir ántes de la hora convenida. Pero ¡ay de mí! en la iglesia misma donde V. me encuentra, al pié del altar en donde prometí á Dios sacrificar, si era preciso, una inclinacion desgraciada, mi boca profirió el imprudente juramento que V. dictó. Y ¿ahora exige V. que le siga y que vaya á exponerme á los desprecios de su padre, que me desconoce?

—No recuerda V. que está mal informado, y yo le desengañaré... Hágale V. justicia, y verá como la pide perdon, no lo dude... En fin ya no es V. dueña de sí misma; estamos unidos con un vínculo que ningun poder humano puede romper. ¡No nos separemos más!... Los instantes son preciosos... me están esperando, y es preciso que nos separemos... Partiré desesperado si se niega V. á seguirme.

—¡Cómo! exclamó dolorosamente Olimpia, ¡no me deja V. ni siquiera el

tiempo preciso para reflexionar sobre las consecuencias de accion tan temeraria!... ¡Ah Teófilo, V. abusa de mi condescendencia!

No pudo proseguir porque las lágrimas la embargaron la voz. Reiteró Teófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan ardorosamente. Olimpia tomó las señas de la casa adonde debia apearse en Paris con un nombre supuesto y prometió llorando partir al dia siguiente. Entónces Teófilo, colmados sus deseos, fué á incorporarse á Dumont, y subiendo con él en una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino de Paris. Iba Teófilo gozoso no imaginándose que su padre desaprobase su accion despues de oirle; pero al paso que se acercaba á la córte disminuian sus esperanzas, pues se acordaba de la ambicion y artificiosa conducta de su padre. Las dudas, los temores é inquietudes iban ocupando el lugar de la confianza, y llegó á Paris en un estado de abatimiento que casi rayaba en desesperacion. Eran las nueve de la noche cuando llegó á su casa.

El recibimiento de los criados le manifestó claramente la indignacion de su padre, no viendo sino rostros tristes ó severos. Unos le examinaban con maligna curiosidad, otros se encogian de hombros, otros en fin se detenian para dejarle pasar bajando la vista con aire triste y consternado. Ninguno le habló. Al subir la escalera encontró á un antiguo ayuda de cámara del baron, que le entregó un billete con mucho misterio. Intentó ver á su padre.

—No, señor, le dijo el ayuda de cámara con aspereza, hoy no puede V. verle.

—Pues qué ¿mi padre se niega á oirme?

—Ese billete...

—¡Ah, perdido soy! exclamó Teófilo.

Y se encaminó á su estancia, donde abrió temblando la carta del baron, que contenia estas palabras:

«¿No es ya mi hijo un ingrato, un rebelde? No volveré á verte, ni tendrás libertad hasta que me prometas formalmente por escrito una obediencia sin límites.»

Despues de leida tan formidable sentencia, quedóse algun tiempo inmóvil como herido de un rayo, y valiéndose de todo su ánimo, dijo:

—Pues bien, estaré preso.

Pero una dolorosa reflexion aniquiló en breve su valor. Dentro de dos dias debia llegar Olimpia. ¿Qué pensaria no hallándole? Mas discurriendo que quizá no podria ir á prevenir á Derval, el lacayo de este que le acompañó estaba encargado de entregarle una carta que contenia las circunstancias del favor que de él esperaba, participándole que una señorita con el nombre de señorita Forlis llegaria dentro de dos dias, y suplicábale que la hospedase

por solas veinte y cuatro horas. El portador de la carta se separó de Teófilo á las puertas de Paris, prometiendo entregarla al punto. Seguro de que Olimpia lo hallaria todo dispuesto en caso de que llegase al dia siguiente, determinóse Teófilo á pasar dos dias sin contestar á su padre, esperando que esta apariencia de entereza obligaria al baron á deponer parte de su severidad y perdonarle sin condiciones.

Encerrado en su aposento pasó estos dos crueles dias, lisonjeándose á cada instante de que su padre iria á verle ó le enviaria á llamar: cada vez que un criado entraba ó que abrian la puerta se levantaba temblando; imaginábase oir la voz de su padre ó que le traian órden suya para hablarle. Á la mitad del segundo dia su agitacion y desasosiego llegaron al colmo; la idea de que Olimpia llegaria aquella tarde le despedazaba. Esta era su situacion cuando un nuevo incidente fijó su irresolucion. Ofendido el criado que le servia de que confiara en un criado ajeno, descubrió con grande gozo que el baron mandó prender al que le acompañaba, y para mortificarle se lo participó al punto.

—Y ¿cuándo? preguntó temblando Teófilo.

—El dia mismo que V. llegó; la órden estaba dada de antemano. Apénas el pobre muchacho se separó de V., cuando le echaron el guante y ya está á la sombra.

Esta nueva acabó de abatir á Teófilo. Si Olimpia habia llegado, no estando prevenido Derval, era fijo que no la admitiria. ¿Qué pensaria, pues, ó qué partido habia de tomar? Ademas si registraba al preso, el baron hallaria la carta, y estas reflexiones eran á cuál más dolorosas. Deseando finalmente saber su suerte, apeló al único medio que podia volverle la libertad y proporcionarle los medios de ofrecer un asilo á Olimpia, ó quizá libertarla de una situacion cruel en caso que ya hubiese llegado. Escribió á su padre; su mano trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras:

«Padre mio: prometo á V. obediencia ilimitada; pero á lo ménos dígnese V. escucharme.»

Un instante despues de enviar este billete, llegó el ayuda de cámara del baron que venia á buscarle.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque determinado á fingir, baja Teófilo al punto mismo al despacho del baron, que salió á recibirle, le abrazó y apretó la mano afectuosamente, haciéndole sentar á su lado. Despues de un breve silencio causado por el mútuo empacho, procurando el baron manifestar un aire desembarazado y contento, dijo:

—Olvidemos, hijo mio, lo pasado, pues como me prometes obediencia sin límites, cuento con ella, y te vuelvo mi confianza y amor. Estoy persuadido

de que la persona que has visto en el Lemosin no perdonaria medio alguno para seducirte y malquistarme contigo, diciendo que he extraviado sus cartas y las tuyas; este es el artificio de que me he valido; tu interes y mi afecto lo excusan. Fuera de eso nada exageré en cuanto te referí de esa persona, cuya conducta la ha hecho indigna de tí. Comprendo que procuraria persuadirte que está inocente, pero no habrá podido ocultarte que perdió su reputacion. La última casa en que vivió y su actual amistad con la más vil de las mujeres acaban de desacreditarla; por tanto, ya sea su conducta efecto de la imprudencia ó del vicio, está deshonrada, y basta; esa union seria un oprobio para tí; ademas de que yo no me obligué con su tia sino bajo la expresa condicion de que la dejaria por heredera: Eufrasia murió sin verificarlo, y tal circunstancia en rigor anula la palabra que yo empeñé.

Á estas razones dictadas por la ambicion, la codicia y mala fe, pudiera responder Teófilo que el baron exageraba los yerros de Olimpia; que su reputacion estaba empañada, pero no perdida; que sus pocos años y la funesta independencia en que se hallaba, inclinaban hácia la indulgencia á las personas sensatas; que era injusto condenarla sin oirla, y muy extraño desechar y suprimir sus cartas ántes de que se la pudiese creer culpada; que en cuanto á la falta de bienes, el mismo baron conocia la imposibilidad de alegar tal causa para romper un enlace tan público y tan solemne, y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en el tiempo de la muerte de Eufrasia no se nombró ese pretexto de faltar á su palabra, pretexto que las leyes darian tal vez por suficiente, pero que la virtud y el honor, más severos y delicados que la ley, despreciarian por indigno. Finalmente, que aun suponiendo que Olimpia heredara á su tia, como no podia existir comparacion alguna entre esta corta herencia y la actual fortuna del baron, tal suceso no atenuaba las miras de interes. Esto pensó Teófilo, pero notando que el baron estaba resuelto á no ceder, y por otra parte impaciente por estar libre para ir á casa de Derval, no le respondió, y sólo pensó en conocer si el baron sabia algo de la carta que escribió á Derval y entregó al criado preso; pero en breve perdió el temor.

Encubriendo sus mortales inquietudes y el más amargo pesar bajo un aire humilde y sumiso, aseguró de nuevo á su padre su entera obediencia. Volvióle á abrazar el baron, y un cruel remordimiento le demostró cuán horrible es engañar á un padre, aun cuando la injusticia, el artificio y la violencia parece que le obligasen.

—Ya sabes, hijo mio, prosiguió el baron, mi compromiso con la familia de la condesita de Lisbé; es preciso terminar este asunto sin demora.

Estas palabras estremecieron á Teófilo, pero el baron, manifestando no reparar en su turbacion, prosiguió:

—Como la señora de Lisbé está en Versalles y no volverá hasta pasado mañana, aquella misma noche te presentarás á su hija en calidad de esposo, y al dia siguiente quedaréis desposados.

—Padre mio, replicó el infeliz Teófilo, vuelvo á repetir que estoy pronto á obedecer.

Esta nueva protesta valió á Teófilo mil elogios que le colmaron de amargura. Observando en fin por esta conversacion que el baron no estaba enterado de la carta, tocó el asunto que más le importaba diciendo:

—¿Podré visitar á mis amigos esta noche? Tengo gran necesidad de distraccion.

—Como gustes; no te ocultaré sin embargo que haré celarte hasta que estés casado, pero eres dueño de salir cuando te parezca; sólo exijo que sea en coche y que lleves dos lacayos.

Aprovechóse Teófilo de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. Pero miéntras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derval. Aquel dia habia estado de caza; y de vuelta á las tres de la tarde convidó á comer á siete ú ocho amigos tan calaveras como él. Esta tertulia tan alegre como de poco juicio debia pasar el dia en casa de Derval. Á los postres, cuando ya el vino de champaña empezaba á calentar los cascos, entró un criado á decir á Derval que una señora solicitaba permiso para entrar.

—Y ¿cómo se llama? preguntó Derval.

—La señorita Forlis.

—¡Cielos, interrumpió Pulqueria, ese era el nombre supuesto de Olimpia!

—Justamente, replicó la marquesa, era Olimpia misma, que juzgando á Derval avisado, esperaba ser recibida en la casa y permanecer en ella veinte y cuatro horas, en tanto que el grave y respetable Derval (porque así le llamó Teófilo) estaria ausente.

—¡La señorita Forlis! dijo Derval riéndose. Parece nombre de comedia. Y ¿qué traza tiene?

—Es jóven y hermosa.

—Que venga, que venga, clamaron á un tiempo todos.

—Voy á buscarla, dijo el lacayo.

Olimpia con su silla de posta y su doncella esperaba á la puerta; ábrese esta, entra la silla en el patio, un lacayo sale á recibirla y la conduce por una escalera secreta. Olimpia trémula, turbada y cansada del viaje su-

Intenta huir, pero la detienen rodeándola.

bia apoyada en el brazo de la doncella. Despues de atravesar un largo corredor, abre el lacayo una mampara y se retira: Olimpia y la doncella entran, y vuelve á cerrarse. Figuráos, si es posible, la turbacion y sobrecogimiento de Olimpia al verse de improviso en medio de una turba de jóvenes medio embriagados, y de los cuales el más viejo no contaba veinte y cinco años. Prorumpe en un grito penetrante, intenta huir, pero la detienen rodeándola:

—¡Cielos, exclama, en dónde estoy! Señores, el postillon se ha equivocado; yo pensaba entrar en la casa de un hombre respetable, del señor Derval.

Este epíteto de hombre respetable arrancó á todos grandes carcajadas.

Entónces Derval se le acercó afectando gran seriedad, y dijo:

—No la han engañado á V., señora, porque yo soy ese Derval.

Al oirle Olimpia se quedó petrificada y próxima á desmayarse se apoyó en el respaldo de una silla.

—Y en efecto, es como una plata, continuó Derval.

—*She is a romantic girl indeed* (*), dijo otro que no se levantó de la mesa.

—Lo cierto es, añadió otro, que su esquivez y monadas fingidas ó verdaderas la sientan muy bien.

—¡Catalina, balbució Olimpia medio ahogada, sácame de aquí!.

—Mucho siento, dijo el que estaba bebiendo, que la confidenta se llame Catalina; ese nombre no es *romantic*.

—Venga V. señorita, dijo la criada, déme V. el brazo, y váyanse enhoramala estos tontos.

Aquí empezaron de nuevo las carcajadas y las burlas. No dejaron de advertir tambien que la confidenta llamaba á su ama señorita. Confundida Olimpia y medio muerta hizo un movimiento para escaparse; Derval la detuvo diciendo:

—Vamos, basta de fingir empachos y temores; acompáñenos V. con franqueza.

Olimpia, al oir tales razones, oprimida de vergüenza y sobrecogida de terror, sintió que la flaqueaban las rodillas y se dejó caer sobre una silla. Á este tiempo entra un criado, y dirigiéndose á Derval le dice riendo:

—Señor, abajo hay un lacayo de esta señorita que trae una maleta, y nos pregunta en qué aposento debe dormir su ama.

Al oirle todos se echaron á reir.

(*) Es una heroína de novela.

—Hallo en este proceder, añadió Derval, un fondo de alegría y marcialidad que me encanta; fuera de que este modo de entablar relaciones abrevia cumplimientos y ceremonias.

Y sentándose junto á Olimpia, y tomándola una mano, se la besó. Entónces Olimpia recogió todas sus fuerzas; la indignacion y la cólera vencieron su debilidad y rubor; levántase, y desprendiéndose con ímpetu de los brazos de Derval, huye al extremo de la sala, halla una puerta, la abre, y atraviesa corriendo una galería con tal velocidad, que Derval no puede alcanzarla. Entra en un gabinete, cierra la puerta, y despues de echar el cerrojo se deja caer sobre un sofá, dando libre curso á las lágrimas. En vano llama Derval diciendo mil locuras, hasta amenazarla con que va á echar la puerta abajo; Olimpia se estremece, abre una ventana, y despechada se determina á precipitarse al jardin si Derval consigue abrir la puerta. Ya se disponia á efectuarlo, cuando no oyendo su voz se detiene sentándose en el alfeizar de la ventana. En breve, persuadida de que Derval no estaba allí, se imaginó que habia ido á buscar á sus criados para derribar la puerta, y exclama derramando un raudal de lágrimas:

—¡Oh desventurada, á qué punto te conducen la imprudencia y credulidad! Engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida en fin á elegir entre la muerte ó la infamia... ya estoy decidida. ¡Infeliz! ¿Qué pierdo perdiendo la vida? La muerte me librará de la pasion funesta que causa mi tormento y oprobio! Pero ¿qué digo?... ¿Podré amar todavía al pérfido seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me induce á venir á esta abominable casa? No puedo acusarle del bárbaro intento de exponerme á tantas afrentas y perderme: sin duda algunas razones le justifican... Pero me ha engañado pintándome á ese indigno Derval como un sugeto respetable.

Al pronunciar esas palabras se estremece y calla. Oye pasos en la galería y exclama arrodillándose:

—¡Cielos, sin duda van á abrir la puerta! ¡Dios mio, dígnate perdonar mis culpas! Mi conducta es imprudente, pero mi corazon puro. Perdonadme, Señor, una resolucion que el honor me inspira.

Al terminar esta invocacion oye pronunciar su nombre y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que la gritaba abriese la puerta sin recelo; y dudando todavía, Catalina la asegura que Derval y sus amigos habian salido de la casa. Corre Olimpia á la puerta y la abre, cuando un hombre se adelanta con ímpetu, arrójase á sus piés, y aterrada reconoce á Teófilo. Indignada al verle, se retira; sus fuerzas la abandonan y cae desmayada en brazos de Catalina. Al volver en sí el primer objeto que advierte es

á Teófilo llorando de rodillas delante de ella. Olimpia desvia la vista, y dirigiéndose á Catalina la dice:

—Sostenme; salgamos de esta infame casa.

Esta la respondió que Derval no estaba ya en ella, y que no volveria hasta que ella se alejase.

—Pues siendo así, replicó, ahora mismo puede volver.

—Pues qué, dijo Teófilo con voz tímida, ¿será posible que no se digne V. oirme?

Apurado el sufrimiento prorumpe Olimpia en invectivas y dicterios contra Teófilo, quien consternado la escuchó sin interrumpirla, y luego que cesó, procuró excusarse diciendo que si la engañó acerca de la edad y carácter de Derval, fue porque era el único con cuya reserva podia contar; que tenia grandes defectos, pero que era amigo fiel y seguro, suplicándola por fin que oyese sin testigos la relacion de cuanto le acaeciera desde su vuelta á Paris.

Despues de resistirse largo tiempo convino en que Catalina pasase á la estancia inmediata, y Teófilo, seguro de aplacar su enojo, ya que consentia en oirle, empezó la triste relacion de las persecuciones que padeciera. Nada la ocultó, ni aun la palabra formal que empeñó de casarse con la condesita de Lisbé. Pálida Olimpia al oir esta circunstancia no pudo ocultar el dolor que la causó:

—Pongo al cielo por testigo, prosiguió Teófilo, que jamas me arrancaran tan cruel consentimiento desmentido por mi corazon, si sólo arriesgase la vida; pero era preciso, ó engañar á un padre que abusaba de sus derechos, ó perder mi libertad y la ocasion de acudir á amparar á V. ¡Ah, y cuán léjos estaba yo de imaginar los indignos ultrajes á que se hallaba expuesta! Pero con todo, aunque ignorándolos, comprendia que V. llegaba á una ciudad desconocida, pidiendo asilo en una casa en que rehusarian admitirla; y esta idea fue más que suficiente para determinarme á fingir, puesto que la violencia me obligaba.

—No, no, interrumpió Olimpia anegada en llanto que en vano intentaba reprimir; no, V. debe cumplir la promesa hecha á su padre.

—Cumpliré la que hice voluntariamente. Mi padre, en efecto, ha recibido de mí una promesa sagrada; me mandó que amase á V., yo se lo juré, y seré fiel á este juramento, el único que debe ser inviolable.

—Y ¿cuál es su esperanza de V.?

—La de que V. cumplirá la solemne promesa que me empeñó.

—Y ¿cómo, cuando V. depende de un padre inflexible, y á quien V. ha ofrecido obedecer dentro de tres dias?

—Esa dilacion es suficiente para libertarnos de tan insoportable tiranía.

—¿Qué designio abriga V.?

—Sacrificar á mi único dueño mis riquezas y mi patria.

—¡Qué dice V.! ¡Dios mio!

—Que huyamos.

—Y se atreve V. á proponerme...

—Si el amor que V. me profesa es verdadero no puede negarse á esta proposicion; V. me debe su fe; es prenda que me pertenece; no puede entregármela sino en un suelo extraño; pasemos, pues, á Inglaterra.

—¡Dios mio, interrumpió Olimpia, en qué abismo intenta V. precipitarnos! ¿Yo privaria á un padre de su hijo, consintiendo en formar un lazo contrario á las leyes, y huyendo con V. le sacrificaria la decencia, mi reputacion y el honor? ¡Ah, prefiero morir!

—Pues bien, exclamó Teófilo enfurecido, reciba V. mi último á Dios. Olimpia, no puedo vivir sin V., y renunciando á mi mano me precipita á un fin desastrado.

Penetrada de terror detuvo al desesperado Teófilo que iba á alejarse.

—Oigame V., le dijo, cese ya de causarme un espanto que me hiela. ¡Compadézcase V. del estado en que me hallo!... ¿Pretende V. que el temor me arranque un funesto consentimiento que nos perderia para siempre?

—Sólo deseo que considere mi situacion; piense V. que dentro de tres dias, si permanezco aquí, debo renunciar á lo que amo, casarme con quien aborrezco, ó verme encarcelado. Ya sabe V. que mi padre ha obtenido permiso del rey. Y ¿qué seria entónces de mi Olimpia? Privada del único amigo que la resta en el mundo, expuesta á las atroces persecuciones del odio y la venganza... ¡Ah! huyamos, evitemos tantos horrores! Todo está prevenido; mi proyecto es infalible. En suelo extraño no llorarémos las riquezas que abandonamos ni temerémos la pobreza; en fin, puedo sin faltarla al honor librarnos de tantos males... No perdamos tiempo: es preciso obrar sin dilacion.

A esas palabras ejecutivas Olimpia, levantando al cielo sus manos, exclama:

—¡Dios mio, dignáos inspirarme! ¡Ay de mí, cuán en vano busco consejo saludable! Advierto y conozco mi flaqueza é imprudencia, pues veo el precipicio abierto á mis piés. ¡Una mano compasiva podria estorbar mi caida, pero me hallo sin proteccion ni guia!... ¡Mi perdicion es infalible!

Sofocada por las lágrimas no pudo continuar tan tristes quejas. Teófilo vuelve á echarse á sus piés suplicándola pronuncie su sentencia, y jura qui-

tarse la vida si le es contraria. Atemorizada Olimpia pronuncia desesperada la fatal promesa que fija para siempre su destino.

Pero, añadió la baronesa interrumpiendo su narracion, la velada se ha prolongado más que de costumbre; mañana continuaré la historia.

Al dia siguiente vino á Champcery el señor de la Palinière; y debiendo pasar allí una temporada, los niños le contaron la historia pendiente, cuyo desenlace manifestó deseos de conocer.

En ninguna ocasion se interrumpian las veladas por él; así, continuó la baronesa de este modo:

VELADA VIGÉSIMA SEXTA.

Luego que Teófilo arrancó el consentimiento de Olimpia, se fué dejándola entregada al más vivo dolor y al arrepentimiento más acerbo, regresando á su casa donde se presentó con rostro sereno. Una conversacion que tuvo por la noche con el baron acabó de disiparle sus recelos, pues se imaginó que Teófilo estaba decidido á cumplir su deseo, y que la ambicion y la vanidad extinguian su amor antiguo; y se lo figuró tanto más, cuanto que juzgaba por sí mismo, errando las almas comunes á menudo en esta clase de juicios. Teófilo al dia siguiente aparentó ocuparse sólo en los preparativos de la boda. El baron lo supo con inexplicable gozo y que habia pasado parte de la mañana con el sastre y bordadores, saliendo únicamente de casa para ir á la del maestro de coches á ver el tren de la novia. Enterado Teófilo de los espías que le acechaban tuvo bastante ánimo para no ir en todo el dia á casa de Derval y acostarse sin visitar á Olimpia. Esta conducta disipó del todo las inquietudes de su padre, que se entregó á la alegría que tal mudanza debia causarle. Teófilo, que el dia que llegó Olimpia habló un instante con Derval, conferenció con él despues en secreto en casa del maestro de coches, confiándole á medias su secreto, y le comunicó el verdadero nombre de la señorita Forlis. Añadió que ella le obligaba á sacrificar un

amor desgraciado; que estaba resuelto á casarse con la condesita; que Olimpia lo estaba tambien á entrar en un convento distante doce leguas de Paris, del cual era abadesa una tia suya, y que marcharia la noche de la víspera del dia en que debia efectuarse el casamiento. Llegó en fin el dia de ir á vistas. El baron presentó su hijo á la señora de Lisbé, y este ocultó su desasosiego tan bien y manifestó tanto agrado y serenidad, que el baron quedó satisfecho de él, conviniendo en que al dia siguiente se tomarian los dichos. Al salir de casa de la condesa Teófilo dijo á su padre que experimentaba una agitacion que no le permitiria dormir, y que para distraerse pasaria parte de la noche en el baile de la Opera. Pareciéndole al baron que este deseo era muy natural, instóle para que fuése, á lo cual añadió Teófilo que cenaria con Derval. En efecto, á las ocho mandó disponer el coche y se encerró en su habitacion, donde dejándose caer sobre una silla y no pudiendo contener más tiempo los remordimientos que le despedazaban el corazon, dió libre curso á las lágrimas. En vano intentaba apartar de su imaginacion un tropel de reflexiones dolorosas; en vano buscaba medios de atenuar el exceso de su arrepentimiento: sus ojos se abrian como á pesar suyo, la ilusion se iba disipando, el encanto fatal estaba casi deshecho; pero ya era tarde. No conoció sus obligaciones y errores sino para sumergirse con más amargura y espanto en el horroroso abismo que sus pasiones le preparaban. Entre tanto dan las nueve; se estremece y dice:

—Esta hora será la última que oiré en casa de mi padre... Esta casa en que ahora reina la paz y el sosiego ¡en qué horrible agitacion estará mañana!

Los sollozos le impiden proseguir.

En fin, armándose de resolucion enjuga las lágrimas, y no pudiendo resolverse á partir sin abrazar á su padre, sale apresuradamente del aposento y encamínase al del baron, quien si bien advirtió que habia llorado, no lo extrañó conociendo su sensibilidad, y procuró consolarle empleando cariñosas alabanzas, añadiendo:

—Nada te he dicho, hijo mio, del agradecimiento que me inspira tu sumision, pero te aseguro que conozco todo su valor. Tu piedad filial labra la dicha de mis dias y los tuyos. El cielo oirá las súplicas que le dirijo en favor tuyo para que su severa justicia no te persiga y castigue, por cuanto te has arrepentido.

Esas palabras penetraron el atormentado corazon de Teófilo, que enajenado se precipita á los piés de su padre, quien enternecido le abraza y bendice.

—¡En este instante, exclamó Teófilo con voz temblorosa, recibo... la

bendicion de mi padre! ¡Oh padre amado, prométame V. no retractarse jamas! Si mi conducta venidera no correspondiese á sus esperanzas, ¡padre mio! entónces compadézcase V. de Teófilo, pues será digno de lástima. Pero no le maldiga...

—Adivino tu corazon; temes no hacer feliz á la esposa que te he escogido. Tranquilízate, hijo mio; no es el amor, frágil sentimiento, el que puede hacer venturosa una union que debe durar toda la vida. Conozco tu virtud, tu juicio, y ningun recelo abrigo.

Diciendo esto le levantó y abrazó tiernamente añadiendo:

—No há mucho me dijiste que tenias algunas deudas; te entregué veinte mil libras y ahora intento añadir otra suma destinada á tu diversion. En esa gaveta hallarás quinientos luises, tómalos, tuyos son, como corta muestra de la satisfaccion que me proporcionas.

—¡Ah! exclamó Teófilo, no puedo aceptar esa cantidad... No, padre mio, poseo lo suficiente.

Admirado el baron de una escrupulosidad cuya causa no podia alcanzar, se esforzó inútilmente para obligarle á recibir aquel dinero. En fin, Teófilo enajenado se despide gimiendo de su padre, y cuando salió de casa pensó espirar de dolor, considerando que no la volveria á pisar. ¡Tardío arrepentimiento tan amargo como inútil! Llegó á casa de Derval en un estado digno de compasion. Sin embargo, al ver á Olimpia olvidó por entónces su dolor y remordimientos. Olimpia abatida y consternada guardaba un triste silencio, advirtiéndose en su rostro los efectos de los crueles tormentos que padeciera en aquellos tres dias. Su descaecimiento era tan grande que carecia de fuerzas para quejarse y casi de la facultad de discurrir.

Llevóse Teófilo todas sus alhajas y un magnífico aderezo de brillantes que su padre le regalara el dia anterior. Vendiólas á un judío, y se halló con las veinte mil libras que su padre le diera para pagar las supuestas deudas, y con el producto de las alhajas, componiendo la suma de cuarenta mil libras, que esperaba ir aumentando dedicándose al comercio adonde trataba de establecerse. El judío, que se dirigia aquella misma noche á Inglaterra, solicitó un pasaporte para él y otro para Teófilo y Olimpia, con los nombres del *signor y signora Andrazzi*, los cuales entregó á Teófilo con el importe convenido por las joyas, y partió dos horas ántes.

—Abuelita, interrumpió César, siento mucho que Teófilo recurra á una mentira; fingir deudas porque le diesen dinero, me parece una mala accion.

—Sin duda que lo es; si bien Teófilo poseia nobleza y desinteres, como puedes juzgarlo recordando que rehusó los quinientos luises que su padre le ofrecia.

—En efecto, como se los daba á título de recompensa, no pudo resolverse á recibirlos: este rasgo me agrada.

—¿Le admiras?

—No, señora, me parece muy natural.

—Tienes razon. Teófilo poseia veinte mil libras y sus joyas, por consiguiente no estaba expuesto á la miseria, y seria un hombre despreciable si en el instante en que abandonaba á su padre admitiera un don que le ofrecia como prueba de la satisfaccion que le causaba su obediencia. Esta accion seria no sólo baja, sino tambien capaz de envilecerle. Volvamos á nuestra historia.

Á media noche Teófilo se separó de Olimpia y fué al baile. Disfrazóse, y despidiendo el coche y criados les dijo que Derval le acompañaria á la salida. De allí á un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler volvió á casa de Derval, á cuya puerta halló una silla de posta que Olimpia, conforme á lo dispuesto, mandó disponer. Condujo, ó más bien llevó arrastrando á la temerosa y desgraciada Olimpia, y partieron al punto. Y con las precauciones que tomó, no dudaria el baron en figurarse que se hallaria en España, y en efecto le salió tal como lo ideara, llegando á Lóndres sin contratiempo alguno. El primer cuidado de Teófilo fue buscar un sacerdote católico, el cual á media noche y en presencia de dos criados recibió alborozado la mano de la triste Olimpia, quien bañada en llanto no ofrecia la imágen de una doncella que se une al objeto que ama, sino una víctima de la obediencia.

A los pocos dias del casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una ciudad llena de franceses, salió de Lóndres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo. Dejémoslos por ahora en Escocia; básteos saber que pasaron la mayor parte de su juventud en la oscuridad, las lágrimas é infortunios.

Volvamos al desventurado padre de Teófilo. Algun tiempo trascurrió hasta que supiese la fuga de su hijo, pues este salió de Paris á la hora en que el baron solia acostarse: á la mañana siguiente supo que Teófilo no habia vuelto, pero no lo extrañó, imaginándose que estaria con Derval. Sin embargo, á las diez envió á casa de este, y le informaron que al salir del baile se habia ido con algunos amigos á almorzar á una quinta que poseia á una legua de Paris. Ya no esperó el baron á su hijo hasta la hora de comer; pero á las tres de la tarde empezó á entrar en cuidado, y con sobrada razon, puesto que Teófilo, naturalmente juicioso y arreglado, nunca se ausentó por tanto tiempo de su casa. Inquieto y receloso toma un caballo y se dirige á la quinta de Derval, en donde sabe que Teófilo no estaba. No

pudo obtener grandes informes de Derval, quien por temor de cometer alguna indiscrecion perjudicial á su amigo, satisfizo con reserva á sus preguntas, y hasta le dió á entender que pasó con él la noche en el baile.

Esta circunstancia tranquilizó algo al baron: volvió á su casa, y fué en derechura al aposento de su hijo. Mandó abrir los cofres y papeleras, y no hallando joyas ni diamantes, acordándose entónces de la situacion en que le hallara la noche ántes, no le cupo duda de su desgracia. Las noticias que adquirió le persuadieron que su hijo huyera á España: Teófilo dejó exprofeso varios indicios que naturalmente debian producir este error, por tanto el baron cayó en el lazo, y determinó ir á España siguiendo los pasos de su hijo. Al punto lo efectuó recorriéndola toda; pero á su regreso el cansancio y pesadumbres le obligaron á detenerse en Zaragoza, donde cayó gravemente enfermo: su convalecencia fue larguísima, y como los médicos le aseguraron que no podia restablecerse si no iba á las aguas de Bareges, determinóse á pasar tres meses en aquel punto. Las reflexiones dolorosas á que se entregó en aquella soledad agravaron más sus dolencias: el arrepentimiento más amargo acabó de completar su desgracia. ¡Perdia un hijo único y querido y lo perdia por su culpa! Sus artificios se volvian contra él, y se consideraba víctima de la violencia que empleara contra su hijo, conociendo, aunque tarde, lo peligroso que es abusar del poder, y que nunca se debe sacrificar á la ambicion la equidad, el honor y la humanidad. Aunque se hallaba dueño de inmensas riquezas, ¿de qué le servian? ¡Ya no tenia hijo! Acordábase con dolor de las gracias, dulzura y virtudes de Olimpia; no podia ménos de confesar que ambos serian felices, le era imposible condenar en Teófilo una pasion que él mismo fomentara, y lo que acababa de desesperarle era la certeza de que nunca Teófilo abandonara casa y patria si no se le violentara á casarse con otra. En efecto, limitándose el baron á declarar que negaria su consentimiento para la union de Teófilo y Olimpia, si no amenazara con privarle de su libertad si persistia en rehusar la mano de la condesita, sin duda que Teófilo, deplorando la injusticia de su padre, se sujetara á su voluntad; y si era cierto que Olimpia fuese digna del cariño que le inspiraba, ella misma le determinara con el tiempo á sacrificar una pasion desgraciada.

Todo esto discurrió el baron. Es cierto que nunca abrigó la bárbara intencion de privar á su hijo de la libertad, y que sólo intentó intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor engendra en vez de obediencia disimulo. Cuatro meses pasó el desgraciado baron en Bareges; despues volvió á Paris, esperando que todavía podria hallar á su hijo, y aunque trascurrió cerca de un año desde su fuga, ningun medio

omitió para descubrir su asilo. Envió á Inglaterra, á Suiza y á Holanda á un hombre de confianza que practicó las más exactas pesquisas, pero todas fueron vanas. Entónces acabó de perder toda esperanza, apoderándose de él la melancolía más profunda. Varios sugetos le aconsejaron que volviese á casarse; y la condesa de Lisbé, que era su mayor amiga, le repetia continuamente que una esposa amable era el único medio de que olvidara á un hijo ingrato. Al principio desechó el consejo; pero como aun era jóven, pues sólo contaba cuarenta y cuatro años, se consideraba aislado, era ambicioso y desgraciado, causas que al fin le sedujeron. La proposicion de un enlace brillante y el deseo de ser padre le determinaron á casarse con la condesita de Lisbé, que estaba destinada para Teófilo. Lisonjeábase de que le recompensaria de las desgracias de que ella misma era causa inocente; pero esta ilusion se desvaneció pronto.

Poco tardó el infeliz baron en conocer el carácter de su esposa, quien con harto poco juicio empezó á alardear de desenvoltura é inclinacion á la independencia. Tan ignorante como ociosa, su conversacion era frívola é insípida. Poseia ademas todos los vicios propios de una coqueta que no ignora que es bonita; era envidiosa, murmuradora y de genio desigual: aturdida, de imaginacion desarreglada y alma fria, carecia de reflexion, principios y sensibilidad, no pudiendo hacer feliz á su esposo ni aprovecharse de los consejos de su madre, ni siquiera sacar utilidad de sus propias faltas y de la experiencia. Cuando pudo ir sola á todas partes casi no parecia por su casa. Visitaba, no por cumplir sino por invertir tres ó cuatro horas del dia; la misma razon la conducia á los teatros, sin agradarla las comedias ni óperas. Gustaba de la lotería, pero por grande que fuese su inclinacion á este entretenimiento, no hubiera jugado todos los dias hasta las tres de la mañana, á no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaria á la una del dia, y por consiguiente no tendria mañana. Este era siempre su modo de calcular, y este es tambien el de todas las personas, que no sabiendo emplear útilmente el tiempo, se esfuerzan en abreviar la vida.

Pesaroso el baron de la conducta de su esposa, recordaba á menudo que Teófilo huyó por no casarse con la persona que causaba el tormento del padre despues de la pérdida del hijo.

—¡Oh Teófilo, exclamaba el baron, más que padre fui tu tirano! Yo te sacrificaba á mi vanidad, y el cielo me castiga ahora del modo más sensible, aunque justo. ¡Ah! ¡ahora sí que conozco cuánto me engañaba en la esposa que destinaba para tí, y lo fundada que era tu resistencia! El orgullo y la ambicion me cegaban, y soy dos veces víctima de mis yerros: perdí á

mi hijo, y padezco los tormentos que él sufriria si me obedeciese.

Con el tiempo se acrecentaron los pesares del baron, hasta tanto que su esposa se entregó al desórden con tal escándalo, que le fue forzoso de acuerdo con su familia encerrarla en un convento, en el cual murió la infeliz ántes de un año. De este modo vió el baron disuelto al cabo de cinco años un lazo funesto y justamente detestado. No tenia hijos del segundo matrimonio, y se volvió á encontrar más solo que nunca. Oprimido de tristeza y tédio, cansado de la existencia y perseguido por el recuerdo de un hijo querido, cuya ruina causara, determinó viajar, buscando en las provincias que desconocia objetos de distraccion que extinguieran sus penas, ó al ménos para dar treguas á las dolorosas reflexiones que le aquejaban. Partió para Dinamarca embarcándose en una nave mercante. Un huracan violento le arrojó sobre las costas de Noruega, hallándose la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de zozobrar; acudieron los prácticos á socorrerla, y la guiaron á una cala cercada de altas montañas, al abrigo de los vientos y tempestades. Luego que desembarcaron fué recibido el baron en una casa de un lugar cuya singular situacion le sorprendió en extremo.

Componíase la aldea de unas treinta casas edificadas sobre puntas de peñascos que entran en el mar, y detras de ellas montañas que parecen tocar las nubes, y cubiertas de pinos, enebros y otros árboles. Cada habitacion está aislada de la inmediata por un precipicio, ó por el mar, si bien inmediatas unas de otras, pero sin comunicacion por tierra, á ménos que los habitantes dando un largo rodeo trepen por entre peñascos casi inaccesibles. En verano la comunicacion se verifica con los barcos que les sirven para la pesca, y tambien para ir á visitar á algun vecino, porque aunque se hablan de una casa á otra, no pueden pasar á ella sin embarcarse. Esto es causa de que los niños de seis ó siete años sepan gobernar una canoa. En tiempo de invierno el hielo les franquea una comunicacion más pronta y fácil. El alimento de sus moradores se reduce á pescado, pan de centeno, tortas de miel, pasas y harina. Todos viven con iguales conveniencias: los hombres, que son excelentes marineros, no se casan hasta despues de haber viajado. El dinero que ganan les sirve á la vuelta para adornar sus casas, que todas están pintadas exteriormente, y en lo interior dispuestas á estilo de los lugares de Holanda. Cuando un mozo regresa de sus viajes elige una compañera, y se establece para siempre en el peñasco donde nació. En él encuentra la dicha, y no concibe que nadie vaya á buscarla léjos de sus parientes, esposa é hijos. Su traje es uniforme. Los hombres los usan azules, las mujeres justillos y sayas de tela blanca con un ribete

de seda ó lana azul: las jóvenes llevan el cabello trenzado y sujeto sobre la cabeza con un alfiler de oro. Finalmente, esta poblacion es tan digna de verse por sus virtudes y pureza de costumbres como por lo extraño de su situacion.

La casa en que entró el baron pertenecia á un venerable anciano de setenta y dos años que hablaba bien el aleman: el baron sabia este idioma de modo que no necesitó de intérprete, y el huésped le condujo á un cuarto compuesto con mucho primor, cuya ventana daba al mar. Dirigióle el baron varias preguntas, entre otras cosas si tenia mucha familia.

—Sí, señor, gracias al cielo, respondióle; tengo seis hijas todas casadas en el lugar, y ademas en casa un hijo, su mujer y siete nietos.

—¿No se ha casado todavía alguno de los nietos de V.?

—Sí, señor; el mayor es padre de una niña de tres años.

—¡Segun eso ve V. los hijos de sus nietos!

—Y disfruto la dicha de ver todavía á mi madre.

—¡Su madre de V.! Pues ¿qué edad cuenta?

—Noventa y seis años; y aun está buena.

—Y ¿vive con V.?

—Sí, señor.

—No dudo que V. labre su felicidad; pero desearia saber, venerable anciano, si es dichoso tambien por sus hijos.

—¿Cómo podrá dejar de serlo un buen padre? Los mios nunca me han dado sino motivos de satisfaccion: los crié lo mejor que pude, y he procurado que se casasen segun su inclinacion; me quieren en extremo, y es natural.

—¿Ninguno de ellos le desobedeció á V. jamas?

—Nunca les ordené cosa que no fuese conforme á la razon, y siempre halléles dóciles y obedientes. No dudo que si usara de tiranía, perdiera parte de mi autoridad. Mire V., Imarkin, mi hijo mayor, hubiera causado muchas pesadumbres á un padre ambicioso. Cuando regresó de sus viajes le propuse por esposa la hija del más rico vecino del lugar, y me respondió: Padre mio, lo pensaré. Algun tiempo despues vino á hablarme: me confesó que amaba á Kenilia, sobrina de nuestra vecina. Le advertí que era pobre, y me replicó: Yo la amo. Todos los dias desde aquí la veo trabajar, arreglar la casa y cuidar de su anciana tia. Cuando la encuentro pescando y trato de acercármele, al punto dirige el bote á otro lado, y huye del mismo modo de todos los mozos del lugar. Es buena, modesta, laboriosa. Padre mio, yo amo á Kenilia. ¿Qué podia yo responder? Póngase V. en mi lugar. ¿Sacrificaria V. la felicidad de un hijo á la avaricia? ¿Qué corazon de

hierro podria resistir á un hijo que pide una gracia de la cual depende la felicidad de su vida? Consentí, se casaron, y há ya treinta años que me bendicen con el más vivo agradecimiento. Ninguno de mis hijos excede á Imarkin en amor y respeto para conmigo. Y esto que despues de casado me confesó que si le violentara su inclinacion hubiera hecho una locura; se hubiera embarcado y huido de aquí para siempre: esos son los frutos de la tiranía, casi siempre causa de la rebeldía y desobediencia.

Grande fue la turbacion y desasosiego del baron con estas razones, que volvian á abrir las heridas de su corazon. Condújole despues el anciano á la sala donde estaba reunida la familia, presentándole á la anciana tatarabuela de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto de los cuidados y afecto, ó más bien del culto de todos, quien estaba sentada en medio de sus nietos y biznietos. Era ya la hora de la velada. Imarkin, el hijo mayor del viejo, sentado al lado de su amada Kenilia, contaba algunos cuentos ó relaciones de viajes, que las mujeres escuchaban hilando, llamando la atencion de los mozos que todavía no habian viajado.

Consideró el baron largo rato aquella estimable familia, retirándose en seguida. Cuando estuvo solo mil crueles reflexiones se agolparon á su imaginacion.

—¡Desventurado de mí, exclamaba, reducido á envidiar la suerte de ese pobre anciano! Desconocí, sacrifiqué y perdí para siempre la dicha pura que él disfruta en el seno de su familia. ¡Yo era padre, y ya no tengo hijo! ¡Podria como este buen hombre hacerle feliz, disfrutar de su gratitud, recibir sus hijos en mis brazos, y ver crecer á mi alrededor su venturosa familia!... Pero me privé de él, y me hallo solo en el universo.

Hablando así el desgraciado baron paseábase llorando amargamente gran parte de la noche en esta horrible agitacion. Unas veces se figuraba que Teófilo habria muerto; le lloraba, é imaginaba ver su sepulcro; otras se le representaba oprimido del peso de la miseria é infortunio, implorando al cielo en favor de su esposa é hijos: parecíale oir sus gemidos y voces, y la fuerza del horror y compasion le embargaban los sentidos. Maldecia y aborrecia la culpable ambicion y el orgullo insensato que ahogaron en su corazon la equidad y los más tiernos impulsos de la naturaleza, condenándole para siempre á inútiles arrepentimientos y sinsabores eternos. La fatiga y abatimiento le obligaron á acostarse, y al cabo de algunas horas, y cuando ya el sueño le rendia, despertó con el ruido de alegres canciones, acompañadas de mil gritos de contento, abrió la ventana y vió diez ó doce barcas adornadas de ramos, llenas de hombres, mujeres y niños, poseidos del mayor alborozo. Aquella flotilla se acercaba á la casa. A este tiempo

entró en el aposento el anciano, y dijo que aquellas barcas estaban ocupadas por sus hijos y nietos.

—Tengo seis hijas, continuó, que son las que V. ve con sus maridos y familia: vienen á celebrar los dias de mi madre. Todos los años en este dia tenemos una funcion semejante. ¡Dios quiera que disfrute hasta el fin de la vida esta funcion tan grata para mí!

—Pero no cabrán todos en la casa.

—Así es, y por eso no vivimos juntos; pero ayudado de mis hijos y yernos voy á llevar á mi buena madre á aquel bote empavesado hasta una playa que distará una legua, en donde hallarémos comida prevenida para todos, al abrigo de una tienda. Esta mañana nos levantámos al amanecer para pescar: cogímos mucho y buen pescado, porque Dios bendice siempre esta pesquería. Nuestras criadas y algunas de nuestras hijas se quedaron en la tienda para preparar la comida. Si V. desea contemplar hombres felices, véngase con nosotros.

Y tomando al baron de la mano, le condujo al cuarto de su madre, á la que hallaron rodeada de todos los de la familia que cupieron. El anciano, ayudado de sus hijos y yernos, la trasladó en una poltrona al bote que la destinaban.

Cuando la venerable anciana ocupó su puesto renováronse las canciones, los gritos y aclamaciones. Esta era la señal de partir: colocaron al baron por distincion en el bote de la madre, que así llamaban todos á la anciana, y despues de tres cuartos de hora de navegacion llegaron al sitio señalado. Las mujeres y muchachas que quedaron en la tienda para prevenir la comida salieron corriendo á recibir á la *madre*, y al punto que esta saltó del barco, su hijo se puso de rodillas delante de ella, pidiéndola su bendicion para él y para sus hijos. Entónces la madre alzando al cielo sus manos trémulas exclamó:

—¡Dios mio! concede á mi hijo hasta el último instante de su vida la felicidad que me permites disfrutar. ¡Que sus hijos sean siempre para él lo que él es constantemente para mí! ¡Bendice, Dios mio, á todos estos hijos tan amantes y respetuosos que son la delicia de mi vejez, y recompensa á mi hijo los setenta y dos años de dicha que debo á su amor y virtudes!

Y enlazando los brazos á su cuello, sus lágrimas se mezclaron con las que vertia el venturoso anciano: toda la familia se arrojó llorando, cuál á los brazos de la madre, cuál á los del hijo, recibiendo de ambos un amoroso abrazo acompañado de las expresiones del más vivo y tierno afecto. Despues de esta piadosa ceremonia se sentaron á la mesa, y al dulce enternecimiento que se acababa de experimentar siguió la inocente y pura

alegría. Acabada la comida llevaron á la madre á una pradera deliciosa, en la cual pasaron la tarde jugando á diferentes juegos, corriendo y bailando. En fin, al anochecer volvieron á embarcarse y condujeron á la madre á su casa.

¿Quién podrá expresar lo que el baron padeció aquel dia? Despedazábasele el corazon contemplando aquellas imágenes de la más pura felicidad, excitando en su pecho el arrepentimiento más cruel; sin embargo, á pesar de lo acerbo de sus reflexiones, no pudo apartarse sin enternecerse de sus respetables huéspedes y de aquella feliz morada. Volvió á embarcarse y salió de Ange-Sund más desgraciado y digno de lástima que nunca. El buque se hizo á la vela para Holanda, y llegó á Amsterdam á fines de agosto. Permaneció allí algunos dias y despues se dirigió á Utrecht, que dista dos leguas de la habitacion de los hermanos moravos. Llámase así una numerosa sociedad de hombres y mujeres que viven juntos en una magnífica y espaciosa casa situada á la entrada de un lugar llamado Zast. Deseó el baron visitar aquel establecimiento digno por tantos títulos de excitar la curiosidad de un viajero. Llegó á Zast á las tres de la tarde, y uno de los administradores de la casa se encargó de enseñársela. Era este un antiguo hermano moravo que hablaba correctamente el frances y satisfizó con mucha urbanidad á las preguntas del baron. Despues de recorrer los aposentos de las mujeres y de los hombres, preguntó á su conductor si los hermanos unidos recibian indistintamente entre ellos extranjeros de todas naciones.

—Sí, señor, replicó el hermano, de todas las naciones cristianas.

—No obstante, VV. son calvinistas.

—Es la religion dominante; pero se toleran las demas.

—¿Qué exigen VV. á los que admiten en esta casa?

—Pureza de costumbres, amor al trabajo y á la paz.

—¿Se admite tambien los casados?

—Sí, señor: ademas de los aposentos que V. ha visitado existe otro cuerpo para los casados: cada matrimonio tiene una habitacion bastante capaz y decente.

—¿Es necesario para ser admitido saber algun oficio?

—Sí, señor, ó bien alguna habilidad útil, como, por ejemplo, dibujar, grabar ó pintar, y ademas algun dinero para los primeros gastos. No se exigen habilidades ni práctica de oficio á las personas pensionadas, esto es, que viven aquí pagando un tanto sin necesidad de trabajar.

—Se informarán VV. de la conducta de los que solicitan ingresar.

—Seguramente, á no ser que un administrador responda. Esta mansion

feliz y pacífica es un asilo seguro contra la tiranía: el perseguido en su patria puede, mudando nombre y dirigiéndose á cualquiera de los antiguos con alguna recomendacion, ser admitido entre nosotros y vivir el resto de sus dias ignorado y en paz. Así es que esta casa habrá servido varias veces de refugio á la virtud desgraciada y los amantes perseguidos. Ademas se halla aquí el mayor de todos los bienes, que es una entera libertad (89). Ningun voto nos liga, nadie nos detiene contra nuestra voluntad; somos dueños de viajar, de volver, ó separarnos de la casa para siempre; pero venga V. y verá lo más curioso del establecimiento.

Estas últimas palabras distrajeron al baron de la cavilacion en que cayera hacia un rato, y siguió á su conductor, que le acompañó á las tiendas. Todo el primer piso está únicamente destinado para las tiendas, en las cuales se hallan los diferentes oficios en que se emplean los hermanos y hermanas. Su aseo y primor es digno de notarse, pues se hallan obras de platero, paños, lienzos y telas, calzado, muebles, porcelanas, pinturas, etc. Las habitaciones de los hermanos y hermanas están en el piso superior.

Mucho admiró al baron la brillante y vária perspectiva que formaban las tiendas. Al salir de la de un ebanista pasó junto á la de un pintor y entró en ella. Un niño de ocho años sentado junto al mostrador era la única persona que habia allí. Estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su cabello en bucles naturales le ocultaba parte del rostro. Cuando vió entrar al baron y á su conductor se levantó, y echando sus cabellos atras con la mano, dejó patente un rostro tan hermoso y una fisonomía tan atractiva, que el baron se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiracion y sorpresa que le causó. El niño fué corriendo á abrazar al hermano administrador llamándole en frances amigo mio.

—¡Cómo! dijo el baron: ¿Es frances este niño?

—No, replicó el administrador, es inglés; pero habla ya tres ó cuatro idiomas, y es tan dócil, tan cariñoso, tan inclinado á aprender, y tan aplicado, que es el queridito de la casa, pues todos aman á Polidoro.

—¿Polidoro se llama?

—Sí, señor, ese es su nombre...

—Y el mio tambien: plegue al cielo, precioso niño, para tu felicidad, que sea esa la única cosa en que te parezcas á mí.

El tono y ademan del baron llamó la atencion de Polidoro, quien clavó los ojos en él, y se le acercó de puntillas alzando la cabeza para abrazarle. Conmovido el baron tomó el niño en brazos, y estrechándole contra su pecho no sin alguna turbacion exclamó:

—¡Oh amable criatura, qué feliz es tu padre!

—Pues en verdad, replicó Polidoro exhalando un suspiro, en verdad que no lo es.

—No por cierto, añadió el hermano moravo: perdió una esposa á quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y el estudio, los únicos consuelos que le restan despues de semejante desgracia.

Este recuerdo arrancó al niño algunas lágrimas acordándose de su madre. Enternecido el baron volvió á abrazarle, y sentándose le colocó sobre las rodillas. Observando el administrador que el baron pensaba permanecer algun tiempo en la tienda, le dijo que volveria dentro de media hora, y se retiró. Solo el baron con Polidoro, le miraba sin decir palabra, y él por su parte le consideraba con suma atencion, hasta que al cabo de algunos minutos cogiendo Polidoro la mano del baron se la besó con cariño.

—Precioso niño, dijo el baron, ¿acaso lees en mi corazon? ¿Conoces lo que experimento al verte?

—Le quiero á V. mucho, respondió Polidoro.

—¿Tú me quieres?

—¡Oh, mucho y no adivinará V. por qué!

—¡No por cierto!

—Es que V. se parece mucho á mi papá.

Saltóle al baron el corazon con tal violencia que estuvo gran rato sin articular palabra; pero al fin, levantando los ojos al cielo, exclamó: ¡Podria yo esperar! El nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta... todo parece anunciarme... ¡Ah! dime ¡por Dios, Polidoro! ¿En dónde está tu padre? Llévame á verle.

—Ha ido á ver á uno de nuestros hermanos, que está enfermo.

—Y ese hermano, ¿dónde vive?

—Al lado de nuestro aposento, aquí encima de la tienda.

—Vamos al instante.

Levantóse el baron, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda y le condujo á un cuartito, en el cual hallaron una criada á quien Polidoro encargó que llamase á su padre.

Poseido el baron de un temblor general se sentó conservando trabado de la mano á Polidoro. El exceso de su turbacion é inquietud prestaba á su semblante un aire de locura que intimidaba al niño, quien no se atrevia á levantar los ojos para mirarle. Uno y otro callaban cuando oyeron pasos.

—Ya viene papá, exclamó Polidoro muy alegre.

El baron se pone colorado, pierde el color, se levanta, vuelve á sentarse por no poder sostenerse; abren la puerta... entra un hombre: el baron vuelve hácia él su vista tímida y ansiosa... Nueve años de penas, tormentos y

remordimientos, todo lo olvida: reconoce á su hijo... Teófilo está á sus pies.

Enajenado y respirando apénas se halla con inexplicable gozo en brazos de su padre; un sentimiento tan natural suspendió por entónces la tristeza que le oprimia. Siente correr por su rostro las lágrimas de su padre, de aquel padre tan temido, aunque amado, que llorando repite los nombres de Teófilo y Polidoro: le parece que recibe una nueva existencia; pero á poco un cruel recuerdo altera aquel gozo, mezclando su amargura con instantes tan tiernos.

Cuando pudieron hablar y expresar lo que sentian, se dijeron lo mismo á corta diferencia. Uno y otro habian experimentado los más crueles remordimientos, pero olvidaron sus culpas: sólo se acordaban de su arrepentimiento. Teófilo de rodillas imploraba su perdon, en tanto que su padre bañado en llanto le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranias, funestas causas de las desgracias de ambos. Finalmente, despues de abrazarle tomó en brazos á Polidoro, dándole con esto la mayor alegría que podia disfrutar, colmando á aquel niño de las caricias del más tierno padre. Contemplaba Teófilo extasiado á su querido Polidoro en los brazos de su padre, exhalando en medio de aquel gozo tan puro varias veces el nombre de Olimpia. Entónces se reflejaba en su rostro la expresion del dolor y así hallaba en su misma dicha nuevos motivos de pesar y llanto.

Sosegado el baron advirtió con dolor la cruel mudanza de la fisonomía de Teófilo; solo el corazon de un padre pudiera reconocerle. El tiempo no destruye mas que la frescura de la niñez y la hermosura; pero las desgracias borran hasta la expresion del semblante. Era en vano buscar en él aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos: toda su persona manifestaba el abatimiento y languidez de su espíritu. Tambien contribuyeron á aumentar el dolor del baron los objetos que le rodeaban, la estancia que ocupara Teófilo varios años; aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre lecho y el de Polidoro. Cuanto miraba sumergia su alma en las más dolorosas ideas. Finalmente, apretando entre sus manos la de Teófilo, dijo:

—No dilatemos, hijo mio, la partida; alejémonos de este triste asilo en donde lloraste tanto tiempo; huyamos de este aposento, cuya vista hiere mis ojos y despedaza mi corazon: volvamos á nuestra patria y á tu hijo á la casa paterna.

—Padre mio, respondió el triste Teófilo, cuando V. se digna perdonarme y reconocer á mi hijo, yo debo dedicarle mi vida. No dude V. que le seguiré; pero permítame que lleve por la última vez á Polidoro á llorar sobre el sepulcro de su desventurada madre.

Aquí se detuvo, porque los sollozos le embargaron la voz. No pudo el baron responderle sino con lágrimas.

—¡Oh padre mio! continuó. ¿Será cierto que V. honre su memoria con un recuerdo paternal?

—¡Ánda, replicó el baron, vé, hijo mio, y cree que tu padre llora su pérdida tanto como tú!

Teófilo abrazó estrechamente á su padre diciendo:

—¡Ah! si V. la hubiese amado adoptándola... Pero ya no vive.

Apartóse de su padre, y cogiendo á Polidoro de la mano salió apresuradamente.

En tanto que el infeliz Teófilo regaba por última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el baron disponia lo necesario para partir al punto; despues de despedirse de los administradores, se pusieron en camino, llegando á Utrecht ya de noche. Á la siguiente, luego que Polidoro se acostó, el baron refirió muy por extenso á su hijo cuanto le sucedió durante su separacion.

Á este punto interrumpió la baronesa el relato dando fin á la velada, que prosiguió al dia siguiente en esta forma.

VELADA VIGÉSIMA SÉPTIMA.

Cuando el baron terminó la triste narracion de sus desgracias, tomando Teófilo la palabra refirió las suyas. Despues de pintar sus remordimientos y el dolor que experimentara al apartarse de su padre, entró en pormenores de su fuga, llegada á Lóndres, casamiento y viaje á Escocia, prosiguiendo:

—Llegados á Edimburgo, tomámos la precaucion de volver á mudar de nombre. Entré en empresas de comercio; pero como no conocia á los hom-

bres ni los negocios, me engañaron, de suerte que á los pocos meses perdí y gasté más de la mitad del dinero que saqué de Francia. A los diez meses de nuestro casamiento tuvímos á Polidoro. Entónces acabé de conocer cuán horrorosa era mi situacion; bañé en lágrimas aquella criatura tan amada, y la pasion que me inspiraba era el más cruel torcedor de mi afligido corazon; al tiempo que la abrazaba con todo el afecto paternal, era tal mi desventura que no podia dar gracias al cielo porque me la concedia, sepultando en el pecho estas crueles penas, para ocultárselas á Olimpia.

Como deseaba que ella me juzgase contento con mi suerte, carecia del consuelo de manifestarle mi corazon. Ya se habian desvanecido las ilusiones que me alucinaran; ya no era Olimpia á mis ojos sino una tierna y virtuosa amiga. El amor perdia en fin el dominio sobre mi razon; la amistad firme y tierna podria hacernos más felices; pero sin la confianza íntima ¿de qué alivio puede servir en los pesares? Atendiendo á la tranquilidad de Olimpia, debia ocultarla mis miras, reflexiones y remordimientos, y tan penosa reserva era cada dia más insoportable. A veces me asaltó la duda de que Olimpia padeciese iguales tormentos, cuya idea colmaba mis penas.

Es cierto que la igualdad de carácter y tierno amor de Olimpia deberian tranquilizarme. Desde que recibí su mano hasta los últimos instantes de su vida nunca salió de su boca la menor queja; nunca me afligió con reflexiones tristes ó reconvenciones. Hablábame á menudo de su felicidad aparentando creer que yo la compartia; pero es muy natural suponer en otros la disimulacion que empleamos. Varias veces la sorprendí bañada en llanto; entónces temblando la preguntaba la causa, y la escuchaba con desconfianza, atribuyendo á exceso de sensibilidad y á causas extrañas á nuestra situacion sus solitarias lágrimas. Entónces fingia creerla, y de este modo pasámos tres años en Escocia, al cabo de los cuales, ya casi disipado el dinero que poseíamos, me resolví á colocar á fondo perdido sobre la vida de mi esposa é hijo quince mil libras que me restaban. Olimpia deseaba volver á Inglaterra, y partímos sin dilacion. Al llegar á Lóndres sólo pensámos en colocar bien los tristes restos de mi naufragio, las quince mil libras que podian á lo ménos asegurar la subsistencia de mi esposa é hijo. Concluido este negocio como yo deseaba, nos retirámos á un lugar cercano, en donde pudiera ser dichoso, á no ser por los crueles recuerdos que me privaban del sosiego, bien el más precioso que se puede hallar en la soledad. No echaba de ménos las riquezas ni la magnificencia, y sí sólo la gloria: gemia contemplándome á veinte y dos años expatriado, sepultado en una aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado

á crecer en la miseria. Tampoco podia alejar de mi imaginacion la idea penetrante de las penas que causaba á un padre, á quien nunca dejé de amar en extremo, pareciéndome, padre mio, ver á V. espirar de dolor, maldiciendo al hijo culpable que le abandonara. Esta horrorosa imágen me perseguia en todas partes; de dia me oprimia, y por las noches me espantaba con los sueños más funestos. Mil veces desperté bañado en sudor frio en medio de convulsiones, terror y desesperacion, clamando: ¡Padre mio, no acabe V. esa horrible maldicion!... Grito terrible del remordimiento que turbaba á menudo el sueño de mi hijo, penetrando el corazon de la sensible y desventurada Olimpia.

Dos años trascurrieron desde nuestra vuelta á Inglaterra, cuando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de la desgracia. El hombre en cuya casa impuse las quince mil libras quebró, perdiendo de este modo cuanto poseia en el mundo. Inútil es, padre mio, la pintura de lo que padecí en aquellos instantes. Hallé en fin en los afectos de esposo y de padre el valor que necesitaba. Como sabia dibujar, habilidad que formaba mi recreo en la soledad, fue un recurso en nuestro desastre. Yo conocia en Lóndres á un célebre grabador, á quien supliqué me buscase trabajo, y seis meses despues, satisfecho de mi habilidad, me ofreció alojamiento en su casa, que acepté. Era este hombre hermano moravo, y habia estado cuatro años en Zast; me hablaba á menudo de este establecimiento, de suerte que en breve determiné retirarme á él, y Olimpia manifestó el mismo deseo. Hablámos á nuestro generoso protector, quien nos recomendó á los administradores, y fuímos recibidos. Llegados á Zast dejó Olimpia el traje á la inglesa para vestirse el uniforme de la casa. No puedo explicar lo que sentí al verla por la primera vez con aquel tosco sayal: su belleza resplandecia todavía más. Contemplábala con doloroso enternecimiento, y ella que leyó en mi corazon, ansiando distraerme de aquellas crueles ideas, me aseguró que estaba contenta con su nuevo vestido, y que nunca habia llevado otro más de su agrado. Arrojéme á sus piés regando con lágrimas la mano que me alargaba, y me abrazó diciendo que no alcanzaba la causa de mi afliccion, miéntras que el llanto inundaba su hermoso rostro.

No pude hallar en Zast la felicidad que perdiera para siempre, ni el sosiego que huia de mí. Consagré á la educacion de mi hijo todos los instantes que no empleaba en el trabajo, pero el mismo amor que le profesaba se convertia en manantial inagotable de inquietudes y penas. Aun cuando pudiera considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo esperar de mi hijo una sumision que yo no observé con mi padre? Imaginándome cargado de la maldicion de este padre justamente irritado, ¿cómo podia lisonjearme de que el cielo me

concediera un hijo dócil y agradecido? Estos crueles pensamientos despedazaban mi alma; pero en breve un temor espantoso me demostró que todavía existian penas más crueles que las que padeciera durante la expatriacion.

La salud de Olimpia decaia visiblemente, pero conservando su acostumbrada dulzura, jamas se quejaba. Me respondia siempre que ninguna dolencia la aquejaba; con todo busqué en Utrecht un médico que al pronto calmó mis inquietudes, pero al cabo de tres meses pareció alarmarse, y pronunció en fin la terrible sentencia que me sumia en un dolor eterno. Largo tiempo hacia que Olimpia conocia su situacion; la religion y el infortunio la animaron para arrostrar la muerte con serenidad. Un sacerdote venia de Utrecht á verla en secreto, y permaneció en mi estancia tres dias. ¡Ah! ¡quién podrá borrar jamas de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellos tres deplorables dias!... Fáltame valor, padre mio, para pintar aquellos instantes llenos de horror, y le he tenido para vivir... Pero Olimpia me lo impuso, pues mi vida era necesaria á mi hijo. Tome V., prosiguió vertiendo un raudal de lágrimas, lea esa carta, que encierra la última voluntad de Olimpia; y el confesor me la entregó en el instante que el exceso de la desesperacion iba á precipitarme.

Sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta que Olimpia le escribió el dia ántes de su muerte. El baron sofocado por el llanto se arrojó en brazos de su desgraciado hijo: gran rato permanecieron abrazados sin poder expresar los sentimientos que despedazaban sus almas sino con sollozos y gemidos. Tomó el baron la carta de Olimpia, y leyó lo siguiente:

«Anhelé conocer la verdad... acaban de decirme que este dia será quizá el postrero de mi vida. ¡Teófilo!... ¡Con que voy á desaparecer para siempre de tu vista! El vínculo sagrado que nos une esta noche ó mañana quedará disuelto. Mañana Teófilo y Polidoro se apartarán para siempre de Olimpia!... ¡Ah! que á lo ménos estos renglones me conserven en la memoria de mi esposo é hijo, sirvan para manifestarles mis verdaderos sentimientos y el fondo de mi corazon, y que esta confesion obligando á Teófilo á apreciar cada vez más la virtud, sirva algun dia de útil leccion á mi hijo. ¡Oh tú que todo me lo sacrificaste, tú á quien privé de padre, familia y patria! ¿Cómo pudiste imaginar ni un solo instante que estuviese resignada con mi suerte?... No, Teófilo, yo leia en tu alma, conocia todas tus penas, y te ocultaba las mias, que eran más acerbas. Entrambos oímos la voz de la razon en el profundo abismo en donde nos precipitaron las pasiones; nuestros yerros destruyeron la ilusion que nos perdió. Y ¿quién pudiera mejor que los remordimientos hacer renacer la razon y manifestar la verdad? Por amor faltaste á las más sagradas obligaciones; pero en breve

recobró la naturaleza sus derechos, y ya no consideraste en la triste Olimpia sino el objeto infeliz, causa de todas tus penas y cómplice de tus yerros. Perdiendo tu amor no pude siquiera abrigar la esperanza de ser tu amiga. ¿Qué confianza puede existir entre dos culpados que conocen sus errores, gimen sobre su ceguedad, que se hallan imposibilitados de expiarla, y se achacan sus desgracias? Era preciso callar; pero ¡qué esfuerzo tan penoso para mi alma! ¡Cómo, despues de siete años, este corazon únicamente ocupado en tí y en mi hijo, este corazon despedazado no osó jamas manifestársete un instante! Solos ó acompañados, el cuidado de engañarnos y de disimular constituyó nuestra principal ocupacion. La razon, compasion y amistad nos imponian esta ley. ¡La amistad nos prohibia la confianza! ¡Situacion extraña y rigurosa! Y ¿podré llorar mi muerte? ¡Ah Teófilo! La idea de una eterna separacion es sin duda dolorosa y terrible, pero cuando comprendas cuán grandes son los tormentos de que me libra la muerte, es imposible que deplores el destino que nos separa. Y ¿cómo es posible sobrellevar la vida contemplando á quien se ama en la mayor desgracia, y siendo nuestros males obra nuestra? Yo sola soy la causa de nuestras desgracias; mi imprudencia proporcionó á tu padre pretextos y justas causas de faltar á su palabra. Perdí mi reputacion; tu padre me negó por hija, y podia verificarlo con justicia. Sin duda que la ambicion le tornó tiránico; pero la naturaleza le revestia de una autoridad sin límites de que podia usar, y tú, al rebelarte, faltabas á la más santa de todas las obligaciones. ¡Ah! si consultando la razon abjuraras el insensato y culpable proyecto de huir de la casa paterna, el tiempo y tu constancia, no lo dudes, ablandaran á tu padre. ¿Por qué añadir la traicion á la desobediencia? ¿Por qué no le decias: Mi corazon ya no es mio, V. mismo me obligó á entregarle; no puedo disponer de mi mano sin su consentimiento? V. me niega la licencia que imploro, me someto á tal rigor; pero no exija V. que perjure obligándome á formar otro enlace, y por mi parte le prometo no volver á ver el objeto de tan desgraciada pasion. Este saludable consejo debiera yo darte al enterarme de tu funesto designio. Declarándolo todo á tu padre, y hablándole con noble sinceridad, aunque le irritaras, no cesara de amarte. Lo más que pretendia cuando te amenazaba y se mostraba inflexible era amedrentarte. ¿Cómo es posible imaginar que castigase con severidad una resistencia acompañada de tanta sumision, y que tantos motivos disculpaban? ¿Se resolveria á privar de libertad á su hijo único y toda su esperanza? No, no es posible; persuadido de tu firmeza y constancia, tarde ó temprano accederia á nuestros deseos. ¿Cómo al perdernos no se nos ocurrió este pensamiento? Pero me amenazabas con quitarte la vida; y el espanto y la turbacion nos

cegaba. Á tener yo más juicio y experiencia pudiera convencerte, pues á pesar de los temores y presentimientos estaba léjos de prever los tormentos que he padecido. Si hubiera conocido el porvenir, te convenciera de que valia mil veces más renunciar á nuestro amor, anulando nuestros juramentos, que precipitarnos en este abismo de males. Supongamos que yo tuviera bastante valor y generosidad para determinarte á casar con la que aborrecias; supongamos que la condesita justificase tu aversion con su conducta; con todo ¡qué consuelo no hallarias en tí y en el seno de tu padre! ¡Qué distracciones no te brindaran el mundo, las diversiones y los negocios! Los sentimientos de la naturaleza y el amor de la gloria llenarian tu corazon é ilustrarian tu vida: comprendieras en fin la dicha de ser padre y de poder decir: Educaré con esmero á mis hijos; les dejaré cuantiosos bienes y un nombre que nadie podrá disputarles. Y yo al volver á mi tierra me llevaba por consuelo la inocencia y el recuerdo de un sacrificio virtuoso, disfrutando de los placeres que ofrecen la soledad y el descanso. ¡Ah si en el instante en que me arrastrabas á la perdicion una amiga compasiva me inspirara estas reflexiones! Pero huérfana, infeliz, carecia de apoyo; mi tia ya no existia; no hallaba quien me guiase. y amando el honor y la virtud más que mi propia vida, sacrifiqué uno y otro. Y la insensata y presuntuosa juventud teme los consejos y desea la independencia. ¡Oh Polidoro! algun dia leerás esta carta: sírvate para desconfiar de tí mismo, para conocer que el talento y la intencion pura no suplen á la experiencia; para convencerte en fin de que las pasiones sólo logran extraviarnos y causar mil desgracias, y cree firmemente que sólo en la práctica de la virtud se halla la verdadera felicidad. ¡Á Dios, Teófilo! Me atrevo á esperar que tu suerte en lo venidero será más dichosa. Tu padre vive... ¡Ah! no sea parte mi memoria para turbar vuestra felicidad, si el cielo permite que vuelvas á verle. Considera que aun cuando tu padre me reconociese por hija, no podria volverme la ventura. ¿Con qué rostro me atreveria á presentarme á la sociedad despues de faltar á todos mis deberes? Tú puedes verificarlo sin temor: eres culpado, pero te resta el honor; y la mujer que el amor extravia queda envilecida. He vivido en la oscuridad devorada de remordimientos, pero á lo ménos no arrostro el peso de la vergüenza, ni el horror del desprecio público. No he visto á mi esposo avergonzarse del lazo fatal que nos une. Tal es mi suerte, y nada puede volverme la felicidad, por cuanto ya no existe para mí en la tierra. Á Dios, querido y desgraciado Teófilo! ¡Vive para tu hijo, él te consuele de las penas que te causó su madre! Este es el postrer voto de mi corazon. Sírvate la religion que me fortifica para consolarte. Dios reprobó nuestra union, y nos separa. Acatemos humildes su justicia.»

—¡Ah! exclamó el baron al terminar despues de la carta, querida Olimpia, víctima desgraciada de mi injusticia y ambicion, ¡De qué felicidad me privé rehusando adoptarte por hija! ¡Oh hijo mio, vuelvo á encontrarte, pero no podré labrar tu dicha! Y ¿podré ser yo dichoso?

—Padre mio, respondió Teófilo, yo consagraré á V. mi vida; pero renuncio para siempre al mundo: retirado, oculto en la casa paterna, sólo para V. y para mi hijo ansio vivir.

—Pues bien, dijo el baron, dediquémonos á la educacion de Polidoro; pase léjos del mundo su niñez y los primeros años de la mocedad, formando en la soledad su corazon y entendimiento; conozca las delicias de la vida campestre y de los placeres sencillos, para que cuando se halle en el tumulto de una vana disipacion los anhele como los únicos placeres puros y verdaderos.

Aprobó Teófilo un proyecto tan conforme á su inclinacion, y se ejecutó al instante. Compró el baron una hacienda á cien leguas de Paris, donde retiróse con Teófilo y Polidoro. Si algunas memorias tristes le impidieron disfrutar de completa felicidad, halló á lo ménos cuanta podia gozar. El cuidado y la ternura de Teófilo y las virtudes del jóven Polidoro consolaron sus últimos dias. Disfrutó ántes de morir la satisfaccion de asegurar la dicha de su nieto, escogiéndole una esposa amable y virtuosa que fue el ídolo y la gloria de su esposo y familia.

Calló la baronesa, y como todavía era temprano se habló algun tiempo.

—Mucho me agrada, dijo el señor de la Palinière, la descripcion de *L' Ange-Sund*. La vieja de noventa y seis años y el banquete de familia que el baron presenció me recuerdan una funcion muy parecida.

—Háganos V. el favor de referirla.

—De buena gana. Hallándome en Rusia, viajaba en el mes de julio por la Livonia con un ruso amigo mio, quien deseó que nos detuviésemos en una hacienda, propiedad de un pariente suyo. Su aspecto me admiró, pues más bien parecia pueblo que casa grande. Componíase de un espacioso edificio rodeado de otros doce más pequeños, los cuales se comunicaban por medio de galerías cubiertas. Serian las nueve de la mañana cuando llegámos, y los criados estaban muy atareados; mi amigo preguntó por el señor Novorgevo, que así se llamaba el dueño de la casa, y le dijeron que una de sus nietas estaba indispuesta.

—Siendo así, prosiguió mi amigo, lo mejor es irnos á pasear un rato.

Y diciendo esto nos apartámos de la casa.

Entónces le dirigí varias preguntas, á las cuales satisfizo del modo siguiente:

—Novorgevo, dijo, es un anciano venerable de setenta y cinco años, y goza de considerables bienes que se ha granjeado. En este sitio nació, aunque entónces era una choza. Su padre era labrador, y no poseia mas que el terreno en donde despues se edificaron esas habitaciones, algunos pedazos de tierra inmediatos, y el bosque á donde vamos á pasear. El jóven Novorgevo hizo á la edad de catorce años un viaje á Riga, yendo á parar á casa de un negociante pariente suyo, el cual, prendado de su aplicacion y talento, le envió á Petersburgo con cartas de recomendacion, seguro de que para adelantar no necesitaba mas que darse á conocer. En efecto, en un país en donde se puede, sin la ventaja del nacimiento, aspirar á los honores y puestos más brillantes, no podia el jóven Novorgevo dejar de hacer un gran papel. En breve tiempo halló protectores y siguió la carrera de las armas. Despues de manifestar en la guerra pericia y valor, fue llamado á la córte, en cuyo tiempo tuvo la desgracia de perder á su padre: dos hermanas le quedaban que rehusaron constantemente los dones que su cariño les ofrecia. Ambas, modelos de la más tierna amistad y de una moderacion mucho más rara, negáronse á tomar estado por no separarse, contentándose con su posicion. Seducido Novorgevo por la ambicion realizó un casamiento brillante: su esposa era modesta y arreglada, pero le causó mil pesares con su genio orgulloso y altivo, y murió dejándole seis hijos, tres varones y tres hembras, de los cuales el mayor contaba ocho años. Entónces Novorgevo dimitió todos sus empleos y solicitó el retiro. Los honores y grandezas le deslumbraron ántes; pero ya ansiaba la tranquilidad. Salió de la córte y fué á ver á sus hermanas para no separarse más de ellas. Luego que llegó mandó construir ese vasto edificio, conservando intacta la humilde morada de sus padres que se halla al extremo de este bosque, templo que reverencia yéndolo á visitar todos los dias. Se dedicó á la educacion de sus hijos, ayudado por sus hermanas; renovó la amistad con los labradores amigos de su padre, y despues de examinar con cuidado sus familias eligió entre ellos los consortes que destinaba á sus hijos, proporcionándoles la educacion que necesitaban, pues sólo deseaba que supiesen leer, escribir y contar, tuviesen cortesía, pureza de costumbres, verdadera devocion y aficion al trabajo; logró sus virtuosos designios conforme deseaba, casando sus hijos como imaginara, y hoy es el más venturoso de todos los padres. Como cada año se iba aumentando su numerosa familia, que vive con él, se ha visto en la precision de ir construyendo los doce pabellones que rodean la casa, donde mora como los antiguos patriarcas, en compañía de sus dos respetables hermanas y una multitud de hijos y nietos, todos vestidos de aldeanos como él y como sus padres, disfrutando todas las conveniencias

de la vida y gozando de una felicidad poco apetecida de la generalidad de los hombres, porque no la conocen.

Al acabar mi amigo su narracion entrámos en el bosque. Reparé que de cada árbol pendia un rótulo con una fecha y un nombre, y pregunté á mi amigo su significado.

—Es preciso, me respondió, que ántes de todo entere á V. de una costumbre antigua de esta comarca, cuyo orígen ignoro. Cuando nace una criatura, su padre planta un árbol, en el cual se escribe el nombre del niño y el año de su nacimiento. Así es que cada propietario de mediano pasar posee uno de estos bosques sagrados adonde nunca llega la segur; pero cuando algun árbol se malogra, entónces se determinan á cortarlo, con grande aparato. Se reune la familia y los vecinos, y delante de todos se corta transcribiendo la inscripcion en un libro de familia, añadiendo el año en que fue cortado, y firmando los parientes y vecinos como testigos del hecho. De este modo se conservan en esos registros los nombres y memoria de nuestros antepasados, y con tanta mayor certeza cuanto en otro libro se escribe el año del nacimiento de cada hijo, anotando la especie de árbol que se plantó en el bosque de familia el dia en que nació.

Todavía hablaba mi amigo cuando oímos á lo léjos el són de varios instrumentos campestres.

—Vamos, dijo, á ver plantar el árbol del niño que nació esta mañana; ahora conocerá V. al venerable Novorgevo rodeado de una numerosa córte. No podrémos hablarle, pero sé de cierto que terminada la ceremonia vendrá á saludarnos y nos convidará á comer.

Apretámos el paso, y guiados por la música llegámos á un paraje en donde sólo hallámos arbolillos, y sobre unas doscientas personas, contando quince ó veinte niños pequeños. Todos vestian el traje peculiar de los aldeanos de Livonia. El de los hombres no ofrecia cosa particular, pero el adorno de las mujeres me pareció tan singular como gracioso; su tocado consistia en unos velos de muselina que ocultaban parte de sus cabellos cubriéndolas enteramente las espaldas; todas llevaban jubones de color oscuro, ceñidores de cintas, y guardapiés primorosamente bordados. Me adelanto y distingo en medio de aquella multitud á un anciano de aspecto suave y majestuoso, vestido como los demas, pero cuyo traje sencillo y grosero contrastaba singularmente con el adorno que le distinguia. Llevaba al cuello una cinta blanca, de la cual pendia una magnífica cruz de brillantes.

—Ese es Novorgevo, me dijo el compañero; se le conoce por la órden con que está condecorado; distincion que ostenta más por agradecimiento que por orgullo, por ser premio debido al cariño que le profesa su soberana.

—Dígame V., pregunté entónces: ¿quién es aquel jóven que está á su derecha?

—Uno de sus nietos, respondió, padre del recien nacido; observe V. á su derecha dos ancianas; son sus hermanas, y los más inmediatos, hijos ó nietos.

—¿Cuántos son en total?

—Unas sesenta personas, contando los yernos y nueras; todos viven en el recinto que V. vió. Lo restante del concurso se compone de los parientes, vecinos y amigos de la familia; pero atendamos, que empieza la ceremonia.

Acerquéme al anciano cuanto pude; observé que tomaba un azadon y cavaba con brazo robusto el hoyo para plantar el árbol. Acabada la ceremonia, el viejo, segun costumbre, bendijo varias veces el árbol recien plantado, deseándole que viviese tanto como el pino Pedro Novorgevo (el árbol más antiguo del bosque), y que el niño, cuyo nombre llevaba, pudiese sentarse algun dia á su sombra con los hijos de sus nietos. Dicho esto inscribieron su nombre en el libro los principales del concurso. Despues tomó el anciano en sus brazos al niño, objeto de la fiesta, y todos salieron del bosque al són de los instrumentos.

Seguímoslos al otro extremo, en donde se hallaba una tienda cubierta de enramada entre los árboles más grandes y frondosos del bosque, la cual ofrecia un espectáculo delicioso. Todos los árboles estaban cubiertos de guirnaldas de flores y yerbas olorosas, y una docena de pulidas cunas colgadas con cintas de gruesas ramas formaban el adorno más interesante de aquel sitio campestre. Mi compañero me enseñó *el pino Pedro Novorgevo*: admiré su prodigiosa elevacion, y notando dos encinas inmediatas, entre las cuales se alzaba sobre un trono de céspedes una columna de mármol blanco, dije al amigo:

—Sin duda estos dos árboles merecen particular aprecio al buen viejo.

—Seguramente; la encina más vieja lleva el nombre de su abuelo, y la otra el de su padre. La columna es un monumento del cariño que les profesó. Léese en ella una inscripcion rusa que contiene el elogio de Anastasio y de Alejo Novorgevo, elogio dictado por el corazon, y cuyo sentido es el siguiente: El cielo para recompensar su sincera piedad les concedió la verdadera dicha; gozáronla buscándola en sus familias entre las delicias del campo y las tareas de la agricultura.

—Pienso, proseguí, que aquella cuna más adornada que las otras y colgada de esas dos encinas está destinada al recien nacido.

—Así es: observe V. ahora como se acerca el viejo para poner el infante en la cuna.

En efecto, despues de abrazar tiernamente á su biznieto le colocó en ella; formó despues un trofeo con diversos instrumentos de agricultura que le presentaron, y lo ató á uno de los árboles al lado de la cuna. Él mismo explicó lo que significaba aquello, diciendo que dedicaba á su biznieto á las tareas del campo, concluyendo el discurso con leer en alta voz la inscripcion de la columna. Cuando el anciano cesó de hablar, las madres pusieron los hijos en las demas cunas y se sentaron al pié de los árboles, asiendo el cabo de una cinta bastante larga, atada por el otro extremo á las cunas. De cuando en cuando tiraban de ellas, columpiando á los niños.

En tanto que estas madres, las más de veinte ó veinte y cinco años, se ocupaban de sus hijos, los mozos así de la familia como de la vecindad se reunieron en el centro, y ejecutaron varias danzas, entonando coplas relativas á la funcion. Cantaron tambien un largo romance, titulado *Las cuatro estaciones del año*. Despues de pintar los placeres de la primavera, del verano y del otoño, se celebró el invierno con mayor prolijidad, describiendo las diversiones que se disfrutan en el Norte en la estacion de hielos y nieves, y alabando de un modo ingénuo y gracioso las largas y deliciosas noches de invierno en medio de una familia amada, junto al hogar paterno.

Acabadas las coplas se bailó al són de las *balalayas* (*): entre tanto varias niñas recorrian el salon con cestas de tortas y de *clougwa* (**) que ofrecian á los espectadores. Al medio dia los vecinos y parientes se despidieron del anciano, quien nos convidó á comer, conduciéndonos á la choza en que vivió su padre.

—Este sitio, dijo, me ofrece los más gratos recuerdos; todas las mañanas vengo á meditar en él. Si pudiera contener mi numerosa familia, aquí acabara los dias.

Y se sentó sobre una estera, colocándonos á sus lados. Hablaba bastante bien el frances, y respondió á mis preguntas con la urbanidad del que ha vivido veinte años en la córte, y con la bondadosa franqueza de un labrador. Pintóme su ventura con los más vivos colores, y despues prosiguió diciendo:

—Conocí la córte, y las satisfacciones que los honores, vanidad y privanza pueden proporcionar: entónces mi mente estaba ocupada y el corazon vacío y disgustado. Devorado de temores é inquietudes, debia guardarme

(*) Especie de guitarras con mástil largo.

(**) Fruta sabrosa, más pequeña que la cereza.

de las asechanzas de la envidia, tolerando el tedio de las solicitudes injustas é importunas; finalmente, cada dia padecia el dolor de hallar descontentos ó ingratos, añadiéndose la falta de un verdadero amigo. El cielo me abrió los ojos, demostrándome que el hombre, arrojado para poco tiempo en esta tierra, es un insensato cuando acumula bienes perecederos y sacrifica su descanso á la codicia. Es cierto que dimitiendo mis empleos perdia la mitad de mis riquezas, pero recobraba la libertad. Renunciando las pasiones y volviendo á los placeres que la naturaleza ofrece, recuperé la salud perdida, y volví á encontrar la pura felicidad de que disfrutara en los primeros años; así es que la sencillez de costumbres prolonga y ameniza la vida, tornando los últimos instantes de nuestra carrera tan felices y venturosos como los primeros de la niñez, cuyo recuerdo nos es tan grato únicamente porque trascurrieron entre la inocencia y la calma de las pasiones.

No me cansaba de escuchar al virtuoso Novorgevo; pero la hora de comer interrumpió la conversacion. Nos sentámos á la mesa dispuesta en la misma tienda, y contemplaba con admiracion al anciano en medio de su familia sentado entre sus dos hermanas. Y aunque no entendia lo que decian sus hijos, veia la expresion de sus rostros que reflejaban la más pura alegría. Despues de comer nos condujo Novorgevo á su casa, la cual era tan sencilla como capaz, consistiendo los muebles en lechos sin cortinas, mesas y sillas de madera, y esteras de junco: su adorno eran frondosas ramas de árboles entretejidas con primor y que cubrian las paredes. La familia cabia cómodamente en la sala; gastóse en conversacion cerca de una hora, y cada cual se fué á sus ocupaciones. Quedámos solos con el anciano, quien nos propuso dar un paseo por la huerta, donde se quitó la cruz de San Andres, colgándola de un árbol, y tomando un almocafre se puso á trabajar.

Aunque la huerta era grandísima, advertí que los que la labraban eran los hijos de la casa con quienes comímos. Entónces supe que los demas estaban ocupados en las labores fuera del recinto de la casa, y que entre tanto las mujeres se ocupaban en las haciendas domésticas. Unas estaban encargadas de la cocina ó de la lechería, otras hilaban, cosian ropa blanca, ó sus vestidos y los de sus hijos. Nadie estaba un instante ocioso hasta las siete de la noche, hora en que toda la familia se reunia en la sala grande ántes de cenar. ¡Con qué alegría se sentaban á la mesa, y con qué apetito cenaban! Antes de irse á acostar leia el buen Novorgevo á sus hijos una breve instruccion moral y cristiana, y cuando terminaba, todos se arrodillaban y el viejo recitaba en alta voz algunas oraciones, bendiciendo á la familia. Entónces se retiraban todos á disfrutar de las delicias de un sueño

tranquilo. Al dia siguiente salí de aquella casa, llevándome un recuerdo que jamas se borrará de mi memoria y corazon.

Al acabar el señor de la Palinière levantóse la baronesa dándole gracias, y todos se retiraron, por ser ya cerca de las diez y media.

Algunos dias trascurrieron sin veladas, porque la marquesa, á quien tocaba referir una historia, estaba resfriada; por tanto se pasó la velada hablando.

Acordóse César de que la baronesa dijo en la historia de Olimpia que el honor era más severo que las leyes, y pidió le explicase la causa.

—Las leyes, respondió la baronesa, se dictan para todos; no se pueden esperar de la multitud sentimientos generosos y delicados, por consiguiente no deben prescribir acciones grandes. Si fuesen más severas corto seria el número de los que las observasen, y no producirian un bien general; así que se limitan á prohibir los delitos é injusticias manifiestas, porque están establecidas para el pueblo y no para los sabios. Bien puedes conocer que el hombre, cuya probidad consistiese en obedecer á las leyes, no seria virtuoso ni estimable, porque se puede ser despreciable aun cuando no se cometan aquellas acciones que incurren en las penas impuestas por las leyes. De todo esto puedes inferir por qué la ley autoriza algunas veces lo que el honor prohibe, y por qué tantos pleitos cubren de ignominia al que los entabla, aunque esté seguro de ganarlos. Puede decirse tambien que las leyes no castigan ciertos delitos como, por ejemplo, la calumnia cuando no produce resultado funesto.

—Pero un calumniador, interrumpió César, pierde la honra en el concepto de todos.

—Sin duda, y lo mismo sucede con aquellos que se valen de la indulgencia de la ley para ejecutar acciones malas.

—No lo comprendo muy bien. ¿Qué es un hombre deshonrado?

—El que la voz pública acusa de carecer de honor.

—Segun eso la multitud conoce la fuerza de la virtud y del buen modo de pensar, puesto que es más severa que las leyes; por tanto me parece que las leyes establecidas para la multitud deberian contener la práctica de las virtudes.

—Hasta el hombre más vicioso y grosero ama la virtud y aborrece el vicio. Las pasiones le impulsan á obrar contra su conciencia, la cual le reprende sus delitos, manifestándole los ajenos, por cuanto su propio interes no le hace repugnante este conocimiento. Por tanto obra mal y juzga bien:

débil y corrompido cede á sus pasiones; pero cuando el interes no le ciega, condena en los otros los excesos de que se deja llevar. Lo despreciable le repugna, lo generoso le conmueve y deleita. Mal padre é hijo ingrato, no contemplaria sin enternecerse á la anciana de *Ange-Sund,* bendiciendo á sus hijos y al ruso Novorgevo rodeado de su familia. Admiraria tan sublimes rasgos, pero sin el menor deseo de imitarlos. Por lo tanto ¿cómo podria acatar la ley que se lo previniese? Este hombre que acabo de pintar es la verdadera imágen de la multitud: tales son los hombres en general. La consecuencia más importante de estas reflexiones es que todos condenan y vituperan las acciones malas, y ensalzan la virtud; con que si se anhela la reputacion y aprobacion general es preciso ser siempre bueno, noble y digno.

—Tambien voy yo á preguntar, dijo Carolina, la significacion de una palabra. Varias veces oigo decir preocupaciones, y no comprendo lo que quiere decir.

—Por preocupacion se entiende una opinion que no estriba en ninguna razon sólida. Victoria, por ejemplo, cree que el que lleve consigo un pedazo de la cuerda de un ahorcado ganará siempre cuando juegue: á esto se llama preocupacion. No son ciertamente las reflexiones que forma sobre la posibilidad del caso las que se la inspiran. Si la preguntas por qué opina de ese modo, te dirá que su tia, su madre ó su abuela lo decian así. No todas las preocupaciones son igualmente necias, pues conozco varias que me lo parecen y que son muy comunes. He visto mujeres huir de una persona que cuidaba de un enfermo con sarampion ó viruelas, y sentarse despues con serenidad junto al médico que visitaba á los mismos enfermos. He notado otras cosas de esta índole que equivalen á la cuerda del ahorcado de Victoria. Existe tambien otra especie de preocupaciones, que léjos de ser ridículas son respetables por dimanar de una sensibilidad viva y delicada. Dejemos creer á los gemelos que se aman que padecen recíprocamente los males físicos de uno de los dos; á una madre, que será capaz de reconocer en medio de mil criaturas á un hijo desconocido: estos errores de los corazones sensibles son fruto de los sentimientos más virtuosos; no debemos, pues, despreciarlos. Finalmente, toda opinion que no se funda en alguna razon, y cuya falsedad manifiestan los hechos y la experiencia, es una preocupacion. Pero, excepto en el caso de concurrir todas estas circunstancias, no debemos afirmar que una cosa, por más extraña que parezca, es quimérica ó disparatada.

—En efecto, la historia de Alfonso nos demuestra que existe en la naturaleza una multitud de fenómenos cuyas causas ni aun los más sabios pueden explicar.

—Por eso no debemos calificar de preocupaciones sino las cosas que no sólo repugnan á la razon, sino que tambien están convencidas de inciertas por los hechos mismos.

—Ahora comprendo lo que es preocupacion; y puesto que todas las que no emanan de la sensibilidad son ridículas, como juzgar que el mártes es dia aciago, ó que si el salero se derrama es señal de desgracia.

—Tambien debes comprender que no puede llamarse preocupacion lo que la religion, las leyes y el honor nos prescriben; por ejemplo: el respeto que tenemos á los muertos y á sus sepulturas ¿es preocupacion?

—No, señora, porque la religion manda que los honremos, siendo ademas una obra de misericordia enterrarlos.

—Muy bien dicho. Mas ¿debe llegar ese respeto al exceso que comunmente notamos, cuando dicen que es menor delito hablar mal y publicar los defectos de un vivo que los de un muerto?

—Esa pregunta me confunde.

—Consulta, pues, en semejantes ocasiones al guia más seguro, que es la religion; observa si manda que se venere más la memoria de los difuntos que la reputacion de los vivos.

—No por cierto; lo que manda es amar al prójimo comò á sí mismo, y volverle bien por el mal que nos infiera (*); y así estoy persuadido de que es un delito más grave perjudicar la reputacion de un vivo que la memoria de un difunto.

—Considera tambien que este no padece, y que la detraccion aflige y desespera al otro; así que la opinion de que os hablaba no es más que una preocupacion. Si despues de muerto un enemigo procurase alguno denigrar su memoria por medio de imputaciones inciertas, seria tan vil como cobarde, puesto que el enemigo muerto no puede impedir el efecto de las voces que se esparcen contra él. Si viviese podria desvanecer las dudas y aclarar las conjeturas, aunque no justificarse de un hecho averiguado; esta es la causa porque seria cobarde y vil el que profiriese una acusacion infundada contra un difunto. Sin embargo, debeis creer que en cualquier caso desapruebo y aborrezco este encono insensato contra los que ya no existen: sólo intenté demostraros que es ménos crueldad ajar la reputacion de los muertos que destruir la de los vivos.

(*) Bendecid á los que os persiguèn; bendecidlos, y guardáos de maldecirlos. No os vengueis por vuestras propias manos, queridos hermanos mios; ántes bien dad treguas á la ira, porque está escrito: A mí solo toca la venganza. *Epíst. de san Pablo á los romanos*, cap. XII.

—Mamá, dijo Carolina, siempre me acordaré de esta conversacion; no olvidaré que debemos preservarnos de las preocupaciones ridículas, y respetar las que proceden de la bondad del corazon.

—Y tambien, añadió la baronesa, debeis tener presente que cuando se desea conocer si se debe admitir ó desechar una opinion, es menester examinarla con madurez, y si el creer ó no en ella debe influir en nuestra conducta ó modo de pensar, se debe consultar á la religion, á las leyes y al honor, conformándose con lo que estos oráculos ordenen ó aconsejen.

—En efecto, dijo el señor Fremont, si desean VV. ser felices, deben penetrarse de las grandes verdades de la religion, alimentando el espíritu con sus santas máximas, que si así lo verifican les señalarán la regla exacta de sus obligaciones.

Á los dos dias de esta conversacion, hallándose la marquesa de Clemira sola con Carolina, la dijo:

—Esta mañana cuando entré en tu aposento observé que la criada te calzaba, y extraño mucho que lo consientas. ¿Cómo puedes envilecerte, envileciendo á una persona semejante á tí? No exijas, pues, de una criada sino los servicios absolutamente necesarios; excúsala en lo posible de cuanto pueda inspirarla repugnancia. No lleves la bajeza é inhumanidad hasta abusar de su situacion, negándola los miramientos que le son debidos. Si en adelante deseas ser amada y respetada de tus criados, acostúmbrate á respetar en ellos los sagrados derechos de la humanidad. Yo no puedo peinarme ni vestirme sola, y una criada me ayuda; mas no así para desnudarme, y bien sabes que jamas veló por mi causa ninguna criada, ni permití que me esperase. He vivido en la alta sociedad; iba á los bailes, volvia á casa á las cuatro ó cinco de la mañana muy adornada, con un vestido guarnecido de flores y cintas, prendidas con un millar de alfileres: no era fácil despojarme de todo aquel embeleco sola, pero preferia molestarme acostándome media hora más tarde, á que me ayudase una pobre criada medio dormida y de mal humor, que maldeciria mil veces mis diversiones y su suerte. Ahora es menor mi mérito, porque los adornos que usamos en Champcery no son muy embarazosos.

—Tampoco llama V. nunca de noche.

—No, excepto que esté indispuesta. Si necesito de algo, me levanto aunque sea en el rigor del invierno. Estoy tan acostumbrada á ello, que no me cuesta trabajo; al contrario adquiero una actividad que juzgo muy saludable, porque nada debilita tanto como la pereza y molicie. Sirviéndonos á nosotros mismos adquirimos una fuerza y agilidad increibles; y si bien no parezco muy robusta, no se pasa noche sin que ejercite en algo mis fuerzas;

unas veces cargo con un cántaro grande lleno de agua, otras, en invierno, coloco en la chimenea algun tronco, quizá más pesado que mi cuerpo.

—Yo, mamá, deseo imitarla; de aquí en adelante me desnudaré sola si V. lo permite.

—Todavía eres muy niña para eso. Tu edad es la de la debilidad y dependencia físicas; pero puedes desde ahora ayudarte algo más, y cuando cuentes quince años será bien que te acostumbres á desnudarte sola.

—Prometo á V. que no volveré á faltar al miramiento que debemos guardar á los que nos sirven.

—Otros varios se les deben tambien, como el de no proferir directa ni indirectamente expresion alguna que pueda inclinarlos á avergonzarse de su estado. Seria, por ejemplo, crueldad odiosa citar delante de un criado algun proverbio insultante con referencia á la clase en que se halla, como el siguiente: mentir como un lacayo. Débense evitar, pues, con el mayor cuidado tales groserías, las cuales, á la vez que les causan rubor, excitan su resentimiento y odio contra nosotros; como tambien no hablar de cosas que puedan alterar los principios de la religion católica, porque los discursos y acciones de los amos influyen en la conducta de los criados, y somos dos veces criminales cuando les damos mal ejemplo. Finalmente, la caridad, justicia y humanidad nos mandan tratarles con dulzura é indulgencia; ocuparnos de sus intereses, protegerlos en toda ocasion, y cuidarles con afecto en sus enfermedades ó si se hallan imposibilitados, habiendo envejecido en nuestras casas.

Levantábase la marquesa para ir á paseo; pero Carolina la detuvo para confesarla que aquella mañana habia estado de mal humor con Pulqueria.

—No dudo, dijo la marquesa, que al instante satisfarás esa culpa.

—Sí, señora.

—Pero ¿de qué modo?

—Venciendo el mal humor, y lo restante de la mañana permaneciendo como de costumbre.

—Y ¿no la pediste perdon, ni le manifestaste pesar por tu dureza?

—Al punto que notó mi alegría tambien se alegró tanto que no parecia estuviese resentida.

—Y porque no sea rencorosa ¿debes mostrarte insensible? Si yo faltase al más ínfimo criado de casa, manifestaria seguramente mi arrepentimiento, y juzgaria honrarme á mí misma dándole una satisfaccion proporcionada á la ofensa, porque nada nos ensalza tanto como la equidad. El defecto más intolerable en sociedad es no saber conocer y enmendar nuestros yerros. Somos tan imperfectos que no pasa dia sin que los cometamos; por tanto,

MCD 2022-L5

la persona más amable y atractiva será siempre la que confesando sus defectos manifestare más franqueza y sensibilidad. Este es el talento sublime de los corazones generosos, en tanto que las almas débiles y limitadas, poseidas de una mal entendida vergüenza, prefieren agravar sus culpas á dar un paso ó decir una palabra que bastaria para expiarlas.

—Mamá, pediré perdon ahora mismo á mi hermana de mi enfado, y de no haberla manifestado al instante mi arrepentimiento.

Y abrazando tiernamente á su madre salió corriendo en busca de su hermanita.

La marquesa prometió aquella mañana que por la noche referiria una historia verdadera, cuya promesa cumplió en los términos siguientes:

VELADA VIGÉSIMA OCTAVA.

LOS SOLITARIOS DE NORMANDÍA: HISTORIA VERDADERA.

En la provincia de Normandía, á cuatro leguas de Forges, cerca del rico monasterio de Bobec, moraba un honrado labrador llamado Anselmo, en compañía de su mujer é hijos. Era pobre, pero tan feliz, que en quince años no salió de su choza solitaria sino para ir á la iglesia. Ni tenia vecinos, ni los deseaba. No podia imaginarse que despues del trabajo diario existiese mayor placer que el de descansar en medio de su familia. Algunas hazas, dos vacas y varias aves eran todas sus riquezas: su familia se componia de su mujer, cinco hijos, una criada y un pastor: os describiré estas dos personas. La criada se llamaba Pascuala, y como desde sus primeros años vivia en casa de Anselmo, adquirió la inclinacion y costumbres sedentarias de sus amos. Jamas se alejó de la casa más de media legua; de cuantos edificios existen sobre la tierra no conocia mas que el convento de Bo-

bec, y nunca San Pedro de Roma ó el Louvre excitaron admiracion igual á la de Pascuala al divisar la pequeña iglesia de Bobec. Habia oido hablar de Forges, y sabiendo que distaba cuatro leguas de su habitacion, nunca tuvo ánimo para emprender tan largo viaje. Calcularéis que Pascuala ni sabia leer, ni habia visto un libro en toda la vida: sus habilidades eran muy limitadas, pues reducíanse á ordeñar las vacas, fabricar queso y ayudar á su ama en las haciendas de casa, no siendo dable á su entendimiento abrazar conocimientos más extensos. Sólo poseia el grado de inteligencia necesario para desempeñar medianamente sus obligaciones, y si el cielo no le concediera unos amos tan pacíficos y humanos, más de cuatro veces se hallara expuesta á perder su colocacion. No cometia culpas voluntarias; carecia de memoria, reflexion y actividad; pero eran tan puras sus intenciones y su corazon tan bueno, que nunca pudieron los amos resolverse á reñirla. Miguel, el pastor que guardaba las vacas, era aun ménos activo y más limitado que Pascuala. Su escasa salud le servia de excusa para con el indulgente Anselmo de su indolencia é incapacidad; fuera de esto era naturalmente blando, honrado y pacífico, y de un sosiego y serenidad de alma inalterables.

—Existia tanta conformidad entre Miguel y Pascuala, que era imposible que se viesen todos los dias sin aficionarse el uno al otro. Declaróse la simpatía, pidieron á sus amos licencia para casarse, que al punto les fue concedida, y á los tres años eran padres de tres hijos, que se criaron con los de Anselmo.

Al año siguiente tuvo Pascuala un grandísimo pesar. Murió la esposa de Anselmo, siguiéndola este dos años despues. De este modo perdieron Pascuala y Miguel el mejor de los amos y su único amparo en el mundo. Algunos parientes, tutores de los niños, tomaron posesion de la corta herencia, y los arrojaron cruelmente de la cabaña.

Fue preciso abandonar aquel sitio querido, que miraban como su casa paterna, y arrancarse de los brazos de los hijos del virtuoso Anselmo, que tanto tiempo hacia daban á Pascuala el tierno nombre de madre. La pobre los abrazó con lágrimas y salió desesperada, seguida de cuatro hijos que tenia entónces, y del triste Miguel, que llevaba debajo del brazo un lio con alguna ropa, únicos bienes que poseia la familia desventurada.

En medio de tan horrorosa situacion tuvieron la dicha de no padecer ninguna de las crueles inquietudes que causan la imaginacion y la prudencia; su índole les impedia sentir más que los trabajos presentes. Lo venidero estaba cubierto para ellos con un velo tan impenetrable, que les ocultaba hasta la imágen del dia siguiente. Antes de salir de la casa comieron bien, y

por lo tanto no les inquietaba mucho el recuerdo de lo que cenarian: sólo hablaban de su pesar por la muerte de Anselmo y del cariño que profesaban á sus hijos.

Comenzaba julio, y caminando sin saber á dónde, se perdieron en el bosque. Y como Pascuala llevaba otro hijo en las entrañas, cuando se cansó sentóse al pié de un árbol, imitándole su marido, y los cuatro niños se acomodaron á su alrededor. Al anochecer los niños empezaron á pedir pan. Miguel, que llevaba algunas provisiones en el zurron, las repartió, y terminada la frugal cena determinaron pasar allí la noche, y al amanecer siguieron un sendero que los condujo á un lugar solitario al otro extremo del bosque.

Aquel sitio inculto estaba cubierto de malezas; pero encontraron una fuente entre unas peñas, hallazgo que causó el mayor gozo á Pascuala, porque sus hijos se morian de sed. Para mayor fortuna aquel terreno estaba lleno de avellanos, morales y frambuesos silvestres, y el suelo cubierto de fresas. Al contemplar Pascuala aquel jardin, exclamó encantada:

—Miguel, Miguel, quedémonos aquí; tenemos agua y frutas con que mantenernos, y construyendo una choza con ramas para pasar la noche, estarémos grandemente.

—Sí, pero es menester licencia para cortar las ramas que no son nuestras.

Esta reflexion de Miguel entristeció á Pascuala.

Á este tiempo notó que un muchacho se les acercaba cogiendo fresas: Pascuala se llega á él y le pregunta por el dueño del bosque.

—Es de la abadía de Bobec, respondió el muchacho.

—¿Dista mucho la abadía?

—Media legua; ahora voy á llevar las fresas que he cogido.

Entónces Pascuala consultó á Miguel, quien despues de recibir sus instrucciones siguió al muchacho al monasterio, miéntras Pascuala y sus hijos quedaron á la entrada del bosque encargándole que volviese cuanto ántes.

Cuando Miguel llegó al monasterio fué á hablar con el abad, á quien expuso su situacion, concluyendo con pedirle trabajo, ó á lo ménos permiso para construir una choza en el sitio que señaló.

—¿Qué sabes hacer? preguntóle el abad.

—Guardar vacas.

—No necesitamos pastores, y ademas no eres de nuestros dominios.

—Pero no tengo que comer, y es lo mismo.

—No se puede socorrer como desearíamos á todos los pobres.

—Padre, yo no soy pobre, no pido limosna, soy animoso y deseo trabajar.

—Pero nada sabes hacer, y ademas te repito que los de nuestras tierras deben ser preferidos.

—Pues le aseguro que soy muy débil y enfermizo; por eso debia V. proporcionarme trabajo.

—Con que ¿te he de tomar por criado á causa de que no puedes trabajar?

—Sí, señor, por eso me conservaba en su casa Anselmo, mi difunto amo; pero si V., padre, no gusta de enfermos, déme á lo ménos licencia para construir una choza en el bosque.

—Y ¿cómo viviréis?

—Hay muchas frutas, berros, avellanas y fresas; es un paraíso.

—Y ¿en invierno?

—¡Ah! es verdad; no hemos pensado en el invierno; pero de aquí á allá falta tiempo todavía: ahora estamos en julio.

—Ya que eso te basta te permito levantar una choza, y cada dos dias puedes venir á buscar pan y patatas para tí y tu familia.

—Justamente tengo un zurron muy guapo.

—Á Dios; es cuanto puedo hacer por tí.

—Y es mucho más de lo que yo deseaba. ¡Qué contenta se pondrá mi Pascuala cuando lo sepa!

Despidióse y salió apresurado. Ya estaba fuera del monasterio cuando le llamaron para entregarle la provision de pan y patatas asadas, como el abad dispuso; pero rehusó tomarlas, respondiendo:

—El padre me dijo que cada dos dias; y así volveré para recogerlo pasado mañana.

Á pesar de su resistencia le entregaron la provision para dos dias, y se fué contentísimo del feliz éxito del viaje. Luego que descubrió á Pascuala se puso muy ufano, y respondió por extenso á sus preguntas. Pascuala, aunque gozosa, le riñó un poco su descuido por no haber comprado en Bobec una podadera para cortar las ramas.

—Porque en fin, prosiguió, nos hallamos con nueve libras y diez sueldos (este era el fruto de sus ahorros de diez años). ¿En qué vamos á emplear todo este dinero?

—Es verdad, respondió Miguel; pero no se puede pensar en todo. Tambien se nos olvidaba que llegará el invierno.

—Ahora que te acuerdas, será menester guardar algun dinero para comprar zaleas.

—Sí, porque para vivir aquí es preciso procurar que nada nos falte.

—Vámonos á trabajar; tú con la navaja cortarás las ramas.

Dicho esto, Pascuala emprendió su tarea, imitada por Miguel: la industria de ambos era igual á su robustez; por tanto tardaron más de quince dias en hacer una chozita bastante sólida, aunque con un defecto que no notaron sinó cuando ya estaba concluida. No se acordaron, porque como decia Miguel no se puede pensar en todo, de que debian habitar en ella, por lo cual era conveniente que la techumbre fuera proporcionada á su estatura. Es más cómodo trabajar con los brazos en su postura natural, que no levantándolos, y ellos escogieron el modo ménos molesto: de suerte que podian recostarse de pechos en el techo de su choza lo mismo que sobre la barandilla de un balcon. Pascuala fue quien primero advirtió este defecto; y aunque el edificio estaba casi acabado, tuvo la valerosa tentacion de volverle á empezar; pero Miguel se lo quitó de la cabeza, diciéndola que nadie entra en su casa sino para dormir ó descansar, y que así bastaba que pudiesen estar tendidos ó sentados. No cabia réplica á este argumento, y en efecto se concluyó la choza á pesar del error de dimensiones.

Dió la casualidad que el dia que se comió en ella por primera vez fue festivo. Aquella mañana estuvo Miguel en la abadía y volvió con la provision de patatas y pan, llevando ademas una cantarilla de leche y algunos huevos que comprara en el lugar. Grande fue la alegría de los niños al ver tanta variedad de manjares para el festin: su gozo y contento excitó el de Miguel y Pascuala. En fin, nada faltó al gusto completo de aquella comida, porque en los convidados se hallaban el buen humor y el apetito. Por la noche durmieron grandemente; despues de pasar veinte y ocho noches expuestos á la intemperie, no podia ménos de ser muy grato el descansar al abrigo de una buena choza, durmiendo sobre un mullido lecho de hojas y paja. Al dia siguiente la familia despertó con cabal salud.

—Nada hay comparable, dijo Miguel, como poseer todas las conveniencias; por más que digan que el cuerpo se acostumbra á todo, yo aseguro que no dormiria tan bien á campo raso y tendido sobre el duro suelo.

—Ni yo tampoco, respondió Pascuala; todas estas noches me he acordado mil veces del establo en que dormíamos en casa de nuestro pobre amo.

—Oye, Pascuala: tan buena es nuestra cabaña como aquel establo, ¿no es verdad?

—Ya se ve; y á más estamos en nuestra casa, y como decia el amo Anselmo, nadie se halla mejor en parte alguna que en su casa.

Esta, que bastaba al contento de Pascuala, se terminó el dia ántes. Miguel compró una hortera y cinco cucharas de palo, algunas zaleas y un po-

co de cáñamo para Pascuala, que llevó su rueca y sabia hilar: en esto se emplearon las nueve libras y diez sueldos. Miguel por su parte se ingeniaba como podia; cazaba pajarillos con liga y los llevaba al monasterio, y al fin del mes iba al lugar á vender la hilaza de su mujer, que le proporcionaba un producto exiguo, porque como dije ántes no era Pascuala muy activa ni trabajadora.

Trascurrió el verano de esta suerte. En el mes de setiembre dió á luz Pascuala con toda felicidad una niña. Llegó por fin el invierno, y á pesar de las pieles la cabaña pareció entónces ménos cómoda, mayormente careciendo de moras, avellanas y fresas. Sin embargo, no padecieron Miguel y Pascuala tanto como se debe pensar; porque nunca durmieron en habitacion muy abrigada: el establo, del cual tanto se acordaban, tenia en el tejado varios boquetes, y la puerta, compuesta de tablas mal unidas, con tres ó cuatro rendijas, por las cuales se podia pasar la mano sin dificultad; y así no hallaron gran diferencia entre su choza y el establo en lo más riguroso del invierno, y en verano por su situacion en terreno seco y resguardada por un bosque cuajado de flores y frutas silvestres, era más agradable que un establo oscuro y húmedo, edificado en un corral lleno de estiércol, y en parte cubierto de agua cenagosa y pestilente.

Á fines del invierno, Miguel, que hacia dos meses andaba con gran trabajo, se halló imposibilitado de ir al monasterio á tomar su alimento: Pascuala le reemplazó, y el pobre Miguel se quedó en la choza tristemente acostado en su lecho de hojarasca. No padecia dolores vivos; su tranquilidad y su piedad le impedian la impaciencia y tedio. Pasaba todo el dia rezando; Pascuala hilaba ó rezaba el rosario á su lado: sus hijos le acariciaban, lo cual contribuia para que no se considerase tan desgraciado. En esta situacion trascurrió otro año.

Dos se habian cumplido desde que habitaban aquel sitio: un dia de julio Pascuala, que saliera á recoger hojas en el bosque, llegó corriendo y sofocada á la cabaña exclamando:

—¡Ah Miguel, qué cosa tan hermosa!

—¿Cuál?

—Una barca amarilla muy pulida sin techo... es casi casi como una carreta, pero tan reluciente... la arrastran seis caballos plateados y dentro van unas señoras muy hermosas, y detras unos caballeros muy guapos vestidos de encarnado.

A este tiempo se oyó el ruido del coche, que Pascuala describiera, la cual estremécese de alegría, sale de la cabaña, siguiéndola los niños. El coche se hallaba á treinta pasos, y distingue entre las personas que iban en

él una dama sumamente hermosa, que mirándoles blandamente, manda al cochero parar. Sorprendida y encantada Pascuala no se atreve á acercarse.

La jóven y hermosa desconocida, con las cuatro damas que la acompañan, se le acerca y dice:

—¿Son de V. estas cinco criaturas?

—Sí, señora.

—¡Pobres niños! Están casi desnudos.

—Los tres más chicos tienen chupas y calzones, pero los guardamos para el invierno.

—Y ¿pasan VV. todo el dia en esta choza?

—Y tambien la noche.

—Pues qué ¿no tienen VV. otra habitacion?

—No, señora; dos años há que vivimos muy bien aquí; sólo en el invierno hace bastante frio, y como mi marido está enfermo...

—¿Enfermo... y está en esa cabaña?

—Sí, señora.

—¡Cielos!... ¡Cuánto me alegro del extravío que me conduce aquí!

Y adelántase hácia la cabaña, entrando no sin trabajo, porque los chapines y sombrerillo con plumas la obligaron á agobiarse tanto, que no pudiendo soportar aquella actitud tan penosa, tomó el partido de arrodillarse.

—¡Oh Dios mio! exclamó volviéndose á Miguel con los ojos llenos de lágrimas, ¿es posible que vivan VV. dos años sin otro asilo?... ¿Cómo no ha ido V. á Forges á curarse?

—Como está tan léjos...

—Sólo dista tres leguas.

—Como hace diez y ocho meses que mi marido está baldado, no podia dejarle solo para emprender un viaje tan largo; y ademas no estamos tan mal, pues cada dos dias nos dan pan y patatas.

Entónces la dama sacó su bolsillo, y entregándoselo dijo:

—Tome V.; esta tarde vendrán á buscarlos de mi parte; y puesto que les agrada este sitio, les prometo que volverán á él, pero ántes es menester que pasen algun tiempo en Forges, porque el enfermo necesita la asistencia de un buen médico.

Entre tanto Pascuala miraba y volvia á mirar las monedas de oro que la dama acababa de darle; finalmente la dijo:

—Ya que V. es tan buena, sepa que estas monedas no nos pueden servir, porque no se conocen por acá.

—¿No ha visto V. nunca oro?

—Sí tal, he visto mucho dorado en la iglesia de Bobec; pero no debe

¿Son de V. estas criaturas?

de correr la moneda de oro por acá, porque ni siquiera oí hablar de ella.

Penetrada la dama de tanta miseria, no pudo reprimir el llanto; sin embargo, obligó á Pascuala á que guardase el oro, aunque para contentarla la entregó algunas monedas de plata, que ella admitió loca de contento, despues de lo cual salieron de la cabaña, subieron en el coche, y volvieron á Forges, dejando á Miguel y á Pascuala gozosos y admirados. Todo el dia hablaron de la hermosa dama, y todavía duraba la misma conversacion por la tarde cuando llegaron para conducirlos á Forges. Cuatro hombres colocaron á Miguel en una litera, y le llevaron con cuidado. Pascuala y sus hijos subieron en un carro, llegando á Forges cerca de las nueve de la noche. Al punto los condujeron á una casa en donde hallaron ropa limpia y mullidos lechos.

Luego que Miguel se acostó, Pascuala fué corriendo á informarse con la huéspeda. Al cabo de un cuarto de hora volvió diciendo:

—¡Miguel, verás, verás lo que he sabido!

—Dílo presto.

—La hermosa dama... Oye, ¿sabes lo que es una princesa?

—Yo no.

—Pues bien, la hermosa dama es una princesa; y tambien se llama duquesa... y tiene tambien otro nombre... Pero se me olvidó. Tambien es parienta del rey.

—Pues no por eso es más tiesa ni vana.

—¡Oh! no por cierto.

—¿Parienta del rey, y con un modo de mirar tan humano y una voz tan blanda?

—¿Á que no adivinas por qué viene á Forges? Para beber de una agua que proporciona hijos: yo no confio mucho en esa fuente, pero haré una novena para que Dios la conceda una guapa familia en pago de su caridad.

La huéspeda interrumpió esta conversacion trayendo á los dos solitarios una excelente cena. Miguel y su mujer habian bebido algunas veces un poco de mala cerveza, pero nunca víno: entónces lo cataron por primera vez á la salud de su bienhechora. Despues de cenar se acostó Pascuala, dando gracias al cielo y mil bendiciones á su jóven y virtuosa protectora. Al dia siguiente la despertó la llegada de una costurera que iba á tomarla medida á ella y á sus hijos de parte de la princesa. En efecto, de allí á pocos dias la entregaron el vestuario más completo para toda la familia. Cada vez se acrecentaba más el gozo de Pascuala, mayormente desde que Miguel se iba restableciendo. El esmero y asistencia del médico, una habitacion sana y el

buen alimento, produjeron una mejoría casi repentina, y al cabo de tres semanas pudo levantarse y andar por la habitacion.

Entónces fué Pascuala á ver á su bienhechora, quien presentándola un manojo de llaves la dijo:

—Estas son, Pascuala, las llaves de su casa de V. y de sus armarios. Vaya V. á ella, y mañana por la mañana iré yo á almorzar.

Atónita Pascuala al oirlo, no pudo hablar, tomó las llaves como alelada, no imaginándose dueña de una casa con armarios, ni que la parienta del rey fuése á almorzar con ella. Aquel mismo dia volvieron al desierto de donde salieron. Pero ¡cuál fue su sorpresa al observar en lugar de la choza de hojas y ramas una casita muy aseada, situada en medio de una gran huerta! Los niños dan mil gritos de alegría; Miguel y Pascuala los abrazan llorando.

—¡Dios mio! exclamó esta juntando las manos. ¿Por qué merecemos tanta dicha?

Paró el carro á la puerta, y condujeron á los solitarios á su habitacion, compuesta de varias piezas muy aseadas, y de una cocina con todos los utensilios necesarios. La sala tenia chimenea, y en fin las alcobas, lechos y muebles nada dejaban que desear respecto á la habitacion. Reparando Pascuala en un armario grande, sacó el manojo de llaves, y abriéndole halló dos vestidos completos para su marido, otros tantos para ella y para cada uno de los hijos, camisas, medias, sábanas, manteles, servilletas, y una gran provision de lino para hilar. Despues la llevaron á la huerta ya plantada de diferentes berzas, al corral en donde halló seis docenas de gallinas; finalmente, abrió un establo en el cual encontró dos hermosas vacas, noticiándosela que era dueña de un prado para apacentarlas, distante medio cuarto de legua. Pascuala creia soñar.

—¡Oye, decia á su marido, ya somos mas ricos que nuestro difunto amo Anselmo! Su casa comparada con la nuestra es una pocilga. La huerta es tres veces mayor que la suya. ¡Oh Miguel! Será menester que nunca olvidemos nuestra choza, sobretodo en el invierno, cuando estemos con los niños sentados al hogar, para dar gracias á Dios siempre de tanto corazon como ahora.

En tanto que Pascuala así hablaba, sus ojos vertian las más tiernas lágrimas: tambien lloraba Miguel, y uno y otro abrazaban á los hijos, recibiendo sus caricias con un gozo que jamas habian experimentado, aunque siempre los amaran tiernamente.

En toda la noche pudo dormir Pascuala: como quedó una lamparilla encendida sobre la chimenea, la pasó toda considerando con admiracion la

estancia y muebles, bendiciendo á su ilustre bienhechora. Al amanecer se levantaron, vuelven á registrar la cocina, huerta y establo, y despues de vestir á los niños con las mejores ropas, dispusieron el almuerzo. Tienden sobre la mesa un mantel nuevo, ponen encima dos tazones llenos de nata de leche, buen pan casero, manteca fresca y una cesta de avellanas acabadas de coger; dispuesto todo de esta manera, esperan impacientes á la buena dama. Á las once el hijo mayor, apostado á la salida del bosque, llegó presuroso anunciando que divisaba el coche á lo léjes. Entónces Pascuala y Miguel se traban de la mano y se disponen á salirle al encuentro turbados y enternecidos. Miguel, todavía débil de las piernas, se aflige de no poder andar más de prisa; lo niños desean ir corriendo delante, y se precipitan hácia la puerta; el padre y la madre los llaman, y por primera vez se quejan de su desobediencia.

En el instante que los solitarios llegaban á la puerta, se apeaba la princesa del coche. Pascuala y su marido bañados en llanto se arrojan á sus piés, y Pascuala mostrándola á Miguel dice:

—¡Oh señora, ya está curado, ya puede andar! ¡Nuestros hijos no padecerán los rigores del frio! ¡Estarémos tan bien en verano como en invierno! Todo se lo debemos á V., y solo Dios puede pagarla, porque nosotros, pobres infelices, ni agradecérselo sabemos.

Un raudal de lágrimas interrumpió tales razones; la virtuosa princesa mezcló las suyas con las de los solitarios, y levantando á Pascuala la tomó del brazo, y entró en la casa. Comprenderéis que el almuerzo fue excelente, y que pasearon muy bien por la huerta visitando hasta el establo.

Á las doce y media la princesa se despidió de los solitarios, y al llegar á Forges supo con satisfaccion y enternecimiento que en todas las clases pueden hallarse los sentimientos nobles y generosos que tanto la caracterizaban. Los carpinteros y albañiles que construyeron la casa de los solitarios, movidos de una accion que aseguraba la felicidad de una familia, desearon participar de ella en algun modo. Trabajaron con ardor noche y dia, y concluida, unánimes rehusaron el importe de su trabajo. No fue posible que aceptasen nada, y sólo se les pudo recompensar empleándolos en otras obras, por las cuales se les pagó doble de lo que valian.

Aquí terminó la marquesa, diciendo el señor de la Palinière:

—Esa historia, es preciosa. No es difícil adivinar el nombre de la augusta bienhechora de los solitarios, de la cual pueden citarse tantas acciones de esta clase, que no me admira la que V. acaba de referir; pero la generosidad de los carpinteros y albañiles me pasma. Que un hombre de esa clase poseyera tanta grandeza de ánimo, seria muy extraordinario,

aunque creible; pero que todos se convengan en trabajar dia y noche con el solo fin de participar de una buena accion, que rehusen el salario que les es debido, sacrificando así tiempo y trabajo, y siendo pobres se avergüencen de tomar un dinero tan legítimamente ganado, es una nobleza, un pundonor y un entusiasmo de virtud que me parecen poco verosímiles en sugetos tan humildes, y no puedo ménos de manifestar á V. que recelo la hayan engañado.

—Y ¿si yo misma lo hubiese presenciado?

—Me alegro mucho, porque celebro creerlo.

En este momento dieron las diez.

—Mamá, dijo César, todavía es temprano: la historia de los solitarios ha sido cortísima, y V. la acabó tan de repente, que no nos ha dado tiempo para preguntar.

—Es verdad, añadió Pulqueria; por ejemplo, desearia yo saber si la novena de Pascuala produjo efecto.

—Sí, respondió la marquesa; aquel mismo año dió á luz su bienhechora una hija, de la cual os referiré un suceso.

Esta preciosa niña cuenta seis años y medio, y pasa los veranos en el campo. El año anterior encontró paseándose en el bosque de Montmorency á una niña muy graciosa que su madre llevaba de la mano. La madre presentó una cestita de fresas á la princesita, la cual examinando de cerca á la niña, notó que era ciega, cosa que la admiró, porque tenia los ojos abiertos y muy hermosos. Preguntada la madre, respondió que su hija no era ciega de nacimiento, pero que carecia de los medios para llevarla á Paris á que la curasen.

—Pues qué, dijo la princesa, ¿podria recobrar la vista?

—Así dicen.

—Pues bien, yo la llevaré á Paris cuando volvamos; vendrá en el coche, á mi lado.

Enternecida la aldeana echó á llorar, y los que acompañaban á la princesa la dijeron que fuéra al palacio al dia siguiente.

Conforme con los deseos de la princesa, envióse á la niña á Paris á casa de un oculista, hasta mediados del invierno. Cuando por la primavera la princesa llegó al campo tuvo la grandísima satisfaccion de encontrar á la niña perfectamente curada.

—Con ¿que ya no eres ciega? la dijo.

—No, señora.

—¿Estás contenta?

—Seguramente, porque podré trabajar.

—Y ¿leer?

—¡Oh! yo no sé leer.

—Pues ¿cómo, si eres mayor que yo, y yo leo bien?

—He estado ciega dos años.

—Es verdad, pero ahora que ves, bien puedes aprender.

—Mi madre no tiene dinero para enviarme á la escuela.

—¡Pobre! ¿Quieres que yo te enseñe á leer? Te daré una leccion diaria.

Juzgando la niña que la princesa se burlaba, se echó á reir. Insistió la princesa, y una de las personas que la acompañaban la objetó diciendo:

—Considere V., señorita, que una maestra necesita mucha paciencia.

—Yo la tendré.

—Eso quizá durará mucho.

—Estoy cierta que no me cansaré; yo leia de corrido al cabo de quince lecciones.

—Es cierto; varios niños con el método empleado para V. han aprendido á leer en el mismo tiempo; pero si Anita es torpe y no emplea mucha aplicacion, quizá se necesitarán tres meses.

—¿Estarémos aquí tres meses?

—Sí, señora.

—De ese modo Anita tendrá suficiente tiempo para aprender; y ahora voy á darte la primera.

Diciendo esto la amable niña busca el libro y la caja de las fichas, invita á sentarse á Anita delante, y con tanta dulzura como gracia é inteligencia la da una larga leccion. Al despedirse la niña prometió que volveria todos los dias á la misma hora.

Aunque Anita, como se previó, no era muy aplicada, no por eso se cansó la maestra: acabó lo que emprendiera, con una paciencia y perseverancia extraordinarias para su edad. Era un espectáculo delicioso contemplarla dar su leccion, señalando con su linda manecita las figuras y palabras, reprendiendo en voz baja, alabando de récio, animando á su discípula, prometiéndola premios, y cuando leia bien, mirar á todos los presentes como para recibir su aprobacion. Finalmente, ántes de terminar el verano Anita supo leer tan bien como su infantil bienhechora, que la regaló muchos juguetes, libros y un hermoso vestido, diciéndola al despedirse:

—A Dios, Anita, el verano que viene te enseñaré otras cosas.

—¡Oh qué preciosa princesita! exclamó Pulqueria. Algun dia será digna de su madre.

Con esta reflexion se dió fin á la velada.

Antes de acostarse los niños obtuvieron permiso para ir el dia siguiente á vendimiar á casa de Benito. Levantáronse más temprano de lo acostumbrado para examinar si el cestero habia enviado todo lo que se le encargara hacia más de quince dias. Á las ocho de la mañana les presentaron cuatro cestos proporcionados al cuerpo de César, de sus hermanas y de Agustin, cuatro cestas con asas, y cuatro pares de tijeras para cortar los racimos. Despues de almorzar fuéron á pié hasta la viña de Benito, que distaba media legua de la quinta, donde se convino en que estos auxiliares trabajarian dos horas por cuenta de Benito, luego merendarian con los vendimiadores, y despues cada uno llenaria su cesta, las cuales se enviarian á la quinta en un carro. Estas condiciones se observaron con alegría y exactitud. Benito manifestó con satisfaccion que los niños de la quinta trabajaron mejor que los suyos. En fin, pasó el dia con la mayor alegría, y al anochecer regresaron á la quinta.

Al llegar á Champcery, César, que se adelantara, entró el primero en el patio de la quinta, y observó á los criados apiñados al rededor de un hombre á caballo que acababa de llegar, hablando todos á un tiempo, repitiendo el nombre de su padre, y precipítase hácia el grupo que gritaba: El señor marques está á media legua de aquí. Alborozado César se adelanta, apéase el hombre, y al conocer al ayuda de cámara del marques, por poco se arroja en sus brazos llorando de alegría. En esto llegan la marquesa y sus hijas, preguntan al criado, mandan poner el coche, los niños corren á la caballeriza á dar priesa á los cocheros, los cuales entran en el coche ántes que los caballos estén enganchados: en fin, ya parten. Al cabo de un cuarto de hora para el coche, todos se precipitan hácia las portezuelas, y el padre más querido se halla despues de un año de ausencia en brazos de su esposa é hijos.

En el poco tiempo que estuvieron en el coche hasta llegar á casa nadie pudo expresar el gozo sino con lágrimas y tiernos abrazos. Como la noche era oscura y carecian de hachas de viento, era grandísimo el deseo de verse. El instante en que penetraron en la sala de Champcery dobló la alegría y el enternecimiento, no cansándose el marques de contemplar á César y á sus hermanitas. ¡Qué padre despues de una larga ausencia no halla á sus hijos más hermosos! El marques admiraba lo robustos y crecidos que estaban los suyos. Por otra parte estos advertian con inexplicable satisfaccion

que las fatigas de la guerra no perjudicaran al marques, quien gozaba de la más cabal salud.

Nadie se acostó hasta media noche, y al dia siguiente los niños despertaron ántes de amanecer, porque la impaciencia de ver á su padre no les permitió cerrar los ojos en toda la noche. En tanto que se almorzaba, el marques manifestó que sus negocios le precisaban á volver á Paris, y que partirian dentro de dos dias. Esta nueva afligió á los niños; pero el marques les consoló, asegurándoles que pasarian todos los años seis meses en Champcery. César y sus hermanas no pudieron abandonar la Borgoña sin verter algunas lágrimas. El dolor de Agustin al apartarse de sus padres y Colasito fue extremo. Por último partieron tristemente, aunque durante el viaje se disipó la tristeza de los niños, y cuando llegaron á Paris ya estaban todos contentos.

Luego que descansaron, la marquesa de Clemira llevó á sus hijos al museo del Louvre. Los niños dibujaban bastante bien para su edad, eran aficionados á las artes, y se complacieron en extremo. Por la noche no se habló mas que de cuadros y pintura.

—Mamá, dijo Carolina, la autora de esos hermosos cuadros que todos admiraban no debe ya ser jóven, porque es imposible poseer tanto talento en la juventud.

—Extraño tu pregunta. ¿No viste su retrato pintado por ella misma?

—Sí, señora; pero pensé que era un trabajo antiguo. Y ¿es tan jóven y bonita como representa el retrato?

—Aun cuando su talento fuera mediano, su juventud, sexo, figura y excelente reputacion no permitirian juzgarla con severidad.

—¿Qué admiracion no debe inspirar reuniendo todas esas cualidades á tan superior talento?

—El público es justo y nada le impide celebrar lo que le agrada y conmueve. Por eso observariais que sus cuadros llamaban la atencion general.

—¡Brillar entre los grandes maestros! ¡Qué gloria para una mujer!

—Sí, pero muy peligrosa.

—¿Pueden los hombres envidiar á las mujeres?

—Algunas veces no lo tienen á ménos; y cuando sucede, lo verifican con más animosidad que emplearian para su sexo; piensan que ellos son los únicos con derecho á aspirar á la gloria; intentan halagarnos y hasta dejarse gobernar por nosotras, pero no admirarnos; y aplicándolo á la señora L***, si su talento fuera superficial, se veria acosada de cumplimientos y adulaciones; mas como pinta cuadros de historia, obras maestras, y ningun académico la aventaja, lo consideran extraño é irritante.

—Mamá, el señor Fremont dice que los periódicos dan noticia de los cuadros expuestos; yo imagino que alabará los de la señora L***.

—Son los periodistas demasiado prudentes y circunspectos para atreverse á elogiar á una mujer que se distingue verdaderamente. Generosos y compasivos, guardan consideraciones á los envidiosos, y les consuelan. El público no admira mas que el mérito superior ó los trabajos útiles; pero ellos, como protectores del débil, sólo elogian los talentos adocenados. La medianía es el patrimonio de la multitud, y esta conducta les proporciona numerosos amigos y justos derechos al reconocimiento de los envidiosos y detractores de los grandes talentos, clase temible y numerosa cuyo odio es tan activo como venenoso.

—Con que los periódicos ¿no hacen justicia á las obras de la señora L***?

—Uno solo las juzga con equidad; los otros hablan de un modo que sorprende á cuantos ignoran los principios invariables y política de los periodistas. Por otra parte, los enemigos de la señora L***, no pudiendo negar sus brillantes éxitos, tratan de sostener que son inmerecidos.

—Y ¿qué alegan para probarlo?

—Dicen que la señora L*** pinta un género de poco mérito.

—¡Cómo! Figuras de tamaño natural, asuntos tomados de la *Ilíada*, alegorías ingeniosas... ¿llaman á ese género de poco mérito?

—Añaden que hasta ahora sólo ha pintado mujeres.

—¿Intentan probar que para pintar una mujer hermosa no es preciso un talento superior?

—Justamente. Olvidan que Albano sólo pintó Vénus, amores y gracias; olvidan las bellas vírgenes de Rafael, del Guido, de Carlo Moratti, etc. ¡Así discurre la envidia!

—Mamá, añadió Pulqueria, noto ahora con gusto que se encuentran mujeres dignas de figurar entre los grandes pintores.

—En Francia tenemos cuatro, sin contar con otras que poseen más talento que ciertos pintores de la academia.

—En efecto, vímos en el Louvre varios cuadritos delante de los cuales no quiso V. detenerse; yo miré al paso, y me parecieron malos.

—Tienes razon; no era su sitio el Louvre. El gusto y las buenas costumbres debieron impedirles la entrada. Pero volvamos á las mujeres que se distinguen en esta brillante carrera. Entre las extranjeras existe una muy célebre, que pinta tambien cuadros de historia, cuyas copias habeis admirado.

—Es Angélica Kauffmann.

—No sé cómo la tratarán los periódicos en su patria; pero toda la Europa la concede vastos conocimientos.

—Mamá, á V. que la agradan las noticias gloriosas para las mujeres, ¿sabe V. los nombres de todas las que gozan reputacion en este género?

—Casi todos.

—¡Oh! pues díganoslos V. Ya conocemos á Giovanna Gazzoni, Isabel Cirani, María, hija del Tintoretto, y la Rosalba.

—Yo os daré un cuaderno que contiene los nombres de las mujeres célebres. Seria precisa una obra especial para designarlas todas. Por lo demas, si su número no iguala al de los hombres distinguidos en esta carrera, se debe á la preocupacion que nos juzga incapaces de adquirir los conocimientos que requieren genio.

—¿Cómo?

—Cuando se dignan, que es muy raro, ocuparse en nuestra educacion, sólo nos conceden nociones vagas, y por consiguiente muchas veces falsas, conocimientos superficiales y talentos frívolos. Un pintor trata de instruir á su hija en su arte; jamas hará de ella un pintor de historia; no cesará de repetirla que no debe pintar mas que retratos, miniaturas ó flores. Así la desanima y apaga en ella el fuego de la imaginacion. No pintará mas que rosas, y ¡acaso nació para pintar héroes! Del mismo modo, si un literato tiene una hija que anuncia talento y gusto para los versos, cultivará sus felices disposiciones, pero su primer cuidado será arrebatarla la confianza y la ambicion que impulsa á superar las dificultades. La prescribe el género en que debe ejercitarse. Parecido á aquel orgulloso romano, Popilio, que abusando del poder imponia leyes extravagantes que respetaran las preocupaciones, el maestro traza al rededor de su discípula un estrecho círculo, que la prohibe traspasar. Aun cuando poseyera el genio de Corneille ó de Racine, la repetirá: No escribas mas que romances, idilios, madrigales. Un célebre músico me presentó su sobrina, hará cosa de dos años, que tocaba superiormente el piano. Admiré su modo de preludiar, y supe con sorpresa que apénas conocia las reglas del acompañamiento. Pregunté por qué con tan buenas disposiciones no estudiaba composicion; y el tio me respondió: No quiero que pierda el tiempo. ¿Para qué puede servir la composicion á una señora? Todos los hombres discurren respecto á nosotras como aquel impertinente músico. Desean que toquemos instrumentos, bailemos, y hablemos tan bien como ellos; y sin embargo, existe un talento comun á entrambos sexos, y ese talento encantador y sublime exige necesariamente sensibilidad, energía, fuego, y todos los grandes afectos del alma, que segun dicen, sólo pertenecen á los hombres.

—Y ¿qué talento es ese?

—El de representar.

—¡Ah! es cierto que pueden citarse una multitud de actrices célebres.

—Si todos los demas talentos fuesen como este, más bien dones de la naturaleza que frutos de la educacion, arte y estudio, existiria sin duda perfecta igualdad entre hombres y mujeres.

Pocos dias despues de esta conversacion fuéron los niños á la galería del Luxemburgo, y al preguntarles su madre, confesaron que no habian reparado en el Diluvio de Poussin.

—A vuestra edad, dijo la marquesa, no llama la atencion sino lo que agrada, deslumbra y puede producir sentimientos como el horror, la piedad, etc.; lo ingenioso, delicado ó profundo os pasa desapercibido. Pero de palabra podré instruiros en lo que aun no comprendeis; y algunas conversaciones como esta os inspirarán ideas, formando vuestro gusto y juicio.

—Mamá, yo me acuerdo del cuadro de Poussin, aunque confieso que nada le encontré de particular.

—¿Habeis visto llover?

—Mil veces.

—Durante los aguaceros ¿no observasteis el color del cielo y de las nubes, la densidad del aire, el vapor que se extiende por la atmósfera y que cubriendo los objetos amortigua su brillo, debilita sus colores, oculta las lontananzas ó permite apénas descubrirlas?

—No, señora.

—Si hubieseis fijado la atencion en los diferentes efectos de la lluvia, os sorprenderia la admirable verdad con que Poussin los representa. Pero el mayor mérito de este cuadro sublime está en la composicion. Olvidad que le visteis, y decidme: si intentarais pintar el diluvio, ¿cuál seria la primera idea que se os ocurriria?

—Presentar multitud de hombres próximos á ser tragados por las aguas.

—Cierto, esa es la idea que naturalmente se ofrece, pero su ejecucion sólo produciria una escena vaga y por consiguiente tan desprovista de interes como los cuadros que representan batallas. Poussin así lo discurrió, comprendiendo por otra parte que al pintar tan terrible catástrofe debia elegir el momento más interesante, cual es su terminacion. Imaginó, pues, presentar únicamente cinco figuras principales. ¡Qué interes tan grande inspiran! No están en el arca, están proscritas, deben sufrir la suerte del género humano que acaba de perecer! Y ¡en qué situaciones presenta á estos infortunados! Una madre que sólo se ocupa de su hijo y que al parecer no piensa mas que en salvarle; un esposo que tiende los brazos á su esposa; un hombre que se precipita desde su barca al fondo de las aguas sin duda para reunirse con los que ama. A un lado se descubre el objeto

más terrible y conmovedor. En la cima de una roca se divisa una serpiente en amenazadora actitud; levanta con fiereza su orgullosa cabeza; parece que se oye su terrible silbido; se reconoce temblando al espíritu tentador que corrompió al primer hombre y aplaude el nuevo desastre que origina; pero la esperanza mitiga el horror de tan conmovedora escena; la vista se detiene sobre el arca feliz que se divisa en lontananza.

—Aseguro á V., mamá, que ahora comprendo el mérito del cuadro. Deseo examinar con atencion la lluvia, y volveré al Luxemburgo para observar el diluvio de Poussin. Tambien vímos otro cuadro cuya belleza nos sorprendió: el nacimiento de Luis XIII.

—La composicion y expresion son las dos partes importantes de la pintura, porque hablan al corazon y á la mente. Un pintor que no las posea, por habilidad que tenga, no puede ser considerado como hombre de genio. Y volviendo al cuadro, la cabeza de María de Médicis es admirable. No he encontrado la doble expresion de afectos encontrados en el mismo rostro mas que en una escultura en Génova, obra maestra de Puget. Representa el martirio de san Sebastian: la fisonomía expresa el exceso del dolor, la resignacion y el amor divino.

—Mamá, ¿es indispensable que un gran pintor posea grande instruccion?

—Seguramente: un pintor debe saber anatomía; no puede sin elementos de geometría aprender las reglas de perspectiva; debe conocer á fondo la historia antigua y moderna, y la mitología; y en fin, si no es observador y filósofo, si no conoce el corazon humano, jamas será sublime.

—Ya no extraño que escaseen los pintores célebres.

—Hoy no comprendemos de lo que un hombre es capaz con genio y aficion al trabajo. El famoso Rafael murió de treinta y siete años; era buen escultor, excelente arquitecto y el primer pintor del mundo. Miguel Angel era tan grande escultor como pintor y hábil arquitecto. El excesivo aumento del lujo, multiplicando los recreos frívolos, nos arranca al retiro, al estudio, y nos priva de la aficion al trabajo.

—No sólo los pintores no son hoy arquitectos ni escultores, sino que yo creo que ni aun leen, porque sólo exigen asuntos conocidos.

—Es cierto, y lo peor es que los tratan con lastimosa vulgaridad.

—Mamá, y ¿cómo tratar de un modo nuevo un asunto comun?

—Con genio nada es más fácil, sobretodo en pintura. Voy á citaros dos ejemplos notables: cien veces habréis visto Caridades romanas, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—No existe coleccion de cuadros donde no se encuentre por lo ménos una Caridad romana. Pues bien, oid la descripcion de esta: Una jóven en

una prision presenta el pecho á su padre, miéntras que su hijo llora y parece pedir á gritos una subsistencia que la naturaleza le destinaba; la mujer le contempla con doloroso enternecimiento.

—En efecto, es un cuadro nuevo, y sin embargo el mismo asunto.

—El pintor sólo añadió una circunstancia: casó á la hija del anciano preso; pero se hallan asuntos en que no pueden añadirse circunstancias de invencion.

—Cierto.

—Entónces el genio encuentra otros medios como en el segundo ejemplo que voy á citar. Todos los pintores que intentan representar á Judit, lo hacen bajo la figura de una mujer de aspecto fiero y amenazador, anunciando las más belicosas inclinaciones. Sin embargo, Judit no era guerrera; fue homicida por salvar á su patria, y creyéndose inspirada por el cielo: esta es la historia. Seria posible que Judit poseyera la modestia, dulzura y timidez que caracterizan su sexo, y que arrebatada por el amor patrio é inspiracion divina ejecutase una accion opuesta á su carácter. El entusiasmo produce á veces cosas extraordinarias, y ved aquí lo que Pablo Veroneso deja suponer respecto á Judit. En su magnífico cuadro la representa como una bellísima rubia; figura delicada, fisonomía de angelical dulzura, aire ingénuo, modesto y tímido; su mano temblorosa ase la sangrienta cabeza de Holofórnes y desvia la vista de tan horrible objeto; el rostro explica, no el horror de los remordimientos, sino la piedad y estupor; al contemplarla se comprende cuánto debió costarla esa cruel accion. Es imposible fijar la atencion sin conmoverse. Un esclavo negro abre un saco, y considera con feroz curiosidad la cabeza de Holofórnes, formando un extraordinario contraste con el rostro encantador de Judit. Este ejemplo debe bastar para convenceros de que los recursos del genio son inagotables, y que puede manifestarse hasta en los asuntos más gastados.

—Mamá, dijo Carolina, ¿puede V. enseñarnos algunas reglas sobre lo que debe observarse en un cuadro para juzgar de su mérito?

—Para discernir los cuadros es preciso conocer los diferentes efectos de la naturaleza, los objetos materiales que presenta, los árboles en perspectiva, las lontananzas, los rios, los cielos, las tempestades, la aurora, el ocaso del sol, etc.

—Pues para ser inteligente es preciso vivir en el campo.

—Se debe tambien viajar, observar las montañas, rocas, precipicios, cascadas naturales, y todos los grandes cuadros que la naturaleza nunca ofrece reunidos en pequeño espacio. Aun así no basta; es preciso que el aficionado posea como el pintor un profundo conocimiento del corazon huma-

no, á fin de que pueda decir: esta situacion requeria otra expresion ó diferente órden. En fin, es imposible ser inteligente en cuadros si no se han visto muchos, examinándolos y comparándolos con la mayor atencion, y á pesar de eso, si el aficionado ignora el dibujo ó la pintura perderá una infinidad de bellezas.

—Y ¿cómo es que abundan tanto los inteligentes?

—Cierto es que existen en el dia infinidad de pequeños museos y que los periodistas se precian de conocedores, empleando para probarlo términos científicos, adoptados por ciertos aficionados; hablan de correccion de rasgos, de espontaneidad, de claro-oscuro, de que el colorido es caliente ó frio, etc.

—¡Qué nombres tan particulares!

—Hay otros muchos por el estilo.

—Y ¿son términos del arte?

—Admitámoslos como tales; pero lo cierto es que un hombre que valia tanto como nuestros inteligentes y escribió un excelente tratado de pintura, emplea sólo algunos, y no con frecuencia.

—¿Quién es?

—Mengs.

—¡Cómo! ¿Ese gran pintor?

—Sí, ese pintor admirado en Roma y en toda Europa. Dejó acerca de la pintura la obra más útil y estimada; los artistas y los ignorantes pueden leerle con interes, pues no hallarán palabras bárbaras ni expresiones ridículas. Por lo demas, cuando se adquieren ideas nuevas no se buscan nuevas palabras para explicarlas; se debe ser claro, porque se gana. Pero volviendo á las reglas generales que deseabais, admitiendo que un aficionado posea los conocimientos que acabo de detallar, hé aquí lo que debe examinar en un cuadro: primero, el género: la historia es el principal.

—Supongamos á un inteligente examinando un cuadro de historia.

—Dadme asunto.

Esta proposicion confundió al pronto á los niños; al fin, despues de un corto espacio de reflexion, Carolina dió por asunto Bias rescatando á las jóvenes de Mesina.

—Me agrada el asunto, replicó la señora de Clemira; ofrece una accion interesante, y ademas se encontrará el contraste de edad, diversidad de expresion, y el hermoso traje griego. Pero componed el cuadro, y yo le juzgaré. Ante todo, ¿cuál es el lugar de la escena?

—La orilla del mar, ó el interior de la casa de Bias.

—La morada de un sabio debe ser modesta; no hallarémos columnas ni pilastras.

—Bien, pues la orilla del mar. Se divisa en el fondo la nave corsaria; las jóvenes robadas por los piratas acaban de desembarcar; Bias las rescata. Habla á los dos corsarios, les entrega dinero; las jóvenes formando un precioso grupo expresan su alegría.

—¿No seria más interesante que expresasen el reconocimiento?

—¡Ah! es verdad.

—Es preciso que los corsarios hayan recibido el dinero y lo estén contando. Esas dos figuras deben estar á un lado en segundo término. El primero le ocupan Bias y las jóvenes. ¿Qué figura debe ser la de Bias?

—La de un anciano venerable.

—¿Qué expresion?

—Una gran satisfaccion.

—Y enternecido, pero con dignidad, y sin que la expresion de ternura pueda alterar la majestuosa serenidad que debe brillar en la fisonomía de un sabio. ¿Qué hacen las jóvenes?

—Pueden abrazarle, puesto que es sabio y anciano.

—Pero es hombre, y las jóvenes son tan modestas como tímidas. Si deseais que interesen, así debeis representarlas.

—Ese es mi proyecto.

—¿Qué edad las calculais?

—Diez y seis ó diez y siete años.

—Es muy monótono: preferiria que se hallaran entre ellas una niña de ocho años, otra de doce, una jóven de diez y ocho, y las otras de catorce ó quince. La pequeña, con la sencillez de la infancia, se arrojaria á los brazos del anciano para abrazarle; la de más edad, como debe hablar mejor y sentir con más viveza, estaria de rodillas á los piés de Bias, y aun podria estrechar contra su pecho á su hermanita de doce años, presentándosela al sabio; pareceria expresar su reconocimiento y el de las compañeras, que colocadas detras de ellas formarian un grupo interesante.

—Y ¿por qué no están delante?

—La timidez las retiene; en su edad todavía no se acierta á dominarla, aun cuando sea inoportuna.

—Ahora lo comprendo; me figuro nuestro cuadro y le encuentro precioso.

—Sí; pero los dos corsarios no toman parte en la accion principal; ni aun la miran: este es un defecto en la composicion.

—Suprimamos esas dos figuras.

—Son precisas para la inteligencia del asunto; sin ellas no se podria adivinar lo que representa el cuadro.

—Y ¿por qué los corsarios al contar el dinero no pueden mirar al grupo principal?

—Nada debe distraerlos de su tarea.

—Supongamos que la cuenta está hecha, y elegimos el momento en que uno cierra la bolsa y el otro mira y empuja al otro para que observe lo que pasa.

—¿Qué expresion será la del último?

—La de la curiosidad.

—Muy bien. Ahora ya está el cuadro medianamente compuesto.

—Mamá, compongamos todos los dias un cuadro; nosotros presentarémos asuntos; será divertido.

—Consiento, si podeis explicarme claro y en pocas palabras lo que es preciso observar para juzgar del mérito de un cuadro respecto á su composicion.

—Es muy fácil: V. nos lo acaba de enseñar. En primer lugar, que el asunto pueda adivinarse fácilmente por los que conozcan la escena que representa; en seguida se debe observar si el momento y lugar están bien elegidos, si los personajes presentan actitudes y expresiones convenientes á su situacion y edad, y si los trajes son exactos.

—Perfectamente comprendido.

—De suerte, mamá, que todas las noches compondrémos un cuadro de historia.

—Sí, os lo prometo; y esta primavera, cuando vayamos á Champcery, compondrémos cuadros flamencos, de los de Teniers y de Gerardo Dow; es decir, cuadros que representen escenas campestres.

—Es verdad; y como tendrémos modelos á la vista...

—Así es como se debe pintar.

—Pero ese género de pintura es inferior al otro.

—Seguramente. ¡Desgraciados los que prefieren representar una taberna ó una mujer vendiendo hortaliza, á los cuadros de Rafael y del Correggio. El género cómico no existe en pintura, porque es imposible pantomima agradable sin accidentes y sin movimiento. Preséntese en un cuadro cuanto ridículo y grotesco pueda imaginarse; el pintor no alcanzará ni siquiera el mérito de un farsante; no logrará arrancar una carcajada; y como no puede agradar, sólo logrará un resultado bajo y grosero. La pintura posee el poder de conmover y agradar, ofreciendo imágenes tiernas y risueñas; podrá excitar la piedad, el terror, la admiracion, pero nunca la hilaridad. En vano

me elogiarán la perfecta verdad de los cuadros flamencos; yo prescindo de la verdad en un libro ó en un cuadro, si no instruye é interesa. No encuentro placer en contemplar una cocinera vieja mondando cebollas. Que se extasie quien quiera delante de ese cuadro, pero no adornará mi gabinete; siempre preferiré una linda pastora y mejor una ninfa ó diosa, porque ofrecerá modelos más perfectos de belleza. Si un cuadro representa pocas figuras, es indispensable que sean bien elegidas y dignas de fijar la atencion; por ejemplo, un anciano venerable rodeado de su familia: un asunto de este género tomado de la Sagrada Escritura me agradaria infinito. ¿Qué satisfaccion puede proporcionar la imitacion de una cosa que no merece detenerse en ella? El mismo genio se necesita para representar una vendedora de pescado que un jarron de flores, y el último objeto debe obtener la preferencia, pues al ménos es agradable.

—Mamá, dijo Pulqueria, otra pregunta: desearia saber con certeza en qué consiste el mérito de una alegoría.

—En que debe ser exacta, es decir, fácil de adivinar á primera vista; expresar una idea ó un pensamiento moral, como por ejemplo: la inocencia echándose en brazos de la Justicia, la Paz conduciendo la Abundancia. Estas son alegorías que ofrecen bellas imágenes é ideas morales. El Tiempo descubriendo la Verdad es antigua, pero siempre agradará porque es exacta. Sin embargo, nótase en ella un defecto, y es que una de las figuras, la Verdad, no lleva atributos bastante precisos para reconocerla de pronto. Unos dicen que se debe representar en figura de matrona y vestida sencillamente; otros pretenden que debe estar desnuda; no se hallan acordes sobre tal punto, y esta virtud personificada en un cuadro no puede ser exacta.

—Pero la alegoría de que habló V. ántes ¿no tiene defectos? ¿No faltan atributos á la Inocencia?

—La presentan con uno que muchas veces sólo sirve para confundir al observador, porque es tambien el de Vénus: con una paloma. Pero esta figura puede pasar sin atributos si el artista posee genio, porque entónces llamará la atencion por la expresion que la conviene. Ningun carácter particular distingue á la verdad; se la representa bella, noble y severa; cualquiera ninfa ó diosa puede tener esta figura; así no está caracterizada por los atributos ni por los rasgos de su fisonomía; pero la expresion de la Inocencia no pertenece mas que á la inocencia, y no es posible equivocarla. La figura de la Inocencia no se puede confundir con las ninfas, diosas ó gracias, más bellas, más imponentes, pero no tan jóvenes y atractivas: los atributos se hallan en su frente y ojos: una mezcla interesante de timidez,

dulzura, modestia é ingenuidad embellece sus facciones y la hace reconocer; imágen pura y celestial cuyos encantos solo el pincel de una mujer podia trazar. Así debeis comprender que no se necesita un talento superior para pintar figuras alegóricas con atributos materiales que no puedan ser caracterizadas sino por la expresion de su fisonomía, porque es más fácil dibujar una hoz, unas alas, etc., que prestar al rostro una expresion exacta. Rubens en la galería del Luxemburgo representa á la Ignorancia. Esta figura carece de atributos, pero cualquiera la reconocerá tan fácilmente como al Tiempo ó á la Discordia. Solo un artista superior pudo comunicarla ese grado de verdad.

—Por consiguiente, las pasiones, vicios, virtudes ó sentimientos ¿se pueden pintar alegóricamente?

—No; existen varios cuya imágen sólo se puede representar de una manera vaga y oscura. En este género, todo asunto que carezca de atributos y expresion característica debe ser relegado de un cuadro alegórico; por ejemplo, la Beneficencia es una virtud que carece de atributos y expresion particular, pudiendo confundirse con la Bondad, ó con la Piedad si está en accion.

—Mamá, me parece que los pintores, ademas de las obras de historia, deberian leer los poetas, y encontrarian alegorías.

—Seguramente. Pero no leen mas que las traducciones de Homero y del Tasso: Milton y otros les suministrarian asuntos ménos gastados y tan excelentes. Podrian tambien hallar en nuestros poetas numerosas ideas é imágenes preciosas. Por ejemplo, si un artista deseara representar á Hygea, diosa de la salud, Gresset le ofreceria el más lindo modelo de este risueño cuadro. Voy á referiros la descripcion de Gresset. Despues de los cuatro primeros versos, á medida que yo vaya diciendo los otros, representáos cada figura en el mismo lienzo.

Más ágil que Hebe hay una jóven diosa,
más que la hija del mar fresca, hechicera;
ella aparta los males cuidadosa;
sin ella la hermosura no existiera.
Baco, Amores y Morfeo
la elevan sobre un trofeo
de mirto y vides ornado;
miéntras que á sus plantas yace
la estatua de que un dios hace
Epidauro encadenado.

—¡Es verdad, mamá! exclamó Pulqueria. Esa descripcion formaria un cuadro delicioso.

—Siempre se me olvida, interrumpió César, preguntar á mamá una cosa que recuerdo en este momento. Hace unos cuantos dias que vímos en un jardin un grupo de escultura que representa una dama en el baño servida por una negra. La figura es de mármol blanco, y la negra de bronce.

—Le conozco; es precioso, y el nombre del artista que le ejecutó bastaria por sí solo á constituir su elogio. La causa de que la negra sea de bronce, es que tiene un jarro lleno de agua; por consiguiente era preciso que pasara por el interior de la estatua el tubo para que el agua llegara al jarro, lo cual no seria posible en una estatua de mármol. Así es que el artista se vió obligado á mezclar el mármol y el bronce; y le sobra gusto para conocer que esta mezcla nunca puede producir buen efecto. Existe en Roma la estatua de san Estanislao, en traje de religioso. El hábito es de mármol negro, y la figura de blanco; mezcla todavía más chocante que la de que acabamos de hablar, y que en vez de aumentar la ilusion la destruye; porque si al examinar una figura la imaginacion no está ocupada con la idea de las formas, si un accesorio la recuerda el colorido, si se le ofrecen telas vivas ó de colores naturales, deseará que la figura tenga color de carne y sólo verá en la estatua una muñeca ridículamente vestida.

—Ya lo comprendo. Pues ¿por qué, mamá, agrada esa mezcla en las piedras grabadas?

—Porque las cabezas ó los objetos representados en la superficie de un sello ó de una sortija jamas pueden producir la mas mínima ilusion. En este género sólo se requiere elegancia y correccion en el dibujo, y se alaba con razon al artista que realza el valor de la piedra sacando un partido ingenioso de los diferentes colores naturales que presenta.

—Me alegro, mamá, de esa explicacion, porque confieso que la mezcla de blanco y negro era precisamente lo que me llamaba la atencion, y yo lo juzgaba muy bonito, porque no habia visto otra cosa igual.

—Para otra vez sabréis que no basta que una idea sea nueva; es preciso ademas que nada ofrezca que lastime el buen gusto ó la razon. El que inventa cosas que no sean útiles ni agradables no es ingenioso; es extravagante, no ejecuta mas que locuras, ni produce otra cosa que monstruosidades.

Á este punto de la conversacion vinieron á advertir á la marquesa que los caballos estaban enganchados, y en seguida salió con sus hijos para llevarlos al teatro. Á la vuelta se habló de la pieza representada, y César manifestó deseos de que su madre le enseñara algunos preceptos acerca del modo de juzgar una obra dramática.

—Aun eres muy niño, le respondió, para satisfacer tu curiosidad en es-

te punto: tengo formado el plan de una obra que escribiré seguramente para mis hijos, titulándola: *Curso de literatura para uso de los niños,* de la cual te enterarás y la leerás cuando cuentes diez y seis ó diez y siete años. Despues leerás la *Poética* de Marmontel, obra tan útil como estimable, y que acabará de formar tu juicio, proporcionándote los medios de criticar con justicia.

—¿De cuántos tomos constará la obra de V.?

—De tres á lo más.

—Y ¿será divertida?

—No omitiré medio alguno para que sea tan amena como variada; porque estoy convencida de que no se puede instruir á la juventud causándola enfado. Me aplicaré á presentaros principios sacados de la naturaleza, nociones claras y precisas, ideas justas y un conocimiento general de la literatura francesa, inglesa, italiana y española.

Al acabar la marquesa esas palabras llegó el coche á la puerta; al punto se cenó, aunque con disgusto, porque todos se quejaban de dolor de cabeza. Ya no conservaban César y sus hermanas aquel apetito que tanto alegraba las comidas de Champcery: todo era bostezar y apoyarse con languidéz en sus sillas; apénas comian, y convinieron en que no era bueno ir todos los dias á encerrarse tres horas en un aposento, y que preferirian á la funcion más brillante del mundo los gratos placeres que producen el paseo, la lectura y la conversacion. Aunque estaban en Paris, sólo paseaban por los jardines de las Tullerías, del Palacio Real ó Campos Elíseos. Como era menester guardar compostura, se echaban de ménos los bosques, las praderas de Borgoña y la libertad que en ellos se disfrutaba. César criticaba amargamente cuanto veia, exclamando:

—¡Qué polvo! ¡qué tropel de gente! Y parece que se han juntado aquí para incomodarnos; no puedo correr, ni trepar á los árboles. ¿De qué sirven estos estanques de agua detenida en comparacion de nuestro lago de Faulin, en donde pescábamos? En vez de los cercados que poseíamos de morales y avellanos, aquí sólo se hallan tapias y rejas. ¡Si á lo ménos hubiera flores! ¡Qué jardines tan tristes! ¿Habrá quien se encierre en Paris todo el año pudiendo vivir en el campo?

Oia la marquesa estas quejas y las aprobaba porque eran fundadas, y llevó á sus hijos al Jardin real, que les pareció más instructivo y casi tan agradable como los bosques de Champcery. El estudio de la botánica y de la historia natural amenizó el paseo, no tratando en lo restante del otoño de ir á ninguna otra parte. Llegó el invierno, y con él se renovaron las quejas, acordándose suspirando de los estanques helados de Champcery, de

las escurridas sobre el hielo, y sobretodo de las veladas; recreos de que actualmente carecian. Los bailes no compensaban esta privacion, porque divertian poco, y casi siempre volvia alguno indispuesto. En el mes de enero padeció Carolina un costipado acompañado de tan violenta tos, que fue preciso separarla de su hermana porque no la dejaba dormir, llevándola á otra habitacion, y Pulqueria quedó sola en la suya.

Al cabo de cinco ó seis dias, sabedora la marquesa que Pulqueria, á pesar del frio riguroso que reinaba, se oponia á que se encendiese fuego en su chimenea desde que su hermana habitaba otra estancia, y extrañando este capricho, procuró inquirir la causa preguntando á los criados. El que estaba encargado de distribuir la leña dijo que la señorita Pulqueria le habia mandado que pusiese la que llevaba por las mañanas en el armario de la antesala, y no preguntó la causa de esta novedad, pensando que era disposicion de la señora. El aya de las dos niñas cuidaba de Carolina y no entraba en la habitacion de Pulqueria, á quien asistia una aldeana de Champcery, la cual respondió que la señorita Pulqueria aseguraba que el fuego la producia dolor de cabeza, y que intentaba acostumbrarse á pasar sin él. Tomadas estas informaciones subió la marquesa al cuarto de Pulqueria (eran las diez de la mañana), registró el armario de la antesala, y hallándole sin leña, entró en el gabinete de su hija. Pulqueria recitaba versos paseándose apriesa para entrar en calor, y Gertrudis, la aldeana de Champcery, sentada en un rincon, hacia calceta. Cuando la niña vió entrar á su madre se ruborizó.

—¿Por qué, hija mia, preguntó la marquesa, estás sin fuego?

—Mamá, no siento mucho el frio.

Entónces la marquesa se sentó, mandó á Gertrudis que saliese, y tomando á Pulqueria de la mano, dijo:

—Ahora me vas á hablar con franqueza.

—Mamá mia, voy á confesárselo; pero quizá habrá ya adivinado V. el objeto.

—Lo sospecho.

—Pues ahora lo sabrá V. todo. Hará siete ú ocho dias que oí contar al aya que una pobre mujer que vive en nuestra calle habia venido á pedir limosna. Mi aya se la dió, y despues estuvo una vez en su casa para llevarla pan, diciéndome á la vuelta que la pobre mujer deseaba trabajar, pero que no encontraba dónde, y lo que es todavía más doloroso, que carecia de fuego para calentarse. Añadió que la buscaria obra, y pensé que si yo podia proporcionarla leña, ya nada la faltaria. Se lo oculté á V., porque tenia ya mi proyecto formado. Enterada de que mi hermana debia mudarse á

otro cuarto, me dije: esta coyuntura me proporciona la ocasion de hacer como Sidonia una buena accion que nadie sabrá; se la ocultaré á todos, y hasta á mamá. Como todo se descubre con el tiempo, se lo dirán, y mi accion le será más grata; entre tanto Dios lo sabrá, y la pobre mujer podrá calentarse. Esta reflexion me determinó á pasar sin fuego por las mañanas. Y como ya habia juntado tres troncos, dije al criado que los pusiese en el armario de la antesala, lo que él ejecutaba de noche para ahorrarse el trabajo de traerlos por la mañana. Entónces me ví precisada á confiarme á Juana, la moza de retrete. Al principio opuso alguna dificultad, pero yo le aseguré que esto no la enfadaria á V. Entónces me declaró que si V. la preguntaba diria la verdad, pero que si no, callaria: no deseaba yo otra cosa.

—Y ¿se ha encargado de llevar la leña á la mujer?

—Sí, señora, todas las mañanas.

—Pero ¿cómo pudo salir de casa cargada con los tres troncos?

—Lo ignoro, pues nunca se lo he preguntado. En efecto, el portero debia extrañar... Sin embargo, es probable que nada le haya preguntado, porque no me lo ha dicho.

—Aquí existe algun misterio que ignoramos. Pero ¿has sentido mucho frio?

—Bastante los dos primeros dias; pero pensaba que la pobre mujer se calentaba con sus hijos, porque tiene seis, y su marido estaba malo en cama. Ahora están todos buenos, segun dijo Juana.

—¿Cómo es posible con tres pedazos de leña?

—Sí, señora; Juana me refirió que eso les ha reanimado, y que ahora están muy bien. Ademas de la leña envié á sus hijos dos cajas de dulces que papá me regaló; y ademas, ántes de ayer, no sé por qué casualidad, papá me preguntó si deseaba dinero para comprar juguetes. Al pronto le respondí que no; despues me acordé de la mujer y me puse colorada. Papá me abrazó y me entregó un luis, diciendo lo que podria comprar con él. A la verdad pensé emplear seis libras en comprar una almohadilla y algunos acericos, y con esta idea volví á mi cuarto muy pensativa. Mandé cambiar al instante el luis, y me trajeron cuatro escudos: guardé uno en la faltriquera, dí los otros tres á Juana, encargándola que los llevase á la mujer, y añadiendo que al dia siguiente la enviaria á comprar la almohadilla y los acericos. Cuando se fué, saqué el escudo de la faltriquera y me daba pena mirarle. Como al principio destiné el luis á la pobre mujer, parecióme quedarme con una cosa que ya no era mia. Corrí á la escalera para llamar á Juana, pero ya habia salido, y no volvió hasta ayer por la mañana. Desperté temprano pensando en los acericos y en la mujer. Estaba dudosa,

mas reflexionando que aquel luis era el primer dinero que poseia, dije: es preciso emplearle en una buena accion; lo cual acabó de determinarme. Volvió Juana, y la envié á casa de la mujer con la leña y el escudo.

Acababa Pulqueria su relacion cuando entró un lacayo, que adelantándose hácia la marquesa la entregó una carta. Mirando esta el sobrescrito dijo á Pulqueria:

—Esta esquela es para ti; será sin duda algun convite de baile.

A cuyas palabras abre la carta, y lee lo siguiente:

«Señorita: venga V. á recibir el premio de su bondad para con nosotros; venga V. á saber la triste situacion de que nos ha librado. Nada falta á nuestra felicidad actual mas que la presencia de la persona á quien la debemos: no podemos manifestarnos agradecidos á nuestra jóven y querida bienhechora de otro modo que manifestándola el interior de una familia que la es deudora de la dicha que disfruta.»

—¡Ah mamá! exclamó Pulqueria. ¿Tendria V. la bondad de llevarme á ver esa pobre gente?

—Con mucho gusto, respondió la marquesa. Al punto irémos allá: voy á decir que pongan el coche; vén, querida hija mia.

Y tomando á Pulqueria de la mano sale con ella. A este tiempo se encontraron con el marques que preguntó:

—¿Á dónde vais? Si tratais de salir, ahora acabo de llegar, y todavía está el coche á la puerta.

—Pues acompáñanos, respondió su esposa.

El marques, sin preguntar adónde iba, la dió el brazo, y Pulqueria los sigue con una conmocion inexplicable. Entran en el coche, y al cabo de cinco minutos se apean, atraviesan un patio, el marques abre una puerta, y entran en una habitacion capaz. En medio se halla un guarnicionero trabajando en tanto que una mujer sentada junto á una mesa y rodeada de seis niñas, la mayor de diez años, cose ropa blanca. Al entrar el marques la familia se puso en pié.

—Acérquese V., señora Leblanc, dijo el marques; aquí tiene V. á Pulqueria.

A estas palabras la mujer y el marido se precipitaron hácia la niña, y toda la familia la rodeó.

—¡Oh señorita mia! exclamó enternecida la Leblanc. ¡Cuánto me alegro de conocer á V.! ¡Cómo, tan niña y delicada, se ha privado V. de fuego, y padecido frio para enviarnos su leña, dinero, dulces y de cuanto podia disponer! Pero observe V. ahora lo felices que somos. Mi marido está ya curado y trabaja desde ayer; nuestras deudas pagadas, las niñas bien

vestidas, podemos trabajar y nada nos falta: V., V. sola es la causa de nuestra dicha, porque sin su bondad nunca nos conociera su señor padre.

—¡Ah papá! interrumpió Pulqueria. Con que ¿Juana se lo contó á V. todo?

—Desde el primer dia, respondió el marques: yo mismo he traido en el coche varias veces á la señora Leblanc la leña, pero prohibí á Juana que hablase de esto á tu madre, ó que te indicara que yo lo sabia, porque mi intencion fue desde luego daros una satisfaccion inesperada.

Despues de esta explicacion el marques recibió tiernos abrazos de su esposa é hija, y siguió hablando con aquellas pobres gentes. Al cabo de media hora se levantaron para retirarse, lo cual observado por las niñas, al punto fuéron á buscar una caja de carton, y presentándosela la mayor á Pulqueria, la rogó que la aceptase, añadiendo:

—Esta es nuestra obra; mi madre, mis hermanas y yo, hemos trabajado en ella. Y ¡con qué gusto!

Abre Pulqueria la caja y se halla con una almohadilla muy primorosa y media docena de acericos pulidos. Al verlos se ruborizó, y volviéndose hácia su padre dijo:

—En verdad, papá mio, que ya se me habian olvidado; pero los recibo con sumo gusto por ser obra de esta buena señora y de sus preciosas niñas.

Enternecida Pulqueria abrazó á la familia, renovándose sus lágrimas cuando al irse oyó las bendiciones que la prodigaban.

—¡Pobre Carolina, exclamó Pulqueria al entrar en el coche, cuánto siento que su resfriado la impida participar de la alegria que acabo de disfrutar! Mamá, prosiguió, ahora que estoy acostumbrada á pasar sin fuego, ¿me permitirá V. regalar todos los inviernos la leña á los pobres?

—No por cierto, pues no deseo que contraigas una obligacion que con el tiempo podria parecerte demasiado penosa: ya te dije, y ahora lo repito, que las resoluciones que exigen valerosa perseverancia no son para tu edad; pero si deseas renovar todos los inviernos la accion de pasarte sin lumbre una semana para aliviar á una pobre familia, te lo permitiré con gusto.

—Convenido: desde ahora me impongo esa obligacion de muy buena gana. Otra idea me ocurre. ¿No podria tambien privarme de tiempo en tiempo con el mismo objeto del vino á las horas de comer?

—Es tan poco, que seria menester mucho tiempo para que pudieses juntar una botella.

—Cuando sea como V., mamá, ¿cuánto beberé en ocho dias?

—Tres botellas, ó á lo más cuatro.

—Aun cuando sólo fuesen tres, este regalo aliviaria á cualquier pobre enfermo.

—Seguramente, tres botellas de vino generoso le serian un regalo tan saludable como precioso.

—Si cada mes pasase ocho dias sin vino, creo que estaria mejor.

—Ademas de que esa privacion no es penosa.

—De modo que sin ser rico se pueden dar muchas limosnas.

—Sin gastos extraordinarios se podria en el discurso del año socorrer á una infinidad de infelices, con sólo procurar imponerse de vez en cuando algunas cortas privaciones, ó negarse alguna superfluidad. Debes observar tambien que una privacion momentánea siempre nos causa mayor satisfaccion. Por ejemplo, tú te pasabas sin fuego desde las siete de la mañana hasta la una del dia; ¿no es verdad que cuando bajabas al salon experimentabas un placer de que carecieras teniendo la chimenea encendida?

—Es muy cierto: lo restante del dia me calentaba con sumo gusto, inspirándome la sola vista del fuego una alegría extraordinaria.

—Ya ves, pues, que nuestra comodidad se ajusta á la beneficencia; y no hablamos de aquel placer preferible á los demas, de la inexplicable satisfaccion que acabas de disfrutar, fruto feliz de una accion virtuosa.

—¿Cómo es posible que existan personas que no lo conozcan?

—Porque la vanidad y aficion al fausto corrompen muchos corazones; con todo, hasta en las ciudades ricas, en donde el lujo ahoga y destruye tantas virtudes, se hallan todavía grandes ejemplos y dechados para gloria de nuestro siglo: las limosnas anónimas remitidas á los diferentes curas de Paris componen inmensas cantidades: no pasa mes sin que una multitud de artesanos infelices, presos por deudas, deba á personas desconocidas su libertad y la ventura de volverse á hallar en el seno de sus familias desconsoladas. La beneficencia adjudica premios en todas las academias, ha fundado en Paris y sus cercanías varios establecimientos útiles y respetables, lo cual puede demostrarte cuán natural es al corazon humano esta virtud, puesto que brilla en los parajes mismos en donde la combaten todas las pasiones facticias y pueriles, hijas de una vanidad tan despreciable como mal entendida.

Con esto dió fin la marquesa á su conversacion, porque iba á informarse del estado de Carolina. Pasó, pues, con Pulqueria á su cuarto, y halló aumentada la tos. Confesó Carolina que habia comido un puñado de pasas, ignorando que pudieran dañarla. La marquesa aprovechó esta ocasion de repetir á sus hijos cuán conveniente es conocer las propiedades de cuanto sirve á nuestro alimento; conocimiento que, junto con la sobriedad, nos

preservaria de una multitud de achaques y enfermedades graves.

Así que Carolina se halló en disposicion de salir, la llevó su madre á la Ópera. Ejecutábase una nueva que agradó á la señora de Clemira y á sus hijos. Al concluir los niños al dia siguiente sus lecciones, vinieron á la habitacion de su madre á esperar la hora de la cena. Encontraron visitas, y se hablaba de la ópera nueva.

—¡Cómo! decia á la señora de Clemira un hombrecillo que hablaba muy alto. ¡Cómo! señora, ¿la agradó á V. aquella música?

—Muchísimo.

—Pues há dos años era V. *gluckista*.

—Y como no olvidé la música y siempre me agrada, continúo siéndolo.

—En ese caso la ópera nueva debe desagradarla.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que agraden dos géneros tan opuestos.

—Lo que yo juzgo imposible es que agraden á la vez lo bueno y lo malo, ó se estime á un necio y á un hombre de talento; pero me parece que se pueden admirar dos talentos superiores, aunque de género distinto; por eso me agradan Corneille y Racine, Gluck y Paccini.

—¿Sabe V. lo que resultará de esa imparcialidad? Que el voto de V. no satisfará á los partidarios de Gluck, ni á los de Paccini.

—Puede ser; pero yo adquiero la satisfaccion de admirarlos, y prefiero la gloria de ser equitativa á la de obtener elogios de los partidarios de uno ó de otro.

—Pero ¿cómo pueden agradar á V. *Orfeo*, *Ifigenia*, *Alcéstes*, *Armida*, etc.? ¡Una música bárbara! ¡una composicion detestable!

En este momento llegó otra visita. La señora de Clemira cambió de conversacion; el hombrecillo, no pudiendo disputar más, se despidió de mal talante.

Cuando los niños se hallaron solos con su madre, exclamó Carolina:

—¡Dios mio! Mamá, ¡que enfadado se puso ese señor! ¡Qué bruscamente salió!

—¿El señor de Volny? ¿ese que muestra tanta aversion á Gluck?

—Justo.

—¿Os pareció moderado, cortes, razonable?

—Al contrario: hablaba con un tono...

—Estaba colérico.

—Pues nada le dijo V. que pudiera ofenderle.

—Esos son los males é injusticias que engendra el espíritu de partido.

Acordáos de que no se puede ser siempre equitativo y razonable, sino conservando la mayor imparcialidad.

—Mamá, ¿qué decia de bárbara y composicion? ¿Qué significaban esas palabras? No lo entendí.

—Ni él tampoco; hablaba de lo que no comprende. No conoce la música.

—¿Es posible? Y ¿decide con tal seguridad?

—Es la moda. Sugetos que ignoran cómo se mide el compas, que no distinguirian en un preludio un acorde mal ejecutado de una disonancia, disertan con tono doctoral sobre la composicion y hasta publican artículos intentando probar que Paccini carece de talento, ó que Gluck es un bárbaro.

Á los pocos dias de esta conversacion entró una mañana César en el despacho de su padre, con un periódico en la mano, diciendo:

—Papá, vengo á preguntar á V. sobre una cosa que me parece extraordinaria; aquí traigo el *Diario de Paris*.

—Y ¿qué?

—El señor Fremont me encargó lo leyera siempre que publicase algun rasgo de beneficencia.

—Debes, pues, leerle muy á menudo, porque apénas se pasa dia sin que aparezca en letras gordas BENEFICENCIA.

—Sí, señor; y eso es lo que me enfada.

—¿Por qué?

—Ese título anuncia una bella accion, pero en este diario rara vez se cumple lo que promete... Tome V., papá, y lea despues de la palabra *beneficencia*.

—Parece una historia muy larga.

—En efecto, ocupa la mitad del diario. ¿Quiere V. que se la refiera?

—De buena gana.

—Este es el caso: una pobre costurera quedóse dormida con una rejilla ó maridillo á los piés. Á poco rato entraron en su habitacion y la hallaron moribunda: sus vestidos estaban ardiendo, y apénas conservaba figura humana. Llegó entónces una patrulla de la policía; los circunstantes estaban enternecidos; los soldados ayudaron á socorrer á la enferma. Un cirujano pedia para curarla un poco de aceite y vino, y uno de ellos fué á buscarlo. Despues de curar el cirujano las heridas de la pobre mujer, los soldados la llevaron al hospital.

—Y ¿el rasgo de beneficencia?

—Ya está referido, es el aceite y vino que el soldado fué á buscar.

—No es posible.

—Lea V., papá; aqui está el diario.

—En efecto, así está; pero es menester leerlo para poderlo creer.

—Como era preciso ser inhumano y feroz para no socorrer aquella infeliz, me enfada leer que se alabe con tanta ponderacion tan natural accion, llamando benéficos á unos hombres que sólo han cumplido con una obligacion indispensable.

—Tienes razon; el que se juzga sugeto heróico cuando cumple con su deber nunca llegará á ser virtuoso: si todos nos conviniésemos en considerar como benéfico lo que no es mas que humanidad, en breve no existiria la beneficencia en el mundo.

Á este tiempo entró la marquesa con sus hijas; almorzaron todos juntos, saliendo despues á ver algunas colecciones de pinturas y de historia natural, distraccion que la marquesa proporcionaba á sus hijos dos veces á la semana. Para variar estos recreos instructivos visitaban de vez en cuando las manufacturas y monumentos célebres de arquitectura.

—Queridos hijos mios, decia la marquesa, cuando habiteis las ciudades, si deseais ser felices y nunca padecer tédio, no os entregueis á la vana disipacion, que ni podria llenar vuestros deseos, ni siquiera ocupar vuestra imaginacion; nunca os dejeis corromper por el gusto vano y despreciable del fausto y de la magnificencia; conservad, fomentad con cuidado en vuestros corazones la activa y tierna compasion debida á los desgraciados. Desde el seno del lujo pensad que existen un sin número de infelices oprimidos de miseria, á quienes un corto socorro libraria de la muerte. Ya adquiristeis por experiencia una idea de la felicidad tan pura que os espera en sus casas; id á buscarla; alargadles una mano benéfica, disfrutad de la gloria deliciosa de presentarles la imágen de la divinidad, y procurad que á los horrorosos gemidos de la desesperacion sigan los enajenamientos de la alegría inesperada y las tiernas lágrimas de la gratitud. Finalmente, en la capital en donde morais, y en la cual la emulacion y el genio, bajo mil formas, producen incesantemente portentosos adelantos, cultivad vuestro talento, extended los conocimientos, amad las artes á fin de disfrutar de esa multitud de bienes que el ignorante desprecia porque los desconoce; mas no sean causa estas ocupaciones instructivas y variedad de recreos de que perdais la feliz inclinacion á la vida del campo: jamas se borre de vuestros corazones la memoria de las veladas de Champcery, y la inocencia y encanto de los gratos placeres que ofrece la naturaleza.

FIN DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

NOTAS

DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

(1) Llámanse piedras herbáceas las *dendróforas* que representan vegetales; y *zoomorfitas* las que llevan impresa la imágen de algun animal.

(2) Las mariposas en su orígen son gusanos ú orugas que experimentan diferentes metamórfosis como la de crisálida ó ninfa, y la última de mariposa.

Varias veces se equivoca la palabra *crisálida* ó *larva* con la de ninfa, aunque diferentes: llámase *ninfa* el estado de los insectos envueltos en una membrana transparente, delgada y flexible, que permite ver la futura figura del insecto ya formado: las moscas pasan por este estado, en el cual no dejan de tener movimiento algunas veces, y de alimentarse. Las crisálidas tienen cáscaras más espesas, carecen de movimiento progresivo, y estas son las verdaderas crisálidas ó larvas llamadas tambien *aurelias*.

Los naturalistas dan el nombre de larvas á los insectos que se metamorfosean, cuando al salir del huevo se hallan en su primer estado.

En la mitología las larvas eran, segun la supersticiosa creencia de los paganos, las almas de los malos que andaban vagando por el espacio con figuras espantosas; llamaban tambien *lemures* á estos fantasmas imaginarios.

(3) En general se llaman insectos los animales cuyos cuerpos se componen de unos como anillos ó segmentos, distinguiéndose por otras señales, siendo una de las principales que carecen de huesos y espinas.

(4) Divídense las conchas en tres clases, en univalvas ó conchas de una sola pieza, como las lépadas, los caracoles, los buccinos, etc. La segunda en bivalvas ó conchas de dos piezas, como las ostras, las camas, etc. La tercera en multivalvas ó conchas de muchas piezas, como las bellotas de mar, etc.

(5) La botánica es una parte de la historia natural que tiene por objeto el conocimiento del reino vegetal; y así esta ciencia trata de los vegetales, y de cuanto tiene relacion con los

cuerpos organizados. La botánica se divide en tres partes principales, á saber: la nomenclatura de las plantas, su cultura y propiedades. Algunos observadores han distinguido hasta diez y ocho ó veinte mil especies de plantas, incluyendo las conocidas tanto en el nuevo como en el antiguo continente. Suponen que todavía existen otras veinte y cinco mil desconocidas.

Por historia natural se entiende el conocimiento de todo lo que compone el universo: la historia de los cielos, de la atmósfera, de la tierra, de todos los fenómenos que suceden en el mundo, y la del hombre mismo pertenecen á la historia natural.

La voz *mineral* expresa y comprende cuanto se extrae de la tierra: se divide el estudio de la historia natural en tres partes, que se llaman *reinos*, y son el *mineral*, el *vegetal* y el *animal*. Llaman *zoología* á la ciencia que trata de todos los animales de la naturaleza. Se divide en tantas partes como hay clases de animales, á saber: la *antropología*, que comprende al hombre; la *tetrapodología*, los cuadrúpedos; la *ornitología*, las aves; la *anfibología*, los anfibios; la *ictiología*, los peces; *entomología*, los insectos; *zoofilología*, los zoófitos. Llaman zoófitos á ciertos cuerpos marinos, cuya naturaleza participa del animal, si bien en la figura parece vegetal, por cuya razon los llaman plantas animales, ó animales plantas.

(6) La catarata es la opacidad del humor cristalino del ojo: en su estado natural es trasparente, y por medio de su sustancia pasan los rayos para llegar á la retina (*). Como se va espesando disminuye la claridad. El remedio consiste en quitar la telita que produce en el ojo el efecto de un velo opaco que le priva de luz. Antiguamente se contentaban con arrollarla con una aguja. El cristalino queda así en el ojo, lo que expone al enfermo á experimentar de nuevo la misma privacion de luz; pero hoy dia se extrae enteramente. Este descubrimiento se debe á Daviel, famoso oculista, hará como un siglo. Quitado el cristalino queda el humor vidrioso, en el cual está engarzado, y produciendo en lo sucesivo los mismos efectos con poca diferencia. Esta operacion no es dolorosa, y se ejecuta en ménos de un minuto. El enfermo ve en el instante mismo de la extraccion del cristalino; luego se le vendan los ojos, se le hace observar un régimen suave y refrescante. Si no ocurren accidentes se le va graduando el uso de luz y al cabo de tres semanas se halla en perfecta convalecencia.

Tambien se usa del término catarata en la geografía. Catarata es el salto de las aguas de un rio, producido por un declive escarpado, ó bien ocasionado por peñascos que detienen el curso de las aguas. Los antiguos llamaban á estos despeñaderos de aguas *catádupes*. El Rhin tiene dos cataratas, la una en Bilefeld y la otra en Lauffen, cerca de Schaffouse. El Nilo tiene diferentes, de las cuales dos son muy fuertes y se precipitan entre dos montañas. El rio Vologda en Moscovia tiene tambien dos cataratas cerca de Zadoga. El Zairo, rio del Congo, empieza su curso por una fuerte catarata. Otra se encuentra á tres leguas de Albania en Nueva York, que mide cerca de cincuenta piés de altura. La cascada del Terni en Italia es una de las más altas que se conocen, pues los habitantes del país pretenden que tiene cuatrocientos piés de altura; y la famosa catarata del rio Niágara en el Canadá no cae sino de ciento cincuenta y seis: pero tiene más de un cuarto de legua de ancho.

(7) Es muy sabida la expresion de una gran princesa (S. A. R. la esposa del regente duque de Orleans), distinguida por tantas virtudes y eminente piedad. Murió con una

(*) La retina es una parte del ojo, en la cual se imprime la imágen de los objetos por medio de los rayos de luz que parten del objeto.

tranquilidad de ánimo que fue la admiracion de cuantos la rodeaban. Despues de haber recibido todos los sacramentos, y de una agonía bastante larga, exclamó: ¡Qué deliciosa es la muerte! Estas fueron sus últimas palabras.

Una alma fuerte puede aguardar la muerte sin flaqueza, pero no basta el ánimo para hallarla deliciosa; solamente una conciencia irreprensible y una fe vivísima pueden proporcionarnos semejante sensacion.

(8) La especie de abeja comun es del número de las que viven en sociedad. En la antigüedad todas eran silvestres: habitaban las selvas de Polonia y Moscovia y otras regiones del Norte, alojándose en los huecos de los árboles ó peñascos. Cuando las abejas se establecen en una colmena, su primera ocupacion es tapar sus agujeros ó rendijas con una materia glutinosa que despues se endurece. Es diferente de la cera y miel, y se llama *propolis*; es una especie de resina, y sirve en la medicina. Ademas de la abeja comun existen otras varias especies; la abeja de aldea, la abeja albañil, etc. Una de las más curiosas es la tapicera; es muy pequeña, más peluda que las comunes, pero de su mismo color. Su primer trabajo, cuando trata de hacer su nido, consiste en cavar en el suelo un agujero perpendicular de tres pulgadas, que desde la entrada hasta siete ú ocho líneas de profundidad va con igual diámetro, y despues lo ensancha á modo de nuestras jarras. Terminado el agujero, toma vuelo y se posa en una amapola, donde con mucha destreza corta en una hoja de la flor un pedazo que tiene la figura de un semióvalo; vuelve á su agujero con la pieza cogida, manteniéndola doblada entre sus patitas, y luego la desdobla y extiende quitándola todas las arrugas, la aplica al fondo, repitiendo la misma operacion hasta la boca del agujero, de manera que sobresalgan algunas líneas, formando un ribetillo de color de fuego. Paseándose por los campos de trigo, se puede algunas veces observar unos agujeritos adornados en su circunferencia con una hermosa cintilla colorada, y estos son los nidos de las abejas tapiceras.

Las abejas de la isla Guadalupe dan una cera de un color morado muy fuerte, á la cual no se puede quitar este color, y es demasiado blanda para hacer velas.

(9) Entre otros el de la señora Lagnans. Este monumento, el cual no he visto descrito en ningun libro, es tan apreciable por la hermosura de la composicion como por su ejecucion. Lagnans, ministro en Berna, y que aun vivia en 1775, tenia una mujer hermosísima que murió de parto á la edad de veinte y ocho años; el niño la sobrevivió algunos minutos. Naal, célebre escultor aleman, se encargó de hacer el túmulo que debia encerrar á la madre y al hijo. Imaginó representar á la señora Lagnans en el instante de la resurreccion. Despues de haber cavado en el templo un foso de competente profundidad para contener una estatua, colocó una gran piedra rajada de cabo á cabo, y dejando un hueco por el que se ve á la madre tendida en el ataud en ademan de despertarse; con una mano tiene asido al niño y con la otra solevanta la piedra desprendida que toca á su cabeza. La nobleza de su figura, el candor é inocencia que la caracterizan, la alegría pura y celeste que brilla en su rostro, dan á su semblante una expresion de sublime ternura. No le falta á ese mausoleo sino el haber sido ejecutado en mármol. El epitafio es digno del monumento; está grabado en la piedra, y á pesar de la grieta que corta lo escrito, se lee fácilmente; está en Aleman, y finge que la señora Lagnans habla. La traduccion literal es la siguiente:

«Oigo la trompeta, su sonido penetra hasta la profundidad del sepulcro. ¡Despiértate, niño de dolores! El Salvador del mundo nos llama; el imperio de la muerte se destruye; una palma inmortal coronará la inocencia y la virtud.

«Señor, aquí me presento con el hijo que me habeis dado.»

El túmulo de la madre de Le Brun en San Nicolas *du chardonneret* en Paris, representa la misma idea, pero no es tan sobresaliente la composicion. Aquí el artista (Colignon) colocó sobre un altar bastante elevado una grande urna de color algo rojo, cuya tapa está volcada. Sale de la urna una anciana de aspecto venerable, juntando las manos y levantando los ojos al cielo; está envuelta en el sudario cubriendo con sus pliegues el borde de la urna: se ve todo el busto, que es de mármol blanco, así como la mortaja. Detras y arrimado al nicho del altar está el ángel del juicio con la trompeta en la mano.

(10) Un famoso florista de Holanda me dijo habia pagado por una cebolla 6,800 libras (unos 27,200 rs.) y añadió haber visto otras de mayor precio: los curiosos no cuentan sino seis especies de flores que valgan la pena de ser cultivadas, y son el jacinto, el tulipan, la oreja de oso, el clavel, el ranúnculo y la anémona. El jacinto es casi la más hermosa, aunque la más pobre de colores, siendo ménos comun que las otras. Se cree que el ranúnculo vino de la Siria en tiempo de las cruzadas; Bachelier, en el siglo anterior, trajo la anémona de América; y pretenden que el jacinto vino del Cabo de Buena Esperanza. El más hermoso jacinto es el ofir; su color es amarillo, matizado por dentro con manchas de color carmesí.

(11) Hubo en Lisboa un espantoso terremoto en 1755; muchas casas fueron consumidas por las llamas que salian de la tierra, fenómeno bastante comun en los temblores de tierra, y que ya se habia visto en el que se experimentó en Remiremont á cuatro leguas de Plombiéres, en el año de 1682. Lo más singular fue que los sacudimientos acontecian siempre de noche, acompañándolos un ruido que salia del centro de la tierra, semejante al de un trueno, y se veian salir llamas. En América ha habido temblores de tierra que duraron más de un año con sacudimientos muy violentos cada dia. Bajo el imperio de Tiberio trece ciudades considerables del Asia fueron totalmente destruidas. La célebre ciudad de Antioquía experimentó la misma desgracia el año de 115. Allí pereció el cónsul Pédon; y el emperador Trajano, que se hallaba entónces en ella, se salvó con mucho trabajo.

En 742 hubo un temblor de tierra universal en Egipto y en todo Oriente; en una misma noche seiscientas ciudades fueron arruinadas: las provincias meridionales de Francia limitadas por los Pirineos han experimentado varias veces sacudimientos violentísimos. En 1660 las comarcas comprendidas entre Burdéos y Narbona fueron asoladas por un temblor de tierra, y entre otras devastaciones sepultó la montaña del Bigorre dentro de una laguna. Esto fue causa de que un gran número de baños minerales se enfriaron y perdieron sus virtudes medicinales. En los temblores de tierra del año 1755 tambien fueron causa de que la Francia experimentase mayores daños.

Lima, capital del Perú, distante solamente dos leguas del Callao, puerto de mar en el Pacífico, despues de experimentar en diferentes épocas temblores de tierra muy violentos fue casi enteramente destruida en 1746, cubriendo el mar los edificios del Callao, y sumergiendo á sus habitantes; sola una torre quedó en pié, y de veinte y cinco buques que habia en el puerto cuatro fueron arrojados una legua dentro de la tierra y los demas zozobraron.

Hasta ahora, dice Bomare, se atribuyen los temblores de tierra á dos causas. La primera á la elasticidad del aire interno excesivamente rarefacto por la inflamacion de las piritas causada por la humedad de las aguas que alteran estos mixtos, los descomponen, é inflaman. La segunda á la fuerza prodigiosa de estas aguas reducidas á vapores. Este sistema parece muy verosímil, puesto que la dilatacion del agua es infinitamente mayor que la del aire, y así el fuego, el aire y el agua concurren para conmover la tierra que los comprime. Véase el *Diccionario de historia natural* por Bomare en el artículo *temblor de tierra*, y la misma palabra en la obra titulada *Diccionario de las Maravillas de la naturaleza*.

(12) En efecto, los incendiarios destruyeron más casas en Lisboa que el temblor de tierra; porque con el fin de robarlas las incendiaban. Los infelices habitantes de Lisboa, víctimas de tan inaudita maldad, hallaron algun consuelo en la humanidad de una nacion generosa. Cuando los ingleses tuvieron noticia de tan terrible desgracia, se apresuraron á enviarles todos los socorros que podian necesitar, beneficio que les costó seis millones de libras esterlinas, 540 millones de reales, pero que les granjeó y aseguró nuevo derecho á la estimacion de Europa.

(13) He visto en una obra inglesa, tan instructiva como curiosa, una anécdota singular y poco conocida relativa á Cataluña. Despues de muchas revoluciones un tal Wifredo llamado el Velloso, obtuvo para sí y sus descendientes el gobierno de Cataluña. Habiendo este Wifredo recibido una herida muy peligrosa en una batalla contra los normandos, visitóle el emperador, y mojando un dedo en la sangre que manaba la herida, pintó con ella cuatro líneas sobre el escudo de oro de Wifredo, diciéndole: Conde, de aquí adelante estas serán tus armas. Desde entónces cuatro barras encarnadas en campo de oro fueron las armas de Cataluña, y despues de Aragon, cuando Raymundo V casó con Petronila, heredera de Ramiro II, rey de Aragon.

Travels through Spain in the years 1775 *and* 1776, *by Henry Swinburne, esq., un tom. en 4.°*

(14) Copiaré aquí lo que dice el *Viajante frances* acerca de las cascadas de que hablo.

«No se puede dejar de admirar cuando se anda por entre aquellos peñascos que amenazan ruina, valles tan deliciosos, tanta sombra y amenidad en el seno de la esterilidad, y considerar aquellas cascadas naturales precipitarse desde las puntas de las peñas, no interrumpiendo el silencio que reina en aquella soledad sino para hacerle más grato.»

Veamos ahora lo que dice acerca de esto el *Viajero inglés*.

«La peor circunstancia de Monserrate es la falta de buena agua. A excepcion de una fuente que se halla cerca de la parroquia, y otra en el convento, no tienen los ermitaños sino agua de aljibes, que es cosa intolerable en el verano, y desmiente todas las agradables descripciones que he leido de arroyos que murmuran y de hermosas cascadas que se precipitan de la cumbre de los peñascos entreabiertos. La falta de agua es tal, que nunca se han visto en la montaña lobos ni osos, ni otra especie alguna de fiera.»

Esta contradiccion es bastante singular. Si álguien se tomase el trabajo de confrontar así las relaciones de viajes, juzgo que se hallarian otras muchas. Cuando escribí mi cuento hice lo que muchos historiadores: escogí lo que me pareció más adecuado al asunto; pero no disimulo los motivos de mi preferencia, y confieso que el nombre, la fama y las obras del *Viajante inglés* deben inspirar la mayor confianza en su relacion.

(15) Son muchos los ejemplares de muertes repentinas causadas por un dolor súbito. Por los años de 930 Gormundo III, llamado el Viejo, rey de Dinamarca, habia tenido en Tyra, su esposa, dos hijos, Canuto y Haraldo. Canuto el mayor era por sus virtudes la delicia de su padre y de la nacion. La ferocidad de Haraldo le habia concitado el odio de los daneses. Este mónstruo, lleno de envidia contra su hermano, lo asesinó. No sabiendo Tyra cómo anunciar la funesta noticia al monarca, hizo enlutar el palacio. Al ver esta lúgubre decoracion exclamó el rey: Sin duda mi hijo ha muerto; y en el mismo instante espiró de dolor.

Hay quien pretende que Guillermo, obispo de Roschil, el año de 1050, profesaba tanto amor á Suenon II, rey de Dinamarca, que en el discurso de su última enfermedad sentia disminuirse sus fuerzas al paso que el rey perdia las suyas, y que estando ya Suenon ago-

nizando, hallándose él del propio modo, y persuadido á no sobrevivirle, mandó hacer su ataud, y que le llevasen ya medio muerto al entierro del príncipe, á cuyo tiempo espiró, siendo enterrado con él.

Erico III, llamado el Bueno, rey de Dinamarca, repudió en el año de 1104 á la reina Batilde, su esposa. Hizo despues voto de visitar los Santos Lugares. Amándole siempre Batilde, aunque repudiada, quiso acompañarle. Erico murió en la isla de Chipre, y Batilde espiró de dolor.

En el año 1208, Felipe, primer emperador de Alemania, fue asesinado. La emperatriz Irene, su mujer, espiró al recibir la noticia de su muerte.

Dos criados de Cárlos VIII, que iban á su entierro, murieron de repente.

En el año 1501 Luis de Borbon, conde de Montpensier, llegó á Nápoles despues de la toma de Capua, en donde habia dado pruebas del mayor valor. Su primera diligencia fue ir á Pouzzolo, donde estaba sepultado su padre; arrodillóse sobre su sepulcro, y espiró de dolor. Este príncipe fue justamente llamado: *El Héroe del amor filial.*

Es notorio que muchas personas murieron de repente recibiendo la noticia del asesinato de Enrique el Grande, y en nuestros dias, cuando el desgraciado almirante Bing fue condenado á muerte, escuchó la sentencia con entereza; era injusta, le quitaba la vida, mas no el honor; pero su hermano, que al perderle, perdia no solo un hermano, sino tambien su mayor amigo, quiso despedirse de él, y echándose en sus brazos espiró.

(16) Entre los combates de los españoles y moros se encuentra uno, en el cual se distinguieron las mujeres de Tortosa: se presentaron sobre los muros de la ciudad, é hicieron tales proezas, que Raymundo Berenguer, último conde de Barcelona, instituyó para ellas en 1170 la órden del hacha. Consiguieron ademas muchos privilegios honrosos, conservando todavía el derecho de preferencia de puesto, de cualquier calidad que sean, en las ceremonias del matrimonio.

La *Historia de Alemania* ofrece un lance semejante. En el año 1015 los polacos sitiaron á Meissin, ciudad que se hubiera entregado á no ser por el ánimo heróico de las mujeres que se encargaron de su defensa, las cuales desempeñaron los trabajos del sitio. El emperador Enrique II, para perpetuar la memoria de esta accion, mandó que se celebrase el aniversario de la conservacion de la ciudad, y que las mujeres fuesen en procesion á la iglesia, para indicar que á ellas solas debia Meissin su salvacion.

Esta procesion se hizo con la mayor pompa hasta el siglo XVI: los luteranos la abolieron proscribiendo el culto romano. *Historia general de Alemania* por Montigny, tomo 4.

Durante la guerra que se hicieron Juan I de Castilla y Juan I de Portugal, habiendo los ingleses sitiado á Palencia, en el reino de Leon, desprovista entónces de hombres, pues toda la nobleza habia seguido al rey, las mujeres, acaudilladas por las principales damas defendieron la ciudad, rechazaron el asalto del enemigo, le molestaron con salidas y le obligaron á retirarse. Para recompensar su valor Juan las permitió llevar la banda de oro y les concedió todos los privilegios de los caballeros de la banda: la fecha de esta órden es incierta, colocándose su institucion entre 1383 y 1390. *Enciclopedia*, palabra *Echarpe*.

(17) Tambien es digna de atencion en Toledo la casa del ayuntamiento, cerca del palacio arzobispal. Su arquitectura está reputada por muy perfecta. En la pared de la escalera están estos versos:

Nobles discretos varones
Que gobernais á Toledo,

En aquestos escalones
Desechad las aficiones,
Cobdicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dexad los particulares;
Pues os fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos,
Estad firmes y derechos.

(18) La capital de las colonias de Sierra Morena se llama la Carolina. Los dos viajantes *Inglés* y *Frances* hacen hermosas descripciones de estas nuevas poblaciones; la del inglés está llena de ideas y sentimientos excelentes; hubiera adornado esta nota con ellos si no hubiese temido deslucir su descripcion traduciéndola.

(19) Esta mezquita en tiempo de los musulmanes era un edificio de figura cuadrilonga con un tejado chato que estribaba sobre arcos. Carecia de proporciones: su altura erá de treinta y cinco piés: su anchura de cuatrocientos veinte, y su longitud de quinientos diez, incluso el grueso de las paredes. El techo estaba sostenido, segun algunos, por mil columnas; y segun otros, por ochocientas: tenia entónces veinte y cuatro puertas, más de cuatro mil lámparas continuamente ardian en ella, las cuales consumian cerca de veinte mil libras de aceite al año.

Ahora sólo existe parte de la mezquita, convertida en iglesia; se entra por diez y siete puertas; tiene quinientos diez piés de longitud por doscientos cuarenta de ancho; hay gran número de columnas de mármol de diferentes especies. *Travels through Spain, by Henry Swinburne, esq.*

(20) Granada está situada al pié de la Sierra Nevada, y edificada sobre dos colinas separadas por el Darro. El Genil baña sus murallas; estos dos rios se forman de las nieves que cubren la sierra.

(21) Los monumentos más notables de Granada son la Alhambra, antiguo palacio de los moros, en cuyo interior se ve otro más moderno y no obstante ya destruido, que Cárlos Quinto hizo construir, del cual sólo existen cuatro paredes. Se le dió poca extension para conservar el palacio moro que se destinaba para habitacion de verano. En la Alhambra se hallan las reliquias de la mayor magnificencia, columnas de mármol, fuentes, bajos relieves, una prodigiosa cantidad de inscripciones, etc. admirándose entre otros monumentos el soberbio patio de los leones. El Generalife es otro palacio moro que comunica con el de la Alhambra; está edificado sobre una montaña muy elevada; por todas partes se ven surtideros de agua; los jardines están dispuestos en anfiteatro; su situacion es deliciosa, y mejor que la de la Alhambra. *Ensayo sobre la España*, tomo I.

(22) En tiempo de Boabdil ó Abdali, último rey de Granada, los Abencerrajes y los Zegríes eran sus dos familias más poderosas. Aben-Hamet, uno de los Abencerrajes, llegó á ser privado del rey, y entónces los Zegríes se conjuraron para perderle. Uno de ellos, hallándose un dia solo con el rey, empleó la más atroz calumnia, y dijo que habia visto á Aben-Hamet á los piés de la reina en los jardines del Generalife, la cual le ceñia una guirnalda de rosas. Con esta relacion el rey se entregó á todo el furor que los celos y los Zegríes pudieron inspirarle; determinó llamar á los Abencerrajes, unos tras de otros, al patio de los Leones, para degollarlos; lo que se ejecutó. Cada víctima que entraba en aquel funesto recinto era entregada á los Zegríes, que la llevaban á un gran pilon de ala-

bastro, donde la degollaban. Treinta y seis Abencerrajes perdieron así la vida. El paje de uno de ellos, que entró con su amo sin ser visto, presenció tan horrible escena y halló modo de salir y avisar al resto de la desgraciada familia: al instante el pueblo tomó las armas; hubo varios combates; y habiéndose apaciguado el tumulto por la prudencia de Muza, hermano bastardo del rey, dió públicamente cuenta de su conducta, manifestando el supuesto delito de la reina, y despues la condenó á ser quemada, si en el término de un mes no presentaba cuatro caballeros para defender su causa contra cuatro acusadores. Entre tanto la reina estuvo presa en una torre. Varios caballeros moros ofrecieron su brazo á la reina, que los rehusó, prefiriendo deber su libertad á ciertos caballeros españoles, que por su gran fama merecieron toda su confianza. Escribióles y llegaron en el momento que la llevaban al suplicio. Sobre sus escudos se leian estas palabras: *Por la verdad*. Entraron en la lid contra los Zegríes, y quedaron vencedores. El malvado que habia calumniado á la reina recibió una herida mortal, y ántes de espirar confesó su delito. La reina fue llevada en triunfo á palacio. Abdali se arrojó á sus piés, pero no pudo alcanzar su perdon y la reina abandonó la córte retirándose á una quinta solitaria. Los demas Abencerrajes abandonaron á Granada, y dejaron á Abdali privado de sus mejores generales y á la merced de sus enemigos, quienes algunos meses despues le derribaron del trono que habia manchado con tanta sangre inocente.

Aunque esta historia se halla referida como verdadera en muchos autores, no se debe considerar sino como novela, cuyo asunto es verdadero, pero muy exornado con circunstancias inciertas. *Travels through Spain, by Henry Swinburne, esq.*

(23) Este globo de fuego era un metéoro. Dan este nombre á cierta clase de fenómenos que aparecen en la atmósfera. Tales son las nubes, los truenos, la lluvia, el granizo, la nieve, las nieblas, el rocío, los fuegos fátuos, los relámpagos, los vientos, los huracanes, las tempestades, etc. Los físicos hacen tres divisiones de los metéoros, á saber: ígneos, aéreos y acuosos. Los primeros son: los truenos, el fuego de san Telmo, los globos de fuego, y otros fenómenos que pertenecen á la electricidad. Los aéreos son los vientos. Y los acuosos son los que nos ofrece el agua en sus diversos estados, como las nubes, el granizo, el rocío, etc. *Diccionario de Historia natural* por Bomare.

Los globos de fuego se observaron ya en los tiempos más remotos. Su aparicion causó en diversas épocas grandes terrores á los romanos. Aristóteles, Seneca y Plinio los describieron. A este metéoro llamaban en tiempos pasados y aun hoy dia el vulgo: Espadas de fuego y dragones que vuelan.

No he inventado las circunstancias del globo de fuego, que describo en mi cuento, como se verá por la relacion siguiente.

El globo de fuego de que habla el papel de Roi se observó el dia 17 de julio de 1771, á cerca de las diez y media de la noche. Se vió hácia el Noroeste un fuego semejante á una gruesa estrella de las que el vulgo cree que caen en la tierra, la cual, aumentando de tamaño al paso que se acercaba, tomó despues la forma de un globo, con una cola sumamente larga. Habiendo este globo atravesado parte del cielo, pareció que atenuaba su movimiento, y tomó la figura de una lágrima batávica; esparció entónces una vivísima luz; su cabeza parecia rodeada de llamitas de fuego, y su cola ribeteada de un color encarnado, estaba matizada con los colores del arco íris; en fin, reventó esparciendo un gran número de partículas luminosas, semejantes á las chispas de los cohetes.

El dia 12 de noviembre de1761 Andretz vió á una legua de Villefranche en el Beaujolais un globo de fuego muy luminoso que parecia precipitarse hácia la tierra, y se aumen-

taba al paso que se aproximaba, dejando tras sí un grueso rastro de fuego que señalaba su camino. Despues de recorrer la octava parte del horizonte, apareció del grandor de una gruesa cuba cortada horizontalmente por medio; se volcó, y salió de él una prodigiosa cantidad de chispas y llamitas semejantes á las de los fuegos artificiales.

En la ciudad de Beaune produjo este metéoro una luz igual á la del medio dia.

El dia 3 de noviembre de 1777, á las nueve y media de la noche, se observó en Salart un metéoro extraordinario. Fue tanta la claridad que esparció, que todos creyeron que iba á amanecer. Apareció un globo de fuego luminoso; las chispas que esparcia eran semejantes á las estrellas artificiales; y el cerco que lo rodeaba se componia de rayos de diversos colores. Cuando llegó á la altura de seis toesas, salieron de él dos volcanes, los que desprendidos tomaron la figura de dos arcos íris, uno de los cuales se perdió hácia el Norte y el otro hácia el Levante. Entónces se vió que el globo disminuia insensiblemente, etc. *Diccionario de las Maravillas de la naturaleza*. tom. 2.

(24) Es menester acordarse de que la suela del calzado de Alfonso estaba ribeteada de clavos, y que el regaton del palo que llevaba era de hierro.

Los antiguos, dice Bomare, conocian la virtud que posee el iman de atraer el hierro: y si se cree á Plinio, fue por el acaso de un pastor que sintió que los clavos de sus zapatos y el cabo de su baston, que era de hierro, se agarraban á un peñasco de iman, sobre el cual se hallaba entónces; pero no conocian la que tiene de dirigirse hácia los polos del mundo.

Alfonso, lleno de ignorancia y remordimientos, y espantado por el metéoro que acababa de ver, sintiéndose preso sobre el peñasco, se cree detenido por el cielo mismo, irritado con su fuga: esta idea redobla su terror, le quita todas sus fuerzas, y lo fija sobre la peña.

El iman es una piedra de calidad férrea que se halla en las minas de hierro; su color no es siempre el mismo. En las Indias orientales, en la China y en todos los países del Norte, es de color de hierro; en los nuestros su color ordinariamente tira al negro, la de Devonshire es de un pardo algo colorado, y la de Lorena tiene algo de gris.

El iman posée cinco propiedades muy notables. 1.ª atraer el hierro, lo que llaman *atraccion*. 2.ª trasmitirle su virtud, esta es la *comunicacion*. 3.ª dirigirse hácia los polos del mundo, que es la *direccion*. 4.ª dirigirse con cierta variacion, que se llama *declinacion*. 5.ª finalmente, inclinarse al paso que se aproxima á uno ú otro polo, y se dice *inclinacion*. Todas estas singulares propiedades, anejas á la naturaleza del iman, dependen de alguna propiedad general, orígen de las demas, y que hasta ahora ignoramos.

Se sospecha que reina al rededor del iman una especie de atmósfera, á la cual dieron el nombre de materia magnética, y forma á modo de una niebla que se conoce por sus dos polos, que producen efectos contrarios, uno de atraer, y otro de rechazar el hierro. La fuerza atractiva de un iman al salir de la mina es muy poca, y por esto es necesario armarlo con hierro para aumentar su fuerza. Es de observar que el hierro no tenga la virtud de un verdadero iman, aunque á veces al tomarse de orin suele adquirirla.

En el gabinete de curiosidades de la Sociedad real de Inglaterra existe una piedra imán del peso de sesenta libras, que no levanta mucho peso á proporcion de su magnitud, pero atrae una aguja á la distancia de nueve piés. La Historia de la academia de ciencias de Paris habla de una piedra imán del peso de once onzas, que levantaba veinte y ocho libras de hierro, ó sea más de cuarenta veces su peso. *Diccionario de Historia natural* por Bomare.

Magnetismo es el nombre que se da á las diferentes propiedades del iman. Habia en el

Asia menor dos ciudades llamadas *Magnesia*, la una cerca del rio Meandro y la otra del monte Sípilo. Esta, que pertenecia á la Lidia, y que tambien se llamaba Heráclea, era la verdadera patria del iman. El monte Sípilo abundaba sin duda de metales, y por consiguiente de piedra iman; así el iman llamado *magnes*, del primer lugar de su descubrimiento, conservó su antiguo nombre. *Enciclopedia*.

He colocado el lance de la peña de iman en España, porque tiene más novedad y fuerza en los primeros momentos de la huida de Alfonso. En efecto, la verosimilitud que se puede desear en el asunto parece bastante natural, puesto que las cercanías de Loja están llenas de peñascos y hay muchas minas en España.

(25) La supuesta lluvia de sangre sucede solamente en tiempo de tempestades y sobretodo en el verano. No es extraño que la mayor parte de los insectos que buscan su pasto en las ramas de los árboles sean arrebatados y hechos pedazos con la violencia del ayre, lo que ocasiona que al caer aparecen ensangrentados, y así llueve sangre de insectos. *Diccionario de Historia natural* por Bomare en la palabra lluvia.

Confieso que esta explicacion no me satisface; porque si para producir este fenómeno no se necesitase mas que un viento impetuoso, en los meses de julio y agosto no habria persona que no hubiese visto diferentes veces en su vida llover sangre, lo que seguramente no es así.

Se ha visto, dice tambien Bomare, en 1703 las aguas de la laguna de Zurich volverse repentinamente coloradas como sangre. Por el exámen se reconoció que lo habian producido las aguas bituminosas de los arroyos, llenas de ocre colorado de hierro, las cuales se mezclaron con las de la laguna.

Tambien se dice lluvia de azufre, así llamada por unos granos amarillos que al parecer caen de las nubes con el agua. El polvo amarillo de los estambres de varias plantas cuando están en flor es la verdadera causa de estas supuestas lluvias de azufre imaginarias que caen con tanta frecuencia en las cercanías de las montañas. Este fenómeno sucede á menudo en Burdéos, en el mes de abril, tiempo en que los pinos están en flor.

(26) Al salir de Loja se atraviesa el monte *Orospeda*, y desde las cercanías de Archidona, ciudad edificada en medio de peñascos en las fronteras de Andalucía, se descubre la Sierra de los Enamorados. Es un peñasco famoso por un suceso trágico.

Un jóven caballero frances fue apresado por los moros en el tiempo que aun reinaban en Granada. El rey moro le puso en libertad y le colmó de mercedes. El caballero sedujo á la hija del rey, con la cual huyó de la córte de su padre. Escapóse á media noche, pero el cielo castigó á este vil raptor y á una hija ingrata y cruel. A la punta del dia avistaron una tropa de moros que los seguian, y subieron á un peñasco prodigiosamente elevado. No tardaron los moros en rodearlos; entónces, turbados por los remordimientos y reducidos á la desesperacion, se precipitaron de lo alto del cerro, que todavia conserva el nombre de la *Peña de los Amantes*. *Ensayo sobre España*.

(27) El arte de la navegacion comprende tres partes: 1.ª la de construir buques que se llama *construccion*. 2.ª la de cargarlos, que se llama *lastre ó arrumaje*. 3.ª la de conducirlos sobre el mar, que es propiamente el arte de la *navegacion*.

Los egipcios, griegos y romanos llamaban *navíos sagrados* á unos buques dedicados á los dioses: tales eran en Egipto: 1.º el buque que todos los años dedicaban á Ísis. 2.º aquel sobre el cual mantenian durante cuarenta dias el buey Ápis, ántes de transportarlo desde el valle del Nilo á Ménfis al templo de Vulcano. 3.º el llamado vulgarmente *barca de Caronte*, y que solamente se empleaba en llevar difuntos: de este uso tomó Orfeo ocasion

de imaginar el trasporte de las almas al infierno al otro lado del Aqueronte.

Entre los buques sagrados que tenian en Grecia, los autores hablan principalmente de dos galeras sagradas de Aténas, destinadas á las ceremonias religiosas, ó para llevar noticias en las grandes urgencias del estado. La una se llamaba la Párala ó la galera Paraliana; tomó su nombre del héroe Páralo, que junto con Teseo se distinguió contra los tebanos: los que la tripulaban se llamaban paralianos. La otra dicha el Salaminio, ó galera Salaminia, tomó, segun el parecer de algunos, su denominacion de la batalla de Salamina, y segun otros, de Nausitoo su primer piloto, natural de Salamina. En esta célebre galera de treinta órdenes de remos volvió Teseo victorioso de la isla de Creta. Se llamó despues Deliaca, porque fué consagrada yendo todos los años á Délos para llevar los regalos de Teseo á Apolo Delio. Una y otra eran sagradas y servian para traer los generales depuestos, y en este sentido llamaba Pitolao á la galera Paraliana *la clava del pueblo*.

Los atenienses conservaron más de mil años la galera Salaminia, que renovaban añadiendo tablas á medida que se pudrian las viejas.

A mas de estos dos buques sagrados, poseian los atenienses aun otros muchos: la Antigona, el Demetrio, el Ammon y la Minerva; este último era de hechura singular, puesto que estaba destinado para andar, no en el mar, sino por tierra; se conservaba cerca del Areópago para servir en la fiesta de las *Grandes Panateneas*. Servia entónces para llevar al templo de Minerva el vestido de esta diosa, en el cual estaban representadas la victoria de los dioses contra los gigantes y las acciones más memorables de los grandes hombres de Aténas. Lo más admirable era que bogaba en tierra con velas y remos por medio de ciertas máquinas que Pausánias llama soterráneas, esto es, que tenia en su interior muelles ocultos que le movian, y la vela, segun Suidas, era el mismo vestido de Minerva.

Todos los buques de los antiguos armados en guerra iban con remos y velas, pero en los combates se recogian las velas y solamente se empleaban los remos. Peleaban entónces como los pájaros con el pico: sus remos les servian de alas, y procuraban romper los del buque enemigo. En el remo consistia toda su fuerza, y por esto tomaba su denominacion segun el número de remos.

Copiando Lilia Gerardi á Máximo de Tiro, dió la descripcion de un buque, del cual se sirvió un rey fenicio para hacer un viaje á Troya; era un palacio flotante, dividido en varias habitaciones ricamente alhajadas, conteniendo jardines espaciosos, llenos de naranjos, perales, manzanos, parras y otros árboles frutales. El cuerpo estaba pintado de diversos colores, brillando el oro y plata en todas partes. Los buques de Calígula eran todavía más magníficos; el oro y las pedrerías adornaban sus popas, el cordaje era de seda de varios colores, y la magnitud de estas embarcaciones era tal, que contenian salas y jardines llenos de flores y árboles. Calígula recorria en ellos las costas de Italia.

El uso muy antiguo de dar á los buques el nombre de los animales representados en la popa enriqueció la mitología; no dice que Perseo viajaba sobre un buque, sino que montaba un caballo con alas. Dédalo huyó de Creta en un buque con velas; y estas son las alas con las cuales voló por los aires, etc. *Enciclopedia*.

La quilla es la primera pieza por la cual se comienza la construccion del buque, y sobre la cual se colocan las *varengas ó costados*. La parte posterior de un buque y la más levantada se llama la *chopeta*; la otra, que es la más baja, *castillo de popa*. Tambien hay en el otro extremo una parte llamada *castillo de proa*. La artillería se coloca sobre los puentes. *Estribor* significa la derecha del buque, y *babor* la izquierda. Las aberturas de los lados por donde asoman los cañones se llaman *sabordes*, y lo que sirve para cerrar, las *portas de*

artillería. El mástil más próximo á la parte posterior del buque se llama *palo de trinquete*, el del medio *palo grande ó mayor*, el que sigue *palo de mesana*, y el que se halla más adelante *palo de baupres*. La *popa* es la parte de atras del buque. La *proa* es la que entra primero en el mar.

(28) El veneno que algunos salvajes de las montañas del Perú conocen, le trajo á Europa Condamine. Es el más activo que se conoce: su efecto es tan pronto, que una mona ó un papagayo, heridos de modo que salga sangre con una flechita de las que despiden los indios con una cerbatana, mueren al instante. Reaumur tenia en su casa un oso de dos años que empezaba á ser feroz, por lo que resolvió matarlo, y se hizo en este animal la experiencia del veneno referido: se mojó en él la punta de una flechita para dispararla con una cerbatana. El oso la recibió en la parte superior de la espalda sin lastimarle al parecer; se le disparó otra, y entónces dió un salto, se puso convulso, tembló, echó espumarajos, y cayó muerto al cabo de minuto y medio. Es de observar que los monos y papagayos muertos con este veneno, y que se comen en el Perú, no contraen por esto ninguna calidad perniciosa, y se comen sin precaucion alguna; el azúcar es el contraveneno más eficaz de tan terrible tósigo. Se obligó á comer azúcar á unos perros y gatos un cuarto de hora ántes de picarlos, y no tuvieron ninguna mala resulta.

El autor ha sacado esta nota de un sugeto que ha presenciado el experimento arriba dicho.

(29) La voz *automaton* significa me excitan, estoy pronto.

Descripcion de diversas obras de mecánica, inventadas y ejecutadas por Jacques Droz, artista de la Chaud-Defonds, en el condado de Neufchatel, Suiza.

Desde los dos autómatas, el flautero y el ánade del célebre Vaucanson, de la academia de ciencias, no se ha visto cosa más hermosa, admirable y perfecta en mecánica que las obras siguientes:

La primera es una figura que representa un niño de dos años sentado en un taburete y escribiendo sobre una mesa. Este autómata moja la pluma en el tintero, sacude la tinta y escribe correctamente cuanto se le dicta sin que nadie le toque. Coloca como corresponde las letras iniciales, y deja el espacio conveniente entre los vocablos que escribe. Cuando acaba un renglon, pasa á otro observando la distancia debida. Miéntras escribe, sus ojos están fijos en lo que hace; pero cuando acaba un vocablo, dirige la vista á un alfabeto que tiene á la izquierda, como para imitar sus caractéres. Este mecanismo es incomprensible; pudiera tal vez adivinarse si el número de vocablos que este autómata escribe fuese limitado; pero no es así, pues sin distincion traslada todas las palabras de cualquier idioma, y si ha comenzado lo que le han dictado y si se quiere que lo deje y escriba otro, abandona el primero y sigue con el que se le manda.

La segunda figura es semejante á la primera en cuanto al tamaño. Representa un niño tambien sentado en un taburete, dibujando con un lápiz.

Este autómata ejecuta con propiedad y limpieza algunas piezas, de las cuales pone primero los principales trazos observando los llenos y delgados. Hace despues las sombras, retoca y enmienda las imperfecciones. A este fin aparta de vez en cuando la mano como para ver lo que tiene hecho. Sopla el polvo que deja la presion del lápiz sobre el papel. Finalmente, los diversos movimientos de ojos, brazos y mano imitan exactamente á la naturaleza.

La tercera pieza representa una niña de diez á doce años sentada en un taburete y tocando el clave. Esta autómata, cuyo cuerpo, cabeza, ojos, brazos, manos y dedos tienen

los movimientos naturales, ejecuta diversas piezas de música de dos ó tres partes con mucha perfeccion. Como su cabeza y ojos se mueven á todos lados, mira á sus manos, á la música y los asistentes. Su cuerpo flexible se inclina á veces para ver de cerca las notas, su pecho se levanta y baja para indicar la respiracion.

Finalmente, la cuarta pieza ofrece un contraste del arte y de la naturaleza, un conjunto de peñascos, jardines, chozas y piezas de arquitectura. Esta obra, por la multitud y variedad de objetos que representa y efectos que produce, sólo ocupa cuatro piés y medio cuadrados de extension sobre dos ó tres piés de altura. La delantera representa un jardin terminado por la fachada de un edificio primoroso. Más léjos se ve un valle suizo, rodeado de montes y peñascos, de los cuales sale un sol, llega al zenit, y se pone conforme las revoluciones de este astro sobre el horizonte, y segun las estaciones del año. El valle lleno de plantas, arbustos y maleza contiene una cabaña, un molino, un arroyo, y ganado paciendo. Cierra el fondo una cadena de riscos escarpados, con grutas y cavernas, en cuya cumbre pacen algunas cabras. La parte pastoril se compone de un pastor y una pastora, ovejas y cabras que pacen y se oyen balar, una vaca que brama, un becerro que la está mamando, y un perro que guarda el ganado.

Las funciones de esta pieza principian por un rústico que sale de la cabaña montado en un asno, atraviesa el valle, pasa la puente del arroyo, y va al molino para cargar de harina. Miéntras pasa delante del ganado, el perro del pastor ladra tan naturalmente, que no pocos perros al oirle se engañan y le responden. Despues sale el pastor de la choza; se para, saca la flauta, preludia algunos acordes suavemente. Prosigue caminando, advierte á la pastora durmiendo cerca de las ovejas con la cabeza reclinada en un brazo y toca una sonata patética. Despierta la pastora, se sienta, mira al pastor, toma la guitarra y concierta con él, hasta que les interrumpe el aldeano que sale del molino, salúdale el pastor y se esconde en la choza de la pastora, la cual vuelve con disimulo á su primera postura, y el rústico se dirige á su cabaña á pié arreando el borrico cargado con un costal de harina.

El huerto cercado de verjas ofrece hileras de árboles labrados con arte, estatuas, surtidores y muchos naranjos, cuajados de capullos, que se convierten en flores, y á los cuales se sigue la fruta. La pieza de arquitectura está adornada de estatuas, dos fuentes cuyo juego hace ilusion, y una pajarera donde revolotean y trinan diversos pájaros. En el centro ostenta una portada con un reloj encima con adornos de medio relieve. A la puerta una labradora tañe un salterio, miéntras dos niñas bien vestidas bailan con gracia y perfeccion. Aunque todas las figuras que componen esta cuarta pieza tengan movimientos complicados, y no más de cuatro pulgadas de alto, obran con tanta facilidad y suavidad, que cualquiera se imagina la obra de la naturaleza misma.

Jacques Droz, mancebo de veinte y cuatro años á lo más, es un prodigio. Vaucanson que ha visto su mecanismo, se quedó atónito, y le dijo que empezaba por donde él quisiera haber acabado.

El jugador de ajedrez que se ha enseñado al público en varias capitales de Europa, ha parecido todavía más admirable. Es de tamaño natural, vestido á la turca, y sentado detras de una papelera, encima de la cual está el tablero y piezas del ajedrez. Antes de empezar el juego se abre la papelera para convencer á los circunstantes que dentro no hay mas que ruedas, resortes y palancas. Igualmente se abre una portezuela que tiene el autómata en el pecho por la cual se ve que el cuerpo sólo se compone de alambres, cuerdas y garruchas: toda la máquina se conduce por medio de cuatro ruedas donde indi-

can los espectadores, para demostrar que ninguna comunicacion tiene con las piezas inmediatas. No es posible despues de esta prueba creer que la estatua tenga otro movimiento que el de sus resortes; pero al observar que aunque juegue con los mejores jugadores casi siempre gana la partida, no se puede dudar que sus movimentos son efecto de una disposicion profunda y bien combinada, pues que siendo el juego más difícil y variado, se ve precisado con frecuencia á hacer jugadas muy irregulares para sorprender á su adversario en la marcha que se ha propuesto.

Cualquier lector que sepa jugar al ajedrez dirá seguramente que la perfeccion de esa máquina supera á la de cuantas se han visto hasta ahora, sin poder comprender no obstante cómo ejecuta tan singulares movimientos. La explicacion siguiente se ha sacado de una obrita titulada *La magie blanche dévoilée par Decremps*: la mágia blanca descubierta por Decremps.

Un enano, diestro jugador de ajedrez, pone la máquina en movimiento, y está oculto en la papelera: no se ve cuando se abre esta porque entónces tiene las piernas y muslos hasta la cintura metidos en un grueso cilindro de hierro que al parecer contiene ruedas y otros instrumentos; lo restante del cuerpo del enano está fuera escondido entre las faldas del turco. Cuando se cierra la papelera gira un manubrio con pretexto de dar cuerda á los resortes, operacion que causa bastante ruido dando cierta apariencia verosímil al movimiento al par que facilita al enano entrar en la papelera sin ser sentido. En tanto que se muda de sitio la máquina, cierra el enano la portezuela por donde habia pasado, despues se alzan las faldas del autómata y manifiesta hasta el estómago, para que se cercioren de que no hay superchería alguna, todo lo cual aumenta la admiracion de los circunstantes que atribuyen al mecanismo lo que solamente proviene de una cabeza bien organizada.

Resta saber el modo con que el enano oculto en la papelera conoce el juego de su contrario, para lo cual se emplean varios medios. Primero: se pone en cada pieza un pedazo de hierro imantado y debajo de cada cuadro del tablero una aguja de brújula, muy sensible, con cuyo movimiento señala el cuadro que ocupa la pieza y el que queda vacío. Segundo: se señala mentalmente cada pieza y cada cuadro con un número para distinguirlos indicándolo á la persona oculta, por señas ó palabras. Tercero: se hace un tablero trasparente, el cual, sirviendo de cubierta á la papelera intercepta la luz para que nadie pueda ver lo que hay dentro, dejando entrar la suficiente claridad para que el enano vea lo que se hace fuera.

En cuanto al medio practicado para que el autómata haga los movimientos necesarios, fácilmente se comprenderá que su brazo y la palanca interior que le mueve deben considerarse como una pantágrafa, cuya extremidad gira en todas direcciones para recorrer el tablero exterior en tanto que la otra se mueve interiormente ejecutando los mismos movimientos, señalando los cuadritos de un tablero interior más pequeño.

(30) Todos conocen este experimento del doctor Francklin fundado en la electricidad.

(31) La llave estaba electrizada.

(32) En el mismo año de 1755 en que sucedió la destruccion de Lisboa, padecieron tambien mucho las islas Azores. En la de San Jorge, distante doce leguas de Angra, tembló la tierra con tanto furor, que la mayor parte de los habitantes fueron sepultados entre las ruinas de sus casas: el espanto creció á la mañana siguiente á vista de diez y ocho islas nuevas que salieron del mar. Por otra parte, se sintió un sacudimiento que echó al mar diversas porciones de tierra, de las cuales una conservó una casa rodeada de árboles; los

que la habitaban no conocieron hasta la mañana la mudanza de su local. Véase el *Diccionario de Historia natural* por Bomare, en la palabra temblor de tierra.

(33) Este árbol se llama vulgarmente *árbol dragon*: es un árbol grande del cual distinguen los botanistas cuatro especies; se cria en las islas Canarias, y es parecido de léjos al pino: su fruta es redonda, del tamaño de un guisante gordo, amarilla, y un poco ácida. Su tronco, que es áspero, se abre en diversos parajes, y vierte en la canícula un líquido que parece sangre, y que se condensa en forma de una lágrima colorada, blanda al principio, y despues seca y fácil de reducirse á polvo. Esta es la verdadera sangre de dragon de las boticas, y se usa muy frecuentemente en medicina. Se hace una incision en el tronco ó en las ramas de este árbol y empieza á gotear este licor. Bomare, en la palabra sangre de dragon.

(34) Una tromba no es mas que una nube densa comprimida y reducida á un corto espacio por vientos opuestos, que soplando á un tiempo toma la forma de un torbellino cilíndrico, y ocasionan la caida de esta agua en la misma forma cilíndrica. La cantidad es tan considerable y la caida tan rápida, que si una de esas trombas viniese á caer sobre un buque, lo echaria á pique. En el mes de julio de 1755 un trueno desplomó en Baviera una nube entera que se enderezó perpendicularmente, y formó como una tromba marina. Este torbellino, al pasar por encima de un estanque, se sorbió toda el agua, y la levantó á una altura prodigiosa, despidiéndola despues con tanta fuerza, que apareció como un humo espeso, derribando en su tránsito muchas casas y árboles. Otro metéoro semejante sucedió cerca del Báltico el 17 de agosto de 1750; una columna de agua pegada á una gruesa nube y que el viento impelia hácia tierra, atraia cuanto encontraba, haces de trigo, zarzas, ramas de árboles, todo lo levantaba á la altura de treinta piés, y lo dejaba caer despues en mil pedazos. Dicen que disparando cañonazos contra dichas trombas se rompen y disipan. Hay tambien otra especie de tromba que se llama *tifon*, la cual no baja de las nubes, sino que se levanta del mar hácia el cielo; estos tifones no tienen otras causas que los fuegos subterráneos, pues el mar parece que está hirviendo y el aire lleno de exhalaciones sulfúreas. Véase Bomare, en la palabra viento.

Se lee en las *Memorias* de la academia de Stocolmo que el dia 17 de agosto de 1746 se vió cerca de Nystad una columna que se levantaba de la tierra y arrastraba los rastrojos, los haces, desarraigaba los arbustos, etc. Otra más singular se vió en 1727 en Beziers, de color algo morado, la cual arrancaba los hijuelos de los olivos, desarraigaba los árboles, transportó un grueso nogal á cincuenta pasos, y señalaba su tránsito por un surco muy hondo por el que tres coches de frente hubieran pasado; la acompañaba un humo espeso y un ruido semejante al mar alborotado. Otra tromba pareció en el mismo año en Brie. Al pasar sobre un foso lo llenó de tierra y piedras, y señaló su tránsito con surcos como hubiera podido hacer un trillo.

En el año de 1776 se vió en Carcasona una columna de considerable altura; parecia bajar de una montaña, su color era amarillo oscuro desde la base hasta el medio, y lo demas parecia encendido. El ruido era semejante al bramido de los toros. Precipitóse en el rio Aude dejando á secas una porcion de su madre. *Diccionario de las maravillas de la naturaleza*, tom. 2., en la palabra tromba.

(35) En 1740 cayó en Roma un pedrisco del tamaño de un huevo. En la Turingia, provincia de Alemania, cayó otro en 1738 del tamaño de un huevo de ganso. Vallado asegura en su descripcion de las islas Orcadas que en el mes de junio de 1680 cayeron en una tronada pedazos de hielo de un pié de grueso. Morton observó en Northampton en 1693 pe-

dazos de hielo que tenian dos pulgadas de largo por una de grueso. A más observó piedras esféricas de una pulgada de diámetro con cinco puntas salientes que formaban una especie de estrella. En 1720 cayó piedra en Crembs, cuyos granos pesaban hasta seis libras. *Diccionario de las maravillas de la naturaleza*, tom. 14 en la palabra piedra.

La piedra es agua de lluvia que se condensa y cristaliza con el frio al pasar por la mediana region del aire ántes de llegar á la tierra. Nicéforo-Calixto refiere que despues de la toma de Roma por Alarico cayeron en muchos parajes piedras que pesaban ocho libras. En 824 cayó cerca de Autun, en Borgoña, entre el granizo, gran cantidad de pedazos de hielo de diez y seis piés de largo, siete de ancho y dos de grueso. En 1723 cayeron en Leycester pedazos de hielo que tenian cinco pulgadas. En la memorable tempestad que se experimentó en Picardía en el mes de agosto de 1722, la menor piedra que cayó, acompañada de centellas, pesaba una libra, y las mayores ocho; muchas tenian la figura de agujas y horquillas, etc. Bomare, en la palabra piedra.

Edens, viajante inglés, refiere que habiéndole proporcionado su profesion de médico ocasiones de hacer considerables servicios á los habitantes de las Canarias, obtuvo la libertad de visitar sus cuevas sepulcrales, favor que conceden á pocos, y que no se puede lograr á su pesar sin exponer la vida á los mayores peligros.

Profesan suma veneracion á los cuerpos de sus antepasados, y la curiosidad de los extranjeros es considerada como una profanacion. Estas cuevas son sitios cavados en las peñas ó formados naturalmente. Están los cuerpos cosidos en pellejos de cabra con correas de lo mismo, y las costuras tan iguales y lisas, que el arte excede á toda ponderacion; pero lo que causa todavía mayor extrañeza, es que todos los cuerpos están casi enteros. Se hallan en ambos sexos los ojos aunque cerrados, los cabellos, las orejas, la nariz, los labios, los dientes, la barba. Un dia que el autor de la relacion estaba cazando conejos con huron, este, que tenia un cascabel al cuello, desapareció en una madriguera sin que se pudiese hallar su rastro. El dueño del huron, empeñado en buscarlo, decubrió la entrada de una de estas cuevas sepulcrales: entró en ella, etc.

Segun la relacion de los más antiguos guanches, existia una tribu que tenia el arte de embalsamar los cuerpos, secreto que conservaban con un misterio sagrado. Era la misma tribu en que radicaba el sacerdocio, y no podian casarse sino con los de la propia tribu. Pero despues de la conquista de la isla, los más fueron destruidos por los españoles y su secreto pereció con ellos. La tradicion sólo conserva corto número de ingredientes que entraban en la operacion, etc. *Compendio de la historia general de los viajes* por Harpe, tom. 1.

De todos los pueblos antiguos, ninguno tuvo más comun el uso de embalsamar los cadáveres que los egipcios. Se ven cuerpos que se conservan desde más de dos mil años. En el pecho de uno se encontró una rama de romero apénas desecada; el arte de embalsamar como se practica hoy dia no fue conocido en Europa sino en estos últimos siglos. Antes se hacian grandes incisiones en los cuerpos, las que se empolvaban con aromas, y se envolvia el todo en una piel de buey adobada. *Enciclopedia*.

(37) Los franceses llaman á este árbol *calabacero* y su fruta *pan de monos*. Crece en el Senegal, en donde los moradores le llaman *goui* y su fruta *boui*. Su verdadero nombre es *baobad*. Sus primeras ramas, que se extienden casi horizontalmente, tienen por lo comun sesenta piés de longitud, y su tronco cerca de setenta y ocho de circunferencia; pero muchos viajantes los han visto más gruesos. Rai dice que entre el Niger y el Gambia se han medido algunos tan monstruosos que diez y siete hombres podian apénas abrazarlos juntando sus brazos extendidos, lo que les daria cerca de ochenta y cinco piés de circunferencia.

El baobad, añade Bomare, es verosímilmente el más grueso de los vegetales conocidos. No obstante, se citan en obras de diversos naturalistas otros ejemplos de árboles muy conocidos, y cuyo grueso era tan prodigioso, que se deben considerar como mónstruos en los vegetales. Rai cita la relacion de viajantes que han visto en el Brasil árboles de ciento veinte piés de circunferencia. En las últimas historias de la China se mencionan otros árboles más maravillosos. El primero se halla en la provincia de Suchie, cerca de Kien; se llama *sucunich*, que significa árbol de mil años. Es tan grande, que bajo de sus ramas pueden guarecerse doscientas ovejas. Otro árbol de la provincia de Chekiang tiene cerca de 400 piés de circunferencia.

(38) Hay una serpiente que se llama *serpiente del reino de Damel*. Estos animales son muy comunes en la region del Africa occidental. Cuando muerden á algun negro, al instante pone el herido pólvora sobre la llaga y la prende fuego: por poco que tarde, el veneno se introduce, y se sigue la muerte muy prontamente. Los sereres, nacion de negros, las cogen con lazos para comerlas. Tiene quince ó veinte piés de largo, y medio de grueso. Las hay del todo verdes, otras negras, salpicadas y ondeadas de bellos colores.

La *boisiningua ó boisininga*, ó serpiente de cascabel, es comun en las dos Indias; no tiene más de cinco piés de largo, pero es del grueso de un muslo: tiene su campanilla al extremo de la cola, formando un conjunto de anillos huecos y sonoros, y pegados á un músculo de la ultima vértebra de la cola. La naturaleza quiso que este peligroso animal no pudiese ocultar su marcha, pues no se puede mover sin que se oiga la campanilla. *Bomare.*

En la costa de los esclavos, en el reino de Juida y en el de Benin, los salvajes adoran una especie de serpiente que llaman *serpiente fetiche*. Es muy dócil y carece de veneno. En aquel país seria un grave delito el matarlas. Los negros las consideran como dioses bienhechores, y las tributan culto, al tiempo que destruyen con el mayor cuidado las otras serpientes nocivas y ponzoñosas.

(39) Los franceses del fuerte de San Luis tenian una leona que guardaban encadenada; sobrevínola un tumor en una quijada, y á poco tiempo estuvo á la muerte. Quitáronla la cadena y la arrojaron á un campo inmediato. En esta situacion estaba cuando el señor Compagnon, autor del *Viaje de Bambuk*, la vió volviendo de caza: tenia los ojos cerrados, la boca abierta, y ya llena de hormigas. Compadecióse del pobre animal, lavóle la garganta con agua y le hizo tragar un poco de leche. Un remedio tan sencillo produjo efectos maravillosos; volvieron á traer la leona al fuerte, y poco á poco se restableció, pero sin olvidar á quien debia tan gran beneficio. Cobró tanto cariño á su bienhechor, que no queria tomar nada sino de su mano, y cuando estuvo del todo curada, lo seguia con un cordon al cuello como un perro de los más mansos.

Habiéndose escapado de su jaula un leon del gran duque de Toscana, entró en Florencia causando mucho espanto. Entre los fugitivos se halló una mujer con su niño en brazos, al cual, con el susto, dejó caer. Cogiólo el leon en ademan de devorarlo, cuando la madre, llevada del más tierno movimiento de la naturaleza, vuelve atras, se arroja á los piés del leon y le pide el niño. Este la mira con atencion, y movido al parecer de sus gritos y lágrimas, se aparta del niño sin haberle hecho el menor mal. ¿Seria acaso porque las desgracias y desesperacion tienen una expresion que se hace comprensible á las fieras más bravas? Pero lo más admirable del lance es sin duda aquel movimiento ciego y sublime que precipita á la madre á los piés del feroz bruto, terror de la naturaleza: este olvido de la razon, muy superior á la razon misma, y que hace recurrir á esta mujer desesperada á la compasion del mónstruo, que sólo ansia mortandad y estragos, indica el instinto de

los grandes dolores que suponen siempre la imposibilidad de no mover á piedad.

Lo cierto es, dice Buffon, que el leon, cogido jóven y criado entre animales domésticos, se acostumbra fácilmente á vivir y hasta á jugar con ellos; que es dócil para con sus amos, y aun cariñoso, principalmente en su primera edad, y que si algunas veces su natural ferocidad se manifiesta, raras la emplea contra los que le hicieron bien. Pudiera citar varios sucesos en los cuales confieso haber hallado exageracion, pero que sin embargo están fundados para que prueben á lo ménos que su cólera es noble y su natural sensible. Varias veces se le ha visto desdeñar acometer débiles enemigos, menospreciar sus insultos y perdonarles libertades ofensivas: se ha visto á este animal cautivo, estar triste sin enfadarse, tomar al contrario costumbres dóciles, obedecer á su amo, acariciar la mano del que le alimenta, agradecer este acto generoso, y continuándoles la misma proteccion, vivir quietamente en su compañía, repartir con ellos su alimento, y hasta dejárselo quitar y padecer más bien el extremo de la hambre que perder el blason de su primera generosidad.

La descripcion de la caza del leon se ha sacado de la *Historia general de los viajes.*

(40) Era un eco.

Se halla un eco muy particular cerca de Rosneath, hermosa casa de campo en Escocia al Oeste de un lago de agua salada que se pierde en el rio Elyde, diez y siete millas más abajo de Glascow. Este lago está rodeado de colinas; unas son áridos peñascos, otras están cubiertas de bosques. Si se pone un trompeta diestro sobre una punta de tierra que el agua deja descubierta, y vuelta hácia el Norte toca una aria, al instante un eco la repite con la mayor exactitud, pero con tono más bajo. Luego que cesa el eco, otro repite más quedito la misma aria con la propia puntualidad. Síguese á este otro tan fiel como los antecedentes, aunque más débil; y luego que este concluye cesa el concierto. Se ha repetido diversas veces la misma experiencia, y siempre resulta igual efecto.

Antiguamente hubo en el castillo de Simoneta una pared, desde la cual se oia repetir cuarenta veces lo que se decia. Adisson y otros sugetos que han viajado por Italia hacen mencion de un eco que repite cincuenta y seis veces un pistoletazo aun cuando la atmósfera esté cargada de niebla. En las *Memorias de la academia de ciencias de Paris*, del año de 1692, se hace relacion del eco de Genetay, á dos leguas de Rohan, que tiene de particular que la persona que canta no oye la repeticion del eco, sino solamente su voz; al contrario, los que escuchan no oyen sino la repeticion del eco, pero con variaciones singulares, pues aparenta aproximarse á veces y otras alejarse. Algunas se oye su voz muy distintamente, y otras no se percibe; uno no oye más que una voz, otro distingue diversas: á quién le parece salir de la derecha, á quién de la izquierda, etc. Este eco subsiste todavía, pero ha perdido mucho de lo que era ántes, por haber plantado en las cercanías gran cantidad de árboles.

Eco es palabra griega que significa sonido. En la teoría de los ecos se llama el paraje donde se pone el que habla *centro fónico*, y el objeto ó sitio que devuelve la voz *centro fonocámptico, centro que rechaza el sonido. Enciclopedia.*

(41) Este pájaro se llama *flamenco, fenicóptero ó becarudo.* Los griegos le llamaban *phenicopteros*, voz que en su idioma significaba *pájaro con alas de llama*, porque cuando vuela opuesto al sol aparece ardiente como un ascua. El plumaje de los jóvenes es de color de rosa, y cuando tienen diez meses adquiere el color de fuego. Los más antiguos naturalistas franceses le llamaban *flambant*, y poco despues, dice Buffon, olvidada la etimología, se acostumbraron á escribir *flammant*, y de un pájaro de color de fuego ó de llama hicieron un pájaro de Flándes, y aun le supusieron algunas relaciones con los habitan-

tes de aquellas provincias, donde nunca se ha visto. No es el único distintivo de esta ave su hermoso color y pico de una figura extraordinaria; sus piernas de excesiva altura, su cuello largo y delgado, cuerpo montado á mayor altura, bien que más pequeño que el de la cigüeña, presentan una figura de extraña belleza y de una especie distinguida entre los grandes pájaros acuáticos.

Se halla en el antiguo continente desde las costas del Mediterráneo hasta la punta más austral de Africa; y en gran número en las provincias occidentales de Africa, en Angola y en el Congo, en donde por respeto supersticioso no permiten los negros que se mate ninguno. El flamenco es ciertamente ave transmigrante: se ve gran cantidad en la isla de Santo Domingo, una de las Antillas. Siempre van á bandadas, se forman naturalmente en fila, lo que visto á cierta distancia parece como una pared de ladrillos, y de más cerca, soldados puestos en fila. Establecen centinelas, y cuando estos descubren algo que los asusta, dan un graznido retumbante que se oye de léjos, semejante al sonido de una trompeta; entónces toda la bandada echa á volar. Su carne es estimada. Los antiguos hablaron de ellos como de una caza exquisita, etc.

(42) Este pájaro se llama *cuco indicador*. En lo interior de Africa, dice Buffon, á cierta distancia del cabo de Buena Esperanza es en donde se halla esta ave, conocida por su natural instinto de indicar los nidos de las abejas silvestres. Al salir del sol y al anochecer es el tiempo en que se oye su grito *cherrs, cherrs*, que es muy agudo, y parece llamar á los cazadores que buscan la miel en los desiertos, los cuales le responden con tono más grave acercándose. Luego que los descubre, comienza á volar al rededor del sitio donde existe miel, y si tardan en llegar redobla sus gritos, les sale al encuentro, y despues vuelve á su puesto; se para en un árbol inmediato y revolotea, indicándoles el lugar que oculta la miel. No omite ninguna diligencia para incitarlos á aprovecharse del tesoro que ha descubierto, y del cual no puede verosímilmente gozar sin el auxilio del hombre, sea porque la entrada de la colmena es demasiado angosta, sea por otras circunstancias que no explica el observador.

No es esto un cuento de viajante; es la observacion de un hombre instruido que asistió á la destruccion de muchas repúblicas de abejas víctimas de la traicion de este espía, y que da cuenta de lo que ha visto á la real sociedad de Lóndres. Hé aquí la descripcion que hizo de la hembra despues de haber logrado los dos solos individuos que pudo adquirir, habiéndolos muerto, causando el mayor escándalo á los hotentotes; puesto que en todo país la existencia de un ser útil se considera como objeto precioso. Tiene la parte superior de la cabeza gris, la delantera del cuello y el pecho blanquecino, con un matiz verde que va perdiéndose, y queda casi insensible sobre el pecho; tiene el vientre blanco, el pico pardo en su nacimiento, amarillo en la punta, los piés negros. Mide seis pulgadas y media de longitud, y seis líneas el pico.

Añade Buffon en una nota, que á veces ha sucedido que siguiendo el cazador la voz de este cuco ha sido devorado por las fieras; lo que es causa de que se diga que el pájaro se entendia con ellas para entregarles su presa. *Historia natural de las aves.*

(43) La Meca, ciudad de Asia en la Arabia Feliz, es á poca diferencia grande como Marsella. Su magnífico templo atrae un concurso prodigioso de todas las clases de sectas mahometanas: es la patria de Mahoma.

(44) Medina, ciudad de la Arabia Feliz. La palabra *Medinach* significa en árabe una ciudad en general, y aquí la ciudad por excelencia, porque Mahoma estableció allí la residencia del imperio de los musulmanes, y murió en ella. Antes se llamaba *Lotreb*. En me-

dio de Medina está la famosa mezquita que van á visitar los mahometanos; y en sus esquinas se ven los sepulcros de Mahoma, de Abubeker y de Omar. Medina está gobernada por un scherif, quien se dice de la estirpe de Mahoma, y es soberano independiente. *Enciclopedia.*

(45) El Cairo es la capital del Egipto. El sultan Selim la tomó á los mamelucos en 1517, y desde aquel tiempo está sujeta á los turcos: el antiguo Cairo dista de él tres cuartos de legua. Los coptos poseen allí una iglesia magnífica.

(46) Las pirámides de Egipto fueron edificadas para sepulcro de los que las mandaron hacer. Los egipcios de menor esfera, en vez de pirámides se hacian aquellas cuevas que se descubren cada dia, en las cuales se hallan momias.

Todas las pirámides tienen una abertura que da paso á un corredor bajo muy largo que conduce á un cuarto en donde los antiguos egipcios ponian los cuerpos para quienes se habian labrado las pirámides. Todas estaban colocadas con mucha regularidad; cada una de las tres grandes, que todavía existen, están situadas á la cabeza de otras pequeñas, que apénas se ven por estar cubiertas de arena; todas están fundadas sobre un peñasco liso escondido debajo de arena blanca. En todas existen aljibes hondos cuadrados abiertos en la peña. Las paredes de algunas tienen figuras jeroglíficas abiertas tambien en el peñasco. Las tres principales pirámides conocidas de los viajantes están cerca de nueve millas de distancia del Cairo. La más hermosa está colocada en la cima de un peñasco en el desierto, á distancia de un cuarto de legua hácia el Oeste de las llanuras de Egipto.

Este peñasco se eleva cerca de cien piés del nivel de dichas llanuras, con un declive suave, posicion que contribuye mucho á la majestad de la fábrica. En esta pirámide se hallan cuartos, corredores, etc. Para visitarla por afuera se sube tomando aliento de rato á rato; hácia la mitad de su altura se halla un cuartito cuadrado para descansar. Cuando se ha llegado arriba se encuentra una azotea, de la cual se goza de la vista más agradable, bien que mirada de abajo parece terminar en punta: está construida con diez ó doce gruesas piedras, que forman un cuadro de 16 á 17 piés de lado: no se puede bajar sino por fuera, y el descenso es bastante peligroso. Midiendo esta pirámide de una esquina á la otra por delante, encontró el P. Vanslep que tenia 300 pasos; habiendo despues medido la misma cara con una cuerda, se hallaron 128 brazas, que hacen 704 piés. La entrada de la pirámide no se halla en el medio. Su altura medida con una cuerda por delante es, segun el mismo, de 112 brazas de cinco piés y medio cada una, que componen 616 piés. No se puede saber con todo de cuanto excede su anchura á su altura, porque la arena impide que se pueda medir la base. *Enciclopedia.*

(47) La isla de Thera en el Archipiélago, que tiene doce leguas francesas de circúito, se levantó desde el fondo del mar por la violencia de un volcan que desde entónces produjo otras seis islas en su golfo; aun no se ha extinguido, pues en 1707 se volvió á encender con mayor furia, y produjo una nueva isla de seis millas de circunferencia. El mar se vió entónces muy agitado, cubierto de llamas, entre las cuales salieron con estrépito espantoso cantidad de peñascos ardientes: toda la costa cercana á la isla de Thera ha padecido tan fuertes conmociones, que los buques no hallan fondo para anclar. *Bomare.*

Una de las más violentas erupciones del Vesubio (la 22 de este volcan) fue la del 20 de mayo de 1737. La montaña vomitaba por varias bocas grandes torrentes de materias metálicas derretidas que se esparcian por los campos é iban á echarse en el mar. Montealegre, que comunicó esta relacion á la academia de Paris, observó uno de estos rios de fuego, y vió que su curso era de 6 ó 7 millas desde su orígen hasta el mar, su anchura de 50 ó 60 pasos, su profundidad de 25 á 30 palmos, y en las hondonadas de 120. *Bomare.*

Las erupciones de los volcanes se anuncian con ruidos subterráneos, semejantes á los truenos, con silbidos espantosos, rasgamiento interior, etc. Sabemos por la historia que en dos erupciones el Vesubio arrojó tan grande cantidad de ceniza, que voló hasta Egipto, Libia y Siria. En 1600 hubo en Arequipa una erupcion de un volcan que cubria todos los terrenos vecinos hasta treinta ó cuarenta leguas de arena calcinada y de cenizas; algunos parajes quedaron cubiertos con una capa de tres varas de estas materias. La lava que el Etna vomitaba formó á veces arroyos que tenian hasta 18,000 pasos de longitud.

Se han visto volcanes despedir de su seno arroyos de aguas hirviendo, peces, conchas y otros cuerpos marinos. En 1631, en una erupcion del Vesubio, el mar quedó seco, pareciendo que este volcan se lo habia sorbido; pero á poco, arrojando el agua del mar, inundó con ella los campos. Se hallan volcanes en las regiones más frias, así como en las más cálidas. *Enciclopedia.*

(48) La boca de la caverna de Policandro es anchurosa; el fondo está cubierto de congelaciones formadas por las gotas de agua que destilan de la parte superior, de naturaleza férrea, puntiagudas por arriba y duras, capaces de herir los piés. El techo presenta grandes y variadas bellezas. Estas congelaciones tan primorosas no son los únicos adornos que esta caverna deba á la naturaleza, pues tambien se encuentra en ella una especie de mina de hierro en figura de estrellas brillantes como acero pulido. Los pedazos en algunos parajes están algo colorados y brillan como diamantes. En otro sitio de bóveda se ven grandes grupos de cuerpos redondos, colgando como racimos de uvas. Algunos son encarnados, otros de un negro oscuro, pero muy relucientes: el mayor adorno del techo consiste en las mismas congelaciones en forma de cristales; muchas son puntiagudas como si hubiesen afilado sus extremos; pero lo más notable es que algunas están doradas de un modo regular, como si saliesen de las manos del más hábil dorador, etc. *Maravillas de la naturaleza*, tomo 1.

(49) Swinburne, autor de un excelente viaje de España, que ya he citado, hizo otra obra igualmente apreciable, que tiene por título: *Travels in the two Sicilies*, ó *Viaje á las dos Sicilias*. He copiado de esta obra la descripcion del fenómeno que los naturales llaman la *fata morgana*, nombre derivado, dice Swinburne, de la opinion establecida entre los pueblos de que este espectáculo es producido por una encantadora. El vulgo queda pasmado á la vista de este fenómeno, y para verlo corren por las calles con aclamaciones de alegría. Este curioso fenómeno aparece en Reggio raras veces. Swinburne no lo vió, pero dice que se hallarán las causas doctamente señaladas en *Kirker Minazi* y otros autores. Swinburne trae una exacta descripcion de él sacada de una relacion del padre Angelucci, testigo ocular de este fenómeno, y es la misma que he traducido literalmente y colocado en el cuento sin variar ni añadir ningun adorno. Como este artículo es bastante largo, me concretaré á indicarlo para el caso que se dudase de la fidelidad de la traduccion. Swinburne explica las causas y razones de este fenómeno, las cuales exceden á mi inteligencia: para comprenderla seria necesario tener algunas nociones de óptica y geometría de que carezco, y por tanto no traduzco este artículo.

Se hace mencion de este fenómeno en una obra francesa en cuatro tomos, titulada *Retablo del universo.*

(50) Los amantes, dice Ateneo, antiguo autor griego, adornan con flores las puertas de sus amadas, como si fuesen las de un templo. De ahí proviene sin duda el uso de los griegos actuales de coronar con flores, el dia primero de mayo, las puertas de sus casas, y de las personas que aman: van á cantar y á pasearse delante de las habitaciones de sus

amadas para atraerlas á las ventanas, y tales eran tambien los festejos que se practicaban en tiempo de Horacio.

Las jóvenes adornan sus cabellos con flores, con las cuales se coronan; los mozos que se pican de enamorados hacen lo mismo. *Viaje literario á la Grecia por Guys*, tom. 1.

(51) Antiguamente se celebraba una fiesta instituida en honor de Hecate, porque habia hospedado á Teseo. Hecate hizo tambien votos, y hasta ofreció víctimas para que consiguiese victoria y volviese con felicidad. De allí vino el establecimiento de la fiesta que la puso en la clase de las diosas. En la antigua Grecia, á la llegada de un forastero el dueño de la casa lo tomaba de la mano en señal de confianza. La primera obligacion era llevarlo al baño y darle vestidos para mudarse. Entre los griegos modernos cuando un forastero llega, el dueño de la casa sale á recibirlo y le abraza, le conduce al cuarto más cómodo de la casa, y miéntras le pregunta sobre los sucesos de su viaje, los esclavos previenen el baño, donde halla ropa blanca y vestidos para mudarse, llevándose los que traia para lavarlos ó componerlos miéntras se hospeda en la casa. *Guys*, tom. 1.

(52) Se ve aun hoy, como antiguamente, en todas las casas acomodadas de Grecia la nodriza de los amos formar parte de la familia. Entre los antiguos las nodrizas no dejaban á las niñas ni despues de casadas. Entre los griegos modernos, así como entre los antiguos, la nodriza es las más veces una esclava que se compra ántes de nacer los niños. El cariño de las nodrizas griegas hácia los que han criado está de tal manera ligado á sus costumbres, que el nombre moderno de nodriza es *paramana*, término dulce y más expresivo que el antiguo, puesto que significa *segunda madre*. Los griegos tratan á las doncellas esclavas como antiguamente, con mucha dulzura y humanidad; despues de cierto tiempo las libertan, y hasta las adoptan llamándolas *hijas de su alma*. Las criadas esclavas trabajan como antiguamente en bordar con sus amas, y hacen todo el trabajo de la casa. Cuando sale el ama la acompañan, costumbre muy antigua entre los griegos. El legislador Zaleuco para reprimir la vanidad y el lujo de su tiempo mandó que ninguna mujer libre pudiese hacerse acompañar más que de una criada, excepto en el caso de embriaguez. *Guys*, t. 1.

(53) Siempre han gustado las damas griegas de adornarse con joyas. Sus hebillas de cintura, sus collares y brazaletes están enriquecidos de piedras preciosas, y bien que se complacen en coronar sus cabezas con las más bellas flores de la primavera, los diamantes brillan al lado de los jazmines y rosas. Se adornan con frecuencia, aunque no tengan que salir de su casa, y sin el motivo de ser vistas. Sólo por alguna afliccion se privan de adornos. Casi todas las griegas dejan de adornarse en la ausencia de sus esposos. Las de hoy dia cuando van algo léjos, no queriendo ostentar sus joyas, se las llevan para adornarse ántes de entrar en la casa adonde van, y se las quitan del mismo modo para la vuelta. El uso del velo es muy antiguo, formando parte del traje de las griegas, y distingue las condiciones; se diferencian el de la ama, de la criada, de la mujer libre y de la esclava. Los griegos atribuyen su orígen á la modestia y al pudor, virtudes igualmente tímidas.

El velo de las griegas hoy es de muselina, tejida de oro en sus extremos. *Guys*, tom. 1.

El uso de tener la cabeza cubierta ó descubierta en los templos, ha sido muy vario entre los diferentes pueblos del orbe. Los antiguos romanos tributaban culto á los dioses con la cabeza cubierta. Segun la antigua usanza, en los sacrificios y otras ceremonias sagradas el sacrificador inmolaba la víctima con la cabeza cubierta con un velo. No obstante, los que sacrificaban á Saturno, como amigo de la verdad, la llevaban descubierta. En las preces que se hacian ante Hércules, era costumbre presentarse con la cabeza descubierta,

á imitacion de la estatua de Hércules, ó porque este altar y su culto existian ántes de Enéas, quien introdujo la costumbre de hacer el servicio divino con un velo en la cabeza. *Enciclopedia.*

(54) Los banquetes de los griegos, por poco alegres que sean, siempre acaban con canciones. La lira de los griegos modernos se parece á la que Orfeo, segun la describe Virgilio, tañia unas veces con los dedos, otras con un arco. La guitarra y la lira son los principales instrumentos que usan los griegos. Los pastores tocan igualmente la gaita, flauta ó lira. *Guys*, tom. 1.

(55) Los griegos modernos han conservado los bailes campestres en honor de Flora. Las mujeres y muchachas del lugar van el primer dia de mayo á bailar en los prados, á coger y esparcir flores, y se adornan con ellas de piés á cabeza. La que lleva el baile está siempre más adornada que las demas, y representa la diosa Flora y la Primavera. Una de las bailadoras canta: *Bien venida seas, ninfa, diosa del mes de mayo.* En las aldeas griegas, así como entre los búlgaros, se observan todavía las fiestas de Céres. Cuando se acerca la cosecha se va bailando al són de la lira á visitar los campos: vuelven del mismo modo con la cabeza adornada de espigas.

(56) El bordado es la principal ocupacion de las griegas: debemos á los griegos este arte, que es muy antiguo entre ellos, y el cual han perfeccionado hasta lo sumo. Si se entra en el cuarto de una doncella griega se ven las ventanas con celosías, y los muebles se reducen á un sofá, un cofrecito embutido de marfil, en el cual están las sedas y las agujas, y un bastidor para bordar. Los apólogos, los cuentos, romances, etc., tienen su orígen en Grecia. Los griegos modernos siempre gustan de ellos: han admitido los de los orientales con el mismo ardor que en otros tiempos adoptaron las fábulas de los egipcios. Las viejas gustan siempre de contar cuentos, y las mozas se pican de repetir los que aprendieron, ó que componen de lo que han visto.

(57) Los griegos no tienen hoy tiempo señalado para sus bodas como los antiguos que se casaban ordinariamente en enero. En lo antiguo el novio compraba la posesion de la novia con servicios efectivos que tenia que hacer al padre de esta. Despues se modificó esta obligacion, y los servicios se permutaron en regalos. Hoy un griego que se casa hace regalos á los parientes de la novia á su eleccion; no está en la obligacion de comprar la mujer, puesto que al contrario no la tomaria sin un dote proporcionado á su nacimiento.

Sobre el famoso escudo de Aquiles describe Homero la marcha de los novios. Allí, dice, se ven bodas y festines. Las novias salen de sus casas y pasean las calles con una numerosa comitiva. Todo resuena con los cánticos de Himeneo; tropas de mozos preceden y siguen la marcha nupcial bailando al són de las trompetas y flautas, etc. Se ven hoy en los acompañamientos de boda de los griegos la misma pompa, la misma comitiva y la misma música: á los novios preceden los bailarines, instrumentos y cantores que entonan el epitalamio: la novia adornada costosamente, los ojos bajos, y sostenida por mujeres ó por dos de sus más cercanos parientes, camina con extrema lentitud, etc. Antiguamente la novia llevaba un velo encarnado ó amarillo, uso que los armenios han conservado, para ocultar el rubor, el encogimiento y las lágrimas. No han olvidado los griegos la brillante hacha de Himeneo; la llevan delante de los novios y la ponen en el cuarto nupcial, donde arde hasta que se consume: seria un presagio adverso si se apagase y por esto se vigila con el mismo cuidado que las vestales lo practicaban con el fuego sagrado.

Al llegar á la iglesia los novios llevan su respectiva corona, la que durante la celebra-

cion trueca el sacerdote dando la del novio á la novia, y la de esta al novio. Tambien á los antiguos se debe esta ceremonia. No debo olvidar otra ceremonia esencial que todavía conservan; tal es la copa de vino que se presentaba al novio en señal de adopcion, como símbolo del contrato y de la alianza; la novia bebia en la misma copa, que despues se presentaba á los parientes y convidados. *Guys*, tom. 1.

Guys, hijo del que acabo de citar, hace la descripcion siguiente de un casamiento griego que presenció.

La hermosa novia, muy engalanada y adornada la cabeza con trenzas de hilo de oro entretejidas á sus hermosos cabellos, bajó de su cuarto. Se adelantó con solicitud para abrazar á sus padres, que la esperaban rodeados de diez hijos que les quedaban. ¿Quién de nosotros hubiera podido ver sin enternecerse aquella amorosa y respetable madre que no pudiendo apartarse de su hija la estrechaba entre sus brazos, y esta la regaba con sus tiernas lágrimas, que un exceso de gozo y de ternura hacia derramar en el pecho materno? Tambien lloraba el padre; pero vueltos los ojos al cielo la dió con entereza su bendicion, haciendo votos por la felicidad de los dos esposos, etc. Acabada la ceremonia, se reparten entre los jóvenes que han asistido ramos de flores enlazados con hilos de oro, diciéndoles: *Casáos tambien.*

Guys acaba la relacion diciendo que la señora Yanlenep (así se llamaba la madre de la novia) condujo á su hija á un cuarto ricamente alhajado, cuya tapicería y lecho adornados de las más hermosas flores bordadas sobre fondo blanco, eran obra de esta buena madre, que diez años continuos habia trabajado en ella sin que nadie lo supiese. *Guys*, t. 2.

Los griegos ofrecen en lo interior de sus familias un espectáculo capaz de producir el mayor enternecimiento. Se ve en la Grecia, dice Guys, los niños abrazar las rodillas y besar respetuosamente la mano de su padre, solicitando aquella bendicion de la cual no queda ya memoria sino en la historia de los patriarcas. *Guys*, tom. 1.

Las moradas de los griegos están divididas por una sala grande que ocupa el centro y toda su anchura; en esta se dan las fiestas y se celebran todas las ceremonias. Tal es el divan de los turcos, la galería de los italianos, el salon de los franceses. A un lado están los cuartos de los hombres, sus dormitorios y los comedores; el otro está destinado para las mujeres, y compone lo que llaman *ginecco*. En los bajos están las cocinas, cocheras, caballerizas, etc. No hay chimeneas, pues no usan mas que un brasero que se pone en medio de la estancia. Esta práctica es muy antigua en el Oriente, y los turcos la han conservado. Para preservar la cara del ardor del brasero imaginaron lo que llaman el *tendur*: es una mesa cuadrada, debajo de la cual se coloca el fuego. Se cubre con un tapete que cuelga hasta el suelo, y de otro de seda que cubre el tendur, al rededor del cual se sientan sobre sofás ó almohadas. Se puede poner á un tiempo los piés y las manos debajo del cobertor, el cual envolviendo el brasero por todas partes mantiene un calor moderado y permanente. *Guys*, tom. 1.

(58) Una mujer griega llora su marido, su hijo, etc., con sus amigas durante algunos dias, cantan sus alabanzas y solemnizan su pérdida con lágrimas. Las expresiones de dolor son aun hoy dia las mismas que antiguamente, como arrancarse los cabellos y rasgarse los vestidos. Los padres siguen á sus hijos cuando los llevan al sepulcro: los griegos observan la antigua costumbre de lavar los cuerpos ántes de amortajarlos. Si es una jóven, la ponen sus mejores vestidos y la coronan de flores; las mujeres echan desde sus ventanas rosas ó esencias sobre el ataud cuando pasa. Los antiguos adornaban los muertos con coronas de flores para indicar que finalmente habian vencido las miserias y pesadumbres

de la vida. La comida funeral no ha sido omitida por los griegos modernos. El pariente más cercano está encargado de este cuidado, y con esto se da fin á las exequias. Los padres llevan el luto de sus hijos, luto que dura mucho, y este uso es tambien antiguo entre ellos. Han conservado tambien el de vestir los muertos con sus mejores vestidos y de llevarlos á enterrar con la cara descubierta.

Se halla en esta obra de Guys una carta de la señora Chenier al autor, que me ha dado la idea del episodio de Eufrosina Sólo referiré de esta los pasajes de que me aprovecho; los demas que he suprimido ninguna relacion tienen con mi episodio.

Una dama griega, tan distinguida por su calidad como por la hermosura de su alma, y que á las bellas prendas de su sexo juntaba el mérito de una buena educacion, vivia con un hermano menor, el cual, por un exceso de virtud, habia renunciado á los honores y empleos que hubiera podido pretender en virtud de su nacimiento y enlaces; tenia para con su hermana toda la ternura de un hermano y todo el afecto de un amigo virtuoso. Este hermano querido contrajo una fiebre maligna y murió. Su hermana acompañó la comitiva fúnebre, precedida y seguida de una porcion de la nobleza griega, manifestando todo el abatimiento de tan sensible alma: el desórden de su velo, de sus vestidos, la descompostura de su peinado, añadian nueva fuerza á todas las señales de su dolor... Despues de las oraciones acostumbradas se hizo la ceremonia que los griegos conservan, y que se llama *última despedida*. Despues que el patriarca abrazó el cuerpo, los parientes y convidados hicieron lo mismo. Esta escena, que la idea de una eterna despedida hace sobradamente dolorosa, produjo mayor efecto cuando la hermana desecha en lágrimas, y no consultando sino á los impulsos de su intenso dolor, desgarró sus vestidos y arra ncó sus cabellos para cubrir con ellos el féretro de un hermano que en breve dejaria de ver para siempre; procuraron abreviar esta escena lúgubre y llevar á la hermana afligida á su casa.

Despues de esta narracion se detiene la señora Chenier para hacer la descripcion del jardin del difunto: desde él se descubria el mar, y estaba adornado, com o he dicho, con una pajarera llena de diferentes avecillas, hermosas flores y árboles frutales; á más habia un estanque que contenia toda clase de peces. Este jardin, continua la señora Chenier, estos pájaros y peces eran la diversion del sabio que la muerte acababa de arrebatar á su hermana y amigos: fácilmente se puede conocer cuanta expresion daria á la escena siguiente el sitio referido. ¡Adónde está mi hermano! decia la hermana arrebatada de dolor, y recorriendo con la vista el jardin: ¡Ya no existe! ¡Pasó como sombra! ¡Oh vosotras, flores, que cultivaba con tanto gusto, ya no teneis la frescura que debiais á sus cuidados... pereced con él!... Y vosotros peces, que no teneis ya amo, ni amigo que atienda á vuestra conservacion, volveos al mar, corred tras de una vida incierta!... Y vosotros, pajaritos, si sobrevivís á vuestra tristeza, que sólo sea para acompañar mis suspiros con vuestros cantos lúgubres. ¡Mar tranquilo, tus olas están alborotadas! ¿Acaso tomas tambien parte en mi dolor? Represéntese el lector el efecto que produciria en los oyentes esta dolorosa apóstrofe dirigida con la tranquilidad que solamente presta el dolor á las grandes almas. Volviéndose despues la dama hácia sus esclavos: ¡Llorad, hijos mios, les decia, ya no teneis padre, ya no existe mi hermano: la muerte cruel nos le ha arrebatado... desapareció como una sombra y ya no le verémos más!... Estos sitios que su presencia hacia gratos ya no deben ser para nosotros sino una mansion de tristeza y de afliccion. No es posible dar á la naturaleza mayor expresion, fuerza y sencillez. El lector verá con gusto este bosquejo de elocuencia griega, etc.

Los sepulcros de los griegos están colocados como los de los turcos y demas naciones

del Oriente, cerca de los caminos reales; no están cercados, pero no por eso dejan de ser asilos sagrados. Los sepulcros de griegos y armenios están adornados de álamos. Los antiguos eligieron este árbol como el más conveniente á los muertos porque ninguna fruta produce, lo mismo que el cipres. Á más de las lápidas que se ponen en los sepulcros, se encuentran columnillas sepulcrales, las que, como antiguamente, sólo tienen los nombres de los que allí se han enterrado. Durante las fiestas de la Pascua, que celebran con regocijo y esplendidez, con festines y bailes, hay un dia señalado en que acuden á los sepulcros: allí lloran á sus parientes, amigos, y quizá tambien su libertad. Antiguamente las griegas se cortaban las trenzas sobre la tumba de sus parientes y amigos. *Guys*, tom. I.

De todos los pueblos del orbe ninguno emplea mayor magnificencia en sus funerales que los chinos. La idea de la muerte, dice Sonnerat, no cesa de atormentarles. No obstante, les parece ménos cruel si pueden comprar un ataud y colocar su sepulcro en la ladera de una colina en amena situacion: gastan sumas excesivas para las exequias, que á veces se ejecutan seis años despues de muertos con una magnificencia incomparable: alquilan hombres, que visten de blanco, para formar el duelo y llorar detras de la comitiva. Durante algunos dias pasean al difunto sobre el rio al són de instrumentos. El barco que lo lleva, así como la comitiva, están iluminados, de modo que los fuegos de diversos colores representan dibujos hasta el tope de los mástiles, etc. *Viaje á las Indias orientales y á la China*, por Sonnerat, tom. II.

(59) La concha que produce las perlas es nacarada y se pesca en los mares orientales y en la isla de Tábago: hay cuatro pesquerías grandes de perlas en el Oriente. La primera en la isla de Bahrin en el golfo Pérsico; la segunda sobre la costa de la Arabia Feliz, cerca de Cátifa, la cual pertenece á un príncipe árabe; la tercera cerca de la isla de Ceilan, y la cuarta en la costa del Japon. Se cuentan tambien cuatro pesquerías de perlas en Occidente, situadas en el golfo mejicano, á lo largo de la costa de Nueva España: tambien se pescan perlas en el Mediterráneo, en las costas del Océano, en Escocia y otras partes. La pesquería cerca de Ceilan es la más considerable y produce un gran beneficio á la compañía holandesa, permitiendo á los indígenas que empleen para esta pesca tantos barcos cuantos quieren, y cada uno paga sobre sesenta pesos. En el dia que empieza acude una afluencia extraordinaria de gentes y barcos: la pesca principia desde la mañana y se anuncia con un cañonazo, en cuyo instante salen los buques y se adelantan en el mar, precedidos de dos gruesas chalupas holandesas que anclan una á derecha y otra á izquierda, para señalar á cada cual los límites que no puede pasar. Los buzos de cada buque se sumergen en la profundidad de tres, cuatro y cinco brazas. Cada buque tiene varios buzos que van al agua alternativamente, de manera que cuando uno sube el otro se hunde. Están atados á un cabo fijado á una verga, y dispuesta de modo que los marineros, por medio de una polea, la izen ó aflojen segun la urgencia: el que se zambulle tiene atada al pié una piedra de unas treinta libras á fin de sumergirse más apriesa, y una especie de saco atado á la cintura, en el cual mete las ostras que pesca. Luego llega al fondo del mar, recoge las ostras que encuentra y las mete en el saco. Para respirar hace seña tirando de un cordel que le abraza el cuerpo. Raras veces sucede que un buzo pueda detener el aliento más de un cuarto de hora: tienen la precaucion de ponerse algodon en los oídos y narices. Como á veces están pegadas las ostras á los peñascos, con un instrumento las arrancan. Aseguran que ven á sesenta piés de profundidad. La pesca dura hasta medio dia, y entónces los buques vuelven á la playa, en donde cada dueño de un buque hace trasportar sus ostras en fosos cavados en la arena; allí las tienden al aire, y se espera á que

se abran, lo cual sucede á los dos ó tres dias, á fin de sacar las perlas. Despues de sacadas y lavadas tienen cinco ó seis cribas encajadas unas dentro de otras, dejando alguna distancia entre sí. Los agujeros de la segunda son más pequeños que los de la primera, y así á proporcion de las demas. Las perlas que no pasan de la primera son del primer órden, las que se quedan en la segunda, de segundo, y así hasta la última, la cual se queda con la semilla de perlas. Los holandeses se reservan el derecho de comprar las más gruesas, pues tienen la preferencia en el precio.

(60) Mar luminoso ó fosforescente es un fenómeno comun en ciertos mares. La proa del buque que surca las aguas las hace borbollar y parece encenderlas, bogando la nave en un círculo luminoso, en cuya estela deja un rastro de luz: el mar es más luminoso en las cercanías de las islas Maldivas y de la costa de Malabar que en cualquier otro paraje del mar Océano, y así Godeheu, hallándose en algunos mares, observó el fenómeno siguiente. Parecióle el mar cubierto de estrellitas, esparciendo cada ola al romper una luz brillante. La estela del buque era de un blanco vivo y luminoso salpicado de puntos brillantes azulados. Le dijeron que el mar en los parajes donde aparecia más luminoso abundaba de animalejos, no solamente luminosos, sino que tambien despedian de su cuerpo un licor oleoso, que nadando sobre la superficie esparcia aquella luz viva y azulada. No son visibles dichos animales sino por medio de un lente de aumento, y el licor que despiden se queda en el filtro, para hacer potable el agua del mar, cesando de este modo de ser luminoso. *Bomare.*

(61) Llaman fósforos á cuerpos que aparecen luminosos en la oscuridad. Los hay naturales y artificiales. Los primeros son los gusanos luminosos, las ostras, los dailos, la madera podrida, el pescado corrompido, los ojos del gato, la luciérnaga, el mar luminoso, etc. Muchas veces la carne, la sangre, los pelos, y una infinidad de otras materias procedentes de plantas ó animales suelen ser noctílucas (*). El arte produce tambien fósforos, para lo cual basta frotar fuertemente los diamantes, pedernales, maderas duras y resinosas, etc., como tambien calcinar la piedra de Bolonia, echar espíritu de nitro sobre la piedra caliza, ó cocer alumbre con miel, etc. Los fósforos producidos por estas operaciones se llaman piróforos, y son tanto más singulares, cuanto con ellos se enciende yesca, quema papel ó escribe letras de fuego. *Bomare.*

(62) Hasta este siglo no se conocian minas de diamantes excepto en las Indias orientales, pero despues se encontraron en el Brasil, como tambien de rubíes, topacios y otras piedras preciosas. Las mejores minas de diamantes y las más ricas se hallan en los reinos de Golconda, Visapur y Bengala. El diamante es la piedra preciosa más pura, dura, pesada y diáfana. Ordinariamente carece de color; sin embargo, se encuentra de todos colores, bien que nunca se ha visto diamante de un color tan hermoso como el rubí, de tan bello verde como la esmeralda, ó de un azul tan fino como el zafiro. *Bomare.*

En Génova existe una copa de una sola esmeralda de un verde hermoso. He visto tambien en la Haya en el gabinete de historia natural del estatuder un topacio en bruto. Me dijeron que pesaba catorce libras.

(63) La relacion de la magnificencia del gran mogol se halla en todos los viajes. He copiado el del inglés Rhoe, tomo V del *Compendio de la historia de los viajes*, por Harpe. La copa de oro enriquecida de turquesas, esmeraldas y rubíes fue regalada por el gran mogol á Rhoe, quien vió distribuir los dos azafates llenos de rubíes y almendras de oro y plata. Las descripciones del trono del emperador, de su traje y partida al campa-

(*) Noctíluca significa que brilla en la oscuridad.

mento se han sacado de la misma obra He añadido algunos pormenores tomados del *Viaje* de Tavernier que se halla en el mismo tomo.

(64) Este raro animal se llama *sariga* ú *opossum*. La sariga, dice Buffon, es originaria de las provincias meridionales del nuevo continente. Se halla no solamente en el Brasil, la Guyana y Nueva España, sino en la Florida, en la Virginia, etc. La hembra tiene en el vientre una cavidad ancha, en la cual recibe y amamanta á sus hijos.

La América abunda de animales extraordinarios; entre otros existen tres especies de hocico largo, boca estrecha y sin dientes, con la lengua redonda y larga para introducirla en los hormigueros. Se llaman *tamanor*, *tumandúa* y *osa hormiguera*.

El *pangolin* y el *fatagin* son tambien dos animales singulares. Son cuadrúpedos y en gran parte cubiertos de conchas. Los *tatús*, otros cuadrúpedos de la América, están cubiertos como las tortugas, los cangrejos, etc., de una corteza ó concha muy dura.

La *girafa*, el cuadrúpedo más alto que se conoce despues del elefante, tiene los brazos más largos que las piernas.

(65) Se llama *árbol del diablo* uno que crece en América. Su fruta cuando está en sazon es elástica. Desécase su cáscara con el calor del sol, ábrese con estrépito y despide sus pepitas, á lo cual debe su nombre. En la estacion de la madurez de sus simientes la fruta produce el efecto de unos disparos cuyo ruido se oye de asaz léjos. Estas mismas frutas trasladadas ántes de sazon á un paraje seco, ó expuestas sobre una chimenea á un calor moderado, se desecan poco á poco y producen el mismo fenómeno. *Bomare*.

(66) La palabra *eclipse* viene de una voz griega que signica desfallecimiento. Refiere Tito Livio que Sulpicio Galo, teniente de Paulo Emilio, en la guerra contra Perseo, predijo á los soldados un eclipse que sucedió al otro dia, evitando de este modo el terror que hubiera causado. El espectáculo de un eclipse total de sol es cosa muy singular. Clavio, que presenció el del 21 de agosto de 1560 en Coimbra, nos dice que la oscuridad era tan grande como la de la noche. No se veian los piés, y las aves caian al suelo por el espanto que les causaba tan triste oscuridad. *Enciclopedia*.

(67) La *acudia* es un insecto luminoso que vuela; se encuentra en América. Algunos creen que el *cucajú* ó *cocojus*, que tiene las mismas propiedades, es el mismo insecto que la acudia. Es de la familia de los escarabajos, del tamaño del dedo meñique, y largo de dos pulgadas. Es tan luminoso de noche, que cuando vuela esparce gran luz. Pretenden que cualquiera que se frotase la cara con la humedad producida por las manchas relucientes de este fósforo vivo, apareceria resplandeciente miéntras durase la humedad. Antes de la llegada de los españoles no usaban los indios de velas, sirviéndose de estos insectos para alumbrarse de noche. Con uno solo se lee y escribe como con una vela. Cuando los indios viajan de noche, atan uno á cada dedo pulgar del pié, y llevan otro en la mano. Sólo viven despues de cogidos tres semanas á lo más: miéntras están sanos son luminosos, pero en enfermando se debilita su luz, y se extingue al punto que mueren. Estos insectos tienen otra utilidad: destruyen los mosquitos. No se sabe de cierto si la acudia es el mismo insecto que la luciérnaga. La señora Morian, que las observó en Surinam, dice que su luz es hermosa, y que uno bastaba cada noche para dibujar las figuras que se encuentran en su obra de los insectos de aquel país. Se hallan en Italia moscas relucientes, ó por mejor decir, escarabajos del tamaño de una abeja, cuyo vientre es bastante luminoso para que tres colocados en un tubo de cristal basten para distinguir de noche todos los objetos de un cuarto.

El escarabajo más singular es el que describe Rolander. La primera vez que cogió es-

te insecto, que es fosfórico, salió de su cuerpo un ruido semejante al de una arma de fuego y un humo azulado. En otra ocasion, acostumbrado ya el autor á la artillería de estas moscas, imaginó hacer cosquillas á una con un alfiler, y disparó hasta veinte tiros. Admirado Rolander al ver salir tanto aire de cuerpo tan pequeño, abrió el insecto, y halló una vejiguita aplastada, aunque no pudo descubrir si era el reservatorio del aire ó algun intestino. Se pudiera, añade el autor, llamarle *el artillero*. *Diccionario de las maravillas de la naturaleza*, tom. II.

(68) Este árbol se llama *higuero*. Crece á la altura del nogal: al abrir la corteza con un cuchillo sale una sustancia láctea que es un veneno mortal. Los indios mojan en ella las flechas que quieren emponzoñar. No se corta sin tomar las mayores precauciones. Su fruta es parecida á las manzanas, su olor agradable, pero su sustancia está impregnada de un zumo blanco tan peligroso como el de la corteza y hojas. El manzanillo crece en la mayor parte de las Antillas á la orilla del mar. A cualquiera que duerma á su sombra se le encienden los ojos, se le hincha el cuerpo, etc., y si no se apartase prontamente podria morir. Dicen que el agua del mar bebida al instante es el remedio más eficaz contra sus efectos; otros dicen que una cucharada de aceite.

Existe tambien en América otro arbusto cuya raíz produce un veneno muy sutil, llamado *manioque*, de tres hasta nueve piés de alto. Su raíz comida cruda seria un veneno mortal, pero cuando seca y preparada produce una harina con la cual se hace el pan llamado *casave*. Lo esencial es quitar á la raíz su leche, verdadero tósigo. Tiene la blancura y el olor de la leche de almendras, y aunque venenosa, en dejándola reposar se saca una sustancia blanca alimenticia que se halla en el fondo de la vasija, la cual se lava muchas veces con agua. Este sedimento tiene todas las apariencias del almidon más blanco; llámanlo *musache*, y se emplea como almidon; pero estos polvos queman los cabellos con el tiempo; lo que no quita que se hagan con ellos una especie de roscas muy sabrosas. Este arbusto es muy comun en la isla de Santo Domingo. *Bomare*.

(69) El mangle es un árbol que crece en las Indias orientales, principalmente en las islas Antillas y hácia la embocadura de los rios. De sus ramas flexibles, dice Bomare, salen paquetes de filamentos que bajan hasta el suelo, donde se arraigan, y producen otros árboles tan gruesos como aquel del cual han salido, y de este modo se reproducen. Un árbol solo puede producir toda una selva. En la isla de Cayena los pantanos están cubiertos de mangles. Las ostras se pegan al pié y á las ramas que cuelgan.

(70) Este pez extraordinario es la *torpedo ó trimielga*; tiene la propiedad de causar un entorpecimiento doloroso á los que le tocan. Las trimielgas más grandes de los mares de Francia no miden dos piés de largo; Africa y América tienen trimielgas semejantes á las nuestras por sus efectos, pero de figuras diferentes. Es muy conocido en Surinam: sus efectos son mayores que el de la verdadera trimielga, y se parecen á la conmocion eléctrica. La causa, pues, debe atribuirse á un flúido que despide. Cuando huye con velocidad se experimenta la conmocion metiendo la mano en el agua á quince piés de distancia. Cuando se reciben conmociones violentas el entorpecimiento es general y hasta la cabeza queda turbada. La especie de torpedo que describe Firmin en su *Historia natural de Surinam*, produce un entorpecimiento sumamente doloroso en los brazos hasta las espaldas al tocarse con las manos ó con un palo, y se comunica con fuerza á catorce personas trabadas de las manos. Este animal parece ser el mismo que la anguila que Condamine describe en su *Viaje del rio de las Amazonas*. Adason vió otro semejante en el rio Senegal. La anguila temblona de Cayena es tambien una especie de torpedo; llega á veces á tener el grueso

de un muslo, con cuatro ó cinco piés de largo: se diferencia poco de la torpedo de Surinam. *Bomare.*

(71) La *fuente acadina* se hallaba en Sicilia, y estaba consagrada á los hermanos Paliscos, divinidades honradas en aquella isla: atribuíasele una propiedad maravillosa para conocer la sinceridad de los juramentos. Los escribian sobre tablitas que despues se echaban al agua; y si no sobrenadaban, estaban persuadidos de que su contenido era un perjurio.

Argira era una ninfa de Tesalia. Celeno, su esposo, viéndola próxima á morir, iba tambien acabando con una languidez mortal: compadecida Vénus de su ternura, los metamorfoseó al uno en rio y á la otra en fuente, que como Alfeo y Aretusa se reunieron mezclando sus aguas. No obstante, Celeno llegó á olvidar á Argira, y desde entónces tuvo la virtud de borrar de la memoria de los amantes sus amores al bañarse en sus aguas ó al probarlas.

La Grecia tiene otras varias fuentes maravillosas, como la de *Castalia*, ninfa que Apolo metamorfoseó en fuente y consagró á las Musas, dándola la virtud de inspirar á los poetas.

La fuente *Aganipe*, la *Hipocrene* ó *Caballina* tenian la misma virtud. La fuente *Acidalia* era en donde se bañaban las Gracias. Juno se bañaba en la de *Canáthos*, cerca de Nauplia. *Diccionario de la fábula.*

(72) La fuente de Buxton, en el condado de Derby, de la cual habla Childrey en las *Curiosidades de Inglaterra*, corre solamente cada cuarto de hora. *Diccionario de las maravillas de la naturaleza*, tom. I. pág. 339.

Debemos suponer que Thelismar instruido de este fenómeno contaba los minutos sin que Alfonso lo advirtiese, á fin de aprovechar los instantes en que la fuente debia parar y volver á correr, como sucede en todas las intermitentes.

En Provenza se halla una fuente que corre y se para ocho veces en una hora. La fuente de Frouganches, diócesis de Nimes, se para regularmente dos veces en veinte y cuatro horas. Las fuentes de las cercanías de Paderborn, llamadas *Bullerbares*, dicen que corren doce horas y descansan otras tantas. La de Haute-combe, en Saboya, se para dos veces en una hora, etc. *Diccionario de las maravillas*, tom. I.

La fuente termal de Bozeley, en la provincia de Shrop, ofrece el fenómeno más admirable. Habrá cincuenta y cinco años que brotó por primera vez, habiendo precedido un fuerte huracan. Apénas cesó la tempestad, cuando un ruido terrible despertó á todos los habitantes, que viendo la tierra trastornada, creyeron hallarse en el instante de la destruccion general. Muchos salieron de sus casas huyendo hácia un montecillo cerca del rio Severne. Allí se levantaba y bajaba la tierra varias veces en un minuto. Uno de los habitantes hizo un agujero de algunas pulgadas de diámetro en el suelo. Al punto salió un chorro de agua con tanta violencia que le derribó en el suelo: poco despues, habiendo pasado cerca el mismo hombre con una luz, se encendió el agua vomitando llamas. Se interceptó la comunicacion del aire, y desaparecieron las llamas. Desde aquel tiempo conserva la fuente las mismas propiedades: se enciende cuando se le arrima una luz, y la actividad de este fuego es tal, que en un instante reduce á cenizas gruesos troncos de árboles verdes. A pesar de la violencia de la llama, el agua no tiene el menor grado de calor, y está tan fria como la de las otras fuentes. Cerca de Velleya, en Italia, existe un manantial cuya agua se enciende en arrimándola una pajuela encendida. *Bomare.*

(73) En Escocia se encuentra un monte llamado *Cor-kead*, que tiene la singularidad

de ser el meridiano más elevado del universo, midiendo más de cuatrocientas toesas de altura. Esta montaña está rajada y entreabierta hasta su cumbre con una hendidura hácia el Mediodía, y las dos cimas sirven como de cuadrante que indica las horas con la sombra que proyectan en las peñas opuestas. *Compendio de historia natural*, por Saury, tom. I.

(74) Hé aquí el extracto de una carta, en la cual Troil da cuenta de un viaje que hizo á Islandia para examinar el monte Hecla.

El cielo estaba sereno y el agua de la laguna parecia un espejo: ocho surtidores se levantaban de esta laguna; observé uno, cuya columna de agua tendria unos ocho piés de diámetro, la cual ascendia cerca de veinte y cuatro piés. Este surtidor se levantaba hace algunos años á setenta piés de altura; pero habiéndose desmoronado las tierras cubrieron una porcion de su orificio, y el agua sólo subia, cuando le vímos, á sesenta piés. Habiendo llegado á Geizer, cerca de Skalhot, vímos el agua levantarse con ímpetu por una boca ancha y formar una cascada, á la cual no son comparables las de Marli, San Cloud, Cassel ni Herrenhause. Observámos, en la circunferencia de cerca de una legua larga, cuarenta ó cincuenta surtidores de agua hirviendo, que sin duda provienen de un mismo manantial. El agua de unos era muy clara, y en otros turbia y arcillosa. En unos tenia color de ocre, y en otros salia con un color de leche. Unos eran continuos, otros interrumpidos, etc. Sentímos temblar la tierra en muchos parajes: se levantó una columna de agua de noventa y dos piés, etc. *Noticias de la república de las letras y artes, año* 1783, *núm.* 9, *miércoles* 26 *de febrero.*

(75) Durante el riguroso invierno de 1740 construyeron en San Petersburgo, segun las reglas de la más primorosa arquitectura, un palacio de hielo de cincuenta y dos piés y medio de largo, por diez y seis y medio de ancho, con veinte de altura. El Neva, rio inmediato, en el cual el hielo tenia tres piés de grueso, habia suministrado los materiales. Al paso que se sacaban los pedazos de hielo del rio, se labraban y adornaban con dibujos, y despues de colocados se bañaban por un lado con aguas de diversos colores. Se colocaron en frente seis cañones de hielo hechos á torno, con sus cureñas y ruedas de lo mismo, y dos morteros con las mismas proporciones que los de fundicion: eran del calibre de tres libras de pólvora, aunque no se les puso más que un cuarteron, y despues se les metió una bola de estopas y una bala de dicho calibre. La prueba se hizo delante de la córte, y la bala atravesó á sesenta pasos de distancia una tabla de dos pulgadas de grueso. Este hecho puede hacer creible lo que refiere Olaus Magnus, el historiador del Norte, acerca de las fortificaciones de hielo, de las cuales aseguran que las naciones septentrionales saben servirse. Un físico de Inglaterra hizo en 1763 un experimento curioso: tomó un pedazo de hielo circular de dos piés y nueve pulgadas de diámetro y cinco pulgadas de grueso, con el cual formó un lente que expuso á los rayos del sol, y pegó fuego, á siete piés de distancia, á pólvora, papel, lienzo, etc. Algunos autores mencionan los hielos de Irlanda y de los de algunos parajes de los Alpes, que tienen mal olor y que arden en el fuego en lugar de apagarlo, pero semejantes aguas concretadas no producen inflamacion por otra causa que el betúmen que contienen. Antiguamente no se creia que el agua del mar helada se convirtiese en agua dulce. Adanson quedó admirado al ver que unas botellas que habia llenado de agua salada se hallaron llenas de agua helada y dulce sin haber depuesto sal alguna. Este hecho ha sido demostrado despues por Oward-Nairne y por los experimentos de Cook. Es fijo que cuanto más hiela, tanto más el hielo aumenta de volúmen, al paso que disminuye de peso, al contrario de lo que sucede en los demas cuerpos.

MCD 2022-L5

(76) La mina de plata de Saltseberitz, en Suecia, ofrece uno de los más hermosos espectáculos. Se baja por tres bocas anchas semejantes á pozos, de los cuales no se ve el hondo; la mitad de un tonel sostenido por un cable sirve de escalera para bajar á estos abismos por medio de una máquina movida por el agua; no se tiene más que la mitad del cuerpo en el tonel estribando sobre una pierna sola, llevando por compañero un satélite negro como nuestros herreros, quien entona una cancion lúgubre con un hacha encendida en la mano: al llegar á la mitad de la profundidad se empieza á experimentar mucho frio; se oyen los torrentes que caen por todas partes; finalmente, despues de media hora se llega al hondo del abismo; entónces se disipa el temor, ya no se ve nada de espantoso; al contrario, todo es brillante en aquellas regiones subterráneas. Se penetra en una especie de salon sostenido por dos columnas de mineral de plata, concurriendo allí cuatro espaciosas galerías. Los fuegos que alumbran los trabajadores se repiten por reflexion sobre la plata de las bóvedas y las aguas de un arroyo que corre en medio de la mina. Allí se encuentran gentes de todas naciones; los unos tiran carros, los otros levantan piedras, todos tienen su empleo. Finalmente, es una ciudad subterránea; hay hosterías, casas, caballerizas, caballos; pero lo más singular es un molino de viento que una corriente de aire mueve, sirviendo para levantar las aguas que incomodarian á los mineros.

En 1478 se halló en Hartz un pedazo de plata tan grande, que despues de batido se hizo con él una mesa donde podian sentarse á comer veinte y cuatro personas. En tiempo de Olaus Wormius se sacó de las minas de Noruega una mesa de plata que pesaba ciento treinta marcos. La plata disuelta por el ácido nitroso produce cristales, que derretidos y despues echados en molde dan la piedra infernal que sirve para quemar las carnes. Se encuentran ordinariamente seis metales. 1.° el plomo. 2.° el estaño. 3.° el hierro. 4.° el cobre. 5.° la plata. 6.° el oro. Hé aquí el órden de su dureza. 1.° el hierro. 2.° el cobre. 3.° la plata. 4.° el oro. 5.° el estaño. 6.° el plomo. Y prosigue el órden de su ductilidad. 1.° el oro. 2.° la plata. 3.° el cobre. 4.° el hierro. 5.° el estaño. 6.° el plomo. El oro es el más ductil de todos los metales. Se lee en las memorias de la academia de ciencias que una onza de este metal puede ser tirada en un millon noventa y cinco mil piés de largo, esto es, en una línea de setenta y tres leguas de largo, cada una de dos mil quinientas toesas.

De los parajes profundos de la tierra, como de las grutas, y sobretodo de las venas metálicas en las minas, y principalmente de sus galerías y subterráneos de donde se saca el carbon de piedra, salen exhalaciones de diferentes especies que producen diversos efectos. A estas exhalaciones dan los mineros diversos nombres segun su naturaleza: las unas se llaman propiamente *exhalaciones*; las otras *fuego brisú*; otras *mofetas ó pussel*; y otras *gas*. En las minas que han estado largo tiempo abandonadas, hay tambien unos vapores que llaman *inahlaciones*, que contribuyen á la composicion y descomposicion de los minerales, puesto que por su medio se hacen disoluciones, á las cuales se siguen nuevas combinaciones. El fuego *brisú ó terú*, *ó fuego silvestre*, se eleva á veces en ciertas minas de carbon, de metales, etc. con una especie de silvido por las rendijas de los subterráneos en que se trabaja, y aparece con la forma de las telas de araña que vuelan por el aire en el otoño. Cuando este vapor no está bastante dividido por el aire se enciende en los faroles de los trabajadores, y produce efectos semejantes á los truenos. Para precaver estos efectos, atienden los mineros á los hilos blancos que ven salir de las rendijas, los agarran ántes que se puedan encender en sus lámparas, y los escachan entre las manos, y cuando es grande la cantidad, apagan la luz, se echan boca abajo en el suelo, y avisan á sus compañeros que hagan lo mismo: entónces la materia que se encendió ántes de que hayan podido apagar

sus luces, les pasa por encima, y solamente daña á los que no tomaron la misma precaucion, estando expuestos á ser muertos ó heridos. Se oye salir esta materia con ruido, etc. El fenómeno más singular que las exhalaciones minerales nos ofrecen es el que los mineros llaman *globo*: aparece en la parte superior de las galerías, con la forma de una especie de bolsa redonda, cuyo pellejo es parecido á una telaraña. Si llega á reventarse, la materia se esparce y mata á cuantos la respiran. Se llaman *gas* unas exhalaciones más ó ménos visibles, producidas por subterráneos profundos, como son las galerías de las minas. Á veces salen de ciertas cavidades, grutas ó hendiduras de la tierra, etc. El supuesto duende de las aguas minerales es una especie de gas. Hoy se da tambien el nombre de gas á toda especie de vapor invisible, capaz de destruir la elasticidad del aire, que apaga las llamas, etc. Los vapores que resultan de sustancias vegetales y animales cuando se queman, los de los cuerpos putrefactos y de las letrinas son tambien especies de gas. El aire propiamente dicho, ó *gas mefítico*, es un flúido elástico trasparente, etc., no diferenciándose del aire comun por ninguna de sus propiedades; pero difiere del aire: 1.° en que su peso específico es mayor; 2.° en que no sirve para la vida y respiracion de los animales: luego que se pone cualquier animal debajo de un recipiente lleno de gas mefítico, perece al instante; 3.° el gas mefítico no sirve para mantener la combustion de ningun cuerpo, porque esta facultad, como la de mantener la vida de los animales terrestres, es propia y privativa del aire con exclusion de otra sustancia; y así no solamente no se puede encender en el gas mefítico ningun cuerpo combustible, sino que los cuerpos más inflamables encendiados primero en el aire y metidos en el gas mefítico se apagan, con la sola diferencia de que la extincion sucede en el gas mefítico sin ningun ruido ni estremecimiento, y como no moja los cuerpos, pueden al instante volverse á encender en el aire comun: la 4.ª propiedad en que se diferencia del aire comun, es en mezclarse con el agua en cantidad mayor que el aire puro. Conviene observar que aunque el gas mefítico haga morir al instante los animales cuando lo respiran, se puede beber agua llena de este gas sin peligro alguno, y al contrario es saludable y apta para curar varias enfermedades. Esto demuestra que por ninguna calidad cáustica ó corrosiva causa dicho gas la muerte, sino porque no siendo aire no equivale á este flúido, único apto para la respiracion, así como para agente del fuego. *Bomare.*

(77) Aunque se sepa que el mar produce gran número de animales enormes, como ballenas y unicornios, no se puede admitir la existencia de los *krakens*. Dicen que viven en los mares del Norte, y que su cuerpo tiene hasta media legua de largo; parecen como un conjunto de peñascos flotantes cubiertos de algas. Se discurre que será una especie de pólipo, cuyos brazos para corresponder á la masa del cuerpo son del tamaño de los palos mayores de los buques. «Añaden que atrae á los peces con los humores que despide y colorean el mar, y como todo debe ser singular en semejante animal, dicen que se abre por la espalda para tragarse los peces que están encima de él. *Bomare.*

(78) Plinio, y despues de él diversos autores, han aseverado que el aceite calmaba las olas del mar. Si nos atenemos á las aserciones más respetables, parece que no se podrá dudar del hecho: véase aquí el extracto de una carta sobre este asunto, dirigida á un amigo de Franklin. Gilfred Lawson, que sirvió mucho tiempo en las tropas de Gibraltar, asegura que los pescadores de aquella plaza tienen la práctica de verter un poco de aceite sobre el mar, á fin de que calmando su agitacion puedan ver las ostras, etc. Plinio dice tambien que se aplaca una tempestad echando un poco de vinagre en el aire. Bomare cita otra carta que es del célebre Franklin: en esta carta el filósofo inglés da cuenta de un

experimento que hizo en el estanque de Clapham. El viento, dice, levantaba entónces crecidas olas en su superficie; fuí entónces por el lado del viento, donde las olas empezaban á formarse; una cucharada de aceite que vertí produjo al instante en el espacio de muchas toesas en cuadro una calma que se extendió hasta que hubo llegado á la costa de sotavento, y poco despues se vió toda la porcion del estanque, que era á corta diferencia de medio acre, tan tersa como una luna de espejo.

(79) Esta descripcion de la araña doméstica es exacta: la pelotilla semejante á una esponja que tiene la araña entre sus dos uñas, la sirve como á las moscas para andar y trepar sobre los cuerpos más lisos: estas esponjas suministran un licor pegajoso que basta para hacerlas adherir. En el extremo del vientre de la araña hay seis pezones musculosos y puntiagudos en sus extremos, que son otras tantas hileras, en las cuales se cuaja el licor que debe convertirse en seda cuando se ha secado; cada pezon está compuesto de mil hileras imperceptibles que dan paso á otros tantos hilos. Si se considera la finura de esta seda de araña de seis mil hilos, no alcanza la imaginacion á comprender la sutileza de los hilos que salen de las hileras. No todas las arañas tienen el mismo número de ojos, y están colocados de diverso modo en casi todas las ocho especies que se cuentan; la araña doméstica, la de huerto, la negra de cuevas, la tarántula comun en Italia, la araña acuática, la albañil, la vagamunda y la de los campos. Se han hecho con la seda de las arañas guantes y medias; pero no vale tanto como la de los gusanos de seda.

En las islas de América se encuentran arañas muy gruesas, del tamaño de un puño, pero no son venenosas. Cuando viejas se cubren de un vello negro tan suave y tupido como el terciopelo; sus telas son tan fuertes, que los pajarillos tienen bastante que hacer para desprenderse de ellas. Segun parecer de algunos habitantes de aquellas islas sus pelos pican y queman como las ortigas. Hay en la Luisiana una especie de araña gruesa como un huevo de paloma, pero más larga y de color negro mezclado de color de oro. Este insecto labra en los árboles telas de una seda fuerte, retorcida y dorada, algunas veces del tamaño del hondo de una cuba, en las cuales se prenden los pájaros. En Ceilan se halla una araña de color de plata, etc. *Bomare.*

(80) Los pólipos de agua, que se hallan en las lagunas y aguas detenidas, se diferencian en tamaño y color. Trembley hace mencion de tres especies que llama de brazos largos. La primera es la más pequeña, sólo tiene cinco ó seis líneas de largo, siendo muy fácil de hallar; con recoger algun puñado de lentejas acuátiles y ponerlas en un vaso trasparente lleno de agua, á poco los pólipos, que al principio no parecen sino puntos verdes, extienden los brazos;al menor movimiento el insecto los retira y no parece más que un granito de materia verde. El número de brazos de los pólipos es de seis á doce. Estos animales andan aunque con extremada lentitud. Cuando se desea tener el gusto de ver la multiplicacion de los pólipos, se pone en la cavidad de la palma de la mano con un poco de agua, y al salir el animal de su estado de contraccion, se corta por medio. La parte de la cabeza andará y comerá el mismo dia de la separacion, con tal que sea en dias de calor: en cuanto á la parte posterior, la crecerán brazos al cabo de veinte y cuatro horas, y en dos dias quedará hecho otro pólipo perfecto, que armará sus redes asiendo y comiendo su presa. Córtese un pólipo de cualquier modo y en tantas partes cuantas sea posible, y siempre se verán reproducirse de cada una un pólipo. Los pólipos se multiplican por renuevos. Cuando se ve sobre un pólipo una ligera excrecencia que toma la forma de un boton, es la cabeza del jóven pólipo. En los tiempos muy calorosos un pólipo se forma y separa de este modo en veinte y cuatro horas: á veces salen de un solo pólipo hasta diez hijuelos.

El descubrimiento de los pólipos de agua dulce y el de los marinos arquitectos de los corales, de las coralinas y de muchas producciones *polípodas*, que se tomaban por plantas marinas, son conocimientos muy modernos. Los pólipos de mar son animales muy pequeños que escaparon á la vigilancia de buenos observadores que los tomaron por flores. Son gusanos, de los cuales existen gran número de especies, que fabrican los corales, las coralinas, litófitas, escartas, esponjas, las variedades de madréporas tan numerosas, y las demas sustancias que se tomaron por plantas; pero las observaciones de Poissonel, Reaumur, Bernardo de Jussieu, etc., demostraron que no eran sino habitaciones y celdas construidas por unos insectos que se multiplican en tanto número, que es imposible contarlos, y que estas habitaciones edificadas cada una por otros tantos individuos son, respecto á los pólipos, lo que es el avispero para la avispa. Se quitó á estas producciones el nombre de plantas marinas, y se llamaron polípodas ó producciones polípodas. A más de estos pólipos existen los grandes pólipos marinos, tales como la *sepia* ó *jibia*, el *calamar*, la *liebre marina*, etc , los cuales tienen los brazos colocados en la cabeza, midiendo ordinariamente desde tres pulgadas hasta tres piés de largo; son ovíparos. Se ignora si se multiplican como los pólipos de agua dulce. Parece que sus brazos vuelven á crecer cuando se cortan, así como los de los cangrejos. Los grandes pólipos marinos se servian en las mesas de los antiguos. *Bomare.*

(81) El tucan es un pájaro singular, particularmente por el grueso y largo de su pico, que léjos de ser un instrumento útil, no es, dice Buffon, sino un cuerpo en palanca que entorpece su vuelo. El pico excesivo é inútil del tucan incluye una lengua todavía más inútil; no es un órgano carnoso ó cartilaginoso, es una verdadera pluma mal colocada y cerrada en el pico como en un estuche. El nombre de tucan significa pluma en el idioma del Brasil.

Los tucanes se hallan en todos los climas de la América meridional; su plumaje es muy hermoso.

(82) El *kamichi* es un pájaro grande y negro de la América. Muy notable, dice Buffon, por la fuerza de su grito y por la de sus armas. Lleva sobre cada ala dos poderosos espolones, y en la cabeza una corona de puntas duras de tres á cuatro pulgadas de largo por dos ó tres líneas de diámetro en la base, etc.

(83) Los *murciégalos* se hallan en diversos países; pero en los climas cálidos se ven algunos de monstruoso tamaño; se encuentra una especie muy comun en América, á la cual Buffon dió el nombre de *vampiros*, porque chupan la sangre de los hombres y animales cuando duermen. El vámpiro es de un aspecto feísimo. Los viajantes concuerdan en decir que chupan la sangre de los hombres sin despertarlos.

Buffon supone que no es con sus dientes ni con sus uñas con lo que abren el cútis de los animales, sino que se valen de la lengua para hacer aberturas suficientes para abrir las venas sin causar dolor. Buffon no ha visto la lengua del vampiro. Cree que es puntiaguda y cubierta de pelitos duros, finos y agudos. *Bomare.*

(84) El árbol de cera es un arbusto; existen dos especies: la una crece en la Luisiana, la otra en la Carolina. Tiene la traza del mirto, y sus hojas exhalan á poca diferencia, el mismo olor; su fruta, del tamaño de un grano de culantrillo, contiene huesos cubiertos de una especie de resina que tiene semejanza con la cera; los habitantes de aquellos paises hacen velas con ella. El *árbol de sebo* se cria en China y en Guayana; crece hasta la altura del guindo; su fruta consiste en granos blancos del tamaño de una avellana, cuya carne posee las calidades del sebo: se hacen velas con ella. El incienso es tambien producto de un árbol, y los chinos sacan igualmente de un árbol su hermoso barniz. *Bomare.*

(85) Todos saben que al tocar las hojas de la *sensitiva* se marchitan al instante, y vuelven á recuperar su primera frescura un instante despues. Adanson vió en Africa un arbusto sensitivo, cuyas hojas se inclinan cuando álguien pasa debajo. Tambien dicen que hay en Panamá un arbusto de hojas espinosas, cuyas ramas se inclinan cuando alguno se aproxima; los naturales le dieron el nombre de *buenos dias*.

Existe en el Jardin real una planta, descubierta poco há, originaria de Otahiti, que llaman *oscilante*; es del género de la sensitiva, pero más extraordinaria.

(86) La *fraxinela* ó *díctamo blanco* es una planta que crece espontáneamente en las selvas de Lenguadoc, de Provenza, Italia y Alemania. Los extremos de sus ramas y los pétalos de las flores están cuajados de infinidad de caños, llenos de aceite esencial, como se observa con un microscopio. Las noches de verano exhalan vapores inflamables, en tanta abundancia, que si se pone al pié de la planta una vela encendida, de repente se levanta una gran llama que la envuelve, formando una zarza ardiente muy vistosa. *Bomare.*

(87) El *amianto* es una materia compuesta de hilos muy sutiles. Hay varias especies amarillentas, grises y blancas, verdes y coloradas. Se hila el amianto y se fabrica una tela que no consume el fuego; al contrario, se blanquea con su accion y de sucia y puerca sale limpia. El fuego consume las materias crasas y combustibles sin alterarlas; no obstante cada vez que sale del fuego disminuye de peso. En tiempo de los antiguos griegos y romanos se quemaban los cadáveres de los reyes en lienzos de amianto, á fin de que sus cenizas no se mezclasen con las de la hoguera. El amianto es muy apto para mechas ó torcidas, porque no ofuscan la luz. Los paganos le empleaban en sus lámparas sepulcrales. *Bomare.*

(88) La China debe á este gran príncipe la abolicion de una costumbre tan bárbara como insensata. Era un uso bastante comun entre los tártaros que á la muerte de un hombre una de sus mujeres debia ahorcarse. Habiendo muerto en Pekin en 1668 un tártaro de distincion, una de sus mujeres, de diez y siete años, se disponia á darle esta prueba de amor; pero sus parientes presentaron un memorial al emperador para suplicarle que aboliese tan odiosa costumbre. Este príncipe mandó que se abandonase como un antiguo resto de barbarie: tambien estaba establecida esta costumbre entre los chinos, pero sucedian los ejemplos con ménos frecuencia, y sus filósofos no la habian aprobado. En general los chinos son de genio suave y tratable, afables sin demostrar mezcla de dureza, pasion ó arrojo colérico. Esta moderacion se observa en la plebe. Los europeos que tratan con los chinos evitan todo arrebato de cólera. Estos excesos se consideran en la China como vicios contrarios á la humanidad, no porque sean ménos viciosos que nosotros, sino porque se reportan.

La modestia de las chinas es extremada; viven constantemente en el retiro, con tanta precaucion en cubrirse que no se las ve ni las manos. Si presentan algo á sus parientes cercanos lo ponen sobre una mesa temiendo no las toquen la mano. Las causas de divorcio entre los chinos son: 1.° una mujer habladora, que se hace incómoda por este defecto, se expone á ser repudiada aunque casada de mucho tiempo y haya dado muchos hijos á su marido; 2.° una mujer que falta á la sumision que debe á sus suegros; 3.° la esterilidad es motivo de divorcio; 4.° los zelos, etc. La noche de bodas conducen á la novia al cuarto del marido, en donde halla sobre una mesa tijeras, hilo, algodon y otras materias para labores, dándola á conocer que debe amar la labor y huir del ocio.

Nada puede compararse con el respeto que los hijos profesan á sus padres y los discípulos á sus maestros: hablan poco, y siempre están en pié en su presencia. El uso les obliga principalmente al principio del año, el dia de su nacimiento y en otras ocasiones, á saludarlos de rodillas, tocando con la frente el suelo.

Aunque un primogénito nada haya heredado de su padre no por eso tiene ménos obligacion de alimentar á sus hermanos y darles estado; debe reemplazar al padre que han perdido. Los que carecen de heredero varon adoptan un hijo de su hermano ó un pariente, y á veces un extraño. El niño adoptado disfruta los privilegios de hijo legítimo; toma el nombre del que le adopta, y le hereda. Si despues nace otro hijo en la misma familia, siempre el adoptado entra en la reparticion de la sucesion. Está permitido á los chinos tomar segundas mujeres, si bien subordinadas á la esposa legítima; no obstante, la ley no concede esta libertad sino cuando la primera ha llegado á los cuarenta años sin señal de fecundidad.

No se llevan todos los colores en China: el pajizo pertenece al emperador y príncipes de su sangre. El raso con fondo colorado está destinado á cierta especie de mandarines en los dias de ceremonia, y los demas llevan ó usan el negro, azul ó morado. El color del pueblo es azul y negro. La camisa es de diferentes telas, segun las estaciones. Es uso bastante comun en los grandes calores llevar sobre el cútis una red de seda que impide que el sudor se comunique á los vestidos. El color que pertenece á las mujeres es encarnado, azul ó verde; pocas usan del negro ó morado, á no ser de edad avanzada, etc.

En China el luto de los padres dura tres años. Pretenden que se funda en el agradecimiento que les debe el hijo por los tres primeros años de su vida, en los cuales necesita de su continua asistencia. El color de luto es blanco, pero durante el primer mes despues de la muerte de un padre ó madre el vestido de los hijos es un saco de cáñamo de un color subido, que en la calidad no se diferencia de los sacos de mercancías. Su cinturon es una cuerda floja. Se permite á los chinos guardar todo el tiempo que quieran el cadáver en sus casas. Los conservan á veces durante tres ó cuatro años; su asiento durante este tiempo es un taburete, y su cama una estera de caña cerca del ataud. Se privan del uso del vino y de ciertos alimentos. No asisten á las fiestas, ni frecuentan las concurrencias públicas; sin embargo, es menester al fin que el cadáver se entierre, porque es indispensable obligacion colocar el cuerpo del padre ó madre en el sepulcro de sus antepasados.

Hay entre los chinos dos fiestas célebres, la primera es la del principio de año y la otra la de los faroles. En esta última toda la China está tan iluminada que parece un incendio general. Los habitantes del imperio encienden faroles de diversos colores, y los cuelgan en sus patios, ventanas y cuartos. Los ricos hacen inmensos gastos: se ven faroles de diversas figuras, dorados y magníficamente adornados; pero nada realza más la fiesta que los fuegos artificiales que se ejecutan en todos los barrios de las ciudades: las fiestas duran cinco dias. La opinion comun sobre el orígen de esta fiesta, es que se estableció poco despues de la fundacion del imperio por un mandarin, quien habiendo perdido su hija en la orilla de un rio, acudió en su busca con hachas y faroles, pero inútilmente, acompañado de un inmenso número de gente que le amaban por sus virtudes; pero las noticias literarias les dan otro orígen, pues pretenden que el emperador Kye, último de la familia Hya, quejándose de la division de los dias y noches, que inutiliza gran parte de la vida, mandó edificar un palacio sin ventanas, donde juntó varias personas, y para alumbrarlo dispuso una iluminacion perpétua de faroles, lo que dió principio á esta fiesta. La magnificencia de los chinos brilla en sus obras públicas, tales como fortificaciones, templos, torres, arcos triunfales, puentes, caminos, canales, etc. Cuentan cerca de tres mil torres á lo largo de la muralla grande. La tercera parte de los habitantes del imperio se empleó en construirla. Esta famosa obra se conserva tan entera como el primer dia que se edificó. El edificio más famoso es el de Nankin, llamado la *Torre grande*, ó la *Torre de porcelana*: es un octógono de cerca de cuarenta piés de diámetro, de suerte que la longitud de cada lado es

de quince piés; tiene nueve pisos, la pared al nivel del terreno no cuenta ménos de doce piés de grueso por ocho y medio de altura; está revestido de porcelana que se conserva muy bien, aunque tiene más de trescientos años. Dan á esta torre desde el pié hasta el remate doscientos piés de elevacion. Existen en la China más de mil cien arcos triunfales, levantados en honor de príncipes, hombres y mujeres ilustres, y sugetos célebres por su sabiduría y virtudes.

La agricultura está particularmente honrada en la China. Una lluvia favorable es una ocasion de visitas y cumplimientos entre los mandarines. Siguiendo el uso antiguo, al principio de la primavera el emperador labra la tierra con un arado y siembra diversas semillas, ceremonia que se celebra con gran pompa. Nombra doce grandes para su comitiva y arar despues de él; le acompañan cincuenta labradores respetables, á los cuales el emperador distribuye regalos. Los mandarines observan la misma ceremonia en cada ciudad. El emperador Yongchin exigia de los gobernadores que le enviasen cada año el nombre de un aldeano de su distrito, distinguido por su aplicacion al cultivo de la tierra, por una conducta irreprensible, union de su familia, con sus vecinos, y en fin por su frugalidad y sabiduría. En consecuencia de la certificacion del gobernador lo ascendia al grado de mandarin del órden octavo, y le enviaba patentes de mandarin, honorario, distincion que le daba derecho de llevar el vestido de mandarin, visitar al gobernador, sentarse en su presencia, y tomar el té con él. *Compendio de la historia de los viajes*, tom. VIII.

(89) Los pormenores relativos á los hermanos moravos son exactos, y á ellos debo añadir los siguientes.

El edificio en que habitan es vastísimo y agradablemente situado, pues se respira el aire más puro de toda Holanda, lo baña el Zast, contiene grandes y hermosos jardines y está dividido en varios cuerpos.

Las viudas sin hijos duermen en un espacioso salon y comen en refectorio, como tambien los viudos sin hijos y los mozos de entrambos sexos, de suerte que hombres y mujeres están separados, no siendo lícito á los viudos y solteros penetrar en los departamentos de las solteras y viudas, ni verse sino en los jardines y en el templo, y aun allí ocupan sitios separados; pero los casados viven independientes, formando familias aparte.

Las mujeres usan jubones, una cofia que se sujeta por debajo de la barba, con una cinta cuyo color distingue los estados, siendo en las casadas azul, en las viudas blanca y en las solteras encarnada; llámanse mútuamente hermanos, y guardan buena armonía.

Sus habitaciones son sencillas y aseadas, hallándose á cargo de los más antiguos la administracion de la casa, como igualmente el conceder permiso para contraer matrimonio.

El templo espacioso, cuadrado, sin imágenes ni adornos, y con dos tribunas á los lados sostenidas por columnas, destinada una para el órgano y otra para predicar, ocupando el resto del templo largas filas de bancos con entradas separadas, una para los hombres y otra para las mujeres.

Sus ceremonias son las siguientes: colócase un hermano en el centro junto á una mesita donde empieza un rezo á que contestan los circunstantes, acompañados por el órgano, despues de lo cual sube á la tribuna y termina la ceremonia con una exhortacion en aleman.

Acuden dos veces diarias al templo, á las siete y á las nueve de la noche, predicándose tres veces á la semana, y leyendo los dèmas dias la Biblia.

Por regla general la oracion no excede de cuarenta minutos, y en la casa reinan una modestia, pureza, sencillez y union que encantan. Todos trabajan, y parecen tranquilos y dichosos.

ÍNDICE

DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

	PÁG.
Prólogo.	5
Las Veladas de la Quinta.	9
Velada primera.—Delfina ó la curacion feliz.	16
» segunda.	21
» tercera.	27
» cuarta.—El calderero, ó el mútuo agradecimiento.	47
» quinta.	54
» sexta.	61
» séptima.—El heroísmo de la lealtad.	63
» octava.	74
» novena—Eglantina, ó la indolente corregida.	81
» décima.	92
» undécima.—Historia del señor de la Paliniére.	105
» duodécima.	114
» décima tercera.	124
» décima cuarta.—Eugenia y Leoncio, ó el vestido de baile.	140
» décima quinta.—Alfonso y Dalinda, ó los encantos del arte y la naturaleza.	166
» décima sexta.	176
» décima séptima.—Prosigue el cuento de Alfonso y Dalinda.	188
» décima octava.	203
» décima novena.	209
» vigésima.	227
» vigésima primera.	252
» vigésima segunda.	270
» vigésima tercera.—Los esclavos, ó poder de un beneficio.	279
» vigésima cuarta.—Pamela, ó la adopcion feliz.	293
» vigésima quinta.—Olimpia y Teófilo, ó los herneutas.	313
» vigésima sexta.	335
» vigésima séptima.	349
» vigésima octava.—Los solitarios de Normandía.	366
Notas de las Veladas de la Quinta.	401

MCD 2022-L5

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PÁGINAS.
Fanor combatiendo los mónstruos.	Portada.
Veladas de la marquesa de Clemira.	15
Le agarra de un brazo y sale con él.	56
Al ver el rostro de su madre, exhaló un grito.	92
Hizo entrar al czar en una salita llena de muchachos.	151
Padre mio, dígnate revocar la funesta imprecacion.	179
Intenta huir, pero la detienen rodeándola.	331
¿Son de V. estas criaturas?	372

BIBLIOTECA JOSÉ MARÍA TERRERO

MCD 2022-L5